



EL REY PEQUEÑO

NOVELA HISTÓRICA

Por el autor de *La tierra de Álvar Fáñez*.



ANTONIO PÉREZ HENARES

se

*A mis padres, Antonio y Agustina,
a mis hermanas, Ana y Estrella y a «mi» Mari*

La huida de los recueros

Mi abuelo Pedro Gómez era un pardo de Álvar Fáñez, un gigante al que únicamente pudieron derribar cuando quedó solo en medio de una horda de feroces africanos, aquella peste almorávide que asoló las Españas. Mi abuelo, el Pardo, nació en Atienza y murió en Zorita, intentando salvar de manos infieles la vieja cruz de la visigoda Recópolis.^[1]

Mi padre, Pedro *el Frontero*, murió el año pasado en Granada. Lo mataron también los moros, la nueva peste llegada también de los desiertos, los almohades se llaman, y también cayó combatiendo al lado de un nieto de Fáñez, Álvaro Rodríguez *el Calvo*.

Mi abuelo tuvo tierra cristiana que le acogiera. Mi padre no sé si tuvo sepultura alguna. A mi abuelo, a mi padre y al nieto de Fáñez los mataron los sarracenos. Pero también me tiene contado mi abuela Yosune que al gran Álvar, a quien el Cid llamaba hermano y que contra los moros combatió más de cincuenta años, quienes le dieron muerte fueron los cristianos. En Segovia lo mataron en las Octavas de Pascua por defender a la reina Urraca.

Y son cristianos los leoneses que hoy nos tienen cercados y quieren tomar la villa de Atienza para arrebatarse al rey niño, Alfonso el VIII, de nosotros los castellanos, y que en la Peña Fort se guarda.

Yo también me llamo Pedro y cuando comenzó lo que voy a relatar iba camino de los once años. Soy huérfano porque además perdí a mi madre, a la que no conocí siquiera pues murió de mi parto. Nací en Hita y allí me crio mi

abuela hasta que, tras la mala nueva granadina, nuestra y del nieto Fáñez, decidió venirse a Atienza, a una casa, unas tierras y unas reatas de acémilas que le rentan dineros para vivir ambos y donde creía que iba a poder ir haciéndome hombre más en seguro y más tranquilo. Pero en estas tierras nuestras nunca hay sosiego. Y si no traen el sobresalto los moros, nos lo damos los propios cristianos.

Al niño rey solo lo había visto una vez y de lejos, cuando bajó un domingo rodeado de señores y gentes de armas a oír misa en la iglesia de Santa María, la que está en la falda de poniente del castillo. Era más pequeño que yo pero ya caminaba como un rey, y nos miró, a los que le mirábamos, como si lo supiera muy bien. Iba abrigado porque aquí, aunque ya sea primavera y cuando entra bien el día se caldea todo y hasta pica el sol, por las mañanas aún corre el frío por las calles. Aunque nada comparado con lo que acabábamos de pasar, porque aquí en Atienza los inviernos son heladores, mucho peor que en Hita, que está más bajo y más despegado de estas sierras que son madres del hielo, la nieve y la ventisca. Los aires se le clavan a uno como cuchillos y revuelven las ropas para hundirse aún más dentro de las carnes. Bien puesto tiene el nombre el arco de San Juan, que nadie aquí conoce sino por Arrebatacapas y que es una de las puertas de la muralla de Atienza. Por fuera ya están los arrabales, aunque algunos, como el más grande, el de Portacaballos, habían empezado a ser resguardados con un muro que estaban levantando. Atienza ha crecido mucho, decía mi abuela, sobre todo en estos últimos años, desde que el abuelo del rey niño, el emperador Alfonso VII, le confirmara el Fuero, le fijara los límites de su tierra, que abarca cientos de aldeas, y le concediera el fruto de las cercanas salinas en el vecino Imón, que no hay mina mejor que ellas en el reino entero.

Al rey niño solo lo había visto esa vez que iba a misa y nosotros habíamos subido a verlo desde nuestra parroquia de la Trinidad, pero no es al único rey que había visto, porque llevábamos una temporada en Atienza que no paraban de venir reyes y obispos. Este, el pequeño, apareció cuando empezaba a asomar la primavera de este año pero su tío, el rey leonés don Fernando, se había pasado por aquí durante el invierno. Y con él no sé cuántos señores, obispos y caballeros que iban y venían en trajín continuo. Leoneses los unos y castellanos los otros que se disputaban al crío.

Celebraban muchos cónclaves y se les veía agitados los unos con los otros hasta que debieron de llegar a algún arreglo y desaparecieron todos, el rey, los obispos, los Castro y los Lara, que estos últimos son los tenentes de esta villa y quienes en ella mandan, y los afines de los unos y los otros y sus gentes de armas. Se marcharon casi todos, excepto la pequeña guarnición del castillo, y Atienza quedó en la paz y el frío de su invierno.

Pero apenas habían comenzado a calentar el sol de abril, a verdear las sementeras, a entrar en flor los pocos árboles frutales plantados en algún vallejo y a asomar los primeros brotes y hojas en olmedas y alamedas, tardanos en estas tierras por la cuenta que les tiene, cuando un anochecer, y a uña de caballo, llegó una tropa de hombres armados que entró como un turbión en la villa y se metió a galope en el castillo. Tras ellos se cerraron todas las puertas: la Poterna de la explanada de armas que da acceso a la propia del castillo, la primera; y luego la de la Villa, por encima del arrabal de Puertacaballos; la de la Guerra, la de Arrebatacapas, la de Salida y la que viene a acercarse de nuevo a la fortaleza, por el lado norte, la de la Nevera, porque no lejos hay un pozo donde se almacena y conserva nieve helada muchos meses.

Se redobló en todas la guardia y a todos nos pareció que esperaban que a los alcances les vinieran enemigos. Por la puerta de la Villa aún se dejó entrar a algún vecino rezagado que venía del campo, pero en las demás ni eso. Y los que no pudieron entrar, aun teniendo casa dentro de la muralla, debieron acogerse a los arrabales para pasar la noche.

Pronto se supo quiénes eran los llegados, pues muchos reconocieron a uno de los Lara, don Nuño, y otros a uno de sus más fieles deudos, don Pedro Núñez, el señor de Fuentearmegil, casado con doña Elvira González, tía de don Manrique Pérez de Lara, asiduo de nuestra villa. Muy grande fue el revuelo en el pueblo y muchos los nervios, pues a poco empezaron a correr rumores de que el rey de León les venía a los alcances porque los Lara le habían arrebatado a su sobrino el rey niño.

Algunos rapaces subimos por las faldas del castillo ya cayendo la noche para atalayar desde allí si venía alguna tropa o se distinguía a lo lejos alguna luminaria de campamento. Pero lo único que vimos fueron las del propio castillo de Atienza y aguzando mucho la vista, ya muy al fondo en la negrura

del horizonte, hacia el suroeste, nos pareció ver brotar un resplandor por donde estaba el de Jadraque como respondiendo a alguna señal.

Pero no había de venir el peligro por la ribera del Henares, junto al que se levantaban las torres jadraqueñas, sino del lado de Soria, que era de donde no quitaban ojo los vigías de la torre del homenaje. De asomar sería por allí por donde lo haría el enemigo. Había en lo alto de la Peña Fort mucha más gente de lo habitual en las almenas, y también en la ronda, ya pegada al primer cinturón de casas, donde se cruzaban los guardias con ruido de hierros al chocar contra la roca. Vimos que, presurosos, subían hasta la fortaleza los más notables vecinos de Atienza.

—Son los del Concejo —me susurró un muchacho unos años mayor que yo.

Pero mal nos vinieron sus palabras, pues alguno de los que pasaban debía de tener fino el oído, y aquellos hombres que subían no estaban de humor para ser espiados por chiquillos, así que soltó al rebufo un pescozón y nos mandó a todos para nuestras casas.

—Hora de recogerse y no de andar por aquí husmeando. Pero ¡al trote, vamos!

Y más que al trote salimos, que aquello no estaba, bien lo vimos, para bromas ni retardos.

Mi abuela, sin moverse de su casa, ya sabía más que yo de lo acaecido y, como no tenía a quien contárselo a esas horas de la noche, se evitó el reñirme por la tardanza y al tiempo que me daba uno de los buenos potes de verduras y garbanzos que tan bien guisaba, me ilustró:

—Quien ha llegado ha sido el rey niño, nuestro Alfonso VIII, hijo de don Sancho, tan joven y ya muerto; nieto del Alfonso VII, con quien cabalgó tu padre el Frontero; nieto de la reina Urraca, por la que murió Álvar Fáñez, y tataranieto de Alfonso VI, al que mejor que nadie sirvió el Minaya, con quien cabalgó tu abuelo, que Dios tenga en su gloria y a mí me permita ya pronto reunirme con él en los cielos. Quien ha traído hasta aquí a la criatura ha sido don Nuño Pérez de Lara, y para mí tengo que eso nos traerá a todos quebrantos. Porque el rey Fernando reclama para sí su custodia, y es su tío y en ello le apoyan los Castro.

No sabía yo por aquel entonces quiénes eran los unos ni los otros, pero ya

conocía que eran enemigos acérrimos y enconados. La pendencia iba a unida a sus nombres y a todos nos arrastraba. Porque Atienza era de los Lara, aunque ya ves qué cosa, Zorita e Hita, donde habíamos nacido y vivido antes y donde estaban nuestras raíces, eran de los Castro. Mi abuela sabía mucho de aquellas cosas y algunas me relataba, pero yo, que luego mucho habría de verme, y más pronto que tarde, en ellas mezclado, estaba por entonces más en lo de coger nidos y apedrear gatos.

Pero de algo sí me enteré al día siguiente, porque era de lo único que se hablaba en Atienza, que seguía teniendo centinelas alerta en las puertas y vigías atentos en lo alto del castillo, aunque del rey Fernando no se veía señal alguna de aproximarse siquiera.

Por lo que se relataba en todos los corrillos, lo pactado y acordado precisamente en Atienza y en aquellos cabildeos de condes castellanos y leoneses con su rey a la cabeza, obispos y nobles durante el invierno, era que el honrado Concejo de Soria, al que se había entregado por un tiempo y mientras duraban las negociaciones la custodia del rey niño, comenzara ya los trámites de entrega de su real huésped a los Lara, para que luego estos lo hicieran a su vez a su tío el rey Fernando II de León.

Así lo habían hecho los sorianos, proclamando solemne y sonoramente al entregarlo a don Manrique Pérez de Lara, como cabeza de su linaje:

—¡Libre os lo damos y vos libremente lo guardéis!

Don Manrique recibió al niño y parecía dispuesto a entregárselo según lo acordado a su tío el rey Fernando de León. Pero fue abrir este los brazos sonriente para recibirlo y el pequeño estalló en un llanto inconsolable, y fue tal el berrinche y el desconsuelo que hubo que procurar calmarlo de alguna forma. Pero todo se debía a una añagaza de los Lara para seguir teniéndolo ellos bajo su custodia. Porque lo que hizo don Manrique, el cabeza de la dinastía, fue, so pretexto de la llantina, llevarlo a una casa vecina para darle de comer por si tenía hambre y así calmarlo. Bien se calmó el muchacho, desde luego, pues fue llegar a la casa vecina y al ver que quien lo recibía era don Pedro Núñez, el señor de Fuentearmegil, un infanzón por el que sentía gran cariño y con quien jugaba de continuo, cesó el lloro y corrió riendo a acurrucarse en sus brazos.

No demoró ni poco ni mucho el infanzón en la casa, sino que,

envolviendo al muchacho en un grueso capote de viaje, montó con él en su caballo de guerra y seguido de algunos hombres de armas, que aguardaban ya montados, salió al galope y cabalgó sin descanso, con el niño dormido entre sus brazos, hasta llevarlo al fuerte castillo de San Esteban de Gormaz.

Esa había sido la primera etapa. A partir de aquí volvía a complicarse la enrevesada historia que cada cual contaba en la plaza del Trigo a su manera, mientras dentro de la casa del Concejo este se reunía con don Nuño Pérez de Lara para ver qué hacer y cómo proceder con el asunto y con el real huésped que tenían ahora albergado.

Uno de los jinetes que había venido con el infanzón Pedro Núñez concitaba ahora toda la atención de los vecinos. Alumbrado por una jarra de vino que le habían alcanzado, daba luz sobre lo sucedido, aunque era más de uno el que no dejaba de percibir oscuridades en el relato del mesnadero.

Lo que contaba era el final, por ahora, de su camino. Cómo llegados a San Esteban de Gormaz demoraron allí una noche y allí los alcanzó don Nuño, quien había salido tras ellos, fingiendo un gran enfado y aseverando ante el rey leonés que su voluntad era darles alcance para devolver al infante a Soria. Pero lo que, en realidad, hizo fue unir su tropa a la de don Pedro y cabalgar juntos hasta Atienza, porque era suya, porque estaba por su causa y, sobre todo, porque disponía de un castillo inexpugnable, la Peña Fort, como el propio Rodrigo Díaz de Vivar la mentara y se escurriera de su vista para no tener que afrontar sus torres.

Se jaleó la hazaña y se dieron vítores por los vecinos y se le escanció más vino en la venta al mesnadero. Corrida la noticia como un fuego en un rastrojo por todas las calles, las comadres se hacían lenguas de la tristeza de la tierna criatura y de su llanto al entregarlo a su tío como prueba irrefutable de su voluntad y de la razón por la que había que preservarlo del leonés, al que se entendía como carcelero de su sobrino. Los hombres agregaban a ello que lo que pretendía el rey Fernando al tenerlo en su poder no era sino tener bajo su pie y el de los leoneses a toda Castilla.

Eso era lo que yo, a pesar de mi corta edad y no mucha sabiduría en asuntos de tal calibre, creía a pies juntillas. Me sentía tan inflamado de compasión por el Rey Pequeño como de furia ante los leoneses. Los mozalbetes estábamos tan agitados como todos, o aún más si cabe, y nos

decíamos los unos a los otros que no seríamos dignos de ser vecinos de nuestra villa ni castellanos honrados si no defendíamos a don Alfonso con todas nuestras fuerzas y hasta derramando nuestra sangre si fuera preciso, y que sería traición e ignominia entregar al indefenso rey niño a sus enemigos y ponerlo en cautiverio en manos leonesas.

Con ese cuento y ese ardor guerrero llegué yo a mi abuela Yosune, pero ya noté de entrada que ella tenía sus reservas sobre tanta inflamación y que no compartía del todo mis impulsos ni mis certezas, aunque sí estaba de acuerdo quizás en lo primordial. Que el niño no debía ser entregado a los leoneses porque eso en el fondo suponía entregar la propia Castilla. Estaba hablando con dos de los recueros de su confianza y se traían entre todos una encendida charla en la que mi abuela llevaba la voz cantante, que por algo se había codeado hasta con Álvar Fáñez.

—Estos reyes nuestros no escarmientan. Lo hizo Fernando I y trajo la guerra entre hermanos: Sancho, Alfonso y el desdichado García. Y ya ves, pues —el deje vascón no se le había ido a pesar de llevar ya más de cincuenta años en Castilla—, lo que terminó por hacer su nieto Alfonso VII, que se hacía llamar Emperador porque en muchos reinos imperaba. ¡Que no aprenden estos reyes! Ni después de tanta guerra con su misma madre Urraca, con su padrastro Alfonso I de Aragón, que hasta esta Atienza tuvo en su poder. Ni con los disgustos que le dio su medio tía la portuguesa Teresa, y su hijo, Alfonso Enríquez, que acabó por desgajar su condado como reino, el de Portugal, al margen de los suyos. Muchos sudores y desgracias para lograr mantener sus reinos de León y Castilla para que acabara luego él mismo por dividirlos. Castilla para Sancho, el mayor, y León para Fernando, el pequeño. Y ¡hala!, los reinos partidos.

—Es la ley y la costumbre de reyes y de todos. A los hijos ha de repartirse como iguales —le replicó el jefe de sus arrieros.

—¡A ver si no voy a saberlo! Pero mira lo que trae. Divisiones y guerras. Siempre. Y además estos Sanchos castellanos tienen la maldición en el nombre. Al del Cid lo acabó a traición un venablo en Zamora; al hijo de Alfonso, el infante hijo de la mora Zaida, no lo pudieron salvar en Uclés ni mi Pedro ni el gran Álvar ni siete condes castellanos que allí se dejaron la vida; y el padre de este niño, el tan Deseado, no alcanzó a llevar la corona ni

dos años. Y ahora en esta nos vemos con el tío queriendo apoderarse del sobrino y los castellanos, Castros y Laras, enfrentados y enfrentándonos a todos, los unos contra los otros.

No iba más allá en su juicio mi abuela, que sabía qué pensaban los otros y cuál era el sentir del vecindario. No decía mentira, que era vascongada, pero en lo que no estaba de acuerdo, callaba. Porque no quería significarse en absoluto, siendo el Lara quien mandaba en la villa y, habiendo el Concejo decidido por ellos, manifestarse en contrario no convenía en nada.

Mi abuela provenía de Vizcaya, de un caserío del Duranguesado, y había ido a casar con aquel gigantón de mi abuelo, al que conocí no sé bien cómo por el norte de Burgos, de donde era Álvar Fáñez, y de cuyas tropas de legendarios y temibles «pardos», así llamados por sus austeras capas de ese color, formaba parte. Mi abuelo era de Atienza, de muy pobre familia, a la que gracias a su fuerza descomunal y arrojo en el combate sacó de la miseria. Era todavía recordado en la villa y mentadas incluso sus hazañas de mozo, cuando se cargó una mula a las espaldas o cuando derribó un novillo avileño agarrándolo de los cuernos y doblándole, o cuando él solo atrapó a toda una cuadrilla de mozos de Cogulludo, viejos pleiteadores con Atienza, a quienes hizo salir de las lindes con el rabo entre las piernas. Con el botín bien ganado en la batalla, Pedro *el Pardo* mantuvo a sus padres hasta que fallecieron y les compró buena casa y hasta un algo de hacienda. Si fue hijo único o el único superviviente de la camada era algo que no sabía, pero sí que en Atienza no teníamos familia que nos viviera, aunque sí amigos de ley como el Manda y el Elías, bastante más jóvenes que él y, según mi abuela, criados en casa y a expensas del Pardo, por lo que le tenían devoción y estima. Ellos cuidaron de sus bienes y cuando mi padre murió por la Vega granadina y mi abuela hizo de venirse para el lugar de nacimiento de su marido se lo tenían todo bien preparado. En Atienza fue recibida bien por todos, por el recuerdo del gigante, del que se seguían sintiendo orgullosos, y por los bienes que había hecho a muchos. Mi abuela Yosune quería a Atienza y a sus gentes y se alegró de haber tomado aquella decisión de volver al lugar de donde era su Pedro y donde con él había pasado sus primeros tiempos de casada. Mi padre, el Frontero, había de hecho nacido y sido cristianado en la villa, aunque siendo niño de pecho ya se habían marchado a Zorita. Pero donde estaba

inscrito era en la parroquia de la Santísima Trinidad de Atienza, que de siempre fue la nuestra.

Mi abuela se sentía de Atienza más que de ningún lado, pues ni por Durango ni por el caserío había vuelto en su vida ni sabido nada desde que dejara a sus hermanos. Zorita le traía el recuerdo más doloroso, el de la muerte de su Pedro, y nunca acabó de encajar del todo en Hita. Pero yo sabía, aunque aún fuera un chaval, que en el pleito con los Castro y los Lara, mi abuela tenía dada su razón y corazón a la vieja familia de los primeros, a la que se sentía muy unida porque uno de ellos estaba casado con una hija de Álvaro Fáñez, doña Elio, que en Hita la había protegido tanto a ella como a sus cinco hijos huérfanos de padre. Y aunque hubiera decidido no hacía tanto venir a residir en Atienza por ver de mi mejor crianza y disponer de mayores rentas, seguía siéndoles leal. Callaba ante todos, pero cuando yo llegaba con los cuentos de la plaza me les daba la vuelta como un calcetín y donde yo veía antes nobleza y señorío de los Lara protegiendo al rey niño, ella me hacía ver que no estaban lejos la codicia, las malas artes y hasta los peores recovecos y traiciones. De los que tampoco, en eso intentaba ser ecuánime, se libraban sus defendidos Castro. «Son grandes señores, unos y otros, y lo que en el fondo persiguen es engrandecer su poder y sus señoríos. No olvides eso nunca. Por muy elevadas que suenen sus palabras, interés es lo que ocultan. Cuanto más altas, más bajo es lo que buscan.»

Así que cuando le relaté la versión del mesnadero y el sentir de las gentes de Atienza, ella asintió en silencio a todo, pero luego me cogió aparte y me descuartizó la versión de todos y en especial la del mesnadero.

—De las apariencias no hay que fiar nunca. Y en este asunto menos. Hay mucho detrás, y cuanto más atrás, más turbio.

Lo que me contó entonces mi abuela iba a servirme de mucho en el futuro y me quedó impreso en mi mollera para siempre, cuando luego tuve más años y mejores entendederas. Otros más entendidos en letras y en cortes me iluminaron aún más con nombres, fechas y sucesidos, pero en el fondo prevaleció en mí el viejo barrunto de mi abuela y su sabiduría villana, aunque su sentido no coincidiera con las grandes declamaciones públicas de lealtades y honras.

Lo cierto y verdad es que a la muerte del Sancho tan deseado como

efímero, la custodia del niño rey y la regencia del reino había recaído en los Castro, y con ello su familia había prevalecido sobre sus rivales los Lara, con los que siempre se las tuvieron tiesas y más aún cuando en los tiempos de la reina Urraca, que nunca supo contenerse ni con marido ni sin él de las tentaciones de la carne, eran estos quienes habían tenido todo y casi el reino entero. Pues era don Pedro González de Lara quien cabalgaba a la reina Urraca, de quien fue su amante varios años.

La tutela del rey niño suponía no solo el mayor prestigio en toda Castilla sino riquezas y poder crecientes, pues mientras durara su minoría de edad muchas ciudades, villas, rentas y mesnadas pasaban a depender del tutor, y a ello no pensaban avenirse en absoluto los Lara. Las contiendas empezaron, y con ellas a derramarse la sangre de castellanos por castellanos.

Don Gutierre Fernández de Castro, regente y tutor del rey niño, intentó el acuerdo y creyó obtenerlo fiado en la palabra de don Manrique, jefe de los Lara, más joven que él pero más ducho en las artes del fingimiento y el engaño. Se buscó un tercero como «hombre bueno y de acuerdo» que ambos aceptaran y se estableció entregar la custodia a don García Garcés de Haza, medio hermano de don Gutierre pero también familiar de don Manrique de Lara, que fue a la postre quien se llevó el gato al agua y el niño a casa. Porque enseguida el de Haza, miserable y avariento a partes iguales, sucumbió con gusto a las tentaciones del taimado y hábil don Manrique y entregó su pupilo a este y a la familia de los Lara, alegando que los Castro le habían entregado a él la carga de la manutención del niño, pero quedándose con las rentas y dejándolo sin medios económicos para sustentar al real huésped. Que no estaba dispuesto a arruinarse, proclamó, mientras otros se enriquecían a su costa. Puede que en ello hubiera parte de verdad, pero la entrega del niño a los Lara supuso que entonces fueran estos los que de inmediato comenzaran a beneficiarse.

Aquello fue por el sesenta si no me falla la memoria, cuando yo tenía siete años y el rey niño andaba por los cuatro. Y fue aquel año cuando murió de su muerte el anciano y respetado don Gutierre Fernández de Castro y toda avenencia, que el viejo señor seguía intentando, estalló en mil pedazos. Sus sobrinos, pues hijos no tuvo, Fernán, Gutierre, Pedro y Álvar Ruiz de Castro no pensaron en otra cosa que hacerles a los Lara sus engaños y recuperar el

pupilo, amén, y esto era lo más importante en el fondo, de la entrega de cuantas fortalezas y rentas usufructuaban en su nombre.

La lucha entre las familias alcanzó a ciudades y villas, a señores y caballeros villanos y concejos que por uno u otro se decantaron. De los pleitos se pasó a las armas y de ahí a un siniestro simulacro que conmocionó a todos. Los Lara desenterraron el cadáver de don Gutierre Fernández de Castro y lo pasearon en angarilla por los campos y ciudades castellanos en una macabra procesión para presentarlo como reo de alta traición ante las justicias, durando un largo y oprobioso tiempo la truculenta procesión hasta que lo devolvieron a su sepultura. Los Castro intensificaron entonces sus ataques armados, pero el hecho de tener los Lara a su lado al rey hizo que muchas plazas se inclinaran por ellos y finalmente, viéndose los Castro perdidos, pidieron el amparo del rey leonés y tío del rey niño, don Fernando II de León.

Del rey Fernando se decía que era hombre afable y bondadoso, pero nadie, y menos que nadie un rey, está exento de la ambición y menos si esta puede suponer ensanchar sus reinos. Así que comprendió de inmediato que mejor ocasión que aquella no tendría y hasta se convenció a sí mismo de que lo hacía por causa noble y por preservar a su propio sobrino. En suma, que preparó sus tropas y se adentró en Castilla. Sus fuerzas y las de los Castro eran muy superiores a los Lara y no hubo oposición alguna en batalla, y desde la ciudad de Burgos a toda villa por la que pasaba le fueron dejando paso franco y no hubo quien le presentara batalla. Los Lara dejaron al niño bajo la custodia del Concejo de Soria y, sabedores de su debilidad, se avinieron prestamente a negociar.

Los obispos de todas las diócesis castellanas, Burgos, Toledo, Palencia, Sigüenza, Calahorra, Segovia, Ávila y Osma, se reunieron buscando una solución satisfactoria y actuaron como emisarios de los Lara. Fue entonces cuando el rey Fernando llegó a Atienza y allí se quedó por cierto tiempo en internada, no molestando en nada ni a las gentes ni a sus haciendas, ni dando ocasión de queja alguna, pues no tuvieron sus huéspedes trato de conquista sino de visitantes y huéspedes. El rey Fernando, acordada finalmente la custodia de su sobrino por otra reunión de obispos que, tras la primera en Atienza, tuvo lugar en Medinaceli, salió de nuestra villa despidiéndose afectuosamente

de su Concejo y vecinos y se encaminó a Soria, donde estaba pactado que habría de producirse la entrega real de su sobrino.

Y entonces sucedió lo relatado de los lloros, de lo que mi abuela Yosune se maliciaba mucho.

—Al niño le habrían asustado, le habrían dicho que aquel a quien se lo entregaban le haría cualquier daño, lo apresaría o hasta se lo comería vivo, y por eso se echó a llorar de miedo. La trampa bien la tenían preparada don Manrique y don Nuño y ninguna intención de cumplir lo pactado. ¿O no tenía ya todo dispuesto don Pedro Núñez de Fuentearmegil para salir a escape y traérselo aquí? ¿El caballo se había encinchado solo? ¡Ay, ené, que eres muy sinsorgo! Y todo os lo creéis a pies juntillas. Pero tú aún eres un crío, pero todos estos que ya tienen años ahí los ves tragándose las ruedas de molino. ¡Qué sinsorgos y qué pájaros don Nuño y don Manrique! Todo preparado lo tenían. Pero ahora quienes tenemos el avío encima somos nosotros.

Porque, en efecto, aquella misma mañana don Nuño y don Pedro con buena parte de la tropa que habían traído salieron de Atienza y se perdieron por el camino de Soria. Ahí permanecía don Manrique, que era quien, pretextando gran enfado y con mucho alboroto, había mandado supuestamente a su hermano don Nuño tras las huellas del presunto fugitivo. Algo que ya no se creía nadie, pues a la vista estaba toda la trama para no entregar al niño y la burla que del rey habían hecho.

Don Manrique, sabedor de la furia del rey leonés y de que sus fuerzas eran muy superiores a las suyas, después de mucho resistirse optó por presentarse ante él. Y cuando este le acusó de traidor, desleal y alevoso no le faltaron palabras de réplica. Por palabras, a don Manrique no le ahorcaban.

—Si soy leal o traidor y alevoso no lo sé, pero por cuantas partes pude libré a mi señor natural, el Rey Pequeño, de servidumbre y vasallaje.

Y en ello no le faltaba razón al Lara. Entregarlo a Fernando era someter al rey castellano, por muy niño que fuera, al vasallaje del rey leonés, y eso iba contra el juramento y a esa fidelidad se acogía sobre todas sus argucias el de Lara. Incluso hicieron mella en el leonés, que le dejó partir libre pues lo que tenía decidido era dejarse ya de pamplinas y apoderarse del pequeño, sabedor de que en Atienza tenía un inexpugnable castillo pero apenas sin guarnición que lo defendiera. Al fin y al cabo, había sido su huésped tan solo tres meses

antes.

En Atienza transcurrió abril y hasta se nos mermó el sobresalto. Los días festivos, el rey niño bajaba del castillo a la iglesia de Santa María a oír misa, aunque algún día se eligió la de la Trinidad, que era nuestra parroquia, o la de San Juan, esta ya junto al arco de Arrebatacapas y la plaza del Trigo, para el cumplimiento de sus obligaciones cristianas y que así lo viera más la gente de la villa. Las gentes de Atienza, sobre todo la chiquillería, disfrutábamos con aquello y permanecíamos atentos a las salidas, idas y vueltas del huésped del castillo y de sus acompañantes. En Atienza había dentro de la muralla cinco iglesias, pues estaban también la de Santa María del Valle y, la de San Bartolomé. Y había algunas más en los arrabales, de reciente construcción e incluso hasta sin acabar: dos en el de Puertacaballos, la de San Antón y la más hermosa, la de San Salvador, servida de muchos clérigos y cuyos diezmos iban a parar a Sigüenza para costear al obispado y su catedral, que no entendíamos nosotros por qué habían puesto al obispo en Sigüenza, que no tenía ni la mitad de castillo y de murallas que Atienza.

Los chicos nos subíamos lo más alto que podíamos por las faldas del cerro de la Peña Fort, hasta llegar a la misma puerta de la Poterna, y allí aguardábamos que saliera la comitiva entreteniéndonos en adivinar a qué iglesia iría. Todos queríamos que no fuera a la de Santa María, en el barrio que se empezó a llamar Del Rey, sino a cualquiera de nuestras parroquias por el orgullo que eso suponía para los vecinos de ellas y, además, porque así podíamos seguir más rato al cortejo. Pues si se quedaba en Santa María, que estaba casi pegada a la fortaleza, la diversión se nos acababa pronto ya que, una vez en la iglesia, nos mantenían apartados y en la parte de atrás y no nos dejaban ni acercarnos.

En las esperas discutíamos sobre el porqué de haberlo traído a Atienza. Yo me callaba y ni se me ocurría decir lo que le había oído a mi abuela. Tan solo manifestaba, como todos al unísono y como conclusión, que era porque entre nosotros estaba más seguro ya que a nuestro castillo no había quien lo asaltara.

—¡A ver quién sube por esas piedras cortadas a pico! ¡A ver quién sube!

De una pedrada, ¡abajo!

El castillo de Atienza la verdad es que impone, allí arriba sobre la roca viva, con la torre del homenaje en el espolón que da al pueblo y las torres que dan al norte y al cerro Padrastro por el otro lado. Y por los costados igual. Si es que casi no hacía falta obra, porque por allí no había quién subiera ni escala que lograra agarrarse a la almena.

—Pero sí que hicieron obra y no solo de muros. Mira, mira la piedra, la han cortado a pico para hacerlo aún más difícil.

—Pero qué dices, ¡estaba así de siempre!

—¡Que te digo yo que no, que lo hicieron hombres a base de pico y mazo, que me lo ha contado mi abuelo!

—Pues a mí, el mío no me ha contado de eso nada. Lo que hicieron fue rehacer un poco las murallas, que las habían dejado los moros muy desportilladas, el Almanzor aquel que nos la tenía jurada. Lo hizo el abuelo del rey niño, que le tenía mucho cariño a Atienza, pero aún no son ni la mitad de lo que fueron. Buena falta nos haría que estuvieran todas en alto.

Nos metíamos los chavales a guerreros y estrategas y no faltaba el que señalara que, aun siendo la roca de Atienza tan poderosa, estaba claro que el cerro Padrastro era más alto y estaba bien al lado.

—El castillo a lo mejor deberían haberlo hecho en el cerro Padrastro, porque desde allí nos pueden tirar cosas, flechas, piedras y bolas ardiendo si quieren.

—Desde allí no se llega. Y el Padrastro, aunque está pino, no tiene la roca viva de este en la cima. ¡Tú qué sabrás de castillos, recuero!

Recueros eran muchos en Atienza, o teníamos que ver con ellos. Hasta yo mismo tenía algo, pues la abuela Yosune tenía buenas acémilas y burros y gente que le trajinaba las mercancías con las que comerciaba y que le daban buenos sueldos a veces y otras malos disgustos, que por los caminos no se sabía nunca qué podía pasarle a la reata. Ni siquiera se estaba a salvo de los moros, pues mirando desde arriba del cerro había quien señalaba hacia donde estaba el Tajo.

—Pues a no más de diez leguas estará, y al otro lado a poco más de otras cuantas los moros de Cuenca. En una galopada aquí mismo se presentan.

—Quien se presentará, ya lo veréis, será el rey de León don Fernando, a

echarle una mano al sobrino —me atreví a decir.

—Mira, si ha hablado el Callao —me soltó uno de la cuadrilla, pues tenía yo fama de no ser de muchas palabras, aunque ya por aquellas fechas empezaron a llamarme «el Pardo», por mi abuelo.

Nosotros en Atienza nos habíamos quedado con aquel mote, en honor de mi abuelo Pedro Gómez, el que está enterrado en Zorita, y la verdad es que yo, lejos de molestarme, me sentía muy honrado por ello.

Fue ya a mediados de mayo cuando sonaron las alarmas. Las primeras avanzadillas leonesas se presentaron por el camino de Almazán y detrás vimos una hueste muy numerosa. Pero así de primeras no parecía que trajeran malas intenciones, pues llegaban sin preparativos de hacer guerra hasta las mismísimas puertas, como si fueran a entrar por ellas sin más.

Pero las campanas tocaron a rebato, se armaron los pocos armados y los guardias corrieron a cerrar los portones del primer recinto amurallado. Los de la Poterna, claro, y luego los de Armas o de la Villa, los de la Guerra, los de Arrebatacapas, los de Salida y los de la Nevera. Y cuando llegaron al arco de Arrebatacapas, el rey Fernando, que tan solo meses antes había sido huésped distinguido, se lo encontró bien cerrado y tuvo que dar media vuelta.

Pero bien pronto comprobamos que no estaba dispuesto a irse. Las tropas leonesas se desplegaron y acomodaron en los arrabales y colocaron fuertes retenes en el exterior de las puertas. Al caer la noche estuvo claro que el rey leonés Fernando había cercado Atienza y que no pensaba irse sin llevarse a su sobrino. Y los de Atienza no estaban dispuestos a entregarlo.

El rey niño quedó custodiado en el castillo y el Concejo de la villa se reunió en medio de muchos nervios y algunas voces más altas que otras. Pero nadie levantó la suya para proponer entregar al niño rey a los leoneses. No iban a cometer tal traición a pesar de que las fuerzas fueran tan desiguales, y las propias tan exiguas. Yosune lo tuvo claro desde el primer momento.

—Entregarlo no lo entregarán, pues, pero el leonés se lo lleva, seguro. No hay gente aquí para defender. Que sepan de verdad de armas no llegan ni a cincuenta. Pueden resistir en el castillo un asalto, pero no aguantar un asedio en condiciones si el rey Fernando quiere hacerlo. Y tiene toda la primavera y el verano por delante. Con que les corte el agua le vale.

Por la mañana hubo trajín en Arrebatacapas. Llegaban mensajeros y se

abrieron las puertas para ellos. El Concejo se reunió, como tenía por costumbre, en el atrio de la iglesia de Santa María del Rey. La exigencia de la entrega era firme y perentoria, pero algo se alivió el ambiente. El rey Fernando no quería hacer daño a Atienza y tan solo reclamaba que se cumpliera lo pactado. No estaba airado con los atencinos, a quienes apreciaba en su lealtad, ni sus hombres de armas les harían daño a sus vidas o sus haciendas. Tampoco quería entorpecerlos en sus labores. No iba a lanzar ningún asalto y comprometía su palabra a no hacerlo y permitir que los labradores salieran a trabajar en sus tierras. Pero eso sí, sus soldados no permitirían entrada de comida de boca ni avituallamiento alguno. Los ganados se quedarían en los apriscos extramuros y no se permitiría la entrada de corderos ni cabritos, de terneros ni ovejas, de bueyes y cabras, ni de trigo, grano, hortalizas o forraje.

Así que se recobró cierta normalidad, salvo que los leoneses guardaban las puertas por fuera y controlaban salidas y entradas, y que se veían las galopadas del rey desde el arrabal de Puertacaballos o desde los dos campamentos instalados: el uno pegado al murete que rodeaba la aljama de los judíos y el otro, más pequeño, no lejos de la Poterna del castillo, en una pequeña repisa a media cuesta.

—Al leonés le da lo mismo que entren y salgan. Y de sobra sabe que habrán avisado a los Lara que vengán a socorrernos y levantar el cerco. Pero no vendrán, te lo aseguro. No tienen ni fuerzas ni cuajo para hacerlo. Aquí el Concejo se afana y se ha armado de cualquier manera a cuantos pueden empuñar algo, y hasta se han reparado algunos muros. Pero no hay posibilidad de resistencia ni de socorro. Ya pueden hacer luminarias en el castillo cada noche, que no aparecerá hueste de socorro ni en broma. Ni de Soria ni de Molina vendrán los Lara, y no van a dejar sus refugios los de Sigüenza, cuyo obispo es deudo suyo, ni los de Jadraque, para venir a campo abierto contra una hueste como esta. Lo único que temo es que a Fernando se le agote antes de tiempo la paciencia y lance un asalto. Entonces pagará el pato Atienza y todos nosotros. En la alcazaba pueden guarecerse unos pocos, pero la ciudad no tiene defensa, correrá la sangre y arderá el fuego y nadie nos salvará, ya que no de la muerte, pues el rey Fernando querrá impedir tal atrocidad, del saqueo.

Pasaron los días. No se produjo asalto, pero tampoco llegó socorro ni noticia que lo anunciara. Y la ansiedad comenzó a adueñarse de las gentes. No escaseaba aún la comida, pero de continuar el cerco no tardaría en presentarse el hambre. El Concejo se reunía casi cada noche a campana repicada en muy concurridas y agitadas reuniones, de las que los veíamos salir tan cabizbajos como entraban. Mi abuela llegó a comentar que alguno había propuesto incluso intentar una salida en tromba llevando al rey niño y sorprender así a la guardia leonesa, para tratar de llegar con él a donde pudiera hallar mejor refugio. Lo descabellado de la idea y el evidente peligro que para la vida de Alfonso podía significar hizo que se rechazara con casi airadas protestas.

Me barrunto yo, sin embargo, que en lo que sucedió un par de noches después pudo tener algo que ver mi abuela Yosune, por el trasiego de recueros que alcancé a ver por nuestra casa y que, entre cuchicheos y gestos de recato entraban, salían, tornaban y volvían. En la cocina, cierta noche vi a los más respetados, entre los que se encontraba el viejo caporal que llevaba la reata de mi abuela y tenía gran amistad con nuestra familia. Por lo visto su padre había sido compañero de armas del abuelo Pedro y este, amén de salvarle el pellejo, al quedar algo lisiado e incapaz para las armas le había ayudado a ganarse la vida prestándole dinero para comprar acémilas y entrando con él en los tratos. Ese era el origen de la sociedad que mantenía desde hacía largos años con Yosune y que nos había hecho recalar en Atienza.

Aunque me procuraron evitar y secretarse en lo posible, no era grande la casa y yo encontré el medio de enterarme de lo que tramaban, que era muy simple pero a la vez de difícil éxito con que un solo guarda leonés sospechara, y que encima pondría sin remedio en sus manos al rey niño.

Porque lo que proponían mi abuela y el tío Manda, que así llamaban todos a su compadre, era disfrazar al niño de arriero y sacarlo camuflado entre todos los recueros de una bien nutrida reata de no menos de sesenta caballerías, y ver de conseguir llegar con él a una ciudad segura y con fuerte guarnición, fuera esta Ávila o Segovia.

—Pero con que un leonés lo vea, tan niño, se maliciará algo extraño. Y en cuanto registre un poco se verá que no son sus trazas ni manos de hijo de

labriego ni de arriero, y así lo habremos puesto en sus manos.

—Habrá de ir bien tapado y oculto, que las capas son bien amplias y él menudo. Y para que no entren en sospechas, no será malo que algún otro muchacho sea también de la partida, por si acaso les entra gana de indagar por la presencia del chico, y entonces les enseñamos al otro.

—Tu nieto Pedrillo es más mayor, pero habrá alguna ropa suya de antes que le valga. Podría ser él quien le acompañara, y así también, una vez en camino, podrá el rey niño entretenerse en compañía de alguien de parecida edad.

Y allí es cuando entré yo en la historia. Mi abuela se resistió un algo al principio, pero a nada se tuvo que convencer. Buscar a otro muchacho era dar más cuartos al pregonero y no era el caso. Tenía que quedar entre los pocos y los menos que se pudiera, no fuera alguien a irse de la húmeda y dar por tierra con todo antes de haberse iniciado. Y, claro, había que proponérselo al Concejo. Que aquella misma noche fue convocado y fueron el Manda y el Elías, otro arriero de la mayor confianza de mi abuela, los personeros a los que de parte de los recueros de Atienza se encomendó hacer llegar la propuesta de huida de don Alfonso.

Quizá por desesperación o por no ver otra salida, o porque en efecto pareció ingeniosa y posible la idea, esta encontró buena acogida y tan buena disposición que a poco se adoptó el acuerdo por todos y a partir de ahí la noche fue un preparativo. Se fueron aparejando las caballerías, cargándolas de las mercancías, que si sal, que si cueros, que si pieles, que si cacharros, que si aquí uno metía entre la albarda una espada corta y otro un cuchillo de matar cochinos en las anguarinas, que no sé de qué iban a valernos si soldados con cota de malla, buenas armas de hierro y brazos acostumbrados a blandirlas se venían contra nosotros. Porque yo ya había sido informado de mi misión y aguardaba el momento de que llegara don Alfonso para probar en él algunas de mis vestimentas, y que mi abuela Yosune lo aderezara como si de un pequeño recuero se tratara.

Se vinieron hasta nuestra casa algunos de los más principales hombres del Concejo, y cuando no quedaba mucho ya para que empezara a clarear la aurora bajaron otros del castillo a don Alfonso, que venía animoso y al que parecía habersele quitado el sueño. Me dijeron cómo saludarlo pero que eso

sería luego, que ahora lo tratara como si fuera un hermanejo chico y que ni por lo más remoto se me ocurriera dirigirme a él como rey, señor o cosa parecida cuando anduviéramos aún a la vista de los leoneses. Y al niño también se le advirtió que debía participar en un juego que íbamos a jugar todos y que consistiría en que él se disfrazaba de arriero, que como tal se comportaría y que a nadie podía hablar ni confiar hasta el siguiente día que era rey ni exigir tratamiento de tal. Que iba a ser un niño arriero y que a ello iban a jugar todos los recueros.

—¡Seré recuero, seré recuero! —exclamó alborozado y animoso el chavalillo, feliz de participar en lo que él creía una diversión.

Yo estaba ya vestido para el camino y a él hubo que aderezarlo también con ropas mías y que ya no me valían: traje pardo, abarcas bastas de calzado, polainas y gorro de lana, así como una pelliza de piel vuelta también de oveja y un capotillo por encima. Nos dio mi abuela un tazón de leche caliente a cada uno y bajamos hasta la plaza del Trigo, donde nos aguardaba el grueso de la reata. Allí se empezó a formar la fila donde más o menos a la mitad metió su mula blanca el Elías y allí le subieron al chico, al que arropó de inmediato con el capote después de advertirle que hasta que no le diera aviso no dijera ni media palabra. Debía de estar acostumbrado el zagal a andar así, más de una vez le habrían hecho cabalgar de tal guisa de un lado a otro, pues se arrebujó en el regazo del arriero y, acurrucado, se hizo casi un ovillo y se quedó inmóvil. Se sonrió el Elías y se le marcaron aún más los surcos de la cara cortada por vientos y celliscas y, haciéndome un guiño, me dio instrucción a mí de que me adelantara hasta unas caballerías más delanteras. Allí me acoplé cogiendo un ramal que otro recuero me tendió, prestos ya a iniciar la marcha.

Empezaba ya a rajarse el alba y en la plaza no se oía otra cosa que el chocar de los cascos de las caballerías en el empedrado, voces ninguna, tan solo alguna palabra queda y algún respiro más hondo que hacía salir el vaho de la boca de quien lo profería. El Manda, que iba delante en un caballo tordo (a los de Atienza siempre les han gustado los tordos y las mulas blancas), dio la voz de partida y la reata, parsimoniosa, se puso en marcha. Entonces sí se oyeron los «arre» y algún «so», y hasta algún reniego incluso con alguna acémila que no obedecía como su amo requería y que se llevó un varazo para

espabilarla.

—A ti te voy a sobar yo el hato como sigas dando guerra, *Extremeña* —se oyó bien claro en la plaza cuando se comenzaron a abrir las recias puertas del arco de San Juan, que aquí llamamos de Arrebatacapas.

Al pasar junto a la iglesia de Santa María, uno a uno los arrieros se volvían, musitaban una oración y se persignaban. La cabeza de la reata ya estaba atravesando la puerta y a poco vi a los soldados leoneses que al otro lado la guardaban. Estaban alrededor de una lumbre y uno hablaba con el Manda. No me llegó la conversación pero sí un gesto de que hiciéramos alto. Se volvió el soldado hacia la lumbre, donde debía de estar uno que mandaba más que él, y este hizo un gesto casi desganado y somnoliento con la mano, como despidiéndonos. Y para alivio de todos y desde luego el mío, comenzamos a cruzar en fila de a uno y a bajar la empedrada cuesta. Despacio, muy despacio, como si no lleváramos prisa alguna, como caminan los arrieros, que saben que el camino es muy largo y no hay que empezarlo nunca con agobios.

Descendió la reata, como digo, muy lentamente y a la deshilada por la empinada cuesta del arrabal de San Bartolomé, y así nos allegamos con parsimonia hasta una fuente que hay más abajo de agua muy salobre y que solo sirve para las caballerías, que llaman de la Salida, por hallarse allí un portillo de un muro que se estaba recreciendo. Allí también había soldados que se arracimaban en torno a las hogueras y esperaban el relevo en la guardia y que poco caso o ninguno nos hicieron mientras mulas, rucios y caballos abrevaban. Según iban acabando de hacerlo, montábamos los que aún íbamos a pie, por haber bajado a las bestias del ramal, y se salía a paso ya más ligero y enfilando por el vallejo del Plantío con rumbo a la Riba de Santiuste, que era el camino por el que dirigirse luego a los altos de Paredes para coger desde allá vereda por Almazán, bien hacia tierras sorianas o aragonesas por Medinaceli. Esa era la ruta habitual de las reatas y esa era la que habían de creer que seguíamos. Al rato ya estábamos por llegar a la ermita de la Virgen de la Estrella y fue cuando, aliviados, comenzaron a animarse las conversaciones y hasta se oía alguna risa y quien ya alardeaba incluso de la hazaña.

—Se la hemos *dao* a los leoneses. Esos han creído que mejor para ellos

que tanta gente se marchara y que menos brazos habría para defender Atienza, y resulta que nos llevamos el tesoro.

Pero no acababan algunos de jalearle al mozo que había pronunciado su bravata, cuando una voz alarmada hizo que se nos cayera el alma a los pies.

—¡Que vienen, que vienen! ¡Al galope vienen a por nosotros los leoneses!

Así era, en lontananza se divisaba un muy nutrido pelotón de caballería que, si no al galope tendido sí a paso vivo, se dirigía hacia nosotros. Debían de haber entrado en sospechas y algún jefe de más alto rango, al ser informado de la salida de una tan numerosa partida, había decidido echar un ojo a aquello y revisarla.

Nos vimos perdidos. Pero el Manda y el Elías mantuvieron la calma. Recabaron de inmediato la presencia de los mejor montados y con las bestias más ligeras. Se hizo un grupete de apenas una docena.

—A un paso estamos de la ermita de la Estrella y de allí el camino se mete en la arboleda y ya se tapa —dijo el Elías—. Nosotros nos adelantamos a los cuatro pies y vosotros haced aquí alto y entretenedlos cuanto podáis. Es la única salvación que te-nemos.

Y sin decir una palabra más, el Elías y sus acompañantes salieron a escape y a poco se perdieron de nuestra vista por el robledal adelante.

El Manda se volvió hacia el grueso de los recueros y dio orden de hacer alto. Llegamos a la ermita y reclamó al santero que vivía allí que la abriera y sacara la imagen de la Virgen, pues quería hacer ofrenda antes de emprender un viaje que iba a ser de meses y penoso. Se sacó también la dulzaina y el tamboril, como si nos preparáramos para una fiesta. Comenzó la música, se echó mano a las botas de vino y se sacaron viandas como si además fuéramos a almorzar. Antes de que llegaran los soldados ya había encendidas algunas fogatas en el pequeño prado delante de la iglesuela.

Pero aún les preparó otra a los leoneses nuestro Manda, que bien demostró serlo por algo. A los más jóvenes que quedaban y que mejores caballos tenían los dividió en dos grupos que, provistos de las varas de arriero a modo de lanzas, comenzaron una justa al son de la música y los cantos a la Virgen.

Llegaban los soldados y los nuestros hacían que justaban al modo

morisco, un poco de todos contra todos. No iban con saña pero habían de aparentar que tampoco iban en broma, y además la sangre joven tiende a hervir cuando le tientan las carnes de un cañazo. Así que a poco sí que había revoltijo y alguno hasta daba con sus huesos por los suelos, ante la risa de los leoneses.

—Mira tú el recuero la costalada que se ha dado. ¡Para eso hay que saber tenerse y sostenerse en el caballo, arriero! —gritaban los soldados, burlándose de ellos y pavoneándose de su destreza y sus monturas.

El Manda se acercó a ellos y les ofreció compartir el refrigerio y el vino y unirse a la fiesta, pero el que venía al frente hizo un gesto hosco y permaneció montado. Dio una voz y ordenó a varios que descabalgaran y comenzaran a revisar lo que llevaba la reata y quiénes iban en ella, buscando sin duda, eso lo vimos pronto claro, al niño. Se habían maliciado que podía ir con la partida y ese era el objeto de su visita. Había algunos muchachos además de mí, pero ya mucho más crecidos, zagalones bien curtidos algunos. Solo cuando dieron conmigo creyeron haber encontrado algo y me llevaron ante su jefe, que para entonces ya había desmontado y se paseaba entre las fogatas y las caballerías escudriñándolo todo.

—Hemos encontrado a este rapaz —le dijeron.

Me llevaron cogido del brazo ante aquel caballero de fiero mirar y una gran barba que me escrutó de arriba abajo. No debía de haber visto nunca al rey niño, que en nada se me parecía, porque no se le fueron del todo las dudas. Así que me palpó, me miró las manos y me hizo quitarme el gorro.

—¿Cómo te llamas?

—Pedro Pérez, de los Pardos, mi padre y mi abuelo que fueron. Vivo en Atienza con mi abuela, la Yosune.

—Que es viuda y el zagal es huérfano de padre y madre. Que su padre murió hace un par de años combatiendo con los moros y por eso viene el chico con nosotros, para ganarse el cuscurro —apuntilló el Manda.

Mis trazas y las explicaciones convencieron del todo al leonés. Yo desde luego ninguna traza ni pelaje de rey niño tenía. Bien se me notaba lo que era. Así que esbozó una sonrisa y me dio un pescozón amable y cariñoso, paternal casi, y me despidió.

—Ve con Dios, muchacho, y que vuelvas sano y salvo a Atienza y cuides

de tu abuela —me deseó antes de aceptar un trago de vino y hacerle seña a sus hombres de que hicieran lo mismo.

Subió la música, sonaron más altas las dulzainas, corrió el vino y ascendió por el aire del prado el olor de la fritanga y el aroma de las longanizas. Todos alegres. Los leoneses y nosotros, aunque ellos no supieran por qué nosotros tanto.

Los soldados incluso se animaron a justas con las varas de los arrieros y, más diestros y avezados que los recueros, llevaron casi siempre las de ganar. Los atencinos celebramos con gran alborozo cuando un mozo de los nuestros, muy hábil en el manejo del caballo, logró con una finta y un golpe muy bien dirigido desmontar a un leonés. La trompada del soldado nos valió por todas las que se habían llevado los nuestros.

Pero nuestro Manda entendió que había llegado ya la hora de partir, que quedaba mucho trecho por delante y, tras muy parsimoniosa despedida del santero, de la Virgen y, por supuesto, de los leoneses, nos pusimos de nuevo en camino. Esta vez al paso más vivo que podía la reata, con alguno de los arrieros manteniéndose no del todo bien a lomos de su montura porque a más de uno el vino lo había templado y hasta se le había montado en la cabeza.

Los que iban delante con el rey niño nos llevaban mucha ventaja y no fue hasta la noche cuando dimos con su acampada. Al oírnos llegar, salió a recibirnos un alborozado Elías y entonces sí que hubo abrazos y regocijo entre todos.

—¿Y el Rey Pequeño? —preguntó el Manda.

—Ahí está, calentito y bien dormido. Tiene cuajo y trazas. Ni una queja en todo el camino y hasta hace nada por aquí ha andado con el uno y con el otro, hasta que, agotado ya, se ha quedado dormido. Será un gran rey don Alfonso.

El nieto del emperador

Y fue así, en aquella huida de Atienza salvando la libertad de un «Rey Pequeño», como cambió mi suerte y mi destino y entré yo a la cercanía y al servicio de quien sería ya para los restos mi rey y mi señor, en quien deposité mi lealtad de por vida, y él en mí un afecto que me duró siempre, que se mantuvo tan firme por uno y otro lado como la roca viva que sustenta al castillo de Atienza, y que nos iba a llevar un día a enfrentar juntos al ejército más inmenso y pavoroso de cuantos han amenazado la Cristiandad y las Españas.

Desde aquella noche, la primera en que tomó mis viejas ropas de niño arriero en la casa de la abuela Yosune, y aún más desde aquella segunda en que lo contemplé dormido, rodeado de los recueros, junto a la fogata, surgió en mí un instinto de protección, como un deber de preservarlo y ampararlo en lo que fuera, que me ha perdurado y se ha mantenido de por vida. Incluso salvando los trances peores, que los hubo, y a pesar de que la sima que hay entre un rey y un niño villano podía hacerlo parecer ridículo y presuntuoso por mi parte. Pero aquella noche en el robledal éramos dos niños, y yo era el mayor y él el más pequeño y quien estaba en peligro. Y el ser ambos y los dos los únicos de edad corta y pareja hacía que me sintiera más cercano a él. Y por la mañana, al verme y reconocerme, fue él, el Rey Pequeño, el que buscó mi compañía y no quiso en adelante, ni para bien ni para mal, abandonarla en aquella huida hacia una ciudad amurallada donde podría estar

seguro y libre. Pero esta vez no lo flanqueaban en su marcha vistosa comitiva ni recios hombres de armas, con las señas del rey de Castilla en la punta de sus lanzas. Mulas y rucios en vez de caballos enjaezados y palafrenes de guerra; albardas, anguarinas y abarcas en vez de sillas con pomos de plata y tintinear de espuelas en estribos de hierro; capas pardas y zahones roídos en vez de lorigas y relucientes yelmos; quedos hablares en vez de altas voces de mando. Así era nuestra recua y nuestro paso. Así hicimos el camino. Así transcurrieron aquellos días, que fueron siete, por apartados caminos y trochas montunas, buscando en lo posible no ser vistos por nadie, tapándonos ora en bosques, ora en quebradas, evitando ciudades y puentes, buscando pasos ocultos y vados escondidos hasta alcanzar a divisar las poderosas murallas de Ávila.

No tuvimos mayores sobresaltos y nuestro Manda y el Elías cumplieron su cometido y llevaron a cabo su misión como si de los mejores capitanes de guerra de un gran señor se trataran. Cada noche estudiaban la ruta y cada día cumplían con parsimonia y determinación el trecho marcado hasta alcanzar el destino fijado. El conocimiento de aquella tierra, adquirido en sus muchos años de trajinar por ella de un lugar a otro, de todos sus caminos reales, veredas, cordeles y atajos, bien que nos aprovechaba a todos. Cada jornada avanzábamos sin prisa y sin pausa, unas veces montados, otras llevando a nuestras bestias del ramal. Y el Rey Pequeño y yo caminábamos juntos, siempre juntos, en ocasiones hasta de la mano, para acabar rendidos, y dormíamos, también, uno junto al otro, al lado del fuego, bien tapados por recias mantas bejaranas de la mejor lana, que nos daban cobijo sobre todo del relente de la madrugada, cuando el rocío las empapaba pero no lograba traspasarlas.

De todo nos dio tiempo para hablar en el camino. Era el Rey Pequeño curioso en grado sumo y por todo preguntaba. Por un pájaro, por una liebre que corría o por un conejo que saltaba, por el repentón de un corzo a nuestro paso, o por el arrollón de un jabalí que nos huía, por el tasajo que comía, por cómo preparaban las alubias con tocino, por cómo se diferenciaba apenas nacido el trigo de la cebada y el centeno, por cómo dar pienso a las mulas, por una villa que a lo lejos se divisaba o por una almena que emergía en lontananza. Yo respondía por las cosas del campo y me hacía el entendido

incluso de las que no sabía. Otras veces era el Elías, que no se separaba de nuestro lado, el que daba señas y señales. Y el Rey Pequeño sonreía muy contento cuando aprendía esto o aquello y señalaba esta mies como la que era y no confundía el conejo con la liebre, para gran alborozo de todos.

A mí también me preguntó, con su parla infantil pero muy enfatizada pues a ello le habían enseñado desde la cuna, que quién era yo y quiénes mis padres y abuelo, porque él solía hablar de los suyos aunque los hubiera conocido aún menos que yo. Los dos éramos huérfanos de madre desde nuestro propio nacimiento, pues la mía había muerto del propio parto y la suya a poco del suyo. La mía se había llamado Agustina y era hija de un labriego de Hita con algunas tierras. La suya era doña Blanca Garcés de Navarra, hija de Sancho VI, llamado el Sabio, que reinaba en Navarra, y de doña Sancha de Castilla. Sí tenía yo recuerdo de mi padre, el Frontero, cuya muerte reciente aún me dolía tanto y me hacía sentir en desamparo, pero él ninguno tenía del suyo, el rey Sancho III, pues se le había muerto sin haber cumplido apenas los tres años.

Pero el Rey Pequeño sí sabía muy bien quién era, y nos sorprendió a todos más de una vez con su memoria y el saber de sus orígenes, y con el sentido de su condición real y ascendentes. Eso se lo debían de haber repetido una y otra vez sus ayos y custodios, fueran estos Laras o Castros, pues el muchachillo lo tenía más que aprendido y en cuanto tenía ocasión lo reiteraba. Y aunque lo hacía con mucho aire de dignidad y empaque, su voz y cuerpecillo y su manera luego de mirarnos como pidiéndonos aprobación hacía que las rudas caras de los arrieros sonrieran con complacencia y devoción.

Porque el que su padre fuera Sancho III, llamado el Deseado por lo que se hizo esperar su advenimiento como heredero del rey y emperador Alfonso VII, y que apenas al año de reinado bajara muy joven a la tumba, lo sabían hasta las más duras mulleras de la reata. ¿Cómo no íbamos a saberlo si estábamos sufriendo por ello y por nuestro Rey Pequeño todas estas calamidades? Pero don Alfonso, para nuestro asombro, no dejó de ilustrarnos sobre su padre y sus ascendentes, y al referirnos los de su madre nos dejó a todos boquiabiertos. Porque esto ni el Manda lo sabía.

—Y soy descendiente del Cid Campeador. Rodrigo Díaz de Vivar era mi

tatarabuelo —remarcó—. Por mi madre doña Blanca. Ella era hija del rey García Ramírez de Navarra, el Restaurador, quien era hijo del infante Ramiro y de doña Cristina Rodríguez, hija del Cid —concluyó muy serio, y nos quedamos boquiabiertos, pues todos creíamos que las hijas del Cid se llamaban Sol y Elvira y que no lejos de por donde habíamos pasado habían sido vilmente afrentadas por los de Carrión, que, como no podía ser de otra manera, eran envidiosos y engolados nobles leoneses.

Porque el *Cantar de Mio Cid* se escuchaba cada vez más en las plazas de Castilla, los juglares lo llevaban de un lugar a otro y yo mismo ya lo había oído recitar en la del Trigo de Atienza, y más ahora que el rey leonés nos acechaba, como aquel Alfonso VI que no supo ser buen rey del mejor vasallo. En el *Cantar* salía Atienza, nuestra Peña Fort, y nos sentíamos orgullosos, y yo aún más pues aparecía por todos lados como su mano derecha el gran capitán Álvar Fáñez, con el que había combatido mi abuelo, Pedro Gómez *el Pardo*, y al lado de cuyo nieto Álvaro Rodríguez *el Calvo* hacía tan poco había perecido mi padre, Pedro Pérez *el Frontero*. El gran Álvar de Zorita, de Hita, de Guadalajara, de Toledo y Peñafiel, con quien mi familia tenía vínculos si no de sangre compartida sí de sangre derramada y de amistad que perduraban por generaciones.

Así que yo también le conté a don Alfonso mi ascendencia y que mi abuelo, Pedro *el Pardo*, había cabalgado con el primo hermano de Rodrigo, don Álvar Fáñez, y que había muerto defendiendo una cruz muy valiosa en Zorita contra los moros. Y que mi padre, Pedro *el Frontero*, había cabalgado con su propio abuelo, Alfonso VII el Emperador, y con el famoso don Munio, y que lo habían matado el año pasado los moros junto al nieto del gran Fáñez, Álvaro *el Calvo*, en tierras de Granada. Y que yo también por ello era huérfano como él, sin padre ni madre. Y que por ello mi abuela Yosune me había traído con ella a Atienza.

Y si después de decírselo pude pensar que eso para nada iba a importarle a un rey y que ni se habría enterado de mi peripecia ni de mi condición, bien me demostró que lo había tomado muy en cuenta, como luego habría de ir viendo, que era ya parte entonces de su manera y forma de ser el guardarse las cosas hondo y resolverlas cuando llegaba el momento, sin prometer antes nada y solo anunciarlo cuando ya tuviera a mano el modo de hacerlo.

Los días pasaron y se cumplió la semana cuando dimos vista a las murallas de Ávila. Que si las murallas de Atienza me parecían antes poderosas, el ver la ciudad por entero y tan fuertemente rodeada me dejó atónito, aunque para mí tuve que aún con todo serían más fáciles de asaltar que nuestro castillo roquero. Pero allí, sin duda, habría muchos más señores, caballeros y hombres de armas que pudieran custodiar y defender al rey de Castilla mejor que unos cuantos labriegos y arrieros como nosotros.

Esperaban nuestra llegada porque se les había mandado aviso de nuestra proximidad por el Elías. A nada vimos asomar un destacamento de caballería que vino hacia nosotros al galope con gran alborozo y griterío, encabezados por el ya conocido Pedro Núñez de Fuentearmegil. Fue él quien recogió al rey, con gran alborozo de ambos, el niño y el infanzón, y lo levantó en brazos mientras la tropa prorrumpía en vítores al rey de Castilla. Y así, aclamados por vecinos y gentes de armas, la reata de arrieros de Atienza entró por la puerta de la muralla de Ávila y se dirigió a la catedral a dar gracias al Altísimo y a la Virgen por haber cumplido nuestra misión y haber conseguido traer sano, salvo y libre al Rey Pequeño.

Fuimos muy agasajados y obsequiados, dándonos buenos alojamientos para nosotros y nuestra recua, y no nos faltó sino que tuvimos de sobra comida y bebida. Y aún fue más porque el Manda y el Elías regresaron haciendo saber que todas las mercaderías que transportábamos, de la primera a la última, estaban ya mercadas y adquiridas al mejor de los precios tanto por los condes de Lara como por sus deudos, el Concejo, los alcaldes y hombres buenos de Ávila, y que podríamos sin más regresar a Atienza sin tener que hacer ni más venta ni más trueque para obtener el mayor de los beneficios. Que era lo menos que el rey y en su nombre sus custodios, los Lara, podían hacer para pagar la acción que habíamos llevado a cabo.

Pero también nos traían otra noticia. Era esta que el Rey Pequeño había de partir al día siguiente y sin demora hacia Segovia, donde estaba el grueso de las tropas de los Lara y también se hallaban los condes. De hecho, habían creído que hacia allá íbamos en principio a dirigirnos, pero por lo visto los emisarios enviados a nuestro encuentro con tales instrucciones no habían logrado dar con nosotros. El Manda y el Elías habían demostrado una vez más que sabían aprovechar el terreno para hacerse casi invisibles, aunque

fuéramos sesenta y otras tantas caballerías.

Pensé, pues, que ya no vería más a don Alfonso, cuando aquella misma tarde llegó apresurado un soldado donde nos encontrábamos y reclamó que en compañía del Manda me presentara ante él. Hacia allí acudimos presurosos.

Ya se había despojado el rey niño de mis ropas de arriero, le habían quitado con buenos baños el polvo y la roña del camino y nos esperaba sonriendo alegremente en compañía de don Pedro Nuñez y ataviado con sus buenas ropas, sus zapatos y su hermoso manto como rey que era.

Fue don Pedro quien comunicó al Manda la nueva y su deseo.

—Don Alfonso quiere que Pedrillo, con quien al parecer ha hecho las mejores migas en el camino, no se aparte ahora de su lado. Quiere tenerlo con él y, como nos ha dicho que es huérfano de padre y madre, entendemos que ningún mal le hace sino bien al contrario. Que sabe que tiene una abuela y que a ella habréis de decirle que es voluntad del rey que entre a su servicio y que por ello será recompensada y que ha de entender que es lo mejor para su nieto. Que don Alfonso le ha cogido un gran aprecio y que ello será su fortuna.

Nada pudo replicar el Manda ni nada, en realidad, cabía oponer a ello a no ser, desde luego, la pena que provocaría en la abuela Yosune, aunque compensada por la alegría de saber que su nieto tenía ante sí un futuro nada menos que al lado del rey de Castilla, que antes no tenía ni ella hubiera podido ofrecerle.

Don Alfonso me hizo ir a su lado y simplemente me dijo:

—No quiero que te vayas y me dejes solo, Pedro. No quiero.

Hube pues de despedirme del Manda, del Elias y de todos con la mayor premura, pues apenas si me dejaron ir donde nos aposentábamos a recoger mis cuatro cosas porque, aunque me dijeron: «Bien podrías dejarlas pues de poco han de valerte de ahora en adelante», yo quise conservarlas conmigo. Eran mías y no había por qué dejarlas tiradas, que nunca se sabía, fuera uno a vivir en la corte o donde fuera.

Aquella noche el baño y los restregones me tocaron a mí para

adecentarme y no desmerecer en las nuevas compañías que ahora habría de frecuentar. Me dieron también ropas nuevas, de buen paño y tacto, aunque no de rango ni con lujos pues no pasaba en mucho mi condición de la de criado, aunque del rey y por él protegido. Y cené aquella noche entre gentes que no conocía de nada y que me llevaron después a una pequeña habitación donde me dijeron que habría de despertar temprano, pues aquella misma mañana saldríamos prestos hacia Segovia.

Al salir de mi cuarto oí a la sirvienta que me había atendido decirle a otra con la que se cruzaba:

—Es el arrierillo que ha traído al Rey Pequeño. Y ahora don Alfonso no quiere separarse de él por nada.

Pedrillo me llamaron luego, ya en Segovia, ciudad en la que viví algún tiempo, aunque estar al lado del rey, aunque fuera un niño, era no estar en ningún lado procurando estar en todos. En la corte me fue obligado aprender presto muchas cosas. Algunas buenas y otras malas. A saber de las mezquindades que se esconden detrás de los hombres y que no entienden de posición ni de linajes. Que en la condición humana, la bondad y la maldad están por doquier presentes, y que quienes más alardean de poseer virtudes y nobleza suelen ser quienes menos las practican. Aunque en todos los sitios cuecen habas y la ambición, la codicia, la envidia y el odio florecen por igual en las cocinas, en los establos, entre labriegos, pastores, arrieros, comerciantes, menestrales, saltimbanquis, monjes, sacerdotes, obispos, escuderos, caballeros, villanos, infanzones, condes y hasta reyes. Entre todos los cristianos. Todos. Y hasta en los que no son cristianos. Y que también entre ellos permanecen y dan frutos gentes buenas de toda condición y gobierno. Aunque quizá sea en los más grandes, en quienes ocupan las escalinatas de arriba en los palacios, los castillos o las iglesias, donde más alcanzamos a ver sus grandezas y sus perversidades. A los bajos y humildes la maldad o la bondad se les alcanza a atisbar de otra manera más lenta, más silente, mientras que a los que andan por las riquezas y las famas, si uno es algo avisado, se les distingue antes y al fin y a la postre. Sus hechos, por ser más notorios y conocidos, las exponen a la vista de todos.

Aprendí yo a conocer a unos y a otros pero, con el paso del tiempo, a no juzgar de entrada y menos por la apariencia. Porque muchos acometían

acciones empujados por su ambición, pero también obligados por su propio linaje y consideración a su propia familia y estirpe, como si de ella fueran prisioneros, como lo éramos las gentes del común de nuestras miserias, que también nos podían arrumbar a cometer actos que no debiéramos. Y a los unos y los otros, también podíamos conducirnos por ocasión o necesidad a hacer el bien, a la generosidad y hasta a la mayor de las valentías.

Porque he visto mezquindad, mucha, pero tampoco he dejado de ver también grandeza y gallardía. Y a veces en la misma persona. Pues he visto quien ayer hasta mendaz y ruin se comportaba, en el siguiente día como el más bravo de corazón y el de más noble entrega. He visto dar la vida y quitarla, he visto morir y matar, y aún hoy soy incapaz de decir quién lo hizo tan solo por deber o quién fue empujado por el peor de los instintos. He conocido hombres malos y hasta perversos, e incluso los he juzgado y condenado. Pero he de decir que al cabo de los años he conocido más hombres buenos. A muchos, grandes y pequeños, hombres buenos. Aunque todos tengamos nuestros pecados. Y que muchos de esos hombres buenos fueron gentes que vivieron y combatieron a mi lado.

Al lado del Rey Pequeño, y desde el comienzo, el peligro y la muerte rondaban, y bajo su guadaña vi caer a muchos, incluso a los más poderosos. Porque en la primera batalla de la que fui testigo, la primera vez que vi aquello que mi padre el Frontero me había contado de hombres y caballos lanzándose contra otros, chocando, gritando y matando y muriendo entre alaridos, a quien trajeron muerto fue nada menos que al poderoso jefe de los Lara, aquel día de Huete. El día en que pudo cambiar de nuevo el rumbo del rey Alfonso VIII y el de todos si no hubiéramos podido refugiarnos en Zorita, en la inexpugnable Zorita de Álvaro Fáñez y de mi abuelo. Porque aquel día en Huete fue de los Castro y la muerte fue para los Lara. Para don Manrique Pérez de Lara, el señor de Molina, el jefe de su linaje.

El rey Fernando de León se había emplazado y hecho fuerte en Toledo desde hacía un año largo merced al apoyo de los Castro, mandados por Fernando Rodríguez de Castro, llamado por los leoneses el «Castellano», por su nacimiento, y por los castellanos el «Leonés», por su querencia. Apretados los Castro en Toledo por los Lara, que tenían con ellos al Rey Pequeño y ello les significaba crecientes apoyos, se retiraron hacia Huete. Allí ellos también

hicieron recluta de partidarios y se prepararon para dar la batalla con tropas de Toledo, del propio municipio de Huete y la guarnición de Zorita.

Al frente de nuestras tropas iban don Manrique Pérez de Lara y sus hermanos, don Nuño y don Álvaro. Don Nuño siempre cercano al Rey Pequeño, sin separarse ni unos metros de él, y en cuya cercanía yo siempre andaba también rondando.

Llegados ante las murallas de Huete, don Manrique exigió al Castro la entrega de la muy poderosa alcazaba que dominaba tanto la villa como todas las tierras hasta la sierra de Enmedio o de Altomira, que desde allí se divisaba en lontananza y donde al otro lado se encontraba Zorita.

Se negó el Castro arguyendo que el difunto rey Sancho III había ordenado a sus tenentes, que eran ellos, los Castro, no entregarla a persona alguna hasta que Alfonso VIII alcanzase la mayoría de edad. No había pues otra que trabarse en batalla, y en vista del riesgo que el pequeño rey podía correr, y también por asegurarse los Lara su custodia en caso de derrota, se determinó que don Nuño se quedaría con él y con un pequeño grupo en retaguardia para trasladarlo a Zorita de los Canes si la suerte del combate era adversa. Así lo salvarían de caer en manos de los Castro y en cierto modo en las de su tío el rey Fernando de León. Pues era ya más que evidente que el cambio de custodia del niño a quien favorecería aún más que a los Castro sería al rey leonés. Y eso era lo que don Nuño había de impedir a todo trance.

Y el trance se dio. Desde el comienzo se vio que el combate, trabado en las llanadas al norte del castillo, se inclinaba hacia los Castro, y que sus tropas podían con facilidad con las nuestras, haciéndolas retroceder. Y cuando don Manrique Pérez de Lara intentó contener su derrota vino sobre él el propio jefe de los Castro, Fernando, y logró derribarlo y causarle tan tremenda herida de lanza que allí muerto quedó sobre el campo. No hubo para más, sino para la huida que emprendimos raudos con don Nuño, que por fortuna tenía los mejores guías para llegar desde Huete hasta Zorita atravesando la sierra de Enmedio por el paso del río Jabalera, coger la senda de la Losilla y tras pasar por la aldea de Albalate llegarnos a guardar en el castillo zoriteño. Que era de los Castro pero, como sus guardianes habían ido a la batalla de Huete con ellos, ahora nos sirvió a nosotros de refugio, pues no puso nadie reparo alguno a darnos cobijo. Y más aún cuando tras de nosotros

llegaban las tropas de los Lara, que aun vencidas eran numerosas y cuya retirada había conseguido hacer sin sufrir bajas en demasía don Álvaro Pérez de Lara, que había dejado sobre el campo el cadáver de su hermano. No era cuestión de andarse con asuntos de muerto, que ya podrían resolverse luego, si de lo que se trataba era de preservar al Rey Pequeño, que era como cuidar en realidad de sus propias vidas, poderes y haciendas.

Reunidas las tropas, no fue cuestión de demorarse. Yo pude contemplar Zorita o lo que de ella quedaba, pues se notaba que desde el asalto almorávide no se había recuperado del todo, pero cuya alcazaba seguía siendo la más poderosa desde allí hasta el mismo Toledo. Solo había que subir a lo alto de su torre para comprender que intentar asaltarla era algo imposible y que solo un poderosísimo ejército dispuesto a cercar y batir durante semanas o hasta meses sus defensas podría conseguirlo. Recordaba los relatos de mi abuela y me acerqué donde me había señalado que estuvo su casa, que seguía en pie y en posesión de uno de los castellanos que precisamente nos habían batido en Huete. También me quise acercar, cruzando el foso, a la aljama judía, donde seguían los hebreos de Jezabel, la mujer judía que Fan Fáñez, el amigo de mi abuelo Pedro *el Pardo*, había traído de Toledo.

Pero ambos, el Fáñez chico y su hebrea, hacía muchos años que se habían marchado, al igual que hiciera mi abuela Yosune. Zorita restañaba heridas, pero se le notaban los desportillones de la embestida almorávide y de las razias de los moros que tenían Cuenca y que cada dos por tres atravesaban la sierra y asolaban todos sus campos. Los cristianos habían recuperado Huete y algunas plazas más, pero en Cuenca los musulmanes seguían fuertes y hostigando la frontera de continuo, y más aún cuando nosotros andábamos matándonos los unos a los otros. Pero cualquiera era capaz de decirle eso a un Lara. O a un Castro.

Lo cierto es que tras la rauda visita, cuando ya emprendíamos de nuevo camino, conseguí que me permitieran, tras interceder por ello el rey Alfonso pero a lo que él por seguridad no pudo acompañarme, ir al poblado de Recópolis, donde sabía que descansaba mi abuelo, y rezar ante aquella hilera de tumbas una oración, según me había encomendado mi abuela Yosune que hiciera en la primera ocasión que por allí pasara. Monté en mi caballo y me

uní a la comitiva que ya abandonaba también el castillo de Zorita, salía por el arco de Abderramán, descendía por la ronda, cruzaba la puerta en la barbacana que daba entrada a la villa y luego el Tajo por el puente de piedra, para encaminarse a toda prisa rumbo a Ávila, no fueran a venirnos los Castro a los alcances.

A la postre no vinieron y la derrota, que por el momento pudo parecer atroz y definitiva para la suerte de los Lara, no tuvo mayores consecuencias que las muertes y en particular la del jefe de la dinastía, cuyo mando pasó a manos de don Nuño y santas pascuas. Llegados a la ciudad, recordando durante las jornadas de viaje el anterior camino de aquella otra escapada desde Atienza con los arrieros y, sin poder evitarlo, comparando y hasta riéndonos de nuestras peripecias y suerte, resultó que los obispos de Castilla, allí reunidos, accedieron a nuestra entrada y nos dieron su protección. Y no solo ello, sino que exigieron al rey Fernando el cese temporal de las hostilidades, lo que consiguieron. El vencedor de la batalla, don Fernando Rodríguez de Castro, abandonó a la postre Huete y el reino de Castilla y marchó hacia la corte de León sin haber conseguido nada con su victoria, más allá de haber vencido y haber dado muerte al más poderoso de sus enemigos. Y mi vida siguió, cada vez más cerca yo de la mocedad y don Alfonso dejando de ser niño poco a poco, en aquella corte, gobernada desde entonces por don Nuño, regente ya del reino, tutor y custodio del monarca, más trashumante que nuestros rebaños de ovejas, recorriendo un año media Castilla y la otra media al siguiente.

A los unos, los Castro, y a los otros, los Lara, a pesar de los diferentes afectos familiares míos, aprendí a calibrarlos mejor con aquellos años que me brindó a su lado el Rey Pequeño y que a mí me hicieron a poco un mozo y luego, espero, un hombre cabal y un caballero villano, que a mucho orgullo y honra es lo que siempre he sido sin querer ser otra cosa. Pedro *el Pardo* de Atienza, como al cabo de unos años ya me llamaron cuando dejaron de llamarme Pedrillo.

Cerca del rey Alfonso pude aprender lo que no hubiera aprendido en Hita o en Atienza. De letras, de armas y de vida.

Fui una especie de sirviente, de compañero de juegos, de asistente, de

paje, sin serlo, pues otros tenía con linaje. Y sin llegar a ser amigo por la diferencia de estirpe quizá lo fuera más que muchos que tal cosa pretendían y de ello alardeaban. Él, y más que él, los señores que le rodeaban mantuvieron las distancias conmigo y no dejaron de hacérmelo notar en momento alguno, pero el Rey Pequeño sí supo desde el principio salvar aquellas barreras sin que lo pareciera y hacerme sentir siempre en buen sitio, sin que permitiera humillación alguna sobre mi persona. Aunque bien es cierto que yo no pretendí nunca en mi vida estar en sitio que no me correspondiera o donde no hubiera sido llamado. Eso no hacía falta que me lo enseñaran en la corte, que bien lo había aprendido yo en casa de mi abuela, tanto mientras vivió mi padre como cuando solo me quedó ella.

Aprendí mucho más de lo que sabía, que era poco más que firmar, leer con dificultad y echar alguna cuenta, de letras y hasta de números, de sumar y restar al menos. No tardé en leer con facilidad, aunque con el latín ya no alcancé a meterme a pesar de algún intento a que quisieron obligarme. No hubo manera y ya había llegado yo demasiado crecido para andar con latines, aunque de tanto roce alcancé a las frases de la misa y alguna noción más de la lengua en que cantaban los obispos. La verdad es que, ya alcanzados yo los quince y yendo el rey camino de los doce, que ya había echado planta y firmeza, sabía yo más de muchas cosas que algunos de los hijos de los condes e infanzones que caracoleaban a su lado.

Pero de lo que ya para entonces sí que me había hecho ducho y maestro era en aquella cuita de Laras y Castros que parecía rodearnos como una tela de araña la vida entera, la mía de villano y la de Alfonso por mucho rey que fuera. No había más remedio que ser de uno u otro y parecían ambos exigir fidelidades que luego ellos mismos mudaban cuando a sus intereses convenía. Lo que a los de abajo demandaban parecía ser a ellos a los únicos que luego no comprometía.

Por razones familiares y hasta de nacimiento más hubiera andado yo por la bandería de los Castros que por la de mis actuales señores, de los que de alguna manera yo estaba al servicio. Además, los Lara poseían hacía ya tiempo la tenencia de Atienza, donde se había cobijado mi abuela conmigo.

Pero lo cierto es que nuestras raíces estaban con los Castro y más aún con uno de ellos, y a su lado combatiendo había muerto mi padre el Frontero.

Pero como de otra manera no podía ser, y más ahora con mi nuevo cometido, hube yo de saberme y enaltecer la historia de los Lara y dar por buenas muchas de las cosas que había oído como malas a mi señor padre y a sus compañeros de armas, que tantas veces habían cabalgado al lado de los Castro, aunque ellos menos en cuitas entre castellanos y más siempre a espada en la frontera con los sarracenos. Pues mientras los unos se disputaban custodias, tenencias, villas y riquezas, los otros habían de andar por la Transierra, desde la ribera del Tajo a la cordillera, lidiando por conservar las vidas de quienes allí vivían amenazados de continuo por los infieles agarenos. Que bien me tenía dicho, aunque yo fuera muy niño, que de nuestras disputas quienes sacaban ventaja eran los sarracenos. Y un día todos estos Castro y estos Lara a quienes iban a encontrar en sus castillos y en sus aposentos, holgándose con sus riquezas y hasta con sus hijas, iban a ser a los guerreros africanos, que cada vez se envalentonaban más. Que aquellos almorávides con quienes había combatido su padre y mi abuelo junto a Álvar habían sido sustituido por unos guerreros aún más feroces y despiadados, los almohades, y que como un día cayera la frontera iban a saber en toda nuestra tierra castellana y hasta en la leonesa de qué color eran los gallardetes de los jinetes moros y de qué color su propio miedo.

Pero es que, además, Castros y Laras no dejaban de estar mezclados y emparentados en diferentes enlaces matrimoniales que aún hacían más enrevesada y casi imposible de explicar la historia de las dos familias. Un galimatías familiar en el que cualquiera que no fuera ellos mismos se perdía, y me imagino que incluso los propios habían de andar echando cábalas en parentescos dobles de tanto andar casándose entre ellos y a la postre también con los rivales y ahora feroces enemigos.

Pero más me valía a mí pugnar por aprender todos esos cruces, no fuera a caer en malas trochas, pues estar duchos en tales relaciones era tarea primordial en aquellas salas por las que había de moverme, no fuera por un desliz de nombre o parentesco en incurrir en iras. Podía confundirme en cualquier caso con un Castro, pero hacerlo con un Lara, en cuyas casas

moraba, hubiera sido entendido como desafecto. Menos mal que en tales arcos quien tenía una prodigiosa memoria era el propio rey niño. Era él quien me corregía cuando yo me perdía en aquellos vericuetos, y para que no me olvidara se inventó que jugaríamos el uno a ser este y el otro aquel. Aunque si se trataba de batallas, el pequeño resultaba un tanto ventajista pues, como no quería perder nunca, se cogía siempre el personaje del vencedor y ahí sí que no hacía distinciones entre Castros y Laras. Don Alfonso era quien ganaba y a ello se tenían que plegar los jóvenes vástagos de la casa Lara que compartían nuestros juegos. A mí no me venía mal tampoco, pues el Rey Pequeño me escogía siempre para su bando.

Los Lara veneraban a su patriarca don Gonzalo Núñez, que había sido el primer teniente del alfoz de Lara, solar y riqueza primigenia. Tuvo dos hijos, el mayor Rodrigo y el menor Pedro. Rodrigo terminó de muy mala manera con Alfonso VII, desnaturalizándose de su reino y vasallaje y marchando en peregrinación a Jerusalén, de donde no regresó con vida.

Y su hermano Pedro González de Lara le superó. Se hizo amante de la reina Urraca, se vio ciñendo corona, le dio dos hijos, Fernando y Elvira, y los tres a la postre acabaron traicionando al rey Alfonso VII. El padre y los bastardos concluyeron por aliarse con el padrastro, el rey aragonés ex marido de Urraca, y combatiendo al legítimo rey de León y Castilla.

Y aunque tutelado en casa de sus descendientes, el Rey Pequeño lo sabía y tenía, aunque callaba, muy cumplida cuenta de lo que sus hermanastros y el amante de su madre le habían hecho a su abuelo Alfonso VII, al que tenía como referencia y en muy grande estima. Pero de algunas cosas era mejor no hablar en demasía, y más ahora que resultaba que sus custodios y tutores no eran sino los hijos de aquel conde de tan poco fiar que, y de eso se congratulaba en gran manera para sus adentros el pequeño rey Alfonso, había acabado por entregar su alma a manos de la espada de un personaje de su familia, también primo de su abuelo, y por quien el niño sentía auténtica devoción.

Porque el conde Pedro González de Lara había tenido descendencia de su legítima esposa, la condesa Eva Pérez de Traba, viuda del conde García

Ordóñez, y estos eran ahora sus tutores y el cabeza regente del reino. Lo había sido el mayor don Manrique Pérez de Lara, al que habíamos visto perecer, y lo eran don Nuño, ahora cabeza del linaje y regente del reino, y su hermano Álvaro. Los tres hermanos, pasadas y enterradas las desavenencias del Emperador con su padre, le habían sido útiles y fieles y habían escalado grandes posiciones en el reino hasta llegar ahora a esta situación de máximo privilegio.

Don Manrique, señor de Molina, a la que tras haber sido conquistada por los aragoneses repobló, fortificó y dotó de fuero, había sido el cabeza de familia y fue tenido por el más astuto de los hermanos, pero para mí, a pesar de las apariencias, no lo era, sino que quien estaba dotado de mayor capacidad era don Nuño, que había permanecido a su sombra pero que ahora mostraba, desaparecido el mayor, que buena parte de lo que se le atribuía al otro era más bien producto de su inteligencia, a la que además unía una mayor grandeza y generosidad, que emergieron ahora y que le hicieron merecedor del respeto de muchos y también de algo mucho más importante: el afecto del Rey Pequeño, que supo ganarse. Y yo mismo, he de decirlo, comencé a tomárselo.

Don Nuño siempre había sabido gestionar muy bien sus propios asuntos y haciendas, tanto en la casa Lara como en la corte de Alfonso VII, de quien fue alférez y al que acompañó junto a sus hermanos en sus campañas. Ahora don Nuño era tenente curia regis, y era quien mandaba en Castilla. Y sus hermanos, primos y parientes seguían sus órdenes. El primero Álvaro, el hermano menor. Pedro Manríquez de Lara, heredero del hermano mayor, mantenía su poderío sobre el señorío de Molina, Atienza, San Esteban y ya también Huete finalmente abandonada por los Castro. Don Álvaro sobre las Asturias, Campo, Burgos y Grajal. Pero era don Nuño quien sobre ellos dos y sobre todos primaba en Castilla y eso ya no lo discutía nadie. Y no solo eran ellos sino los múltiples parientes y emparentados, como don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, casado con María, hermana del actual señor de Molina. Extenso y enraizado era, y bien reconocido estaba, el poder de los Lara, con cuyos hijos pequeños jugaba yo, un arrierillo, hijo de un frontero,

porque así lo quería un Rey Pequeño.

Estaban, claro, los tres hijos del propio don Nuño y de una muy discreta dama con muchas influencias en la corte leonesa y cercanía al propio rey Fernando, que procuraba en lo que podía compensar la de los Castro: doña Teresa. Estos eran Fernando, Álvaro y Gonzalo Núñez de Lara. Doña Teresa mantenía en cierto orden toda la prole y algunas cercanas, como la de don Pedro Núñez de Fuentearmegil, el que había sacado a Alfonso, compinchado con don Nuño, de las manos del rey leonés y de los Castro. Estaba casado con una Lara. Pero no una cualquiera, sino la hija pequeña del fundador del linaje, don Gonzalo Núñez, que se llamaba Elvira. Don Pedro era un grandullón de risueño y bondadoso carácter al que los chavales idolatrábamos, a quien involucrábamos en nuestras travesuras, al que acudíamos para escabullirnos de sus consecuencias y a quien recurriamos para que mediara y juzgara en nuestras peticiones. Tenía tres hijos algo mayores que yo, con quienes nos entrenábamos en armas: Nuño, Diego y García Pérez de Fuentearmegil, que eran muy fervientes del Rey Pequeño, y este tenía por ellos parecida devoción y simpatía que la que demostraba por su padre. Fueron estos con quienes yo aprendí el manejo de la espada, a embrazar un escudo y asestar una lanza. La cuadrilla aún se completaba con algunos primos más, los hijos de doña Godo González, viuda de Rodrigo Núñez de Guzmán, y cuyos hijos eran ya unos mozalbetes de mi edad y mayores, y de los que tengo como recuerdo, y no es malo aunque pudiera parecerlo, que fueron los que más veces me hicieron caer del caballo. Algo que celebraban siempre con gran jolgorio pero sin inquina alguna, pues nadie mejor que ellos me enseñó a mantenerme, y cuando era alguno de los tres el que medía el polvo con sus costillas, era igual la carcajada. Hasta la del caído cuando recuperaba el aire en los pulmones después de la costalada.

Todos ellos eran quienes de continuo flanqueaban y trataban al rey, constituyendo en cierta manera la familia que el rey niño no tenía. Y con ellos también, salvando las distancias entre criados y señores, era con quienes yo convivía y con quien me adiestraba en las artes de la guerra, que en eso puso empeño desde que llegué el Rey Pequeño.

Ya sabía yo sostenerme bien en una caballería y quizá por ello, ya entrado

en la adolescencia, era de los jinetes punteros. No fui nunca muy diestro con el arco, pero no era manco con la lanza y bastante mejor con la espada. Que fue siempre mi arma predilecta y con la que adquirí mucha destreza en su manejo, mucho temple para blandirla y mucho arte en fintar y descargarla. Mucho más que tantos caballeros de mucho renombre que hacían mucho alarde de cabriolas pero bien sabía yo que eso no valía luego en el combate, cuando enfrente tenías a quien quería matarte. Fue cuando cumplí los catorce, la edad a la que él tanto deseaba llegar, cuando Alfonso me hizo el gran obsequio de una armadura completa, con una magnífica cota de malla por debajo, un yelmo de los buenos y unas botas y espuelas de las mejores. Ropas, camisas y belmececs no me habían faltado desde que entré a su servicio, y bien sé yo que don Alfonso también cuidó de mi abuela, a la que de tanto en tanto íbamos a visitar, aprovechando algún viaje de los muchos que le llevaban a él y a los Laras por aquellas tierras.

—Un día te armaré caballero. El mismo día que yo los cumpla —me dijo, para confesarme luego que no tenía más anhelo que alcanzar él también aquella edad. La que iba a suponer su mayoría, y quería hacerlo convertido en un buen guerrero, algo para lo que se adiestraba con verdadera pasión y a veces sobreesfuerzo para su corta edad. Pero no había quien le frenara en esos impulsos. Desde muy niño tuvo el Rey Pequeño genio y tesón. Quería convertirse cuanto antes en un adalid y un guerrero temible en el combate. Aunque antes tenía que ser rey, y eso suponía también otros estudios, de letras y de leyes y de historia. Sobre todo las primeras nos gustaban bastante menos que entrenarnos con las armas o salir con los caballos de caza, con halcones y venablos.

Tenía muy presente don Alfonso la muerte del infante Sancho, el que hubiera reinado en Castilla de no haber sido muerto en Uclés siendo apenas un muchacho, lo que propició la llegada al trono, algo que no tenía precedentes en Castilla, de su bisabuela la reina Urraca. El infante solo era consanguíneo suyo por parte de Alfonso VI, pues era hijo de una princesa mora, la bella Zaida, mientras que él tenía sangre borgoñona de su padre Raimundo, el primer marido de Urraca y padre de su abuelo, Alfonso VII el Emperador, al que el muchacho ya desde aquella edad admiraba como a nadie.

—Sancho es un nombre de reyes en Castilla, pero es un nombre desdichado. No lo pondré a mis hijos. Sancho II fue asesinado por aquel traidor zamorano Bellido Dolfos, a quien como un día te dije mi tatarabuelo el Cid no pudo dar alcance y castigo. Sancho se llamaba mi buen padre, a quien ni alcanzo a recordar, que tanto desearon mi abuelo y Castilla y tan poco duró en vida una vez bajó él a la tumba. Y está aquel infante desgraciado, que tendría tal vez mi edad ahora cuando hubo de ir a la batalla, amparado por sus condes. Como quizá tenga que ir yo mañana. Dicen nuestras crónicas que montaba bien a caballo pero aún no tenía las fuerzas para defenderse. Eso dicen y a ello quiero yo poner remedio cuanto antes. Necesito fuerzas y vigor, necesito años, Pedro, y los necesito cuanto antes, para el combate y para el reino. Para mi mayoría de edad, la que está confirmada y obligada en el testamento de mi padre, ya solo me restan tres años. Y para entonces debo estar bien fuerte y preparado.

Me sorprendía ya entonces aquella madurez en un niño. Le había alcanzado antes que a nadie y a la fuerza había tenido que abrazarla. Y pienso que para bien ha sido. Que en aquella infancia huérfana, disputado por los unos y los otros, acechado por muchos y más por quienes más decían apreciarle, hubo de aprender a ser hombre antes de tiempo. Por eso no me sorprendía en nada la devoción que tenía por su abuelo Alfonso VII. Se sentía profundamente identificado con él y con sus vicisitudes. Los dos se habían quedado huérfanos de padre y habían soportado una niñez muy difícil. Y en el caso de su abuelo incluso enfrentado a su propia madre, la reina Urraca.

Por ello se hacía relatar de continuo la vida y hechos del emperador Alfonso VII de León y Castilla, al que rendía vasallaje toda España y todos temían, fueran moros o cristianos. Y ello cuando había sido hasta desposeído de sus derechos sucesorios, apartado del trono, dejado de lado por su madre, combatido por su padrastro Alfonso el Batallador, por su tía la condesa de Portugal y por su primo Alfonso Enríquez, que acabó de hacer reino aquel condado portugués que siempre fue una parte de León.

—Mi abuelo fue rey siendo también un niño como yo. Acechado y combatido por todos, supo resistirlos y luego logró restablecer su reino, al que tanto habían amputado unos y otros y, aún más, logró mellar del todo a los almorávides, esos moabitas aun peor que los agarenos de Al Ándalus^[2] —

se enorgullecía el Rey Pequeño.

La pasión de don Alfonso por su abuelo era tanta que acabó por inculcármela también a mí, que comprendía muy bien los motivos de aquella admiración. Así que al cabo sabíamos de sus hechos y milagros más que los ilustrados obispos que escribían las crónicas. Además, era muy pertinente conocer esos hechos pues de ellos nacían las causas de la situación en la que ahora se hallaban estos reinos. Hay que detenerse en comprender tanto la razón de los éxitos como la de los fracasos, para intentar a los unos emularlos y a los otros evitarlos. De la madre de Alfonso VII, la reina Urraca, ya tenía yo algo oído en casa. Y no era nada bueno, y peor incluso que lo que oía de su marido Alfonso el Batallador, a quien sin embargo mi abuela y mi padre admiraban por sus victorias contra los almorávides.

—El aragonés Alfonso, aunque intentara hacerse con Castilla y buenos bocados le pegara, lo cierto es que a quien mordió como un lobo fue a los moros. Les arrebató Zaragoza, la Ciudad Blanca que los moros llamaban, y que los almorávides habían arrebatado a los hudíes arrojándoles de ella y obligándoles a encerrarse en la fortaleza de Rueda.

El Batallador, relataba mi padre, que se enardecía con aquella gesta, luego de tomarles la gran ciudad y muchas fortalezas, villas y sus alfoques, destrozó al ejército que acudió a recuperarla. Fue en la gran batalla de Cutanda en la que quebró su poder, y no contento con ello les corrió la tierra en una larga expedición de más de un año. Algo nunca visto hasta entonces pues las nuestras nunca alcanzaban los tres meses de buen tiempo, invernando en la propia Al Ándalus. Corrió y asoló toda su tierra desde Granada a Sevilla, y volvió a derrotar a quienes se le opusieron cerca de Lucena. Regresó acompañado de miles y miles de cristianos mozárabes que volvieron con él y repoblaron e hicieron grande a su reino.

Era fuerte el brazo del Batallador, pero lo que el viejo rey Alfonso VI había esperado convirtiéndolo en su yerno, aunque él no llegara vivo a los esponsales, fue todo lo contrario a sus deseos. Él quería para su hija un marido que ayudara a León, a Castilla, y lo que se produjo fue un conflicto desatado e hirviendo por todos los lados y su frontera del Tajo quedó casi por entero desguarnecida merced a las luchas entre cristianos.

Alfonso I el Batallador había vivido siempre como un monje, aunque un

monje guerrero. El trono estaba destinado a su hermano Pedro y tuvo en su hermano a su mejor caballero. Al padre de ambos lo habían muerto en el sitio de Huesca y esa fue la primera misión de los hermanos. Lo lograron y el pequeño reino del bravo Sancho Ramírez alcanzó al fin llanuras fértiles, cuando la muerte prematura de Pedro le hizo tener primero que subir al trono de Aragón con treinta años y cinco después se vio obligado a dejar su soltería y tomar esposa. Y esta era Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña, madre de un hijo, el futuro Alfonso VII, que estaba supuestamente destinado a heredarla. Lo del trono aragonés y el combate lo supo manejar de maravilla, lo de su mujer y los reinos que con ella había de compartir no hubo manera de manejarlo, y no era Alfonso I quien en cualquier caso supiera manejar ni a su mujer ni a los leoneses y castellanos. Mano para sostener con firmeza la espada tenía de sobra, pero la izquierda para lograr ganar combates sin armas pareciera tenerla manca. Aunque decían las malas lenguas que con ella y con los pies llegó a ofender a la Urraca.

Los pactos entre los esposos fueron que los dos gobernarían en ambos reinos y que de tener un heredero, este sería el heredero de todo, lo que suponía desposeer de sus derechos al entonces niño Alfonso VII, que contaba tan solo con cuatro años y se criaba en Galicia con su ayo Pedro Floilaz, conde de Traba, y su gran valedor, el obispo de Santiago, Gelmírez. La aceptación por parte de su madre a que su primogénito fuera desheredado en caso de tener descendencia es algo que desde antes de tener uso de razón siquiera se clavó como la peor de las espinas en la carne del futuro Emperador.

Pero ese solo era uno de los problemas. Otro y no menor era que los nobles castellanos y leoneses veían con los peores ojos el matrimonio con el rey aragonés, pues los dejaba a ellos postergados. Máxime cuando alguno había tenido pretensiones de casar con ella, como era el caso de Gómez González, conde de Candespina, y de Pedro González de Lara. Del primero se decía, y tal sospechó bien pronto su marido, que si la mano real no la había obtenido el conde puede que sí hubiera obtenido todas las demás cosas. Ello provocó las primeras desavenencias, enfrentamientos y malos tratos. Y a los dos condes se les unió nada menos que el arzobispo de Toledo, Bernardo de Sidirac, que tanta influencia había tenido con el rey Alfonso VI y con sus

esposas, en particular la reina Constanza, que fue la artífice de que los cluniacenses llegaran a España, que se impusiera el rito romano y que no pocos caballeros borgoñones y otros francos también le acompañaran.

A nada de casarse las hostilidades estaban rotas, y no solo en la alcoba. Alfonso I, a quien carácter no le faltaba, encerró a su mujer en el castillo de Castellar, logró destituir al obispo de Toledo y que muchas ciudades y villas, viendo en él un poder sólido y fuerte, se le unieran. Al frente de su ejército se dirigió contra los unos y contra los otros, logrando importantes victorias.

Pero en un golpe de mano el conde Gómez González y Pedro González de Lara lograron liberar a la reina. Y lo que es peor, los arzobispos de Santiago y Toledo, en su contra unidos, encontraron que el matrimonio, por una consanguinidad, podría ser declarado nulo por el papado y a ello se pusieron.

No se arredró Alfonso I, antes al contrario, se preparó para combatirlos a todos. Y para ello encontró, además del apoyo de no pocos castellanos, sobre todo gentes de la frontera, hartas del desorden en el reino y deseosas de un poder fuerte que defendiera de los almorávides, a la hermanastra de la propia Urraca, Teresa y su marido, Enrique de Borgoña. Se pusieron al lado del rey aragonés y en la batalla en el propio territorio del conde Gómez González, en Candespina, este fue vencido y muerto. Pedro González de Lara huyó y muchas ciudades y villas quedaron para Alfonso I.

Urraca debió someterse, pero no así su hijo ni los obispos. Estos ya lo tenían cogido por el papado y la anulación del matrimonio fue un hecho. Pero había algo peor: la frontera con los moros sufría las embestidas almorávides y nadie acudía en ayuda de Álvar Fáñez, que combatía en soledad y sin ayuda... Y en la primavera del 1114, el fiel defensor de Urraca, el buen Álvar, ya anciano, pereció en Segovia a manos de cristianos partidarios del rey aragonés, tras haber combatido cincuenta años contra los musulmanes. Esto era por lo que a mi abuela le llevaban los demonios y no aguantaba al Batallador, por muy buen guerrero que fuera.

—Si no servía para sujetar a su mujer, menos iba a sujetar estos reinos. Para lo uno y lo otro hace falta algo más que fuerza. Con todas estas tierras se hizo y apretaba al pobre hijo de la reina Urraca, pero ahí tuvo un hueso que al final se le atragantó en la garganta. El cachorro creció y se hizo lobo.

La reina, ya anulado el matrimonio y disueltos los acuerdos y pactos territoriales, volvió a reconocer a su hijo como heredero de nuevo al trono de León y Castilla cuando ella muriera.

Pero una cosa eran los documentos y otras las realidades. El Batallador se había adentrado en buena parte de estos reinos y no pensaba soltar presa. Se había hecho con Soria, Almazán, dominaba el propio Burgos y se había apoderado de La Rioja y casi la totalidad de las Vascongadas. Era amén de Aragón, rey de Navarra como lo había sido su padre y sin duda en aquel momento el más poderoso monarca cristiano, a quien además le sonreía la suerte de las armas contra los mahometanos.

Y por si fuera poco para el reino leonés y castellano, a la pelea entre los esposos sucedió la del hijo con la madre. Esta, Urraca, se había echado un nuevo amante, don Pedro González de Lara, y en este caso era más que notoria su cohabitación pues no tardaron en tener hijos, lo que hizo que su familia escalara a lo más alto aunque a la reina la arrastraba a lo más bajo. Perdido el respeto de todos cuando acudió a Santiago por ver de encontrar un acuerdo con su hijo Alfonso VII, estalló un motín terrible de las gentes de la propia villa, que acorralaron a la reina, la arrastraron por el fango de las calles, la dejaron en cueros y hasta le mellaron la boca de una pedrada. Humillada, magullada y vejada, logró salvar la vida. Sometida luego la revuelta, no contribuyó para nada a su prestigio su venganza, que fue de una crueldad brutal y sanguinaria. Carácter no le faltaba a Urraca. El joven Alfonso VII tenía todos los frentes abiertos al cumplir los quince años. Pero no fue sino hasta los veintiuno, cuando la reina Urraca murió, que pudo en verdad iniciar sin trabas su reinado, al menos en cuanto a disputas familiares se refiere. Porque por todo lo demás la situación no podía ser más complicada. Tanto en la frontera con los musulmanes por el sur y el Tajo como con su ex padrastro Alfonso el Batallador por el este. El joven Alfonso VII tenía ante sí una tarea que parecía muy superior a sus fuerzas, dadas las de sus adversarios.

Era la peripecia y el coraje y sabiduría que su abuelo hubo de emplear lo que el Rey Pequeño admiraba en él. Cómo había logrado preservarse de todos y a la postre ir recomponiendo el maltrecho y mermado reino que le habían dejado.

Poco a poco iba a conseguirlo. De hecho, al heredar del todo ya había logrado algunos avances. Y un nombramiento providencial vino a unirse a sus propósitos. Murió el papa Gelasio II y para la silla de Roma fue nombrado Guido. Este era hermano de Raimundo de Borgoña, su difunto padre, y por tanto su tío. El primado de Toledo, Bernardo de Serriñac, con el que había tenido diferencias por ser partidario de Urraca, se avino ya de muy buen grado, y otro tanto hizo el famoso Pedro Ansúrez, de los Banu Gómez, señor de Valladolid. Fueron ellos dos los principales artífices de que los nobles fueran, sincera o interesadamente, uniéndose a su bando, y cuando se produjo su entronización en Toledo ellos fueron sus garantes primeros.

Pero donde Alfonso había movido mejor sus piezas era en el terreno eclesiástico, y era eso algo que el Rey Pequeño no solo no dejaba de tener en cuenta sino que ponía más en valor que cosa alguna, como buen cristiano que fue desde niño pero también como estratega.

—A mi abuelo quienes lo salvaron primero y apoyaron luego más que nadie fueron los obispos. Son los más poderosos aliados tanto por lo divino como por lo humano que un rey pueda tener. Y yo habré de hacer lo mismo.

Y de hecho lo hacía, pues a pocos escuchaba con mayor atención y recogía con más cuidado sus enseñanzas que a don Cerebruno, el obispo de Sigüenza, que había sido su preceptor durante años y al que llamaba con mucho afecto «mi padrino» y a quien yo debo también lo mejor de mi instrucción como persona y como cristiano. Porque don Cerebruno era, antes que nada, un hombre recto y bueno que, cercano siempre a los Lara, apoyó por encima de todo a su rey. Y que a mí, he de decir, también me tuvo siempre en consideración, ya entonces de rapaz y más tarde cuando la vida nos hizo encontrarnos. Sabía de mi proveniencia de Hita y Atienza, que pertenecía a su diócesis, y me distinguía entre sus alumnos por ello aunque solía decirme que ya me había cogido demasiado talludo para desasnarme del todo.

—Pero aún así haremos de ti alguien de provecho, Pedrillo.

Precisamente había sido el restablecimiento de la diócesis de Sigüenza y la construcción de aquella ciudad una de las jugadas maestras que tanto admiraba el Rey Pequeño de su abuelo el Emperador. Reafirmado en Toledo

como arzobispo, Bernardo de Serriñac restableció la diócesis de Segovia, ciudad que había sido muy volátil en sus lealtades, y la encomendó a un clérigo de su confianza y como él llegado con los cluniacenses, Pedro de Agen, a quien nombró obispo. Mientras que a dos sobrinos suyos, Pedro de igual nombre que él, entregó la mitra de Palencia y al otro, Bernardo de Agen, lo nombró obispo de Sigüenza.

Pero en realidad ni Sigüenza existía como tal, ni había allí catedral alguna, sino tan solo dos poblachos, uno arriba, con una torrecilla, y otro abajo, a la orilla del río Henares, y una pequeña iglesia dedicada a santa María. Pero el rey y el obispo de Toledo sabían muy bien lo que hacían.

Al joven Bernardo de Agen se le encomendó una misión en extremo importante. Había una razón trascendental para hacerlo.

Resultaba que Alfonso I de Aragón también movía sus piezas eclesiásticas, consciente de que ese poder había sido el eslabón débil por el que se había quebrado su cadena, y a tal efecto daba e intentaba el máximo rango para Tarragona tratando de convertirla en sede metropolitana, aspirando a que en algún momento allí estuviera incluso radicado el primado de España, lo que le otorgaría un poder considerable y se lo arrebataría a los toledanos. Y dio un paso más con el establecimiento de la diócesis de Tarazona, que pretendía tener entre su feligresía al propio Medinaceli, a la reconquistada Molina y hasta donde por Castilla pudiera expandirse. Era pues preciso frenarlo.

Así que fue una prioridad restablecer la diócesis de Sigüenza, aunque no fuera más que una aldeúcha apenas poblada junto al río y unas casas junto a una pequeña torre en lo alto del cerro. Porque de lo que se trataba era de volver a reafirmar la castellanidad de Medinaceli y de toda la zona, tanto en lo eclesiástico como en lo mundano. Y de eso habían de encargarse por un lado el rey y por el otro el joven obispo. Y habría en Sigüenza de construirse nuevas la fortaleza y la catedral que ahora no existían pero que habían existido.

A ello puso manos a la obra el obispo Bernardo, algo que gustaba de relatarnos su sucesor don Cerebruno, estableciéndose ya allí tres años más tarde y ocupando la zona colindante, en particular el cercano barranco del río Dulce, el castillo de Pelegrina y la pequeña fortificación de Aragosa. Allí

había moros asentados que cultivaban excelentes huertas al amparo de la fragosidad del terreno y que fue mejor desalojar, pues tenían connivencia con los de Cuenca que atravesaban el Tajo y por la paramera y por la próxima alcarria se les venían encima.

De inicio, en Sigüenza se restauró la torre, que quedó bajo el señorío real, y se protegieron las casas con una barbacana. En la parte baja también se levantó un muro y se remozó la pequeña iglesia, Santa María, que fue en llamarse de los Huertos, pues estaba rodeada de ellos y que quedó bajo el mando de la mitra obispal. La posición seguía estando en peligro, tanto por los aragoneses que apetecían Medinaceli como por los moros que se les venían encima en continuas algaras por aquellas tierras tan agrestes, de cañones y hundidos donde tan difícil era poner coto a incursiones y saqueos. La muerte de su madre Urraca supuso para el abuelo Alfonso VII la posibilidad de poder, de una vez por todas, reinar en plenitud y de hacerlo tal y como había meditado y rumiado durante los largos años de su juventud atribulada y tantas veces maniatada. Ya sin esa sombra materna pero nada maternal, la sumisión al menos en apariencia de la nobleza fue casi total. Quedaban su tía y su primo portugueses, Teresa y Alfonso Enríquez, enfrentados entre ambos pero con una misma idea, convertir su condado de Portugal en reino. Y algunos condes de muy poco fiar, en concreto los dos Lara y sobre todo Pedro, el amante de su madre, que aun derrotado, encerrado en un castillo y liberado como señal de buena voluntad real, no dejaban de conspirar. Pero lo cierto es que en toda la Extremadura castellana y en toda la franja de Medinaceli quedaba ya definitivamente asentado el poder del castellano. Tiempo habría de ir recuperando lo demás.

El joven rey sabía que tenía que esperar a que las fuerzas del poderoso Batallador decrecieran. No tenía además descendencia. Tras el matrimonio con Urraca, no quiso saber nada de esposas, como tampoco había querido saber antes de ella. Debió de pensar que, dada la experiencia, lo mejor era no volver a meterse en tales veredas. Mantenía pues su vigor y lo dedicaba, en compañía de su amigo el de Bearn, a hacerles la guerra a sus enemigos, que por fortuna para nosotros pasaron a ser en exclusiva los musulmanes. Y la espera de Alfonso VII fue a la postre menos larga de lo que cabía esperar por su edad y fortaleza. Mientras, podría ocuparse en pacificar sus reinos tanto

tiempo alborotados y sumidos en guerras intestinas y prestar atención a la no atendida como se merecía frontera toledana, aún amenazada de continuo por las tropas del emir almorávide.

Todo ello con permiso de los nobles, en particular del levantisco Pedro de Lara, que al menor descuido se le sublevaba.

Ahora que me criaba precisamente bajo su techo, iba dándome cuenta de que los Lara eran, en realidad, tan poderosos como familia, que su poder les daba para apoyar al mismo tiempo a unos y a sus contrarios, y si se presentaba un tercero en discordia poner a su lado un segundón, no fuera a acaecer que fuera a la postre el vencedor. Pues sucediera lo que sucediese, siempre tenía que haber un Lara al lado de los vencedores. Así había sido en las disputas entre Urraca, Alfonso I de Aragón y el joven Alfonso VII, y a ello parecían querer seguir jugando ahora.

Pero las sucesivas traiciones de don Pedro de Lara a Alfonso VII iban a acabar de la manera que más gustaba de recrear a su nieto y por lo que quien ya era personaje de leyenda para todos nosotros, Alfonso del Jordán, el niño nacido en la cruzada y el primo más leal de todos los que al Emperador rodearon, se convirtió en el héroe total y absoluto al que recreábamos en nuestros juegos, que ya no lo eran tanto. Era este, además, el que nos traíamos en el mayor de los secretos y solo entre nosotros dos, pues no era cuestión de hacer participar en él a quienes eran los propios nietos de don Pedro, que resultaba ser en el cuento —y en la realidad, a qué engañarnos— el felón que al final había pagado caras sus traiciones al abuelo del Rey Pequeño, que de alguna manera había venido a enterarse de la historia y le complacía en grado sumo el recordarla y hasta escenificarla.

Esta no era otra que el duelo entre Alfonso del Jordán y Pedro González de Lara. El Rey Pequeño siempre interpretaba al Del Jordán y a mí me tocaba hacer de malo y perdedor. Que al Rey Pequeño no le gustaba perder ni en el juego, y en este con mayor motivo que en ninguno.

—Por traidor a tu rey, mi primo, te desafío a mortal duelo, felón —me decía el pequeño rey ya metido en su papel.

—Yo no quiero hacer más de traidor. Alguna vez podríamos cambiar los papeles —suplicaba yo, aunque sabía que en esto el niño monarca era

inflexible y me sacaba toda su majestad a relucir de inmediato.

—No pretenderás que tu rey sea el traidor, Pedrillo. Yo encarno a mi antepasado. Así que disponte a morir de vil manera. Y, además, al fin y al cabo tú eres de Atienza, que es señorío de los Lara. O sea, has de combatir por ello.

Y también había de dejarme vencer y herir, y eso aún lo llevaba peor porque por aquel entonces el muchacho, aunque ya podía blandir una espada, no alcanzaba mi destreza ni mucho menos mi fuerza. Pero era mi rey y yo había de darle tal capricho. Y lo cierto es que se lo daba con agrado, pues cuando acabábamos la pantomima su alborozo era completo.

Tendido yo en el suelo y malherido, había yo de rendirme y pedir clemencia a mi vencedor, no sin antes confesar mi felonía y mi traición. Entonces don Alfonso, alegre, gritaba:

—La memoria de mi abuelo y los pecados de mi bisabuela han sido lavados y vengados. ¡Viva Alfonso del Jordán!

Y yo le coreaba, pero quedo, no lo fueran a oír los Lara.

Luego nos íbamos a lavar y reconfortarnos con alguna fruta. A Alfonso le gustaban mucho los higos y las uvas si era temporada, y recreábamos a escondidas la historia de aquel caballero legendario que había nacido en la primera cruzada y muerto en la segunda después de haber protagonizado hazañas sin cuento y dado pruebas de la máxima lealtad a su primo Alfonso VII, rodeado de enemigos en su propia familia, como ahora lo estaba el niño Alfonso VIII.

El Rey Pequeño se sabía de memoria la historia de su lejano pariente, a quien consideraba ejemplo de lealtad y caballerosidad y no dudaba en proclamarlo a los cuatro vientos, aunque sabía que ello incomodaba a sus ayos, los Lara. O tal vez por ello, porque el muchacho era cada vez más despierto y cada vez más consciente de su condición real.

Alfonso del Jordán era nieto del gran Alfonso VI. Este, amén de cinco esposas, tuvo unas cuantas amantes. Una de ellas, la leonesa y berciana Jimena Muñoz, gozó de rango, consideración y respeto en la corte leonesa. Tanto es así que le dio para su disfrute el castillo y señorío de Cornatel, y a las hijas que con ella tuvo les dio rango de princesas.

A la mayor, Teresa, la casó con Enrique de Borgoña y le entregó el

condado de Portugal. Tuvieron un hijo, Alfonso Enríquez quien se proclamó él mismo rey del territorio y consumó su independencia de la corona leonesa.

A la segunda de las hijas la casó con el poderoso duque Raimundo IV de Tolosa y marqués de Provenza, que siempre había apoyado a Alfonso VI en sus campañas. Fue la boda allá por el año 1094 y la joven leonesa, que acababa de cumplir los quince, marchó a vivir a la exquisita corte provenzal, donde florecía la música y la poesía y encontraban siempre acogida los juglares. Pero poco iba a durarle aquella vida y pronto iba a embarcarse en una gran aventura rumbo a Tierra Santa.

Al año siguiente de su boda, el papa Urbano II hizo en el vecino Clermont el llamamiento a la Cruzada para conquistar Jerusalén y Raimundo IV de Tolosa fue de los primeros en responder y acudir con sus tropas, y con él fue su mujer e incluso se comenzaron a unir caballeros leoneses, a lo que el Papa hubo de poner freno, pues suficiente tarea tenían con los musulmanes en España. «Velando por tu reino, hemos prohibido que vuestros soldados, a los cuales hemos visto, vayan a Jerusalén», hubo de escribir el Sumo Pontífice. El flujo de cruzados leoneses se cortó, pero Elvira partió con su marido en pos de aquella epopeya que excitaba los ánimos de toda la cristiandad y que concluyó cuatro años después, cuando tras un duro asedio donde la sabiduría militar del duque Raimundo fue decisiva, Jerusalén se rindió a los cruzados.

Las tropas ofrecieron a Raimundo la corona, con lo cual Elvira hubiera sido reina de Jerusalén, pero el de Tolosa la rechazó aduciendo que sería una blasfemia hacerse coronar rey en Tierra Santa, donde había vivido y muerto coronado de espinas el Salvador y Rey de reyes, Jesús de Nazaret.

Raimundo y Elvira partieron hacia Trípoli, donde el duque hizo construir el fortísimo castillo de Monte Peregrino, para amparar a quienes viajaban a los Santos Lugares y en él fue a nacer su primer hijo, un varón a quien pusieron Alfonso en honor del rey leonés y Jordán por haber sido bautizado como Jesucristo en las mismas aguas de aquel río.

Dos años después, la desgracia se cebó con Raimundo, que murió en un incendio en su propio castillo, y madre e hijo hubieron de abandonar Trípoli rumbo a Francia para buscar allí amparo, pues en territorio cruzado Guillermo de Cerdaña había usurpado sus derechos y sustituido a la casa de Tolosa. Bertrand, medio hermano de Alfonso del Jordán, fruto del anterior

matrimonio del duque Raimundo, les dio cobijo y nombró al niño conde de Rourge, dando a madre e hijo todo lo necesario para que se acomodaran en su corte mientras él emprendía viaje con sus tropas hacia Trípoli para restablecer el dominio de su estirpe en tal lugar, lo que consiguió prestamente. Pero fue efímero su mandato pues tres años después falleció, quedando al frente del condado de Trípoli su hijo Ponce, mientras que en los señoríos de Tolosa y Provenza la herencia recayó en el jovencísimo Alfonso del Jordán de tan solo once años de edad.

Era este el detalle esencial que hacía sentir a mi pequeño rey, al igual que por su abuelo Alfonso VII, una total simpatía y cercanía a él.

Porque aprovechando su corta edad, el duque Guillermo de Aquitania, que en teoría era su regente y tutor, invadió su territorio. Pero eso no iba a acobardar al joven Alfonso del Jordán, quien esperó a tener la mayoría de edad y ya a los quince años logró recuperar parte de la herencia, y al cumplir los veinte ya lo había conseguido en su totalidad, aunque ello le costara hasta una excomunión por parte del papa Calixto II por haber expulsado a los traidores monjes de Saint-Gilles que se pasaron al bando de Guillermo. Pero no solo hubo de enfrentarse Alfonso del Jordán al duque Guillermo de Aquitania para recuperar el ducado de Tolosa, sino que también hubo de hacerlo con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, que le disputaba el de la Provenza. Y lo hizo con valentía y arrojo, derrotándolo en buena lid y expulsándolo de sus tierras, pasando entonces a controlar un extenso territorio que comprendía desde los Pirineos por el oeste hasta los Alpes al este, Auvernia al norte y el Mediterráneo al sur.

Dueño de sus señoríos, respetado en el campo de batalla y querido por sus súbditos, su corte se convirtió en un lugar alegre y concurrido por todo tipo de viajeros y artistas, sobresaliendo los juglares provenzales que llenaban de música y poesía sus días y sus noches dulces y alegres. Era la corte de Alfonso del Jordán un lugar luminoso y encantador, de extraordinarias y libres formas y actitudes, aunque no faltara quien clamara contra ella acusándola de ser un centro de pecado, lujuria y vida licenciosa. Pero sus gentes lo querían, sus cortesanos lo alababan y sus guerreros lo seguían con entusiasmo al combate. De él se decía que era el primero en la batalla y en la guerra y que aún era mejor en la cortesía y el amor.

Fue siempre el más querido primo de Alfonso VII, y no dudó en venir hasta Toledo para estar junto a él en su primera coronación como rey y así hacer saber a todos que podía contar con su ejército y su brazo. Que buena falta le hizo y de inmediato a Alfonso VII, pues no tardó en estallarle una de las rebeliones que en sus primeros años de reinado hubo de afrontar. Entre los rebeldes y haciendo cabeza se encontraba, cómo no, el amante de su madre Urraca, Pedro González de Lara, siempre opuesto a él y que no había dejado de envenenar las relaciones entre madre e hijo hasta entrar en abierta rebelión.

Alfonso VII, flanqueado por Del Jordán, fue contra él y lo cierto es que entre ambos primos le hicieron morder el polvo de la derrota y la prisión, llevándolo encarcelado. Alfonso del Jordán aconsejó a su primo que lo dejara allí encerrado de por vida, pero el joven rey, atendiendo a su poderosa familia, optó a poco por liberarlo y restituirle sus honores.

Más le hubiera valido hacerle caso a Del Jordán, pues a nada ya estaba el Lara perpetrando nuevas traiciones y ya en la definitiva acabó por huir hasta la corte del rey de Aragón y ponerse al servicio del gran rival del rey leonés. O sea que el amante acabó por convertirse en vasallo del ex marido. Parecía un sin dios, pero ante el interés y la conveniencia se olvidan hasta los cuernos. Sin embargo, no sospechaba que allí iba a encontrarse de nuevo con su particular némesis, Alfonso del Jordán.

Pues fue acaecer que puso el aragonés sitio a Bayona y allí acudió Del Jordán a defender lo que era su ciudad. Sabedor Pedro de Lara que su archienemigo estaba allí, tuvo la osadía de desafiarlo a duelo, que era el que nosotros recreábamos y que había acabado fatalmente para el Lara, que poco pudo hacer ante la destreza y la fortaleza de Alfonso del Jordán. Tras derribarlo y desmontar para proseguir combate a espada y a pie, el otro retrocedía ante la lluvia de golpes que sobre él se abatía. Finalmente vencida su guardia y privado de su escudo, la espada de Del Jordán cayó sobre el hombro de Pedro González de Lara, hiriendo la carne y rompiendo el hueso, causando además un gran destrozo en su costado. Se detuvo el combate y hubo clemencia para el vencido. Pero no la tuvo con él la muerte, pues a causa de sus graves heridas no tardó el amante de Urraca y contumaz enemigo de su hijo Alfonso VII en perecer.

Algunas derrotas también sufrió el admirado héroe de mi rey niño, pero de estas no era él muy proclive a hablar, y una de ellas podría bien decirse que fue por intentar hacer contra la pequeña Emegarda, niña y huérfana vizcondesa de Narbona, lo que habían hecho con él y pretender arrebatarse sus dominios. El bravo Del Jordán fue vencido y hecho prisionero en una batalla y hubo de devolverle lo que le había arrebatado. «Está claro —me decía yo—, que estos señores no entienden como abuso lo que ellos mismos denuncian como tal cuando son ellos mismos quienes lo ejercen.»

Pero bueno, ello no impide que Alfonso del Jordán fuera el mejor y el más galante de los caballeros y el más leal a Alfonso VII, a quien de nuevo vino a visitar cuando se produjo la coronación imperial de este en León, y en esta ocasión lo hizo acompañado de la más lucida corte que la ciudad contemplara jamás. Todos se hicieron cruces de los ropajes, de la hermosura de las damas, del ingenio y la gracia de los trovadores y juglares y de la destreza de los músicos. Alfonso del Jordán se postró ante su primo y se declaró su vasallo, como reconocieron también el rey de Portugal y el resto de los reyes cristianos de España, aunque no fuera más que un vasallaje formal. Pero al doblar la rodilla Alfonso del Jordán, su primo acudió presto a levantarlo y abrazarlo. Del Jordán se declaró vasallo del Emperador, pero León se rindió a los pies de Del Jordán y de aquellas extraordinarias gentes que le acompañaban. Sobre todo del trovador provenzal, cuya fama y canciones comenzaron a ser cantadas por doquier y cuyas rimas y servicios se disputaban todos: Marcabré. Al irse Alfonso del Jordán, Marcabré aún se demoró un tiempo en la corte leonesa y luego regresó en varias ocasiones a ella, al igual que hicieron algunos juglares franceses convirtiendo aquellos viajes ya en costumbre y en uno de los momentos más esperados en la corte.

—Cuando yo tenga mi corte traeré a ella juglares y trovadores como los de Alfonso del Jordán y habrá alegría, música y poesía por doquier. Pero también y como él iré a la guerra contra el infiel. ¡Y visitaré Roma y Jerusalén! —gritaba alborozado el Rey Pequeño, quien ansiaba al menos y por ahora visitar Santiago de Compostela, al que tanto debía su bisabuelo y él quería de alguna manera recobrar como parte de sus territorios.

Alfonso del Jordán sí había estado allá, en Compostela, también en peregrinaje, pues a ello, a llegarse hasta el sepulcro del Apóstol, dedicó su último viaje a España y, amén de cumplir con su promesa, aún le dio tiempo para mediar y resolver un conflicto que había estallado entre su primo el Emperador y García VI de Pamplona, y que él con su energía y buenas dotes diplomáticas concluyó por resolver.

Fue a morir a la postre a Tierra Santa. Bernardo de Claraval, el fundador del Císter, le mostró su gran preocupación por una herejía^[3] que estaba surgiendo en sus dominios y que se iba extendiendo como el fuego por toda la Provenza. El duque no hizo nada al respecto y aquello acabó por costarle una segunda excomunión.

Para levantarla o por el gusto de regresar a su tierra natal, se enroló en la Segunda Cruzada y partió hacia los Santos Lugares en el verano de 1147. Logró llegar a Acre y avanzó hasta Cesarea, pero allí fue a morir en extrañas circunstancias. Voces surgieron de que no lo había hecho de muerte natural, pues era todavía fuerte y vigoroso a sus cuarenta y cinco años, sino que había habido una mano envenenadora de por medio y que ella podía bien haber sido la mismísima esposa del rey Luis VII de Francia, Leonor de Aquitania, y que luego lo iba a ser del rey Enrique II de Inglaterra, enemiga desde que Del Jordán infligiera a su familia las más duras y dolorosas derrotas para recobrar sus feudos. Así murió el héroe de mi pequeño rey, en Tierra Santa y dejando dos hijos varones que le heredaron: Raimundo en el ducado y el pequeño Alfonso, al que así llamó en homenaje a su primo, al que fue tan leal siempre.

Gustaba el Rey Pequeño de recrearme la historia de su abuelo y de su primo Alfonso del Jordán, y notaba yo que anhelaba haber contado él también con un caballero a su lado tan valerosamente entregado a su causa. Eran las suyas ensoñaciones de niño, pero no dejaba yo de percibir con qué perspicacia deslindaba ya, cuando nos contaban y relataban los hechos de sus antepasados, el trigo de la paja y cómo no comulgaba con todo lo que los Lara y los clérigos, que se encargaban de transmitirle las enseñanzas, querían inculcarle. No me separaba yo entonces de su lado, pues tal era su real voluntad y esa no osaban contrariarla. Tras recibir las lecciones, los dos a

solas nos dedicábamos a ponerlas en solfa con un muy preciso hilo conductor con el que en todo momento el nieto del Emperador trazaba la línea divisoria: su figura de referencia era su abuelo y lo que hubiera hecho era en el interés del reino y la corona. Todo lo demás era accesorio. Aquella idea de niño sería la pauta de comportamiento de toda su vida. El reino y la corona, por encima de todo. De la justicia incluso, y de la verdad y de lo que fuera si en algún momento ambas no se conciliaban. Pero procuró hacerlas concordar siempre que pudo y tuvo fuerza para ello.

El niño Alfonso era muy consciente ya desde su pubertad de que su abuelo había estado sometido a las peores presiones y tenido que perseverar contra todos, doblegándose momentáneamente en apariencia para no quebrarse nunca. En él y en su éxito final encontraba su espejo. Y cuando avanzábamos en su historia él se iba congratulando en sus éxitos y disculpaba sus fracasos, como el de Portugal, o el de tener desatendida durante sus primeros años la frontera toledana, donde los castellanos seguían soportando la presión de los ejércitos almorávides, aunque algo más mellada por los golpes que le seguía infligiendo su padrastro el rey de Aragón, que algo bueno, al fin y al cabo, habría de venirle de su parte. Aunque con él siempre había que estar en alerta, pues no cejó nunca en su empeño de arrebatarle territorios y hubo de afrontarlo en más de una ocasión por esa causa.

Y según fue creciendo en edad, experiencia y poder hasta le dio algún inesperado disgusto, como fue el conseguir que el último de los reyes hudies fuera a él a quien rindiera vasallaje y se convirtiera en uno de sus aliados y una pieza esencial en sus futuras batallas contra los musulmanes.

Y con el tiempo, Alfonso VII crecía en poder y prestigio y a su rival y padrastro parecía apagarle el suyo, que seguía siendo, sin embargo, inmenso por haber conseguido la toma de Zaragoza, Madinat-al-baida, la Ciudad Blanca, rodeada de muralla desde la antigüedad más legendaria, que no pudo asaltar ni siquiera Carlomagno. Era el que al fin había derrotado a los que parecían imbatibles africanos en Cutanda, cuando intentaron reconquistarla, y el que luego había saqueado todas sus tierras, corriendo todo Al Ándalus y traído de allí miles de mozárabes que regresaron caminando con todas sus familias y enseres que pudieron llevar consigo escoltados por

su ejército para repoblar las nuevas tierras cristianas. Y allí levantaron sus casas, plantaron sus frutales y sus huertos, cultivaron sus cereales, sus vides, sus olivares y sus sembrados, apacentaron sus ovejas y sus cabras y engordaron sus cerdos. Por todo era recordado el Batallador, pero su triunfante cabalgada se vio de pronto detenida por una flecha.

En la izquierda del Ebro quedaba Fraga, y a ella puso asedio cuando alcanzaba ya la edad de sesenta y un años. Pero tan solo contaba con quinientos caballeros. Los cercados pidieron pactar condiciones. El duro Alfonso se negó. Los de Fraga pidieron ayuda al gobernador almorávide de Valencia, Abengania, quien consiguió armar un ejército de tres mil caballeros, llegados desde Córdoba, Valencia, Murcia y Lérida. Atacaron el campamento cristiano y, amén de estar en inferioridad numérica, el Batallador se vio acosado también por la retaguardia, pues al ver llegar a los suyos, los defensores lo atacaron por la espalda. El resultado fue desastroso para los aragoneses, que con el rey muy malherido hubieron de huir y levantar el cerco. La retirada se convirtió en derrota y aunque consiguieron poner al rey a salvo, este no se recuperó de sus heridas, de flecha y espada, y terminó por entregar a Dios su alma en Poleniño. Fue enterrado en el monasterio de Montearagón en Huesca.

La noticia causó gran conmoción. Alegría entre los almorávides, a quienes tanto había castigado, consternación en Aragón y no poco alivio en su hijastro Alfonso VII. Pero lo que causó estupor en todos los reinos cristianos fue su testamento.

Tras su borrascoso matrimonio con Urraca, Alfonso el Batallador no tomó esposa ni se le conoció mujer alguna. Volvió a sus costumbres de monje y cuando se abrió su testamento se comprobó hasta qué punto esta había sido su vocación última, pues dejaba el reino entero, «como heredero y sucesor mío», al Sepulcro del Señor, que está en Jerusalén. O sea a las órdenes militares que lo custodiaban.

La nobleza aragonesa se rebeló contra ello de manera unánime. El testamento no se aceptaba. Optaron por separar el reino que durante años había fusionado las coronas de Navarra y Aragón. La de Aragón se entregó a su hermano Ramiro el Monje, pues monje era este en verdad y hubo de abandonar para ello, y no de buen grado, el monasterio, y la de Navarra se

restauró en García Ramírez, hijo del infante Ramiro, casado con una hija del Cid.

Alfonso VII vio entonces llegada la oportunidad tan largo tiempo anhelada. Como primera medida reclamó para sí la corona aduciendo ser tataranieta de Sancho III el Mayor. Sus pretensiones fueron rechazadas por aragoneses y navarros. Pero no pudieron hacerlo con sus mucho más justificadas reclamaciones de los territorios que el Batallador había arrebatado a su reino. Así recuperó Soria y Almazán, toda La Rioja y hasta se convirtió en señor de Zaragoza, que se hizo entregar por Ramiro, consciente este de que ahora la fuerza estaba en manos del castellano, que se consolidaba como el más poderoso de los reyes cristianos. En mayo de 1135 se hizo coronar emperador de toda España, recibiendo en la catedral de León el homenaje de su cuñado, el conde Ramón IV de Barcelona, de su primo el rey García Ramírez de Pamplona, y por supuesto de su muy querido Alfonso del Jordán de Tolosa y del hudí Zafadola. Pero no estuvieron en la ceremonia ni Ramiro II de Aragón, quien le reclamaba la devolución de la ocupada Zaragoza, ni su otro primo, el portugués Alfonso Enríquez, que se preparaba para convertirse definitivamente en monarca independiente.

Pero en cualquier caso y tras tantas vicisitudes desde prácticamente su cuna, Alfonso VII gobernaba y lo hacía con templanza e inteligencia en sus reinos ya recuperados casi por completo. Era el momento de ensancharlos, de poner todo el empeño en la frontera con los musulmanes, hasta entonces desatendida. Y para eso contaba con Zafadola, el moro hudí, y con los fronteros castellanos. Y entre ellos con mi padre, Pedro Pérez, en Zorita nacido y en Hita criado.

Así que cuando el Rey Pequeño, su nieto, y yo repasábamos la historia y llegábamos a este punto, don Alfonso proclamaba:

—Cuando crezca y mande en mis reinos, haré lo que mi abuelo. Pondré paz entre los cristianos y cabalgaremos contra los moros.

—Y yo cabalgaré con mi rey, como mi padre el Frontero cabalgó junto a su abuelo.

—Así lo haremos, buen Pedro, y yo te nombraré caballero.

Eran ensoñaciones de niño rey las suyas y de villano arriero las mías. Las suyas, aunque entonces no fuera mucho más que un juguete en manos de los

Lara, podían tener a la postre mucha mayor verosimilitud que las mías. Y a las mías iba de pronto a ensombrecerlas la peor de las noticias. Nos encontrábamos en Soria cuando nos llegó de Atienza. Mi abuela Yosune había muerto.

Fue el propio rey quien me dio la nueva que le habían traído las gentes de los Lara, señores de la villa. Y fue el propio Alfonso quien me conminó a que de inmediato partiera hacia allá. Él tenía ya para entonces los doce cumplidos y yo era ya casi un mozo de dieciséis. Cinco años habíamos pasado juntos desde que salimos con los recueros, disfrazados de arrieros por la puerta de Arrebatacapas. A los dos nos había vestido aquella noche, antes del alba. A él con mis ropas de niño, a mí con las más raídas que tenía, y me había besado y abrazado al entregarme el ramal de la mula torda. Yosune había sido mi abuela y mi madre. Había sido mi cobijo, mi refugio, mi asidero, la cara y la voz donde encontraba consuelo, el gesto que me hacía enderezar el camino. No podía imaginarla muerta. A mi abuela la sentía eterna. Siempre igual, siempre fuerte, siempre roca. Por ella yo nunca me había sentido huérfano del todo, aunque no conociera a mi madre y al ir a cumplir los diez perdiera a mi padre.

Pero esa era la mala nueva que habían traído a uña de caballo los mensajeros de los Lara desde Atienza, y a uña de caballo salí yo hacia allí desde Soria, pues alguien al que agradecí de corazón el hacerlo, había dispuesto que no la enterraran hasta que yo no estuviera a su lado. No podía dejar de verla al menos una vez más antes de que le dieran tierra.

Yosune

Al recorrer yo el camino entre Soria y Atienza, en soledad y desolado por la noticia de la muerte de mi abuela, recordaba los últimos días pasados en su compañía en la villa, y cuando había llegado con el rey y había sido el asombro de mis antiguos vecinos que no daban crédito al verme de tal manera vestido y en la cercanía del propio soberano. Había sido aquello, y ahora me mordía en el corazón mi desapego, dos años atrás, en el verano, y al revivir en la memoria la alegría de Yosune al acogerme, me sentía el ser más ruin y despreciable por no haber repetido mis visitas que tan feliz la hacían. Ahora ya no habría ni su risa, ni su abrazo, ni su regaño lleno de ternura, ahora estaba ya muerta y no había podido tenerme siquiera a su lado para despedir la vida mientras se iba. Espoleaba al caballo y no era el viento en los ojos lo que hacía brotar mis lágrimas, sino la tristeza inmensa y el remordimiento por lo que debía haber hecho y no había hecho. Una sensación de culpabilidad que se acrecentaba al recordar aquel último y alborozado encuentro.

Había sido motivo de gran alegría para mi abuela, más que para nadie en la villa, desde luego, pero también lo fue, aunque en ello yo tuviera que ver poco, para toda Atienza, que recibió al rey con gran jolgorio y entusiasmo. Fueron correspondidos por este con grandes y, aunque infantiles, muy señoriales muestras de gratitud que se hicieron mucho menos envaradas cuando pidió que se presentaran ante él el Manda y el Elías, a los que quiso

entregar como obsequio sendos regalos, que no fueron otros que dos afilados puñales de muy buen acero, con empuñadura de plata y que llevaban las armas reales en el pomo, algo que ambos guardaron como el más preciado de los tesoros. Quiso también agasajar a los demás arrieros que le habían acompañado en aquella peripecia (aunque, por ser el tiempo bueno y la temporada mejor para andar por los caminos haciendo tratos, muchos se encontraban ausentes) con un alboroque muy surtido de viandas y vino. Y a todos los vecinos quiso agradecer su lealtad el Rey Pequeño, y a tal efecto los Lara dispusieron que hubiera festejos para chicos y grandes que concluyeron con unas lucidas justas donde los caballeros rompieron lanzas, justaron entre ellos y finalizaron alanceando un toro. Fue novedad apreciada que el rey impusiera que los arrieros y caballeros villanos pudieran también realizar antes, precediendo en el palenque a los nobles, algunos alardes de monta y aquella justa con sus varas con la que habían distraído a los mesnaderos leoneses cuando iban a sus alcances. Divirtió aquello más que nada a las gentes, haciendo brotar mucho más las banderías que los combates entre las partidas de nobles, que no tardaron en tomar encendido partido por los más hábiles o los mejor queridos en la villa. Aunque algunos sufrieran costaladas de cuidado, casi tan sonoras como luego las de los caballeros, y hasta hubiera que lamentar alguna pierna tronzada, fue todo ello muy celebrado y los vivas al rey resonaban de continuo a su paso y eran en verdad sinceros y sentidos.

Los Lara no solo no pusieron reparo alguno, aunque aquellas fiestas salieran de su pecunio, que ya sabrían bien cómo compensarlo, sino que ellos mismos tenían también muchas razones para celebrar, ya que en sus cuitas con los Castro ahora la suerte les favorecía. A poco de arribar a la villa, a primeros de julio, les llegó la noticia de la muerte del conde Gutierre Fernández de Castro, algo que no dejó de alegrarles sobremanera aunque aparentemente guardaran cierta compostura, que quedó con soez descaro al descubierto cuando sus esbirros perpetraron aquella ignominia de desenterrarlo y pasearlo por las villas, y se prepararon para de inmediato conseguir recuperar terrenos y poderes perdidos, algo que no tardaron en lograr. No había acabado agosto cuando don Nuño Pérez de Lara ya había recuperado la tenencia de Toledo, algo por lo que habían desesperado desde la hecatombe de Huete.

Pero más allá de los arcijos y ambiciones de los Lara, las gentes del Común se regocijaron con la visita real y todos se beneficiaron de una u otra manera. Incluso los monjes del monasterio de San Salvador, al que el rey hizo donación de una buena cantidad de sal de las cercanas salinas de Imón, que era uno de los bienes más preciados que Atienza poseía. Apenas a unas leguas de la villa y a orillas del río que por adecuado nombre lleva el de Salado, se abren unas extensas e inmejorables salinas que son de la mejor calidad y producen como ninguna en toda Castilla. Una sal, además, estimada por su pureza y finura que había quien decía que era mejor que tener minas de metales preciados. Que la sal no exigía otra industria para conseguirla que llenar de agua las extensas corralizas muradas y allí, tan solo con la acción del sol, dejaba al evaporarse la blanca y preciada sustancia nada más que para apilarla y poder mercar con ella.

Pero más que de ninguno la alegría era la de Yosune. Una alegría desbordada que no se andaba con melindres ni conveniencias. Me abrazó con aquel abrazo suyo que te envolvía de afecto y te llenaba de calor todo el cuerpo, y yo me sentí niño de nuevo en su regazo cobijado y no hice nada por sacudirme ni decirle «abuela, que ya soy un mozo». A ella se le saltaban las lágrimas y a mí también se me saltaron. Más aún cuando no dejé de comprobar que ya los muchos años me la tenían muy mermada. Que era eso lo que no quise querer recordar después y ahora tanto me pesaba. Que era Yosune y era su misma alegría, su rotunda manera de hablar y de quererme, pero que sus fuerzas ya no eran ni la sombra de las de antes y que ya se fatigaba con lo que tan solo unos años atrás le resultaba leve. Que todos hacían bromas sobre el respeto que parecía tenerle la vejez, que no acababa de alcanzarla, y que los años no parecían hacerle mella. Pero bien que le iba alcanzando la una y minándola los otros, y a pesar de que yo no quería verlo, ya lo creo que me daba cuenta. Pero es bien cierto que mi visita pareció rejuvenecerla, y como primera medida se aprestó a prepararme los mejores guisos y comidas. Que era vasca mi abuela y así es como mejor entendía una celebración y demostraba su contento. Guisando para quien más quería.

—Mucho andar por esos caminos con el rey y los condes, pero seguro que mal comes y te habrás hecho a melindres y tontunas.

Pero mi abuela se sentía en extremo orgullosa de mí y de tenerme a su lado. Me miraba y remiraba una vez tras otra y de arriba abajo y del derecho y del revés. Y hacía visajes y guiños con los ojos y se dirigía al vecindario que, claro, se había arracimado para verme.

—¡Ene, Jesús! Qué mozo se me ha hecho el nieto, qué alto y qué guapo. Las trazas tiene de su abuelo en el porte y los andares, aunque a mi Pedro no hay quien le llegue, que le sacaba dos cabezas a todos y una cuarta de espaldas.

La verdad es que en aquellos días en Atienza y al revés que en la corte, donde nadie en mí reparaba o parecían no hacerlo, yo era el centro de todas las miradas. Aquellos recueros con los que compartí viaje ahora me miraban con cierto respeto y no sé si incluso con reparo, excepto el Manda, que era como de casa, y el Elías, que no dudó en darme una especie de pescozón cariñoso para luego estrecharme la mano. Andaba yo entonces ya por los catorce y comenzaba a apuntarme la barba.

—Ya va el zagal para hombre. Y como hombre habrá que tratarlo —les dijo a sus acompañantes, recueros, labradores y algunos miembros del Concejo, y que, al igual que él, me fueron también estrechando la mano, aunque al pescozón no se atrevieron.

Bien entendí que era su manera de expresarme que, a pesar de mi juventud, me consideraban, dada mi peripecia, no solo como un igual sino como algo diferente y que se enorgullecían de darme en su corro entrada. Algo que entendí como lo que en verdad era: un honor que aquellos arrieros me hacían y que para mí tenía el mismo valor que para algunos pajes de la corte que les pusieran espuelas de caballero. Yo esperaba también lograrlo algún día, pero sentía que no había más noble estado que el de aquellos villanos, fueran caballeros de frontera, arrieros o labradores, y en algunos casos las tres cosas a la vez, pues alternaban sus ocupaciones según la estación lo dispusiera o las circunstancias lo exigieran. Gentes con voz y voto en el Concejo, que ante nadie se humillaban ni cedían en derechos ni en orgullo y de cuyo honor no blasonaban, pero que preservaban y cuidaban como el mejor de los oros y en el mejor de los paños.

Pedí dispensa con Alfonso para poder instalarme en casa de mi abuela,

manifestando que acudiría con presteza en cuanto él tuviera necesidad de cualquier servicio mío o de cualquier cosa que se le antojara. Don Nuño de Lara, de inmejorable humor aquellos días y preparando ya su entrada en Toledo (un trajín de mensajeros que iban y tornaban con despachos, alentando partidarios y torciendo voluntades), no puso trabas y convino en ello, con lo cual quedé libre de pasear a mi antojo por Atienza y solazarme en los reencuentros con quienes habían sido mis compañeros de juego y que ahora, ya entrando en la mocedad, iban cogiendo el aire reposado y serio que se supone ha de corresponder a un hombre. Aunque la verdad es que al vernos se nos quitaba un tanto el envaramiento y nos reaparecía la traza de chiquillos al contarnos las travesuras aquellas de cuando merodeábamos por el castillo, apedreando gatos, cogiendo nidos y recibiendo pescozones y regaños. Ahora el uno ya andaba en la labor y con mucha mesura hablaba de la cosecha del año, de los haces atados, de la trilla cumplida, y de los costales que ya había subido a los atroses tras cumplir con las entregas debidas. No había sido malo el año y el que tenía tierra propia, y acogido al fuero de Atienza como su garante ante quien pretendiera avasallar más allá de lo prescrito, se sentía satisfecho.

Hablaban ya mis compañeros de juegos como hablaban sus padres. El que tenía ovejas ya como pastor se comportaba, y el que andaba en las reatas como si del arriero más curtido se tratara. Y hasta de mujeres hablábamos, y en eso todos me envidiaban.

—Hay que ver cómo te miran, que te comen con los ojos. Ahora a nosotros ni nos catan con la vista, las muy pájaras —decía el más mayorcillo entre todos.

—Es que mírate tú las abarcas y mírale a él los zapatos. Y tú los zahones y a él las calzas. Y tu paño y el suyo, y la camisa de lino tan blanca. Y hasta la cara, que la tenemos nosotros renegrada, y mira la suya. Pues si nos fijamos nosotros, cómo no se van a fijar las muchachas.

Pero de lo más que querían saber era del Rey Pequeño. De cómo era y qué hacía y si era diferente por ser rey, y yo les contestaba que era el rey y lo sabía, pero que también era apenas un niño y, aunque ya sabía cuál era su sitio, no dejaba por ello de serlo y como tal se comportaba. Pero que era bueno, de noble corazón y ánimo generoso y que quería mucho a los de

Atienza y no dejaba de recordar lo que habían arriesgado por librarlo.

—Mi padre me ha dicho que fue su abuelo, el Emperador, quien también tuvo por Atienza mucho aprecio y quien nos mejoró el fuero y nos amplió los términos y que es por ello que esta villa es cabeza entre todas las de por aquí, y esa ventaja llevamos en nuestras haciendas y menesteres. A lo mejor el nuevo rey cuando crezca nos otorga algún otro buen privilegio —opinó el de los arrieros y hasta me la tiró después—: Algo podrías decirle tú que lo tienes siempre cerca.

—Pero, hombre, cómo va a importunar al rey con ello —replicó el pastor.

—Pues si ocasión tiene, digo yo que no vendrá mal que lo diga, que por nosotros quienes no van a pedir son los condes ni los señores.

Yo me eché a reír como lo hicieron ellos. Desde luego era verdad que nos íbamos haciendo todos hombres. En lo de solicitar favores y conseguir prebendas bien que se notaba nuestro cambio desde cuando apedreábamos gatos y esquilábamos nidos.

Fue hermoso aquel verano en Atienza, el último que iba a pasar con mi abuela. Cogí lustre y perdí modales y hasta alguno me parece que hicimos perder al rey.

El lustre lo cogí por las comidas de mi abuela, que como nadie sabía preparar los caldos, los guisos y las verduras, y darle a los asados el punto que nadie lograba, así como aderezar los mejores dulces de manteca, miel y almendras.

Debí de encarecer tanto sus dotes de cocinera ante don Alfonso que este, a la postre, quiso comprobarlas y aquello fue motivo de no poca disputa. Los dulces ya los alcancé yo a la primera ocasión, para regocijo del rey, que, niño en esto, no quiso compartir ni uno. Pero para otros platos era menester otros trajines: o que subiera mi abuela hasta el castillo o que bajara el rey a nuestra casa, o que los sirvientes acarrearán la comida a toda prisa para que esta no perdiera el punto. Y aquí surgió la porfía.

Mi abuela se mostró dispuesta a cocinar, pero señaló que los manjares perderían sin duda parte de sus virtudes en el acarreo. Me pareció a mí que no debía ser tanto, pero opté por mantener silencio absoluto, porque, entre contrariar a unos o a otros, lo que no deseaba en absoluto era quitar razones a mi abuela. A poco comprendí que lo que Yosune buscaba era otra cosa y ya

me interesé en el pleito, en el que hubo de intervenir al final nada menos que don Nuño Pérez de Lara, quien porfió en que debía ser la abuela la que acudiera al castillo a preparar sus guisos. Pero ella, declarándose muy honrada del ofrecimiento, señaló que ya no tenía fuerzas para subir a lo alto de la peña y tampoco ganas de que la subieran en mula y que allí no tendría a mano sus condimentos, especias y cacharros necesarios, que ella lo prepararía con sumo gusto en su casa y para todos los que fuera menester. Que a Álvar Fáñez había servido y a otros muchos señores, aunque ninguno rey, desde luego, ni de la nobleza de don Nuño de Lara tampoco.

Este se enfurruñaba, pero como ya digo que estaba de inmejorable humor aquellos días y aunque dispuesto a hacer valer su autoridad y hacer subir a mi abuela, fuera en pollino, mula o yegua, antes comentó como de soslayo la cuestión al rey y ese descuido impropio de su astucia fue su derrota. Porque el muchacho ya no tuvo otro objetivo que bajarse a nuestra casa, donde recordaba bien haber estado y haber sido en ella disfrazado, y ya no hubo manera de contrariarle. Y así fue como mi abuela Yosune recibió en su casa y sirvió banquete para el rey, el regente y conde más poderoso de Castilla y media docena más de nobles, pero también para su nieto, o sea yo mismo, y para el Manda y el Elías, que por petición suya y orden del rey compartimos también el ágape.

Para acondicionar la casa y dejarla limpia como la patena, y nada más conocerse la noticia, se concitó a todo el vecindario y no hubo mujer ni moza que no echara una mano. Luego las doncellas de mejor ver y modales más finos fueron vestidas con las más limpias blusas y mejores galas para hacer de sirvientas en la cena, y fueron aleccionadas convenientemente por madres, abuelas y familiares.

—Y cuidado con los señores, que tienen manos muy largas y no paran en nada. Que con el vino seguro que a alguno se le irá la mano y si sois tontas y no andáis listas alguna entregará lo que no debe y lo que ya no se recupera — escuché que sermoneaba una vecina a una de sus hijas y de paso a todas en la cocina.

—Descuide usted, comadre —oí que contestaba mi abuela—, que ya andaré yo con el ojo echado y no solo a los señores sino a estas propias, que puede que alguna sea ella misma la que se arrime al fuego y hasta prenda la

candela, que son los señores muy vistosos y estas muy atolondradas.

Las mozas elegidas se arremolinaban, protestaban y soltaban risas nerviosas, lo que acrecentó prevenciones en mi abuela y para no estar sola en la vigilancia consideró que, amén de ella y como ayuda, alguna otra mujer mayor en años y severa convendría que también estuviera.

En ello se quedó y llegó el día. Nuestra casa relucía de limpia y desde la mañana el trajín era continuo. Un trajín de cestos y gentes entraba y salía. Por momentos aquello pudo derivar en tumulto entre los que ayudaban en algo y los que estorbaban en todo. Yo estaba entre estos últimos, a juicio de mi abuela, y, junto con algunos más, fuimos desalojados prohibiéndonos el regreso, en mi caso hasta que no bajara ya con el rey. Yosune quedó dueña y señora de sus fogones y pucheros con algunas escogidas ayudantes, y mandó fuera a las mozas hasta que se estuviera poniendo el sol, que era la hora señalada. Yo me subí hasta el castillo para hacer de guía y paje para el rey, don Nuño y los otros señores que lo acompañarían, entre los que no faltaba el infanzón señor de Fuentearmegil, a quien don Alfonso desde muy niño había cogido tanto cariño y que había sido instrumento para no entregarlo en las manos de los Castro.

A ellos se añadieron al final los párrocos de Santa María, el barrio del Rey y el de La Trinidad, el nuestro, que fueron muy bien recibidos por mi abuela, suponiendo que su presencia ayudaría a incontenencias no deseadas.

Don Nuño se pasó la primera parte de la cena muy circunspecto y distante y su compostura hizo, al principio, que los demás mantuvieran muy engoladamente la suya. Ello contribuyó a que tanto el Manda como el Elías guardaran un silencio absoluto y que apenas se oyeran las voces del rey y las mías, que le iba explicando las viandas con la ayuda de mi abuela y haciéndoselas probar aunque fuera simplemente una pizquita, pues al cabo era un niño y no era cuestión de que cogiera un entripado. Que sí estuvimos en trance de acabar con uno el resto de comensales.

Pero según fue avanzando la velada, lo sabroso de los condumios y el buen vino que Yosune había conseguido de sus amigos arrieros, que siempre guardaban algunos de los mejores traídos en sus viajes por las riberas del Duero o de las tierras de La Rioja, empezó a sonreír y luego ya a reír sin

tapujos don Nuño, y con él se animaron presto los caballeros y hasta los curas participaban cada vez más en la charla y en las chanzas que no tardaron en aflorar.

Y aquello que también se maliciaban las comadres no tardó en planear sobre la mesa, aunque los más atrevidos de los nobles hurtaran sus movimientos a los ojos de los clérigos, de mi abuela y de su arrugada ayudante. Pero las muchachas, aun haciendo algún melindre, más que rechazar requiebros lo que hacían era azararse con ellos y sofocar las risas las unas con las otras.

Pero todo fue concluyendo sin que pasara ni a mayores ni siquiera a menores. Quizá fueron más que nada las miradas del Elías y del Manda, que siguieron casi mudos, las que mantuvieron a raya a las muchachas y a los infanzones más jóvenes. Al final llegó el momento de que don Alfonso, que se caía ya literalmente de sueño aunque pugnaba por seguir despierto, fuera conducido de vuelta al castillo y a sus aposentos, cosa que hicieron don Nuño y don Pedro y algunos de los nobles de mayor edad. En la salida les acompañaron los clérigos y entendieron que también debían despedirse el Manda y el Elías.

Pero si los jóvenes nobles, bien alumbrados por el vino, creyeron que aquel podía ser el momento esperado, es que no conocían bien a mi abuela. Sin más preámbulos mandó a las mozas a fregar a la cocina. Y para lo que gustaran los señores de pedir, que ya nos le cabía en realidad un dulce más en la barriga, puso a servirlos a la vetusta ayudante.

—La señora Eufrosia les traerá a los jóvenes señores lo que gusten. No tengan prisa alguna —les anunció muy sonriente Yosune.

Aquello enfrió los ánimos a todos. Y a poco, decidieron al fin ya marchar los cuatro que quedaban, a los que yo acompañé a la puerta no sin escuchar las risas y denuestos de los dos más jóvenes que aún remoloneaban.

—De no ser por la vieja, que nos ha dado de cenar como nunca había gustado pero que ha vigilado a esas alondras como una urraca, ya lo creo que esta noche hubiéramos rematado faena y pasado al lecho con cualquiera de ellas.

—No les faltaban a algunas ganas, no —replicó riendo su acompañante y se alejaron cuchicheando.

Les observé perderse en la oscuridad y me metí para dentro de la casa. Me demoré yo también observando a las mozas que terminaban de recoger y que entre ellas también reían y cuchicheaban. No les faltaba razón a los caballeros. Alguna parecía más que dispuesta.

Y con la curiosidad avivada por el vino que yo también había trasegado, cuando al fin ellas marcharon, presa de un cierto barrunto, salí sigilosamente tras ellas y no tuve que esperar nada para comprender que mis sospechas no eran infundadas. Dos, que vivían en los barrios altos, se separaron de las otras y vi cómo cabrioleaban y soltaban algunas risillas nerviosas antes de emprender la subida por la cuesta. En un instante dos sombras surgieron de una esquina y hubo menos que un grito sofocado y un escape hacia la oscuridad aún más profunda. No quise arriesgarme a ser descubierto y tan solo avancé un pequeño trecho hacia el lugar por el que habían desaparecido, la trasera de la iglesia de la Trinidad.

Me detuve al oír jadeos, refrotes de telas y un gemido repetido. Había media luna y bastaba para ver que en la pared de atrás del templo el caballero cabalgaba. Había levantado a la moza, que con las faldas remangadas y apretada su espalda contra el muro se movía al compás de sus embestidas. Por la cabellera suelta y algo pelirroja supe de quién se trababa. Sus piernas desnudas rodeaban la cintura del hombre que vigorosamente la empalaba. No duró mucho la escena. En algún momento oí cómo un gruñido que provenía de la garganta del macho que se vaciaba, acompañado de un resuello entrecortado y casi chillón de la hembra. Descabalgó él y fue ella descabalgada. El caballero se llevó la mano al bolso y sacó algo que relució a la luz de la luna al mostrárselo antes de entregárselo a ella. Lo cogió con rapidez la moza y salió corriendo.

Regresé con sigilo hacia nuestra casa. De la otra pareja no había rastro alguno. Pensé que la vigilancia de Yosune no es que hubiera sido inútil, sino que me parecía que hasta había sido innecesaria. No creo que aquella perdiera nada que no hubiera perdido antes, ni que encontrara nada que no anduviera buscando y que siguió gustando en posteriores y furtivas visitas del caballero, que menudearon después por su barrio alto.

Pero aquella noche no pensaba yo en mucho la verdad, pues estaba más excitado que un garañón delante de yeguas en celo. Y me alivié con la mano.

Me sacudió en aquel momento del recuerdo una cierta vergüenza pues venía al galope por el camino de Soria a enterrar a mi abuela y mira dónde se me había ido el pensamiento. Pero eran aquellas de las últimas y más gratas imágenes que preservaba de Yosune. Aquel verano fue en todo el más feliz de todos los que en mi vida recuerdo. Quizá la furtiva observación de aquella primera coyunda fue la que despertara mi virilidad y un tanto mi reserva pues, lejos de picardarme y relatar la escena, me guardé para mí lo observado como algo no de mi incumbencia, y en esa norma me he mantenido de por vida. No sé si fue cosa de aquella noche, de mi vergüenza posterior por aliviarme o porque en realidad mi carácter siempre ha tendido a ello, lo cierto es que en estas cosas siempre he sido de los que para nada gusta de olisquear en camas ni pecados ajenos. Bastante tengo con los míos, que alguno he tenido. Aunque como tal no puedo considerar ninguno de aquel verano que tan dichosamente guardo en mi memoria.

Algunos recuerdos están tan impresos en mi cabeza que con solo cerrar los ojos vienen hacia mí con toda su luminosidad. Como cuando fuimos a robar cerezas a los campos de los alrededores y acabamos encorridos por el labriego que las guardaba, pero lo que yo acabé recibiendo fue mi primer beso, pues aquel día a la cuadrilla se habían unido unas muchachas y, tras el sofocón y la carrera, cada uno con su botín, conseguimos dejar atrás al enfurecido propietario de la fruta, y con una de ellas y no por casualidad nos refugiamos en una pequeña arboleda a comérmolas. Sabían a gloria aquellas cerezas robadas, y a gloria me supo a mí el primer beso con aquella muchachita que quiso dármelo para despedirse y salir corriendo al encuentro de las otras. No hubo más que un beso, pero de aquel me sentí limpio, aunque tuviera las manos llenas de ese pequeño pringue del cerezo y de algún churrete de las propias cerezas.

También fuimos a coger cangrejos al Cañamares y truchas al Bornova. Mi abuela añoraba los del Tajo y decidimos coger unas caballerías y acercarnos al Cañamares y conseguirle algunos. No nos llevamos otra cosa que unas grandes cestas de mimbre con las que zarandear las solapas y las riberas del río. Con ello y con las propias manos, metiéndolas por las bocas de sus madrigueras en la orilla, hicimos una buena pesca. Y con las mismas otro día nos acercamos también al Bornova, donde además conseguimos

traernos algunas buenas truchas.

Quiso, al contárselo, venir con nosotros un día don Alfonso y se preparó al efecto una lucida expedición a caballo para acudir primero de mañana a oír misa a la iglesia de Santa Coloma de Albendiego, que me pareció de las más hermosas que he contemplado por su recogimiento, sencillez y, más que nada, por el lugar donde se encuentra. A su lado discurre el Bornova, que un poco más arriba llaman Manadero, eso ya en la aldea de más arriba que llaman Somolinos, por sus maquilas, y que nace por encima de ellas en un borbotón que luego se serena en una pequeña pero mágica laguna antes de buscar su camino entre pizarras abriendo escarpados desfiladeros aguas abajo. La vida me había ya permitido contemplar muchos ríos y otros muchos habría de cruzar o acampar en sus riberas, algunos muchos más caudalosos, potentes y llenos de vigor y hermosura, pero siempre he tenido al Bornova, con sus ovas meciéndose y sus truchas escabulléndose nerviosas en la fría corriente, como mi propia y personal agua del recuerdo, como la imagen de un momento en que el cielo azul, el verde de sus orillas y la luz me envolvían mientras refrescaba mi garganta, mi piel y mi corazón.

En una praderita cercana a Santa Coloma instalaron los hombres de don Nuño el campamento y pasamos la jornada atrapando peces y cangrejos, con gran jolgorio nuestro y del Rey Pequeño. Los comimos allí mismo y regresamos al atardecer a Atienza. Hasta los soldados de la escolta se pusieron a cantar durante el regreso.

Le traje a mi abuela Yosune truchas y cangrejos para que no echara de menos aquellos de Zorita cuando allí vivía con el abuelo Pedro, aquel gigante heroico del que tanto y cada vez más con la carga de los años me contaba Y ese es quizás el último recuerdo que de ella tengo en vida, pues bien sabía, y me amargaba en todo mi ser cuando ya tenía a la vista las torres del castillo de Atienza, que esta vez no me esperaba su beso, ni su risa alborozada ni su alegría, sino su cuerpo yerto y sus ojos cerrados y que solo podría ya darle tierra.

Durante los dos siguientes años, después de aquella visita que concluyó al principiar agosto cuando don Nuño se dirigió hacia Toledo para tomar posesión junto con el rey de la plaza, y a los que hube de acompañar, ya no tuve más ocasión de verla. A través de los reateros atencinos me hacía llegar

algún mensaje y yo hacía lo propio con los mensajeros de los Lara. Mi abuela no sabía escribir y me los enviaba de viva voz y aprendidos por el recuero de memoria, y en ellos me instaba a aprovechar mi tiempo y a ser siempre cabal en cumplir mis obligaciones. Que ella estaba bien y que por ella no me preocupara, que estaba atendida y con salud. Y que cuidara de la mía. Sin nunca jamás quejarse de la suya.

Una salud que, bien es cierto, meditaba ahora al entrar con mi caballo por la puerta de Arrebatacapas y dirigirme a su casa, le había dado para mucha vida, pues había muerto más que longeva. Y hasta donde yo sabía y hasta el fin de sus días la enfermedad no se había cebado con ella.

Me lo confirmó el Manda, que era quien me aguardaba.

—Los hombres de don Nuño nos avisaron que no le diéramos sepultura hasta que tú llegaras. Tampoco pensábamos hacerlo, descuida. Todo está preparado. Murió en paz. Una tarde se puso mala, esa noche deliró y gritaba el nombre de su Pedro, llamándolo a gritos. Al amanecer se serenó y se le fue apagando el pulso. A poco de clarear, expiró tranquila. Hemos avisado también a vuestra familia de Hita y de Sigüenza y algunos han venido, ahí dentro la están velando. Ya te digo que aunque nadie lo hubiera dicho te hubiéramos esperado, porque sabíamos que tu abuela así lo hubiera querido.

Ante el cadáver de mi abuela me reencontré con mi familia. Tras la muerte de mi padre y mi ida a Atienza con Yosune poco trato habíamos tenido, menos aún desde que el Rey Pequeño me había llevado a su lado a la corte, que más bien que suya era la de los Lara, pero corte era al fin y al cabo. Había ido teniendo noticias de ellos y aún en la lejanía y aprovechando yo mi cercanía a los poderosos, a pesar de ser un mozalbeta, había hecho lo que en mi mano estuvo por favorecerlos, que no fue mucho, pero al menos se sabía que eran de mi sangre y que algo podría influir yo al lado del rey si con ellos se cometían tropelías.

Pero Yosune, que para mí siempre había sido más madre que abuela, era y había sido siempre el núcleo esencial y casi exclusivo de mi familia aunque yo tuviera hermanas y aún me quedaran dos tíos y una tía, a la que no conocía, y un buen puñado de primos. En la casa de Atienza estaban los que habían recibido el aviso y habían podido llegar a tiempo al entierro, que era

cosa de agradecer y prueba de la ley y el amor que le tenían a la abuela al haberse puesto en camino con tanta rapidez y sin importarles ninguna otra cosa.

Mi abuela Yosune y mi abuelo Pedro Gómez habían tenido un total de cinco hijos que superaron los primeros años. La mayor, Itziar, había muerto soltera y a poco de aposentarse la familia en Hita, donde había recalado al amparo de los Fáñez. Al partir el sobrino de Álvar y su mujer, la judía Jezabel, harto el uno de heridas y combates y la otra con ganas de alejarse de la frontera y criar en paz a sus hijos, hacia el norte, quisieron llevarse con ellos a la hija pequeña, a la que habían puesto Isabel, como su madrina hebrea, y a la que como a una hija más trataron. Era cuestión de cariño, pero entendió Yosune que también de necesidad, pues una viuda como ella difícilmente podía sacar adelante a toda la prole. Así que lo cierto es que de aquella tía mía, Isabel, como de la pareja que la prohijó, poco, por no decir nada, sabía yo. Ni recuerdos de ellos tenía.

De los hijos varones, mi padre había sido el mayor, y llamado Pedro como mi abuelo. Antes de tenerme a mí le dio mi madre dos hijas, Ana, la mayor, y Estrella, la pequeña, mis hermanas, con quienes bien y tanto nos queríamos, por mucho que nos viéramos tan poco, y que corrieron hacia mí y yo hacia ellas para llenarme de besos y abrazos y recrearse en mi galanura, no dejando de mirarme, acariciarme y llenarme de requiebros fraternales a mi guapura y prestancia, hasta hacerme poner colorado. Podía no ser apropiado el lugar, en la puerta de la casa de mi abuela muerta, pero su efusión bien se comprendía pues hacía siete años que no nos veíamos.

—Un señor parece nuestro hermano. Claro, allí en la corte con el rey y con su fachada es normal. Pero qué bien estás, Pedrillo, qué bien —alcanzaba a decir mi hermana mayor, que luego se cortaba por lo de Pedrillo, pero era como de niño me había llamado siempre.

—Pero qué remajo estás, hermano, y qué alegría, aunque sea en ocasión tan triste. Pero ha tenido la abuela buena muerte y bien tardía, es ley de vida y Dios la tendrá en su gloria con el abuelo. Bebe y come algo, que vendrás cansado y con hambre del camino. —Mi hermana Estrella, siempre serena y práctica, me ofreció un trago de vino dulce y unas rosquillas.

Las dos habían casado con labradores con buenas tierras en Hita y

llevaban allí una vida si no acomodada, sí tranquila y sin demasiados sobresaltos que no fueran los años de sequía que mermaban las cosechas, los pedriscos que las arrasaban o las heladas tardías que dejaban los árboles sin una mala fruta que llevarse a la boca. Cada una tenía una buena prole de hijos, uno de los cuales, sobrino mío y que me alcanzaba casi en edad, era quien las había acompañado. Un muchachote fuerte, hecho ya a las labores del campo y que me miraba un tanto receloso, escudriñándome con una mirada de labriego, que tantas veces había visto yo al paso de la comitiva real cuando transitábamos por los caminos de Castilla. Gerardo, le habían puesto, y me estrechó la mano con cierta ceremonia antes de llamarme tío. Lo recordaba de niño, y parecía que él intentaba hacer lo propio conmigo, de nuestra infancia en Hita, pero se le notaba algo atrancado y tras el saludo dio un paso atrás y buscó resguardo entre la gente para seguir observándome con suspicacia.

Mis tíos, los dos hijos de Yosune que quedaban vivos, eran Pablo y Gabriel, y ninguno había seguido el camino de las armas de mi padre. Y ninguno de los tres hermanos había alcanzado la corpulencia y fortaleza de oso de mi abuelo. Mi padre era un hombre fornido y muy ancho de espaldas, pero no resistía comparación alguna con su progenitor. El tío Pablo era el de mayor altura y también fuerte, pero tampoco llegaba a emular al gigante, y el tío Gabriel era, no siendo para nada enclenque, el menos corpulento de todos. Yo mismo, decían, no era mal mozo y estaba bastante por encima de la media de mis parejos en edad y a algunos les sacaba casi una cabeza, pero de llegar al legendario abuelo Pedro, nada de nada.

Desde niños, el tío Pablo y el tío Gabriel buscaron su sustento el uno en el campo y el otro en la piedra. El primero comenzó a labrar muy chico campos ajenos y pasado algún tiempo, llegado a la mocedad y con ayuda familiar, comenzó a labrar algunas tierras propias, aunque las más por cuenta del señor de Hita, a quien debía entregar muy buena parte de sus sudores y cosechas amén de estar presto a hacer los trabajos que le demandaran y a contribuir en hacenderas o labores de toda índole. No se encontraba muy a gusto en Hita y, viendo que por allí tenía difícil prosperar, aprovechó el comienzo de la repoblación de Sigüenza y formó parte de aquellos primeros cien vecinos a quienes se ofreció la posibilidad de afincarse allí y cultivar en propiedad su

quiñón de tierras del reparto. Marchó con su familia y allí vivía ahora. Acudía al entierro con su hijo, de su mismo nombre, mi primo Pablo, de mirar más franco y menos receloso que el sobrino que acababa de conocer, y que no dudó en ofrecerme un abrazo al que correspondí gustoso. En realidad, no tenía constancia de haberlos visto ni a mi tío ni a mi sobrino antes, o al menos no recordaba su cara, pues su partida de Hita a Sigüenza había sido anterior a mi nacimiento. Pero ambos me saludaron con mucho reconocimiento y se lo agradecí de veras.

Sí recordaba vagamente a mi tío Gabriel, el cantero, pues este aguantó más tiempo que su hermano en Hita y solía además dejarse caer por nuestra casa, la de Yosune, cuando vivía mi padre para reunirse con ellos de vez en cuando. En realidad, era con quien mi padre el Frontero mantenía una relación más estrecha, quizá por ser el pequeño de los chicos y tal vez el más inquieto. Conmigo siempre había sido muy cariñoso. Mi padre lo protegía y guiaba en la medida de sus fuerzas y poderes. Al final, muerto el hermano mayor, él también había decidido marchar hacia donde ahora estaba el segundo y donde además tenía abundante trabajo, pues andaban de sobra ocupados levantando la catedral y la ciudad entera. Me contó que también tenía familia y un hijo mayor que había seguido su oficio pero que no había venido.

—Gabriel se llama, como yo, y bien que le he hablado de ti. Ya me gustaría que os conocierais, que siendo tú gente importante seguro que algo harás por él y la familia.

Por lo visto, eso era lo que mi familia creía, que yo era ya alguien de importancia. No había razones verdaderas para hacerlo, excluyendo la afición del rey a mi compañía, pero ellos y muchos otros así lo percibían y por ello, a pesar de mi mucha juventud, se me trataba con respeto, y aquella impronta hacía que tanto los vecinos de Atienza como las gentes de mi propia sangre me profesaran deferencia.

Pasé dentro, al dormitorio de mi abuela, donde habían instalado el velatorio. Olía a cera e incienso, pero no conseguían tapar el olor a muerte y pena. Rogué que me dejaran unos instantes a solas con ella. Con ciertos regaños salieron algunas vecinas, pero aceptaron las órdenes del párroco de la Trinidad. Ante su ataúd caí de rodillas y estallé en sollozos. No podía dejar

de pedirle perdón una y cien veces. Me calmé al cabo y me incorporé para verla. Y me reconfortó el hacerlo. Parecía dormir serenamente. Había descanso y paz en su rostro y dignidad en su cuerpo amortajado. Me incliné sobre ella y la besé en los párpados. Nadie me querría ni me protegería ya en mi vida como ella, y yo no querría nunca a nadie como la había querido a ella. Pero no había estado a su lado en su hora postrera y eso me corroía las entrañas.

Me descargué con el Manda y el Elías, y ellos hicieron todo lo posible por aliviarme.

—Fue repentino. No hubieras llegado en ningún caso. Estos años atrás tuvo algún achaque y le dijimos de avisarte, pero se negó en redondo. Y esta vez es que a todos nos cogió de sorpresa. No te atormentes, Pedro. Bien sabía tu abuela la devoción y el cariño que le tenías. Y ella a ti para qué voy a contarte. Descansa en paz y estará como siempre más que orgullosa de su nieto. Desde el cielo te seguirá amparando.

Dimos tierra a mi abuela Yosune en la iglesia de la Trinidad, la nuestra, en la parte alta de Atienza, no lejos de la primera muralla y a la vista de la enhiesta torre del castillo. Subimos desde casa con el féretro, que llevamos sus hijos y sus nietos, con quienes quisieron turnarse como gesto último de cercanía el Elías y el Manda. Delante fueron los sacerdotes y detrás el pueblo entero, o al menos yo no eché en falta a nadie de los que esperaba ver en el trance. Mi abuela había sido madre y guía y yo notaba una gran congoja y, a pesar de las razones de todos y las que yo mismo me daba, un gran remordimiento por no haber estado a su lado aquellos sus últimos años. Me venían de continuo a la cabeza los últimos días pasados en Atienza con ella y aquella despedida que acabó por ser la última, donde no dejó de advertirme de que me cuidara, de que debía comer y de cómo debía comportarme. Pero al despedirme, justo cuando montaba en mi caballo y me disponía a unirme a la comitiva de los Lara y de mi rey, me retuvo y me largó, despacio y midiendo muy bien cada una de sus palabras, el que quizás hubiera sido su más largo consejo en toda mi vida y que por una vez no tenía que ver con lo que debía comer y con qué abrigarme en cada tiempo.

—Serán todos ellos señores y tendrán título de conde, tenles el respeto

que merecen, y a tu rey la lealtad toda, pero no olvides jamás que en cuanto a honor ni dignidad no eres más que nadie, pero tampoco menos que ninguno.

Ahora aquel «ni más que nadie pero tampoco menos que ninguno» me martilleaba en las sienes. Era la divisa de esta familia nuestra, sin escudo ni otro título que el de su honradez y, en el caso de mi abuelo y mi padre, el manejo de la espada. También se la había oído en alguna ocasión a mi padre el Frontero, pero se me había quedado grabada a fuego desde que la depositó como legado en su despedida, que tal vez ella sí supiera que era la definitiva, mi abuela Yosune.

Y sí. Yo me sabía más abajo en posición, rango y riquezas, siempre vivía rodeado de gentes poderosas y ricos hombres, pero no me sentía inferior a ellos en lo que a mi dignidad atañía. Y subiendo el féretro de mi abuela por la cuesta, con la torre del homenaje de la Peña Fort presidiendo el duelo, le juré en silencio que así sería por el resto de mi vida y hasta que a mí, como a ella, un día me llevaran a dar tierra.

«Ni más que nadie, pero tampoco menos que ninguno.»

Cayeron las paladas de tierra sobre el ataúd y el golpe de los terrones contra la madera se mezcló lúgubrementemente con los últimos cánticos de los clérigos. Luego ya fue tierra sobre tierra y al final cesó también el responso. Mis tíos, mis primos, mis hermanas y yo nos persignamos una postrera vez delante de donde yacía Yosune, hincando ante el montón de tierra apelmazado nuestras rodillas, y luego nos dirigimos a la salida para despedir el duelo. Nos colocamos en fila y uno a uno las gentes de Atienza nos dieron su pésame, acompañándonos en nuestro sentimiento. Y yo sentí que sí, que era más que una formalidad lo que nos expresaban. Y me reconfortó sentirlo. Al bajar de nuevo hacia la casa, donde se había preparado un ágape para los más allegados, me di cuenta de que la mano me dolía al haber sido estrechada con fuerza por tantas manos toscas y rudas, pero cuyos apretones querían decir lo que sus palabras de pésame no alcanzaban. Yosune había sido querida en vida y eso era lo que a la tumba se llevaba y eso era lo que nos quedaba a los vivos.

El ágape tras el entierro nos sirvió a todos para un recuerdo compartido de la abuela, como si al contarnos las cosas y llorarla juntos nos aliviáramos.

Y hasta algunas de sus cosas nos hicieron sonreír y hasta reír cuando alguno recordaba sus salidas de vasca, que siempre iba por derecho y no callaba ante nadie cuando había que hablar o no quedaba más remedio que hacerlo, que también sabía Yosune el valor del silencio y lo practicaba. Que no era de meterse en casas ajenas, ni dar cuartos al pregonero ni ofrecer opiniones y remedios que no le fueran solicitados. Y aún solicitados, pues dependía.

Siempre fue mujer prudente y la misión a la que entregó su existencia fue el velar por los suyos, sobre todo por los que más necesitaban su ayuda, como era mi caso cuando quedé huérfano tan joven. Ahora su protección también me llegaba después de su muerte. No había dejado nada al albur y sí había hecho ponerlo todo por escrito. Tomando como testigos a sus leales Elías y el Manda había hecho transcribir sus últimas voluntades y nos instaba a que las aceptáramos bien avenidos y no nos disgustáramos por ellas, pues había sopesado en mucho lo que disponía y confiaba en que la repartición de su legado nos pareciera justa y nos mantuviera en armonía.

Yosune no había estado ociosa en su vida y había atesorado, si no una fortuna, sí unos bienes considerables para tratarse de una mujer humilde, cuyo marido había muerto relativamente joven y en la guerra. Pero lo cierto es que de sus cabalgadas con Álvaro Fáñez, Pedro *el Pardo* no había regresado de vacío y algunas buenas piezas, enseres y dineros sí que había traído. Yosune había mantenido todo a buen recaudo, aunque para la boda de las hijas había entregado las mejores prendas, telas, muebles y adornos, y hasta alguna valiosa copa y alguna joya que partió con la pequeña Isabel cuando marchó con Fan Fáñez y la hebrea Jezabel hacia Orbaneja del Castillo, a tierras de Burgos.

Pero la abuela, amén de aquellos bienes, había ido a lo largo de su vida, a pesar de tener que ir sacando a su prole adelante, como una hacendosa hormiga, añadiendo algunas tierras y propiedades a su pequeño pecunio. Y al principio contando con la generosidad de los Fáñez en Hita, y luego de su buen hacer en Atienza, había conseguido reunir una pequeña hacienda. En realidad, casi todo lo había ido repartiendo en vida y sus hijos ya lo disfrutaban de antemano y antes de su muerte. Su voluntad final solo hacía en buena parte que dar forma a lo ya establecido. A mis hermanas les dejaba lo que había en Hita, esencialmente una casa y algunos huertos, que la una

habitaba con su marido y la otra cultivaba. Como no había más edificios que repartir allí, a mis tíos los compensaba ahora con ciertas cantidades de dinero que les fueron entregadas de inmediato por el Elías y el Manda, con mucha seriedad y ceremonia. Yo, en realidad, a qué negarlo, era quien salía mejor librado de todos, pues me dejaba la casa de Atienza y su recua de mulas y pollinos. Miré a mis tíos y vi que estos lo aceptaban de buen grado, aunque sí que noté un algo amostazado al hijo de mi hermana mayor, a quien ni siquiera se mentaba. A la postre sí hubo alguna sorpresa, y fue para mis tíos que, a pesar de su aceptación, eran sin duda los más perjudicados en la herencia. No sé de qué manera y con qué artes, aunque seguro que el Manda y el Elías sí que estaban al cabo, Yosune había conseguido hacerse con una viña y unos olivos, pequeñas las dos suertes, sí, pero qué vino y aceite daban, y le dejaba la una, la viña, que estaba en el término de Mandayona, a Pablo, y la otra, la olivera, en el de Zorita, donde había vivido con su Pedro, a Gabriel.

Se rieron para sus coletos el Manda y el Elías cuando les preguntamos cómo se había hecho con ellas y se limitaron a contestar:

—Cosas de tu abuela. Una la tenía ella de antiguo, la de Zorita, y la otra la mercamos en alguno de los últimos viajes con los recuerdos.

También ellos dos salían beneficiados en algo más que en el recuerdo. A cada uno le dejaba un buen caballo y unas buenas ropas, dos mantas y dos capas de las mejores, que ellos mismos habían comprado sin saber que, en realidad, lo hacían para ellos mismos.

Capas había previsto al fin la abuela que hubiera para todos los varones de la familia. Unas buenas capas pardas que iban como último obsequio para mis tíos, mis primos, para mí mismo y, al final, también para mi enfurruñado sobrino, que por fin esbozó una sonrisa y cató el vino.

Por último, a mí se me encargaba una encomienda y esta no era otra que, en cuanto pudiera y tuviera dispensa y posibles para ello, fuera a visitar a su hija Isabel, la que vivía en Orbaneja, y le diera noticia de su fallecimiento si aún no la tenía, le entregara también un legado en dinero y algunas cosas de recuerdo y me preocupara por saber si tenía posibles de vida, aunque le parecía que con los Fáñez nada había de faltarle y la sabía bien casada. Suponía que en mis recorridos al lado del rey bien podría yo en algún momento pasar cerca de aquellas tierras linderas con el río Ebro y acercarme

a saludar tanto a mi tía como a su amiga la hebrea y a su marido, a los que tanto recordaba. Si es que vivían.

Pero quizás en lo que no había caído mi abuela era en que precisamente mi situación al lado del Rey Pequeño era lo que yo tenía que ir solventando ahora, porque quizás había llegado ya la hora de pensar en algo más que en andar no se sabía bien en calidad de qué a su alrededor. Que tal vez era llegado el punto de que yo me quedara ya en mis cosas y quedaran el rey y los condes en las suyas, tan dispares y ajenas a mis sencillas cuitas.

Cinco años había pasado al lado de don Alfonso y nunca había dejado de ser una extraña figura en su entorno. Ahora la de un muchacho villano, ya mayor, de quien no quería separarse, como una especie de capricho, en quien encontraba refugio y donde depositar sus confidencias, que poco a poco iban dejando de ser las de un niño. El rey era cada vez menos el Rey Pequeño, pero yo era algo que sobraba cada vez más, o al menos eso me parecía, en su corte.

Era algo que me venía rondando desde hacía tiempo pero había acabado por ir madurando tras la mala nueva del fallecimiento de mi abuela, y fue la misma noche de su entierro cuando tomé la decisión de que no podía demorar más el planteárselo a don Alfonso tras haberlo hecho previamente a don Nuño. Pues bien sabía que no contar con él era arriesgarme no solo al fracaso, sino también a su ira.

Me decía a mí mismo que este último no pondría impedimento alguno. No podía ver don Nuño en mí sino lo que yo mismo veía, pero multiplicado y más molesto: un capricho largo tiempo mantenido por su pupilo real. Y sus familiares y jóvenes vástagos, aunque algunos me tuvieran aprecio y simpatía, no dejaban de observarme como un extraño apósito que nada pintaba en su círculo de cercanía al rey que ya a poco iba a serlo con todas las consecuencias, pues de aquí a nada cumpliría ya los catorce y comenzaría hacer valer lo que era. Era momento pues de pensar ya en mí y en mi propia fortuna. Desde luego, bien podía seguir ligado a la corte y a la protección del Rey Pequeño y tal vez ese fuera el mejor y más oportuno camino que la fortuna me ofrecía, pero a mí no me satisfacía. No había nacido yo para cortesano y cada vez lo era menos, y nada se me había pegado de aquel oficio, sino bien al contrario, durante aquellos cinco años. Quería regresar

con los míos, con las gentes del Común con quienes me entendía y entre quienes me encontraba como un igual y donde no tenía que andarme siempre con retraimientos ni fingimiento alguno.

Así que, decidido, fue lo que quise poner de inmediato en práctica una vez despedidos mis familiares, que partieron rumbo a Hita y Sigüenza no sin haberles yo hecho promesas de prontas visitas que en esta ocasión tenía toda la intención de cumplir. Llamé al Manda y al Elías, los convidé a comer los abundantes sobrantes del ágape funerario, que había sobrado mucha «ropa vieja» y no era cosa de desperdiciarla, y mientras dábamos buena cuenta de ella les expuse mi decisión y la determinación de llevarla a cabo cuanto antes. Mientras les pedía que, al igual que habían hecho con mi abuela y hasta que yo lograra del rey y los Lara la licencia, ellos se encargaran de mis cosas, mantuvieran la casa en buen estado, la recua bien cuidada y le sacaran el provecho que pudieran. No hubo con ellos problema alguno, sino bien al contrario, pues noté que se alegraban de ello sobremanera y que les complacía en mucho mi intención de retornar a Atienza y establecerme en la villa.

—No sabes, hijo, lo que le alegra esto a estos dos viejos. Ya pensábamos que te habías hecho un mozo de la corte y que nada ibas a querer ya con nosotros ni con la gente de a pie ni con tus paisanos y vecinos.

—Pues te equivocas, Elías, es esto y esta vida lo que echo más que nada en falta, que no soy yo de andar haciendo reverencias a los nobles ni buscando sacar con ello privilegio o prebenda alguna.

—No te preocupes por tus cosas mientras lo arreglas. Nosotros velaremos por ellas como si fueran nuestras. Ya con tu abuela teníamos dos mozos contratados y con lo que dices, pues con ellos seguiremos y más contentos que unas pascuas, pues a decir verdad lo que temíamos era que tu mandado fuera el de que nos deshiciéramos de la reata de Yosune y que nos encargaras vender la casa —remarcó el Manda, y añadió—: Ahora hasta me parece que nuestra Yosune se nos ha muerto un poco menos. Atienza es tu solar, aunque en él no hayas nacido, y aquí serás siempre recibido como un hijo.

Si al Manda no se le humedecieron los ojos tras su parlamento, para mí uno de los más largos que había echado en vida, es que yo me había quedado ciego. Pero fue su emoción vista y no vista, se pasó la manga por la cara

como si se secara los labios aunque no hubiera bebido de la jarra y volvió a su habitual y adusta cara.

Para celebrarlo dimos cuenta de un par de jarras de vino, y eso si no fueron tres, pues el Elías no diría yo que no se fue un poco más que templado. Y yo mismo en parecida situación me quedé solo en la que ya era mi casa y a la que como tal quería volver ante todo y morar en ella y formar parte entre las gentes de Atienza. Me parecía lo correcto y lo que con su legado me había indicado mi abuela, y con el vino me parecía fácil de lograr mi objetivo y placentero lo que por delante podría allí vivir y cómo iba a ir desarrollando mis industrias y mi vida. Un día hasta me casaría allí, pensaba. Pero cuando se me bajó el vaho del vino de la cabeza ya me di cuenta de que no iba a ser la cosa tan fácil, y cuando cabalgaba de vuelta a Soria con la boca un tanto pastosa, cada vez más difícil se me hacía. Con un no del Rey Pequeño todos mi planes se vendrían abajo.

Llegado a la corte, mis prevenciones y temores no tardaron en confirmarse. Tras notificar mi llegada a los Lara, pedí ser recibido por el cabeza de familia. Como me había maliciado, don Nuño no solo entendió mis razones sino que de inmediato se convirtió en el mayor defensor de ellas.

—Pues claro, muchacho. Es hora de que puedas ocuparte de tus quehaceres y haciendas y máxime ahora que tu abuela ha muerto. Nuestra Atienza —y recalcó la posesión— necesita de hombres como tú, que ya estás hecho un hombre. No solo comprendemos tu petición, sino que en verdad debiéramos haber sido nosotros antes quienes la tendríamos que haber considerado en vez de retenerte tanto tiempo aquí. Bien es cierto que en la corte y en tan noble compañía mucho has aprendido y en mucho habrá de valerte. Pero no es menos cierto que tu sitio está más en tu villa, con tu gente y en tus labores, y que mucho tiempo has estado ya fuera de ellas. Seré yo quien, antes que nadie, ni tú mismo, plantearé al rey tu instancia y haré todo lo que en mi mano esté para que no la rechace, aunque ya sabes el aprecio que te tiene, que no es mayor que el nuestro, el de los Lara, donde siempre encontrarás el cobijo que hasta ahora has encontrado y donde por siempre serás bien recibido como leal deudo y vasallo.

Desde luego, por buenas palabras no iban a ahorcar nunca a don Nuño,

pero además en esta ocasión eran sentidas, aunque quizá por muy diferente razón a la que expresaba. No sé por qué me parecía que lo que en verdad le complacía era perderme de una vez de vista. Aunque yo fuera de su agrado, y creo que hasta me tenía aprecio, no dejaba de ser un extraño y hasta un estorbo. Así que fuera por lo que decía o por lo que sentía, bien sabía yo que don Nuño haría todo lo posible por convencer a don Alfonso. Y en mi fondo yo mismo comprendía sus razones. Yo no tenía ni el rango ni la estirpe necesaria para aquellas cercanías reales, y menos ahora cuando el Rey Pequeño comenzaba a todas luces a dejar de serlo y a pensar por sí mismo. Era muy necesario que quienes siempre le rodearan fueran quienes a los Lara interesaran, y mejor que nadie sus propios vástagos. Yo era, si no un problema, que tampoco, como una mota en el ojo, y si desaparecía, dispondrían un mejor campo del que ya tenían para imponer su favoritismo sin obstáculo alguno. Hasta puede que en la distancia me miraran con mayor favor y aprecio. Y no porque yo me opusiera a ninguno de sus designios, que ni quería ni podía, sino simplemente porque estaba allí, siempre en medio, como un jueves. Y era molesto.

Esas cábalas ya me las había hecho yo, pero tampoco me fallaron las otras con respecto al Rey Pequeño. Por la cara del Lara al día siguiente comprendí que no le había salido la jugada y que don Alfonso se resistía a mi partida.

—El rey te llama, Pedro. Se ha disgustado con tu petición y persiste en negarse a ello, por más que yo he intentado ablandarle. Quiere verte y que sea de tu voz de quien escuche la demanda. Procura ser suave. No olvides que es aún, por muy rey que sea, casi un niño y se siente muy dolido de que tú no quieras seguir a su lado, como si de una traición a su cariño y amistad se tratara. Debes convencerle que no hay tal sino al contrario.

Eso último era tal vez la verdad más cierta de lo que decía don Nuño, pues si algo me pesaba a mí era el dejar solo al Rey Pequeño, al que quería con todo mi corazón y era leal hasta el alma. Me tenía en lo más íntimo, desde que lo saqué de la mano como un arrierillo y por mucho que yo fuera un villano, como su protector, y en mis entrañas sentía que lo era más que muchos que de ello tanto alardeaban. Me daba una inmensa pena decirle que quería marchar, pero al mismo tiempo un algo interior me impelía

firmemente a hacerlo. No era aquel mi sitio, ni la corte mi lugar, ni aquellos señores nobles mi familia ni veía yo de echar mi vida en ello, aunque al servicio de mi rey sí la echara en cuanto él me lo pidiera.

Llegué donde estaba el Rey Pequeño con un nudo en la garganta. Pidió él quedar conmigo a solas y, aunque a regañadientes, los Lara y algunos otros acompañantes se marcharon. Salimos a un jardín que allí había y, sin más preámbulos, con voz casi quebrada el pequeño Alfonso me espetó:

—Me dijo don Nuño que quieres dejarme, Pedro. ¿Es que acaso te he tratado mal, es que acaso no te encuentras bien a mi lado?

A mí se me quebraba también la voz y estuve a punto de callar, pero al fin salió de mi garganta lo que había de decirle.

—No, mi señor. No, mi rey. Con vos he estado más que amparado, a vos os debo todo y nadie más generoso que vos conmigo ha sido. Si, tras oírme, deseáis que me quede no dudéis que eso haré, y lo haré de corazón. Porque nada es para mí más importante que servirlos. Y nada más penoso para mí que el añadiros zozobra alguna y apenaros. Haré pues vuestra voluntad, pero además no será por cumplirla como orden sino que, por la devoción que os tengo, atenderé a vuestro deseo y lo haré mío. Pero antes os ruego que me escuchéis.

Hablé a mi rey como se habla a un compañero, pues Alfonso crecía mucho en cuerpo y en inteligencia y en esto la tenía muy aguda. No lo traté como a un niño, sino como a alguien que podía comprender a alguien no muy disparejo en edad y que debía atender a sus obligaciones. No hice otra cosa que explicarle mi sentimiento y mi deseo de estar con los míos, de atender a mis gentes, y así consideraba servirle a él mucho mejor que permaneciendo aquí en la corte.

—Donde yo esté, mi señor, no habrá nadie que más vele por mi rey que yo. Eso debéis saberlo siempre. Mi lealtad está jurada y es para siempre y no tiene precio alguno, pues lo que sale del corazón no se paga ni se compra ni se vende con honores ni dinero. Debo retornar ya a Atienza, vos crecéis y a poco habréis ya de reinar y gobernar en vuestro reino. No dudéis tampoco que a vuestra llamada yo acudiré siempre, dondequiera que os encontréis y sin pararme en mientes de la situación en que me encuentre. Acudiré al galope. No lo pongáis en duda ni un instante, y para lo que queráis me

tendréis dispuesto. Pero ahora, don Alfonso, dejadme por un tiempo retornar a mi casa y con los míos, de los que hace ya más de cinco años que faltó y que han quedado solos tras la muerte de mi abuela.

Vino hacia mí el Rey Pequeño y me abrazó. Y aquel sí fue el abrazo de un niño, de un niño que de pronto dejaba de serlo porque yo era el último símbolo de su niñez, el último reducto de su infancia. Me abrazó el niño y luego, al separarse, mirándome a los ojos, me habló ya un rey.

—No he pensado en ti, mi buen Pedro, sino en mí y en mi capricho. Un rey no debe pedir perdón, pero un amigo sí puede hacerlo y yo lo hago por haber abusado de ti y de tu lealtad. Solo he pensado en mí y no lo he hecho en ti ni en los tuyos. Me duele el que marches, pero no solo lo admito sino que ahora te lo encarezco. Vuelve a Atienza y a aquellas tierras de Hita y Sigüenza donde me dices que moran los tuyos. Pero allí me seguirás sirviendo, Pedro.

—Os serviré hasta el último aliento, mi rey.

—Lo sé, Pedro. Bien lo has demostrado. Y ahora lo seguirás haciendo. No olvides donde estés ni mi amistad ni me aprecio por ti, pero además habrás de hacer otra cosa. Habrás de ser allí, entre el pueblo llano, entre los labriegos de los campos y las gentes de las villas, mis ojos y mis oídos. Al rey, a este Rey Pequeño —se sonrió con humor, que lo tenía fino y muy adelantado para sus cortos años—, aún le cuentan cuentos como si fuera un crío sin entendederas. Pero ya las voy teniendo. Tú, allá donde estés, y te encomiendo que recorras todas aquellas tierras, serás, te insisto, mis ojos y mis oídos. Y cuando lo estimes oportuno porque hubiera algo que te pareciera importante que deba saber, no dudes en venir a encontrarme donde esté. Y del mismo modo ya procuraré yo hallarte y llamarte a mi lado cuando lo crea conveniente.

La emoción que sentía no impidió que me quedara un tanto perplejo ante su madurez y perspicacia. El rey Alfonso empezaba a serlo y me encomendaba una misión que no dejé de entender en su valía, aunque no fuera a hacerse acompañado de trompetas y timbales ni de cien lanzas. El rey me otorgaba, más que nunca antes, su confianza, y yo comprendí todo lo que la confianza de un rey valía.

—No solo seré los ojos y los oídos de mi rey. Seré también quien siempre

en su favor hable y quien su nombre ante todos defienda.

—Eso lo daba ya por supuesto, Pedro. Y es importante que lo hagas entre villanos y labriegos. Estos han de ser mis mejores vasallos y a ellos has de decirles que yo seré su rey y protector por encima de todos. Esas son las grandes lealtades que un rey ha de tener, y que mi edad corta no me impide comprender que han de ser las primeras y las más importantes.

Nos despedimos no sin antes querer don Alfonso agasajarme con ropajes, un buen caballo y una nueva y completa armadura y armas de las mejores: una espada, una lanza y dos puñales, estos moros y de maravilloso damasquinado y hoja del más pulido filo. Cené luego aquella noche con él y los Lara, que estaban muy contentos por cómo había concluido todo, yo diría que aliviados. Tanto que don Nuño, que no tenía nada de generoso con los dineros, hasta me obsequió como despedida con una pequeña bolsa de monedas de plata. Estaba claro que deseaban verme partir cuanto antes. Y partí. Reconfortado el corazón por el cariño de mi rey y triste por dejar en cierta manera desamparado a quien aún seguía siendo un niño.

Pero ya no tan niño. La adversidad había curtido el carácter de don Alfonso y las dificultades aguzado sus entendederas, adelantando una madurez que parecía impropia de su edad. No era aún un hombre, ni yo mismo aún me sentía como tal, pero caminaba rápido en la senda de la vida para llegar a serlo cuanto antes.

Pero aún me reservaba una sorpresa. Aquella misma noche, antes de que yo partiera al alba siguiente, se las ingenió para acudir con discreción a mis aposentos y allí, de nuevo a solas y ocultos de miradas y oídos indiscretos, proseguimos la conversación anterior. El joven rey me traía un pergamino firmado por él y sellado con su sello. Una carta en la que se me reconocía como persona a él cercana y en su amistad y gracia, y que solicitaba a sus vasallos, fueran estos quienes fuesen, que me ofrecieran cobijo y amparo si así lo requería y me facilitarán en lo posible transporte y comida si lo necesitaba. Les encomendaba que me acogieran con hospitalidad, pues yo le era persona muy querida y cercana.

Convenimos ambos que tal documento no fuera exhibido sino en caso de necesidad extrema, que era mucho mejor que yo pasara en todo momento

desapercibido, dedicado a mis labores y mis faenas propias. Pero quería don Alfonso protegerme en lo posible ante algún traspies o algún abuso de sus nobles, obispos o concejos. Entendí que así habría de actuar y me juré en lo más íntimo no llegar nunca a hacer uso de aquel pergamino para no comprometer a su real persona, pero alborozado en mi interior por el cariño que aquello demostraba y donde latía la amistad profunda y verdadera que mi rey me dispensaba. Acrisoló en mi corazón y para siempre la lealtad más profunda y la confianza más ciega en sus hechos, que siempre habrían de tener un porqué de justicia y razón, aunque en principio pudieran parecer contrarios al buen juicio y la buena intención. No era todavía dueño don Alfonso de sus actos, pero no estaba lejano el día en que lo fuera. Y mientras, yo, en aquellos años que ahora por delante tenía, haría lo posible en las ciudades castellanas de la frontera, en aquellas tierras siempre en disputa entre Castros y Laras, entre moros y cristianos y entre castellanos y aragoneses, por tener los ojos bien abiertos, los oídos siempre aguzados y, a pesar de mi irrelevancia, el ánimo siempre dispuesto a defender su nombre y convencer a las gentes de que apoyaran, antes que a ninguna, su real causa. No dejaba de ser la mía la más minúscula alianza, la de un rey niño y un mozalbete villano, que un monarca pudiera formar. Ni tierras, ni tropas, ni fuerzas, ni dineros, ni caballos, ni influencia, ni títulos ni mesnadas. Reímos ambos al abrazarnos como despedida, creo que ambos conscientes de lo irrelevante de nuestra conjura, pero al menos yo, y creo que también él, con la sensación de un pacto de por vida, de un tan fuerte juramento al que me comprometía que tal vez y a la postre fuera más valioso que muchos otros, de alto rango, boato e importancia que a lo largo de su vida habría de establecer en el futuro. Serían muy solemnes, rodeados de todas las parafernalias, bendiciones episcopales y firmas de condes, pero quizás el nuestro al final tuviera más valor que todas las otras proclamas y sellos. Porque el nuestro, en la oscuridad de la noche y a escondidas, se sellaba en el corazón.

Mi padre el Frontero

Fita es un hermoso pecho de mujer cuyo cuerpo, llanos, lomas y curvas, reposa tendido sobre la tierra. Y el castillo es su pezón erecto y excitado. Me acercaba a mi villa natal, pues allí había venido al mundo, y al cruzar el Henares por el vado de Ayuso me dije que no había cerro más perfecto que aquel, un cono exacto coronado por su fortaleza, en todas las alcarrias altas y bajas. Aunque otros se le asemejaban, como uno que quedaba a mi diestra y que llaman el Colmillo de Alarilla por contraponerlo a otro monte que dicen la Muela, por parecer a eso el otro y el uno. E incluso atisbaba ahora otros que tenía delante a mi siniestra por el pueblo de Padilla. Pero como el cerro de Hita, no lo había tan redondo por abajo, tan torneado ni tan preciso en su cima.^[4]

Me embozaba bien en la capa porque seguía estando muy fría la tarde de finales de enero, aunque más frío había dejado atrás, al amanecer, en Atienza. Estaba el cielo limpio y se agradecía que el sol, ya bien subido, acariciara, aunque aún sin fuerza pero ya con tibieza, la tierra. Algunos recuerdos me quedaban a mí de la villa y ahora me venían a buscar desde mi más temprana niñez a la memoria, provocándome algún estremecimiento al reconocerlos cuando me iba acercando a los arrabales y comenzaba a reconocer lugares, pasos, siluetas y rincones.

Porque era la primera vez que yo volvía a poner pie en Hita desde que con apenas siete años saliera por aquel camino por el que ahora entraba, y ya

pasada la primera barbacana, que abrazaba el arrabal de Abajo, llegaba a la puerta de la muralla tras pasar al lado del palenque pegado a ella, donde se adiestraban los caballeros, se celebraban los torneos y se alanceaban los toros. Que de aquello sí me acordaba yo de haberlo visto, así como del quebrarse de las lanzas y del mugido de los marrajos al ser heridos.

Crucé la puerta orientada al sur, la principal y mejor defendida y murada de todo el recinto amurallado, que se podía salvar también por otras dos, una más a poniente y otra al naciente. Y llegué tras remontar un repecho bien empedrado a la plaza porticada, más amplia que la de Atienza pero no tan bien rodeada de edificios por tener sobre ella la cuesta empinada del monte. Bebí agua en los caños de la fuente y di de beber a mi caballo en el pilón. No más que un sorbo y poco más, que no estaba el día precisamente para sudores ni chapuzones, ni para el animal ni para mí. Ni para andar la gente por la plaza, aunque la poca que transitaba me miraba con curiosidad, porque no debía de haber mucho tránsito de forasteros. Me miraban al pasar pero tampoco en demasía, pues llevaba una montura no muy galana y mis vestimentas eran las de un recuero. A los guardianes de la entrada les había dicho con verdad que venía a visitar a mis hermanas, bien conocidas como vecinas, y, para cualquiera, no pasaba de ser un mozo que vendría a hacer algún mandado.

No me había parado en la venta que se abre justo al lado del camino que viene desde Jadraque y va hasta Guadalajara, y al que yo me había incorporado algo menos de una legua antes pues no había querido cogerlo franco desde Atienza, por no dar tres cuartos al pregonero, prefiriendo bajar hasta enlazarlo a campo traviesa. No había parado en lugar poblado alguno, ni ahora quise parar tampoco en el ventorro de la propia plaza, pero sí quise hacerlo en la iglesia de San Pedro tras remontar hasta ella y ascender por la cuesta del otro lado mismo de la plaza. Allí me habían cristianado y desde allí, como en un balcón, me detuve a contemplar los campos extendidos ante mí, llanadas y lomas, rojizos y pardos, según estuvieran ya alzados o en barbecho, y verdeando ya aquellos donde comenzaba a nacer la mies de esta sementera. La vista iba luego a dar al fondo y hacia el sur con los montes chatos de las alcarrias, escalonados y asomándose el uno detrás del otro. El río Badiel cruzaba aquel espacio y yo sabía que, siguiendo su camino,

delatado por los chopos y los carrizales cenizos, se iba a dar, en lo profundo de una arboleda que se alcanzaba a distinguir, con un monasterio muy famoso al que Yosune me había llevado. Y hasta me vino a la memoria de golpe el nombre. El de Sopedrán. Y era de monjes.

No me acordaba muy bien dónde estaba la casa de mi hermana pequeña, Estrella, a la cual me dirigía, pero la sabía parroquiana de la iglesia de San Pedro, una de las cuatro que había en el interior de la muralla, junto con las de Santa María, San Juan y San Pedro, a las que se sumaban las dos de los arrabales, San Román y San Julián. Dejé atada la caballería y entré en San Pedro a rezar un padrenuestro a Dios y un avemaría a la Virgen, con mi abuela Yosune en el recuerdo, y al salir me acerqué a unas viejucas que entraban en aquel momento y les pregunté por mi hermana Estrella. Me indicaron al instante que la conocían bien, pero me sonsacaron todo lo que pudieron pues no iban a dejarme ir tan campante sin enterarse ellas de quién era. Confesé mi ascendencia y aquello fueron ayes y suspiros a la memoria de mi abuela.

—¡Ay! La Yosune, ¿cómo no me voy a acordar de ella? Buenas amigas que éramos, aunque nosotras más jóvenes, ¿sabes? Tú te fuiste muy crío con ella. Ya nos dijeron tus hermanas que murió, la pobre. Tenía que ser ya muy mayor, ¿verdad? ¿Y te vuelves a Hita a vivir?

—Pues a lo mejor. Quién sabe...

—Aquí estarás bien con tus hermanas y siendo tan buen mozo no te faltará trabajo en el campo o con los Castro, como tu pobre padre, que no creas que no nos acordamos que lo mataron, y a unos cuantos más de Hita. Menuda catástrofe fue aquello.

Me zafé de su aprecio como pude, pues no quería yo dar más señas que mi nombre, pero ellas ya se encargaron de darme el suyo.

—Ve con Dios, Pedrillo, y dile a tu hermana la Estrella que hemos sido nosotras, la Eufemia y la Sinforosa, las que te hemos indicado su casa y que sentimos lo de la Yosune.

La casa de mi hermana Estrella se abría hacia las eras, en la falda, ya dando vistas hacia Padilla. Di rápido con ella y fue mi hermana quien salió a mi encuentro, con un mocosote pegado a sus faldas a quien le hizo saludarme con ceremonia.

—Anda, Herminio, saluda a tu tío y hazlo con compostura, que está acostumbrado a trato de gentes importantes.

El niño me dio un beso un poco azorado y dos mi hermana, que siempre me había tenido mucho cariño y habíamos estado muy apegados de niños. Ana, la mayor, era menos afectuosa en gestos, pero para nada se quedaba atrás en afecto, que bien lo había sentido yo cuando de crío había salido en mi defensa como una gata cuando otros niños pretendían abusar de su mayor edad y corpulencia. Me sentía confortado en regresar y reencontrarme con ellas, pero ya me di cuenta de que lo primero que tendría que hacer es que ellas no dieran demasiadas explicaciones de mi presencia ni de dónde había pasado yo mis últimos años. Cuanto menos supieran las gentes, menos hablarían. Nada malo iba a hacer yo ni tenía en mente hacerlo, pero había pasado mi vida con los Lara y con el Rey Pequeño, e Hita seguía siendo villa de los Castro. Y bien pudieran estos suponer, si se enteraban de mi presencia y sobre todo de quién era y de dónde venía, que podía traer otras intenciones y encomiendas.

Así que, después de desaparejar el caballo, darle paja y cebada en la buena cuadra de mi cuñado y poder sentarme a comer algo caliente que mi hermana se había apresurado a ponerme delante con una buena jarra de vino, lo primero que le dije fue que era mejor que de mi estancia en la corte y mi cercanía a los Lara no se supiera nada o lo menos posible, que ya se significaba uno con ser de Atienza, villa Lara por excelencia, para andar encima con el cuento de amistades reales. La explicación había de ser que yo había venido para ultimar el reparto de la herencia de Yosune, y que eso es lo que habría de decirles tanto a su marido como a nuestra hermana Ana, su consorte y su amoscado mozalbete. Que era del que menos me fiaba yo y el que más preocupado me tenía por lo que decir pudiera, sobre todo si comenzaba a inventarse y exagerar lo que no sabía.

Me acompañó al cuarto que me tenía preparado con todo esmero y pulcritud (Estrella había recibido aviso por un arriero de que yo llegaría por estos días), y allí dejé alforjas, capa y los no muchos achiperres que llevaba. Luego nos fuimos a la cocina, al lado de la lumbre, a esperar a que llegara mi cuñado, siempre bajo la atenta mirada del pequeño, que me miraba en silencio, como a una aparición. Crescencio, que así se llamaba mi cuñado,

regresó ya entre dos luces, acompañado de su hijo mayor y con una carga de leña que había tenido que ir a recoger bien lejos, allá por el monte Tejer, donde tenían algunos labriegos de Hita derecho de hacerlo. Les ayudé a descargar y apilarla bajo un techado, en el arrenal detrás de la casa, y ya con la acémila en su cuadra volvimos para la cocina y al lado del fuego, para que se quitaran frío y hambre, que de las dos cosas venían sobrados.

El chico y el padre compartieron un pote de col y nabos con algún tropezón de carne y luego un tazón de leche con pan mojado en ella. El hijo, Crescencio de nombre, como el padre, venía agitado por la mucha caza que habían visto. Además de liebres, perdices y conejos, se les había cruzado una piara de jabalíes, una hembra y sus rayones perdiendo el culo tras la madre en la huida.

—No sabes lo majos que eran, madre, y cómo gruñía la cochina llamándoles y avisándonos de que nos apartáramos. Cuánta caza hay en aquel monte, madre, y qué bueno podría ser si pudiéramos echarle mano. Con un jabalí grande tendríamos para todo un año.

—Olvídate tú de eso, muchacho. Ni se te ocurra mentarlo. La caza es de los Castro y menudo lo mal que llevan que alguien les entre a ella. Peor que nada. La reservan para ellos, sus halcones y sus ballesteros. Alguno que ha ido a catarla, lo que ha catado es el palo, y los reincidentes hasta la picota han catado —le regañó su padre.

Los chicos se marcharon a la cama. Y el matrimonio y yo nos quedamos aún un rato al amor de la lumbre. Mi cuñado era hombre prudente. Era un labriego de buena talla, ancho y fornido, de cara ya curtida, mejillas llenas y ojos de mirar noble aunque como un poco extrañados. Mi cuñado parecía andarse sorprendiendo siempre de todo un poco, aunque para mí que no se sorprendía de nada y procuraba no meterse en más cosas que en las que le incumbían.

Me reiteró su bienvenida y compartió un nuevo trago de vino conmigo.

—Ya sé que la Yosune ha dejado una viña al Pablo. Y me alegro, porque es bueno tener vino de casa. La mía, que es *na* y menos, una viñeja, vamos, me da para el gasto de todo el año.

Ni me preguntó el tiempo que pensaba quedarme ni el porqué de mi visita, dándola por cosa normal entre hermanos largo tiempo separados, y

concluyó toda su pesquisa, que fue ninguna, con un:

—¿Qué tal se marcha por Atienza?

—Pues ahí andamos. Ya en nada saldrán las reatas de recueros a sus viajes.

Con ello se dio por satisfecho y, tras haber salido un momento a la cuadra a echar un vistazo a las caballerías y orinar de paso, se despidió y se marchó a dormir.

—Mañana he de aparejar pronto, que toca alzar algún barbecho y hay camino hasta la besana. Tú, mujer, quédate si quieres un rato con tu hermano, que cosas tendréis que hablar después de tanto tiempo. Y lo dicho, Pedro, en tu casa estás.

Le di las gracias y las buenas noches y me quedé con Estrella un buen rato frente a las brasas, contándole un algo de lo que había sido mi vida desde que el Rey Pequeño me llevara con él y con los señores de Atienza, los Lara. La figura de nuestro padre, Pedro *el Frontero*, parecía andar sobre los dos, de la misma forma que me había sobrevolado a mí desde que había iniciado aquel amanecer mi camino hacia Hita y se había hecho presente en cada uno de los pasos que di por sus calles. Al retornar se me hacía presente su vacío y sentía su ausencia como algo dolorosamente físico en mi propio cuerpo. Toda Hita estaba llena de los recuerdos compartidos, de mi padre y yo allí, juntos. De él llegando o partiendo a los combates bajo las banderas de los Castro, como uno de sus mejores y más bravos jinetes.

En mi recuerdo, y dijeran lo que dijeren de mi propio abuelo, el gigante, era mi padre quien lo era, con aquellas espaldas suyas tan anchas y, cuando se despojaba de la loriga, el belmez y la camisa para lavarse el sudor, poderoso y peludo, no le faltaban algunos duros costurones de heridas pasadas. Mi padre descollaba en la mesnada, y en cuanto aparecía la tropa yo lo distinguía cabalgando en la fila que seguía de inmediato al Castro que la comandaba.

Porque Hita era villa y territorio de los Castro. Bien había visto su escudo de armas tanto en la puerta de entrada como en las torres del castillo. Bien lo distinguía yo desde siempre del de los Lara, que presidía Atienza, el de las dos calderas con asas negras sobre fondo de plata. Al entrar en Hita ya había visto el de los Castro, los seis roeles en azur, en dos filas de a tres. El uno y el

otro llevaban mucho tiempo señoreando Castilla, en continua pugna, y obligándonos a todos a entrar en ella, siempre en conflicto y hasta trabados en mortal combate, como aquel de Huete donde fueron vencidas las calderas y muerto el cabeza de linaje.

Mi familia había tenido desde siempre, y más desde nuestro establecimiento en Hita, mucho más que ver con los Castro. La partida de Yosune a la Atienza de los Lara había trastocado en parte aquello, aunque era bien cierto que era el lugar de nacimiento del abuelo Pedro. Pero, por nuestra relación con los Fáñez, nuestros vínculos estaban anudados con los Castro y en Hita seguían siendo ellos quienes mandaban. Su patriarca, Fernando García, ya se había señalado en Hita, donde había tenido casa hasta su muerte, hacía ahora ya más de treinta años. Su hijo Rodrigo se había casado con Elio, la hija de Álvar Fáñez y doña Mayor, la primogénita de los Ansúrez. Sin embargo, ahora era una segunda rama de la familia la que señoreaba Hita. Los descendientes de un segundo matrimonio de don Fernando con Estefanía Armengol, hija del señor de Urgell y de María Pérez, otra de las hijas del conde Ansúrez. O sea que mientras el hijo estaba casado con una nieta de Ansúrez, la hija de Fáñez, resultaba que el padre, don Fernando, lo estaba de segundas con otra.

Fueron los de esta rama los que heredaron y se aquerenciaron con Hita, sucediéndose con alcaides al frente de la villa. Lo fue Martín Fernández de Hita, su hijo mayor, al que yo recordaba de niño, y luego su hermano Fernando Fernández, que había muerto combatiendo a los moros por tierras toledanas. Ahora lo era uno de sus hijos. La rama principal se señalaba, desde entonces, como de Castro y la secundaria como de Hita. Con los unos y los otros, y hasta con alguna más alejada, como el último nieto de Álvar con el que fue a morir, había cabalgado mi padre.

Con quien comenzó sus correrías fue con don Rodrigo Fernández de Castro, el marido de doña Elio, que a poco de casar ya fue alférez real de Alfonso VII y luego jefe de la milicia toledana para a la postre ser el alcaide de aquella ciudad. En su mesnada anduvo siempre mi padre el Frontero, y con él y junto al rey participó en los sitios de Coria y de Oreja, tan penoso y tan crucial para arrebatarles a los moros lo que estos habían logrado retomar al buen Álvar Fáñez, su yerno. Murió joven don Rodrigo, y doña Elio casó de

nuevo y marchó de Hita hacia tierras gallegas, donde fue tercera esposa del conde Froilaz, y de ella nunca más supimos.

Pero mi padre siguió con la familia y en particular con el hijo mayor de don Rodrigo, don Fernando Rodríguez de Castro *el Castellano*, favorito del patriarca de la familia, don Gutierre, quien al morir sin descendencia depositó en él la cabeza del linaje. Pero, como a pesar de sus victorias en batalla contra los Lara y aunque había mantenido Toledo hasta hacía muy poco, don Fernando perdía posiciones en Castilla y por donde paraba era por León, y mi padre, que por donde se ganaba el pan con su lanza era por la frontera, se fue separando de él y acabó por entrar al servicio de otro nieto de Fáñez, Álvar *el Calvo*, con quien haría gran amistad y participaría en todas y hasta en su postrer correría.

Con los Castro había cabalgado mi padre y toda Hita me lo recordaba. Se había criado mi familia bajo el amparo de doña Elio y desde muy joven Pedro había estado con sus hijos, predestinado a vivir con las armas y por ellas. Con los jóvenes Castro se había adiestrado, a ellos había servido, con ellos había participado en las campañas de Alfonso VII, con ellos había logrado triunfos y sufrido heridas, con ellos había estado en los sitios de Oreja y de Coria, con ellos había tomado ciudades, forzado castillos y realizado incursiones hasta el mismo corazón de Al Ándalus, con ellos había estado en la toma de Almería y a la postre se había convertido en un frontero, en uno de aquellos guerreros que con sus ataques y sus algaras habían conseguido llevar de nuevo la guerra a los musulmanes más allá del Tajo y hasta del Guadiana, logrando que no fueran ya los moros quienes nos la trajeran hasta la puerta de nuestras propias casas como habían vuelto a hacer los almorávides africanos. Al final no fue a morir al lado de ninguno de estos Castro, pero sí fue a hacerlo al lado de un nieto de aquel con quien combatió y acabó por perecer su padre y mi abuelo: Álvar Fáñez.

El gran Álvar, como su suegro el conde Ansúrez, no había tenido hijos varones que le llegaran a la edad de poder empuñar las armas. Solo las hembras le sobrevivieron. Ellas fueron las que fundieron el linaje con los Castro, mientras una tercera le dio otro nieto, al que también pusieron su nombre, que hizo recordar al del fiero abuelo por la frontera castellana. Los musulmanes le pusieron el sobrenombre del Calvo por tener monda de pelo la

cabeza y por distinguirlo de cualquier otro, pues les había causado, al igual que su antecesor, muchos quebrantos. Era a quien temían por la frontera y por la vega granadina, lugar de frecuente destino de sus ataques. Y a él se unió mi padre y con él sucumbió allí en su postrer batalla. Sabía dónde estaba enterrado mi abuelo, el Pardo, pero no dónde mi padre. A Castilla solo llegó la noticia de su muerte, el exterminio de buena parte de su partida, traída por alguno de los pocos supervivientes que lograron huir de aquella masacre. Así solía acabar la vida de los fronteros y de los pardos, y eso lo sabían bien y yo mismo también lo sabía. Y me sentía orgulloso de su oficio de guerreros y conocía al dedillo muchas de las peripecias de mi padre que ahora en Hita revivía. Era el tiempo de recuperar aquella raíz y sacar de mi familia mi savia y mi fuerza. Necesitaba ese reencuentro con ellos, pero antes que con ninguno, con la memoria de mi padre.

No me costaba nada revivir mis recuerdos como si solo hubieran estado adormilados y todos salían a mi encuentro en cuanto cruzaba una plaza, me detenía en una esquina, miraba hacia el castillo o bajaba hasta el palenque. Mi padre partiendo, sacando por el zaguán a su caballo de guerra y su peón a la acémila cargada con las armas y la impedimenta. Mi padre regresando y cruzando la puerta de entrada de la muralla, apenas un poco detrás de los Castro que venían al frente y yo recibéndolo pegado a las faldas de Yosune. La alegría y las tristezas de aquellos días de los retornos de las tropas. Porque en unas casas había alborozo y en otras llantos. En una se disfrutaba de los dineros y el botín del reparto y en otras se guardaba el luto. En la nuestra fue siempre lo primero, hasta aquella aciaga que fue la última, cuando ni siquiera regresó la mesnada sino solo la mala nueva de la muerte de casi todos.

Tenía aquellas imágenes de mi padre yéndose o tornando grabadas a fuego en mi memoria. Una de las más recurrentes era aquella última de su último regreso. Aquel día lo vi llegar por el camino que venía de Guadalajara, desde el mirador de al lado de San Pedro, y en medio de una cellisca de viento y nieve. Venía la tropa arrebujada en sus grandes capotes pardos, cabezas de los hombres y crines de los caballos arremolinadas con los copos, los montados con un bamboleo cansado, los peones caminando con fatiga, las señas empapadas, sin gritos ni canciones, y la entrada a la plaza con el solo sonido de los cascos herrados de los corceles en el empedrado. Iba a ser

aquella la última vez que lo veía regresar, y al cabo de unos pocos meses sería la última en que lo vería partir para no retornar nunca. Y quienes luego saldríamos por aquella puerta seríamos mi abuela Yosune y yo, rumbo a la Atienza de los Lara.

Al día siguiente de mi llegada a Hita comimos mi hermana y yo en casa de la otra, de Ana, y de su marido y mi sobrino, que casi me igualaba en edad y que siguió tan retraído ante mí como lo había estado el día del entierro de la abuela. Pero esta vez todavía más encampanado y sombrío. Estaba muy claro que desde luego yo no le agradaba.

Pero no era el caso de mi hermana Ana ni tampoco de su marido, labrador como Crescencio, aunque este bastante más inquisitivo y que quiso preguntar por el tiempo de mi estancia y sus motivos. Era más vivaz este Gerardo, padre e hijo también compartían nombre, igual que Crescencio, aunque en los hijos parecían intercambiarse los papeles. El de Gerardo era sin duda un mohíno mientras que el de Crescencio era un rayo, el chaval.

—Pues puede ser una semana o tal vez dos, por ver a las hermanas y poner en claro la herencia, aunque nada hay casi que poner, porque yo aquí nada tengo. Sí he traído algunas cosas de la abuela que más os servirán a vosotros que a mí en Atienza. Cuatro cosejas, la verdad, y casi como excusa para pasar aquí una temporada en Hita, que algo la echaba de menos. Luego quiero irme hasta Sigüenza para ver a los tíos. Es hora, después de todos estos años, de conocer al menos un poco a la familia y ahora tengo tiempo y algún posible para hacerlo —respondí a sus preguntas.

—Pues si tienes pensado quedarte dos semanas, mejor quédate ya tres y disfruta de los carnavales. Las carnestolendas aquí en Hita son muy nombradas y es por algo. Hay mucha fiesta y jolgorio. Casa no te falta y ya cuando vaya a mejor el tiempo y entre la Cuaresma, te pones en camino hacia Sigüenza, que aquello es todavía más frío que esto.

Para mí, pensé que no habría en Sigüenza mucha diferencia con Hita y aún menos con Atienza en lo que a frío y sabañones se refería, pero no estaba yo por meterme en una de aquellas apuestas de pasmos del paisanaje que vienen a porfiar sobre en qué pueblo hace lo que hace más porque yo, con padecerlo cada invierno, ya tenía bastante y de sobra. Y ya me pensaría lo de los carnavales, pero por el momento mi cuñado quedó satisfecho y no siguió

con preguntas. El que yo hubiera estado ese tiempo de lejanía familiar de que hablaba con el rey y con los Lara era mejor dejarlo estar sin comentario, como si casi ni hubiera pasado. Pero para mí me maliciaba que la mirada mostrenca y hasta hostil de su hijo tenía quizás algo que ver con aquello y que rumiaba y le daba vueltas a mi presencia sin ver luz en su mollera, pero buscando con tozudez razones maliciosas, tanto como su intención y carácter, en la mía.

En cualquier caso, lo mejor sería tener lo más lejos posible a aquel zagalote. Con mi hermana Ana sí que quería yo echar algunas buenas parrafadas, pues era ella la que había estado más apegada al padre, por ser la mayor y en no poca medida porque decían que eran parejos de carácter y, aunque en lo substancial mi padre no hacía distinciones, se decía que era su favorita. Era quien más le había llorado, aunque a los tres y a Yosune se nos agotaron las lágrimas al conocer la desventura y saber, además, que nunca podríamos darle tierra ni sepultura cristiana.

Las conversaciones con mi hermana mayor fueron a partir de aquel día largas y cargadas de melancolía. Me solía llegar hasta su casa después de comer, o incluso antes, y echábamos la tarde en los recuerdos que yo compartía o por niño necesitaba que ella me contara y que quería ir recuperando. Ella tenía más tiempo que la pequeña, pues tenía ya los chicos criados y contaba con la ayuda de otra sobrina mía, que se llamaba como su tía, Estrella. Por lo visto, ese nombre y el de Itziar, favoritos en mi familia, eran el mismo, aunque dicho uno en la lengua de los vascos de la abuela Yosune. A la niña, una jovencilla de mejillas coloradas, sonrosadota y risueña, le hacía yo mucha impresión y se me quedaba mirando fijamente con sus ojos redondos y muy abiertos. Pero en lo que su hermano era prevención, era en ella afecto y un no sé qué de admiración de la chiquilla hacia mí. A saber qué cosas le habrían contado. A mí me agradaba mucho la pequeña, que a poco se fue soltando y acabó por preguntarme por cómo era aquello de la corte y cómo era un rey, aunque fuera un niño, y si iba a poderlo ver ella alguna vez. Y yo le dije que sí, que yo mismo la llevaría ante él si venía por Hita, pero que habría de callar sobre todo aquello y no contárselo a amiga alguna. Y ella me dio su palabra de honor y juró guardar el secreto. Y creo que lo guardó siempre la pequeña.

Mi padre había sido un guerrero toda su vida y antes de llegar siquiera a los dieciocho años había matado a su primer enemigo. No sé cuándo libró su primer combate, pero lo extraño es que hubiera sobrevivido a tantos y hubiera llegado a la edad que alcanzó en tan peligrosa vida como la que llevaba. Sirvió a muchos señores y siempre al emperador Alfonso, pero ante todo fue frontero.

Los fronteros no solo eran unas tropas que combatían en la Transierra, sino una nueva forma de dónde, cómo y cuándo hacer la guerra. Su existencia y cometido habían sido producto de la intención y la inteligente apuesta del abuelo del Rey Pequeño. Potentes cuerpos de tropas bien aguerridas y establecidas por toda la frontera, que en cuanto empezó a decrecer el empuje de los almorávides y a sucumbir estos en batallas, como las que les infligió su padrastró el Batallador en Cutanda o su primo el rey portugués Alfonso Enríquez en Ourique, comenzaron a tomar la iniciativa y a atacar sus tierras. La mejor defensa de las fronteras y para que los moros no prosiguieran con sus sangrientas embestidas primaverales era llevarles nosotros la guerra a ellos, adelantar nuestras tropas e irles retomando el terreno que habíamos perdido. Y a ello se puso, en cuanto se vio libre de trabas de madre y de padrastró, el rey Alfonso VII de León y Castilla.

Supo ver el monarca el declive almorávide y percibió que las antiguas taifas estaban deseosas de sacudirse su rigurosa bota. A los musulmanes hispanos les era duro vivir bajo el rigor de los africanos, para los cristianos mozárabes suponía la muerte o el destierro y no era mucho mejor para los judíos. Era penoso para todos, hasta para sus correligionarios, acostumbrados a una severidad menor en los preceptos y a una mayor permisividad de costumbres y de vida. La bota almorávide pesaba a todos y en los reinos de uno y otro lado de la frontera comenzó pronto a discernirse entre los moabitas y los agarenos, y muchos de estos últimos, los hispano musulmanes, a conspirar contra sus inflexibles señores y a pactar con los cristianos, como en los viejos tiempos del esplendor de los reinos de taifas habían hecho.

El primero fue Zafadola. Mi padre hablaba de él con entusiasmo y era favorito en los relatos de sus andanzas guerreras. Compartía protagonismo en mi imaginario con otro caudillo musulmán que era un mito entre los cristianos, el Rey Lobo. A ambos los había llegado a conocer mi padre,

aunque con el primero había tenido un roce más cercano, llegando a combatir a su lado, y siempre hacía mención tanto a su arrojo en la batalla como a su prestancia y gran señorío. A Ibn Mardanis, el Rey Lobo de Murcia y todo el Levante, aunque había formado parte de expediciones en las que participaron sus tropas, siempre le había visto de lejos pero le enaltecía siempre su gallardía y la ayuda que prestaba a los castellanos.

—Dicen que, aun siendo moro, tiene antepasados cristianos. Y la sangre tira. Es un gran amigo de nuestro rey, el emperador Alfonso. Y mira, el mejor amigo de tu abuelo el Pardo fue también un musulmán, Muzafa, el dawair. Con él murió en Zorita y juntos los enterraron a los dos y en suelo cristiano, aunque el cura no quería porque el moro llevaba al cuello un amuleto de su religión. Pero Yosune se puso brava y se salió con la suya.

Mi padre no era hombre muy dado a pregonar sus hazañas y tampoco a juntarse con sus compañeros de correrías cuando estaba en Hita. Si no estaba ejercitándose con las armas, algo que no descuidaba nunca, y aún menos a sus caballos, pasaba el tiempo en casa disfrutando de los que más echaba en falta, que era a sus hijos y la abuela Yosune, que nos criaba amén de revistando cómo andaban sus tierras y ganados, dónde se invertían las ganancias de sus cabalgadas y lo que le tocaba del reparto del botín conseguido. Lloró a mi madre, muerta en mi parto, y no volvió a tomar mujer. La abuela se bastaba para cuidarnos y fue quien me buscó un ama de cría para que me amamantara, y cuando ya comí bocado desde luego que no me faltó nada. Así que crecí robusto, decían, aunque algo parado y solitario quizá por aquello de ser huérfano y de que, amén de mi madre muerta, mi padre estuviera tanto tiempo ausente, pues eran muchos los meses que pasábamos sin verle.

Cuando fui cogiendo unos años fue cuando mi padre vino a aficionarse a contarme a mí, y de paso a todos, al lado de la lumbre, aquellas batallas y andanzas suyas, al lado de los Castro, del rey Alfonso y de aquellos guerreros moros que montaban caballos veloces como el viento y no dejaban de vestir de seda y pedrería ni para entrar en batalla. De aquellos relatos sobresalían siempre algunos, sobre los cuales volvía, y eran aquella toma de Oreja donde tanto empeño habían puesto y tanta sangre se había vertido hasta reconquistarla, pues se la habían quitado los moros a Fáñez, y la gran victoria

y entrada en Almería. Pero por encima de todo, lo que gustaba era de hablarnos de sus compañeros de armas y de los capitanes con los que había cabalgado, como Martín Ordóñez, señor de Anguix, y Álvar *el Calvo*, el nieto de Fáñez. Pero al que más admiraba era a Munio Alfonso, alcaide de Mora, señor de Peñas Negras, jefe de los fronteros toledanos, descabezador de reyes moros y a la postre descabezado.

Lo cierto y verdad en todo ello era que mi padre el Frontero pasaba más tiempo por tierras de Toledo que por las de Hita y Guadalajara. De Toledo nos hablaba con entusiasmo. Se hacía cruces de sus gentes, pues allí vivían cristianos, pero también multitud de judíos y no pocos musulmanes, pero como guerrero enaltecía su impenetrable fortaleza, sus murallas y por encima de todo su foso, que no era otro que el propio río, nada menos que el propio Tajo.

—Bien defendida, no hay ejército que pueda tomar Toledo. El rey Alfonso el Bravo, para conquistarla, hubo de rendirla por hambre acogotándola durante muchos años. El Tajo la rodea casi al completo, entra por bajo el castillo de San Servando y le da la vuelta a la montaña sobre la que se levanta, encajonado por un escarpado barranco, un desfiladero infranqueable por hombre y por caballo. Solo puede atacarse por tanto por donde no la protege el río y, como es lógico, ahí es donde están las más potentes torres y murallas. Con el Alcázar sobre ellas, dominándolo todo.

Toledo iba convirtiéndose rápidamente en una ciudad señera de los dos reinos entonces unidos, poniéndose incluso por encima de León pues así lo quería el monarca, que la consideraba, más que a ninguna, la urbe regia, por las necesidades de la guerra y la diplomacia. Toledo había soportado todos los embates de los almorávides para recuperarla, sobre todo tras la caída en sus manos de la fortaleza de Oreja, cuya guarnición atacaba de continuo tanto a la ciudad como a todas las villas de su entorno. Varios de sus alcaides habían perecido, el último Gutierre Almírez, que fue emboscado por el gobernador moro de Calatrava, desde donde partían multitud de razias. Vino un Lara de teniente después de aquella muerte y aguantó la plaza, pero no así lo hizo la vecina de Aceca, a la que atacó el mismísimo Tasufin desde la medianoche hasta la puesta del sol, cuando culminaron el asalto, mataron a espada a cerca de trescientos defensores, la destruyeron hasta los cimientos y

se llevaron cautivo a su caudillo.

Los moros tenían buenos y curtidos caudillos en la frontera. En Calatrava, Faray, un agareno hispano, y en Oreja, Alí, un moabita almorávide. Ellos fueron los que derrotaron y mataron a los alcaides de Escalona, Domingo y Diego Álvarez, y ante ellos sucumbió alguien muy querido para mi padre y a cuyo lado había combatido, el alcaide de Hita, Fernando Fernández, con quien había acudido a socorrer la frontera. Estos dos moros fueron también quienes emboscaron, tras haber concitado a un gran número de caballeros de toda la frontera y de los castillos hasta el Guadalquivir, al alcaide de Toledo, Gutierre Armíldez, cuando estaba en Alamín. Le hicieron caer en una trampa, en lo que tan duchos son los moabitas. Un pequeño grupo apareció a su vista y parecieron intentar un robo de ganado, procurando capturar unos bueyes. Don Gutierre salió contra ellos con cuarenta caballeros y fingieron huir. Al perseguirlos cayó en la celada y allí fue muerto. Los que con él estaban perecieron casi todos, menos unos pocos que fueron capturados y llevados a Córdoba. Entre ellos estaba aquel don Munio, a quien el rey había dado la custodia del castillo de Mora. Contaba que le habían atormentado con hambre y sed y que hubo de pagar cuantioso rescate de oro, mucha plata, mulos, caballos, asnos y buenas armas. Pero liberar a don Munio fue uno de los peores negocios que hizo el gobernador de Córdoba, pues en cuanto retornó a su castillo prosiguió su implacable tarea de atacar a cuanto musulmán se pusiera a su alcance, o ir a buscarlo doquiera que se encontrara. No era, sin embargo, tarea fácil y los destacamentos almorávides sí muy poderosos.

No iban nada bien las cosas en la frontera en la juventud del rey Alfonso VII. Pero cuando tuvo el reino tan bien sujeto en sus manos, que fue hasta coronado emperador en León y fueron muchos los reinos cristianos y hasta algún musulmán a rendirle vasallaje, las tornas cambiaron. El rey entendió que su momento había llegado. Ya en la primavera de 1138 se produjo el primer gran ataque contra territorio musulmán y en una de las incursiones, en mayo, los fronteros penetraron tan profundamente en Al Ándalus que llegaron hasta la margen derecha del Guadalquivir, tras haber cruzado primero el Guadiana, arrasando todo cuanto encontraban a su paso y cebándose en especial con las comarcas de Jaén, Úbeda, Baeza y Andújar. Las expediciones continuaron hasta el verano, tanto con el objetivo de

preparar el terreno para futuros avances y definitiva toma del terreno como para acabar con los escuadrones musulmanes que infestaban la zona de la frontera e impedían su repoblación efectiva. Fue una razia a sangre y fuego y de ella contaba mi padre.

—Prendíamos fuego a todas las villas que encontrábamos, destruíamos sus mezquitas y entregamos al fuego los libros de la ley de Mahoma. Matamos a golpe de espada a todos los doctores de su ley que encontramos y cortamos toda viña, olivo, higuera o árbol que hallamos. Todo lugar que hollaron nuestros pies quedó devastado. Ello quería el emperador, nos ordenó don Rodrigo de Castro y cumplimos con gusto nosotros.

El botín fue grande pero algunos pagaron su avaricia, pues un numeroso grupo se demoró en el pillaje y no recruzó a tiempo el río, quedando allí atrapado y siendo aniquilado por las tropas almorávides que habían acudido con un numeroso ejército. Mi padre decía que aquel día había aprendido que ni la saña ni la avaricia son consejeras que convengan.

Eran estos viejos relatos de mi padre los que me resonaban en la cabeza en mis paseos por Hita, pero también me venía a la memoria lo aprendido al lado del Rey Pequeño, que idolatraba a su abuelo, al que tenía como espejo y a quien pensaba emular en cuanto tuviera edad y fuerzas para ello. Fue él quien me había contado cómo el Emperador había hecho todo lo que en su mano estaba para volver a llevar las fronteras donde las había llevado a su vez el abuelo de este, el gran Alfonso VI, el conquistador de Toledo. Pero el gran recuerdo y orgullo de mi padre, y además la última de las grandes batallas en las que participó y de las que pudo narrarme, pues de la última por Granada ya no regresó, era la conquista de Almería, en la que participó, pues todos los Castro fueron a ella, incluido don Gutierre, el ayo del infante Sancho, y no faltó don Martín, el alcaide de Hita, con quien cabalgaba mi progenitor. Fue allí donde el Frontero conoció al caballero con el que uniría su suerte, su vida y su muerte, *Álvar el Calvo*, otro nieto de *Álvar Fáñez*. Se llamaba igual que otro de los descendientes de la rama principal, *Álvaro Rodríguez de Castro*, pero en el caso del capitán con quien mi padre libró sus últimos combates lo de Castro fue sustituido por lo de Calvo, como también lo motejaban los musulmanes, pero no como burla pues más que otra cosa le temían a él y a su muy avezada tropa. Y lo temieron hasta que años más tarde

consiguieron darle muerte por las vegas de Granada.

Mi padre contaba la conquista de Almería desde su muy particular punto de vista, de cómo las naves genovesas y catalanas —Alfonso apenas si contaba con unos cuantos buques construidos en Galicia— cercaron por mar y bloquearon el puerto, y vivaquearon en las playas, y cómo las tropas castellano leonesas de Alfonso, con los condes Ponce de Cabrera y Manrique Pérez de Lara a la cabeza, las navarras de García Ramírez y hasta algunas de caballeros francos, y las del conde de Urgell completaban el asedio por tierra. De aquella conquista, en realidad, sabía sin haber estado presente yo más que mi propio padre, pues en la corte del Rey Pequeño era muy frecuente el recordarla por la destacada participación que don Manrique había tenido en ella, y hasta el propio trovador Marcabré compuso trovas y cantares para animar a los caballeros francos a participar en ella. Vinieron pocos. No era cuestión de cánticos sino de intereses y pactos la empresa. A los genoveses y al conde Ramón Berenguer IV, hermano de doña Berenguela nuestra reina, que tenía también bajo su mando, tras las muertes de los reyes aragoneses sin descendencia, a aquella corona, les interesaba ante todo el que los piratas y corsarios musulmanes dejaran de efectuar sus correrías partiendo de aquel puerto por todas sus costas y, de paso, los aragoneses y catalanes querían poder ganar territorios en el Levante consiguiendo apoderarse de Lérida, Tortosa y Denia, que aún se les resistía, y acercarse a Valencia, que un día había efímeramente conquistado el gran guerrero de Vivar, el Cid, una de cuyas hijas había casado con Ramón Berenguer III pero no le había dado herederos varones. Para los castellanos era una empresa en extremo arriesgada, pues Almería se encontraba muy lejos de sus últimas bases en la frontera. Pero era tal el desmoronamiento del poder almorávide, la proliferación de rebeliones entre los musulmanes autóctonos, la aparición de nuevas taifas —en Levante se conformaba la más poderosa, la del Rey Lobo, un aliado de Alfonso—, y hasta la prestación de vasallaje del más contumaz y aguerrido caudillo almorávide, Abengania, que tan solo pretendía con la protección de Alfonso poder defender Córdoba y Sevilla del avance de Barraz *el Almohade*, que la empresa parecía posible. Ya vendría luego el momento de ir uniendo territorios y dotarlos de fortalezas partiendo de Calatrava, una pieza en verdad clave en aquel tablero y que al fin se había

tomado. El Emperador contemplaba la empresa como el momento cumbre de su imperio, poniendo su estandarte en una ciudad y un puerto en el Mediterráneo frente a las propias costas del enemigo africano. Para ello hubo que trabar muchos pactos y no fue ninguno fácil. Los genoveses exigieron que de cada ciudad o tierra conquistada dos partes fueran para Alfonso y un tercio para ellos, que a su vez habían llegado a acuerdos con los catalanes. Durante el asedio estos pactos y ciertos vericuetos afloraron y estuvieron a punto de dar al traste con la empresa. Genoveses y catalanes acusaron a Alfonso de querer pactar con los moros por muchos dineros y levantar el cerco dejándoles a ellos solos en las playas. Pero lo cierto es que no había tal, o no se consumó tal propósito, y finalmente los almerienses se rindieron con tal de preservar sus vidas. Luego todos se achacaron la casi total primacía en la conquistada quedando, como se pactó, la custodia compartida entre genoveses, en la cabeza de Otón de Bonvillano, y leoneses, con Ponce de Cabrera. Para don Manrique quedaron Úbeda, Baeza, Andújar y Baños, que junto con otras plazas también habían sido tomadas.

La conquista de Almería se enaltecía por todos los reinos y se escribieron largos poemas, aunque Marcabré ya no escribió ninguno, pues parece que después cayó en cierta desgracia o él mismo se puso en ella por considerar que Alfonso no le pagaba lo que él consideraba merecía por su ingenio y se volvió contra el Emperador con chanzas y vituperios. Desapareció de León y no se supo ya mucho de él. Y tampoco tuvo entre las gentes llanas mucho arraigo el poema que sobre la toma de Almería compuso un obispo, entre otras cosas porque estaba en latín y no alcanzaban a entenderlo, aunque sí gustaba de él don Martín Fernández de Hita, pues se le nombraba como «hombre de blanco rostro, de cuerpo y miembros desarrollados, hermoso, fuerte y honrado». Cuando quería solazarse, el alcaide de Hita se lo hacía recitar, al menos esa parte y aquella otra en que se glosaba a los descendientes de Álvar Fáñez, entre los que se consideraba y razón tenía en hacerlo. Gustaba también de discutir los mayores o menores méritos de su ancestro o de su primo, el Cid, que como hermano trataba al primero, «minanai» no quería sino decir esto en vascuence y de ahí había derivado lo de Minaya, en que se metía el poema. Lo zanjaba diciendo que, grandes ambos en la guerra y en el afecto que siempre y hasta su muerte se tuvieron, no

dejaron en absoluto tal discusión cerrada, pues Rodrigo consideraba que era Álvaro, sin duda, y este no permitía que en su presencia se dudara que primero era Vivar.

Pero no era el *Poema de Almería* demasiado, por no decir nada, del gusto de Castilla, pues en algunos versos no dejaba a sus castellanos en buen lugar, ensalzando mucho más a los leoneses. Por ello, y cada vez más, se loaba por doquier y se recitaba con emoción, el *Cantar de Mio Cid*, que estaba escrito en romance y se escuchaba de continuo en plazas y mesones, y no digamos en estas tierras alcarreñas y serranas, pues en su primera parte las andanzas del Cid y aún más de su Minaya transcurrían por ellas, entonces todavía en manos mahometanas. Pero había otra razón a flor de piel y sentimiento castellano que cada vez lo hacía más popular. Los castellanos y leoneses cada vez se encontraban más enfrentados, los reinos divididos y el Rey Pequeño acosado por su tío Fernando, así que el juglar tenía el aplauso ganado cuando retrataba a los leoneses como nobles engreídos, holgazanes cortesanos, cobardones y encima afrentadores viles de las indefensas hijas del Cid, aquellos infames infantes de Carrión, mientras que eran los nuestros más humildes de linaje pero nobles de corazón y, como siempre, antes y ahora combatían y caían en la frontera contra los sarracenos.

Fue lo de Almería casi la postrer gloria del Emperador. El enemigo almohade a poco comenzó a ganar espacio y fuerzas y el rey Alfonso a sentir que las iba perdiendo. Quienes en Al Ándalus le habían rendido vasallaje tornaban este de inmediato a los nuevos agarenos que, como plagas de langostas incontables e inextinguibles, hacían brotar ejércitos de las arenas. El almorávide Abengania dio pronto prueba de ello, pues rompió su fidelidad con el Emperador para otorgársela, a pesar de su enemistad de tribu pero consciente de que la suerte de los suyos estaba echada, al nuevo emir almohade y le entregó Córdoba. El general Barraza no tardó tampoco en apoderarse de Sevilla, donde se instaló haciendo de ella la capital de su gobierno sobre todo Al Ándalus.

Alfonso se apresuró a hacer pactos con cuantos señores de taifas pudo, pero tan solo estuvo firme en ellos el Rey Lobo, con quien se había encontrado en Zorita,^[5] como muy bien recordaba mi padre, que fue de la escolta real en aquella primera ocasión. Ya coincidió en ella con un caballero

del que me tenía mucho hablado también, Martín Ordóñez, con quien acabó por trabar una gran amistad. Fue unos años después cuando, a la vuelta de una expedición del Emperador con fronteros y mesnadas de los Castro hasta Lorca para ayudar al Rey Lobo y luego reanudar pactos y acuerdos, entre los que estuvo el dejar la caballería cristiana a su servicio, el rey dio a don Martín la Peña de Anguix, en el lado norte del Tajo, sobre sus juntas sobre el Guadiela, no lejos de Zorita, para que construyera en ella un castillo y la poblara.

Pero los almohades iban poniendo bajo su mando a todo Al Ándalus y no había quién les resistiera, excepto Ibn Mardanis con sus tropas levantinas y castellanas. Pusieron sus ojos en Almería, que sentían como una espina infectada en la planta de su pie. La cercaron como había hecho el Emperador diez años atrás. Los genoveses y su flota ya no estaban en ella ni tenían interés en defenderla. Intentó el rey Alfonso socorrerla, pero ya fue tarde. Solo pudo poner a salvo a la guarnición de la plaza y en triste comitiva regresar a Castilla, aunque de aquella jornada no quería mi padre contarme apenas, y menos aún de que pronto en aquel triste retorno al Emperador le abandonaron ya del todo las fuerzas y la vida y murió de su muerte en Fresneda, en medio del calor de agosto. Con él murió su imperio y se dividieron sus reinos. Sancho y Fernando, Castilla y León, y, tras la muerte, a poco, del primero, las desavenencias por la custodia del Rey Pequeño, que por fortuna poco a poco nos iba creciendo, y las luchas continuas entre Laras y Castros, de las que tan ahítos estábamos todos.

Los carnavales de Hita

No tuvieron que esforzarse mis hermanas para convencerme de que me quedara a los carnavales de Hita, muy afamados y donde se daban cita gentes de toda la comarca y hasta un buen número de caballeros que venían a justar al palenque. Dos fiestas había en una, la una la de los nobles, los Castro y sus deudos más cercanos, y otra la del pueblo llano, pero a la postre acababan ambas por rozarse y en más que roce para terminar no pocas veces en revoltijo.

Recordaba la fiesta de cuando niño, aunque solo de día pues no eran fechas, aquellas menos que ninguna, para que las madres y menos mi abuela dejaran que los chiquillos anduvieran fuera de casa por la noche, que era cuando la fiesta se encendía con la oscuridad y subía el jolgorio y el griterío. Pero sí tenía memoria de las botargas, los diablos y los cencerros sonando.

Yo quería quedarme y mis hermanas estaban encantadas de que lo hiciera, y aún más mis sobrinas y sobrinos. Bueno, no todos, el mohíno estaba deseando que traspusiera y me perdiera de vista. Era algo que no podía evitar que se le reflejara en la cara en cuanto me veía aparecer. Se amusgaba como una lechuza y me miraba con la fijeza de un mochuelo, sin decir ni mu, pero transmitiendo un reproche y hostilidad ostensible, que yo no alcanzaba adivinar de dónde le vendría al mozo. Pero no era cuestión de ir a preguntárselo al autillo. Ya me enteraría yo o le reventaría a él un día la compuerta. Había aprendido a ser prudente e incluso astuto en la corte y a no

entrar directo sobre quienes gustan de andar esquinados. Tampoco iba a consentir que su rechazo me supusiera motivo para no hacer lo que deseaba y, sin que hubieran de porfiarme apenas, solo lo preciso para que me hiciera de rogar un poco y no parecer que me aposentaba de hoz y coz a cama hecha y mesa, acepté gustoso el convite. Pues eran un buen convite los carnavales de Hita.

Caían aquel año ya a últimos días de febrero, justo para que con marzo asomara la Cuaresma con sus cuarenta días hasta la Semana Santa, y la primavera parecía venir un tanto adelantada con respecto a otros años. Los almendros y ciruelos habían echado flor, al menos los que estaban más al resguardo del norte, y le parecía a mi cuñado que se habían despertado demasiado pronto y se barruntaba, los labradores siempre barruntan para mal, que alguna helada cambiaría aquellos blancos floridos por los negros socarrados de las endebles frutillas.

—Es peor el hielo cuando acaban de cuajar que con la flor. Entonces no se salva ni una.

Pero no se confirmó su mal augurio, de momento, sobre los frutales, y por ello y porque yo me quedaba había alegría en casa de mi hermana Estrella, algo más espaciosa y donde se había decidido comenzar las celebraciones y hacerlo juntos, pues los de Ana se juntarían con nosotros y así los disfrutaríamos en compañía. A mis hermanas aquello les llenaba de contento y a mí, no voy a negarlo, de un profundo gozo, aunque yo no lo expresara con tanta cabriola como mis sobrinas y sobrinos pequeños, que eran en verdad los que daban sueltas a todo su alborozo.

—La primera vez en tanto tiempo que estamos los tres hermanos y eso hay que disfrutarlo —se decían una a otra, Ana a Estrella y Estrella a Ana.

Mis dos cuñados se llevaban bastante bien entre ellos a pesar de su diferente carácter. Más vivaracho el Gerardo, más aplomado el Crescencio, más esquinado el hijo del primero, más entusiasta con su recién recuperado tío, o sea yo, el de Crescencio, al que había que frenar de continuo para que no anduviera pregonando Dios sabe qué de mis andanzas, aunque no supiera apenas ninguna, pero en su cabeza debía de haberse hecho ya a la idea de que yo era un joven caballero de la corte y alguien que al rey trataba casi como a igual. El chico me había cogido tal aprecio y estima que hasta resultaba

peligroso a pesar de las admoniciones de su madre, aunque yo me temía que aún era peor el reiterárselas porque aquello excitaba la curiosidad del muchacho y las ganas de contarle y alardear de ello. En fin, que, a nada que hubiera algún oído medio atento, mi estancia en Hita se sabría en todos lados, y desde luego se sabría ya en casa del alcaide sin duda ninguna. Pero al fin y al cabo nada había que ocultar ni nada que esconder, sino que había vuelto a mi villa natal y a la casa de mi familia.

El Carnaval empezaba el Jueves Lardero, donde ya se abría la fiesta. Pero antes y no menores eran los preparativos, que en la casa de dos labradores de cierto empaque, como eran mis cuñados, no podían comenzar si no se mataba una res para disponer de carne propia. Como aquel año estaba yo, decidieron que había que hacer algún exceso y demostrarme lo bien que marchaban. Porque no dejaba de notar yo que, en el fondo, mi vida con los nobles y cercanía al rey y a la corte les picaba un algo y como que venían a decirme que no me fuera a pensar que ellos no tenían sus posibles y que eran capaces de igualar mesas por muy encopetadas que las otras hubieran sido. Y que en cuanto a abundancia, aunque no hubiera tanta pamplina, nada tenía la suya que envidiar ni a la del alcaide, ni a las del castillo, ni a las de los Castro o los Lara. No me lo decían, pero todos sus gestos y ademanes lo proclamaban. Y yo me sonreía y no dejaba hasta de agradecerles el detalle, pues en verdad lo que les movía, amén de su propio y entendible orgullo, era el agasajar al hermano de sus mujeres. Eran buena gente castellana, al modo que entendían el ser buenos y cabales los labriegos castellanos. Con sus cosas. Pero mejor que muchos señores de los que había tratado, desde luego, y con menos dobleces, pues las suyas apenas si lo eran por resultar tan evidentes.

Total, que el Crescencio mató un cordero ya pascual y de más de una arroba larga, y el Gerardo decidió que iba a despenar un marute viejo, un macho de las cabras, que se había vuelto muy arisco y agresivo y que hasta se le tenía miedo cuando estaba embravecido por el celo.

—Aquí, hace años, uno de estos cabrones mató al cabrero. Yo no sé qué pasaría o por qué le tenía el animal tal saña, no sé yo si no fuera por algo que les hacía a las cabras, o porque le pegaba con la garrota, pero el caso es que lo encontramos con la cabeza destrozada a topetazos de aquel mal bicho. Lo debió de pillar desprevenido por la espalda y dejarlo atontado del primer

topetazo, y luego ya se cebó con él y le hizo un amasijo de sangre, carne y huesos la cabeza y la cara. Intentar, el hombre, sí que intentó defenderse, porque la garrota la encontramos quebrada. Le debió de dar con ella en los cuernos, se le partió y ya se vio perdido.

No quería el Gerardo correr, ni él ni nadie de su familia, ningún riesgo con aquel marute, que era de capa negra con manchones blancos y una cuerna retorcida y muy grande, y decidió que lo mejor era acabar con aquel chivo de mirada salvaje y unas barbas que imponían, y aprovecharlo en todo lo que se pudiera.

—Un chivo no es un cochino, pero aún se le saca carne, aunque es muy dura. Habrá que hacerla cecina toda la que se pueda. Pero las asaduras, los hígados, el corazón y las criadillas serán buenas para celebrar carnavales como se merece hacerlo.

Para dar cuenta del bicho fuimos los tres, Crescencio, Gerardo y yo, al cercado, con sus dos chicos mayores de ayuda, y nos vimos peor que regular con él, que parecía que se barruntaba las intenciones y se refugió en un rincón y no había quién se le acercara. Pero al final se le consiguió echar por atrás una sogá de cáñamo al cuello y nos hicimos con él, hasta lograr tirarlo al suelo y atarlo de las cuatro patas para que quedara ya indefenso. Cogió entonces el Gerardo la segur, que la tenía bien afilada y, sujetándose los nosotros de los cuernos por detrás para que descubriera el cuello, le pegó allí el tajo, bien hondo, y la sangre comenzó a caer en un barreño que había acercado su chico. La sangre, frita, era un manjar exquisito.

Duró bastante la agonía del marute hasta que se desangró del todo, aunque no con esa escandalera que montan los cochinos. Acabó con un bufido, un resoplido final de entrega y muerte, y ya pudimos desatarle las patas para que las estirara en sus estertores postreros. Se quedó muerto con aquellos ojos redondos y furiosos abiertos y mirándonos a todos.

Lo siguiente era despellejarlo, y en eso he de reconocer que los dos tenían buena maña. Con tajos muy medidos y golpes donde debían darse, le quebraron y quitaron las pezuñas y la primera caña de la pata por debajo de la rodilla y justo por encima de la taba hicieron la ranura para colgarlo de un gancho y poderle quitar primero la pelleja, empezando por los cuartos traseros, hasta llegar cortando, despegando y empujando con un trapo hasta la

parte delantera y el cuello. Allí, con un hacha optaron por cortar el pescuezo para poder sacar la piel.

—Si no fuera por los cuernos se la sacaba por el morro —alardeó el Gerardo—, pero tampoco hay por qué entretenerse. Ya aviaré luego la cabeza y esos cuernos los guardaré, que seguro que para algo han de valer, que mira que los tenía retorcidos y grandes el bicho. Aquí todo se aprovecha, hasta la cabeza y hasta las pezuñas si me aprietas.

No sabía yo para qué podría utilizar el Gerardo los duros cascabeles del cabrón, pero a saber en qué estaría pensando mi cuñado.

Lo cierto es que después del despelleje venía la parte más peliaguda de la faena y yo presté mucha atención. Pelar corderos, y hasta jabalíes y corzos había visto hacerlo, pero siempre me quedaba muy admirado de la habilidad de los matarifes para sacarles, sin que aquello se desparramara y lo pusiera todo perdido de mierda, el menudo a los animales. Yo no era diestro en aquellas cosas y apreciaba en lo que valía la destreza de los matachines, en particular la que demostraban cuando mataban y descuartizaban a los cerdos. Pero esto con un cabrón no lo había visto hacer nunca, aunque desde luego la maña y las artes necesarias venían a ser las mismas. Lo más importante era no afectar la vejiga, ni la bolsa de bilis ni otras partes sensibles de las entrañas que pudieran derramar líquidos nauseabundos que estropearan la carne.

Los monteros del rey y de los Lara lo primero que hacían cuando se cobraba un jabalí macho y colmilludo era cortarle los cataplínes, pues decían que si se le dejaban enverrecaba la carne entera. Y lo mismo hicieron mis cuñados con los del marute. Le segaron, de un tajo muy preciso, los impresionantes atributos, que sin duda había usado y mucho en vida, y no dejamos, ni ellos ni los chicos ni yo, de soltar una risotada al hacerlo.

—Bien que ha montado el pájaro —dijo el Gerardo padre al tiempo que imitaba el berrido de celo del macho cabrío y sacaba la lengua de manera muy lasciva.

Nos reímos todos y ellos prosiguieron la tarea. Tenían buena herramienta y bien afilada y cada poco no dejaban de ir poniéndola al punto en una piedra especial para ello que acercaba, en cuanto se la requerían y después de remojarla con agua, mi sobrinillo Crescencio.

Tras aquellas operaciones y atados los conductos por los que podía derramarse la porquería, abrieron con destreza el canal por donde debían y entonces se fue desprendiendo el menudo, de donde fueron extrayendo con manos hábiles lo que querían aprovechar: corazón, hígado, bazo, la asadura que se llama, y el resto vino a caer en una gran espuerta, que los chicos se apresuraron a sacar fuera pues desprendía muy mala olisnia. Quedó después el lavarlo a fondo, y a eso nos dedicamos todos acarreando y baldeando agua, hasta que lo tuvimos limpio, con su carne muy dura y bien roja destacando sobre las pocas mantecas.

—El arrear estopa lo tenía delgado al cabrón este. No vale para asar. Para cocer y dar algún gusto, y las mazas y el magro para cecina. Los lomos quizá valgan para algo más. Pero ahora que se oree bien toda la noche —remató Gerardo, y nosotros nos fuimos también a lavarnos.

Ofreció el anfitrión un trago de vino por haberle ayudado en la faena y unos dulces que había preparado mi hermana y luego nos marchamos para el otro corral, el de Crescencio, a sacrificar al cordero, que ya era bastante más que cordero y entraba en la categoría de borrego, justo cuando está mejor la carne, que sin haber cogido el regusto duro a carnero tiene ya la consistencia de la carne hecha, con buen bocado y sabrosa.

—El mejor cordero es este, ya un poco más si me apuras que pascual, pero aún tierno.

—¿Qué pesará?

—Pues arroba y media, o puede que dos casi en vivo. Luego en canal, claro, merma.

Repetimos la operación, bastante más sencilla que con el macho cabrío, y el animal degollado tuvo un morir más entregado y hasta más tierno. Diría uno que el matarife, en este caso el Crescencio, buscó la yugular del animal hasta con cierta compasión y ternura, como queriéndolo despenar con el menor sufrimiento posible y dando el tajo lo más preciso posible. El cordero se quejó con un balido de angustia y entregó su sangre y su vida. El Crescencio le sostuvo bien la cabeza para que sangrara como era menester y su hijo recogió la sangre con todo cuidado. Al levantarse para llevarla hasta la cocina, vi que el mocete tenía los ojos húmedos y brillantes. Él era quien, desde que el animal era corderillo y no se valía ni para tenerse sobre sus

patas, lo había criado. Pero es ley de vida.

—Ya le dije que no se encariñara. Que era un macho. Si hubiera sido cordera la hubiéramos dejado para cría.

Mi hermana Estrella nos preparó de inmediato, ya para la comida, la sangrecilla frita, las mollejas y los higadillos.

—La asadurilla ya para mañana, que hay que guisarla y condimentarla como se merece. Para antes del asado de mañana.

El Jueves Lardero es de carne. Se tiraba de res y de marrano, matando meses antes, allá por noviembre y San Martín. Y no faltó tampoco en nuestra mesa como entrante, pues este jueves lo que había que hacer era comer y comer carne, que ya luego, y en cuanto llegara la Cuaresma, no se iba a poder catar siquiera, pues se entraba en abstinencia y en fechas señaladas de ayuno.

Pusieron Ana y Estrella una mesa que en efecto no tenía que envidiar a ninguna, y donde no desmerecían ni los manteles ni las escudillas, y hasta había cubertería y unas copas bien labradas que se sacaron para la gran ocasión y que solo salían de donde estuvieran guardadas en fechas muy señaladas, por la Navidad o por la Pascua de resurrección y poco más. Desde luego, algunas cosas habían aprovechado al Frontero, mi padre, en sus muchas batallas y correrías, amén de haber conseguido una buena dote para sus hijas. No marchaban mal, desde luego. A mí, como invitado de honor, me pusieron una copa de buena plata, bien labrada y repujada. Árabe sin duda. A saber de dónde habría venido, pero seguro que de más allá del Tajo. Ganada a espada. Así que había que levantarla con orgullo y brindar con ella.

La comida fue copiosa y larga. Principiamos con la casquería del cordero y con longaniza y lomo de cerdo que se había sacado de la olla, bien untado en aceite. Y buen pan con que mojar. Pan de trigo, bien molido y buena harina. Pan reciente. Una hogaza que daba gusto verla, casi más que al asado de cordero, preparado en el mismo horno con el que se había cocido el pan por la noche y que se había vuelto a poner en solfa por la mañana.

—Con sarmientos y encina. La mejor leña. Y al cordero pocos añadidos, que no le falte el agua y que vaya haciéndose despacio. La salsa al gusto de la tierra y a ella sabe, a base de espliego y tomillo. Le quita la poca salvajina que pudiera tener en el sabor.

Éramos dos las familias a la mesa y no era pequeño el borrego, pero no

quedó en el primer envite apenas nada de lo servido, aunque la verdad es que con todo no pudimos, y eso que mis hermanas habían reservado los costillares para otro día hacer chuletas a la brasa. Pero esto ya sería en fechas venideras, cuando también se daría cuenta de lo aprovechable y en fresco del marute.

—Carne como esta no va a ser desde luego. Carne como esta no se cata en ningún lado. Ni en la casa de arriba de los Castro —alardeó por una vez el muy prudente Crescencio.

—Ni es malo el vino, ni falta aquí, ¿verdad, cuñado? —replicó el Gerardo, porque se gastaba del suyo.

Y desde luego no faltó en absoluto. Yo diría que sobró. A mi sobrino Gerardo ya le dejaban beber e incluso al pequeño Crescencio le dejaron dar algún tiento. Y el tiento tuvo el efecto de volverlo a este tan parlanchín, que no había quien lo callara, venga a preguntarme si el rey llevaba para cenar corona y de amohinar aún más al otro. Mi hermana Estrella acabó por mandar a la cocina al suyo, y el otro se escabulló y traspuso. Con los dulces y rosquillas que ya no nos cabían se dio por concluido el festín y se entendió que bien podía ser el momento de que yo me echara la capa encima y me fuera a dar una vuelta por Hita.

Había mucho bullicio en la plaza, ya con algunos puestos donde se vendían algunas baratijas, enseres y hasta telas. No demasiada cosa, la verdad. Pero lo que sí había era mucha chiquillería, pues ya me dijeron que a esas horas iban a salir las botargas y los diablos con los cencerros para correr a zurriagazos a todo aquel que alcanzaran. No estaba yo para que me corrieran a trallazos, así que enhebré hacia abajo, crucé la puerta fortificada de entrada y me llegué hasta el palenque donde al día siguiente iba a tener lugar una justa en la que participarían caballeros, escuderos y ballesteros avezados. Como final se alancearía un toro y se repartiría luego la carne entre la gente. Había en el recinto servidores del alcaide acondicionándolo todo, tanto la arena donde iban a tener lugar las cabalgadas como la tarima, cubierta con un dosel y adornada con gallardetes, con el escudo de armas de los Castro dominando las señas, donde se aposentarían las familias nobles y sus damas, dueñas y doncellas. Algunos criados daban ya los últimos repasos al estrado, los asientos principales y los escabeles.

Al lado de esta zona de privilegio había otras tarimas más pequeñas y menos engalanadas donde algunos de la villa tendrían derecho a contemplar el espectáculo. Pero la mayoría de la gente habríamos de verlo de pie situados por toda la ladera de enfrente que, pegada a la muralla y hasta la barbacana, se asomaba al lugar de los encuentros. Algunos mozos se sentaban precisamente ahora en el muro para contemplar muy ufanamente a los que se afanaban en montar tiendas, estaquillar el campo y trazar los límites y carriles de embestida o aquellos de los cuales no podían pasar los caballeros para no ser dados por vencidos o eliminados. Había visto yo más de un torneo como aquel y de mucho mayor rango e importancia, con los más renombrados jinetes del reino, pero por alguna razón el volver al de Hita me producía una sensación de extraño regusto y añoranza. Quizá porque allí había visto armado y a caballo a mi propio padre. No era muy dado el frontero a tales juegos, pero sí le había visto en una ocasión escoltar al alcaide Martín Fernández de Hita y justar a su lado, logrando su bando la victoria y mi padre derribar a cuantos se le pusieron por delante.

Al regresar, por la plaza ya había hogueras encendidas y más animadas gentes. El ventorro estaba a rebosar y por los corros de mozos corrían las jarras de vino. La chiquillería se había retirado y con las sombras salían quienes esperaban el carnaval todo el año para dar suelta a las malas cosas que se guardaban dentro todo el año. Y había quien las escupía con risas y según quién con bilis.

No quería yo entretenerme demasiado esa noche del jueves, que aún quedaban muchas hasta el martes por delante y bien había comprobado yo en la corte que quien entraba el primer día con excesiva ansia ya podía al segundo dar por concluida la fiesta, así que era cosa de tomar contacto, hacerlo con mesura y no agotar toda la energía de primeras dadas. Saludé a algunos jóvenes que ya en las semanas pasadas desde mi llegada había ido conociendo y ellos a mí, y con quienes en algunos casos tenía recuerdos de la infancia compartidos. Pero yo había sido discreto y no me había relacionado mucho con ninguno, prefiriendo acompañar a mis cuñados a las tareas del campo. En uno de los corros di con mi sobrino Gerardo, pero fue casi el que con menos calor me saludó y me dio entrada en su cuadrilla. Así que eché un trago de una bota e iba a irme, cuando me hizo volver la cabeza la entrada de

dos jinetes por la puerta de armas de la plaza. Hablaron levemente con los guardias y estos les señalaron el camino de acceso al castillo en lo alto del pico. Para cogerlo hubieron de pasar muy próximo a nosotros. Delante iba un buen mozo, de algunos años más que yo, talludo y de pelaje jaro, con la cara llena de pecas y los ojos traviosos y verdosos, que ascendía sonriente por la cuesta y animaba a quien venía tras él y en quien mi mirada, y la de todos, se quedó clavada. Era una mujer, que aunque la capa y la capucha le tapaban casi por entero cuerpo y cara, bien se veía que era joven y esbelta y se le atisbaba una oscura tez, un pelo muy negro y unos ojos aún más verdes y luminosos que su acompañante. Pero en ella no había sonrisa alguna, sino que todo era oscuro y sombrío, como la capa que la cubría y que agitaba el viento. Pasaron a nuestro lado. Saludamos, contestó el hombre al saludo e hizo caso omiso la mujer al mismo. Tras ellos quedaron los comentarios flotando.

—Es una mora —aventuró uno.

—Van al castillo —no se equivocó otro.

Un tercero, que conocía a los guardias, se acercó a ellos para enterarse de quiénes podían ser y a qué venían. Volvió al cabo a la carrerilla.

—Son juglares. De renombre, dicen.

—Marcabrú no será, ni Alegret tampoco. Esos solo gastan su arte ante reyes que bien se lo paguen.

—El franco Marcabrú ya se habrá muerto de viejo en sus tierras, porque de estas bien no salió por pasar del almíbar al vinagre con el Emperador. Decía que era un roñoso.

—Pues al principio bien que le alababa.

—Pues eso, que sería porque el rey no aflojó la bolsa todo lo que de él esperaba.

—¿Y estos?

—Fortum, ha dicho que se llama.

—¿Y ella? ¿La mora?

—Ni lo saben ni me lo han dicho, ni qué es ella de él tampoco. Ni que sea mora, como estás empeñado tú en que sea.

—Pero ¿no le has visto el pelo y la cara tan oscura?

—Como si aquí mismo en Hita no las hubiera tan renegridas y hasta más

que ella.

—Ya verás como es mora.

En aquello los dejé y me fui marchando para la casa de mi hermana. Pero subí pensando yo también en la pareja. En qué sería ella de él y en que, mora o no, era una mujer extraña y, en lo que pude alcanzar a ver, muy hermosa. Aunque bien sabía yo que aquellos cutis cobrizos y oscuros no eran del gusto no solo de los caballeros, sino ni siquiera de las gentes de a pie, que preferían todo lo blancos y sonrosados posibles. Señal de nobleza y de no tener que hacer faenas en el campo y bajo los soles. Por eso las mujeres, incluso las campesinas, procuraban taparse todo lo que podían con pañuelos la cara cuando salían a las labores, para que el sol no las ennegreciera.

Al día siguiente del encuentro con la perturbadora amazona eché yo mucho más rato en la fiesta y en la plaza. Y hasta me junté con una cuadrilla y tuve que dar algo de gusto a sus preguntas sobre mis andanzas después de aquello de los arrieros.

—¿No acabaste tú con el Rey Pequeño en la corte?

—Eso es mucho decir. En la corte están los condes, los obispos y los señores, no un arriero, huérfano de un frontero. Me tuvieron por allí de criado, hombre.

—Pero algo se te habrá pegado, y con el rey sí te habrás visto después de lo que hicisteis por él y por los Lara —me tiró la puntada otro y vi que mi sobrino Gerardo, que estaba en la cuadrilla, tensaba cuerpo y gesto.

—Alguna vez con don Alfonso, pero más bien de lejos, que la distancia de calidad es mucha y más cuando hay muchos más por entremedio. Y con los Lara, pues ya sabes, ellos los señores y nosotros los vasallos, como aquí vosotros. Ya me pude venir para Atienza al morir mi abuela y ahora aquí, donde nací, a estar con mis hermanas y luego iré a ver a mis tíos, a Sigüenza, que en muchos años no los he visto.

—Y dónde vas a establecerte, Pedro, que tú de campo más bien poco, ¿no?

—Pues casi nada, pero en Atienza sí me queda una punta de reata y con eso me valdría. Y la Yosune me dejó la casa. Cuando vuelva por el verano de las visitas ya veré qué rumbo cojo y dónde paro. Como si me quedo en Hita. Aquí tengo familia y gente amiga. Muchos recuerdan a mi padre, hasta el

alcaide.

—¿Como no vamos a acordarnos de Pedro *el Frontero*? Todos los de su sangre tienen aquí entrada franca, bien lo sabes —me resumió amistoso el mozallón.

—Pero ahora a beber y comer, que es carnaval y hay que disfrutarlo.

La plaza a la hora de comer era un hervidero de gente y en el mesón no daban abasto a dar de comer y beber a los forasteros. Los cuatro puestecillos se habían multiplicado y ahora había de todo y en revoltijo. Se mercaba cualquier cosa y se te ofrecía de todo, hasta escupirte fuego, que a eso se dedicaba una especie de saltimbanqui o lo que fuera. Bajaban los del castillo, las gentes de armas y algunos caballeros, dueñas y doncellas. Fueron a sentarse en los soportales del ventorro y allí les trajeron vinos y viandas. Y bajó también el alcaide don Martín con lucida comitiva y se instaló en el mejor lugar, bien al resguardo. Es entonces cuando al fin volví a ver a quien en realidad había estado esperando y por quien había echado tanto tiempo en la plaza, aquella misteriosa mujer, que seguía acompañada de su pareja, aquel juglar corpulento.

El trovador iba vestido con un traje ajustado de buen paño, en color rojo y verde, al musculoso cuerpo, que cubría unas piernas fuertes y unas espaldas bien anchas. Podía, sopesé, haberse dedicado mejor a la guerra que al canto.

El alcaide y los del castillo los habían bajado con ellos, lo comprendí al instante, para que deleitaran también al pueblo, como una dádiva de los señores. Y supimos todos también cuál era el papel y función de la mujer, pues esta finalmente se despojó de la capa y empuñó una cítara que traía bajo ella. Pero nadie se fijó en el instrumento musical sino en la espléndida cabellera negra azabache, que en cascada rizada, le caía por los hombros y la espalda sobre un brial azul con muy holgadas mangas, ajustado con un cíngulo al talle y adornado con cenefas y bordados en oro que vestía y realzaba su esbelta figura. Y su faz era aún, aunque a otros les pareciera oscura y de mora, más hermosa pues sus ojos, bajo unas cejas negras y finas, eran como almendras en color y forma pero había en ellos fulgores verdosos que parecían traspasar lo que miraban, unos fuegos como había visto yo que desprendían algunas joyas de las que gustaban llevar los señores moros y

ahora las reinas cristianas.

La mirábamos todos pero ella no miraba a nadie, se concentraba en su instrumento, al que comenzaba a hacer sonar con su arco de cuerda para que el trovador pudiera empezar, acompañado por su melodía, a cantar sus canciones y recitar sus versos.

Fortum, como sabíamos que se llamaba, comenzó su actuación cerca de donde se encontraban el alcaide y sus damas, y nosotros apenas si oíamos nada, pero a un gesto de don Martín se fue alejando de ellos y acercándose al gentío para finalmente saltar con una ágil cabriola a la plaza y realizar una graciosa reverencia a todos. Ya a poco ya alcancé a oírle y a entender que recitaba la parte del *Poema de Almería* que gustaba a nuestro alcaide. Pero al resto de la plaza en realidad poco le daba su cantar pues, como yo, solo tenía ojos y oídos para la tocadora de cítara, aunque ella, inclinada la cabeza, no separaba la vista del suelo, concentrada en su instrumento y en su melodía.

Debió percatarse don Martín de que no era aquello lo que deseaba el gentío y tras sobrepasar Fortum la cita a él dedicada, que fue muy aplaudida por su corro y por sus damas, dio su vanidad por satisfecha y, hábil en complacer a las gentes que gobernaba, llamó a Fortum, que asintió con la cabeza y susurró algo a la juglaresa, se proveyó el juglar a su vez de un laúd y, en su voz clara y potente, el *Cantar de Mio Cid* resonó en la plaza de Hita. Y nada más comenzar a escucharse sus versos cesaron los gritos y hasta los murmullos y se apelotonó la gente y todos quisieron escuchar, y más aún cuando se acercaba a lo que hasta los mozalbetes labriegos ya recitaban.

*Coged a doscientos, y tres en algara,
y sin duda corren la tierra por Hita y Guadalajara
hasta Alcalá llegó la seña de Minaya,
y de ahí arriba tornose con ganancia
henares arriba y por Guadalajara.
Tanto traen las grandes ganancias
muchos ganados de ovejas y vacas
y ropas y otras riquezas largas.
Derecha viene la seña de Minaya;
no osa moro alguno venirle a la zaga.*^[6]

Cuando acabó aquella estrofa, el aplauso de las gentes brotó caudaloso y encendido, y hasta la misteriosa mujer sonrió y su rostro sombrío se iluminó con su sonrisa, que descubrió unos dientes más blancos que el nácar y sin falta, ni mella ni mala postura alguna en sus dos hileras, que bien pude ya verlos pues había ido acercándome, no sé si del todo consciente de lo que hacía pero atraído irremediabilmente, hasta llegar lo más próximo a ella para poder contemplarla a mis anchas.

La miraba arrobado cuando algo me hizo intuir que yo era también observado. Volví la cabeza y vi quién, a su vez, me miraba. Lo hacía directa y fijamente, sin recato alguno, sometiéndome a un total escrutinio y midiéndome de arriba abajo. Era una mujer, sentada muy cerca del alcaide, que aunque no su esposa sí debía ser persona a él o a su familia muy allegada. Joven aunque ya no doncella, de pelo muy claro, vestida con un hermoso traje de buen paño rojo, con una muy buena piel a modo de estola para resguardarle cuello, garganta y escote de color blanco. De zorro tal vez, que sabía que los había de ese pelaje por los nortes, o de lince, que son aún más costosos de conseguir pero también los había.

La dama me cataba con los ojos como si me conociera o me intentara reconocer de algo. Y de pronto pareció caer en ello, pues hizo un gesto complacido y sonrió, tan expresivamente que diría que hasta casi rio. Alcancé a oír, a pesar de la distancia, su breve y contenida carcajada. Luego me dirigió una nueva mirada aún más inquisitiva, si cabe, acompañada de un gesto pícaro que me hizo sentir, en verdad, azorado.

Bajé la vista, me retiré hacia donde estaba mi cuadrilla y le di un tiento al vino para serenarme los pulsos.

—¿La has visto? Mora, como yo decía.

—Que no es mora, que ya me he enterado por los del castillo. Que es la hermana del juglar Fortum, que este no deja que se le acerque nadie y que ella misma es muy esquiva y con nadie habla.

—Y tú te lo crees, zagal. Eso de hermana no se lo cree nadie. Eso es por dárnosla y no pasar compromiso y guardarse las espaldas. Esa es la manceba mora del trovador, me juego lo que quieras.

El mozo era porfiado desde luego, pero a todos se les quedó la mosca en la oreja y más con el vino, que se subía a la cabeza y con el frío entraba

divinamente al cuerpo. Acabada la función, que no se prolongó muchos más versos, pues el alcaide hizo gestos de que se fuera concluyendo, se retiró la comitiva de vuelta hacia sus casas de la zona alta. Al hacerlo los juglares, yo esperé por verla pasar a ella, y para mí tengo que me echó, al cruzar a mi lado, desde debajo de la capucha con que se había vuelto a tapar la cabeza, una furtiva mirada. Para mí tengo que aquella mirada me estaba dirigida.

Pero de la que no tuve ninguna duda que era para mí fue la de la dama rubia, pues fue ella quien hizo por pasar a mi lado y no solo la acompañó con una sonrisa similar a la anterior, sino que la continuó en un gesto apenas esbozado de su mano señalándome. Quedé aún más receloso que antes y me puse a cavilar por dónde podría venirle tal interés hacia mi persona. Quizá simplemente conocía mi familia y me había reconocido como parte de ella y como viejos deudos de los Fáñez y los Castro. Llegado a casa, pregunté a mis hermanas y cuñados, pero aunque no supieron darme razón alguna de su posible interés en mi persona más allá de la guasa de mi hermana Estrella, «Es que eres muy buen mozo, Pedro», sí que Ana pudo darme pelos y señales de la dama.

—Sobrina de don Martín, huérfana y dos veces viuda. Es hermosa dama y con dote sobrada. Pero un sino funesto persigue al que con ella sube al tálamo. Eso se dice y verdad parece. Los dos caballeros con quienes ha casado, tras holgar con ella, en el primer combate en el que participaron murieron ambos. Los primeritos en caer muertos en la batalla. El uno por una saeta que le entró por el ojo y el otro, al año siguiente, de un mal tajo de cimitarra que le entró desde abajo y le llegó a las entrañas. Así que ahora las malas lenguas cuentan que nadie casar con ella quiere y desespera su tío de hallar con quien desposarla. No tiene hijos, que no tuvieron los dos maridos tiempo de hacerle ninguno, aunque a ella se la ve lozana y de buenas hechuras y carnes para la cría. Doña Constanza se llama y es guapa. De ojos azules y claros y tez como una manzana.

Pues sí. Hermosa y lozana era. Ya me había fijado yo en ello. Pero la cara sombría y triste y los ojos de gata de la tocadora de cítara eran los que, al cerrar yo los míos, se me aparecían. De lo que me conociera doña Constanza o para lo que me quisiera conocer, me suponía un misterio porque yo a ella

no la recordaba de nada.

La comida fue aquel día, viernes, en casa de Ana y no quiso desmerecer ni desmereció a la del Jueves Lardero. Como plato especial nos preparó, con receta suya, un plato que era por lo visto lo que más le gustaba del mundo a mi sobrino. Hígados de cabrón con ruibarbo. Casi me eché a reír, de por qué a mi sobrino Gerardo le gustaría tanto, pero al probarlo, con aquel intenso sabor y tan bien aderezado por el ruibarbo y otras hierbas aromáticas de la zona —hinojo, tomillo y creo que también salvia—, lo cierto es que me gustó tanto como a él y pensé que al menos coincidíamos en un gusto.

Nos dimos una buena comilona que aún mejoró en los postres, pues Ana tenía inmejorable mano para las rosquillas y los dulces.

—En esto de los dulces, mi mujer parece mora —le dijo el Gerardo.

—Y de ellas lo he aprendido, marido.

Algunas familias mudéjares aún vivían en Hita, aunque ya casi no iba quedando ninguna. Sí que había algunas más de judíos. Por los carnavales no asomaban ni los unos ni los otros. Las gentes estaban muy levantadas y los instintos se desbarataban. Con los débiles, los primeros, pero cuando la turba se alteraba y perdía miedos y controles, tampoco a los de arriba se respetaba.

De hecho, para los propios caballeros era un momento peligroso la salida del palenque, pues entonces los mozos alborotados la emprendían con los perdedores o con quienes no habían lidiado a su agrado. Había en carnavales algunas costumbres en Hita con las que había que tener cuidado. Se decía que las peores traídas de los carnavales gallegos, de por tierras de Orense. Alguna rama de los Castro provenía de aquel reino y eran muy mentados los carnavales de Xinzo, de Limia y los de Laza. Y muy salvajes también. En ellos había muchos zurriagazos sueltos por las calles y los de las trallas se empeñaban a fondo.

En Hita, en carnavales cualquier caballero o escudero al que no se tenía favor alguno y sí desagrado general o por su crueldad o, aún peor, por no haber sabido defender a sus hombres en algún momento decisivo y que luego se presentaba al alarde, podía recibir al salir del palenque alguna ofrenda no precisamente amable. Hubo a quien le estalló sobre la armadura y las ropas un cohombro relleno con sangre, o a quienes les cayeron boñigas de mula y buey. Pero lo peor eran las hormigas. Había quien se pasaba semanas antes

recogiendo hormigueros completos y llegado el día las metía en pucheros que ponía a calentar al fuego. Pero no para que se quemaran, sino para que se pusieran furiosas y mordieran como víboras. Y contra ellas sí que no valían ni lorigas, ni yelmos ni viseras. Se colaban por cualquier rendija y el jinete tenía que salir a escape a despojarse de todo y lavarse para no tener que seguir soportando sus picaduras. En carnavales, en el tumulto, todo estaba permitido, pero si el jinete echaba mano a alguno, también a él le estaba permitido darle una buena tunda de palos y hasta alguno quedaba malherido.

Es por ello por lo que se habían separado en el palenque a los mozos, por la barbacana y por la ladera, y a las gentes de poder e importancia en la otra banda. Pero lo cierto es que, por la altura, desde donde se veían bien los combates y las justas era en la parte alta y ningún sitio mejor que a horcajadas en la barbacana. Que fue donde encontré junto a mi cuadrilla acomodo y nos hicimos hueco. Yo con la esperanza de ver de nuevo a la hermana o lo que fuera del juglar.

Llegaron los caballeros que iban a justar con mucha fanfarria, pero yo había visto justas mayores y mucho más aguerridas, aunque he de reconocer que algunos se batieron como los mejores, en particular dos jóvenes Castro que me dijeron ser sobrinos nietos de don Gutierre, venidos a Hita para la ocasión y que acabaron siendo los amos del palenque, desarzonando a cuantos rivales se les pusieron por delante. Combatieron en dos grupos. El suyo era el que portaba orgulloso los seis roeles en azur sobre plata de los Castro en sus armas, y después de los primeros lances quedaron en minoría de dos contra tres oponentes. Pero los dos primos lograron imponerse, pues al que le cargaban dos enemigos al mismo tiempo logró, con una finta y casi deslizándose hasta la tripa de su caballo, esquivar la lanza del uno y asestar la suya al otro derribándolo, mientras que su primo, aunque fue seriamente tocado, logró aguantar a caballo. En el segundo envite fueron ambos los que derribaron a los dos contrarios. Se esperaba que al final contendieran entre sí, pero no pudo celebrarse finalmente la pelea pues uno de ellos había resultado herido en un brazo por una lanza astillada, y aunque él porfiaba en continuar, su primo mayor se negó y se dispuso que a ambos les correspondiera la gloria y los honores. Al fin y al cabo, todo quedaba en la familia. El más joven había recogido los colores de doña Constanza y esta se los recogió luego para

entregarle al tiempo la corona con una esplendorosa sonrisa, muy coqueta y aclamada por las gentes. Pero diría yo que aun en aquel trance una última mirada suya fue a clavarse en la barbacana donde yo justamente me encontraba. O eso al menos me pareció. De la que no hubo rastro alguno fue de la tocadora de cítara. Ni de ella ni de su hermano.

Las gentes de a pie se divirtieron más con el toro. Un buen morlaco de una ganadería que había no muy lejos, cerca del Henares, donde criaban a los peligrosos animales. Y que habían traído los mayores la noche anterior pastoreándolo a caballo hasta una corraliza donde lo encerraron con buen pienso y agua. Cuando salió a la arena imponía y nos dijimos que algún caballo acabaría con las tripas fuera. Pero habían sacado buenos corceles los jinetes y se ayudaban los unos a los otros cuando el animal les apretaba. Luego le entraban en collera el uno por un lado y el otro por el contrario y a nada le habían clavado hondas lanzadas. El animal se vino a refugiar ya sobre la barbacana y como allí se hacía fuerte y ya no embestía, un caballero, tras herirlo de nuevo con un venablo y ya viendo que el animal se apoyaba en la pared para no caer desplomado, desmontó y con una larga lanza le dio el golpe de gracia por detrás del brazuelo. Un matarife llegó a escape nada más caer el animal y le entregó las criadillas que cortó de un tajo de segur y el Castro, el primo mayor y vencedor del torneo, las elevó en lo alto mientras Hita lo aclamaba. A él desde luego no iban a arrojarle hormigas furiosas, ni boñiga de mula ni cohombros de sangre. Lo que hacían las mozas del pueblo y damas eran ofrecerse a él cuando pasaba.

La fiesta en realidad era ahora cuando comenzaba, pues el toro era de inmediato arrastrado a un recinto para descuartizarlo y a nada estaban las calderas, que ya llevaban tiempo preparadas con el agua hirviendo y donde se habían volcado verduras y todo tipo de condimentos para hacer sabroso el guiso y que quedara buena la calderada y aquel día comieran carne hasta los pobres mayores. Y corría también el vino y por algunos lugares los aguardientes duros. Subía el griterío, las hogueras y, bien comidos y aún más bebidos, se despertaba la lujuria de todos. De los de abajo y de los de arriba. Porque esa noche bajaban los del castillo. Los caballeros e incluso algunas damas, embozados y disfrazados, descendían a mezclarse con el gentío y a disfrutar liberados de las ataduras. Pero bien que se les notaba quiénes eran y

bien que sabían aprovecharlo. Porque alrededor de ellos era donde se arracimaban las hembras. Las damas solían bajar con las criadas y vestidas como ellas, pero las más siempre protegidas por sirvientes, por si la compañía no era la deseada y había que espantarla. Todos los mozos de la villa soñaban en poder tener aventura con alguna de ellas. Muchos la contaban y alguno hasta la gozaba.

Yo buscaba entre todo el tumulto a la hermana del juglar, pero de nuevo me llevé un chasco. Así que dejé de buscar y rebuscarla y quizá me ocupé más de lo debido con la bebida. En algún momento ya me metí en el jolgorio, me crucé un par de veces con mi mohíno sobrino, al que no hice el menor caso, y disfruté de la fiesta, riéndome de este o pellizcando a aquella. El mesón y la taberna, en una callejuela cerca de la plaza, no daba abasto a servir vino, y con bastante más trasegado del que debíamos, una buena cuadrilla, a la que me uní sin saber muy bien cómo, enfilamos hacia la parte del cerro, a la traspuesta de la iglesia de San Pedro, por donde algunos dijeron que no solo conseguiríamos vino sino que allí se abría un burdel y que de buena tinta sabía que para los carnavales habían traído algunas meretrices nuevas y algunas moras jóvenes. Con griterío y tropezones íbamos subiendo, cuando los que iban delante, abrazados y más borrachos, tropezaron con el juglar Fortum y su hermana, que aparecieron como por ensalmo y se dieron de bruces con la turba de jovenzazos. Ellos intentaron hurtarse y proseguir su camino, pero se vieron rodeados y cuando oí que subían los gritos y una voz que decía: «¡Pero si es la cantadera, es la mora del juglar!», me malicié que habría más que voces y me hice adelante.

El uno le decía a la mujer que cantara, el otro intentaba tocarla y algunos empujaban al hermano, que se colocó ante ella, encelados todos ante hembra tan esquiva, imaginándose cada uno según qué cosa y hasta alguno que pudiera ser del burdel y ofreciendo pagar por ella. El tumulto subía y el hermano recibía empellones y pechugones cada vez con semblante más crispado. Vi que echaba mano entre las ropas, presto ya a defenderse con algo más que las manos. Aquello iba a mayores y estas cosas, que no se sabe cómo empiezan, suelen acabar peor que las peores que se ven venir antes. La casa de mi hermana Estrella estaba cerca y decidí meterme de por medio. Me puse al lado de Fortum, frené a alguno y empujé a otro. Se quedaron un poco

parados al verme a mí ante ellos y yo le dije al juglar:

—Haga tras mío, sígame con su hermana, hasta mi casa. Es aquí mismo y evitaremos mayores.

Asintió Fortum y dimos un arreón, protegiendo ambos a la mujer, yo delante con ella y él guardándonos la espalda. Llegamos a escape y antes de que acabaran por reaccionar ante la casa de mi familia. Grité fuerte antes de llegar a la puerta para que Crescencio saliera, cosa que hizo de inmediato, y al verlo a parecer con una luz los que nos seguían se retranquearon en las sombras. Nos hizo entrar mi cuñado a toda prisa, pues estaban prevenidos al haber oído el tumulto y luego ya en alerta y preparados para intervenir al oír mis voces.

Dije yo quiénes eran mis acompañantes y lo sucedido. Le dieron agua a ella y él aceptó un trago de vino. Volvió a sonreír el pelirrojo y hasta levantó la vista su hermana, y en su atezada cara se abrió una sonrisa agradecida que dio a su rostro sombrío un aire de desvalida ternura. Esperamos un rato en una conversación sin mucho sentido, pues nadie quería preguntar lo indebido, tan solo aguardando a que se despejara la calle y el paso, pues ellos querían regresar al castillo, de donde confesó Fortum haber salido con la sola intención de acercarse hasta la iglesia de San Pedro, pues de ahí venían cuando nos los topamos, para hablar con el abad para quien traía un recado. No debió permitir, se reprochaba, que su hermana lo acompañara, pues de sobra sabía él lo que en carnavales pasaba, pero no hubo manera de impedirselo y nos agradecía el amparo y la hospitalidad, aunque era preferible para ellos regresar cuanto antes a sus aposentos en la fortaleza. Me dio cierta impresión de que como deseando de que no los echaran demasiado en falta y como que la bajada hasta San Pedro había procurado ser discreta y que no se diera cuenta de ella a nadie.

Salió un par de veces Crescencio por ver si los alborotadores ya habían despejado y a la segunda, visto que ya imperaba el silencio más completo, decidimos que era el momento de que marcharan. Pero yo me empeñé en hacerles de guía, pues nada peor que perderse por cualquier callejuela, y además era mejor no volver por San Pedro ni tener que pasar por la plaza y calles aledañas. Yo conocía bien la ruta hasta el castillo y no iba a consentir que fueran ellos solos. Debajo de la capa, y sin que me vieran, me metí por si

acaso un puñal bien afilado que recogí con un pretexto en mi cuarto.

Salimos, conmigo delante, y los tres en silencio fuimos remontando en la oscuridad con los resplandores de las hogueras abajo y algunas luminarias encendidas en el castillo en lo alto. Llevábamos tan solo un candil, pero con eso bastaba si se conocían los pasos. Llegamos a la puerta de guardia sin sobresaltos y ya me giraba yo para marcharme, cuando ella se me acercó y me cogió la mano.

—Gracias. Cuál es su nombre, caballero, quisiera saberlo para recordarlo por su ayuda.

—No soy caballero, soy Pedro Pérez de Atienza, señora.

—Tampoco soy yo una dama. Soy Elisa, la hermana de un juglar.

Me despedí de Fortum con un apretón de manos, quien me reiteró su agradecimiento y el de su hermana, que bien supe ya que lo era y que de mora nada.

—Estamos en deuda contigo y con los tuyos. Habrá tiempo y lugar donde poderla saldar y con gusto la pagaremos mi hermana y yo —se despidió jovial, recuperado ya su semblante risueño y como si nada hubiera pasado.

No sabía yo entonces hasta qué punto aquello iba a ser verdad y hasta qué punto iban a partir de entonces a cruzarse nuestras vidas, pero en aquel momento, cuando de nuevo descendía hacia la plaza, iba en una ensoñación con aquella mujer que me fascinaba y me tenía en extraño trance de no sabía muy bien el motivo pero sí que me desbarataba los sentidos. Hasta me olía mi propia mano, que ella había cogido, para descubrir allí su fragancia. Tampoco imaginaba ni por lo más remoto que mis experiencias en el carnaval de Hita no habían ni mucho menos terminado. Ni siquiera en lo que quedaba de noche.

Iba yo pensando en cómo componérmelas si me topaba con algunos de los mozallones con los cuales yo mismo había festejado antes y luego aguado lo que ellos suponían la fiesta. Me quedé en la esquina superior de la plaza, allí plantado y observando, sin decidirme del todo a entrar de nuevo en el tumulto. Llevaba algún tiempo inmóvil, un tanto cobijado en las sombras y ya dudando entre bajar a la plaza o marcharme a casa y evitar problemas, pero sin decidirme pues, aunque debía acercarme a tranquilizar a mi hermana y mi cuñado y decirles que todo había quedado resuelto, estaba al mismo

tiempo tan excitado por lo sucedido que no me decidía a emprender el camino de regreso.

Vino a sacarme de mis cavilaciones una mujer ya de edad madura, una criada sin duda. Se me acercó y sin más me dijo:

—Ya era hora de que el mozo apareciera. Que llevo aquí ya hora bien larga esperando.

—¿Y a qué me esperas, mujer?

—Yo no. Mi señora. Calla y sígueme. Chitón y ni una pregunta. Lo que tenga que decirte ya te lo dirá ella si quiere. Suerte tienes, gañán. Que es una dama.

Seguí a la vieja. Otra vez hacia el barrio alto, pero no llegamos al castillo ni mucho menos. En algún momento la criada torció hacia un lado y se metió por un callejón. Sabía yo que allí, en la calle amplia, se abrían las puertas de las buenas casas de solera y piedra de la nobleza de la villa. Por donde íbamos nosotros debían de tener las entradas laterales o traseras, de los criados o como yo para visitas furtivas. Porque estaba claro que lo era. Y yo estaba, a qué negarlo, ya ansioso de que se cumpliera mi sospecha. Y a qué no decirlo, y a pesar del recuerdo tan presente de Elisa, mi deseo.

En efecto, quien me aguardaba en una estancia, al lado de la chimenea, con un camisón de lino blanquísimo, con el largo pelo rubio suelto, una copa de reluciente metal en la mano y una incitadora sonrisa, era doña Constanza.

La criada salió presurosa y cerró la puerta al irse.

—Es noche de carnaval y lo es también para las damas. Bebe conmigo.

Bebí con ella. Un vino que era néctar y olía a canela. Y me lo dio a beber no solo de la copa, sino de sus labios con un beso, húmedo y ansioso, y sin que hubiera de por medio ningún preámbulo de palabras. Tras darme su boca sí me preguntó después:

—¿Sabes quién soy?

—Sí. Doña Constanza.

—Habrás de llamarme así, aun cuando me estés tomando. Pareces fuerte y sano. Te he observado. Eres muy joven. ¿Conoces mujer? ¿Has gozado de alguna, labriega o prostituta?

—No, señora.

—Campesina lo hubiera pasado, pero no prostituta, que pegan males y

bichos. Mejor así. Yo seré así —se rio relamiéndose— tu primera maestra. Bebe ahora de este elixir y bébelo también de mi boca en mi boca.

Bebió ella de otra copa, esta de vidrio o de algún material transparente, donde había un licor de colores dorados.

El líquido ardió en mi paladar, pero eran aún más ardientes sus labios y más hirviente su lengua, que se metió en mi boca al tiempo que ella se apretaba por entero contra mí, haciéndome sentir la turgencia de unos pechos llenos y las tibias carnes de todo su cuerpo. Debajo del camisón doña Constanza estaba por entero desnuda. Y caliente.

Yo me había despojado de la capa al entrar, pero ahora ella se encargó de irme desnudando con mano experta, hasta bajarme los calzones, pero antes de proseguir despojándome de ellos cogió mi miembro enhiesto con la mano y lo sopesó, sonriendo a la manera que me había sonreído por la mañana.

—Buena verga calzas, mozo, a ver si te enseño a utilizarla.

Luego, arrodillándose se lo llevó a la boca y lo absorbió por entero dentro de ella. Me chupó y me lamió como una chota o un lechón hasta que mi verga estuvo a punto de estallarme. Entonces se retiró y me dio otro trago de aquel licor.

—Móntame aquí, como a una yegua, contra la chimenea.

Me hizo levantarle el camisón y, desnuda como la trajeron al mundo, se apoyó con las dos manos a ambos lados de la campana de la chimenea, con el rescoldo de las brasas iluminando su cuerpo entero, su pelo desparramado y sus pechos enaltecidos, y me ofreció un culo lleno y carnoso pero duro y prieto y, abriéndose, me indicó y acompañó con diestra mano mi verga al orificio por el que debía penetrarla. El sexo de una mujer, un lugar donde yo jamás había estado pero donde mi miembro viril anhelaba entrar cuanto antes.

Me pareció al inicio que iba a costarme entrar por el conducto tan estrecho, pero embestí con fuerza y aquello se abrió y cedió húmedo, como si además quisiera absorberme y llevarme más adentro.

—Móntame con fuerza, como habrás visto hacer a los machos cabríos.

Clavé con furia a la hembra, la embestí como pedía y ella gritó ante mis embates. Los pechos se le bamboleaban frente al fuego y yo, mientras, con un brazo la rodeaba por la cintura para mejor sujetarla con el otro, alcancé a palparlos y estrujárselos. Debí hacerlo con exceso porque dio un gemido de

dolor y solté presa de inmediato.

—No sueltes. ¡Sigue, sigue!

Noté que se abría aún más y luego se contraía. Pero yo ya no pude irme de nuevo atrás y adelante porque en la última clavada me quedé dentro y exploté y me derramé por entero mientras ella apretaba sus nalgas contra mí para no perderse nada y tenerlo todo dentro.

Mi verga perdía su vigor, se arrugaba dentro y se vencía. Ella se separó entonces y se volvió hacia mí con una sonrisa golosa. Se me abrazó, enroscándose, y empinándose sobre sus pies, pues era más baja que yo, me dio de nuevo su boca en otro beso largo y que exploró todos los recovecos. Doña Constanza era más bien menuda, aunque muy bien proporcionada y de rotundas aunque muy suaves curvas.

—Me has montado bien, aun siendo tan inexperto. Seré tu maestra esta noche. No será la última vez que me tengas. Descansa ahora, desnúdate ya del todo y quítate también las calzas, y ven a mi lecho.

Luego me apreció, como quien valora a un caballo, catándome con los ojos de arriba abajo, como la había visto hacerme en la plaza pero ahora teniéndome en cueros, y al final soltó una carcajada.

—Un buen mozo, sí señor. Ya lo observé y ahora se comprueba. Alto y bien formado. Fuerte. Piernas poderosas y brazos largos. Y esos ojos grises o verdosos, que no se sabe muy bien, y esas cejas pobladas me gustan.

Me llevó hasta la amplia cama. Me tumbó en ella y me acomodó con mimo. Llamó a la sirvienta y esta acudió con una bacinilla de agua tibia y un lienzo de lino. Se la recogió en la puerta y con ella me lavó el cuerpo con especial atención a mis partes pudendas, a las que volvía a mirar golosamente.

—Te las resucitaré luego. Ahora descansa y acompáñame con este licor que levanta los sentidos.

Bebimos ambos acostados, ella dándome sorbos de su boca a la mía. Y luego, aprendido el truco, era yo quien se los daba a ella. Así jugamos y, a no mucho tardar, volví a sentir que mi verga recobraba de nuevo vida. Ella lo detectó de inmediato y allí volvió con su boca a despertarla del todo. Cuando la tuvo ya erecta fue entonces ella la que se me vino encima, se sentó sobre mí con las piernas abiertas y logró que mi miembro atinara a su entraña y la

penetrara de nuevo, y cuando la tuvo bien fija dentro comenzó a bambolearse, y en un momento me hizo cogerla de las manos y, apoyándose en ellas, se echó hacia atrás y así yo me hundí aún más profundamente en ella. Su cabellera rubia derramada sobre sus pechos llegaba también a acariciar el mío, al que a veces descendía para besarlo y alcanzar hasta mi boca para detenerse en ella. Así me cabalgó, aunque a veces en su galope me salía y daba un pequeño bufido de rabia, pero risueña volvía a introducirme de nuevo con movimientos sabios. Y era tanto el gozo y su lujuria que me hacía acariciar primero, sorber después y estrujar luego sus tetas y sus pezones erectos y me exigía hasta hacerlo con saña y hasta provocarle el dolor, aunque sí este era demasiado me reñía y yo presto aflojaba.

En una de mis involuntarias salidas de su coño, ella se dejó caer a un lado y se quedó boca arriba.

—Ven encima, sobre mí. Así dominarás, pero seguirás mis órdenes si te digo que te quedes quieto y no arremetas.

En aquella postura la clavé de nuevo hondo y aún más cuando, echando ella sus piernas sobre mis hombros, aquello me permitió una embestida todavía más profunda a su sexo, que ya sentía hirviendo. Ahora ella gemía de manera creciente y el gemido se hizo en un momento grito.

—¡Dame, dame, no pares, no pares! —Y luego ya en un aullido, me gritó —: Ahora clava dentro y quédate ahí, ¡no te vayas, no te vayas!

Y entonces la sentí yo explotar en todos sus jugos y derramarse al tiempo que se retorció como poseída, pero yo la sujeté fuerte y la clavé todavía más dentro. Pero no pude aguantarla mucho porque yo también me desbordaba y con latidos potentes me derramaba en lo más hondo de sus entrañas.

No creí que tras aquello fuera mi cuerpo a tener más vida, pero aún supo revivirme por dos veces. La tercera, melosa y entre risas, la noté embriagada por el licor como yo lo estaba por su olor, por su sabor y por su piel, amén de por la bebida desde hacía mucho. Pero no me dejaba sino beber a sorbos pequeños. Me hizo tomarla de costado, esta vez casi con dulzura, suavemente. Y en uno de aquellos instantes, yo dentro de ella y ella acurrucando su cuerpo en el mío, acercó su boca a mi oreja, la lamió provocándome un escalofrío extraño e intenso. Y entonces me dijo algo misterioso y como con mucha premeditación y espera dicho:

—Sé quién eres. —Rio con suave ronroneo y repitió—: Sé quién eres.

Acabé al poco derramándome de nuevo en ella y ella soltando de nuevo sus jugos.

—El vino sube el deseo de la hembra y el del hombre, pero en el hombre lo que le calienta la cabeza le deja muerto para la embestida. No lo olvides. Embriagado no gozarás de las hembras.

Pero la cuarta vez de aquella noche, la embriagada era ella.

Lo supe cuando, tras apretarse ansiosa contra mí, se puso esta vez a cuatro patas, como una oveja o una perra.

—Montas mejor por detrás. Me llegas más hondo Móntame de nuevo. Puedes hasta golpearme si quieres pero solo en las nalgas, jamás en el rostro, y morderme los pechos si lo deseas pero nunca en el cuello.

La monté con furia y ya era yo quien se desataba.

—¿La monto bien, doña Constanza? —le pregunté.

—Cabalga, cabalga. Pica fuerte y ahonda.

—¿Así, doña Constanza?

Su nombre, envergada aún la excitaba más. Acabé por darle azotes en las nalgas, primero con poca fuerza y luego con palmadas ya potentes que debían hacerle daño pero la hicieron hervir aún más, así que la agarré de la cabellera como si fuera mi rienda y la cabalgué como a una potra salvaje. Y fui yo quien la dominé esta vez, pues dejó al fin caer los brazos, hundió la cabeza en la almohada y allí ya la tuve por completo sometida y anhelante a cada embestida mía, hasta que ya mi miembro explotó definitivamente y me desprendí, le di la vuelta y le mordí los pechos con cierta saña, con doña Constanza intentando enroscarse a mí como una culebra para refrotarse entera contra mi cuerpo.

Y así yacimos juntos por última vez aquella noche. Hasta que al rato llamó de nuevo a su sirvienta y de nuevo la dama me lavó y me limpió de sudor muy cariñosamente todo el cuerpo, la cara y la frente. Se puso ya el camisón, me hizo vestirme y me despidió entonces. No sin antes abrazarse de nuevo a mí y darme un largo y húmedo beso con su lengua recorriendo toda mi boca.

Fue después y como postrer recado cuando volvió a sus misteriosas palabras anteriores:

—Sé quién eres, Pedro Pérez, el de Atienza, el hijo del Frontero de Hita y el nieto del Pardo de Zorita que combatió con Minaya Álvar Fáñez. Sé quién eres. Te vi con el Rey Pequeño, en la casa de los Lara. Y yo soy una Castro, Pedro de Atienza. Guardarás en secreto la noche y gozarás de otras. Guardaré yo el tuyo y no diré nada de lo que sé a los míos. Un día sabrás por qué estaba yo aquel día en Soria donde te vi y por qué sé que no eras un simple criado del Rey Pequeño, y yo sabré qué te ha traído a ti a tierras de los Castro. Pero ahora no es tiempo de contarlo ni saberlo. Cuando de nuevo quizá nos encontremos, tú no te dirigirás a mí y yo no te conoceré siquiera. Te haré llamar y acudirás como esta noche. Pero solo si es la vieja criada quien te reclama y te guía. De nadie más recibirás recado mío y si te llega por otra persona de mi parte, será engaño y tendrá trampa.

Así me despidió aquella noche doña Constanza, que me hizo gozar por vez primera como hombre, aunque al salir al frío y la oscuridad, arrojado casi de un empujón por la vieja al callejón, al mirar hacia el cielo raso, por donde las estrellas destilaban el hielo por cada una de sus puntas, vine a recordar entonces la sonrisa triste de la tocadora de cítara en aquel rostro oscuro y sombrío donde se abrían aquellos ojos con fulgores de lucero. Con aquel brillo que ni en sus alaridos de lujuria doña Constanza llegaba a tener en los suyos. Eran en ellos otros los fulgores. Más turbios.

Llegué a casa de mi hermana y entré lo más en silencio que pude por la puerta que hallé entornada. Caí como un fardo en la cama y me desperté con la cabeza embotada y los ojos como llenos de ceniza. Solo tras lavarme con agua casi helada recuperé un poco el habla y ya con un tazón de leche caliente fue cuando soporté la burla de Estrella y la mirada de Crescencio.

—Bajé hasta la plaza a buscarte, pero ni estabas ni nadie supo darme señas. Así que me dije que tendrías mejor cama. —Hasta el prudente Crescencio no podía evitar el curiosear un poco y yo sabía lo que me demandaba, pero callé hasta que me lo preguntó directamente—. No te quedarías en el castillo con el juglar y la juglaresa, ¿eh?

—No. Los dejé allí y volví a la fiesta. No me encontraste, hombre — intenté escabullirme.

—Deja al chico, hombre, que es joven y no tiene por qué contarte —salió en mi ayuda mi hermana.

—Pero con la de la cítara no fue, ¿verdad?

—No fue con ella, quédate tranquilo, hombre. Ni con nadie.

Me miró Crescencio con sus ojos redondos y esta vez incrédulos y mi hermana no pudo evitar el sonreírse.

El carnaval concluyó para mí aquella noche aunque aguanté hasta el martes. Con la esperanza no sé si de que me reclamara la vieja de doña Constanza o de ver a Elisa. Pero ni la una me llamó ni a la otra pude verla hasta el mismo martes, el último día, cuando alcancé a ver a ambos hermanos que partían a caballo. Me acerqué y nos saludamos. Me reiteraron las gracias y ella hizo algo más. Se quitó un pequeño broche que llevaba prendido en la solapa de su capa y me lo entregó.

—No pago deuda alguna. Es un recuerdo. Por si no nos encontramos nunca más.

Pero yo tenía la certeza de que eso sucedería, y a no tardar. Lo sentía como algo irremediable.

—Lo guardaré por siempre. Que tú, Elisa, y Fortum tengáis ventura.

Marcharon en la mañana fría pues aunque ya estaba al alcanzarse el mediodía el cielo aparecía gris como una panza de burra y amenazaba más nieve que lluvia.

Me emborraché aquella noche y, qué cosas, mi compañero de embriaguez fue mi sobrino Gerardo, el mohíno. Bebimos mucho juntos, pero casi sin cruzar palabra, y nos llegamos apoyados el uno al otro primero a su casa, donde lo dejé para irme luego yo a la mía. Al despedirnos me preguntó:

—¿Cuándo te vas, tío?

—Mañana después de la misa de Miércoles de Ceniza.

Y creo que mi respuesta lo dejó aliviado. No sé por qué, pero nunca, desde que nos vimos, me ha querido cerca en su vida. Y yo a él tampoco, la verdad sea dicha. No por nada, pero ahí estaba y ahí estuvo por siempre. Nunca he sabido por qué ni él me lo ha dicho tampoco. Cada uno es cada uno y lo cierto es que tampoco nos hemos causado el uno al otro mal alguno.

Negó ya de amanecida y pensé que al final el mal barrunto de Crescencio sobre los frutales se cumplía. Pero apenas si cuajó la nieve y el miércoles

albores ya claro y con los cielos limpios.

El Miércoles de Ceniza fuimos a la iglesia. Empezaba el tiempo de Cuaresma. Esperaba ver en San Pedro a doña Constanza. Y sí, la vi, pero ella ni pareció en esta ocasión fijarse siquiera en mi presencia. Llegó con otras dueñas, ya tarde, y se colocó delante en los sitios para ellas reservados. Yo tomé mi ceniza y ya tenía aparejado mi caballo. Mi hermana y sus chicos quedaron en la casa limpiando todo rastro de los carnavales. Lavando escudillas, sartenes, tinas y calderos, espetos, ollas y cubetas. Se lavaban cortinas y manteles, mesas y hasta paredes, y se enjabelgaban las fachadas. Todo quedaba limpio, aseado y recogido para la larga Cuaresma, pero también para el sol de primavera.

Cuando salí rumbo a Sigüenza el frío era cortante pero el aire era limpio. Empecé con cierto ánimo el camino, que no eran pocas leguas las que tenía por delante. Y yo algunas cosas en las que pensar y no sabía si había de arrepentirme. Tiempo de hacerlo tendría en la Cuaresma, para que me fuera perdonado el pecado con doña Constanza. Aunque yo de quien quería el perdón era de Elisa, aunque ella no supiera ni de mi falta ni de mi arrepentimiento.

El nacimiento de una ciudad

Iba bien embozado en la capa y bien cubierta la cabeza, pero el frío se colaba por cualquier rendija. La mañana, aunque ya bien entrada, era heladora con un aire que venía del norte y cortaba como un cuchillo porque, a pesar de que el sol lucía en un cielo muy limpio, no calentaba apenas ni el aire ni la tierra. Pero mejor no quejarme, que peor hubiera sido la cellisca y la nieve de la noche anterior.

Salí de Hita, con un caballo de silla y una mula de carga detrás. Parecía tener mi montura ganas de andar ligero, pues cogió un paso vivo y a nada habíamos dejado atrás el cerro coronado por el castillo y nos dirigíamos en un leve descenso, entre revueltas, hacia Padilla, para luego desde allí remontar a la Alcarria. Con Crescencio había preparado el camino y deslindado los cruces que no debía coger y cuáles eran los que antes me llevarían al destino. Porque aunque yo me conocía la zona en cierto modo, no era cuestión de equivocarse y acabar entrando por donde no se debía y saliendo por donde no se quería.

Padilla parece estar cerca pero hay que andar mucho para llegar a la aldea. La senda no es mala, pues va buscándoles la vuelta a los cerros, y, entre otros, bosques de robles desnudos que bajan por las costeras y donde apenas si verdean alguna carrasca, fui aproximándome al sopié de la alcarria por donde ya se remonta y es menos pino el camino, pero por donde temía me iba a castigar mucho más el viento que venía directo de la sierra y del que

por ahora, al ir por el bajo, aún me resguardaba.

La subida no era mala aunque en las umbrías, allí el sendero estaba flaqueado y cerrado entre el chaparral, había que tener cuidado pues en algunos sitios había nieve y en algunos ventisqueros esta podía estar helada y darnos al caballo y a mí un disgusto. Pero remonté sin percance y al cabo ya estuve en la llanada desde donde por la siniestra podía contemplar en toda su extensión y grandeza la sierra. Tenía bastante nieve en los picos, sobre todo en su esquina más lejana y más hacia el oeste, donde blanqueaba casi hasta sus patas, pero por la parte más cercana, por donde el Ocejón, inconfundible, señoreaba, había menos y el propio pico apenas si tenía alguna en su parte más alta. Al igual sucedía en la cordillera entera, bien perfilada en el azul intenso del cielo, y donde se podía distinguir, con lo limpio que estaba el aire y el horizonte, todos y cada uno de los picachos, el Mojón Cimero y el Alto Rey, que también tenía bastante nieve y era el más alto de todos en dirección norte. Fijaba yo allí la vista, a través de la llanura alomada y luego las primeras estribaciones que iban anunciando a las montañas e intuía por dónde había de andar Atienza y por dónde los diferentes pasos hacia Segovia y hacia Soria, hacia la vieja Castilla.

La senda se había ido acercando al viso de la Alcarria y fue entonces cuando se abrió ante mí un panorama que antes no había podido contemplar nunca. Desde lo alto, el monte se desplomaba en una ladera muy empinada, en ciertos lados convertida en un impresionante cortado y en otros en muy profundos barrancos y cárcavas. A sus pies se abría un amplio valle que yo bien sabía cuál era, pues una larga hilera de árboles desnudos descubría por donde bajaba el río Henares. Y a juntarse con él venía también, este desde la sierra misma, el otro río que yo bien conocía, el Bornova, el que nace en Somolinos y pasa luego junto a la iglesia de Santa Coloma de Albendiego, de buen recuerdo y de mejores días. Y aunque el campo estaba yerto de frío, era una hermosura contemplar todo aquello.

Iba yo pensando en todo aquello y en mi vida y en lo sucedido en Hita y en algunas extrañas cosas que me habían acaecido, como aquellos retozos y sofocos con doña Constanza que con solo acercarse a mi memoria hacían que se me calentara el pulso y hasta algo la entrepierna, a pesar del pasmo que hacía. No dejaban de amoscarme sus últimas palabras y advertencias,

amenazas más bien, aunque desde luego de aquella noche no pensaba yo referir ni una palabra y menos dar un nombre. Prevenido debería andar, fuera cual fuese la intención y aunque yo misión oculta en realidad no tuviera, excepto la de irme informando y enterándome de cómo estaban los ánimos de las gentes sobre todo en lo que al joven rey atañía.

Que algo ya había percibido en Hita. Aunque fuera de los Castro, en la villa, al rey Alfonso se le respetaba y se le tenía en estima. Los más deseaban que llegara pronto a la mayoría de edad, se pusiera a reinar con energía y embrudara las peleas de las casas nobles, que a quienes más perjudicaban era a la gente llana. Muchos estaban cansados de la larga pugna entre Castros y Laras, fueran caballeros o villanos, fueran labradores o recueros. Con el clero no había tenido ocasión de conversación alguna y ahora, al pensarlo, me surgió otra intriga, que me llevó de doña Constanza a Elisa. ¿Qué hacían los hermanos saliendo de la iglesia de San Pedro a tales horas de la noche? Sabía yo que los juglares, amén de divertir a nobles y andar por sus casas y estancias, solían traer y llevar mensajes y mandados de los unos a los otros, y los clérigos, en cuanto a poder e intrigas, no les iban a la zaga sino que los adelantaban. Que un obispo era en muchas ocasiones más que un conde.

Iba rumiando aquello cuando ya en el tramo final de aquel alto viso sobre los ríos, el valle y las lejanas sierras, en una aldea que lleva por bien puesto el nombre de Miralrío, y que no pasa de unas cuantas casuchas y un pequeño murete con una base de piedra y por encima de leña para resguardarlas, divisé el castillo de Jadraque, o el Castejón de Abajo, que también le llaman. Está la fortaleza, despegada de la alcarria, en un cerro muy bien trazado y separado de los otros altos y por tanto de buena defensa, aunque haya alguno, como sucede con la peña de Atienza, que le domine en altura. Desde donde estaba se le divisaba de lado y por detrás, que era por donde tenía el acceso principal, el foso, el puente, el rastrillo y la puerta de entrada, bien custodiada, mientras que por el norte, donde se elevaban dos torres desafiantes, no había entrada. Por el camino hacia la fortaleza vi subir algunas figuras a pie y un par de ellas a lomos de caballerías. No había topado con nadie en todo el camino y pensé que ya iba siendo hora de buscar algún resguardo donde pasar la noche. Pero lo cierto es que aún me quedaba luz para unas horas y no quería desperdiciar lo que quedaba de jornada.

Sabía que el camino tenía un ramal que bajaba hacia el castillo y hacia el valle del Henares, pero que otra senda proseguía por la propia alcarria sin descender y que, continuándola, acabaría por completar toda aquella alcarria y me conduciría bastante más cerca de mi destino, a Castejón de Arriba, aquel que mentaba el *Cantar de Rodrigo*, ya sobre las juntas de este Henares con otro río, el Dulce que le llaman.

Para llegar a un sitio se me hacía muy pronto y para alcanzar el otro demasiado tarde. Pero al final opté por no descender y seguir la trocha alcarria adelante, aunque esta vez ya algo más alejada del viso de los montes. Perdí el castillo de vista y seguí mi camino.

A no mucho tardar comprendí que quizás hubiera errado, pues estaba metido en un encinar muy espeso y cuando salí de él fue para dar en un chaparral, este sin hojas, pero también muy tupido, por el que, eso sí, la senda seguía estando muy sobada y se notaba por ella buen trasiego de caballerías, aunque aquel día no me topara con ninguna. Sabía por el Crescencio que era por allí donde había de tener más tiento con los cruces y, como veía que se me iba echando la tarde encima, estaba deseoso de llegar al que menos posibilidades de equivocarme tenía.

—Lo encontrarás a la entrada de un chaparral muy grande y de él sale primero una vereda y luego, poco más adelante, otras dos. La primera baja hacia un sitio donde hubo castillo, pero ahora no sé si queda siquiera gente, que llaman Bujalaro, y no mucho más allá tienes el cruce que no debes fallar. La siguiente vereda se desvía hacia la izquierda y es la que debes seguir. Es la que sigue por los visos hasta Castejón. La otra a la derecha tuerce hacia Algercilla y te bajaría de la alcarria por el lado opuesto. De por allí es precisamente de donde viene el río que acaba por llegar por aquí a Hita y la Torre del Burgo, el Badiel. Según como te haya cundido el camino, coges la una, la que baja a Bujalaro, que ya te digo que puede que no haya ni gente o la otra, a Castejón, pero a mi entender nunca la tercera y la que parece más recta. Ojalá puedas llegar a Castejón con luz pero, para mí, en un día y habiendo salido ya tan tarde no llegas. Ni aunque echaras el caballo a correr a las cuatro patas.

Eso me había dicho mi cuñado al despedirnos y, desde luego, no había puesto yo al caballo ni al galope ni al trote siquiera. Confiaba en llegar a

algún lugar donde encontrar cobijo, encender fuego y pasar la noche, y como vi que esta se me iba a venir encima, pues el sol empezaba a caer más que al paso hacia detrás del Ocejón, me decidí por coger la primera senda que, en efecto, a la entrada del chaparral salía a la izquierda y estaba señalada por un mojón de piedras, y me tiré por ella hacia abajo por una barranca bastante estrecha entre dos pronunciadas laderas y donde ya se me fue viniendo el crepúsculo encima. Era ya casi de noche, con apenas un resol tras las montañas del fondo, cuando salí de aquella estrechura donde brotaba una magnífica fuente, extrañamente bien cuidada y con hermosos pilones que se comunicaban entre ellos. El pueblo aquel, Bujalaro o como se llamara, no debía de estar lejos.

Pero no acababa de llegar a él y ya empezaba a cerrarse el cielo y a verse las estrellas en el azul más oscuro hacia el naciente del sol, luna no había o no era todavía hora de que saliera, cuando sí que divisé como una mole rocosa más oscura al fondo y en algún momento me pareció atisbar el parpadeo de una luminaria.

Me dirigí hacia allí avivando mi montura y, en efecto, llegué bajo una mole de roca cortada en vertical donde se erguía una torre, aunque esta parecía abandonada y medio en ruina. Pero sí había alguna vida allí. Por el lado donde menos empinado era el cortado y quedaban lienzos de alguna muralla había algunas casas como apretadas al amparo de la vieja fortaleza, posiblemente construidas con sus propias piedras. Allí fue donde me parecía haber visto el parpadeo de alguna luz, quizá de alguna lumbre encendida. El ladrido de un perro me lo confirmó y, antes de crear mayor alarma, opté por ser yo el que diera voces anunciándome.

—¿Hay alguien? Me ha caído la noche y busco cobijo. No haya miedo.

Pero acaso quien algo tenía era yo y, por si había que afrontarlo, eché mano a un buen puñal que llevaba entre las ropas. En la mula no me faltaba una cota de malla, un escudo y una buena espada, pues aunque no hubiera sido armado caballero sí me había adiestrado un tanto en las cosas de la guerra. Pero no era cuestión de ir de villa en villa con ellos a acuestas. Yo aún no pasaba de ser un mozo al que le quedaba un trecho para esas cosas, si es que alguna vez andaba en ellas.

Salió un hombre de una de las casas. Llevaba una antorcha en la mano y

en la otra una fuerte estaca. Pero era su gesto más preventivo que de agresión. Hizo callar al perro y me dijo:

—No son horas de llegar a puerta alguna. Ni se sabe quién viene ni lo que puede encontrarse.

—Me ha entrado la noche casi de repente al bajar de las alcarrias. Vengo de Hita y voy hacia Sigüenza. Me vale un cobijo para echar lumbre y donde pasar la noche.

—¿Viene solo el hombre? —inquirió receloso.

—Solo vengo. Y traigo para mis animales cebada y para mí comida.

Mi interlocutor era un hombre fornido y muy alto, a la luz de la antorcha parecía casi un gigante, y el que salió tras él no lo era menos.

—¿Quién anda, hermano?

—Un forastero que dice que se le ha hecho tarde.

Me observaron los dos y creo yo que, al descubrirme la cara y ver mis trazas de muchacho, fue cuando ya se confiaron del todo.

—Es poco más que un chico —señaló el primero.

—Anda, baja. Ahí tienes un corral medio hundido donde puedes desembarazar de sus arreos y dar cebada a las bestias. Y cuando acabes, entra. No vas a dormir al raso, que viene la noche recia de hielo. Lumbre hay dentro y algo de comida aún quedará para calentarte el cuerpo.

Eso hice y con premura, que ganas de estar al lado del fuego y hambre traía ya crecidas. No había probado bocado apenas, unos mordiscos a un cacho de pan con aceite, en toda la jornada. Bastante había comido y trasegado en carnavales, pero ahora mi estómago reclamaba algo caliente.

Aquellos dos hombres, que se habían tratado de hermanos, me lo dieron. Un pote donde flotaba algo de berza es todo lo que había. Pero me entonó el cuerpo y cuando yo saqué un buen cantero de pan y se lo ofrecí a ellos, los ojos se les pusieron golosos. No me lo despreciaron, desde luego.

A la luz de la lumbre pude ver que en efecto los dos eran hombres de gran corpulencia, todavía jóvenes, de anchas espaldas y gestos duros, pero que miraban de frente y sin bajar la mirada ni desviarla a los lados.

De dónde habían llegado no lo pregunté ni ellos me lo dijeron. Parcos en palabras, me alcanzaron a decir tan solo que eran los dos únicos que allí moraban y que el lugar lo habían encontrado abandonado. Tan solo, a su

llegada, paraba de vez en cuando por allí un pastor de cabras, un moro, que cerraba allí el ganado y les dijo el nombre del lugar y que las últimas familias mudéjares se habían marchado un año antes, pero que un día se subió con el hato hacia las alcarrias y ya no lo vieron más, y ellos decidieron quedarse. No vi que tuvieran otros animales que el perro ni apero de labranza alguno. Pero eran robustos y decididos.

Me calenté al lado del fuego y allí, acurrucado contra la pared y envuelto en la capa, me hice un ovillo. Ellos se acostaron en sendos jergones que se habían preparado sobre unas tablazonas. Podían, pensé antes de caer rendido, asaltarme y robarme, pues parecían estar a falta de todo, pero cuando me desperté poco después de clarear el día uno de ellos entraba con un brazado de leña para avivar el fuego.

—Venía cansado el mozo —le dijo a su hermano.

Compartí con ellos mi pan y mi aceite, y añadí vino, que andaban ellos más necesitados que yo de comida. Y me enteré de algo más.

Allí había habido un pueblo y en el castillo semihundido y por las casas abandonadas se podían proveer de muchas cosas. De hecho lo estaban haciendo y ya tenían hasta rehecho un arado completo y un buen número de utensilios y aperos.

—Aquí hay mucho que aprovechar —dijo el que parecía mayor, mientras que el otro, que renqueaba un poco de una pierna como si le molestara allí alguna herida, miraba con cara de envidia a mi mula.

Eran robustos y decididos aquellos dos hombres. De donde habrían venido era cosa suya, pero vi que su intención de quedarse era firme. Necesitaban una caballería. Y eso iba a costarles mucho el conseguirla. Me habían dado cobijo y compartido su caldo. Podían haberme robado todo y hubiera estado indefenso en sus manos.

—Desde luego que hay mucho que aprovechar aquí, pero con las manos solas no se rotura un monte ni se desbroza un campo, aunque haya sido arado antes.

—Pues tiraremos del arado por turnos. Por la vega y hacia el río hay buena tierra. Y algo de simiente sí que hemos conseguido. Hasta quedan restos de huertas y alguna higuera y alguna vid que ha rebrotado. Y con más retoños daremos esta primavera.

Lo decía con fuerza pero su hermano, el renco, miraba a la mula.

—Os hace falta una caballería.

—Ya lo sé. Pero no hay posibles. Ya nos arreglaremos como sea.

Me dio un repente. Uno de aquellos que, supongo, Yosune nunca me hubiera consentido. O sí. Porque aquellos hombres tenían algo recio y bueno y mi mula no era de las buenas, iba ya para vieja, no me iba a hacer ya mucha falta al llegar a Sigüenza y para hacerlo podía cargar lo que llevaba en el caballo.

—Me la habéis podido quitar a la fuerza y no lo habéis hecho. Y hasta dejarme en cueros si hubierais querido. Y tampoco. No podéis pagármela ni yo os la voy a dar gratis, pero os hace falta. Así que vamos a hacer una cosa. Os la dejo en préstamo. Yo soy, ya os lo dije, de Atienza, Pedro Pérez, el hijo del Frontero de Hita y por aquí pasan nuestros reateros. Usadla para roturar, alzar y binar y para todo lo que os haga falta. Tratadla y cuidadla bien. Os dejaré también la cebada que llevo, que no es mucha, pero ya encontraréis por algún sitio, tenéis el término entero, forraje y paja con que alimentarla. Este verano puedo mandar a por ella o venir yo mismo a reclamarla. Me pagaréis por ello, ya veré cómo, y si para entonces podéis pagarla con algo os quedaréis con ella. Si aceptáis y juráis por Dios Nuestro Señor que cumpliréis lo dicho, os la dejo.

Lo juraron, con un gesto de incredulidad y una sonrisa de oreja a oreja. Y supe que aquellos hombres cumplirían su palabra y juramento, o harían todo lo que estuviera en su mano y en sus fuerzas para hacerlo.

O sea, que en Bujalaro dejé en préstamo la mula y cargamos la impedimenta en la grupa del caballo, amarrándolo todo bien para que no se venciera ni cayera. Al ayudarme, vieron los hermanos la cota, el escudo, la espada y algún otro ropaje y utensilio y no pudieron evitar comentarme:

—De algo más que de una casa de arrieros viene el mozo.

—Pedro Pérez de Atienza, no lo olvidéis, cuando se os reclame lo que os dejo. Aprovechadlo.

—No lo olvidaremos para el resto de nuestras vidas y te quedamos durante ellas deudos y agradecidos. Por la Virgen María te juramos que lo nuestro es tuyo y que de nosotros y de nuestras casas podrás disponer siempre que quieras y en lo que podamos valerte.

Me dieron sus nombres, Valentín y Julián, y me acompañaron un trecho, hasta remontar un otero que llamaron el Salto, desde donde vi abajo ya de nuevo el río, el Henares, muy cerca.

—Viene dando una vuelta desde Jadraque, por debajo de una cueva y de un castillo que llaman de Nublares, y luego se mete por detrás de esos cerros para asomar por aquí en esta vega, que es de la mejor tierra. Sigue el río arriba, no tiene pérdida, hasta que llegues. ¿Ves aquellos dos cerros parejos? Detrás de aquel monte cobrizo, pues algo más allá, a la derecha, verás Castejón en lo alto, pero tú sigue por la orilla del Henares hasta dar con las juntas de otro río. El que viene por la derecha es el Dulce. Pues sigue ese por la margen izquierda y tira por él. Pasas bajo Mandayona, que es el último pueblo de la tierra de Atienza, y siguiendo a poco te meterás ya en un desfiladero muy temeroso, pero irás bien al resguardo. Tú sube tranquilamente el Dulce, que irás a dar a otro castillo allí en mitad del hundido, el de Pelegrina, que ese sí tiene gente. Es del obispo de Sigüenza. Desde allí remontas y a nada estás en ella. Llegas de sobra de día.

Me despedí de los hermanos, de su perro y de mi mula. Me daban el adiós con la mano cuando volví la vista atrás y los vi allí, en el Salto, con el castillejo roto a su espalda. El Manda y el Elías me habrían dicho que vaya tontería había hecho, pero mi abuela Yosune quizá no pensara lo mismo. Y yo sentía que algo bien había hecho.

Cogí vereda al lado de las aguas claras, más que las del Henares, que bajaban más turbias, del río Dulce y seguí su ribera izquierda, que era por donde se veía paso, aunque de vez en cuando debía vadear y cruzar al otro lado. A nada estuve en un desfiladero muy alto, por donde volaban buitres y chillaban halcones, y poco más allá me topé con un pueblo arracimado al lado de la corriente. Debía de vivir gente porque de alguna choza, que eran de madera o estaban excavadas en los terraplenes, salía humo, pero se escondieron a mi paso y seguí adelante un poco sobrecogido por aquel paraje abrupto de paredes de piedra en vertical donde a veces, y sobre ambos lados del río, casi llegaban a tocarse, sobre todo en un paso tan angosto que hube de meter el caballo por el río, pues orilla no dejaba la corriente y lamía la roca en ambos lados. Luego ya se dulcificó la senda un poco y llegué a un lugar más abierto donde se veía que había corralizas para el ganado y trazas de

ovejas, pero no vi ni sentí al ganado, aunque no tardé en divisar gente más arriba cuando al fin di con el castillo que me habían dicho y que estaba en medio del valle, en un cerro alto que allí se elevaba y que desafiaba en altura a los acantilados de ambos lados.

Era aún buena hora, pero no quise parar ni demorarme. Un pastor con una pequeña punta de ovejas iba delante de mí y al ponerme a su lado le pregunté por la senda hacia Sigüenza. Me la señaló con la mano y me despidió con un:

—No tiene pérdida. Con Dios vaya.

—Con Dios quede —contesté y seguí camino.

Ya no tardé mucho más en llegar a Sigüenza. Fue bajar unas cuestas y remontar las últimas y en una revuelta darme con la vista de un castillo en la parte alta de una cresta y, más abajo, con una franja de casas que iban bajando desde la fortaleza a las torres de una iglesia y acababan por llegar hasta el río, el Henares, otra vez allá abajo.

Me había dicho mi hermana Estrella, que el tío Pablo vivía casi pegado al río, así que me evité subir hacia el castillo y me rebajé hasta llegar a una desnuda alameda que por esa parte daba a las primeras casas de la población, todas a cubierto y detrás de una buena barbacana. Pedí razón de la casa de mi tío y me la dieron presto. Mi tío Pablo y su familia me recibieron con mucha alegría y aquella noche cené bien, aunque de Cuaresma, y dormí mejor que la de antes. No me tuve que ocupar del caballo ni de descargarlo. Mi tío y mis primos lo hicieron por mí, y mi tía lo único que hacía era decirme:

—Descansa, que vendrás baldado, muchacho. Primero tómate este tazón y luego un poco de queso y después algo de leche para irte a la cama. A quién se le ocurre venirse solo desde Hita. Para que te hubiera pasado cualquier cosa.

Bueno sí que me había pasado, pero eso mejor que no lo supieran, porque desde luego mi tío Pablo ni aquellos hijos suyos labriegos hubieran entendido ni por lo más remoto que hubiera dejado a dos desconocidos, sin más hacienda que sus manos, una mula en préstamo.

Mi tío Pablo era el segundo de los varones, el que seguía en edad a mi padre, y aunque andaba ya rondando los sesenta aún se mantenía derecho y con buen aspecto. Aunque era, decían, el que había sacado más las hechuras de su padre Pedro *el Pardo*, no había querido saber nada de espadas ni

batallas y todos decían que en carácter era el que más se parecía por contra a la abuela Yosune. Era hombre prudente y de evitar en todo lo que pudiera líos. Y quizá fue por ello por lo que, aun teniendo en Hita algunos posibles, prefirió apenas casado y con un hijo pequeño, que siguiendo la tradición de toda la familia se llamaba igual que él, pillar patas y marcharse rumbo a Sigüenza aprovechando una buena oportunidad que entendió que el rey y el obispo recién nombrado les daba. Mi tío era un labriego pero sabía mucho más de lo que parecía de lo que se cocía entre los señores, sobre todo para guardarse de ellos y para que no lo pillaran de por medio. Y no había estado dispuesto en absoluto a que lo cogieran en las peleas entre Castros y Laras.

En esos días, que fueron semanas y acabaron por saltar el mes, aprendí con el tío Pablo muchas cosas y no solo de labores. Tenía la sencilla pero penetrante inteligencia de Yosune y sabía descifrar las verdaderas intenciones y razones por debajo de la hojarasca de las palabras. Era por ello hombre respetado entre los vecinos y, tanto a él como a sus tres hijos, Pablo, Aniceto y Juan, se les tenía en mucha consideración.

Mi primo Pablo ya estaba casado, al igual que Aniceto, pero el tercero, Juan, remoloneaba. Sigüenza estaba creciendo a ritmo vertiginoso y de no ser ni una aldea se había convertido en ciudad catedralicia y el número de vecinos aumentaba cada año. Mi tío Pablo, en nuestras conservaciones al lado de la lumbre, me había ido poniendo al cabo de todo y tengo para mí que su interpretación de lo sucedido era mejor que la que pudiera darme nadie. Al fin y al cabo, él era uno de los primeros repobladores que allí habían llegado.

Lo que mi tío ponía por encima de todo era la buena jugada que el rey Alfonso VII había hecho a su ex padrastra, el rey aragonés, las buenas razones que tuvo para hacerla y cómo se apoyó en los obispos y en los villanos para llevarla a cabo.

—Cuando el arzobispo de Toledo le tomó a los moros Alcalá, que ya en aquella estuvo tu padre con más o menos los años que tienes tú ahora y que buen trabajo les costó, tuvieron que hacer una torre en el cabezo contiguo para dominar sus murallas desde lo alto, no se nombró allí obispo aunque lo tuvo de antiguo. ¡Quia! Menudo era el viejo don Bernardo. La prefería bajo su mitra. Pero cosa bien distinta fue Sigüenza y te voy a explicar por qué.

»El Batallador, que siempre fue medio monje, en su época de mayor

empuje y esplendor comprendió que la primacía entre los reinos cristianos tenía mucho que ver con el apoyo de la Iglesia, de los obispos y del Papa. Por ello comenzó a acercarse a Roma y a ir replicando en su reino el poder obispal de León, Castilla y Toledo, cuyo arzobispo era entendido como el primero de España aunque ello se lo pudiera disputar Santiago de Compostela, y opuso a ello su propia diócesis metropolitana con sede en Tarragona como en tiempo inmemorial había sido. Pero no se conformó con eso. Logró silla obispal para Tarazona y desde ahí avanzó influencias hacia tierras castellanas que durante muchos años tuvo dominadas, hasta llegar casi al mismo Medinaceli, aquí al lado.

»Alfonso, bien aconsejado por el arzobispo toledano, supo que la expansión eclesiástica del aragonés debía ser frenada de inmediato. Por ello tomaron una decisión rápida. Nombraron a uno de los clérigos franceses, al joven Bernardo, venido desde Agen en Francia, como obispo de Sigüenza, aunque no había aquí ciudad y catedral menos.^[7]

»Sigüenza había sido la Segontia romana visigoda y en aquel tiempo sí era mitrada. Pero de aquello no quedaba rastro sino en pergaminos en Roma, ni de la ciudad muralla ni casi piedra alguna. Los restos están cubiertos por la maleza en un cerro al otro lado del río que las gentes llaman Villavieja; de su existencia como ciudad nadie de los vivos tenía noticia alguna.

»Lo que había de verdad a este lado del río eran dos aldeúchas, muy próximas la una a la otra. La una pegada a la ribera del Henares, en buena tierra de huertas, y la otra en lo alto, alrededor de una torre que custodiaba el cruce de caminos y que, ya desde Álvaro Fáñez y Alfonso VI, estaba en manos cristianas, aunque los moros seguían dando por allí guerra y se acercaban de nuevo por aquellos parajes. Lo que hicieron pues fue nombrar a don Bernardo para ocupar una catedral y una ciudad que debía construir primero. O sea repoblarla, refundar Sigüenza, murarla, levantar un templo y alzar un castillo, aunque de esto último, en la parte alta, se encargaría el rey mismo. Con ello se ponía frontera y freno al avance del Batallador y de la curia aragonesa, y se dejaba claro que en aquella diócesis se incluía, como siempre había sido en tiempos antiguos, toda la comarca, con Medinaceli, por supuesto, incluido.

»El rey Alfonso, sabedor de la pobreza de Sigüenza, dio de inmediato medios para sostenerla y le concedió la décima de las rentas reales en

Atienza, Medinaceli, Santiuste, incluyendo aquí su castillo y sus aldeas. A los pocos años agregó las rentas de Soria y las de unas salinas de cerca de Medinaceli, pero que estaban destruidas y que mandó reconstruir. Las que en verdad daban buenos dineros eran las de Imón, de Atienza, que eran las mejores de todas estas tierras y fueron el verdadero maná para el obispo, pues también le tocó una parte de sus rentas.

»Aquello fue por los años veinte y se fue paso a paso, avanzando pero despacio. Se alzó la fortaleza, allá arriba, y aquí abajo la iglesia mayor, Santa María de los Huertos, donde oficiaba el obispo. Pero fue ya años más tarde, allá por el 1135, cuando se produjo la verdadera resurrección de la villa. Alfonso VII ya estaba muy poderoso y su padraastro había muerto. Se llegó a acuerdos con los obispos de Zaragoza y Tarazona y se delimitaron las diócesis. El rey concedió a nuestro obispo la repoblación del lugar con cien vecinos casados y sus familias, veinte de los cuales habrían de ser de Medinaceli y los restantes de donde quisieran venir. Con facultad para labrar cuantas tierras hubiera sin cultivar y desiertas desde los tiempos en que las dominaban los moros. A todos ellos les ampararía el buen fuero de Medinaceli y tributarían al obispo. Fue cuando me decidí a venir desde Hita, con mi mujer y mis dos hijos mayores, el Pablo y Aniceto; el Juanito, que es el más joven, ya nació aquí. Venirme es lo mejor que pude hacer en mi vida.

A esos cien primeros de los que mi tío Pablo estaba tan orgulloso de pertenecer se unieron, a los cinco años, otros cien vecinos más, y ya pudo empezar a hablarse de que Sigüenza era algo importante y que había que defender mejor, pues según el propio don Bernardo de Agen se quejaba al Emperador, los moros no andaban lejos y merodeaban por el lado de Aragón y por la paramera alta que va hacia Cuenca. Por el lado de Molina ya no venían, pues la había conquistado el rey aragonés y luego pasado a Castilla, encargándose el conde Manrique de Lara de reconstruir sus abandonadas defensas y repoblarla. Sus diezmos, como los de Castejón, fueron también para la iglesia de Sigüenza.

—Los males —proseguía mi tío su relato— nos venían de por el sur, de allá del Alto Tajo, un terreno quebrado y todo bosque, por el que los moros andaban como les convenía y les daba en gana, saqueándonos en cuanto teníamos un descuido. Y aún sin tenerlo. A la postre y en una de aquellas, al

ir tras ellos, iba a perecer el propio don Bernardo. No te digo más de cómo andaba por aquel entonces la cosa.

»Antes de caer en aquella emboscada en Huertahernando, en la orilla misma del Tajo,^[8] el obispo trabajó duro y no le fuimos nosotros a la zaga. Así que a los veintitrés años de llegar aquí don Bernardo había reedificado la iglesia, con doble muro y dotada de torres contra peligros y enemigos. Mientras, el castillo también se había fortalecido y había allí guarnición continua. Las rentas de aquel lugar y su poblado alrededor eran del rey, pero este a la postre las dio también al obispo y ya por el año 1146 decidió entregárselas junto con la propia fortaleza, aunque se quedó a cambio el poblado de Alcubilla y el de Caracena. Fue entonces cuando se ordenó y se cumplió que Sigüenza de Arriba y Sigüenza de Abajo fueran una sola villa y un solo Concejo cuyo señor sería exclusivamente el obispo. Y para mí fue cuando de verdad se fundó esta Sigüenza.

Mi familia estaba muy orgullosa de haber sido de aquellos primeros pobladores, pero en Sigüenza vivían también, desde hacía tiempo, mi otro tío, Gabriel el cantero, y su familia, que llegó cuando la ciudad comenzó de veras a levantarse como tal, sobre todo la catedral, pues el castillo ya lo habían alzado y fortificado las gentes y los menestrales por encargo real.

—Tu tío Gabriel el cantero, y su hijo, también del mismo oficio y nombre, vinieron cuando estas tierras comenzaron a revivir y a nada ya éramos aquí varios cientos de vecinos y muchas alquerías y aldeas por doquier también roturando y sembrando, desde Aragosa a Pozancos o a Alcubillas. Pareció que las piedras también cogieron vida y hubo trabajo para todo el que sabía trabajarla y labrarla. Y tu tío es de los buenos en su oficio.

Mi tío Pablo había visto poner la primera piedra de la barbacana que rodeaba la villa y de la catedral nueva, que ya estaba a punto de culminar, emplazada a medio camino en una repisa de la cuesta entre las huertas de la ribera del Henares y el castillo del cerro, pero es que mi tío y mi primo, los Gabrieles, no solo las habían visto poner. Es que las habían puesto ellos.

El primer domingo de mi estancia, tras acudir a misa a Santa María de los Huertos,^[9] subí con mis dos tíos y la familia al completo a ver la obras de la catedral que estaban ya a punto de finalizar. Toda la villa y la comarca entera

eran un hervor ante la próxima y solemne apertura del grandioso templo que el nuevo obispo tenía prevista y anunciada ya para el muy próximo mes de junio.^[10] Aunque, a buen seguro, quedaría luego aún mucho por hacer y seguir construyendo, ya sería el lugar que el obispo y la envergadura creciente de la ciudad merecían.

La nueva catedral no desmerecía de las catedrales que yo había visto, y había estado en casi todas con el Rey Pequeño, entre ellas las de Toledo y la de Burgos, y aún diría que por aquel entonces las superaba por su novedad pues la seguntina sorprendía por algunas elevaciones, bóvedas y alturas que las otras no tenían. Aunque seguía siendo sólida y fuerte ya que, amén de ser lugar de oración, también había de serlo de refugio y fortaleza, pues la frontera estaba cerca y los moros próximos y si fuera el caso podía ayudar al castillo del cerro en la defensa y actuar como una doble torre de resistencia. Hasta el lugar donde se la había enclavado respondía a ello, pues desde allí se dominaba el valle y el río, mejor que desde el propio castillo de arriba, que controlaba por su parte los pasos hacia los páramos y hacia Alcolea, Molina, el cañón del Dulce y el camino hacia Mandayona, Castejón, Hita y Guadalajara.

Comprobé aquel domingo que mis tíos gozaban de consideración en la villa, pues habiendo llegado el uno como labrador y el otro como cantero y haber el uno pechado y el otro penado con la piedra y seguir ahora haciéndolo, su condición y hacienda habían mejorado en mucho hasta alcanzar a tener voz, mi tío Pablo, en el Concejo y hasta gozar de un trato fluido tanto con caballeros como con clérigos, a los que trataban con todo respeto, claro, pero con patente cercanía.

Fue mi tío Gabriel quien me presentó a uno de los miembros del cabildo dando alguna seña mía y haciéndome pasar, aunque le advertí que era mejor que no se supiera demasiado de mi peripecia infantil en la corte del rey, como alguien de cierta importancia, a pesar de mis pocos años, tanto en Atienza como en la casa de los Lara.

El canónigo, proveniente del cabildo de Segovia, y Romualdo de nombre, estaba deseoso de darme nuevas y enaltecer la obra de sus obispos. Desde el ya legendario don Bernardo de Agen, pasando por su sobrino el narbonés don Pedro de Leucate y el aquitano don Cerebruno, hasta el actual Joscélmo, que

había llegado el año anterior e iba a ser, sin embargo, quien disfrutara la gloria de consagrar y abrir a los fieles el templo.

El clérigo, como el resto de los sacerdotes y los propios vecinos, estaban henchidos de orgullo y rebosantes de gozo místico por concluir aquella obra a la mayor gloria de Dios, y Romualdo se explayaba en contarme todo lo hasta allí acaecido.

—Sigüenza es lo que es por la santísima Iglesia y por ella se ha construido y levantado. Es por ello por lo que esta ciudad ha de prevalecer y prevalecerá en el tiempo y por los siglos. Con ella ha revivido la ancestral Segóntia y por ello debe estar siempre al servicio del Todopoderoso y cantar sus alabanzas.

Sin duda, Romualdo estaba tocado por la fe y la gracia de Dios y proclamaba sus bondades a los cuatro vientos, pero era de justicia reconocer que, en efecto, Sigüenza era ante todo una ciudad levantada por la Iglesia y, como decía mi tío Pablo, alrededor de un obispo.

Con Romualdo pude conocer sus principios, sus pasos, sus dificultades y con él aprendí y comencé a comprenderla. Con el clérigo y mi tío el cantero daríamos después largos paseos circunvalándola y enseñándome el uno y el otro puertas, muros, adarves y torreones donde, en ocasiones, la gruesa pared de una iglesia, la de Santiago, arrancaba de lo alto de la propia muralla para erguirse más alta y colgar sobre el barranco y el pinar hacia el naciente, mientras el muro iba avanzando hasta dar ya con el primer saliente del castillo.

Tras una primera ocasión solía luego yo darme largos paseos, subiendo desde los huertos, y por la trasera de la catedral salirme a los adarves de la muralla por la puerta del Mercado e ir recorriendo por el exterior la muralla hasta el castillo, rodearlo por completo e ir a entrar por el otro lado ya, por la puerta del Hierro, y meterme luego por las travesañas altas y descender hacia las bajas y volver a salir de la ciudad por la puerta del Sol, que convertí en mi favorita por su hermoso pasaje y su buena fábrica. Me gustaba aquel callejear por la ciudad de piedras nuevas y tan poco tiempo antes labradas y unidas a las otras para crear aquí muro, allí pared, más allá iglesia y más acá casa, o acercarme tras discurrir entre los mercaderes que ante el hierro esperaban turno de entrada a la judería, un poco más abajo, donde siempre había otro

sonido y hasta un silencio diferente al del resto de la villa. En otras ocasiones, para no siempre andar subiendo y bajando las cuestas seguntinas, lo que hacía era recorrer la zona baja, la de la ribera del Henares, la de los labradores y las huertas, hasta salirme cruzando el puente y andar por el camino hacia Santiuste, Imón y Atienza y ascender a la cuesta de enfrente para, desde allí, ver a Sigüenza en su plenitud y conjunto, o bien coger vereda, aguas arriba y entre alamedas y molinos, hacia Alcuneza. Y días había en que me iba a los baños, que Sigüenza ya los disfrutaba, y que eran, como tantas cosas allí, del obispo, contruidos ya en tiempos de don Bernardo, y cuyos dineros servían para contribuir al sustento del cabildo junto con los diezmos de Molina que el rey había añadido para la manutención del clero. Porque lo de las salinas era intocable. Eso iba en exclusiva para las obras de la catedral y de allí no se distraía ningún dinero para ninguna otra cosa.

Como bien me dijo ya aquel primer día en que conocí a Romualdo, el templo se había levantado con la sal de Atienza.

—La catedral de Sigüenza tiene sus cimientos de sal, Pedro. Sobre sal se ha levantado. Pero he de decirte que don Bernardo, que en gloria estará con Dios por sus buenas obras en la tierra y tras haber dejado su vida en combate contra los infieles, no fue quien inició su construcción, aunque dicen que ya tenía escogido el lugar. Fue su sucesor y sobrino, tras perecer él a manos sarracenas, don Pedro de Leucate, un franco-aragonés, cluniacense, nacido en Narbona, quien comenzó las obras. Aunque no las adelantó mucho, pues la muerte vino a buscarle tan solo cuatro años más tarde. Él fue quien ordenó que no se distrajera una sola moneda de lo que habían de entregar las salinas de Imón y de otros lugares, al menos hasta que las cabezas de los altares y la cruz estuvieran del todo contruidas. Fue su sucesor, don Cerebruno, quien adelantó los trabajos y la tenía casi concluida cuando fue nombrado para más alto cargo, pues es ahora nada menos que nuestro arzobispo en Toledo. Será pues el obispo Joscelmo a quien le quepa el honor inmenso de consagrarla.

Percibí al rematar su parlamento un cierto resquemor en la voz del canónigo, como si no le pareciera justo que, tras tantos esfuerzos de sus antecesores, fuera este obispo nada más llegar y besar el santo, después de los sudores que a todos les había costado. Romualdo había llegado a Sigüenza en

tiempos del aquitano don Cerebruno y bien que se le notaba, y el que su muy admirado prelado fuera ahora nada menos que arzobispo en Toledo le llenaba de orgullo. Y con razón, pues pocos había en todo el reino castellano con el predicamento de don Cerebruno, que además de la mitra toledana, o a causa de ello, había sido preceptor del rey y uno de los apoyos esenciales de la casa Lara, con quienes siempre había estado en la mejor de las disposiciones, aunque corría un cierto rumor que yo había oído en mis últimos tiempos con la familia que no se acababan de fiar del todo, pues se sabía de algunos viajes suyos a León buscando acuerdos y reconciliaciones. Cosa que a los Lara no acababa de gustarles. Pero lo cierto es que, rumores aparte, se le podía considerar con todo merecimiento uno de los grandes baluartes de esa facción y la mejor prueba es que cuando los Lara expulsaron a los Castro de la tenencia de Toledo y al quedar vacante la plaza de arzobispo, esta fue para don Cerebruno.

Mi tío y mi primo canteros, los Gabrieles, habían llegado a Sigüenza durante el mandato de este obispo. Aunque de inicio no trabajaron en el templo, sino que se ocuparon en la parte superior de la villa, en la puerta de entrada y muros de cierre de la travesaña alta, que fue la primera parte en tomar cuerpo, para luego ir descendiendo hacia las siguientes y a la travesaña baja ya pegada casi a la catedral. Que es donde a poco, padre e hijo, reconocido su trabajo, se ocuparon. Y allí estuvieron largos años hasta que se había dado conclusión a los trabajos de cantería y solo quedaban algunos remates para proceder a su consagración solemne.

Fueron ellos, con don Romualdo, mis guías en la primera visita, con el canónigo abundando en las bondades de los obispos don Pedro y don Cerebruno y en su visión de hacer venir de su Aquitania y de su Poiteirs natal aquellos maestros de obra que traían aprendidas maravillosas fórmulas para levantar y elevar las arcadas y las cúpulas. El uno había mandado llamar a los mejores constructores de su tierra natal, que venían con maravillosas y nuevas fórmulas para levantar los arcos, y eso mismo hizo el aquitano Cerebruno. En esto último sí que coincidían mis familiares, que confesaron haber aprendido de aquellos francos mucho de lo que ahora practicaban, y que me mostraron cuando con ellos pude recorrer la ya casi ultimada obra, ponderándome aquellas novedades que permitían que los templos se elevaran

como nunca hacia los cielos.^[11]

La catedral de Sigüenza se componía de una planta de tres naves y una cabecera con cinco ábsides escalonados desde los laterales al central, que era mayor que los otros. La fachada estaba presidida en su puerta principal por la imagen de Santa María y un soberbio rosetón que me dejó admirado, y escoltada por otras dos entradas, a izquierda y derecha, la de la Epístola y la del Evangelio. Cada puerta daba a una de las tres naves. Por fuera y escoltando a todo el edificio, a cada lado, dos potentes torres defensivas, impresionantes y dignas de la mejor fortaleza guerrera.

La construcción había comenzado precisamente con aquellas dos torres y los muros interiores, y era en aquello en lo que mis interlocutores me instaban a que observara cómo se había comenzado con unas formas y concluido luego con otras bien diferentes cuando se llegó al fin de las obras, veinte años después de su inicio.

Ya en la entrada mi tío me había hecho fijarme en que aquellas torres defensivas de piedra arenisca eran muy compactas, de planta cuadrada y con pequeñas ventanas, una por lado en la parte inferior y en la superior dobles ventanales con arcos de medio punto.

—Fíjate en esos arcos —me señaló—. Eran los que al principio levantábamos y los que sujetaban la carga. Pero ahora tienes que fijarte en estos otros del interior, muy diferentes a ellos y donde verás cómo se construye ahora. En ello lleva razón don Romualdo, son las nuevas técnicas que los francos de Poitiers nos han enseñado.

No soy yo ducho en cantería ni construcción y me costó entender lo que me decían, pero al fin alcancé a ver, pues era bien notorio hasta para un zoquete como yo, la enorme diferencia entre una manera y otra, y concluí por compartir su emoción por aquella maravilla. El templo había comenzado a construirse de la primitiva manera, con aquellas bóvedas de medio cañón y soportado en columnas cilíndricas. Pero según ibas avanzando hacia la cabecera del templo todo cambiaba. Al caminar hacia la puerta de los Perdones las columnas ya no eran de haces, sino más esbeltas, y todavía más sorprendente era cuando se miraba hacia lo alto en aquellos arcos ojivales y en aquellas bóvedas reposando sobre nervios y arbotantes que desparramaban y aguantaban su empuje dibujando figuras de triángulos curvilíneos que,

aunque pareciera inaudito, mantenían un perfecto equilibrio y la estructura se sostenía más sólida y firmemente que la antigua, según me aseveraban al unísono clérigo y canteros. Dotando además a las naves de una mayor elevación, amplitud y grandiosidad para que los fieles pudieran tener abundante espacio y elevar mejor sus almas y rezos hacia el cielo.

—Es sin duda algo extraordinario, que al principio ni nosotros mismos comprendíamos, aferrados como estábamos al semicírculo del arco de medio punto, a la bóveda de medio cañón y a la de crucería —confesaban los Gabrieles—. Esta bóveda de nervio y la ojiva son lo más extraordinario que hemos visto en nuestras vidas y ya no se construirá de ninguna otra manera. Ven y te mostraré la diferencia en este lugar preciso, cómo se cambió de lo uno a lo otro. ¿Ves este ábside? Observa las dos líneas de ventanas que rematan aquella claraboya y donde puedes contemplar también el triforio. Pues mira bien, la base es antigua, pero ya la bóveda de la claraboya, radiada y en estilo ojival con sus siete ventanas, está hecha con la nueva técnica en su grado más depurado. Y la hemos hecho nosotros, sobrino. Te digo que a día de hoy, mañana levantarán otras y mejores seguro, la catedral de Santa María en Sigüenza no tiene rival entre las de España.

Se apasionaba mi tío Gabriel, asentía mi primo y se congratulaba el canónigo. Y yo también lo hacía con ellos y convenía en que, desde luego, aquel nuevo arte era, y lo tenía ante mi vista, tan increíble y armonioso que no tardarían todos en construir así los templos.

Pero he de reconocer que de todo aquello yo seguía teniendo un deleite especial en admirar las entradas porticadas tanto de la catedral como de los dos templos cercanos, levantados también en la zona alta de la villa, los de Santiago y San Vicente, que gritaban en cada una de sus piedras y arcadas que habían sido trazados por la misma mano maestra. Una mano aquitana a la que luego había hecho realidad otra castellana, la más humilde, de martillo y cincel, siguiendo las instrucciones de un avezado cantero, mi propio tío Gabriel, según nos confirmó ufano. Y de su hijo, que quiso mostrarme también su firma cincelada en no pocas piedras y sillares.

—¿Ves? Esta es mía, primo. Bien marcada. Y cobrada, claro —me decía, señalándome su marca alegremente, y no era cuestión de aguarle su alegría ni a ellos ni al clérigo, pues tenían sobrados motivos para estar satisfechos y yo

para decir que no había visto cosa igual en mi vida.

El canónigo concluyó por comunicarnos muy henchido que además él sería, el día de la consagración del templo, uno de los cuatro que dirían misa en otras tantas capillas en los ábsides, flanqueando al obispo pues era la norma que al menos cinco pudieran decirlo individualmente. Y, por supuesto, me señalaron que bajo ningún concepto podría yo perderme tan solemne acontecimiento, y que si tenía que ir a Atienza por cualquier cosa, al fin y al cabo no estaba más que a una jornada, debería volver sin demora.

En ello mismo coincidieron mi tío Pablo y mis otros primos, que además me encarecieron las grandes fiestas, y no solo religiosas, que se preparaban para la ocasión y que, sin duda, no tendríamos ocasión de disfrutar quizá nunca más en toda nuestra existencia.

Quedaban para aquello dos meses largos, la primavera entera por delante, y no era cuestión de hacer a tan largo plazo planes, pero la idea sin duda me atraía. Y cavilé que si tan grandes festejos habría, no sería nada extraño que llegaran juglares de todos los lugares y no estarían muy lejos Fortum y su hermana Elisa, que tan buena relación con el clero parecían disfrutar en Hita. Y era la posibilidad de volver a contemplar su oscura belleza lo que me hizo pensar que sería bien cierto que para aquel mes de junio no andaría yo muy lejos de Sigüenza.

Al final, aquella temporada acabé echándola a medias entre Atienza y Sigüenza. Aunque la hospitalidad de mis tíos y la cercanía entre las dos villas acabó haciendo que estuviera más en la segunda que en la primera. A los pocos días de aquella visita a la catedral opté por hacerme acompañar por mi primo Juan, el pequeño de la familia aunque el más alto, con quien había comenzado a tener un trato y una complicidad cada vez mayores, pues era de carácter abierto, risueño y dispuesto, y emprender ambos el camino hacia Atienza para allí recoger yo enseres, cuidar de mis asuntos y traerme de vuelta a Sigüenza ropa, caballerías y utensilios para mi cuidado y vivienda, aunque esta me la proporcionó muy amablemente mi tío Pablo, que no consintió en que cogiera otra y que presumía de su casa intramuros justo al lado de Santa María la Vieja o de los Huertos. El mejor pretexto para quedarme fue que yo les ayudara en las labores de la tierra y de paso fuera aprendiéndolas, pues aunque hubiera tenido educación de señor y casi de

conde no dejaba de ser el hijo de un frontero, un reatero de Atienza y no me vendría mal aprender a cultivar la tierra.

Fui con mi primo Juan e hicimos a la semana el camino de vuelta. A la ida y a la vuelta pasamos por las salinas de Imón, que estaban en plena producción, muy bien trabajadas por las gentes de Atienza y custodiadas días y noche por caballeros villanos bien armados, pues era el bien más preciado de todas aquellas tierras y la más importante riqueza de Atienza entera. Con solo una pequeña y no la mayor de sus beneficios se había construido una catedral entera.

Pasamos también Juanito y yo bajo los muros del castillo de Santiuste, al lado de su poblado de la Riba. Y curioso y siempre con ganas de ver cosas mi primo, y yo de parecida disposición, después de contemplarlo desde abajo acabamos por subir hasta lo alto. Total, prisa no teníamos, dije yo, y remató mi primo que si no luego seguro que nos arrepentiríamos de no haber subido. Así que subimos a aquel castillo de Santiuste, con la Riba abajo, junto al arroyo Grande, y él en aquel cerro aislado, de áspera ascensión en pronunciadísima pendiente que acaba abruptamente en roca viva y en piedra levantada, pegado a la cresta como si estuviera encima de la protuberancia de un escamoso lomo de dragón. Impresionaba, vamos, sobre todo por su lado norte, donde culmina en un impresionante torreón, un último espolón inexpugnable. Sin llegar a la Peña Fort de mi Atienza, que eso tampoco y hasta ahí podíamos llegar, diría que resultaba un lugar único en el que refugiarse y donde sentirse a salvo por muchas gentes que contra sus muros vinieran desde las sierras de Miedes, por septentrión o pretendieran hacerlo mesnadas venidas por el sur, desde Sigüenza.

Estrecha y alargada, la fortaleza se extiende por la angosta plataforma del peñón, aprovechando y abarcando todos los picachos y afloramientos rocosos del cerro para no consentir que el enemigo pueda acercarse sino por sus costados. Y tampoco, pues estas bandas son casi inaccesibles. Comprobamos, además, que su interior también se había acondicionado para hacerlo inexpugnable, sobre todo en su parte central y norte, limitada en sus extremos por fortísimos torreones cuadrados con habitáculos ordenados en dos pisos, unidos por una cortina bien almenada. No faltaban los aljibes, pues el agua había de ser por fuerza su debilidad mayor, y ya en el espolón las cuadras de

los caballos, y en la punta, la última y desafiante torre de planta pentagonal.

La entrada la tiene precisamente en el flanco de esa zona, batida desde los adarves y a la cual conduce una trinchera abierta a pico entre los peñascos y defendida por una barbacana, y está pegada a una de las torres cuadradas. El castillo aún se extiende hacia el sur, dando vista al poblado, a través de pasadizos, subterráneos, escalerillas y escalas, entre otras dos torres más en oblicuo, para permitir el paso de los defensores y que culmina en un patio último suspendido sobre el llano y desde donde se contempla la Riba.

Tan cuidadas estaban las defensas y tan estudiadas, que, como delante de la torre vigía del espolón y a unos diez pasos se yergue un gran peñasco cónico desde el que pudiera ofendérsele, se llevó hasta allí una barbacana almenada, a modo de avanzadilla, desde la cual otear aún mejor los peñascos detenidos por la cuesta hasta los pies de la propia fortaleza y entre los cuales pudiera ocultarse el enemigo.

Se entendía bien entonces por qué al bajar Mio Cid con Álvaro Fáñez desde los altos de la sierra de Miedes hubieran preferido desbordar Atienza por el poniente y no toparse, una vez superada, por el naciente con aquel poderoso enclave, sin duda bien guarnecido y desde el cual les hubieran atalayado y descubierto dando la alarma a toda la tierra de los moros e impidiéndoles la sorpresa que sí consiguieron llegando sin ser vistos hasta Castejón de Henares. Fue Álvaro luego, como capitán y jefe de la frontera del rey Alfonso VI, tras la toma de Toledo y de toda la Marca Media entera, quien se llegó a la Riba para tomar posesión del castillo, cuando por entonces Sigüenza no era más que dos aldeas separadas y sin importancia apenas. Pero ahora era el obispado quien era señor de la ya muy poderosa villa, y ya lo era también de aquel castillo de Santiuste y del poblado que a sus pies tenía.

No le faltaba custodia a la fortaleza, aunque se veía a los mesnaderos relajados, pues poco habían de temer de los moros ya por aquel lado. La preocupación, sin embargo, no mermaba por el lado del Tajo, pues las algaras de los musulmanes lo atravesaban y llegaban luego por las desiertas parameras hasta el Dulce y hasta los alrededores de la propia Sigüenza. Por ello el obispo había restaurado y fortalecido el hermoso castillo de Pelegrina y se había repoblado Aragosa, que había quedado desierta unos treinta años antes al abandonarla los últimos moros que todavía allí cultivaban huertas y de

alguna forma ayudaban a sus hermanos de religión que nos asolaban con sus razias. Aquello había sido el mayor quebranto de don Bernardo y a la postre lo que le costó la vida, pues harto de sus ataques decidió ir él hacia ellos y atacarlos, pero se metió en territorio tan fragoso y desconocido que fue a caer en una celada que los moabitas le tendieron en el vado de las Estacas, uno de los pocos cruces del Tajo, que por allí transcurre en profundos hundidos y desplomados desfiladeros, donde fue muerto y costó aún más vidas el conseguir recuperar su cuerpo y traerlo de vuelta. Había sido enterrado en Santa María la Vieja y para el día de la consagración al culto de la nueva catedral estaba previsto por el obispo Joscelmo trasladarlo, tanto a él como a Pedro de Leucate, y darle allí sepultura.

Los obispos no solo habían reforzado Pelegrina, cuyo castillo había caído brevemente en manos de los almorávides cuando hicieron su más profunda incursión por la Alcarria, incendiando Zorita pero sin poder tomar su alcazaba, y corrieron la vega del Guadalajara cautivando gentes y destruyéndolo todo, sino que también poblaron Aragosa con cristianos poniéndole guarnición a la pequeña torre que se levantaba junto a la iglesia en el mismo centro del pueblo, amén de tener vigilado el estrecho desfiladero con una atalaya colgada, como si de un nido de águilas se tratara, sobre la corriente y el estrecho paso del camino que viene desde Mandayona.

Esta villa ya no pertenece a la episcopalía de Sigüenza sino que es ya del Común de Atienza, y también tiene fortaleza que la guarda, en este caso en el montículo que hay sobre la orilla sur del río, al igual que en esa orilla también se alza el de Castejón, este ya sobre el Henares. Es en esa ribera donde los construían los moros, pues el enemigo suyo era el cristiano que asomaba desde el norte, y se le ponía de entrada el río por medio. Ahora al cambiar las tornas había también que cambiar y transformar el sentido de sus defensas, habida cuenta además de que no tenían la corriente, como foso, por delante.

De todo aquello se había ocupado don Cerebruno, y de este quien más cosas en realidad sabía era yo, pues lo había conocido bien y hasta había recibido, aunque fuera de refilón, sus enseñanzas. El monje de Cluny, nacido en Poitiers, en la Narbona, había sido elegido por los Lara como preceptor del Rey Pequeño, don Alfonso, y lo había sido con bondad y sabiduría, pues era

de noble corazón y de muchas letras, pero y amén de todo, conmigo tenía detalles y desvelos que no me correspondían por nacimiento pero que procuró inculcarme. Mucho de lo que yo sabía se lo debía a él y no olvidaba tampoco el afecto para conmigo, aunque de algún coscorrón por no aprenderme lo debido a tiempo y en forma tampoco me había librado.

Don Alfonso le profesaba un vivo cariño y gustaba de su compañía más que de la de ningún otro clérigo, y tenía en mucho sus doctrinas y consejos aun siendo tan chico. Le llamaba «mi padrino» y corría a su encuentro cada vez que lo veía aparecer. Y por ello, amén de beneficiar en lo que pudo su diócesis primera, la de Sigüenza, le mostró su gratitud personal y le hizo donación de la hermosa villa de Beteta, donde había muy renombrados manantiales y fuentes termales muy curativas y famosas desde los tiempos más antiguos. Como colofón y muestra de su aprecio, hizo todo lo que estuvo en su mano, o mejor dicho en la de los Lara, para que fuera nombrado para ocupar la silla de Toledo, que era la primada de toda la España cristiana, que era hacia donde había partido hacía ahora poco más de dos años y donde yo lo había visto de manera muy fugaz por última vez cuando los Lara llevaron allí al Rey Pequeño para que asentara sobre ella su realeza y quedar su custodio y regente, don Nuño, como alcaide. Fue una entrada preparada con la astucia de que siempre hacía gala don Nuño y una nueva derrota de los Castro, a los que sus victorias en los combates a la postre no servían de nada y su poder mermaba cada vez más hasta quedarles ya tan solo las plazas de Huete, en trance por cierto de perderla, y de Zorita.

Si don Cerebruno hubiera estado aún en Sigüenza no habría tenido yo reparo en acercarme y presentarme con la seguridad de ser bien recibido, aunque a buen seguro que, con su buen raciocinio, me hubiera inquirido por mis andanzas y seguro que atisbado que no era tan claro ni diáfano el motivo de aquellos viajes míos.

Ni en Hita ni en Sigüenza, ni en cuanto lugar por el que pasaba, buscaba yo de hablar con poderosos, ni en realidad tenía acceso. No era cuestión el conocer, ni estaba en mis posibles, cuáles eran los sentires de condes, ni señores, ni obispos, ni gentes de rango alguno. A ellos no llegaba, y mucho mejor podía el propio Alfonso catar sus intenciones y ansiedades.

Lo que el Rey Pequeño me había encomendado es que yo, como uno de

ellos que era, me fuera empapando de cuál era el sentir y las aspiraciones de las gentes de a pie, de los labriegos y los pastores, de los artesanos y los menestrales, de los villanos y de quienes moraban en aldeas, de aquellos caballeros villanos con un caballo y una armadura como toda riqueza, de los de las mesnadas concejiles, de los peones y los ballesteros, de los que tenían voz en los concejos y los que no tenían otra cosa que pechas y hacenderas con sus señores. O sea, oír la voz de aquellos a quienes nadie preguntaba, pero que el joven y cada vez más avisado rey quería conocer pues ya vislumbraba que en ellos, más que en ningún otro lado, iba a estar el sustento de su poder y la fuerza de su corona, a la que deseaba cada vez con más empeño librar de las tutelas que desde que ni andar podía sobre sus piernas había estado sometido. Y lo seguía estando.

No era difícil vislumbrar que don Alfonso no andaba en absoluto errado. Por doquier y sin preguntar siquiera, la gente de las villas y los campos, pero sobre todo los primeros, veían en la corona su mejor esperanza y en el fuero real el mejor derecho al que acogerse y en el que buscar amparo y seguridad para sus vidas, familias y haciendas.

En Hita ya había comprobado tal sentimiento, amén de la hartura por mucha que fuera su lealtad a los Castro, por las guerras intestinas con hermanos castellanos. Y había que añadir también, aunque no se expresara en voz alta, el creciente desapego a la rama principal de la familia, pues los de Hita no dejaban de ser una rama segundona, por su alianza con los leoneses, lo que les enajenaba cada vez más voluntades entre los nobles y aún más las simpatías del pueblo llano. Los cabezas de la estirpe tenían grandes cargos y honores en la corte de Fernando en León, pero su causa iba mermando en partidarios cada día que pasaba en Castilla. De hecho, y ya por estas fechas, a los Castro tan solo les quedaba el imponente castillo de Zorita de los Canes en toda la frontera y la extremadura. Cada vez, hubiera tenido de partida razón el que la tuviera y hubieran sido los Castro los engañados y ofendidos, el motivo de la querrela entre dos familias que incluso en sus orígenes y en sus primeras épocas habían estado enlazadas por matrimonio, se entendía menos y se rechazaba más aquella envenenada disputa. Si había que batallar, que fuera al menos contra los sarracenos, que en ello entraba Dios y era además donde se podía obtener botín y fortuna.

—Si hay un día que morir, que sea bajo acero sarraceno. Y si hay que atravesar a alguien, que sea a un agareno o un moabita, pero nunca a un cristiano, ni aunque sea aragonés, leonés o navarro y aún menos castellano — me había dicho en una taberna en Hita un balletero que había en alguna ocasión compartido algaras con mi padre.

»Que, además, ni es ese honrado botín ni con ello se gana otra cosa que acrecentar la soberbia y las riquezas de quienes entre ellos disputan, mientras que contra los sarracenos agrada a Dios Nuestro Señor y a la hacienda de cada cual despojarles a ellos de las suyas —había concluido, con un deseo—: Ojalá el rey nuestro señor, cuando entre en sazón y en años, nos lleve donde nos llevó su abuelo el Emperador, que más gustoso volvería yo a Almería a asaltar infieles que a combatir contra los Lara en Huete.

Las gentes de armas, con todo, se mantenían mucho más unidas a sus caballeros y señores, aunque no había dejado de oír, sobre todo en mi propia Atienza, que eran cada vez más quienes se inclinaban por sus propias mesnadas concejiles antes que ponerse al servicio de un conde. Eran cada vez más quienes preferían su rango de caballero villano y su puesto en el Concejo que formar como mesnadero bajo las banderas señoriales. Aunque en soldada y avío, o por costumbre, había quien lo prefería y no entendía otro modo para sí y para proveer por los suyos. Los señores podían apretar, pero su amparo era cercano e inmediato y el rey estaba lejos. Además, el nuestro todavía no llegaba a mozo siquiera.

Donde era notoria y creciente la simpatía y esperanza que el rey y la corona despertaban era en las villas, entre repobladores, menestrales y caballeros bajos. Las gentes del Común veían en don Alfonso, pero sobre todo en los fueros que esperaban que otorgara al igual que había hecho su abuelo el Emperador, la forma de sacudirse yugos y pechadas en exceso y sin futuro y, al mismo tiempo, poder labrarse una nueva vida, que era lo mismo que labrar un nuevo campo, aunque hubiese uno de romperse las espaldas, roturar montes en tierras extrañas, alejadas de las raíces y vivir expuesto al peligro de los moros y sus jinetes incendiarios y que podían degollarte o llevarte cautivo y no volver jamás a pisar tierra cristiana, esclavizado a los desiertos que decían había al otro lado del mar, donde no crece ni una brizna de hierba.

El fuero era la palabra más querida y lo que toda villa y todo villano ansiaba. Y si ya lo gozaba, aún esperaba aumentar los privilegios que el rey podía conceder y que otorgaban a las gentes del Común un estatus hasta hacía nada impensable.

De todo ello hablé en muchas ocasiones con mis tíos y mis primos e iba sacando en provecho, amén de ir sabiendo algo de sementeras de cereal, de recogida de lentejas, almortas y garbanzos y de despampanar vides, por dónde iban los deseos de los labriegos que como Pablo habían aprovechado un repoblamiento como el de Sigüenza para intentar mejorar fortuna, algo que sin duda había logrado. Pero que a sus hijos, tanto el mayor de su nombre, como Aniceto y Juan, aquello ya se les quedaba estrecho y aspiraban a subir un peldaño, aunque fue solo un pasito, que tampoco había que pretender dar brincos de una legua. El campesino no es de saltos largos, ni el labriego y aún menos el castellano, pero mejorar quieren todos. Incluso hasta los obtusos quieren. Que no era el caso de mis primos.

Pablo y Gabriel se remontaban a su niñez y juventud en Hita para explicarme todo aquello y lo que ellos habían pretendido y por donde aspiraban a que prosiguieran sus nietos.

—Tu abuelo Pedro Gómez, por su fortaleza descomunal, fue un guerrero y como tal logró escalar de su origen más que humilde, pues había nacido siervo, hasta equiparse a escuderos y gentes de armas, siendo él muy querido por su capitán Álvaro y por el sobrino de este, Fan Fáñez, que mandaron en Zorita. Pero su muerte nos dejó a todos y a pesar de Yosune, aunque algunos bienes había logrado atesorar, en situación comprometida. Éramos unos críos. Con la marcha de Fan Fáñez hacia Orbaneja aún se complicó más el asunto. Con dolor Yosune, comprendiendo que era lo mejor para ella, dejó partir con la hebrea Jezabel, la mujer de Fan, a tu tía y nuestra hermana Isabel, de la que hace ya mucho no tenemos noticias, y por ello la abuela te encomendaba buscarlas, para saber si aún vivía y tenía descendencia —recordaba mi tío Pablo.

—Y viendo Yosune, además, que Zorita, tras el ataque e incendio de los moros, la muerte de Álvaro en Segovia al año siguiente y la marcha de Fan, no le ofrecía ni seguridad ni amparo, decidió marchar a Hita y buscar allí el cobijo ofrecido y siempre presto de doña Elio, la hija de Álvaro Fáñez, casada

con un hijo de don Fernando García de Hita, don Rodrigo. Doña Elio nos acogió bien y lo mismo los alcaides de Hita, de la otra rama y también emparentada con los Ansúrez, con quienes cabalgó tu padre. Ya habrás visto, en tu visita a don Martín, que sigue siéndolo y mandando —remachó Gabriel.

—A poco de llegar a Hita murió nuestra otra hermana y solo quedamos los tres chicos. Tu padre, el mayor, tuvo muy pronto escogido su destino. Doña Elio le procuró que entrara muy pronto al servicio del alcaide y se adiestrara en las armas. Con el paso del tiempo pudo lograr caballo y armadura propia y convertirse en caballero villano, y luego en frontero. No le fue nada mal mientras vivió, que no fue poco para su peligroso oficio.

»Pero nosotros, los dos, tu tío Gabriel y yo, hubimos de emplearnos en las tareas en que nos quisieran coger tan pequeñas y que fue en las labores del campo. Empezamos por lo más bajo y por la comida, pero Yosune, invocando la vieja amistad, cuando fuimos un poquillo más mayores, consiguió que los señores de Hita nos dieran tierras y nos convertimos en sus colonos, en pecheros —siguió el relato mi tío Pablo.

—Explícale cómo era aquello entonces —demandó Gabriel—, que quizá confunda con lo que ahora eres tú, Pablo, que aquello era mucho más duro.

—El siervo no era libre, pertenecía al señor. No podía abandonar sus tierras. Nosotros sí fuimos siempre hombres libres. Estábamos un poco mejor pero sin tierra. Esta era del señor y este, reservándose para sí una parte, pequeña pero la mejor, distribuía el resto entre aparceros. Por ello habíamos de pagar en dineros o entregando hasta la mitad de la cosecha en muchos casos. Amén de ello, era obligado el utilizar la fragua, los atrojes y las maquilas del señor para conseguir o reparar nuestras rejas o aperos, herrar nuestras caballerías, almacenar nuestro grano y molerlo, y por todo habíamos de pagar también y siempre al mismo sitio. Y además estábamos obligados a acudir a trabajar las tierras que el señor se reservaba para él, pero que laborábamos nosotros, las sernas que se llaman, así como a prestar servicios de vigilancia en el castillo o en los cruces, o ir a las hacenderas para acondicionar los caminos o zanjas, o a trabajar en la construcción o reparación de las barbacas o el castillo —me explicó el tío Pablo.

—Que fue ahí donde yo empecé a dejar el campo por el martillo y el cincel —prosiguió Gabriel—. Se me daba bien la piedra y se dieron pronto

cuenta de ello, así que dejé lo de colono y de andar entre terrones por andar entre piedras, y así me fui ganando la vida cada vez mejor y sin tantos sofocos y penurias, que si no se agostaba un año la cosecha, que mal otro no llovía, que peor y el tercero apedreaba, que «sansejodió» —renegaba Gabriel.

—Es que a ti, Gabriel, la vida de labrador nunca te ha gustado, esa es la verdad. Pero a mí la tierra sí me tira, y más ahora que es mía. Esa fue la razón y causa por la que al saber que para repoblar Sigüenza se daban tierras a cien vecinos casados, me decidí de inmediato y me vine para acá con la mujer y los dos críos que teníamos entonces. Aunque no fue fácil y de nuevo hubo que interceder, aunque en este caso lo hizo tu padre, el Frontero, cerca del alcaide. Cuando una mujer marchaba a casarse fuera del dominio había de entregar una res de valor, un buey incluso, pues eso suponía que el señor perdía un brazo en presente y en futuro. El irnos ya una familia hizo pensar que habríamos de pagar casi con la yunta. Pero no estaba dispuesto, ni lo estaba tu padre, y la verdad es que no nos reclamó nadie y pude venir a Sigüenza a roturar y labrar la yugada de tierra que me correspondió y que se compone de estos pedazos, de huerta, a este lado del río, y los de cereal y potaje al otro lado. No me ha ido mal, ni a mis hijos tampoco. Los dos mayores ya tienen cada uno su yugada propia y habrá que ver cómo conseguir otra para el Juanillo, si es que quiere andar en ello, que mi hijo menor es el más especial y como que se resiste a echar de una vez aquí raíces en Sigüenza, a pesar de que es el único que por nacimiento es de aquí —concluyó, medio lamentándose por lo último mi tío Pablo.

—Tu hijo Juan es el más *espabilao*, Pablo, aunque tú no lo creas, y el que más se da un aire a padre, en altura, en manera de ser y hasta en los andares. Ya sé que no es aquel gigante, pero un aire se da. De todos sus descendientes, nosotros sus hijos incluidos, es el que más me lo recuerda —le señaló Gabriel, rememorando a su padre el Pardo.

Pero mi tío Pablo no estaba tan conforme. Él estaba en otras cosas más pedestres y cercanas. Había logrado incluso disponer de una punta de ovejas y ampliado el número de reses de vacuno. Aquello de los pastos y la leña era motivo de discusión del obispo con el Concejo, pues los unos reclamaban los terrenos como comunales o al menos una parte, y el cabildo se negaba a ello y les reclamaba cobros cada vez más fuertes. Había malestar y protestas.

Mi primo Pablo, el hijo mayor, era el mejor conformado y el menos protestón. El segundo, el Aniceto, pues no se sabía, porque era reservado por demás, pero a Juan aquellos abusos del obispo hacía que le llevaran los demonios. El tener que estar sometido a la diócesis no lo llevaba nada bien y en los viajes de ida y vuelta a Atienza en más de una ocasión me había preguntado, inquieto, por otras posibilidades.

—A mí me gusta la tierra, pero aquí me siento ahogado. Estoy más que harto de obispos. Somos vecinos y hombres libres, sí, pero nos pasamos todo el día trabajando para ellos. Y en todo se comportan como los condes, los magnates o los ricos hombres, o aún peor. Y no te digo el obispo mismo, que es un hombre santo pero todos los grajos del cabildo y sus sirvientes parecen estar siempre al acecho nuestro. Mira, a mí me gusta la pesca y aún más la caza. Y el río está a la puerta de casa. Pues tengo que andar medio furtivo o del todo si quiero sacar unos cangrejos, unas truchas o unos barbos. Entiendo que persigan los trasmallos que esquilman todo y lo arrasan, pero que considere el obispado que los peces y los cangrejos son suyos por eso no paso. Y ya no te digo la caza. Con lo bien que viene una liebre o un conejo en el caldero, pero ¡ay! de ti si te cogen. Si puedo, yo de aquí traspongo. Dicen que en la Transierra dan tierras de moros a quien tenga arrestos de ir allá a cultivarlas sin yugos encima y con buenos fueros reales. Tú, que has estado en la corte y tienes trato con gentes de poder y posibles y saben de esas cosas, entérate y me avisas, que yo pillo patas y me voy zumbando. Por eso ni me he casado todavía. Pero yo aquí no me aguanto.

Mi primo Juan era un mozo muy decidido y dispuesto.

Y mi tío Gabriel y su hijo también estaban pensando en levantar el vuelo, pues el trabajo principal y bueno en la catedral había concluido. No les iba a faltar, les decía mi tío Pablo, que lo quería retener a su lado. No dejaban de levantarse y abrirse casas nuevas de pudientes, pero padre e hijo canteros querían picar más alto con lo que habían aprendido. Hasta meterse en hacer una obra entera por su cuenta.

Castilla se movía y caminaba hacia delante. Eso estaba muy claro y lo que yo fijaba en mi cabeza es que las gentes del Común veían en el rey y en los fueros la senda de aquel avance, en los concejos de las villas su propia fortaleza, el lugar desde el que hacer oír su voz y defenderse, y en los

caballeros villanos, que cada vez eran más reconocidos, sus hombres de armas, capaces de defender las villas, las tierras, los ganados e ir con su rey cuando así fuera preciso a defender de o atacar a los musulmanes. La intuición del Rey Pequeño era buena y todo aquello que me contaban sería muy conveniente que pudiera decírselo cuanto antes. Yo me lo iba guardando, bien aprendido, para hacerlo cuando llegara nuestro reencuentro.

Pero el que yo aguardaba era otro. La consagración de la catedral, el traslado y solemne entierro de los obispos y las grandes fiestas para las que la ciudad se preparaba estaban cada vez más cercanas. Y lo que yo esperaba con ansia era que entre los juglares llegara Fortum y, con él, su hermana Elisa. Y por las noches, a la orilla del Henares, en la primavera tardía, cuando iba a furtivear truchas con mi primo Juan, con sedales de crin de caballo que dejábamos puestos en las pozas más hondas, cuando me quedaba tumbado de espaldas en la hierba fresca de la orilla mirando a las estrellas, ensoñaba que yo era un caballero y ella mi dama. De doña Constanza entonces no me acordaba.

En Sigüenza hay que dormir arropado hasta en agosto. Los vientos que vienen de la sierra Pela son siempre frescos y heladores en invierno. La primavera es allí tardía y las cosechas lentas. A mediados de mayo hace ya calor, pero no había hecho más que encañar los trigos y tan solo comenzado a levantar los centenos y las avenas. Era el tiempo de escardar y a eso nos dedicábamos en cuadrilla, quitando una a una las malas hierbas con la vara horquillada y el escardillo de mango largo, que no era cuestión de estar doblando de continuo el lomo. Amén de quitar cardos y matojos, era labor placentera y hasta muy sabrosa, pues al ir surco a surco no eran pocos los nidos de perdiz que se cogían ya que los animalejos los creían tener seguros en medio de aquel bosque de hierbas y nosotros dábamos jubilosamente con ellos, haciendo cada día buena recolecta y preparando luego con ellos por las noches muy ricas tortillas, cuajándolas con verduras silvestres como collejas y cardillos. Los huevos de perdiz son más pequeños que los de gallina, pero mucho mejores de gusto y consistencia. A mí me gustaban mucho, cocidos y bien descascarillados, metérmelos enteros a la boca.

Había pasado la Semana Santa con mis tíos y habíamos vivido la Pasión

de Nuestro Señor, habíamos ido a escuchar los sermones en Santa María la Vieja o de los Huertos, según quien la llamara, y acompañado al vía crucis. Habíamos asistido al lavado de los pies, a la traición de Judas y a la terrible muerte de nuestro Salvador. Habíamos ayunado según lo prescrito por la Santa Madre Iglesia y cumplido con la larga abstinencia de la carne y conformado únicamente con platos de legumbres, lentejas, almortas o garbanzos, y con cuencos donde solo flotaban nabos y hojas de coles y berzas. Un pescado, un barbo o una trucha era algo extraordinario porque por allí por Sigüenza no llegaban ni salazones ni ahumados, ni siquiera los bacalaos que sí había comido yo en la corte, y en Atienza, pues eran los arrieros quienes trajinaban con ellos. Quizás al obispo le llegara alguno, pero por las casas de la Alameda ni se conocía aquello. Allí y durante cuarenta días lo que sucedía al potaje de hoy era el potaje de mañana.

Llegó el Domingo de Resurrección y al fin la Pascua. Que fue poderle hincar el diente a la carne y entre las dos familias, que para ello se juntaron, a un cordero. A mí me pareció que me volvía la vida y las ganas de reírme. Como si tras la tiniebla de la muerte del Señor, su resurrección trajera la alegría a la tierra, a los campos y los hombres.

Eran días de luz, sol alegre y chaparrones vivaces. Los espinos albares, los rosales salvajes y los saúcos de las riberas del Henares lucían sus delicadas flores que llenaban de color y aroma los sotos del río. Los árboles estaban, ya del todo verdes, vestidos y en los frutales, que habían aguantado las heladas, empezaban a asomar los frutos en miniatura. Por Mandayona, ya que en Sigüenza ya no se da el viñedo, en la viña que le había dejado la abuela Yosune al tío Pablo, las cepas habrían echado ya los pámpanos.

Que es lo que me encomendaron que fuera un día a ver, para después, si hacía al caso, ir todos a las labores que se precisaran. Así que bajé Dulce abajo y aproveché para recoger manzanilla, que estaba en sazón, y hacerme con dos buenos haces de muy gruesos botones, que no hay nada mejor para las infusiones contra el mal de tripa o para lavarse los ojos o las heridas. Fue una buena excusa lo de acercarme a la viña, para visitar Pelegrina, Aragosa y Mandayona, y conversar con las nuevas gentes que habían venido a repoblarlas. Los encontré, aunque no son gentes muy dadas ni a hablar ni a interrumpir sus quehaceres de buen ánimo, que ya es mucho, porque

pretender hallar contento y sin reniegos a un labrador es algo que jamás alcanzará a verse en esta vida.

Los de Pelegrina, bien protegidos por el castillo que emerge en el centro mismo de las tierras fértiles, unido a la meseta por un istmo en su costado oeste, disfrutaban de una de las mejores vegas que abre el río Dulce en su hoz más grande, custodiada por los desfiladeros a ambos lados, y a la que para bajar hay que descender por una senda muy empinada entre robles y romerales. Aquello es de lo más hermoso que he visto y parece ofrecer los mejores frutos y cosechas, pues la hondura lo ha de proteger a la fuerza de las celliscas y malos aires. Tenían huertos y buenos campos de trigo. Y vi que el ganado que me había topado en mi subida hacia Sigüenza meses antes no era el único, pues desde Pelegrina a Aragosa me topé con unos cuantos, aunque no muy numerosos en lo que a cabezas se refiere, y uno de ellos, el más grande, de cabras, cerca este de unas grandes corralizas que hay a medio camino entre los dos poblados, donde también existe alguna choza acondicionada para que pastores, zagales y perros puedan allí cobijarse y pasar las noches.^[12]

Con algunos de ellos hablé y, aunque no dejaban de temer a los moros, lo que me vinieron a decir fue que ahora eran más de temer los lobos, que en aquellas fragosidades abundaban.

—Y como ahora están criando las lobas y naciendo los corderos, hay que estar más que atentos. Ya nos llevan quitadas unas cuantas ovejas y alguna borrega. Y más de un corderillo los zorros, que a astutos y para aprovechar la mínima no les gana nadie, y en cuanto una pare ya están encima. Hasta se mean el rabo para luego cegar a la oveja dándole en la cara y quitándole la cría. Contra una raposa, una oveja aún se defiende, pero si le entran dos y no estás cerca, sin cordero te quedas. Las cabras se defienden mejor y a esas les quitan pocos. Pero los lobos son lo más temible, como te encuentres entre la lobada, estás perdido, matan todas las ovejas que pillan, y muchas más se asfixian amontonándose tanto que se mueren de puro miedo. El lobo es muy asesino y mata todo y allí lo deja para que se eche a perder. Si no fuera por los mastines y los careas, se apoderaban entre los unos y los otros del rebaño entero.^[13]

Me dieron a beber leche y me la bebí muy gustoso.

—Pero los ataques a la majada serán cuando llegue el invierno, ahora lo que hacen es quitarnos una oveja aquí y otra allá, al descuido como quien dice. Cuando llegue el frío y la nieve es cuando lo pasaremos peor, nosotros y las ovejas. Y entonces ya veremos cómo les hacemos frente.

En peores sitios habían estado aquellos hombres, pues algunos confesaron venir de tierra de moros, donde ellos eran cristianos, y haber sido allí perseguidos mucho en los últimos tiempos por los moros nuevos que venían de África.

—Antes aún te dejaban vivir, pero estos de ahora o te conviertes a lo suyo o te matan o te mandan como esclavo a los desiertos de África. En Al Ándalus los cristianos ya no podemos vivir. Así que entre el moro y el lobo, pues el lobo.

Seguí la manzanilla en las costeras y aproveché, al bajar al río y sentirme a salvo de miradas, para sacar un cesto de mimbre que me había traído tapado en la grupa del caballo y me metí al río con él para hacerme con alguna de las truchas que el Dulce tenía y, de paso, con una buena cosecha de cangrejos. El Dulce es un río pequeño, que en lugares se atraviesa casi de un salto, y propicio para esta pesca en las solapas, sobre las bocas y entre las ovas y los berros, que de estos añadí muy frescos manojos a mi recolecta. Caracoles no recogí pues en la propia huerta del tío Pablo había todos los que te diera la gana en cuanto caía un algarazo de agua.

La mitad de las truchas que cogí me las despaché allí mismo, poniéndolas al fuego sobre unas lajas de piedra y, con una pizca de sal, me supieron a gloria. Seguí después aguas abajo, comprobé que en Aragosa, aprovechando el poco respiro de tierra que el río da entre las paredes del desfiladero, las huertas eran feraces y crecían con vigor resguardadas de las inclemencias, alimentadas de los humores del mejor légamo y con el agua siempre abundante. No había apenas vecinos todavía, pero la docena de familias tenía motivos para esforzarse, pues los frutos, bien se notaba, eran abundantes y los frutales, algunos recuperados y otros de reciente planta, crecían con vigor y fuerza. Cerezos, higueras y ciruelos tenían el mejor de los lustres. Me detuve poco con los huertanos y seguí mi camino. Pasé junto al castillejo en el centro del pueblo y bajo el puesto de vigía, a la salida, en la parte más estrecha y alta

del cañón. Nadie podría cruzar ese paso con tan solo unos cuantos hombres apostados allá arriba. Desde lo alto me dieron el adiós con la mano y a voces les devolví yo el mío. Bajar y subir hasta allí no dejaría de resultar penoso y tampoco pasaría bajo ellos mucha gente, quizás y por día ni siquiera un alma. Así que se entretenían saludando cuando cruzaba alguno.

Ya por la tarde me llegué hasta Mandayona. Allí, aunque pareciera mentira en tan corto trecho, iban en algunos sitios mucho más avanzadas las cosechas que en Sigüenza, y algunos ya estaban pensando en segarlas y de hecho tenían ya acondicionadas las eras, que estaban justo al lado del castillo, donde también se abrían las bocas de algunas bodegas en el terraplén. Pregunté aquí y allá y me hice con una arroba de vino a buen precio, porque de la viña recién heredada aún no se había recogido cosecha, y cuyo odre me dejaron en préstamo y a devolver al decirles de quién era sobrino, que quedé en recoger, tras cerrar trato, a la mañana siguiente, que no era cuestión de andar con él de un sitio a otro, pues había decidido pasar en Mandayona la noche. Y eso pude hacer acogiéndome a la hospitalidad de los de la fortaleza, a los que, si no con el odre entero, compensé con un cántaro del vino comprado.

En el castillo, por la noche, hicimos buena lumbre y al calor del vino y un puchero con más huesos que carne, pero de buen sabor y condimento, me di a la charla con los peones y ellos me fueron contando cosejas que una a una no tenían valor alguno pero que, entre todas y juntas, sí podían tenerlo. Estaban todos ellos, así como el caballero villano que les hacía de cabeza y llevaba la voz cantante, expectantes porque el Rey Pequeño estaba a punto de dejar de serlo. En realidad y según la costumbre de Castilla, le quedaba ya menos de un año, pues en cuanto cumpliera los catorce ya sería considerado mayor de edad, y ascendería al trono ya sin tutelas ni regencias.

—No se olvidará de quién salvó su libertad cuando ciña la corona. Ya verás cómo se acuerda y recompensa a Atienza y a toda esta tierra que tan leal le ha sido —decía el caballero del Concejo de Mandayona, el pueblo por aquel lado último del Común de la tierra de Atienza, pues Aragoza ya pertenecía a la obispalía de Sigüenza—. Seguro que sí, muchacho. Tú has dicho que eres de Atienza. ¿Lo conociste cuando estuvo allí rodeado de los leoneses?

—Lo vi de lejos en alguna ocasión, pero cierto tengo que, a pesar de ser entonces tan niño, se acuerda y lo agradecerá de seguro.

—No lo tengas tan cierto, muchacho —opinó un peón—. Los reyes no se paran en esas cosas.

Pero los demás le contradijeron hasta poniendo pasión en ello.

—No se olvidará el Rey Pequeño. Ya lo verás. Su abuelo el Emperador también se aquerenció y por menos motivo con Atienza, y la favoreció en mucho y le dio antes que a casi nadie buenos fueros. Pues con mayor motivo, que lo tiene, la favorecerá el nieto. Ya lo verás.

—Ojalá, pero mejor no esperar nada —quedó en sus trece el descreído.

Yo sabía muy bien que el rey no había olvidado en nada a la villa ni a las gentes que lo habían salvado. Bien claro tenía que, en cuanto la edad le diese los poderes, lo haría constar con su real voluntad. Bien que me lo tenía dicho. Pero debía callar sobre ello y sobre mi cercanía, y callé del todo. Me fui a dormir pronto a uno de los cuartuchos donde lo hacía la guarnición y antes de amanecer estaba aparejando el caballo y recogiendo el odre de vino, y cruzando el Dulce rumbo a Sigüenza cuando el sol comenzó a asomar por encima de los desfiladeros de Aragosa. Poco después de mediodía ya estaba en Sigüenza. Por el camino, aligerando al caballo, había pensado mucho en el rey Alfonso, en que muy pronto sería rey del todo y que algún día a no tardar habría de hacer por verlo. Quizás él también viniera a la consagración de la catedral en Sigüenza, o tal vez hubiera yo de enterarme de por dónde andaba la corte y hacer por llegarme ante su presencia. Poco imaginaba cuando di vista al castillo y la catedral de Sigüenza que, al llegar a casa de mi tío Pablo, serían dos mensajeros del rey quienes me estaban esperando.

Vi los caballos, fuertes y ligeros corceles, que descansaban a la sombra pero con las sillas puestas. Me sobresalté de principio pero a nada me hice cargo. Los asustados parecían ser mis tíos.

—Han venido de Atienza al galope, buscándote. Hace ya un buen rato. Querían ir a tu encuentro, pero les hemos convencido de que estarías al llegar y mejor esperarte, no fuerais a cruzaros ellos por un camino y tú por otro sin veros, y además ellos a ti sin conocerte, aunque les dimos señas de tus trazas y tu montura. Les hemos atendido como Dios manda.

Salieron los soldados. Se sorprendieron ellos de verme tan joven o de

ropajes tan rudos. Pero no duró su duda ni su gesto apenas nada.

—Pedro Pérez, el rey Alfonso os reclama. Os espera en Zorita y hemos de llevarle de inmediato a su presencia. Vamos con demora, pues antes de llegar aquí fuimos a buscaros a Atienza, de donde nos indicaron que os habíais ausentado, pero nos dijeron donde encontraros, aunque otro nos decían que era por Hita por donde os hallabais. Menos mal que hemos acertado de primera. Hemos de partir de inmediato. Aderezad lo preciso y lo que sea necesario, pero avivar y partamos. Y no iremos al paso. No parece cansada vuestra montura, pero si es necesario os prestaremos una aunque haya que pedírsela al obispo porque no iremos al paso.

—Mi caballo aguantará, pero deberéis esperar a que descargue, recoja mis cosas, y me adecente para ir a presencia del rey.

—Lo último podréis hacerlo en Zorita.

—¿Y qué ha traído hasta allí a don Alfonso? ¿Qué hace el rey en Zorita?

—Cercarla.

El cerco de Zorita

Zorita había sido la primera gran fortaleza que se hizo entregar Alfonso VI por el rey de Toledo Al Qadir, para ir asfixiando su taifa y lograr conquistar su capital. La ciudadela de los Dini il Num, poderosa estirpe bereber, de la que provenía aquel retorcido reyezuelo, se había construido sobre una gran peña erguida sobre el Tajo, dominando el paso más importante, un fuerte puente de piedra en el tramo alto del río y hacia las alcarrias de Guadalajara. Para construir la alcazaba y puente se utilizaron como sillares las piedras del palacio y la basílica que los reyes godos habían levantado en una meseta muy cercana, a tan solo unos centenares de varas, y que llamaron Recópolis en honor de uno de ellos, Recaredo.

Álvar Fáñez había sido su primer alcaide y su gran defensor, como de toda aquella frontera y hasta del mismo Toledo ante cuyos muros durante nueve días y nueve noches contuvo al emir almorávide para al final en una impetuosa salida quemarle sus máquinas de guerra y hacerle levantar el cerco. Álvar, con sus caballeros pardos y sus feroces dawair, supo también detenerlos en Zorita y consiguió que no le tomaran Guadalajara, aunque perdió Alcalá de Henares y Oreja, ahora ya reconquistadas. Los africanos no lograron asaltar la alcazaba de Zorita, llamada de los Canes por los alanos que junto a los guardias hacían la ronda de la muralla, pero sí sus barbacanas, sus arrabales y la villa, que incendiaron. Asolaron y dieron fuego también a

todas las aldeas cercanas, entre ellas Recópolis, Cabanillas y Vallega, y causaron graves quebrantos en Almonacid y Albalate. En Recópolis mataron a mi abuelo, defendiendo la vieja cruz, que nadie halló después,^[14] junto a su amigo el aftasí de Badajoz, Muzafa, el dawair que combatía con los cristianos en venganza por el asesinato de su rey Al Mutawakkil y toda su familia, y mi abuela Yosune no admitió sino que lo enterraran junto a su marido y en tierra cristiana, aunque él llevara un amuleto de su rey y de su fe al cuello.^[15]

El gran Álvar fue dejado solo y abandonado a su suerte en la frontera mientras Urraca, su hijo Alfonso VII y su marido el Batallador, rey de Aragón, se enfrentaban entre ellos, pero defendió palmo a palmo la tierra que había sido de los Dini il Num y que luego los musulmanes dieron su nombre, la Tierra de Álvar Fáñez. Se había tenido que replegar tras la trágica derrota de Uclés, donde murió el infante Sancho y los siete condes castellanos, todo el otro lado de la Transierra, Huete, Santaver, Masatrigo, hasta Cuenca, aunque no fue sin combate y sin recuperarlas en ocasiones, aunque fuera para luego volver a perderlas. Logró Fáñez, aunque con agujeros, preservar sus líneas sobre el gran río y reconstruyó las atalayas sobre los altos de la Bujeda que señorean la sierra de Altomira y vigilan la llanada por donde podía llegar la caballería agarena, estableciendo allí la frontera. Y no fue abatido por moro alguno, sino que ya viejo fue tristemente a morir en una de aquellas refriegas entre cristianos partidarios de unos y otros, en Segovia,^[16] y por defender a la reina Urraca como el rey Alfonso VI le había encomendado en su lecho de muerte.

Por fortuna también llegó el ocaso y el repliegue de los temibles almorávides. El hijo de Urraca fue ganando años, sabiduría y fuerza hasta sujetar con fuerte mano todo el reino y hacerse llamar «emperador de los reinos cristianos». Se recuperó Alcalá, Oreja, Huete, Masatrigo, aunque no se pudo reconquistar Cuenca. De allí venía el peligro y Zorita era el cierre y la llave que no podía perderse si volvían los ejércitos sarracenos.

Pero el castillo, construido por los árabes para defenderse de los ataques cristianos en la orilla sur del río, y atalayando de manera perfecta cualquier acercamiento por aquel lado, estaba ciego hacia donde ahora podrían venir los asaltos. Por ello sus defensores hicieron construir y levantar «ojos» que les avisaran de cualquier aproximación desde la sierra, las torres de la Bujeda,

otras por los términos de Almonacid y Albalate y además, por orden muy directa del rey, el castillo de Anguix en la roca que había sobre el desfiladero del Tajo, sobre su junta con el río Guadiela, tarea que encomendó, y fue por él cumplida, al caballero Martín Ordóñez, de quien yo tenía muchas noticias pues había cabalgado y combatido con mi señor padre el Frontero.

Hasta allí, hasta Anguix y ya muy entrada la noche, fue donde conseguimos llegar a pesar de la cabalgada en la primera jornada desde Sigüenza, atravesando por Cifuentes, por Trillo y Córcoles, donde vi que se estaban comenzando a levantar sendos monasterios. Decidimos pedir cobijo a don Martín, y este nos recibió, junto con su mujer, y al saber quién era yo, con el mayor agrado y transmitiéndonos que antes del alba del día siguiente él vendría también con nosotros, a pesar de su avanzada edad y pocas fuerzas, con sus caballeros y peones, pues el rey le había reclamado y él acudiría en su ayuda dejando tan solo los imprescindibles guardianes en el castillo.

Lo había levantado tal y como el Emperador le ordenó y, siguiendo también la otra parte de su encomienda, había poblado una aldea bajo él, rodeada de buenas tierras de labranza y dehesas muy hermosas de robledales donde pastaban nutridos rebaños de ovejas y piaras de cerdos.

Don Martín y su mujer, ya entrados en años, hicieron que sus sirvientes se ocuparan de mi cabalgadura y las de los mensajeros, y a mí me agasajaron especialmente sentándome a su mesa y ofreciéndome lo mejor de su despensa y su bodega.

—Sancha, míralo, es el hijo de Pedro *el Frontero*, mi compañero de combates en tierras moras, al que mataron los africanos en la vega de Granada. Está hecho un mozo y va al encuentro del rey Alfonso, con quien ha tenido que ver desde niño —me presentó, y me enseñó luego orgulloso la carta de concesión de su señorío, entre recuerdos de mi padre, de sus correrías juntos, que el rey le firmó cuando precisamente volvían de una entrevista del Emperador con el Lobo de Murcia, celebrada en Lorca.

»Aquí está, Pedro. Lee y verás que como leal vasallo he cumplido lo dictado, aunque aún me quedan muchas cosas por hacer. El castillo está levantado, aunque debería ser mucho más reforzado, y alzado no como el de Zorita, en la orilla buena. El poblamiento de la tierra se ha llevado a cabo con mozárabes traídos de tierras de Santaver, que ha quedado despoblada, y otros

que han huido de Cuenca. Conmigo hay también algunos caballeros, entre ellos varios francos, pues no ha de olvidarse que el Emperador era hijo de Urraca y del duque borgoñón Raimundo, o sea que franca era la mitad de su sangre. Verás que he respetado los límites que el Emperador me ha señalado. Léelo tú, muchacho, que a mí ya los ojos no me alcanzan.^[17]

Leí el preciado documento que don Martín atesoraba.

En el nombre de Dios, amén. Yo Alfonso, emperador de España, junto con mis hijos Sancho y Fernando, hago carta de donación para ti, Martín Ordóñez, y a tu mujer, Sancha Martínez, de la Peña de Anguix, que está en la ribera del Tajo. Os la doy para que hagáis en ella un castillo y la pobléis y tengáis por término el collado de Rumorosa y desde allí la loma de Valdeconcha, y luego al collado de Auñón, como bajan las aguas al Tajo, y desde allí por el vado de Durón; y de la otra parte del Tajo, carera con sus términos, y desde allí hasta las dos colinas, como bajan las aguas del Tajo y el Guadiela. Os doy dicha peña con sus términos sobredichos para que desde el día de hoy la tengáis y la poseáis vosotros y vuestros hijos y toda vuestra descendencia y hagáis con ella lo que quisieréis, como juro de heredad perpetuamente. Y hago esto por los servicios que me hicisteis tanto entre los sarracenos como entre los cristianos. Si posteriormente alguno de mi descendencia, o ajeno a ella, quisiera romper este acto, sea maldito y excomulgado y con Judas, traidor al Señor, condenado al infierno, y además pague para la parte del Rey 1.000 maravedíes.

Hecha la carta en Júcar, cuando el Emperador venía de Lorca.

—He cumplido la encomienda de mi señor y mañana iré ante su nieto a renovar mi vasallaje y ponerme a su servicio. Yo conocí, aquí bien se ve, a los hijos del Emperador, a Sancho, su padre, y a don Fernando, ahora rey de León, y por quien tantas cuitas nos vienen en las peleas de los Castro, que se han puesto de su lado, y de los Lara. Zorita es ya la única fortaleza con poderío que les queda a los primeros y aunque yo he procurado quedar al margen y no acudí a la batalla de Huete, ahora sí acudiré, porque mi rey legítimo me llama, a rendirle cuentas y ayudarle con mis gentes y mis pocas

fuerzas. Aquí todo está casi concluido. Incluso he levantado una pequeña ermita para los rezos y las misas, pero quisiera levantar una iglesia y me gustaría tener un buen maestro de obra para ello, pero están todos cogidos pues los monjes del Císter los ocupan a todos, tanto a los de aquí como, y aún más, a los que desde la tierra franca traen con ellos para construir sus nuevos monasterios, el de Monsalud y el de Óvila,^[18] que en paraje recóndito pero abundoso en agua y propicio para buenas huertas están levantando. Y me han dicho también que otro, solo para monjas, se ha comenzado a construir en Valfermoso, allá por el Badiel.

Algo de esto último había yo también oído, pues era un agricultor muy rico de Atienza, de muchas tierras, ganados y posibles, don Juan Pascual y su mujer doña Flamba, los que habían iniciado la construcción del Valfermoso, para el que había traído a dos monjas francas de las benedictinas. Los monasterios de Monsalud, en Córcoles, y Óvila, en Trillo, eran para monjes del Císter.

Pero lo que me hizo prestar toda la atención era aquella necesidad de don Martín de un maestro de obra. Pensé de inmediato en mis parientes los Gabrieles. Allí podían tener la tarea que buscaban. El propio Martín Ordóñez me la estaba ofreciendo y la aproveché al paso. Le comenté que mi señor tío, y hermano de su camarada de guerra, era cantero y de los buenos, y maestro hasta para levantar una iglesia y que tal vez él podría resolver su cuita.

—Siendo hermano de Pedro Pérez aquí tendrá la puerta abierta y no escatimaré con él jornales ni comida. Que cuanto antes venga mejor y pueda tener el culto en Anguix un lugar en condiciones donde glorificar a Nuestro Señor y a Santa María.

Pero lo que yo ansiaba era que don Martín me hablara de mi padre, pues había cabalgado mucho con él y tenía hasta noticia bien cercana de su muerte. Le pregunté y por su expresión comprendí que era lo que más deseaba hacer el buen caballero, pues aunque él con linaje y mi padre sin tenerlo, sus vidas se habían cruzado muchas veces y la espada de uno defendido al otro en más de una ocasión. Recordar la vida del frontero era en cierto modo rememorar la suya, sobre todo en los últimos avatares de la vida de mi padre.

—Nada puede entenderse, muchacho, sin el Rey Lobo y sin Zorita. Porque en la fortaleza a la que vamos mañana es donde comenzó todo. Allí

fue donde en un febrero de 1149 se reunieron a parlamentar el Rey Lobo y el abuelo de nuestro joven rey, mi emperador Alfonso que Dios tenga en su gloria. Un día muy frío en el que vi llegar por el camino de Albalate la espléndida comitiva del rey de Murcia y de Valencia, Ibn Mardanis, que los cristianos llamamos Rey Lobo y que desde entonces hasta hoy sigue haciendo honor a la alianza que aquel día se acordó en Zorita. Venía rodeado de sus caballeros y quienes escoltábamos al rey nuestro al pronto quedamos sorprendidos, porque excepto unos pocos de su séquito y un hijo suyo, muy niño, que también le acompañaba, sus capitanes y tropa iban a nuestra usanza vestidos y no a la usanza mora. Llevaban nuestras mismas cotas de malla, nuestros yelmos, nuestras lanzas y nuestras espadas. Y en nuestra lengua comenzaron a hablarnos. Eran, como nosotros, cristianos; castellanos, aragoneses, navarros y catalanes. Y el propio rey no vestía tampoco y totalmente al modo moro, sino que en ciertas cosas, no en todas, también utilizaba para los arreos de su palafrén y sus propios vestidos detalles propios de cristiano.

»Y es que el Rey Lobo, lo sabrás, es de antepasados cristianos. Él nació en Peñíscola ya musulmán, pero sin odio a la religión de sus ancestros, sin el fanatismo de los almorávides y aún menos el de estos nuevos africanos aún más terribles que a los musulmanes suponen impíos y los tratan casi aún peor que a nosotros los cristianos.

»Cuando tu padre y yo vimos por vez primera al Rey Lobo estaba en lo más hermoso de su vida. Tenía para entonces veinticuatro años, era apuesto, de ardiente mirada y gestos amplios. Tan solo tres años antes había logrado ser nombrado rey de todo el Levante, de Valencia y Murcia, de la que hizo su capital y su sede, expulsando a los almorávides y siendo aclamado por los moros que ansiaban sacudirse su dominio, retornar a sus esplendores pasados y vivir en paz con los cristianos.

»A su lado cabalgaba su lugarteniente, Ibn Hamusk, que era también su suegro, pues estaba el Rey Lobo casado con su hija, que dicen de maravillosa hermosura. Hamusk era también de origen cristiano y aún más reciente que su yerno, pues su bisabuelo era un caballero que formaba nada menos que parte de las tropas del Cid y de Fáñez cuando estos anduvieron por Zaragoza al servicio de los reyes hudíes. Cuando la mesnada de Rodrigo dejó tal

misión, algunos de los suyos se quedaron como muy principales valedores de los Banu Hud, y este fue el caso del antepasado de Hamusk, quien se hizo musulmán y entre ellos medró hasta que los hudíes fueron arrojados por los almorávides, y a la postre luego también ellos por el Batallador, de Zaragoza.

»No marchó la familia de Hamusk con los exiliados hudíes hacia Rueda, como hicieron Al Malik y su hijo Zafadola, sino que recaló en tierras valencianas, y fue allí donde se fraguó su alianza con Mardanis. Juntos se encumbraron y juntos establecieron las alianzas. Tuvieron el reino más próspero y fértil de todas las Españas, las mejores huertas, las mejores cosechas y los puertos y rutas por los que entran y salen todas las mercaderías. El oro fluía como si fuera arena a las arcas del Rey Lobo, y él tejió muy bien su red de protección y alianzas. Con los catalanes de Ramón Berenguer, con las ciudades y las flotas de los pisanos y los genoveses, con el aragonés y sobre todo, y antes que con nadie, con quien desde un principio entendió no solo como aliado sino también como amigo, y ni siquiera le importó que se le considerara vasallo, nuestro emperador Alfonso, con quien estableció la más duradera amistad y alianza.

»No participó el Rey Lobo en la toma de Almería, pero bien quedó clara su voluntad de no ayudar a los musulmanes asediados y sí cubrir nuestra retaguardia y suministrarnos víveres y bastimentos. Tras la reunión de Zorita nuestras tropas combatieron junto a las suyas y cuando hubo conflicto con algún rey, fuera moro o cristiano, Alfonso nos enviaba o era él mismo quien lograba las paces. El Emperador, por ello, se hacía pagar buenos dineros, cuarenta mil morabetinos^[19] de oro por añada y por los servicios de nuestras tropas. Alguno tengo y habrás de verlo.

Se levantó don Martín, que además pidió con buena voz más vino, y no tardó en regresar con una pequeña bolsa de donde vació unas muy bien acuñadas y relucientes monedas.

—Morabetinos lupinos. No hay mejor oro ni moneda que más aprecio tenga por donde vayas. En el reino del Rey Lobo parecía manar el oro y de hecho manaba, pues en ello se transformaba todo lo que por él pasaba, por sus caminos, en sus ciudades, en sus feraces vegas y en sus puertos siempre bullendo de gentes y mercaderías.

»Yo estuve allí, en su reino, en varias ocasiones, y conmigo estuvo tu

padre. Con nuestra ayuda Hamusk, su suegro, se apoderó de Guadix y luego de Úbeda, Écija, Baeza, Carmona y Jaén, y en ellas reinó al amparo de su yerno. Eran los tiempos del esplendor del Rey Lobo y en nuestros retornos podíamos contemplar la hermosura de su capital, Murcia, la riqueza de su reino, la alegría de su pueblo, la magnificencia de sus palacios y la fortaleza de los castillos que levantaba. Los más hermosos, y a los que tu padre y yo pudimos entrar escoltando a nuestro rey, eran los de Dar as Sagrá, hacia el cual se dirigía como prendida la vista pues estaba adornado de las más extraordinarias figuras, figurando las estrellas del firmamento y un tañedor de flauta que parecía dirigir aquella sinfonía de armonía y colores. No había visto yo cosas tan admirables en todos los reinos cristianos, y eso a pesar de no estar por entero acabado pues aún seguían los albañiles y los canteros trabajando. Pero aún más hermosa que Dar as Sagrá, dentro de Murcia, es la almunia real, que está a poco más de media legua al noroeste de su capital, y que estaba protegida por un castillo que nosotros llamábamos de Monteagudo y ellos Qasr ibn Saad. Aquel recinto se decía que era comparable al que el gran Abderramán hizo construir en Córdoba para la más hermosa de sus amantes.^[20] El palacio en sí estaba rodeado y en el medio de maravillosos y verdes jardines, por donde el agua corría y las fuentes brotaban por doquier. Para su riego se hizo excavar un enorme embalse en la altura para que el agua, que de él se derrama por numerosas acequias, nunca faltara a sus plantas y su verdor permaneciera siempre hasta en lo más ardiente del verano. Al patio central confluían cuatro caminos, que según nos explicó el guía que nos condujo por él, semejaban los cuatro ríos del paraíso musulmán, el del agua, el de la leche, el de la miel y el del vino, que por cierto el Rey Lobo bebía sin ocultación y hasta en presencia de los emisarios almohades, que volvían la vista y hacían gestos de repulsa ante tal blasfemia.

»En aquel lugar vivía el Rey Lobo con sus mujeres, sirvientes y criados, y allí acudían sus vasallos, sus mandatarios y visires a celebrar sus consejos. Pero también era lugar de fiestas y aún más de pláticas y encuentros entre sabios y artistas, pues tenía el rey fama de acoger a las gentes de la poesía, la música y la filosofía. Todo lo que los almohades aborrecen. El Rey Lobo era él mismo un estudioso del Corán y de sus leyes sagradas, pero él y sus cadíes las interpretaban según lo que ellos llaman la Sunna y conciben que puede

haber tolerancia entre las diferentes interpretaciones posibles. No así los almohades. Por ello a Murcia llegaban de continuo hombres sabios, jueces, alfaquíes que habían dirigido antes juzgados en las ciudades y llamado a la oración en las ciudades de Córdoba y Sevilla, pero que ahora habían de huir de los conquistadores africanos para salvar sus vidas. Todos encontraban allí acogida, amparo y la hospitalidad del Rey Lobo.

»Pero comenzó todo a torcerse y declinar cuando nosotros los cristianos perdimos Almería, a pesar de su ayuda y del postrer esfuerzo del Emperador en socorrerla, que agotó sus últimas fuerzas y murió en el triste camino de regreso. Pero en los breves años del reinado del rey Sancho nosotros seguimos combatiendo junto al Rey Lobo y, aun muerto el Deseado, algunos se quedaron en aquellas tierras, aunque he de decir que yo ya no me moví de aquí de Anguix, pero tu padre aún participó junto al Lobo en muchas de sus batallas contra los almohades.

»Estos lograron tomarle Carmona al suegro Hamusk, y este se lanzó furioso en venganza contra Granada. Logró tomar la ciudad pero no consiguió expugnar la alcazaba. Entonces llamó a su yerno. Este preparó un fuerte ejército pero por delante envió lo mejor de las tropas castellanas que se encontraban en ese momento en su reino al mando de Álvaro Rodríguez *el Calvo*, nieto del gran Álvar Fáñez, junto a quien formaban dos nietos del conde de Urgell, con quien tenían sangre común pues por todos corría la del conde Pedro Ansúrez. Y con el nieto de Fáñez, bien lo sabes, hacía tiempo que cabalgaba y entre los mejores, tu padre.

»Fueron en ayuda de Hamusk y a fe que no pudo ser su llegada más venturosa, pues en el Prado del Sueño infligieron una cruel derrota a los agarenos, quebrándoles por completo. Pero el califa no podía consentir ni que Granada sucumbiera ni que los cristianos derrotaran a su ejército, así que armó uno inmenso y poderoso que lanzó contra el Calvo al mando de sus hijos Abu Yaqub y Abu Utman. Poco pudieron hacer entonces ante aquella inmensa masa de jinetes que se les vino encima. Combatieron hasta caer y sucumbieron. Murió el Calvo y allí pereció también tu padre mientras los de Hamusk levantaban el asedio y huían. Tu padre, muchacho, murió como el mejor de los guerreros, cayendo, dicen los pocos que sobrevivieron, sin dejar de combatir junto al nieto del gran Álvar, como había caído aquí en Zorita su

padre, tu abuelo.^[21]

Bebió don Martín y bebimos todos. Él recordando sus batallas con mi padre y aquella a la que no concurrió y pudo por ello salvar su vida, y yo intentando retener el recuerdo que aún me quedaba del Frontero llegando a Hita y aquel año aciago en que ya no retornó, ni él ni ninguno de los que con él habían partido.

—Allí comenzó el ocaso del Rey Lobo —prosiguió el ya maduro caballero—, pero su sol aún no se había puesto del todo. Siguió hostigando a los almohades y nuestras tropas han aliviado a su reino, y también al nuestro, atacándoles en su propio Al Ándalus. Pero ahora la suerte nos es adversa. Hace dos años, tras intentar junto a él asaltar Córdoba, fueron los almohades quienes pusieron en marcha desde Sevilla un formidable ejército y se lanzaron contra la propia Murcia con jinetes venidos en multitudes desde el otro lado del Estrecho y llamando a rebato a todas sus tropas disponibles. El Rey Lobo y sus trece mil guerreros cristianos sufrieron una dura derrota en el lugar donde el río Guadalentín se asoma a la vega murciana, y hubieron de acogerse a las murallas de la capital. Estas protegieron al emir y a los restos de su ejército, pero la rica huerta y las suntuosas mansiones de recreo de los nobles murcianos, entre ellas la maravillosa almunia del propio rey en Monteagudo, fueron saqueadas y destruidas con saña. Al fin los almohades se retiraron, pero bien sabe Mardanis, bien saben ellos y sabemos todos, que no tardarán en volver. Cuando los lobos africanos huelen la sangre de una presa y su debilidad, siempre vuelven, siempre.

»Ahora hasta su propio suegro le ha traicionado. Dicen que el Rey Lobo repudió a su hija y se sintió por ello vejado. Ha aceptado la doctrina de los africanos, ha abrazado el tawhid, su doctrina, para intentar conservar poder y quizá la propia vida. El gran Mardanis, el Rey Lobo, bastante tiene ahora con aguantar tras sus muros y mantenerse a salvo. Nuestro rey es aún muy niño para acudir en su socorro. Si hubiera vivido más su padre, don Sancho...

La voz de don Martín se debilitaba, por la nostalgia y tal vez también por el vino y la somnolencia, y llegó el momento de acostarnos. Lo hice con aquella última imagen de mi padre y en su cabalgada final por la vega granadina. No sé dónde reposan sus huesos, pero los musulmanes siempre entierran a los muertos, aunque sean sus enemigos. Y me dije que al menos

en los días siguientes subiría de nuevo a la tumba de mi abuelo, el gigante Pedro, en Recópolis.

Dormimos en Anguix y antes del alba estábamos a caballo, con el caballero Martín Ordóñez, por la senda que sigue el Tajo, aguas abajo, y de buena mañana llegamos a Zorita de los Canes, a la que el joven rey Alfonso tenía cercada. Al ir llegando al puente vimos que acababa de cruzarlo una pequeña comitiva. Entre los viajeros me pareció distinguir que cabalgaba una dama, bien escoltada por caballeros y ella a la jineta montada, y tuve, a pesar de apenas verla un momento y ya alejándose, de perfil y de espaldas, quizá por su pelo claro, tal vez por la figura o el aire, que aquella mujer era Constanza de Castro. Pero ¿cómo iba a ser ella? ¿Qué iba a hacer una Castro saliendo del cerco de Zorita escoltada por caballeros del rey y de los Lara? Si era ella, era un misterio más que añadir a los de aquella dama, cuyo solo recuerdo hizo que me revolara un latigazo de deseo. Pero no era tiempo y sí muy de mañana para andar pensando en tales cosas.

Cruzamos el puente y nos presentamos ante el rey de inmediato. Recibió primero a don Martín y lo despachó con premura, asignándoles a él y sus hombres un lugar en el cerco. Me recibió a mí después y me hizo alzar del suelo. El Rey Pequeño había dado un estirón en aquel corto trecho de tiempo, pero no solo era el cambio físico, había un nuevo porte en su andar, una seguridad en su voz y en todo su ser.

—Tengo ahora asuntos que despachar de inmediato. No estarás enterado aún pues la noticia se ha producido cuando estabas en camino, pero la zozobra recorre el campamento porque ese alcaide felón que manda en Zorita ha apresado a don Nuño Pérez de Lara y a don Ponce de Minerva. He de hacerle pagar por ello y rendir Zorita. No humillarán, ni él ni los Castro, a su rey de esta manera. He de enviar todavía algunos mensajeros más a concejos y señores para que vengan con cuantas tropas puedan para apretar el cerco. Ya están en camino desde Ávila, Segovia, Atienza, Toledo, Oreja, Medinaceli y Guadalajara, y he ordenado a los santiaguistas y los calatravos que me apoyen con cuantos caballeros puedan. Tengo pues que atender a ello, pero vente luego, tras asearte y comer, estate presto a mi llamada pues deseo conversar largo contigo. Pues hay muchas cosas que has de referirme y yo alguna he de mandarte.

Iba a marcharme presto a cumplir su deseo y retornarme, cuando la pregunta me vino como si fuera superior a mi deseo el que brotara de mi boca. Supe al hacerla que no debía y que podía ser en extremo inconveniente, pero los muchos años jugando como los niños que éramos rompieron aquella prudencia.

—Mi señor, ¿era doña Constanza de Castro la que salía de Zorita cuando nosotros llegábamos?

La sorpresa en la cara de don Alfonso fue total y tuvo un gesto de incredulidad, como si no fuera posible que yo la conociese. Antes de la respuesta me fue aún más evidente que no me había engañado, que era ella. Y el Rey Pequeño, así se le seguía llamando, tanto por los cristianos como era ya el nombre que le daban los musulmanes, con su respuesta me lo confirmó preguntándome a su vez:

—¿Conoces tú, Pedro, a doña Constanza?

—De Hita, señor, la conozco.

Me quedé en silencio, pero no pude evitar que me subiera a la cara el sofoco. Y estoy seguro que don Alfonso se percató de ello. Pero fue más prudente que yo y no indagó en nada más. Reiteró su despedida, aunque en esta hubo un deje de ironía.

—Desde luego que tenemos que hablar largo y pronto. Sal ahora y espera mi llamada.

No se demoró esta apenas. Tan rápida fue que no me dio tiempo siquiera a probar bocado. Apenas si había abrevado a mi caballo y, dejándolo ya desaparejado y descansando a la fresca, montado mi tienda junto a la de don Martín Ordóñez, cuando ya tenía ante mí un mensajero reclamándome. Y doy fe que a quien hallé en la tienda, con quien conversé, a quien informé, y de quien recibí órdenes fue de un rey. Aunque entonces solo tuviera trece años y medio, aunque aún le faltara medio año para aquellos ansiados catorce, cuando ya, según lo dispuesto por su padre Sancho en su testamento, se entraba en los quince y podría ya reinar a todos los efectos, sin necesidad de regencias ni regentes, como ahora era el caso.

Lo que había acaecido en aquellos días había precipitado muchas cosas y cuajado actitudes. Don Nuño Pérez de Lara volvía a estar prisionero de los

Castro, como lo había estado hacía ahora casi diez años, y hubo que hacer paces y treguas entre ambas familias para que lo dejaran libre. Entonces don Alfonso era un niño que no sabía siquiera qué era aquello de ser rey, pero ahora sí lo sabía y estaba dispuesto a demostrarlo.

El Rey Pequeño, sin padre ni madre, ni hermanos, con su tío Fernando no como afectuoso pariente sino como enemigo, sin haber tenido a su lado cariño familiar alguno, rodeado siempre de la intriga y la ambición, donde tan solo y al cabo podía entender a don Nuño como la figura más cercana a algo paterno que hubiera tenido en toda su vida, había madurado como joven y ya, casi o sin casi, como hombre a tan corta edad. Consciente de quién era y de lo que de él se esperaba afrontaba el trance con serenidad y decisión. Porque presos los condes, todas las miradas se volvían al niño y se encontraban, como me encontré yo, a un rey al que ya le sobraban aquellos seis meses para llevar con absoluta capacidad su corona.

Y si don Nuño fue para él lo más parecido a un padre, yo, un villano, un arriero, había sido lo más parecido que tuvo a un amigo en su infancia y era ahora lo más cercano a alguien de edad pareja con quien pudiera tener alguna confianza. Solo alguna, que él era un rey y yo carecía de linaje alguno.

—No tuve, y bien lo sabes, animadversión alguna, cuando alcancé edad y razón para discernir, ni contra los Castro ni contra mi tío Fernando. Bien sé que don Gutierre de Castro sirvió con lealtad a mi abuelo y con devoción a mi padre y fue hombre muy cabal y honrado. Pero la alianza de su estirpe con el rey de León, que lo es antes que mi tío, que pretende mi sumisión y la de Castilla a su corona y que yo le rinda vasallaje, ha hecho que no pueda haber acuerdo con ellos. Fernando y los Castro me tomaron muchas plazas. Se apoderaron de Toledo y tantas otras. Poco a poco hemos ido recuperándolas hasta culminar entrando en la capital que conquistó mi bisabuelo el Bravo. Ello fue cuando yo tenía diez años. Tú estuviste a mi lado cuando salimos de Ávila y avanzamos con fuerte hueste, y que las milicias concejiles se nos iban uniendo y al final la propia población de Toledo, al enterarse de que era el rey quien llegaba, abrió sus puertas y don Fernando Rodríguez de Castro optó por entregar el alcázar y partir hacia Huete.

Aquella jornada que el rey recordaba tan nítidamente había sido, en efecto, el comienzo del declive irremediable de los Castro. El hecho de que el

rey estuviera con los Lara hacía inclinarse a la postre todas las balanzas, y el que la antes todopoderosa familia cada vez estuviera más afincada en León, acumulando allí honores y poderes, y más alejada de Castilla, decidió su suerte. Huete también había terminado por ser ocupada por los Lara, que, además, la tenían a muy poca distancia de su feudo de Molina y lograron al fin sacarse la espina clavada de su derrota y de la muerte de don Manrique Pérez de Lara, el hermano mayor de don Nuño, en el combate. En aquella jornada también habíamos estado juntos el Rey Pequeño y yo, y aunque entonces lo fuera tanto tampoco le impedía recordarlo.

—Bien me acuerdo, Pedro, que tras la muerte de don Manrique nos llegamos a Zorita, que aun siendo de los Castro no faltó a la hospitalidad con su rey, nos abrió puertas y luego pudimos seguir camino. Les guardo gratitud por ello, pero he nos aquí de nuevo ante sus puertas y sus muros y ahora me las cierran. Es Zorita ahora el último bastión en poder de don Fernando Rodríguez de Castro y ha de ser ya con él cuando de manera definitiva se acepte por completo mi autoridad sobre toda Castilla. No voy a partir de aquí sin que ello se consume, sin que liberen a don Nuño y a don Ponce, sin que se me abran las puertas de la alcazaba y sin que le haga pagar su traición a ese alcaide.

Se encendía el joven rey, que desde niño había dado muestras de carácter vivaz e impetuoso, y viniendo hacia mí me cogió del brazo en gesto de cómplice energía.

—Tu abuelo Pedro *el Pardo* combatió con Álvaro Fáñez, el mejor capitán de mi bisabuelo el Bravo, el primer alcaide cristiano de esta plaza, y contado me tienes que está enterrado allí en aquel alto de Recópolis, donde los godos tenían sus palacios, muerto por los almorávides. Esa sangre corre por tus venas, y por las mías también la de aquel de quien Álvaro fue brazo leal, hermano y compañero en los peores trances, la de Rodrigo, la del Cid, que es la de mi madre doña Blanca de Navarra, que para mi desdicha se me fue a mis nueve meses. Pues que sepa ese Lope de Arenas que por la sangre de mi bisabuelo Alfonso, el que tomó Toledo, y la de Mio Cid, mi tatarabuelo, que jamás fue en combate vencido, que no me iré yo humillado de Zorita, la ciudad que Alfonso y su capitán Álvaro tomaron para los cristianos. Por mi honor lo juro, Pedro.

Más sosegado después de su arrebato, me contó con detalle y más sosiego como habían venido a parar a tan delicada situación con los condes don Nuño y don Ponce prisioneros.

—Acudimos a Zorita para demandar su entrega pacífica al rey y al regente. Fue a mediados de abril cuando llegamos. Yo mismo subí hasta la puerta de la alcazaba, escoltado por mis condes y el maestre de los calatravos don Fernando, y ordené que se me abrieran sus puertas. Pero el alcaide don Lope se negó a hacerlo y, habiendo hecho antes acopio de gentes de guerra, armas y bastimentos y no faltándole a este castillo el agua pues su pozo llega en su hondura a las propias del Tajo, se encerró en el alcázar y nos amenazó con sus bravatas. No fue baladí la ofensa que me hizo de que él tan solo se debía a su señor, don Fernando Rodríguez de Castro, que era quien le había puesto al mando de la plaza y era la única autoridad que reconocía. Que si don Fernando se lo ordenaba, él me la entregaría de inmediato, nos concluyó a modo de chanza.

»Hubimos, pues, de poner cerco pero alertados que, lejos de dar señal de entrega alguna, lo que bien pudiera hacer don Fernando de Castro es ofendernos con sus tropas o, aún peor, con tropas musulmanas de Cuenca, con las que anda en conciliábulos y pactos. Decidí llamar a los concejos de toda la Transierra, que han ido acudiendo, para mejor sostenernos en caso de ataque desde fuera y para apretar más el cerco a los de dentro. Hay vigías situados en los altos y pasos desde la Bujeda por si desde Cuenca los moros avanzan. Que este castillo construido por los moros tiene muy buenos ojos hacia el norte, pero hacia el sur, de donde ahora pudiera venir el peligro, es ciego.

»Al cabo de una semana —siguió relatando el rey—, fue el alcaide don Lope quien pidió parlamento y tregua dispuesto, dijo, a avenirse a razones y presto a entregarnos el castillo. Para pactar las capitulaciones y bajo cédula de seguro del alcaide y poder del rey se encaminaron a la puerta principal, del Califa llamada, don Nuño y don Ponce con sus escoltas, pero para franquearles el paso les exigió que la cruzaran solos, dándoles palabra de que nada habría de sucederles pues en ello quedaba su honor empeñado. Pero, una vez dentro el regente y el conde de Minerva, y tras no avenirse a las condiciones de don Lope, que eran imposibles y hasta ofensivas, lo que hizo

este, rompiendo su palabra y juramento, fue cogernos presos y retenerlos en el patio que existe en el castillo entre la iglesia y la torre del homenaje, que se llamó desde entonces el Corral de los Condes.^[22]

Me malicié yo que el astuto don Lope suponía que, descabezadas las tropas, privadas de sus jefes y siendo el rey apenas poco más que un niño, no tuvieran otra opción que levantar el campo y retirarse. Pero eso resultó que era no conocer y errar de manera total en el aprecio del temple del Rey Pequeño. Este, lejos de pensar ni por un momento en abandonar su empeño, y desde aquel 24 de abril en que apresaron a don Nuño, por quien tenía Alfonso la mayor estima, y a don Ponce de Minerva, quien en fecha reciente había abandonado el vasallaje del rey Fernando de León y prestado al rey de Castilla, lo que hizo fue estrechar todavía más el cerco y advertir a todos los defensores de la plaza que eran considerados traidores al rey y que su única posibilidad de perdón era la libertad inmediata de los prisioneros y su rendición incondicional después de la felonía perpetrada por el alcaide.

Así estaban las cosas a mi llegada y fue este el punto en que, habiendo callado el rey y hecho un silencio, volvió a flotar la pregunta mía de por la mañana. Como si de pronto el nombre nos hubiera llegado a ambos al mismo tiempo a la cabeza, el rey, con una sonrisa, lo introdujo.

—¡Ah, doña Constanza! Me dices que la conoces de Hita y tiene sentido que así sea. También aquí su presencia. Si tú me tienes al tanto de qué piensan de mí en los concejos y cuál es la estima que me tienen en las villas y los campos, ella también ha cumplido una misión que como rey he de agradecerle. Es una Castro, pero no todos los Castro están de acuerdo en la entrega que don Fernando ha hecho de su linaje a los leoneses. Unos le siguen, los más cercanos, otros esperan poder desvincularse y muchos de los de Hita están en tal tesitura, a la espera de que todo concluya y poder servir a Castilla y a su rey como siempre han hecho. Constanza no solo es pariente de los Castro, sino que tiene también algunos lazos con los Lara y en ocasiones habrás podido verla por sus casas. Es mujer de tan buen temple y lealtad como hermosura, y creo que a todos sus dotes saca provecho. A mí me lo ha hecho sin duda. Pues ella es quien nos ha avisado de que don Fernando de Castro ha ido más allá todavía en sus enconos y no solo está entregado a mi tío Fernando, sino algo mucho peor: ha entrado en tratos con los almohades,

con esa nueva peste africana que nos amenaza y tiene con ellos ya pactos y promesas. Que el califa respetará sus tierras, le entregará feudos y le auxiliará con sus ejércitos contra nosotros. Urge por ello tomar Zorita y desarbolar de una vez por todas el poder de los Castro, ahora aliados de nuestros peores enemigos y de los que lo son de la cristiandad entera. Te confío esto, Pedro, y nadie más debe saberlo hasta que sea llegado el día. Entonces sí, habrás de lograr que se pregone en todas las plazas, los mercados y las villas, y deberán saber todos y cada uno de los concejos a qué atenerse y aprestarse para la batalla que nos viene.

La confesión del rey me sobrecogió. Y en cierta manera me llenó de orgullo. Y no solo por mí, sino también por doña Constanza. No era solo una lujuriosa viuda que abusaba de la carne y embarcaba en el pecado a un joven, sino que era alguien que había prestado un servicio a su rey jugándose incluso la vida si era descubierta por los poderosos de su propia familia.

—Guardaré el secreto que me confiáis, bien lo sabéis, mi señor, y lo extenderé cuando el momento de hacerlo sea llegado y me dé orden mi señor de llevarlo a cabo.

—Sé que lo harás, Pedro. Ahora, come algo conmigo y cuéntame cómo ven al Rey Pequeño, bien sé que así me llaman, los tuyos de Atienza, y los de Hita, y los de Guadalajara y todas esas gentes del Común con quien tú hablas. Ellos habrán de ser los cimientos de mi reino, ellos más que nadie, Pedro.

Comimos y bebimos como muchas otras veces antes y por un momento, quizá ya el último, afloró la camaradería infantil, aquella nostalgia de nuestra niñez perdida. Que en su caso aún era más penosa que la mía, pues yo de mi padre había disfrutado algunos años y aún tenía recuerdo de su cara, su sonrisa, su caricia y su figura, y si no madre, sí había tenido y me había criado con la mejor de las abuelas, que lo había sido mía, y no me faltaban y ahora iba recuperando hermanas, tíos y primos. Pero el Rey Pequeño nada de eso siquiera tenía, era absoluta su orfandad y por ello quizá se había curtido así don Alfonso en entereza, carácter, medida y un cierto aire reflexivo que para nada encajaba con su edad y cortos años. Aunque genio no le faltaba, como me había demostrado con aquel arranque acordándose hasta de su tatarabuelo el Campeador y de otros suyos que yo había contemplado. Iba a comprobarlo muy pronto don Lope de Arenas, alcaide de Zorita.

Pero el instrumento de la venganza y la ira del rey no fueron sus caballeros ni sus mesnadas, no fueron asaltos, ni tumultuosos ataques, por otro lado imposibles, ante tan formidable alcazaba, ni siquiera hambrunas. El instrumento de la venganza y la ira del rey fue Dominguejo, un criado del castillo.

Este era un hombre avieso y de poca confianza de don Lope, quien lo consideraba en muy poco y menos ley le tenía. El cerco le había sorprendido fuera de la alcazaba, pues tenía casa y familia en la villa, cerca de la primera gran barbacana, la que va de las torres de San Pedro y por cuyos adarves pasean las rondas.

Logró presentarse al rey tras decir a todos que él tenía la forma de entregarle el castillo y que si obtenía recompensa lo haría. Don Alfonso, más por chanza que por entender que pudiera haber utilidad alguna, accedió a escucharle. Dominguejo se presentó ante él con una maza y le expuso su plan.

Que habrían de ir hasta la cercanía de la ronda y de su casa, donde él les indicara a los soldados; que una vez allí se haría mucha bulla y gran tumulto de voces; que él estaba seguro de que don Lope al oírlas se asomaría a una ventana que él conocía y desde la que se divisaba bien el lugar. Que entonces él golpearía a un caballero con la maza, que le daría en el hombro y no lo mataría, pero debiera parecer que muerto lo dejaba, y que tras ello escaparía del lugar corriendo, con mucha gente a sus alcances persiguiéndolo pero dejándole espacio para poder llegar a un portillo y acogerse al castillo. Que gritaran muy recio entonces «Tened al traidor, tenedlo, tened al asesino» y exigieran su entrega. Y que él luego, una vez dentro, explicaría a don Lope que había dado muerte a un ricohombre por injuriar a don Lope. Así ganaría la confianza del alcaide, que le dejaría campar a sus anchas por sus aposentos y sin prevención de verlo con armas, y que cuando eso sucediera aprovecharía la oportunidad y lo mataría.

Al rey a la postre le pareció que nada que perder tenía con probarlo y un toledano, Pero Díaz, se ofreció a recibir el golpe. Se representó la farsa, en la que yo fui uno de los que persiguieron a Dominguejo hasta que se coló en la alcazaba por una entrada que hay oculta en una de las cuevas excavadas en la roca y que daba a un pasadizo que fue bloqueado a toda prisa de nuevo.

Tras ello, nada más supimos en varios días y casi lo dábamos ya por una patraña del criado, pero era el 15 de mayo cuando se oyó un fuerte griterío en la alcazaba. Era media mañana y al poco hubo clamores y a nada mensajeros ofreciendo al rey la entrada y el castillo rendido, pues don Lope había sido hallado muerto en sus aposentos y no había ya cuestión de proseguir la pelea, pues ellos no querían cargar con las culpas de sus actos ni tenían otro deseo que prestar juramento al rey de Castilla. Enseguida se produjo la liberación de don Nuño y don Ponce, a los que el rey recibió con júbilo y luego en comitiva, con Alfonso delante. Se abrieron las puertas de las barbacasas y luego la del Califa para que el rey penetrara en la alcazaba vitoreado por quienes hasta ese momento le habían ofendido y desobedecido. A todos perdonó y tras ello recibió en audiencia a Dominguejo, que acudió jubiloso a relatar su hazaña y recibir su recompensa.

Contó que, aprovechando la confianza de su amo don Lope, una mañana que le mandó llamar para que le hiciera la barba, entró en sus aposentos con un venablo y teniéndolo indefenso le atravesó el cuello y salió prestamente huyendo sin que nadie lo viera. Y que solo cuando otros criados entraron más tarde y encontraron a don Lope muerto y bañado en su propia sangre se descubrió el crimen.

El rey Alfonso y sus condes lo escuchaban en silencio y con gesto muy serio. Acabado su relato, Dominguejo le pidió al rey mercedes y dineros por su hazaña. Don Alfonso hizo que le entregaran una buena bolsa repleta de maravedíes de oro, que el criado recibió con grandes alegrías. Pero cuando se disponía a pedir que se le diera alguna merced más en tierras y casas, el rey con tono muy severo le hizo callar y pronunció su sentencia con un duro tono.

—Por entregarme el castillo, esa es tu recompensa en oro. Por traicionar a tu señor, te serán cortadas manos y pies, para que las gentes aprendan que tal cosa, la traición a tu señor, no merece si no castigo pues es el peor de los delitos.

El regente don Nuño, don Ponce de Minerva, don Ponce de Cabrera, señor del vecino Almonacid, don Fernando, el maestre calatravo y muchos otros grandes señores quedaron sorprendidos y mudos ante la decisión del rey. Solo se escuchaba en la sala la protesta y los gemidos de Dominguejo.

Dos soldados de la guardia del rey se lo llevaron a rastras entre grandes alaridos para ejecutar en él la sentencia de don Alfonso.

No tardamos todos en salir de la sala. Observé cómo los nobles seguían con el rostro tenso y se hablaban entre ellos en murmullos. El rey Alfonso había dejado de ser el Rey Pequeño.

Don Alfonso sentía mucho afecto por su tutor y regente. Durante los días de su prisión bien lo había demostrado. Y yo mismo llegué a tener en gran estima a don Nuño. Él me trató siempre bien, aunque también me marcó las diferencias. Pero no puedo quejarme de haber recibido de él, aunque fuera de rebote, más que buenas enseñanzas y aprender cosas que jamás hubiera aprendido de una mente tan despierta como la suya. Porque si algo aprendí a estimar en don Nuño fue su inteligencia y su sabiduría, tanto para lo grande como para lo cotidiano.

Cuando aleccionaba tanto al rey como a sus hijos, y yo estaba presente, absorbía aquellos conocimientos muy seguramente con ansia mayor que mis compañeros de tan alto rango. Yo sentía que aquella era una oportunidad única y la aprovechaba. Así lo había hecho en aquellos años de mi estancia en la corte y en sus casas solariegas, pero siempre como si yo ni siquiera estuviera presente. Las lecciones iban dirigidas a los demás y yo estaba en la estancia como si de un mueble se tratara. Pero don Nuño sabía que no era así, que yo tenía mis oídos y mis ojos bien abiertos, y aun permaneciendo mudo y aparentemente ajeno nada se me escapaba. Y creo que aquello, lejos de desagradarle, complacía al maestro pues nunca me impidió mi presencia en aquellas charlas suyas, sino que procuraba incluso que asistiera. Pero nunca se había dirigido a mí ni para hacerme una pregunta o una observación siquiera como sí lo hacía con el rey, con sus hijos o con los de sus hermanos.

Pero en Zorita habían cambiado muchas cosas, los estatus de cada cual se movían y en breve iban a moverse aún más, cuando la mayoría real fuera definitiva, y también iban a traer cambios para mí. No lo presentí cuando fui de nuevo llamado por el rey. Supuse que era por darme ya licencia para marcharme, pero intuí algo cuando vi que me recibía en presencia de don Nuño, del maestre calatravo y los condes de Cabrera y Minerva. Sin andarse con rodeos, directo, como gustaba de ser para lo que tenía decidido, don

Alfonso me anunció que iba a ser nombrado caballero y que a tal efecto debía prepararme y comenzar a hacer mi vela en la iglesia de Santa María del Soterrano, excavada en la propia roca de la alcazaba, que entendía que era Zorita el lugar, por estar aquí enterrado mi abuelo Pedro *el Pardo*, donde debiera pronunciar mis juramentos y prestarle vasallaje, y que ello lo hacía por reconocimiento a mis años de servicio y en la confianza de que en él me mantendría por siempre.

Sentí que me subía un nudo a la garganta y la humedad a los ojos y hube de reponerme para poner rodilla en tierra y balbucear unas palabras de agradecimiento. No esperaba yo, y menos tan pronto, un reconocimiento tal y que además fuera a tener lugar precisamente en el lugar que lo cargaba todo de tal emoción y sentimiento. En mi mente se agolparon las figuras de mi padre en su caballo volviendo a Hita victorioso, y esa de mi abuelo, nunca contemplada pero siempre imaginada, la del gigante pardo, a cuya tumba ahora ascendería yo de nuevo ya con mis espuelas de caballero a rendirle homenaje y rezarle un padrenuestro.

Al ser Alfonso aún menor de edad y no haber él mismo tomado las armas, le tocó a don Nuño el armarme, al amanecer de la mañana siguiente, y tras mi vigilia, y entregármelas en su nombre y en el suyo propio como regente y como señor de mi villa de Atienza.

Concluida la ceremonia, y ya vestido, don Alfonso quiso aún enaltecerme señalando a todos los presentes que como caballero habrían ya en el futuro de tratarme. Y que él mismo me estimaba como hombre recto y en su gracia, que respetaba mi voluntad de establecerme en la villa de Atienza, quedando siempre a su servicio y presto a su llamada, y que en prueba de su amistad me otorgaba dos cargas de sal por añadida del diezmo que a él le correspondía.

Asintieron los presentes y fue luego el turno de don Nuño, quien a todos, incluyéndome, quiso invitar a un convite para celebrar el feliz resultado final de la toma de Zorita, su liberación y que, además, se proponía, tras el ágape, el exponernos unos trabajos y pensamientos en los que hacía ya algún tiempo cavilaba y de los que deseaba hacernos partícipes. Y esta vez yo no acudiría ya de oyente y casi a hurtadillas, sino por mí mismo y por derecho.

Pero antes tuve tiempo de cumplir con mi promesa y mi deseo de llegarme al lugar donde reposaba mi abuelo, saliendo por el arrabal de San

Pedro y cogiendo el camino que se dirigía a la cercana Recópolis, casi abandonada y en ruinas pues no alcanzaban a diez las humildes casas entre lo que había sido el hermoso palacio y lo que quedaba de la basílica goda, donde habían rehecho en su cabecera una pequeña iglesia con una pequeña espadaña de yeso. Eran más allí los que yacían muertos que los vivos y al costado de los muros desconchados oré en soledad ante las tumbas, sabedor de que en una de ellas estaba la de mi abuelo Pedro y en otra la del dawair musulmán, Muzafa, su más leal amigo. Luego regresé para asistir al convite de don Nuño, admirándome, al hacer el camino por lo alto de la cuesta, del caudal del río, de la belleza del Tajo tras pasar bajo el puente de Zorita y ensancharse y descender poderoso, pero a la vez calmo, por aquellas tierras ya más llanas que las fragosidades y desfiladeros de los cuales venía.

Nos ofreció don Nuño, servida al aire libre aprovechando el día, limpio y ya cálido, una bien surtida comida con un buen asado de cordero y regada con vino que dijeron de un pueblo cercano llamado Mondéjar. Pero pronto nos quedó claro que el interés del regente iba más allá del agasajo, pues deseaba aprovechar el momento para una suerte de última lección a su tutelado y a todos nosotros, entre los que también estuvieron sus hijos, sobrinos y allegados, ahora que ya era evidente que las alas de don Alfonso le impelerían a volar muy pronto solo.

Puesto él a salvo de sus captores, sintiéndose ya definitivo vencedor de la vieja guerra entre Laras y Castros y comprobado que su pupilo Alfonso no solo había afrontado la responsabilidad que le cayó encima, sino que la había resuelto ya con toda seguridad y realeza, don Nuño quiso ofrecer una suerte de últimas observaciones sobre lo que un rey debía saber de la guerra y sus ardides, aunque fuera, o precisamente por ello, tras haber él caído prisionero junto con el conde Ponce de Minerva y haber quedado y puesto al rey en la situación más embarazosa. No sé lo que a los demás les aprovecharía, pero he de decir que fue para mí una sabia lección que entendí como el mejor regalo posible en el día que había sido armado caballero y cuyas enseñanzas procuré tener siempre presentes a lo largo de los avatares guerreros de mi vida, que no han sido pocos. Y en algunos casos más nos hubiera valido aplicar algunas de las cosas que allí aprendimos pero que luego, en ocasiones ni el propio

don Nuño, que las exponía, ponía en valor y práctica. Sobre una pared del recinto para ayudarse en sus explicaciones hizo colgar un gran pergamino.

—Esto que veis es un mapa. Unos monjes de Silos lo han copiado de uno que encontraron de los sabios de la Antigüedad. Representa a Hispania y sus islas. Aquí abajo —señaló el sur donde acababa la tierra— está el mar, que es el Mediterráneo, y al otro lado África, de donde llegaron los moros. Veréis que el dibujo está troceado. Son los reinos. Los cristianos y los musulmanes. Es lo primero que veremos y quienes reinan en cada uno de ellos.

Y, uno a uno, don Nuño nos los fue relatando.

—Al norte y el oeste es la tierra gallega, y al lado suyo está el reino de León, cuya corona es la misma. La del rey Fernando II, el tío de nuestro rey Alfonso, hermano de su padre Sancho el Tercero. Antes ese reino y el nuestro de Castilla estuvieron unidos bajo el Emperador, y a él rendían vasallaje tanto el de Navarra como el de Portugal.

»En Navarra reina Sancho el Sexto, a quien apodan el Sabio, que se ha apoderado de buenas tierras castellanas que fueron nuestras desde Alfonso el Sexto, vuestro tatarabuelo, el que tomó Toledo. El rey navarro es tío vuestro por parte de madre, doña Sancha, hermana de vuestro padre, y por parte de vuestra madre, doña Blanca, hermana suya. Tiene como vos sangre de muchos reyes y ambos compartís también la del Campeador.

»Tiene un hijo, Sancho como él llamado, doble primo hermano vuestro al haberse casado, como veis, dos hermanas con dos hermanos. Doña Sancha, la castellana, con el navarro, su padre y la navarra doña Blanca, vuestra madre, con el Sancho castellano.

Costaba no perderse en los parentescos, pero don Nuño lo explicaba bien y no dudaba en repetirlos para que los entendiéramos, sobre todo su pupilo, que era esencialmente a quien iba dirigida la lección. Seguía señalando el mapa.

—Junto a Navarra y hacia el este están Aragón y más allá Cataluña, donde en ambos reina Alfonso Segundo, que es también conde de Barcelona. Su padre era Ramón Berenguer Cuarto, que estaba casado con doña Petronila, reina de Aragón y única hija de Ramiro Segundo el Monje, el hermano de Alfonso el Batallador, el que estuvo casado y luego en tanta guerra y pleito con vuestra abuela la reina Urraca. El aragonés Alfonso ha unificado en su

cabeza reino y condado.

»El reino de Portugal es el que veis aquí, bajo Galicia, en el oeste, lindando al gran Océano por el poniente, donde moran los Atlantes y del que no se conoce final ni ningún barco lo ha alcanzado. Dicen que se desploma en el universo tenebroso. El rey de Portugal es Alfonso Enríquez. Es nieto de Alfonso Sexto. Hijo de una hija suya que tuvo con una señora leonesa, Teresa, a la que casó con Enrique de Borgoña, mientras que a la legítima, habida de la reina Constanza, vuestra bisabuela Urraca, la casó con Raimundo de Borgoña. Teresa y Enrique señoreaban un condado pero ansiaban hacerlo reino. No lo lograron ellos pero sí su hijo, el que ahora, ya longevo, aún reina. De los tres primos «alfonsos», nuestro emperador, Del Jordán, que tanto os gusta, es el único que aún vive. No acepta ya vasallaje hacia León ni hacia Castilla, pero es un aliado leal en la lucha contra los musulmanes, con quienes veis que tiene frontera, aunque no tanta como nosotros. Los leoneses sí la tienen también por aquel lado y los aragoneses por el levante.

»Al Ándalus, que es como llaman los moros a su territorio, es todo esto que veis al sur del río Tajo, aunque a veces nosotros ya nos asomemos al Guadiana por Calatrava. Ahora casi todo está en manos de los almohades, unos califas africanos que han venido a sustituir a los almorávides. Como ellos, se han adueñado de todas las taifas y sojuzgado a todos sus reyezuelos. Solo hay dos que les resisten. El uno es Ibn Mardanis, el Rey Lobo, señor de Murcia y Valencia, fiel aliado de Castilla, del Emperador y ahora nuestro. Con él hemos de mantener la mejor relación y ayudarle en todo, pues nos preserva por este costado de los embates de los africanos. Mientras él se sostenga nosotros estaremos por este lado a cubierto. El otro, son estas islas que veis, al naciente de Valencia, que son las Baleares. Allí reinan los únicos almorávides que han resistido a sus enemigos almohades. El ser una isla y tener una potente flota les libra de los asaltos de sus enemigos. Gobierna la dinastía de los Ibn Ganiya, que combatieron en tiempos con vuestro abuelo Alfonso el Emperador y con los almohades, hasta que en la Península fueron finalmente derrotados y eliminados por estos.

»Este es el tablero de los reyes y los reinos. De tres de los cristianos, León, Navarra y Portugal, sois, mi señor don Alfonso, pariente muy cercano

y con el aragonés también hay vínculos, aunque más alejados. Sin embargo, y tras los viejos pleitos, este es ahora el mejor aliado. Deberéis cuidar esa alianza que vuestro abuelo ya estableció con su padre, Ramón Berenguer Cuarto, cuando llegaron a tomar Almería. Demasiado lejana para mantenerla o poblarla. Como tras la muerte del Cid sucedió con Valencia. Es algo que antes de emprender conquistas hay que tener siempre presente.

Terminó esa parte de su lección don Nuño e hizo una pausa. Nos rebullimos y mientras él enrollaba con sumo cuidado el pergamino que le había servido para ilustrar aquello, y que se notaba que consideraba un gran tesoro, descansamos un poco, permitiéndose alguno salir a hacer aguas menores pero que hubo de retornar de inmediato pues la lección proseguía. Pronto comprendí que lo sustancial y lo que quería que aprendiéramos y prestáramos la máxima atención era lo que ahora venía.

—Los hechos de los reyes se relatan con gestos heroicos y grandes y memorables batallas donde todo se pierde y se gana. Lo que hoy quiero explicaros, mi rey, y que debéis tener siempre presente, es que no suele ser así, que son otros a veces los elementos y trabajos que conlleva la conquista y a la postre la ocupación de una tierra, una fortaleza, una ciudad, y por tanto el avance y la victoria. El arte de la guerra se ejerce todos los días y antes de lanzar todo el ejército al combate puede que la batalla ya haya sido ganada sin necesidad de hacerlo. Pues una gran batalla puede darnos un gran triunfo, pero también sumirnos en la peor derrota y perder lo que antes costó tanto ganar y tanto sufrimiento conseguir. Un gran combate frontal supone el mayor de los peligros. No lo olvidéis nunca, mi señor.

»La tierra propia hay que ganarla, poblarla y defenderla, y a la enemiga arruinarla y despoblarla antes de apoderarse de ella. Ese ha de ser el objetivo de las cabalgadas, esa la estrategia para mantener la zarpa en el cogote de los musulmanes. Eso aparte de que la guerra sea en sí misma el sustento de los caballeros, de los fronteros que la hacen y traen a Castilla botín y cautivos. Pero para un rey que sus tropas de frontera con sus adalides corran los campos enemigos, causen todo el mal y salgan incólumes tras robarla, quemarla, destruir sus panes, talar sus viñas y sus árboles, arrebatárles sus ganados y hasta sus propias personas, es la mejor labor que puede hacerse. Porque ello despuebla la tierra contraria y enriquece la propia, lleva la

desesperación a sus gentes y la desconfianza y el rechazo de ellos a sus gobernantes, que habrían de defenderles. Les llenara de miedo, impotencia y despecho el ver que son incapaces de preservar sus haciendas y sus vidas. El hecho de que hayan de permitir, sin poderlo impedir, que sus enemigos atravesemos impunemente sus campos nos dará ya por alcanzado casi la mitad de nuestro propósito.

»Esas campañas que han llegado incluso a segar, trillar y acarrear sus mieses les hacen más daño que las muertes en combate. Así fue mermando en su poder e influencia la peste africana de los almorávides, de los moabitas, y creciendo su descrédito entre los agarenos.^[23] Y hay sobrados ejemplos de ello. Os pondré algunos.

»Cuando ya la tierra está vencida es cuando se toman las ciudades y se rinden los castillos. Así lo hizo vuestro tatarabuelo Alfonso con Toledo, así lo hizo el Cid con Valencia. Durante siete años el uno y cinco el otro, apretó el dogal sobre la ciudad y la desprovoyó de víveres, ayuda, recursos mientras él los tenía en abundancia y hasta comerciaba con lo que a los otros tomaba. En ambos casos, además, se hacían pagar por no acometerles ni asaltarles. Los debilitaba mientras ellos eran cada vez más fuertes.

»Para un rey esas expediciones anuales han de ser una forma de hacer la guerra, y para sus mesnaderos y muchos fronteros es también su manera de vivir y de alcanzar honores y fortuna. También la muerte, como desgraciadamente ocurre tantas veces. En muchas ocasiones por propios errores.

»La cabalgada no puede ser jamás algo insensato y realizado sin preparación alguna, pues retornar sin bajas y con botín es el éxito. Ser sorprendido en territorio enemigo es la derrota, el cautiverio y la muerte. Es preciso que quienes las dirijan sean buenos conocedores del terreno, sepan los pasos, los vados, la manera de llegar y de volverse si se puede por lugar diferente. Pero también es preciso que la marcha sea rápida, bien ordenada, con la vanguardia, el centro y la retaguardia bien conectadas, bien flanqueadas por peones y ballesteros, como aprendieron a hacer los cruzados en Tierra Santa. Ha de haber disciplina, con una cabeza y un mando al que todos obedezcan y sea un adalid de temple, que sepa poner por delante y a los costados caballeros descubridores que atalayen bien y prevengan del peligro,

que sepa también encontrar buenos lugares de acampada y encargarse de proteger bien esos campamentos aunque esté la hueste cansada del camino. Posición, vigilancia y abundante guardia son vitales para despertar con vida. Así que recordar bien y para siempre esto. Antes de iniciar la algarra hay que informarse y conocer el terreno, ocultar la entrada y tener la máxima rapidez en la salida. Procurar preservarse de las trampas y sobre todo no cargar en demasía si aquello nos entorpece y demora la vuelta.

»Las cabalgadas hay que hacerlas en su estación a no ser que se busque, como hizo el Batallador aragonés, retornar con miles de mozárabes para repoblar y posar en tierra mora un año largo. No han de durar más de tres meses y aprovechar el tiempo bueno, pues es cuando están para recoger las cosechas y pueden andarse mejor los caminos y es posible cruzar los ríos.

»Pero todo esto solo ha de ser, a la postre, el prelude de la ocupación del territorio. La preparación del cerco y la conquista. El tomar sus fortificaciones y sus ciudades con alcazabas. Y después poder mantener y repoblar todo lo tomado.

»Para ello es preciso lograr asaltarles sus castillos y sus alcázares. Y eso es lo más difícil, pues los encastillados tienen todas las ventajas. Los asaltos hacen que se pierdan muchos hombres y unos pocos fortificados pueden detener un ejército entero. Hay máquinas de guerra pero no sirven de mucho. Ni siquiera cuando los cruzados normandos, ingleses y alemanes ayudaron a Alfonso Enríquez a tomar Lisboa. Más importante fue el bloqueo de su puerto y la imposibilidad de que llegaran bastimentos que todos los intentos de asalto. Tenían un gran ariete, cinco máquinas que lanzaban grandes piedras, una torre móvil de noventa y cinco pies, y destruida esta, levantaron otra de casi de la misma altura, para combatir a nivel sus murallas y hasta les pusieron minas subterráneas que les incendiaron. Ni así cayó Lisboa.^[24] Al final rindieron la ciudad porque esta no vio escapatoria al hambre, la sed y el conocer que no tendría socorro alguno. Y ello es lo que hizo Alfonso el Emperador en Almería. Así tomamos nosotros Oreja, así se rinden las plazas. Hay que madurarlas primero y luego prepararse para un largo asedio.

Bebió un sorbo don Nuño, pues tan largas parrafadas le resecan el gaznate. Y prosiguió muy animado, pues había logrado captar del todo nuestra más silenciosa y expectante atención. Aquello nos interesaba, pues

los vericuetos familiares de los reyes nos costaba descifrar. Prosiguió:

—Pero también puede darse la expugnación por sorpresa. Eso es algo que trae grandes beneficios y supone, si resulta favorable, muy poco tiempo de esfuerzo y con menos bienes y recursos arriesgados en el empeño. Si hay alguien que de ello ha hecho arte es el portugués Geraldo «Sempavor», que así le apodan porque dicen que carece de miedo. Les ha hecho muchos males a los moros y les ha tomado castillos y hasta ciudades. Así les arrebató, aunque luego algunas perdiera, Trujillo, Évora, Cáceres, Montánchez, Badajoz, Lobón y Monfragüe. Os leo las palabras de sus enemigos que con sus insultos le honran: «El perro Geraldo caminaba en noches lluviosas y muy oscuras, de fuerte viento y nieve, hacia las ciudades, y había preparado sus instrumentos de escalas de madera muy largas, que sobrepasaban el muro de la ciudad, aplicaba aquellas escaleras al costado de la torre y subía por ella en persona, el primero, hasta la torre y cogía al centinela y le decía “Grita como es tu costumbre” para que no lo sintiese la gente. Cuando había completado la subida de su miserable grupo a lo más alto del muro de la ciudad, gritaban en su lengua con un alarido execrable y entraban en la ciudad y combatían al que encontraban y lo robaban y cogían a todos los que había en ella cautivos y prisioneros.» Aquella manera de expugnar una ciudad se conoce como «al furto» y es en extremo arriesgada, se necesitan hombres de mucho valor, que sepan moverse en las sombras y caminar en la oscuridad y que de no conseguir la sorpresa saben que perderán su vida, pues serán muertos en el acto.

Gustaba de esta fórmula don Nuño mientras que la que más le retraía era la del asalto directo a sus muros. Entendía que solo en un primer momento y con una enorme superioridad de combatientes e intentándolo por todos los lados a un tiempo podría ser posible, y eso aun con gran número de pérdidas.

Sobre otro elemento quiso aleccionarnos también y con mucho énfasis Nuño. Si se preparaba un asedio, era más importante casi que ninguna otra cosa que el ejército que cercaba tuviera garantizados sus suministros.

—De lo contrario el invasor puede convertirse en la víctima. Los ejércitos y sus bestias han de mantenerse y los recursos del territorio administrarse porque corren el peligro de agotarse y que pasen más hambre los sitiadores que los sitiados. Un caballo necesita heno y grano cada día y dos arrobas de

agua un corcel grande de guerra. Hay que procurar que se tengan buenos pastos alrededor y que los herberos puedan llevar a pastar por las noches. Y los hombres necesitan un buen campamento, tiendas, descanso y desde luego agua y comida. Si de ellos carecen, entonces el cerco se habrá frustrado y todo el esfuerzo habrá sido inútil. Además, estaremos expuestos a que una expedición de socorro caiga sobre nosotros. Es en ello donde es también muy necesario el ser prudente. Tanto en lo que puede venirnos encima, como tropas que vengan a liberarlos, como que nosotros nos lancemos a un rescate en exceso impetuoso y arriesgado. Porque habréis de tener en cuenta que los cercados pedirán ayuda y los suyos, si les es posible, se la prestarán, y entonces cargarán sobre nosotros tanto los que vienen de socorro como los cercados. Así fue a perecer Alfonso el Batallador en Fraga ante el almorávide Ganiya. Y por lanzarse a socorrer a los cercados en Uclés pereció el infante Sancho, hijo de Alfonso Sexto, su ayo García Ordóñez y siete condes de Castilla.

La larga explicación se acercaba a su fin y el sol iba bajando en el horizonte hacia las sierras de poniente, pero antes de concluir nos ofreció otra muestra de su sabiduría al hacernos comprender cosas que pensábamos conocer de sobra, pero que ahora vimos con mayor claridad y hondura. Fue al explicarnos la verdadera misión de los castillos en la frontera, algo que a todos nos podía parecer obvio y por sabido.

—Cuando los ejércitos enemigos avanzan, cuando llegan las grandes razias, el castillo es el refugio de las gentes. A ellos deben acogerse con todo lo que puedan llevar dentro. Eso es lo que salvarán del pillaje. No es el castillo el lugar desde el que interceptar al enemigo. Solo avisar y advertir de su paso. Su guarnición será casi siempre muy inferior al ejército que viene y sería suicida salir en tal caso a combatirlos. Puede hacerse alguna salida contra su vanguardia, desbaratarla y acogerse de nuevo a los muros. Pero los castillos no están para taponar a un ejército en marcha ni impedirle el paso, pues están inmóviles y sus brazos alcanzan donde llega una ballesta. El castillo está para guardarse los propios. Es más importante eso, así como el avisar a todos con mensajeros y luminarias para que se pongan a resguardo. Una guarnición de treinta o cuarenta caballeros no puede hacer nada, y menos saliendo a descampado, contra una razia de centenares de hombres a caballo

y de peones.

»El castillo es refugio y lo que preserva es a las gentes. Cuando el enemigo pasa y se marcha, ellos salen, vuelven y retoman el territorio. Pero hay más y esto es lo último que quiero deciros este día. Si de algo hay que cuidarse, es de las trampas y asechanzas de los moros, que son muy hábiles en ellas. Harán que huyen y será vuestra perdición si creéis que esa huida es pavor, pues os llevarán a una emboscada donde os esperarán muchos de su raza para degollaros a todos, es el tornafuye que utilizan tanto en esas escaramuzas como en las batallas campales. No ha de salirse nunca de la fortaleza atolondradamente a perseguir sin saber con certeza cuál es el volumen de la tropa a la que queremos dar alcance. Pero si esta lleva cautivos y ganados que la entorpezcan sí que podemos acosarlos por los flancos y desbandarlos para librar a los que han capturado. Pero con el cuidado de no caer nosotros a la vez cautivos en el intento. No ha sido el caso, pero cautivo he sido yo como bien sabéis y hace tan poco —concluyó, riéndose de su reciente y desafortunada campaña.

Ahí acabó su charla y se estableció cierto debate entre nosotros, entre si esto era más que aquello y si este mejor guerrero que el otro. Sorprendió de pronto don Alfonso cuando, en vez de entrar en aquellas discusiones, lo que preguntó a su tutor fue por las armas.

—¿Cuál es el mejor acero, la mejor de las espadas, ayo?

—Aunque ninguna puede cortar la seda en el aire como dice la leyenda que hizo Saladino, el mejor acero es el que llaman de Damasco, que dicen que viene de las Indias. Ninguno de los nuestros es tan flexible, tan cortante y al mismo tiempo tan duro.

El cerco de Zorita había finalizado, el poder de los Castro y del rey Fernando de León ya no tenía almenas que lo sustentaran en Castilla. Nada más quedaba allí por hacer y se tomó la decisión de levantar con toda presteza el campo y no demorarse en el retorno pues llegaban nuevas de que los almohades preparaban una gran ofensiva y, con la advertida traición del jefe de los Castro, había que guarnecer en todo lo posible la frontera. El rey volvía a Burgos y yo deseaba regresar a Sigüenza, a la consagración de la catedral. Cuál no sería mi sorpresa al enterarme de que no lo iba a hacer solo.

Y que iba a hacerlo en la compañía que más pudiera desear, pues aquella misma noche me esperaba la más grata de las nuevas. El rey me mandó llamar de nuevo a sus aposentos, ahora ya en la alcazaba del castillo, y allí me la comunicó muy sonriente y no sé si con un algo de picardía.

—En tu camino hacia Sigüenza y como primera misión de caballero habrás de dar escolta a una dama.

Me sobresalté. Pensé de inmediato en doña Constanza. El rey dio una llamada y entró uno de sus sirvientes para dar paso a quienes aguardaban fuera. Y ante mi estupor quien cruzó el dintel de la puerta fue Elisa seguida por su hermano Fortum, el juglar.

—Creo que a ambos los conoces. Al menos tal me han dicho. Veo que has conocido a mucha gente en poco tiempo, Pedro. Fortum y Elisa vienen de Brihuega, la Peña Bermeja, que es hermosa villa del arzobispo de Toledo, don Cerebruno, mi padrino. Han de viajar a Sigüenza a ver al obispo Joscelmo y he pensado que hagan contigo y con don Martín Ordóñez el camino hasta Anguix, y que luego seas tú quien les des escolta en lo que reste del camino junto a dos de mis guardias.

Me repuse de mi azoramiento e hice todo lo que pude por guardar la compostura al saludar al juglar y besar la mano de su hermana. Me felicitaron ambos por mi nombramiento como caballero, muy risueño Fortum, y con una mirada que no pude descifrar del todo Elisa. Había en su gesto una mezcla de complacencia, de cierto orgullo, pero no sé por qué también ese halo eterno suyo de tristeza. Pero supo sonreírme con mucho afecto y hasta me hizo una reverencia.

—Don Pedro, caballero... —Y hasta rio levemente.

—Me alegro de que sea un feliz reencuentro entre vosotros. Así que compartiremos velada esta noche todos juntos y nos solazaremos con su música y sus canciones. Que deseo, y más aquí, en estos muros, escuchar el *Cantar de Mio Cid*, en lo que a Zorita atañe y a Álvar Fáñez se refiere, pero que no deseo que se reciten esos pasajes donde mi bisabuelo Alfonso el Bravo sale tan malparado. Ahorrarlos.

—Minaya Álvar Fáñez, el que Zorita mandó. Minaya, mi anai, mi hermano en lengua vasca es como le llamaba el Campeador —dijo Fortum—. Conocemos bien a Pedro Pérez, que nos socorrió en Hita, y será para mi

hermana y para mí un placer viajar en su buena compañía.

Terció don Nuño, que a la postre había de ser siempre quien dijera la última palabra.

—Álvar Fáñez, mi señor, el primer alcaide cristiano de esta plaza, por la gracia de vuestro bisabuelo el Bravo. Y también de Huete y de Uclés — señaló sin tener que proclamar que ahora eran suyas porque de sobra lo sabíamos todos— y de la ahora despoblada Santaver. Y de Cuenca también don Alfonso. De esa Cuenca que los moros han vuelto a poseer y desde donde nos acosan y asaltan causando grandes estragos a toda esta tierra y sus gentes.

—Algún día habremos de ir a Cuenca, don Nuño, algún día no lejano — prometió el rey.

—Cuando lo ordenéis, señor, iremos todos y mis gentes las primeras — aseveró el regente de Castilla, que nada sabía que era en Cuenca donde su destino lo esperaba.

Cenamos aquella noche en la alcazaba y tuve el honor de hacerlo en la mesa del rey, aunque en el extremo último, pero en su mesa. Y no me faltó su complicidad cuando una copa se levantó en mi honor como caballero. Pero nada me importaba más que anhelar expectante que alguna mirada de doña Elisa se posara en mí, aunque fuera por descuido. Y diría yo que la posó, aunque pareciera que lo hacía al recorrer la mesa. Pero al llegar a mí sus ojos se detuvieron. Brevemente, pero lo hicieron.

Sigüenza de los juglares

Retornaba caballero, aunque fuera villano, a Sigüenza y lo hacía en compañía, y dando escolta a mi amada. Pues así consideraba yo a Elisa, aunque ella no supiera de mis sentimientos ni una palabra. La pequeña comitiva encabezada por don Martín, gozoso de haber podido servir al nuevo rey, nieto de su adorado abuelo, y sin haber tenido siquiera que desenvainar la espada ni perder un solo peón, se detuvo en su posesión de Anguix y no hubo manera, ni en el fondo ganas, de no aceptar su hospitalidad y posar allí, con él y su mujer, un par de días.

—No llegan apenas visitas por estos parajes y tienes tiempo de sobra para llegar a Sigüenza antes de la fecha señalada. Dos días no significan nada y alegrarás el hogar de dos pobres ancianos. No puedo dejar de honrar al hijo de mi amigo y esta vez ya he mandado aviso para que esté todo preparado y podamos recibirte con la hospitalidad que mereces. Y si Fortum y Elisa nos deleitan con su música y sus cantos yo sabré ser agradecido, que mi casa es, si quieres, humilde pero en generosidad no será corta.

Decidimos pues quedarnos, yo con más ganas que nadie pues ello me permitía más tiempo al lado de mi adorada Elisa, y a fe que fueron bien empleadas aquellas jornadas. Tanto para nuestro solaz como para los negocios, pues don Martín sí supo, en verdad, mostrarse pródigo con los juglares y se apalabró ya de manera firme la venida de mi tío y mi primo si tal cosa les cuadraba. Hasta me señaló una casa, junto a la suya solariega, que

les tendría reservada y me mostró incluso el solar, a la derecha de su mansión, donde quería levantar la iglesia.

Para mi deleite y sabedor de mi gusto por la caza, me dispuso para aquella misma tarde de una salida, acompañado de uno de sus cazadores más expertos, hacia las riberas del Tajo, donde acudían a beber corzos y jabalíes y por cuyas fragosidades menudeaban también los osos, aunque para intentar dar caza a algún gran plantígrado no dispusiéramos de tiempo, pues no lo teníamos para disponer una batida en toda regla contando con las necesarias rehalas de perros entrenados, monteros, ballesteros y batidores que para tal empeño se requerían.

Pero sí que logré dar caza en una de las trochas a uno de aquellos sigilosos cérvidos que parecen en verdad los fantasmas de los bosques, pues su presencia es tan repentina como su desaparición silenciosa. Conseguí alcanzar al corzo con un certero tiro de ballesta y rematarlo con un venablo, y su carne, macerada con vino, fue manjar exquisito para la mesa.

Entusiasmado por mi éxito, procuré que este fuera mayor y alenté a mi guía a culminar la jornada con la espera del puerco salvaje, en una baña cercana al río, muy sobada por el trasiego de los marranos y donde se marcaban sus pezuñas, entre ellas una muy grande y profunda, sin duda de un macho viejo. Gustan los jabalíes, cuando despiertan en sus encames, pues descansan de día y campean de noche, de acudir a charcos de barro arcilloso donde revolcarse y refrotarse para untarse de él y zafarse así de moscas y garrapatas. Aunque estas a quienes atormentan son a venados y corzos, pues el puerco salvaje tiene el pelambre y la piel tan duras que poca mella les hacen. Tras su baño de barro gustan, de tenerla cerca, de ir a beber agua que esté más limpia y si es corriente la prefieren. Y allí disponen para ellos de todo el Tajo.

Le convencí de que aderezáramos allí un somero apostadero, con cuatro ramas, y que luego yo regresaría solo en el crepúsculo para esperar la entrada del verraco. El aguardo en estas charcas es algo que había aprendido de las gentes de Atienza, aunque la forma más apreciada por los nobles es la batida para alancearlos desde el caballo, lo que requiere gran maestría tanto en la monta como destreza con la lanza. La espera al puerco ha de ser solitaria y silenciosa, emboscado, y sin rebullir ni un pie ni dar siquiera un suspiro, pues

el jabalí, que no es de buena vista, sí tiene el más fino de los olfatos y un oído que percibe el chasquido de una rama a muchas varas.

Mi ansia por la cacería tenía, sin embargo, en aquella ocasión una intención oculta, por la que me arriesgaba, pues bien sabía que el lance en que iba a meterme por la noche podía resultar peligroso. Si quería hacerme, a toda costa, con un buen verraco de grandes colmillos, es porque tenía en mente, una vez cocido su hocico, extraérselos y blanquearlos para hacerle con ellos un regalo a Elisa. Pudiera parecer un adorno salvaje, pero me parecía que habría de lucir muy hermosamente sobre su atezada piel, al igual que lo había visto en los cuellos de algunas damas de la nobleza.

A mi apostadero, armado con dos ballestas para poder ejecutar un segundo tiro si tenía suerte, me llegué solo, pues en el monte lo que se ve es el movimiento y dos son una multitud para los sentidos de las bestias. Una vez alcanzado el lugar y elegida, tras comprobar el rumbo del aire, mi postura dándole la cara, me acomodé lo mejor posible para mantener la inmovilidad el tiempo que fuera necesario hasta que mi presa compareciera.

Llegué cuando el sol ocultaba al fin su sangrienta agonía en el crepúsculo, cuando la luz se evapora y el cielo oscurecido preludia el brillo aún inexistente de la primera estrella, ese momento extraño y mágico cuando el día ya muere, y ha muerto, pero la noche aún no ha nacido, y es el silencio.

Porque es cuando callan las criaturas diurnas y no han despertado aún las de la noche. Ha callado el críalo, han dejado de piar los pequeños pájaros, ya no viene a beber el arrendajo y hasta los mirlos han dejado de revolotar vocingleros y escandalosos por los pies de los matones de encinas. Ha callado todo y la noche no quiere hacer oír aún sus voces. Es el silencio. Es la inmovilidad, es el suave paso entre la luz que ya no descubre ni penetra las formas y los cuerpos de la tierra y la oscuridad que aún no acaba de compactar las sombras y aún permite atisbar los contornos.

En el río cercano, el agua se aquieta, serena. Ni siquiera se deja mecer por el viento. Hasta los peces quieren boquear en lo manso y más tendido de la corriente sin hacer ruido alguno, tan solo una onda que se mueve y se diluye en su propio y suave movimiento. Es el sereno que espera. Porque todo parece haberse quedado, tierra, aire, agua y cielo, esperando.

Después se oye la llamada de algún pájaro nocturno, queda, muy queda,

pero ahora ni siquiera vibra esa nota en el aire. Por un instante, que se alarga y pareciera que no va a romperse nunca, es el silencio y nada se mueve. Nada.

Pero rebulló un conejo, y luego se escuchó el regaño de dos turones en celo. Pero yo esperé, pues sabía que tardaría aún más en elevarse del suelo la sinfonía de los grillos y habría que esperar a que el búho real se decidiera a hacerse oír en un gran pino donde habría dormido a salvo de cornejas molestas, de cuervos agresivos y hasta de osadas urracas carentes de reverencia para el señor alado de la tiniebla.

Después habría luces en la oscuridad. Luces en el cielo y ojos brillantes en la tierra. Y es ese el momento que yo aguardaba, donde esperaba que mi presa apareciera y que la luz de la luna me permitiera asestar mi golpe. Pero eso sería ya después, cuando estuviese envuelto ya de nuevo en los sonidos, en el roce en el tocón, en el caminar de la pezuña hendida o el quedo acecho de las garras acolchadas de un gato montés o el raudo cruce de un raposo. La noche sonaría y cantaría. La luna me haría recuperar formas y siluetas. Pero ahora era el silencio. Ahora se había muerto el día y no había empezado aún a vivir la noche.

El último sonido de ese día fue el de un mirlo. Revoló vocinglero y escandaloso por los pies de los matones de encina donde quizá fuera a dormir. Pero sus gritos, poco a poco, se hicieron más quedos y se fueron transformando en recatados gorjeos más acordes con la creciente quietud del crepúsculo. Luego el mirlo también calló. Y fue justo cuando agucé el oído, por si de nuevo se le ocurría un postrer canto o un último revuelo. Después de un silencio pleno y sereno que parecía apoderarse por completo de la creciente oscuridad de la tierra, quien lanzó su primera nota fue un grillo. Fue solo y en principio, una nota. Un acorde aislado y apenas mantenido. Como un ensayo para templar el instrumento. Pero a poco reinició el movimiento sonoro. Y luego otro le acompañó, y otro y otro. En algún momento la coral completa comenzó el concierto.

El mirlo solitario y la orquesta de los grillos representaban, un atardecer más, el relevo de la guardia en el bosque mientras que en el cielo los luceros y las estrellas comenzaban a brillar y disfruté de una luna casi llena para poder percibir la entrada de la presa que con paciencia acechaba.

La vaguada donde estaba la charca llevaba ya tiempo en sombra y solo fue ahora cuando la luna, al fin, hizo rielar el agua. En la costera de mi izquierda me sobresaltó un ruido. Un tamareo. Luego calló, y creí que puede que nunca hubiera sucedido. Pero volvió y a poco se acercó y ya no hubo duda cuando lo acompañó un gruñido. El cazador se tensó pero al gruñido respondió un corto chillido y entonces ya supe que era una jabalina la que bajaba y que traía con ella a sus crías. Llegaban estas, jabatos cuyas listas blancas y oscuras distinguí, en tropel y repentón, todos juntos menos uno, último, que llegaba al cabo, retrasado, corriendo desalado tras sus hermanos.

La hembra vieja, la madre, se retranqueaba aún en las sombras y no entraba todavía al claro, ni al barro ni al agua. La presentí inmóvil, echando la jeta hacia lo alto y catando los vientos. Al fin, ella también irrumpió en el pequeño claro, pero aun en su entrada buscó el cobijo de la linde de los romeros antes de disfrutar de su baño. Pero luego sí, ya en el charco, el lugar se convirtió en un pandemónium de bufidos restriegos, gruñidos roncós de la jabalina y chillidos agudos de los rayones que jugaban y se peleaban. Hasta que uno hurgó en la barriga de la madre y esta, ante mis ojos, se tumbó y ofreció sus dos líneas de mamas a los jabatos. Y los cochinetes disputándose el mejor pezón se saciaban de su leche, conmigo oculto, sin respirar casi, apenas a unas varas, y en el silencio pude alcanzar a escuchar el regruñir de la hembra que amamantaba y las holicadas y chupetones de los cochinetes que mamaban.

La noche era aún más noche cuando algo sobresaltó a la cochina. Yo no oí nada. Pero ella se puso en pie con un gruñido, muy ronco este, de alarma. Los jabatos, tras envararse como estatuas unos instantes, a una nueva advertencia de su madre se dispersaron como rayos hacia el romeral, donde con poderoso tranco se perdió la cochina vieja y por donde escapó ya hacia el espesar de leña entre los chaparros.

Yo sabía que algo poderoso venía. Que bien pudiera ser el gran macho que me habían dicho que frecuentaba el lugar. Que era su momento preferido de entrada, pero también que no iba solo, que se hacía preceder por escudero, que sería quien primero se arriesgara a la entrada. Este era un macho joven que aprendía del viejo navajero las artes y trochas que le habían permitido salvarse de todos los peligros, de lobos, de perros y de humanos. Pero que

ahora en el aprendizaje era quien iba abriendo camino y arriesgando en la descubierta su propio pellejo. Tendría que aguantar mi saeta hasta que su «señor» compareciera. Porque era indudable que entrando en esta ocasión desde el río y por mi derecha, pero siempre con aire a mi favor, el animal se acercaba. Su llegada era mucho más sigilosa, mucho más cauta todavía que la de la hembra. Había avances, paradas, escuchas y rodeos. Pero al fin ese algo ya estaba muy cerca. Podía ser un escudero, podía ser incluso el gran verraco. Mi pulso se aceleró y el corazón me golpeó desbocado. Pensé que de acertarle lo más posible, aunque cayera o chillara por la herida, se levantase y huyera, pues son estos jabalíes de una dureza tremenda y hasta con el corazón atravesado por la flecha recorren mucho trecho. Pero si por extraña fortuna le alcanzara en punto muy vital y se desplomara, dispararía el segundo tiro de ballesta y habría de correr presto hacia él y rematarlo de una lanzada. De herirlo tan solo no podría seguirlo en la oscuridad pues, amén de ser inútil intentar pistearlo sin luz, me expondría a su ataque y hasta la misma muerte, pues su furia, herido, es terrible y sus colmillos desgarran como puñales. Todo eso pensé y debí hacer un esfuerzo inmenso para lograr serenarme. Porque el animal estaba muy cerca. Pero no entraba al claro. No entraba.

No lo hizo, sino que sentí que se recorría como trazando un semicírculo y venía a llegar hasta la trocha por la que huyó la piara. «Quizá —medité—, eso me convenga pues su olor le tranquilizará y ocultará el mío. Quizás Elisa tenga su collar, quizás...»

De pronto todo se precipitó. Una sombra entró a la charca por donde antes se oía el ruido más persistente. Apunté, pero dudé. No parecía que fuera un macho grande, aunque tampoco pequeño. Pero en ese mismo instante, casi tras de mí, y cargándose de mi aire, oí un bufido tremendo, de alarma y advertencia. Uno solo. Y una conmoción en el monte, como una masa lanzada a la carrera que iba arrollándolo todo. Y cuando volví a mirar hacia la charca, allí tampoco había ya nada, solo el agua iluminada por la luna. Durante unos momentos aún oí algún sonido alejándose y luego ya ninguno rompió el silencio de la noche.

Sabía que ya sería inútil cualquier espera. Es lo que los viejos monteros de los Lara y los cazadores de Atienza me habían enseñado, desde niño. Ya no había que esperar nada, tras esa alarma. No regresaría ni esa noche ni

puede que en muchas el jabalí viejo, que dando una vuelta completa alrededor de la charca me cogió el aire, la postura y me detectó tan precisamente como si me estuviera viendo a un metro y con aquel gruñido desapareció en la oscuridad, de donde no llegó a salir, ni en el monte donde señoreaba su noche.

Regresé pues a paso más que ligero hacia el poblado, pues, aunque había dicho que no debían aguardarme para la cena, confiaba, como así fue, en tomar un bocado y apurar la compañía de mis anfitriones, del juglar y sobre todo de Elisa, y deleitarme, amén de con su voz y con su música, en contemplarla. Aunque no llevaba para ella obsequio alguno ni podría tener ya esperanzas de conseguírselo. Desde luego no serían los colmillos de aquel navajero los que iban a lucir en el cuello de mi amada. Pero al menos alcancé a poder relatar mi aguardo en la charca, y los ojos de Elisa se dulcificaron cuando conté la escena de la jabalina amamantando a sus rayones, y creo que se cargaron de temor por mí cuando referí el momento del gran jabalí bufando a mi lado.

La esposa de don Martín y el castellano mismo me riñeron por mi temeridad y me hicieron las más severas advertencias sobre la peligrosidad de aquellos viejos jabalíes, relatando las crueles heridas que alguno de sus monteros había sufrido en sus batidas.

—Como para entrarles de noche y solo, cuando por el día han descabalgado jinetes y matado a tantos perros por muy fieros que estos fueran. Hasta llegaron a provocar la muerte de un viejo cazador al que uno de estos desgarró la pierna entera y se desangró sin remedio.

—Mañana iremos, si tanto te place, de caza. Pero iremos a disfrutarla y sin arriesgarnos a tales peligros, con mis halcones. Y no te permitiré, Pedro, que te expongas a una nueva aventura como esta, y mucho menos solo —me ordenó don Martín y hube de acatar, pues la razón estaba por entero de su lado. Pero hubiera sido tan galante poder ofrecer aquel presente a mi dama...

El señor de Anguix tenía muy hermosas y bien cuidadas aves de presa. Las habíamos observado ya al llegar, dispuestas en sus alcántaras a la entrada de su mansión, y don Martín se había enorgullecido de ellas y de los cuidados que les dispensaba.

—Cada día se les vuela y a cada tiempo se les facilita el baño. Muchas de

ellas han sido capturadas en nidos de los cantiles del río o en los grandes árboles y adiestradas desde muy jóvenes y con todo esmero, siguiendo las normas precisas del arte de la cetrería. Sus caperuzas, pihuelas y cascabeles y los cimbeles para su entrenamiento se fabrican en la propia casa.

Partimos de buena mañana en alegre grupo, con él al frente y yo escoltando a Elisa, hacia los sotos del río Tajo en su zona menos abrupta, en la cual descansaba de sus desfiladeros. Cruzamos primero, para llegar a nuestro destino, por un extenso encinar adhesionado.

—Hice roturar, talar y descuajar el monte dejando solo, y en lo posible, alineados los mejores árboles. Me costó muchos años, pero ahora es una gloria de Dios. De la bellota se crían los cerdos más hermosos en montanera y el pasto es igualmente bueno para los rebaños de ovejas, que están lustrosas y crían en abundancia siendo frecuente que las churras me paran gemelos. No creo que quienes hayan venido a poblar puedan tener quejas. La tierra es buena y yo solo les exijo lo que en justicia me corresponde. Les dejo pescar en el río, que tiene abundancia de peces y cangrejos, tener puntas de reses y hasta palomares y gallinas para que no les falte la carne de ave. No les permito cazar ni ciervos, ni corzos ni jabalíes, soy inflexible en ello y en eso tenemos alguna cuita, pero hago la vista gorda con liebres y conejos. Tampoco se les permite, eso por supuesto, disponer de halcones para la volatería.

Para mí pensé que a los aparceros de don Martín la carne, por lo legal o por lo furtivo, no había de faltarles en la despensa. Porque lo cierto es que su dominio era un paraíso de pelo y pluma.

Ya en la dehesa, volamos los halcones peregrinos, en particular una prima^[25] que su halconero tenía enseñada para la altanería y que se colgaba en el cielo justo en la vertical de nuestras cabezas. Dos aves nos atrapó. Una paloma torcaz que salió alborotada de una copuda encima y sobre la que se abatió, silbando en el cielo como si cayera una piedra, golpeándola y yendo a caer luego con las garras sobre ella en la terronera. Allí el halconero se la recuperó, no sin haberle dado antes su recompensa, un trozo de carne que llevaba preparado para la ocasión y que le dio a comer en su guante. El peregrino chilló de alegría. Luego retornó a lo alto y, aunque erró luego a otra paloma que se le coló entre la leña del monte, no lo hizo sobre un macho

perdiz al que engancho entrándole por atrás cuando volaba muy rasera y acuchillándolo con sus garras. Fue un lance tan hermoso que hizo gritar de júbilo a la siempre silenciosa y hasta sombría Elisa. Tras su segundo éxito, su cuidador le colocó la caperuza y se lo entregó a uno de los ayudantes para que ya lo llevara tranquilo en el puño y no volviera a volar.

—El peregrino no tiene rival entre las aves de cetrería, pero es delicado. Tanto si es torzuelo como prima, hay que cuidarlo en extremo y no hacerlo esforzarse más de lo debido, pues puede morir si no se le modera.

Para la caza en los sotos del río empleamos azores, más lentos en sus picados pero con capacidad para esquivar los obstáculos y los árboles en la persecución de sus presas. Y a fe que dieron buena cuenta de algunas esquivas presas y fue fructífera la caza, con el lance final de uno de los pájaros logrando atrapar una liebre cuando ya retornábamos hacia la casa. Logró darle caza entre los árboles maniobrando entre ellos con la habilidad y rapidez de una centella y finalmente la atrapó entre chillidos de la presa y aleteos de su matador, que la tenía sujeta con sus dos garras por la cabeza.

A orillas del Tajo, ya cerca del mediodía, la temperatura era muy agradable y el verdor de la ribera invitaba al descanso, cosa que don Martín tenía prevista pues hasta allí se habían llegado algunos sirvientes con un ligero refrigerio y algo de vino. Todo invitaba al sosiego y la contemplación, con el río corriendo, limpio y claro, entre ovas verdes, pero yo a lo que prestaba atención continua era a Elisa, a la que procuraba estar siempre cercano y atento a cualquier cosa que pudiera necesitar o cualquier ayuda que requiriera. Anguix era en verdad hermoso, los lances de cetrería emocionantes y las vistas desde el castillo roquero, al que había subido solo la tarde anterior en mi expedición montuna pero tenía previsto intentar regresar con ella, colgado en el acantilado, sobrecogedoras. Pero yo solo tenía ojos para ella, que además parecía estar algo menos triste de lo habitual en ella y hacía asomar sonrisas a su boca y chispas de alegría a sus negros ojos. Su sola presencia y cercanía me elevaba a mí a ensoñaciones y delirios amorosos, de tal forma que andaba un poco ido y fui por ello objeto de algunas chanzas. No fue la menor la de su hermano Fortum, quien la noche anterior, viéndome siempre arrobado en presencia de su hermana y ante uno de mis tropezones al entrar en el salón por andar siempre mirándola a ella y

no prestando atención al suelo, soltó la carcajada al tiempo que decía:

—El joven caballero a este paso se nos descalabra y va a acabar lisiado antes de entrar en combate.

Rieron los demás y hasta Elisa, y yo me azoré y me puse como la grana, sin poder replicar a su broma. Y era ahora el mediodía y azorado seguía.

Pero me repuse y al regreso hacia la casona saqué redaños y voz para proponerle a Elisa que tras la comida podría acompañarme hasta el castillo, pues desde allí se ofrecía una vista maravillosa que no podía dejar de contemplar. Y Elisa aceptó gustosa.

Tras la comida, y yo creo que con alguna mirada cómplice de Fortum, don Martín y su esposa posada en nuestras espaldas, montamos de nuevo y nos dirigimos hacia la roca de Anguix, yo contento de estar a solas con mi dama y ella más alegre y risueña aún que por la mañana.

Remontamos por el camino que ascendía hasta el portón de entrada de la fortaleza y, franqueado el paso por los guardias, subimos a lo alto de la torre del homenaje. Desde allí se dominaba el Tajo, allí en su hondura, y un impresionante panorama de desfiladeros, pues el río trazaba justo a nuestros pies una hoz, casi un semicírculo completo, que abrazaba un enhiesto peñasco que perseveraba en mitad de la corriente. Bajaban hacia las aguas los árboles montaraces por las laderas, tanto las de esta ribera como las también muy empinadas de la orilla de enfrente, sobrevolados los cantiles por buitres y águilas. Bajaban las encinas, las jaras y los madroños, los romeros y el espliego, hasta dar paso a los fresnos, las mimbreras, los espinos albares, los saúcos y las zarzas agarradas a cualquier rendija que medrara al borde de las aguas. Y todo ello contemplado desde aquel balcón, en el mismo aire suspendido sobre el abismo, a doscientos codos como poco, y con mi mirada prendida de algunas hebras de pelo, del hermoso pelo negro de Elisa, revoltoso y escapado de su toca como oscura banderola de mi felicidad al viento.

Tras contemplar Elisa aquel panorama un buen rato y en silencio, con el aire jugueteando con sus ropas, y yo tras ella sin moverme, se giró hacia mí, con una mirada húmeda y brillante, recta hacia mis ojos, y con voz queda me dijo:

—Gracias, Pedro.

Descendimos. El regreso fue ameno y ligero, tan solo rememorando el impresionante panorama donde ni mención se hizo a la inaccesibilidad al castillo desde aquel lado, pues era imposible cualquier intento desde allí. Llegados en un verbo y antes de lo que me hubiera gustado, ella se retiró a descansar y yo me ocupé que se atendiera como se debía a nuestras monturas.

Pero aquella noche fui recompensado pues, acabada la cena, Fortum y Elisa tocaron y cantaron para los señores de la casa, algunos caballeros invitados y yo mismo. Como huésped a quien don Martín deseaba agasajar, me hizo sentar a su diestra en la mesa, en la que dimos cuenta del corzo que yo mismo había cazado y de algunas de las aves cobradas por sus halcones, amén de unos tiernos pichones de la primera cría de los palomares.

Tocó Elisa la fíbula y acompañó a su hermano en su recitar de los poemas que a los caballeros gustaban, aquellos de guerra y batallas, aquellos de Minaya Álvar Fáñez, el que Zorita mandó, y aquellos de conquistas y batallas. Pero quisieron luego los hermanos tocar y cantar a dúo cánticos y coplas más gentiles, y alguna de ellas al ser cantada por Elisa me llegó al corazón y diría yo que la cantaba para mí.

*Amor de tierra lejana
Por vos me duele todo el cuerpo
Y no puedo encontrar remedio
Si no oigo vuestra llamada
Con reclamo de dulce amor
En un jardín o tras una cortina
Con la compañía deseada.*^[26]

De Zorita salí caballero y de Anguix enamorado, jurándome que para siempre ya tenía dama a quien servir y diciéndome que había de acumular el valor preciso para declararle mis sentimientos y rendir mi corazón ante ella por siempre jamás. Para entonces, doña Constanza y aquella noche pasada en la lujuria me parecía un mal sueño pecaminoso y detestable que me juraba no volver a repetir jamás, entregado ya al amor puro y elevado de mi dama. El cabalgar a su lado hasta Sigüenza me parecía que era, en realidad, el camino de ambos hacia el paraíso.

Aunque durante el trayecto dos sensaciones bien diferentes me embargaban. Por un lado, la de gozo de cabalgar a su lado y, por el otro, la de angustia de saber que cada paso de mi montura nos acercaba a nuestro destino y a separarnos, sin que yo hubiera sacado momento ni coraje para poder declararle mis sentimientos y decisión de amarla de por vida. Sin embargo, y con todo estaba más sereno y logré mantener, tanto con ella pero aún más con su hermano, una conversación coherente y hasta acerté a enterarme de algunas cosas de sus vidas y contarles alguna de la mía. Pude saber que ambos eran toledanos, hijos de una misma madre, una mozárabe del Alhacen, pero de padres diferentes. Que habían quedado huérfanos siendo Elisa muy niña, y que Fortum había llevado a su hermana a su vida nómada y con ella había viajado por el reino de León y hasta cantado para el rey Fernando. Pero algo se debió de torcer para ambos en aquel reino, bien con el propio rey, bien con los allí ahora poderosos Castro, bien con algunos allegados a estos o a la corte. No alcanzaron a concretarme qué les había hecho dejar aquellos lugares y retornar a Castilla, aunque lo cierto es que me los había encontrado primero en una villa, Hita, que en cierto modo y aunque no ofreciera resistencia alguna al rey Alfonso, seguía teniendo a los Castro en sus raíces y ahora en Zorita, que era donde los restos del poder de la familia habían quedado definitivamente arrumbados. Ni siquiera en mi enamoramiento dejé de percibir que había algo raro en todo aquello, aunque era sabido que los juglares también actuaban como discretos recaderos entre nobles si tal venía el caso.

Pero no soltaron prenda, tan solo que habían vuelto a Castilla y que ahora era este reino por donde recorrían los caminos entre los castillos, palacios obispales y casas nobles. De sus recados, como aquel que había sorprendido yo en Hita, nada dijo Fortum ni mucho menos su hermana, y también pasó como de puntillas sobre su estancia en Zorita, pues no era el cerco a un castillo lugar para juglares. Me alcanzó a decir que habían viajado hasta allí con el conde Ponce de Cabrera, a quien el rey Alfonso había dado Almonacid como paso previo en su camino hacia Sigüenza, donde habían sido llamados para las fiestas catedralicias y que lo acaecido en Zorita les había sorprendido, pues nadie suponía que iban a acaecer tales cosas y que el propio regente fuera a caer preso y hubiera que cercar la plaza.

De poco más alcancé a enterarme, pues yo seguía algo más que alelado el camino al lado de Elisa como si estuviera transportado por seres celestiales y no por un caballo. Me despejó el ensoñamiento un algarazo de agua que nos alcanzó cuando aún nos quedaba cerca de media legua y nos puso empapados, pues no había lugar en el cual cobijarnos y no quedó otro remedio que soportarlo con temple y sin aspavientos. Y aquí una vez más admiré la presencia de mi dama, quien, lejos de amilanarse o andarse con mohínes, supo cobijarse en una hermosa capa azul con una gran capucha y aguantar sin la menor queja el chaparrón. Diría más: cuando aclaró la tarde y quedó limpio y lavado el cielo, frescas las mieses y oloroso el campo de tomillos y espliegos con sus fragancias levantadas por la lluvia, la vi como nunca antes la había contemplado: risueña y alegre, como una niña a quien los ojos se le iluminaban y que aspiraba y gozaba de los perfumes del campo, de la limpieza del aire y de la transparencia de los horizontes. Por primera vez la oí reír de continuo y sin rejas a su risa, y era esta una melodía más hermosa que la de los pájaros que, también y al escampar, saludaban el frescor traído por el agua desde los cielos caída y la tierra y sus colores y olores por ella resucitados. La oía reír y mi corazón palpitaba como el canto de una alondra que ante el paso de nuestras cabalgaduras se elevaba. Y fui ya dichoso, como jamás lo había sido, cuando al comenzar a bajar la cuesta hacia la ciudad, que apareció reluciente y bermeja a nuestra vista, con las rojizas piedras del castillo y la catedral iluminadas por el sol poniente, Elisa elevó su voz en una hermosa endecha que hablaba de enamorados jóvenes y trigales verdes. Y creí yo que cantaba animada por la belleza que de todo se desprendía a nuestro paso, pero también porque yo cabalgaba a su lado.

Llegamos a Sigüenza y allí nos separamos. Entraron ellos por el arco del Portal Mayor para subir hacia la puerta del Hierro, que da acceso a la explanada ante el castillo, donde les aguardaban y tenían alojamiento ya pactado y avisado desde Zorita, según me dijeron. Seguí yo hasta el río Henares para llegarme por la ribera hasta la casa de mi tío Pablo, a quien les transmití las nuevas y le pedí que avisara a los Gabrieles para comentar con ellos lo que podía ser de su incumbencia. Y a fe que lo fue, pues ambos se mostraron en extremo interesados y prestos a iniciar camino hacia Anguix o hacia los nuevos monasterios que se comenzaban a construir a las orillas del

Tajo. Del de las monjas ya habían oído comentar y les interesó menos. En cualquier caso, había tiempo antes de disfrutar de las fiestas de consagración de la catedral y ayudar luego a Pablo a recoger la cosecha. Después ya veríamos la vereda y el momento de cogerla.

Yo tenía con el rey ya bien dispuesto cuál habría de ser la mía. Aunque el saber que para ello tendría que separarme de Elisa me llenaba de zozobra, pues se me alcanzaba que su vida y la mía en muy pocos momentos pudieran coincidir si es que alguna vez más lo hacían. Así que decidí que al siguiente encuentro, y tras reprocharme cien veces el no haberlo hecho en el camino, le declarararía mi amor, me pondría para siempre a su servicio y a atender su voluntad consagraría mi vida.

Las gentes de Sigüenza esperaban con ansiedad la fecha del 19 de junio. Se produciría entonces y en primer lugar la consagración del templo por el obispo Joscelmo, en solemne misa concelebrada con los canónigos. Inmediatamente después tendría lugar el traslado de los restos de los dos obispos fallecidos, don Bernardo y don Pedro, en solemne procesión desde Santa María de los Huertos, y tras depositarlos y rezar los responsos consiguientes se darían, en lo divino, por concluidos los actos. Pero en lo profano durarían algo más. De hecho casi una semana antes habían comenzado ya.

Los primeros síntomas de actividad inusual comenzaron a verse en la plaza del Mercado, lindera a la catedral y de donde sale la larga calle empedrada que la comunica en una cuesta muy pronunciada con el castillo. En ella comenzaron a instalarse mercaderes de los más variados lugares y que, junto a los de siempre que ofrecían las cosas más habituales, traían los productos más desconocidos y los utensilios más sorprendentes. A nada, aquello se había convertido en un gran zoco en el que hubo que poner orden y concierto para que no degenerara en tumulto. Las gentes del obispo se encargaron de ir separando por actividad y volumen a todos los que llegaban, que eran cada vez más. Se había corrido la voz y había quien llegaba hasta del reino de León, sin que faltaran muchos aragoneses que, desde el Jalón y subiendo por Medinaceli, llegaban prestos a comerciar. Aquella semana en Sigüenza se mercó de todo y a la postre hasta los seguntinos hicieron algo

más que comprar.

Quizá lo más lucido del zoco, o al menos donde más gentío se concentraba, era en la zona reservada a los alfareros, tanto de cerámica como de metal, sin que faltaran algunas buenas vasijas y copas de vidrio y alguna bandeja labrada. La casi totalidad en metales de poco valor pues no era cuestión de andar luciendo plata, si es que alguno la tenía, y menos algo que brillara como el oro o la pedrería, pues no era la gente ni el lugar para enseñarlas y menos para encontrar comprador. Alguno lo tendría, pero guardado y solo para enseñarlo, si venía el caso, a quien lo pudiera comprar, caballeros del castillo o gentes de la catedral. A su lado paraban quienes ofertaban todo tipo de baratijas, pendientes, collares y colgantes, no de mucho valor, pues para eso no había dinero y si alguno traían no era cuestión de exhibirlo. Por aquellos puestos había un enjambre de mujeres que iban de un lugar a otro buscando, comparando y regateando, pero no hubo una sola que no terminara con algún cacharro nuevo en la cocina y pocas las que se quedaron sin lograr algún pequeño adorno para ellas. Los hombres frecuentaban más el lugar donde posaban los talabarteros, los abarqueros, los pieleros, los curtidores, pero sobre todo los que traían aperos de labranza hechos de hierro y que fueron la sensación. Mi tío Pablo apareció el primer día con una dalla magnífica que enseñó a todos con gran orgullo y de inmediato nos hizo una demostración. Con cada golpe se segaba más que con cinco de hoz.

Hombres y mujeres, pero más las segundas, tenían otro gran foco de atracción en la zona situada hacia naciente y junto a la puerta que se llama del Toril, donde se fueron instalando los puestos de ropas, vestidos, calzados, tocas, velos y hasta uno de tapices y alfombras, algo que pareció inaudito para los posibles de la gente, pero que no dejó de hacer mercado y resultó que casi acabó por venderlo todo.

La mercancía eran en mayoría ropas para campesinos, aunque alguno también traía prendas al gusto y vestir de los señores. Largas túnicas para las damas, mantos y pellizas, calzas para ceñirse a las piernas con sus ligas sujetas con cintas al cinturón o a la camisa. El calzado iba desde finos zapatos de buena y fina piel esmeradamente curtida y suavizada hasta rudas botas de montar, fuertes y robustas. Pero ropajes y calzado de ese estilo había muy

poco, pues los vestidos de buena tela, de lino fino, y ya no digo cuando iban los de abrigo rematados en piel, quedaba lejos de casi todos los alcances. Los labriegos eran de pantalón basto y largo, de rudas abarcas y de zamarras de piel de oveja. Como Sigüenza tenía, con razón, fama de sitio muy frío, las abarcas se forraban con piel o se rellenaban de paja para mantener calientes los pies. Había incluso sombreros, sobre todo aquellos de ala ancha que protegen del agua y son resistentes y duros, pero lo que más había era tocados con los que taparse la cabeza y que bien atados impedían que salieran volando, cosa que sí sucedía con los chambergos. Tocados y tocas eran más cómodos de llevar, bastos o finos según fuera la condición de cada cual.

La vestimenta de un labriego era, por lo general, una túnica o una camisa corta, hasta las rodillas tan solo, sujeta al cinturón como las calzas, con una abertura para introducir la cabeza y sin mangas, pues eso solo impedía la movilidad de los brazos para el trabajo en el campo.

Esas mangas largas, lo mismo que las túnicas hasta los tobillos, eran para los señores y los palacios y no para labradores ni para andar por las labores.

Yo anduve rondando hasta que di en un puesto con algunas túnicas que fueron de mi gusto, dudando entre una mutebag ajustada y sin mangas y una mofarrex que tenía apertura desde la cintura y dejaba las piernas más libres. Al final no fue ni una ni otra, sino que me merqué una aljuba, o sea la túnica para ponerme encima de las demás ropas, y que se vestía por la cabeza, aunque también había adorras que se podían abotonar por delante, como los chalecos. La elegí de lana, aunque las había de lino y hasta una que habían traído de León, inasequible, de seda coloreada. Pero la mía tenía hermosos adornos, con tiras sobre los puños, las mangas y los hombros. Tras comprarla se me vino a la cabeza buscar algún obsequio que ofrecer a mi amada, aunque aquello podía resultar un acto que provocara su rechazo. Estuve pensando y dando vueltas por todo el mercado. Incluso me detuve en un lugar donde había unos finos velos, pues se había puesto en boga el que las cristianas se velaran también con ellos la cara al modo de las musulmanas, algo que irritaba tanto a los ulemas de los unos como a los curas nuestros, pero que no por ello dejaban algunas de hacerlo. Al final no compré nada.

Pero la gran conmoción se produjo cuando llegó la noticia de que venidos de Maranchón, en el camino hacia Molina de Aragón, habían llegado los

muleros y traían mulas ya domadas y muletas jóvenes. Todas de muy buena traza y plata. No había en Sigüenza feria de caballerías, pero como se instalaron abajo, al otro lado del río y sin molestar, nadie los molestó a ellos y los tratos comenzaron a celebrarse y el que más y el que menos a acudir desde todos los alrededores. Pensé yo en la mula que había dejado en Bujalaro y el uso y trato que los dos hermanos estarían dándole y me prometí que a no mucho tardar bajaría por allí a echarle un ojo, que una cosa era la generosidad y otra no cuidar de lo que era mío.

Creí yo que sería de nuevo mi tío Pablo el que comprara pero me equivoqué, pues fue mi tío Gabriel quien se hizo con un mulo cuyos mejores años ya habían pasado pero que, para lo que él lo quería, tenía por delante muchos en que valer. No iba a tirar del arado, pero sí parecía bueno para cargar y montar y estaba claro que los Gabrieles lo iban a necesitar. Así que se mercaron al *Moro*, pues así se llamaba por su pelaje oscuro y, según pude yo luego comprobar, porque de manso tenía más apariencia que voluntad.

No corría sin embargo demasiado dinero por el mercado, solo los nobles o algunos labradores muy afortunados podían disponer de algunas monedas, dinares o maravedíes, por lo que funcionaba el trueque. Y a ello se dedicaron los seguntinos. Ellos entregaban productos de la tierra o de sus ganados y eran las ovejas la moneda más corriente, junto con sus vellones o las pieles a medias curtidas. Productos de las huertas también subían cada día, pues todo aquel gentío había de comer y todo tipo de hortalizas, de puerros a nabos, tuvieron buen mercado, al igual que las legumbres y aún mejor los huevos, los pichones, y gallos y gallinas viejas, que muchos, entre ellos Pablo, aprovecharon para hacer limpieza y rejuvenecimiento del gallinero.

En Sigüenza solo había por entonces cuatro tabernas, la una pegada a la puerta del Hierro, la otra al subir desde la plaza en una de las travesaños bajas, donde también había mujeres de pago, aunque de manera disimulada, la de los huertos de abajo, la más humilde, y la de una esquina de la plaza, siempre la más concurrida, sobre todo los domingos y más que iba a estarlo ahora con la catedral ya con misas. Se bebía vino en ella y en las casas, pues era bien sabido que era mucho más saludable que el agua que provoca muy malos humores internos, las peores enfermedades y más de uno había muerto por ella aunque pareciera muy clara. Si había que beberla, mejor que fuera de

la que corría y mejor después de los vados si estos eran de arena, aunque tampoco porque por allí cruzaban los ganados, las ovejas y las caballerías. Pero ya se dice que «agua corriente no mata a la gente». Pero los clérigos solo bebían vino.

Al final no merqué ni un día ni el otro, vergonzoso y confuso, nada para Elisa, a quien por mucho que me esforcé no logré ver en los días previos a la apertura de la catedral y tan solo entreverla el día de la consagración del templo, pero de lejos y en una comitiva donde iban caballeros y damas del castillo, a quienes no quise acercarme, mejor seguir aparentando ser un labriego.

Por la plaza del mercado, por las tabernas y por las calles sí que se daban cita muchos juglares, saltimbanquis y hasta danzaderas que luego se aposentaban en la taberna de las Travesañas. Los había de toda traza. De mejor, media y de mal pelaje. Estaban los que recitaban largos poemas épicos de grandes héroes y batallas, quienes hablaban de amores imposibles, damas esquivas o querenciosas y finales trágicos. Los había que rimaban bien y los que lo hacían sin ton ni son, los había que acababan embriagados y hasta corridos por el populacho, y los había que concitaban ante ellos a un gran gentío que los aplaudía y les agasajaba ofreciéndoles lo que tenían. Algunos de los mejores se decían descendientes del compostelano Palla, famoso en todas las Españas, y había quien afirmaba que sus versos los había recibido del mismísimo Marcabré, aunque hiciera muchos lustros que había dejado la corte del rey y estuviera a buen seguro criando malvas en su tierra franca. Pero sí, aquellos días, con gran disgusto del cabildo, del obispo y los canónigos, Sigüenza fue Sigüenza de los juglares.

A los clérigos no les gustaban, aunque sí hacían la excepción con aquellos que relataban y cantaban poemas épicos, pero los distinguían de quienes cantaban al amor profano y aún más a los zaharrones, que se disfrazaban y realizaban todo tipo de burlas y gestos grotescos para gran contento de quienes los jaleaban. No faltaban tampoco los trasechadores que hacían juegos con las manos y jugaban con pelotas y bolos con una habilidad que dejaba boquiabiertos a los labriegos y todavía más a sus crianzas, que no habían visto tales maravillas en sus vidas, pues un labrador llegaba donde llegaba en un día caminando y de ida y vuelta para dormir en casa. Y de ahí

no pasaba a veces en toda su vida. Había muchos, sobre todo mujeres, que no habían salido de su aldea, aunque Sigüenza era algo excepcional pues la casi totalidad había llegado de fuera.

El obispo quiso poner coto pero tan solo lo logró a medias. Sí obligó a las soldaderas a limitar sus danzas y bailes a la taberna de la travesaña baja, con lo que logró que el negocio aquel multiplicara sus ganancias, hasta ya no querer nada en trueque y solo admitir monedas o pieles finas.

Por fin la tarde de la fiesta mayor, tras haber sido consagrado el templo, se produjo mi ansiado reencuentro con Elisa y con Fortum. El obispo Joscelmo no solo abrió la mano, sino que propició que los mejores juglares, que se habían posado en el castillo y en las mansiones de los ricos hombres para su exclusivo solaz, se congregaran en un gran espectáculo que correría de su costa justo en la plaza del Mercado, en su parte más alta, que despejaron a tal efecto sus hombres de armas, colocando unas sogas de cáñamo para delimitar el espacio en que iban a actuar para separarlos de la multitud que allí se congregó. Toda Sigüenza y aldeas de los alrededores.

Yo había visto en la corte y en algunas de las catedrales, iglesias y mansiones de los condes y señores tocar muchos instrumentos musicales. Incluso aquellos que por su dimensión o coste no salían de sus lugares, fueran de culto o propiedad de los señores. Había escuchado sonar órganos, clavicordios, arpas y salterios. Pero aquel día en la plaza de Sigüenza, aunque esos instrumentos no estaban, sí que se dieron cita tantos y tantos que no alcanzaba ni a saber qué eran algunos de ellos y tan solo me limitaba a compararlos con otros que me los recordaban. Había tantos músicos que los tañían que toda la ciudad parecía cantar por entero al son de rabeles, laúdes y mandoras. Y no faltaban incluso algunos moros que tañían sus peculiares instrumentos, como las chirimías, que alguna vez había oído sonar y que semejaban gemidos. Junto a ellas sonaban las flautas y percutían los caramillos, los címbalos, los panderos, las panderetas y los tambores. Había muchos juglares y músicos, pero casi todos eran hombres y mi vista buscaba a las doncellas, pues tal lo indicaba su cabello suelto, que aquella tarde lucían en la plaza, que tocaban violas, vihuelas y cítaras. Al final divisé a Elisa, quien junto a su hermano formaba parte de un grupo en el que la hermosura de mi amada descollaba, y veía yo también que la apostura de su hermano y

su alegría no pasaban desapercibidas para las mujeres, fueran doncellas o ya llevaran toca de casadas, fueran campesinas, fueran de las sirvientas de los señores o fueran sus propias damas. Sonaba la música y a su son comenzó a danzar Sigüenza entera. Yo no lo hice. Me quedé en una esquina, contemplando tan solo la destreza, la armonía, los sutiles movimientos y la hermosa faz de mi amada, sombría de nuevo y de expresión sino cuitada sí como ausente y de perdida mirada. Me pareció que en algún momento miraba en mi dirección, pero si me vio hurtó su mirada.

Yo me había vestido aquel domingo mis mejores ropas, hasta parecer lo que ocultamente era y aún no mostraba: un caballero. Mis primos y tíos me habían mirado sorprendidos al verme salir de tal guisa de la humilde casa, aunque a mi llegada ya les había comunicado que don Nuño y el rey me habían ordenado caballero. Pero aquella tarde me engalané como nunca me habían visto. Me puse sobre las bragas de algodón la camisa de lino blanco. Sobre ellas un hermoso brial muy holgado y con muy amplias mangas y unas calzas del mejor cuero, tan bien curtido y tan fino desde los muslos al pie, y en vez de usar zapatos o borceguíes llevaba en el mismo adosada en la planta una suela del mejor corcho y bien remachada que me permitía andar con comodidad. No me puse sobre ellos ni túnica ni pelliza alguna, pues hasta para Sigüenza con tal ropa bastaba. Eso sí, completé mi vestimenta con un buen tocado de vivo color verde oscuro. Regalo de mi rey, por más señas, aunque nadie lo supiera. Quería que Elisa me viera así, pero no contaba con otras muchas miradas, sobre todo de doncellas jóvenes seguntinas, que se quedaron sorprendidas al verme subir por la cuesta de la catedral, y no sé si todavía más de mi manera de andar y moverme como si fuera uno de los jóvenes caballeros al servicio del obispo y que combatían en su mesnada.

En la esquina aguanté la fiesta entera sin moverme hasta que cayó la tarde y estaba para caer la noche. Entonces los menestrales y juglares convidados comenzaron a retirarse y dar paso a los más populares que habían de ganarse la vida y a quienes, como a la gente, la oscuridad no solo alentaba sino también protegía.

Fue entonces cuando, al ver que Fortum y su hermana se disponían a subir la cuesta para dirigirse al castillo donde se aposentaban, me dirigí en un

arranque de valor y les saludé con una reverencia y una frase de respeto y alegría por el reencuentro. Se alegró el juglar y se alegró Elisa de verme, y ella me cató con los ojos y esbozó una sonrisa. Hice por acompañarles y no pusieron reparo sino que aceptaron y, aún más, el juglar se separó al cabo para ir a hablar con otros compañeros. Mi ocasión se presentó de manera súbita y tan repentina que, aunque yo había repasado una y muchas veces lo que iba a decirle, me encontré con que se me atragantaba la lengua, me faltaba la saliva y apenas creí poder pronunciar palabra. Pero la pronuncié de seguido, dejando a Elisa algo más que sorprendida y hasta asustada por mi vehemencia.

—La amo desde que la vi en Hita. El rey me ha nombrado caballero y como tal me ofrezco a mi dama y me pongo a su servicio. Tengo algo de fortuna y pretendo hacerla más grande y lograr de mi rey recompensa por mi servicio. Soy huérfano de padre y madre, pero tengo buena casa en Atienza. Allí he de ir en poco y establecerme como hombre del Concejo y caballero de la villa. Sé que vos partiréis a cualquier sitio y puede que nunca vuelva a veros. Pero mi corazón será por siempre vuestro, mi señora.

Se detuvo en su andar. Me cató con sus ojos oscuros, con su mirada sombría, y se entristeció su faz pero se enterneció al mismo tiempo. Y me dijo:

—Sois muy joven, Pedro. Muy joven...

—¿No os agrado, mi señora?

Sonrió entonces.

—Me agradáis mucho, Pedro, me congratulan y no me molestan en absoluto vuestras palabras. Sois noble, de mirar honrado, bien lo he visto en nuestro viaje juntos. Me honra vuestro amor pero no puedo aceptarlo. No por vos, sino por mí.

—Pero ¿por qué, por qué, mi señora?

—¡Porque soy una mujer manchada! —casi gritó en un arrebato. Apretó el paso y en una carrera fue a reunirse con su hermano.

Hice ademán de seguirla pero me detuvo cuando llegaba a su lado su gesto y su mirada.

—Quedad con Dios, Pedro. No penséis en mí. Haced vuestra fortuna y vuestro camino.

Fortum se dirigió a mí. Ni mucho menos con gesto agresivo sino, y por el contrario, muy amable mientras su hermana se despegaba de ambos y seguía presurosa cuesta arriba. Cuando ella, alcanzado ya el grupo que la precedía, llegaba ya a la entrada del patio del castillo, Fortum se retardó para despedirse.

—Con Dios, Pedro, mañana partimos. Ha sido grata vuestra compañía. — Me tendió la mano y cuando nos la estrechamos con fuerza hizo que en mí resucitara la esperanza que instantes antes había perdido—. Quién sabe si volveremos a encontrarnos. El destino es caprichoso y no soy ciego para no haber observado que cerca de nuestro joven rey tenéis un sitio.

Y luego, cuando trasponía ya por el portillo, me espetó con una de sus sonrisas pícaras:

—Y mi hermana siempre estará conmigo. No os rindáis, Pedro. Ella os quiere.

El Común de Tierra de Atienza

Al día siguiente Elisa y Fortum habían partido. El hermano aún había tenido tiempo, la tarde anterior, antes de trasponer, de darme señal sobre sus primeros destinos. «Volvemos por Hita hasta Guadalajara.» No pensé en ello, sin embargo, mientras bajaba hacia la casa de mi tío Pablo, golpeado por aquella contestación de mi amada. «Soy una mujer manchada.» Su confesión me había conmocionado, y no solo por lo que encerraba de no ser ya doncella sino porque en la amargura que había en su voz desesperada emergía algo muy turbio, muy oscuro, algo que corroía su vida y la destruía y que iba a destruir y socavar la mía.

Nada más había dicho y ello me llevaba a mí a una y mil cábalas, a cual de ellas más tenebrosa y terrible. Mi cabeza era un puchero hirviendo y cuando llegué al fin a casa no quise probar bocado y me acosté de inmediato en mi jergón, donde lo cierto es que no pegué ojo en toda la noche. Por la mañana solo tenía una obsesión: lograr saber qué le había sucedido y si estaba en mi mano remediarlo y vengar al ofensor. Pero ¿era un ofensor? ¿O era ella una mujer desviada y corrompida? La amancebada de cualquier gran señor o incluso que fuera verdad lo que los mozallones de Hita vociferaban de ser la amante de quien decía ser su hermano. Todas y cada una de las suposiciones eran a cual peor y me torturaban. Y si desechara una era tan solo para que otra aún más perversa me asaltara. Al fin solo descarté de plano aquella maledicencia con Fortum y ni siquiera esta posibilidad dejó de

hurgarme, a pesar de mi repulsa del todo.

Pero mi razón, eso al menos lo rechazaba de plano. Fortum me había ofrecido su alivio, aunque se me habían pasado por alto sus últimas palabras sobre su futuro destino. Pero cuando, pasadas las fiestas y con toda la familia, los Gabrieles incluidos en la cuadrilla, salimos a las tareas del campo pues no se podía ya retrasar más la siega, me vinieron a la cabeza y cavilé sobre ellas.

Era en Hita donde yo había tropezado por primera vez con los hermanos. Invitado y acogido por los Castro, pues los García de Hita no dejaban de ser parte de la familia, aunque no hubieran mantenido la beligerancia de la rama principal en las peleas con los Lara. Los había visto salir de la parroquia de San Pedro y me los había topado en Zorita con el rey Alfonso y el regente don Nuño, y de ahí a Sigüenza, huéspedes del obispo. Y el obispo de Sigüenza, don Cerebruno, ahora primado en Toledo, y su sucesor Joscelmo eran adictos reconocidos de la casa Lara. Los Castro, resultaba cada vez más evidente, eran los perdedores, y con don Fernando y sus hermanos afincados por completo en León, el resto de la familia buscaba salidas en Castilla. Los juglares podían ser los mejores mensajeros y los que menos sospecha levantarán. Si tenía además en cuenta los afanes en que andaba también enfrascada doña Constanza, lo que bien podía barruntarse era que se estaba produciendo un definitivo movimiento de aceptar como inevitable la situación y amoldarse a ella con toda la rapidez y provecho o, al menos, con menos merma y perjuicio. El rey ya no era un niño y daba muestras crecientes de que iba a empezar a ser soberano con todas las consecuencias y sin cortapisas. Y para ello, para que cumpliera los catorce y ya estuviera en su año quince, y por tanto en su mayoría, restaban tan solo meses. Y habiendo rey, ya no habría ni Laras y aún menos Castros que valieran para quien quisiera tener sitio al sol en Castilla, y que ese lugar templado era el que buscaban los que andaban con mensajes de ida y vuelta hacia Hita y al alcázar de Guadalajara. Fortum y Elisa hacían, desde luego, algo más que distraerles las veladas y cantarles romances. Y a saber si no estaba en ello el origen de aquella mancha que ahora quemaba en la entraña de ella, envenenaba mis pensamientos y nublaban tenebrosamente mis sueños. No podía evitar los peores que me asaltaban y huía de ellos afanándome en el trabajo y empapándome de sudor en las labores del campo. Así que hasta me

vino bien la siega.

Antes de salir el sol ya estábamos en el corte, y se había puesto cuando dábamos de mano y echábamos a andar hacia casa. Las mujeres nos llevaban de continuo agua, vino y comida porque había que comer y beber de continuo para no caer desfallecido. Pero no había tristeza en el tajo, hasta yo mismo olvidaba por momentos el reconcomerme por dentro, y flotaba un aire alegre, y los jóvenes, haciendo alarde de fuerza y aguante, nos retábamos a carreras en los surcos a ver quién llegaba antes segando a la punta. Los tíos, el Pablo y el Gabriel, iban detrás de nosotros, atando las gavillas.

La siega y el acarreo eran extenuantes pero no dejaban en mucho atrás a la trilla en las eras, que era el paso siguiente. Se hacía a base de que caballos, mulas y bueyes pisaran una y otra vez las parvas mientras nosotros con los bieldos de madera arrojábamos al aire la paja para ir separando el grano y las granzas. Era una tarea que no acababa nunca y que a mí me parecía desesperante. Pero al fin y con paciencia se iba consiguiendo, y ya muy metidos en julio fue cuando tuvimos la paja en el pajar y el trigo, la cebada, la avena y el centeno en los atrojes del obispo. Era el momento de echar cuentas y de ir viendo cuánto había que llevar a la maquila, cuánto para la simienza, cuánta cebada para moler, cuánta para las caballerías, amén de separar unos buenos celemines para la nueva reja de vertedera que hacía falta, un tiro para la yunta y una collera porque esta ya no tenía más remiendo. La vertedera, la collera y los caballos habían logrado que las labores fueran algo menos penosas y un poco más eficaces y rápidas, pero también suponían aperos nuevos y reparaciones continuas.

Salimos al fin de las eras y, recogida la cosecha y celebrada la fiesta por ello, llegó el momento de que cada cual cogiera su camino y yo lo hiciera ya sin más demoras con el mío. Los Gabrieles ya tenían decidido marcharse a Anguix y presentarse como primera y más segura opción a don Martín Ordóñez, pero por si esta por algún imprevisto les fallara, tenían también el escape de buscar tajo en los monasterios de Córcoles y Trillo. Por mi parte había de regresar ya sin demora a Atienza tal y como había dispuesto en primavera y además convenido con el propio rey Alfonso. Llevaba su segunda carta junto con la primera que me había dado, firmada y con su sello, pegada a mi propio cuerpo, aunque preservada del sudor, como mi mayor

tesoro. En ella, amén del nombramiento como caballero y la admonición de que como tal, y persona en su gracia, me trataran, se instaba a que me dieran entrada en las instituciones de las villas y ocupara mi lugar en el Concejo.

Antes de emprender camino, sin embargo, debía cumplir con una obligación que había demorado en exceso y que no era otra que la de presentarme ante el obispo Joscelmo. No lo retrasé más. A la siguiente mañana me vestí como debía hacerlo para la ocasión —borrén, túnica, botas de media caña, cinturón con la vaina y en ella la espada— y enjaccé mi palafrén, colgué del arzón el escudo y el yelmo y a caballo subí, entre alguna que otra mirada de asombro, por la cuesta de la catedral, luego por el segundo y más empinado tramo hasta el castillo y ante su puerta, identificándome como caballero por el rey nombrado, como Pedro Pérez de Atienza, solicité ver al obispo.

Me hizo esperar Joscelmo, pero no tanto como para que me sintiera agraviado. Sospecho que antes de recibirme debió de recabar información sobre mi persona y alguna debió de obtener, pues cuando entré en su estancia y doblé la rodilla para besarle el anillo, me levantó con una sonrisilla un tanto pícara y a modo de regaño me dijo:

—Pues lleva el caballero, que ahora se nos presenta, largos meses en Sigüenza disfrazado de labriego.

—No fue hasta hace poco, en Zorita este pasado junio, cuando el rey Alfonso me otorgó tal rango. Antes otra cosa no era que labriego y no quise importunaros.

Volvió a reír el prelado, que era además el primer español que ocupaba la silla. Me percaté de que sabía más de lo que demostraba y su siguiente pregunta fue, sin duda, dirigida a comprobar si usaba yo doblez u ocultación en lo que contaba.

—De Atienza, hijo de un frontero de Hita y cercano al rey. Me sorprende, Pedro Pérez. ¿A qué es debida tal familiaridad con don Alfonso?

Deduje que conocía del todo mi historia y no había ninguna razón por mi parte para ocultarla en absoluto.

—Fui el arrierillo a quien se cambió por el rey para librarlo de su tío don Fernando. Luego estuve años con don Alfonso en las casas y bajo tutela de los Lara. Buena parte de mi familia es vecina de Sigüenza y he pasado una

temporada con ellos.

Quedó en apariencia satisfecho, y ya solo me hizo una pregunta final.

—¿Dónde tiene el caballero voluntad de establecerse? ¿Tal vez aquí mismo? Sería bienvenido, don Pedro.

—Gracias, eminencia. Pero, con su permiso, debo retornar a Atienza, que es donde tengo casa y he de cuidar de mi pequeña hacienda. Pero quedo a disposición del señor obispo si alguna vez gusta de requerir mis servicios —respondí, pero también quise dar una puntada de que sobre su voluntad había alguna otra superior a la que yo atendía—. Así me ha encomendado el rey Alfonso que hiciera.

—Me congratula y me alegra de que mi rey tenga en cuenta a este humilde obispo, de tan apartado extremo de su reino —respondió rápido y ágil de mente Joscelmo.

Desde luego estaba al cabo de la calle de todo lo que a mí atañía y no me sorprendió en absoluto, conociendo como conocía a don Nuño Pérez de Lara, quien era con seguridad quien le había informado y aleccionado al respecto.

No hubo para mucho más en cualquier caso. Ni mayores cercanías por su parte ni, en reciprocidad, por la mía. Se daba todo por supuesto y ambos pasábamos por el trámite con discreción y sin entrar en ninguna hondura. Como señal de deferencia hacia mi persona, eso sí, el obispo me ofreció cortésmente una copa de vino fresco y me despidió con aquella sonrisa suya de parecer saber más de lo que sabía. O es que en verdad Joscelmo, en efecto, lo sabía todo. O casi. También me dio bendiciones para mi familia, a la que reconoció como buenos vecinos y cristianos, y yo, agradecido, opté por no mencionarle que en breve tiempo iba a quedar un tanto mermada y su villa perdería dos buenos canteros. Pero al fin y al cabo, abierta ya la catedral, ninguna falta le hacían.

Pero no iban a ser los Gabrieles los únicos en partir, pues mi primo Juan, al saber de mi marcha inminente, decidió venirse conmigo. Lo tenía bien rumiado y resuelto, aunque no se lo hubiera dicho a nadie, a su padre menos pues sabía que haría por convencerle de que no lo hiciera. Que es lo que intentó mi tío Pablo, aunque lo cierto es que tampoco con demasiado empeño, vista la voluntad del mozo, el que estaría a mi lado y que total él tenía brazos suficientes y al final transigió, consciente de que en cualquier

caso no le quedaba otro remedio. Así que Juan recogió sus cuatro cosas, aparejó un caballo viejo y, más contento que unas pascuas, emprendió el camino hacia Atienza conmigo.

Pero antes de llegar allí tenía yo hecho el propósito de, aun dando un rodeo que no era pequeño, ir a ver cómo andaba la mula y en qué había parado lo de los dos hermanos a quienes la dejé en préstamo en Bujalaro. Así que, en vez de coger el camino más que transitado y directo por Imón, tiramos Henares abajo pues Juan conocía aquel camino que, según él, por Cutamilla y Baides se nos haría más liviano. Y, además, así conocíamos aquella otra senda y aquellos otros pueblos. A Juan le gustaba conocer mundo.

La verdad es que la decisión de mi primo me había llenado de contento. Habíamos trabado una gran amistad hasta convertirnos en inseparables, y yo veía en él aquel hermano que no había tenido nunca, y él en mí alguien con experiencias a las que él deseaba abrirse. Emprendimos con muy buen ánimo la marcha, con una caballería de más cargada de aperos y útiles que yo había mercado en los puestos de Sigüenza con la esperanza de destinarlos a Valentín y Julián si habían cumplido bien su trato y su palabra. Juan se mostraba intrigado por aquellos negocios míos al fiado, y no se recataba en chancearse de mi credulidad, aunque, mucho más ducho que yo en asuntos de labranza —esa había sido desde que nació su vida—, me había aconsejado sobre cuáles adquirir y en qué condiciones podía continuar mi acuerdo con ellos. Pero su impresión, que no dejó de repetirme en cuanto cogimos la vereda del río aguas abajo, era que no hallaríamos de ellos ni rastro.

—Esos, en cuanto traspusiste, salieron zumbando, más que al paso, vendieron la mula al primero que se toparon y échales tú ahora el guante.

Bien podía ser así, me decía yo para mí, pero me daba el barrunto de que seguirían allí y que eran gente cabal y de palabra, vinieran de donde fuera y hubieran pasado por los avatares penosos o violentos que hubieran sido. Y dijera lo que dijese por su cazurrería labriega y malpensada, Juan también esperaba en el fondo que así fuera.

Al ir acercándonos, después de pasar bajo el pico de las Matillas, por donde el Dulce le junta sus aguas al Henares, y cuando discurríamos por una

pequeña vega hasta la que bajan los robledales descolgándose por las laderas desde los montes chatos de las alcarrias hasta casi el río y a punto de remontar el lugar que llaman el Salto, desde donde ya tendríamos debajo el pueblo y al fondo el pico de Jadraque, iba yo viendo síntomas de que tenía la apuesta ganada. Y mi primo también los veía, aunque no dijera nada.

Porque en lo mejor y más fácil de cultivar se veían rastros de labores recientes y en los robles también eran visibles faenas de corte y provisión de leña.

—Te digo que estos siguen por aquí, Juan. Eran gente decidida y dura.

Mi primo callaba, más empeñado en llevarme la contraria que en tener la razón. Remontamos el Salto y ya vimos el desportillado castillo, la torre que había dado nombre al pueblo.

—No se ve humo, ni rastro de gente —me porfió.

—No van a echar lumbre en julio, qué cosas tienes. Verás como sí están.

No estaban en el pueblo, pero en Bujalaro sí seguían. Porque nada más ir avanzando hacia el caserío pudimos comprobar sus afanes y, además, nos vino a dar la bienvenida el perro. De no muy buenas maneras, por cierto. Ya no había un cobertizo medio derruido lo que les cobijaba sino dos casas, pequeñas pero de buenos muros de piedra, las que había en pie, de tapial en la parte alta y con buenas cubiertas de cañizo, barro y teja. Material les sobraba, desde luego, en el abandonado pueblo y en la hundida fortaleza. Y en una de las dos también había lumbre, aunque no saliera humo por la chimenea, pero solo ya las brasas para que no se enfriara un puchero arrimado a ellas. Y no olía mal, y menos con el hambre que traíamos, lo que allí se cocía.

Salimos fuera de nuevo, acompañados siempre del ladrido del puñetero perro, y no habíamos podido echar un vistazo más a lo que habían ido levantando cuando vi venir al mayor de los hermanos, el Valentín, a grandes zancadas, con un azadón muy rudimentario al hombro y dando voces de bienvenida.

—Os hemos visto desde el monte, cuando pasabais el Salto, y yo me he adelantado a mi hermano, que ya sabes que renquea el hombre. La mula está bien —me espetó como noticia esencial—. El Julián te la trae para que la veas.

—No hacía falta que te sofocaras, hombre.

—Hay que estar atento y con los ojos abiertos y no perder de vista las casas. Poco tenemos, pero algo ya nos han añadido algunos de paso. Pero en tu caso nos hemos dado cuenta a escape de quién eras por el caballo. Ya se lo he dicho a mi hermano: Julián, coge la caballería que el de Atienza, el señor Pedro, el que nos dejó la mula, viene a por ella. Ya no tardará en llegar.

—No hay prisa, hombre. Mira, este es mi primo, Juan de Sigüenza.

Se miraron el Valentín y mi primo, el uno con su mirar algo hosco pero siempre frontal, y mi primo con su media sonrisa, que no era mala sino siempre un poco como preguntando, y se dieron la mano. De labrador las dos, con buenos callos.

Llegaba ya Julián con la vieja mula. No tenía mala pinta, aunque le hubiera faltado la cebada. Había pasado la última punta del invierno y ya con la primavera no le debió de faltar el pasto ni el forraje. Le hacía falta una esquila. Pero no, no estaba mal la mula para los años que tenía. Y venía muy mansa al ramal de su nuevo amo. Ni levantó la cabeza al llegar a mi altura. No había hecho mucho camino conmigo y no son las mulas animales que se diga querenciosos de las gentes humanas. Lo más que he visto yo en Atienza es uno aquerenciado a un perro. Pero a los amos ninguno. Los caballos son otra cosa. Y hasta los pollinos.

—Venid conmigo. Le voy a dar agua a la mula y así les dais a vuestros caballos. Hemos destapado un manantial muy bueno aquí al lado. Es agua que viene de la propia roca del castillo, sana y buena. Es la que bebemos nosotros y no da enfermedades. Porque vino aún no tenemos, ni con qué ni a quién comprarlo. Aunque en poco tendremos, ¿verdad, Valentín? —Y se echaron a reír los hermanos.

Seguimos un caminillo que iba por la falda del castillo bordeándolo a rape de las rocas sobre las que se alzaba y a nada descendimos a una hondonada que se abría luego hacia la derecha en un vallejo de buena traza. La hondonada estaba llena de verde y frescor. Y allí de una piedra manaba el agua, a la que habían acondicionado la salida, picando e incrustando unas lascas. En la poza, debajo habían construido una pileta de un par de codos de hondo y su buena largura, que estaba a rebosar y de hecho rebosaba por un mínimo canalillo de desagüe por el que vertía a una pequeña reguera muy limpia que traspasaba una cerca de piedras recién levantada, y que protegía

un huerto con no mucha variedad de plantas, pero muy hermosas y cuidadas, y donde para mi estupor vi algunos frutales. Uno viejo, muy herido pero retoñado, y los otros más pequeños, diría que recién trasplantados.

Bebimos nosotros en el cuenco de la mano y las caballerías en la pila, y luego el Julián nos enseñó el huerto.

—Alguna coseja hemos podido encontrar y plantar. Alguna col, algún nabo, algún pepino, algún puerro, alguna cebolla y algún ajo, de aquí y de allá, y algo de simienza que uno de Jadraque, con el que tenemos algún trato, nos ha dado. También conseguimos algo de grano para sembrar, aunque era muy tarde. Muy poco pero algo, a cambio de caza, conejos, liebres, palomas. Lo que cae y podemos coger a lazo a la mano o con los perros. También conseguimos algunos plantones de frutales y retoños de ese peral que estaba medio perdido.

Que ya había visto yo que los perros habían aumentado. Al que nos había ladrado desde el arrenal de la casa se habían unido dos podencos y un perrigallo que habían venido con los hermanos. Esos sí que aquerenciados a los amos y sumisos a ellos, les había bastado una voz para no dar ya guerra ni ladrido alguno, pero a los que no se veía castigados pero sí bien enseñados.

—Estos hacen trabajar hasta los perros —me dijo riendo mi primo por lo bajo, sorprendido y para bien de las artes y afanes de los hermanos—. Apañados son desde luego, y no de los que se están todo el día tumbados.

Regresamos hacia su casa, no sin antes haber visto que el huerto no era el único lugar donde aprovechaban el agua. Un poco más abajo había otro pedazo de la mejor tierra, bien cavado, de buenos y hondos surcos donde verdeaban también algunas plantas.

—A estos no les faltan los melones este año y tampoco calabazas —le dije.

—Y seguro que han conseguido hacerse con un cochino para engordarlo con ellas —me contestó con otra risa.

Nos esperaba el Valentín. Obsequioso y hospitalario en lo que podía ofrecernos.

—Hoy hay buen puchero. Era para los dos, pero habrá para cuatro. Con algún apaño de un pepino y algún bocado más no creo que quedéis con hambre, si es que queréis comer con nosotros.

Aceptamos con gusto y para el suyo pusimos nosotros el vino, que bien se notó por los ojillos que pusieron que hacía tiempo que no lo cataban. Pero bebieron su trago sin ansia.

Y el puchero era de verdad de los buenos. Un guiso de conejo, que debían ser dos, bien troceado y mejor condimentado con hierbas y verduras. Se lo apreciamos y el Julián se destapó un poco.

—Hambre desde luego no pasamos. El río nos da peces, cangrejos y topos. El campo, collejas, cardillos, berros y luego dará moras, majuelos, y el monte nos da caza. Hay conejo y hay liebre si se saben poner bien los lazos y las losas, y hay paloma y perdiz, y nidales de huevos para quien sabe buscarlos y nidos de pichones para quien sepa encontrarlos. En invierno es peor, claro, pero ya nos pilla preparados. Cuando entre este año ya nos coge con las casas listas. Y hemos hecho un horno para cocer pan, aunque lo hayamos tenido que moler a mano nosotros mismos, pues no nos hemos atrevido a llevar el poco grano que teníamos ni a Castejón ni a Jadraque, no fueran a quitárnoslo, porque aquí estamos porque hemos venido y con miedo a que nos puedan echar cuando quieran.

—Pero nadie nos ha molestado, esa es la verdad —terció el Valentín—. Vino un día uno de Jadraque y dijo que tendría que dar cuenta al Concejo de Atienza, pero que esto es despoblado y aquí hace mucho que no vivía nadie. Que por ellos, los de Jadraque, pegas no había. El término es bueno. Por donde habéis venido ya habréis visto los robledales que tienen muy buena bellota. Al sitio le llamamos Henarejos por bajar hasta el río. Aquí sobre el pueblo, en esas faldas resguardadas, hubo viñas. Y en ello estábamos cuando habéis aparecido, pues ya tenemos, aunque haya muchas cepas perdidas, una que vamos recuperando. Ya veréis como en poco bebemos de nuestro vino. Algo, aunque muy poco, sacamos ya este año. Pero lo mejor, claro, es la vega. La que habéis visto no es mala, pero es mejor la que hay río abajo, más ancha. Aunque para mí nada como la tierra que hay desde debajo de la fuente en que habéis estado, el vadillo y la Salía, porque ahí van a parar muchas aguas. Por allí y hasta el Henares hubo en tiempos muchos frutales. Pero están perdidos, aunque algunos van retoñando.

Al acabar de comer y con algunos buenos tragos de vino y ya en mucha mayor confianza y mejor humor, sobre todo cuando anuncié que no tenía

intención de llevarme por ahora la mula, fue cuando les propuse el trato.

Yo había echado a nuestra caballería una reja y una collera buena, dos palas de azada y dos hoces. Eso por un lado. Y por otro, simiente de trigo, avena, cebada y centeno. Para una yugada, aunque ellos solo tuvieran una mula. Además almortas, garbanzos y lentejas que me había ofrecido mi tío Pablo de su simiente, de las que me aseguró ser de buena raza y además bien aclimatadas a esas tierras.

Se lo mostré todo y les hice mi propuesta.

—Veo que habéis aprovechado lo poco que teníais, pero poco podéis hacer con casi nada, aunque voluntad bien se ve que no os falta. Así que esto es lo que os digo: yo os dejo todo esto que he traído, para vuestro uso. A cambio vosotros me levantáis aquí otra casa, que sea buena, de pared de piedra hasta donde más arriba se pueda, y buen techado, con corral, cuadra y letrina. Y otra cosa. Al lado de vuestro huerto, otro para mí, y al lado del de más abajo, en el vallejo, otra suerte. Si cumplís con ello, al siguiente viaje yo os traigo otra mula y hacéis yunta.

El Valentín se alborozó con la propuesta. El Julián también, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Y no podría ir siendo un buey? Siempre se ha arado con bueyes. Tiran con más fuerza y sin ahogarse.

—No tengo bueyes. Además, cada vez se labra mejor con caballerías y colleras. La collera, bien colocada sobre el cuello del caballo o de la mula, permite a la bestia hacer toda la fuerza con los cuartos delanteros en vez de solo con los hombros, como cuando se utiliza un yugo o un pretal, y, por lo demás, les quita el ahogo sobre el garganchón. Si con esto ya ganan en arrastre y además son más ligeros, pues ya tienes todas las ventajas. Ya veréis cómo os cunde. El doble que antes y menudo el «tole» que lleva...

—Mulo o buey, lo que importa es que tire. La mula aún vale, aunque está vieja ya la pobre. Pero unos años aún aguanta. Y te digo más, Pedro, que no vamos a olvidarnos de quién ha sido así de generoso y confiado con nosotros. Más abajo del Vadillo y la Salía, está esa vega que se llama el Samoral. Eso va de ser un jardín y allí te vamos a hacer una huerta, la mejor de todas, con frutales y bien de todo. Porque allí sobra la buena tierra y el agua.

—Pero ¿y los plantones?

—Están allí mismo para quien sepa verlos. Todo aquello se taló y se socarró, pero muchos han rebrotado. Hay retoños por todos lados. ¿De dónde te crees que hemos traído los del huerto? Hay membrillos, granados, manzanos, ciruelos y perales. Y en la viña ya tenemos plantados almendros y tres higueras.

—Antes habéis hablado de viña, pero ¿cómo os arregláis para reponer las cepas?

—Pues lo mismo. Rebuscando por el término. Donde hubo viñas, que las hubo y muchas, aunque las talaron, descuajaron y dejaron arrasadas, algunas han revivido. La vid tiene mucha raíz abajo y aguanta. Algunas hemos trasplantado, aunque agarran bastante mal y se nos secan bastantes, pero con las que habían sobrevivido y las que han agarrado vas haciendo otras. Enterrando el sarmiento de una que esté viva se repone otra muerta y se van tapando los huecos. En unos años la tenemos completa. Acabaremos por tener aquí viña los tres —me prometió el Valentín.

—De acuerdo —dijo el Julián—, pero por la parte de viña te tocará traernos cuando sea otra caballería, que esta ya no va a andar mucho.

—Y un lechón en cuanto vuelva —contesté.

—De eso no te ocupes. Ya tenemos dos —replicó, corroborando a quien le estaban destinadas las calabazas que habíamos visto. No preguntamos de dónde habían salido.

En toda la charla y el trato, Juan intervenía, aunque con reparo, pues al cabo no era cosa que pudiera decir que era suya. Lo veía yo que se refrenaba. Lo conocía bien y desde hacía un rato le notaba que tenía ganas de decirme algo pero no se atrevía. Así que hice con él un aparte.

—¿Qué te callas? ¿Algo no te gusta?

—Al revés, que me gusta es lo que pasa, pero no soy yo quién para decirte el qué hacer.

—¿Y qué harías tú, primo?

—Pues dejarles ahora también la mula que traemos. ¿A qué aguardar un año? A ti no te hace falta y ellos le sacarán aquí todo el provecho. Con una yunta completa tú tienes cuando vuelvas una viña plantada.

Tenía razón mi primo. De perdidos al río, dijo. Si arriesgaba, pues que fuera a lo grande. Y aquello apuntaba a buena ganancia si no se torcían las

cosas. El Valentín y el Julián eran gente de fiar. Eso estaba más que claro. Así que volví hacia ellos y se lo comuniqué riéndome.

—A Juan es a quien tenéis que agradecerlo. La mula en que han venido los aperos se queda ya con vosotros. Con arreos, albarda, serones y todo. Ya tenéis yunta. A cumplir vosotros ahora lo que os toca.

Me miraron muy serios, a mí y a mi primo, que les guiñó un ojo. Nos tendieron la mano y nos la estrecharon con fuerza.

—Aquí nos tendréis siempre para responder de la palabra dada. En deuda quedamos, pero la pagaremos con creces. Descuida —prometió el Valentín.

—Y a gusto —remató el Julián.

Estábamos alegres y al final el más contagiado del entusiasmo era Juan, del que yo había creído que no le gustaba la tierra y ahora comprendía que lo que no soportaba era el agobio de que entre unos y otros no le dejaran hacer en ella lo que quería. Estaba claro que él también acabaría por entrar en aquel asunto de Bujalaro, pero pensé que tiempo habría de sobra si seguía a mi lado. Porque no dejaba yo de ver los riesgos y de que todo aquello podía venirse abajo de un soplo. Aquella era ahora tierra baldía, pero había sido cultivada antes y pertenecía al término del Común de Tierra de Atienza. Podía reclamarla y todo lo trabajado perderse. Así que arreglar aquello era a lo que tenía que ponerme bien pronto. Que el Concejo autorizara a aquellos dos como primeros repobladores cuanto antes, porque desde luego lo más probable es que no tardaran en aparecer en breve. O sea, que lo urgente ahora era llegarse a Atienza, presentarme yo al Concejo, que con las credenciales reales que traía no pensaba que me pusieran pega alguna, y pedir para esas gentes de Bujalaro, y de paso para mí y para mi primo, el que pudieran instalarse en aquellos baldíos, aunque ya tan baldíos no fueran, y levantar casa, aunque ya la tuvieran alzada y cubierta.

Dormimos en Bujalaro aquella noche, yo dándole a todo ello vueltas en la cabeza y con las mismas rondando por ella. Al amanecer del día siguiente nos bajamos con los hermanos hacia el Samoral y las orillas del Henares, que en efecto tenía todas las trazas de poder convertirse en un vergel de huertas y frutales, y por allí, por un vado que nos indicaron, cruzamos el río y cogimos rumbos a las Cendejas.

—A menos de media legua, en cuanto remontéis un poco, veréis a la derecha a Cendejas de la Torre. Pues tirad hacia la izquierda por un caminejo que os sacará en poco a otra aldea que llaman Cendejas de Padrastro, y de allí a nada al camino, ese bien sobado, que sube de Jadraque a Atienza. Por Negredo y por Angón no tiene pérdida. Eso ya lo conoces bien, Pedro. Esta noche dormís en casa.

No dejé de pensar otra vez lo bien que aquellos dos hermanos se conocían todos aquellos andurriales, a saber en qué se habrían ocupado antes. Luego, cuando en efecto siguiendo sus indicaciones, ya estuvimos en el camino hacia Atienza, al dejar a un lado, por la derecha el pueblo y monte de Negredo y por la izquierda una dehesa boyal que allí tenían, mi primo Juan me dijo entre risas:

—Cuando volvamos por Bujalaro esos tienen ya mujeres.

—Eso si no tienen también hijos.

Entramos Juan y yo por la puerta de Arrebatacapas. El sol que nos había abrasado durante todo el camino se echaba ya por detrás de la sierra y se agradecía el airecillo fresco que ya corría por las estrechas calles de Atienza cuando subíamos hacia nuestra casa. Porque en aquel regreso tuve la impresión de que era así, que regresaba a mi casa, a mi raíz, a mi villa y mi gente y que aquel era mi lugar y mi sitio, por muchos otros a los que tuviera que ir o en los que antes hubiera estado o incluso venido al mundo. Sentía que aquella era mi tierra, más que mi propia Hita natal, más que ningún otro sitio. Una sensación de pertenencia, pero no como aquella de posesión o dominio que los Lara pudieran tener de ella. No. Era yo quien pertenecía a aquellos muros, a aquel castillo, a aquellas casas acurrucadas en la falda, a aquellos campos desnudos y duros hacia el sur, a aquel horizonte de sierras hacia el norte y el poniente. Era yo quien pertenecía a Atienza. Y allí pensaba vivir la vida que Jesucristo Nuestro Señor quisiera darme.

Mi primo Juan compartía mi buen ánimo. Para él aquello era nuevo, una sensación de poder abrirse otros caminos, y hablaba de la villa con gran respeto y con admiración de sus gentes. Atienza y los atencinos en verdad lo despertaban, pues no había en todos aquellos territorios villa con el poder, la extensión y la prominencia de Atienza, ni de su común de villa y tierra. Ni

siquiera Medinaceli, la única que podía intentar igualarla, llegaba a hacerle sombra. Ciertamente poseía como la nuestra unas impresionantes defensas y una alcazaba poderosa. Pero si desde allí había salido para sus terribles aceifas el gran Almanzor, era siempre Atienza contra quien cargaba con toda su furia. Y nos gustaba recordar a los atencinos que fue entre nuestros muros donde perpetró la gran traición contra quien antes fue su valedor, su propio suegro, el general de la Marca Media, Galib, a quien mató por su propia mano en una de sus expediciones. Galib se le había adelantado y había conseguido expugnar las defensas. Almanzor ya lo tenía por estorbo y el visir no era hombre que dejara estorbos tras él.

Gustaban los viejos vecinos de Atienza de recordar que habían visto a muchos reyes en su ciudad y que no había sido otro que Álvaro Fáñez quien llegó hasta ella tras la rendición de Toledo a Alfonso VI para hacerla ya por siempre cristiana. Que el marido de la reina Urraca, Alfonso de Aragón, el Batallador, había reinado en ella e inscrito su nombre en el templo mayor. Pero ellos a quien siempre habían alabado y amado era al hijo de Urraca, al séptimo Alfonso, el Emperador, y por él la ciudad y sus gentes habían sido siempre apreciadas y favorecidas. Desde Atienza salió contra su padraastro, que le amenazaba desde Almazán, y desde allí marchó también contra él cuando le intentaba arrebatarse Medinaceli y no lo logró. Porque aunque los condes de Lara, sobre todo don Pedro, el amante de su propia madre, Urraca, no quisieran cabalgar con él y lo abandonaran, los atencinos no hicieron tal con su señor.

Las gentes de Atienza habían visto caminar por sus calles, como amigo primero, al rey leonés Fernando, y luego soportado su cerco acampado a sus puertas, pero tampoco lo escarnecían pues no hizo daño ninguno, que podía haberlo hecho, tras ser burlado. Y habían sentido adoración y la sentían por el rey niño, el Rey Pequeño que le decíamos, al que las madres miraban como a un hijo y los abuelos como a su nieto más querido y todos reverenciaban y deseaban que les fuera tan bueno como a su abuelo Alfonso VII. Porque el Emperador había querido Atienza como a ninguna de sus ciudades y villas y había derramado su bondad sobre ella y sobre sus gentes. Los Lara siguieron siendo sus tenentes, como lo fueron de Medinaceli y de Molina, pero ya lo era don Manrique, que no tuvo sino lealtades y servicios para con su

soberano, que le repobló Molina, la que tras haber sido conquistada por Alfonso el Batallador a los moros había quedado, a su muerte abandonada, y don Manrique hizo de ella y de su territorio otro de sus grandes señoríos. Pero ni Medinaceli ni Molina le llegaban en extensión y poderío a Atienza.

De todo ello quería ahora yo enterarme y ser partícipe. Había visto a los hombres del Concejo y a los de la cofradía de los recueros, y a quienes entre ellos hacían cabeza, como ejemplos de gentes cabales y cuyas decisiones, discutidas y hasta en ocasiones muy peleadas, eran luego por todos acatadas y seguidas. Era yo muy consciente de su importancia y sabía lo mucho que aquello suponía para el rey. Aquellas villas, sus concejos, sus mesnadas concejiles y sus caballeros villanos eran sus súbditos más leales, su apoyo más firme y menos enredado en soberbias y luchas de poder como sucedía con la alta nobleza y sus deudos. Atienza era ante todo villa realenga, y de ello hacían gala y orgullo, con razón, sus vecinos. Tenía un señor, aquí siempre un Lara, como tenente, pero la villa era de propiedad real y era el Concejo de vecinos quien disponía el gobierno de la villa y de las cada vez más numerosas aldeas. Que al ritmo en que se venían poblando en los últimos años pronto llegarían a superar las doscientas,^[27] todas ellas acogidas y sometidas a su fuero, otorgado ya por el conquistador de Toledo Alfonso VI y reafirmado y extendido por el emperador Alfonso VII, y ante quien todos habían de ceder y por encima de todos prevalecía. Excepto ante el rey nuestro señor, que ahora ya estaba dejando de ser un niño y de que le llamáramos el Rey Pequeño.

Sabía yo alguna cosa del funcionamiento de los concejos de las aldeas, formado por los hombres buenos y más prestigiosos de cada uno de los lugares, encabezados por un alcalde y un juez para el lugar, pero todos bajo la autoridad del Concejo mayor de la villa, cabeza del Común de la Tierra, o sea Atienza, que era un alcalde mayor que el rey nombraba, un alguacil mayor y dos jueces, el uno llamado también alcalde de alzadas, y el otro de padrones, que se encargaba del reparto de los pechos o del alistamiento de quienes habían de ir a guerrear. Ellos eran elegidos por el Concejo de vecinos que también nombraba al alférez, el abanderado de la villa, quien llevaba el estandarte al combate y que todos estaban obligados a seguir, fueran caballeros o peones. Nos contaron que no había sido camino fácil llegar a esa

organización y a esa autoridad, pues la pugna con los representantes del señor de la villa fueron siempre y de inicio continuos. Lo que los vecinos ganaban lo perdía en poder el señor. Lograr que para nombrar al representante del señor (en el caso de Atienza el propio rey) fueran oídos y acabara siendo elegido por ellos había sido una larga demanda al final conseguida, aunque formalmente el nombramiento acababa por ser ratificado por el monarca.

Originariamente el Concejo era abierto y lo formaba la reunión de todos los habitantes de la localidad que tuvieran la condición de vecinos, pero con el crecimiento de la población aquello se hizo un imposible y poco a poco solo se fueron reuniendo los vecinos destacados, los hombres buenos de la villa, como se les conocía, en representación de cada collación o barrio, y ya se hizo, como era ahora, Concejo cerrado. Aunque podía convocarse abierto en caso de extrema necesidad si así lo decidían.

El Concejo nombraba un juez para presidirlo y aplicar el fuero. Era también figura principal el escribano, pues era la suya una función muy importante ya que, sabiendo escribir, algo que casi nadie sabía, ponía por escrito los acuerdos y cuentas del Concejo, además de inscribir a la gente en los padrones. El Concejo de Atienza se reunía los domingos, después de misa, en el atrio de la iglesia de la Trinidad y la llamada se realizaba con repique de campanas. La asistencia era obligatoria y al que no cumplía se le castigaba con una multa.

Tuvimos suerte Juan y yo, porque en aquel momento el juez de alzadas no era otro que el Manda, a quien todos en Atienza llamaban así hasta haber casi olvidado la mayoría, excepto los de su quinta, su verdadero nombre. Y como, además, no tenía hijos tampoco dejaba apellidos.

Al Manda me dirigí con mis propósitos, la misiva del rey por si fuera necesario, la cuestión de Bujalaro y la de mi primo Juan. Entrada y atención me dio, además de un fuerte abrazo, pero si esperaba que todo fuera miel sobre hojuelas y por venir yo tan altamente recomendado iba a perdonárseme cualquier requisito, en ello iba aviado porque el Manda era precisamente de aquellos que a los más queridos y allegados era a quienes exigía más y que más claras y limpias fueran sus demandas. Lo primero de todo fue que le acompañara a casa del alcaide mayor, el nombrado por el rey, que diría yo que a él le hizo más impresión mi carta con el sello de don Alfonso que a mi

propio amigo, el viejo recuero. O al menos, tal pareció. A ambos presenté mis peticiones para que no se entendiera que buscaba trato de favor.

Sobre lo de ser vecino y participar activamente en la vida de la villa no había impedimento alguno porque ninguno podía haberlo. Se tomaba nota de mi condición de caballero y se me anotaba como tal para poder ser llamado cuando fuera necesaria mi asistencia y servicios. En cuanto a entrar a formar parte del Concejo, ello habría de verse en el Concejo mismo y el Manda, nada más que a presentarme para ello, se comprometió —eso me dijo con semblante muy serio, aunque bien sabía yo que luego se dejaría el alma en lograrlo— a hacer notar que era notoria mi cercanía de años con el rey y que este agradecería que yo estuviera en el presente, aunque para nada se señalaría ni podía señalarse orden alguna en tal aspecto.

De lo referente a mi primo Juan habría que seguir viendo y hablando. Que él ya iría diciendo algo y que si yo entraba en el Concejo seríamos dos a plantearlo, pero que mejor fueran dándose los pasos para poder hacerlo en condiciones y sin tener que andar con raterías ni favores. Que para ser considerado vecino habría de tener casa en Atienza, en cercado, aunque podría valer el arrabal murado de Portacaballos, y que no podía hacerse arana de decir que alguna de mis casas era suya, que para ello habría de haber documento de compraventa y hacer esta efectiva. Pero bueno, ello se solucionaría.

Lo que tenía más dificultades era lo de Bujalaro. Nos costó muy laboriosas discusiones y la intervención del juez de padrones y finalmente del propio alcaide, que fue quien vino a resolver el arcijo y, tengo para mí, valorar en su justo término la voluntad del propio rey para conmigo, deseoso de no enemistarse con mi persona de primeras y de entrada. Resultó pues al cabo el alcaide mi aliado contra la puntillosidad de quien suponía mi protector primero, que al fin se avino, no sin haber repetido una vez tras otra que aquellos dos mozallones no tenían derecho alguno de haberse establecido allí sin pedir permiso a nadie y que tal cosa no podía consentirse.

—Pero Manda, lo solicitan ahora y lo hacen por derecho y con humildad a través de Pedro, que es vecino por todos apreciado y bien avalado por gentes más altas que nosotros, como bien sabes y conoces.

—Pero el allanarnos a ello bien puede abrir senda para que otros cojan

trocha parecida y sea esto el sindiós y el sinfuero. Luego a ver cómo lo restableces si ya una vez has transigido con ello.

—No seas pejugueras, Manda, nadie fuera de aquí ha de saberlo. Hagamos como que es ahora cuando solicitan repoblar aquello. Que bien nos viene a todos, que ha estado abandonado de la mano de Dios desde hace demasiado tiempo, porque si antes eran los moros quienes asomaban por las alcarrias altas, ahora por allí es que no asoma nadie. Lo que nos faltan son gentes de buenos brazos y estos dice Pedro que tienen fuerzas, arrechos y ganas.

—Por mí no habrá problema —terció el juez de padrones—. Bien vienen gentes fuertes y decididas. Ojalá se avvicinen en Bujalaro más como ellos y se repueble cuanto antes.

Cedió al fin el Manda, que en realidad hasta tenía ganas de hacerlo pero no sin antes cargarse de razón y dar razones.

—No será por mí que volvamos a despoblar algo que se esté poblando. Solo decía cómo ha de hacerse y que no tengamos problemas en el futuro. Que no haya que salir como hubimos de salir con los de Cogolludo.

—Pero eso fue otra cosa muy diferente. Eso fue que los de Cogolludo quisieron poblar y apropiarse de una aldea que era del Común de tierra nuestra.

—¿Sopeña?

—Esa misma. Y hubo que ponerlos en su sitio.

Ya lo creo que lo hicieron. Atienza no se andaba con bromas con su tierra y sus límites. Se llamó a los caballeros, se armaron los peones y se presentaron en tropel ante quienes intentaban aposentarse en aquel lugar. No hubo muertos, pero sí fuerza bastante, más que un poco de sangre y algún hueso chascado. Hubo luego de ponerse paz por los hombres del rey pero la razón estaba clara del lado de Atienza, y se les dio, aunque se les afearon los modos.

—Pues lo dicho —remató por fin el juez de apelaciones y alcalde de alzadas, que era lo mismo y el mismo, o sea el Manda—, que se consiente en que se establezcan. Pero de ahora en adelante habrán de ser ellos mismos quienes velen que otros no hagan lo que ellos han hecho. Que puede ir allí la gente a poblar y roturar lo que ahora está baldío, pero que antes debe

comparecer ante este Concejo a solicitarlo. Que no habrá en ello problema si está de acorde a fuero ni se mirará si viene de justicia fugado, aunque sea por muerte o por huida de servidumbre, o por robo o de mujer o de hombre, que también pudiera darse, huido. Excepto si su culpa fuera de traición al rey y haber sido como traidor declarado. Entonces no podrá acogerse a fuero y deberá ser expulsado.

Me percaté entonces de la astuta jugada del Manda, que yo había llegado a creer que estaba contra mí y mis protegidos. De resistir a permitirles establecerse, acababa de nombrar a los dos hermanos Concejo de Bujalaro. Ellos serían, y yo estaba bien convencido de que lo harían con toda energía, quienes velaran por el fuero y su cumplimiento en el pueblo justo tras haberlo ellos soslayado. Pero desde luego mejores no podía haberlos encontrado. El Valentín y el Julián no iban a pasar ni una, convertidos de prófugos, porque algo así me maliciaba yo que eran, en alcaldes, aunque todavía ellos no lo supieran.

Lo de mis tierras allí fue más fácil.

—Si se roturan y aran y se declaran como adquiridas por ti y hasta una yugada, al igual que con la casa y con la viña, no ha de haber inconveniente alguno en señalarlas a tu nombre y bajo tu propiedad. Otra cosa es lo de tu primo... No es vecino de Atienza y eso llevará su tiempo.

Al juez de padrones se le ocurrió entonces la solución.

—Pues que de inicio quede Juan empadronado en Bujalaro. Se establece allí como vecino y repoblador, se le concede derecho de tierra y alzamiento de una casa. Con eso damos ya un paso.

A mi primo le pareció aquello la mejor solución y por la noche entre los dos la aderezamos para comenzar a llevar a cabo nuestros planes en septiembre.

—Cuando vaya a empezar la sementera ha de ser el momento que nos vayamos los dos para allá. Habrá que llevar al menos una yunta más de mulas para que a ti y a esos hombres os cunda lo que tiene que cundiros. Y creo que debiéramos, ya que hacemos el viaje, arrear para allá con una pequeña punta de ovejas, que aquel término es bueno para el ganado y solo hay que ver los pastos que tiene y que no aprovecha nadie.

—Bien está, Pedro. Pero has de entender que yo no pueda afrontar eso,

pues no tengo posibles ni dinero. Lo único que se me ocurre es poder ser tu aparcerero.

—De eso ni hablamos, Juan. Para hacerte ese préstamo aún llevo. Me lo devolverás cuando prosperes, que lo harás, y ni me rechistes por ello. Y no hay más, Juan.

—No hay más, Pedro.

Zanjado aquello y mientras llegaba el día de empezar la sementera, quedaban, además de que Juan fuera haciéndose con lo necesario para poner en marcha lo trazado, muchas cosas por hacer en Atienza y no solo ocuparme de una hacienda que yo tenía abandonada. Aunque de inmediato me di cuenta de que no lo estaba para nada, pues el propio Manda y el Elías no solo la mantenían a flote sino que la multiplicaban. Y cuando ambos vinieron a cenar a casa y a echar las cuentas, el Manda ya no era juez severo y el Elías seguía siendo el protector, ambos los consejeros buenos y prudentes que siempre había tenido, aunque tan poco tiempo habían estado a mi lado y aprovechado en lo debido. Ahora era el momento de hacerlo.

Yo antes que nada necesitaba saber de lo que no sabía. Y era de mi propia tierra y de las limítrofes, de cómo estaban organizadas y a quiénes y qué reglas obedecían. Conmigo estaba Juan y bien pronto alcancé a comprender que mi primo me suponía un refuerzo total, pues él sí estaba bien ducho en tales cosas y, además, con la ilusión de haber encontrado un horizonte en el que poder soltar la rienda a su iniciativa, que con toda buena intención había visto cortada en Sigüenza en la casa paterna.

Mi primo, en aquellas cuestiones de labores, pastoreos, mojoneras, pastos y extremos, me superaba en todo pero es que, además, rivalizaba con el Elías y el Manda y se enzarzaban en disquisiciones que yo ni llegaba en ocasiones a comprender su importancia, pero que ellos veían como trascendentales y tan necesarias que yo acababa en confiar que lo que acordaran e hicieran bien hecho estaría.

Pero yo indagaba y aprendía de otras cosas, que quizás a mi primo y mis amigos no interesaban o no alcanzaban a comprender su importancia, pero que para mí, y pensando en el encargo del rey Alfonso, eran vitales. Porque de lo que yo me empapaba era de cómo actuaban y se regían aquellas comunidades de villa y tierra que en tiempos había puesto en marcha su

abuelo, cuáles eran los diferentes fueros por los que se regían, cómo se organizaban y funcionaban, sus disputas, sus sentires, su lealtad a la corona, sus enfrentamientos con la nobleza alta y los infanzones, o con los obispos, y las aspiraciones de sus gentes y, por supuesto, si entre ellos había quienes pretendieran hacer daño a los intereses de don Alfonso.

A poco entré en el Concejo de Hombres Buenos de Atienza. Tenía crédito entre las gentes y padrinos no me faltaban, como bien se encargaron mis valedores de hacer notar en caso necesario. Que no lo era porque todos mis vecinos conocían mi peripecia y hasta se enorgullecían de ella como propia, que lo era, de la villa y en particular de los recueros. Vamos, que tuve que afrontar menos pegas de los cientos de vecinos que las que me puso el Manda por él mismo. Pero ni me enfurruñé siquiera con él, que bien sabía yo sus razones y el preservar de toda murmuración mi nombramiento. Fue él mismo quien me lo comunicó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo ves? Mucho mejor así. En su plazo, forma y cumplimiento. Bien está lo que bien acaba, y lo que se hace por derecho, derecho sale. No se puede comenzar a arar con surcos rectos si se ha echado, de principio, torcida la besana.

El Común de Tierra de Atienza era, sin duda, el más grande y poderoso de toda aquella frontera de Castilla, que por el sur seguía teniéndola con los musulmanes y por el este tenía hacia el norte a los navarros y más cercanos a los aragoneses. Contaba con el amparo de su vigoroso fuero, de los más antiguos y renombrados, como lo eran el de Sepúlveda y el de Soria, y en el que muchos otros se miraban y pretendían conseguirlos similares. Los privilegios allí concedidos por el rey eran el cimiento de la prosperidad de la villa y de todas sus aldeas. Pero tan importantes como sus disposiciones, que fui aprendiéndome de memoria y una a una con el Manda, era, y eso al antiguo jefe de los recueros le importaba casi todavía más, la fijación exacta de sus límites territoriales, que una y otra vez repasábamos juntos.

El territorio abarcado era extensísimo. Creo que muy pocos lo habían recorrido entero y yo diría que nadie en absoluto había estado en todos y cada uno de sus poblados, aunque al Manda y a Elías poco les faltarían. Las discusiones entre uno y otro de por dónde iban las lindes eran continuas pero minuciosas, pues lo que estaba escrito se prestaba luego a diferentes

interpretaciones sobre el terreno. Que no es lo mismo hacer una línea en un pergamino que trasladarla luego por barrancas y ríos. Pero con este u otro desacuerdo, lo que sí estaba claro era que lindábamos por el norte con las comunidades de villa y tierra de Ayllón, Caracena, Gormaz y Berlanga. Por naciente con las de Medinaceli y la episcopalía de Sigüenza, al sur por el río Tajo, aunque había una zona en que los límites establecidos por el emperador lo atravesaban y seguían más allá de su margen izquierda, «hasta donde el Guadiela vierte en el Tajo», pero de la ribera derecha lo cierto es que no solíamos pasar con nuestros ganados, ni aún menos la poblábamos con aldea ninguna, pues era tierra muy batida por los moros de Cuenca. Al oeste, o sea a poniente, ya tocábamos al propio reino de Toledo y las tierras de Hita y Guadalajara.

Era mucho, pero los de Atienza aún querían más si en su mano estaba conseguirlo y el Concejo había logrado añadir, a lo otorgado por el Emperador, los términos y poblados tanto de Castejón de Arriba como Castejón de Abajo comprándoselos a la corona, y a Martín Fernández de Hita la heredad del monte Tejer, próxima a aquella villa, con dineros que en buena parte salieron de las salinas, nuestra mejor riqueza. En total fueron tres meses completos de la sal producida que el rey tomó para sí y 1.500 morabetines de oro que se abonaron a Martín Fernández de Hita por el monte Tejer, entre Jadraque y Espinosa de Henares. Como parecía muy poco estipendio por tan buena compra, en el escrito el rey hacía constar que a ellos, como pago en especies, se añadían los servicios prestados al monarca por la villa y por la repoblación de los yermos que nos había encomendado y con cuya repoblación se manifestaba satisfecho.

Para explicármelo mejor, lo del contorno digo, el Manda me subió un día a Pico Padrastro, que ya digo que es una miaja más alto que el propio del castillo, y, señalándome la mole superior sobre todas las otras en la sierra del Ocejón, fue acompasando el movimiento de su brazo con un desglose de nombres, empezando por Almiruete, cuyo término estaba dividido entre nosotros y los de Ayllón, Valverde de los Arroyos, Galve de Sorbe, Campisábalos, hasta dar con los mojones del Común de Caracena y luego ya con los de Gormaz y Berlanga y los pueblos de Barcones y Olmedilla, que eran nuestros. Seguía haciendo el círculo el brazo del Manda y señalaba por

donde topábamos con el Común de Medinaceli y la episcopalía de Sigüenza, que era como una habichuela en un costado, porque de nuevo el linde volvía a los de Medinaceli hasta llegar a los Altos de Mandayona, que ya era nuestra, y a los de Mirabueno y las Inviernas hasta cruzar el Tajuña, englobar a Cifuentes con sus siete aldeas cercanas y de allí ya hasta el Tajo por Trillo, Gualda, Durón y el olivar de Budia, para subir luego de nuevo a recruzar el Tajuña aguas debajo de Cívica, y luego el Badiel por debajo de Utande para subir a la otra alcarria, la de las casas de San Galindo y asomarse al Henares por allí y cruzar por Carrascosa, ya unidas sus aguas al Bornova, y acabar por dar ya el giro hasta donde habíamos comenzado por San Totis y la Hiruela.

Esos eran las lindes y dentro cabían tantos y tantos pueblos que ni pensaba que podría aprender todos sus nombres. Aunque sí me quedé con los ríos más importantes, cuyas aguas ya había cruzado yo alguna vez. El Sorbe, el Bornova, que cogía al Pelagallinas y luego al Cañamares para dar después todas las aguas al Henares, adonde iba el Salado de nuestras salinas de Imón y al que también se las daba el Badiel, pero luego todos ellos acababan por juntarse con el Tajuña para acabar vertiendo en el gran Tajo, aunque eso estaba ya muy lejos y más allá de nuestras lindes.

—Buenos ríos de nuestras sierras y las mejores aguas —decía el Elías.

—Y un frío que pela en invierno y un calor que abrasa en verano — replicaba el Manda.

Con los linderos había tiempos de llevarse bien y otros de no también, sobre todo con los de Cogolludo, con quienes había rencillas viejas. A lo mejor por la muy decisiva condición de que eran los más cercanos. Que es bien sabido que con quien peor se lleva un pueblo es con el más vecino. El más mentado pleito con ellos había sido aquel de Sopena, una localidad vecina y despoblada que ellos repoblaron sin encomendarse ni a Dios ni al Concejo de Atienza, y la mejor manera de resolverlo que estos encontraron fue bajarse hasta allá y echarlos a palos.

De los Comunes, Medinaceli era, sin duda, el más poderoso, también con más de doscientas aldeas y con los mismos y poderosos Lara, al igual que nosotros, pero allí incluso antes comandando la ciudad, que competía en castillo con la nuestra. Su poblamiento lo había encabezado el patriarca de la familia, don Gonzalo Núñez, y como tenente fue allí sucedido por su hijo don

Pedro González, el amante de la reina Urraca, al que mató Alfonso del Jordán en Bayona.

Medinaceli tenía como nosotros y entremedias de ambos a la episcopalía de Sigüenza, a la que los reyes fueron dando aldeas y tierras como Santiuste, Sienes, Pozancos, Saviñán y sus torres, Pelegrina y Aragosa, entre otras, así como vecinos tanto de nuestro Común como del de Medinaceli para que construyeran la propia villa, levantaran su catedral y roturaran sus baldíos.

Medinaceli, con quien tenía lazos muy estrechos, al igual que nosotros aunque no fuéramos en este caso linderos, era con el señorío de Molina, porque también los Lara habían repoblado aquella villa y dado fuero a ella y a su tierra. El artífice de todo había sido don Manrique Pérez de Lara, el nieto de don Gonzalo, a quien yo había visto perecer en Huete bajo las espadas de los Castro.

Molina le había sido tomada a los moros por el rey Alfonso el Batallador, mal marido de nuestra reina Urraca y aún peor padrastro de nuestro emperador Alfonso, pero látigo y castigo de los moros hasta su muerte. Pero cuando la tuvo en sus manos, por las heridas en Fraga, el poder de su reino se descompuso y Molina quedó abandonada. Así la encontró don Manrique, desierta y desportillada. La reconstruyó, fortificó su castillo, llevó gentes que trajeron arados y ganados y aquellas agrestes tierras ya fueron cultivadas y pastoreadas por los cristianos para siempre.

Don Manrique había hecho de Molina un señorío personal, que el emperador Alfonso ratificó al confirmar, junto con sus dos hijos, Sancho y Fernando, el fuero que el conde había dado a sus gentes, otorgándoselo como hereditario y estableciendo que el señor de Molina habría de ser elegido por los vecinos de la villa entre los descendientes de don Manrique, sus hijos o sus nietos.

Eran también importantes los alfoques de Hita y de Guadalajara, habiendo yo nacido en el primero de ellos y habiendo estado mi familia vinculada a sus señores originales, los García de Hita. El alfoz de Hita, aún poderoso, se iba viendo mermado hasta por ventas como la realizada a nosotros, mientras que ahora el que crecía y se estaba expandiendo mucho era el de Guadalajara, merced a su fuero y a la atención creciente de los reyes y sus esposas, como había sido el caso de doña Berenguela, la mujer del Emperador, que gustaba

mucho de la ciudad y de su alcázar colgado sobre las aguas del Henares.

Mención aparte merecía Brihuega, pues, habiendo sido parte originaria de la Tierra de Guadalajara, el rey Alfonso VI se la dio ya en su tiempo al obispo de Toledo. La villa, hermosa donde las haya, había sido dada por el gran rey moro Al Mamun de Toledo a Alfonso VI cuando este estuvo exilado en su taifa, y que acabaría luego él conquistando a su infame nieto, Al Qadir. Fue después el rey cristiano vencedor quien le dejó para su solaz el famoso palacio de la Peña Bermeja, sobre el feraz valle del Tajuña, al arzobispo Bernardo. Y en manos de la mitra toledana estaba junto con alguna de las aldeas más cercanas.

Supe pues cuáles eran los límites y los vecinos, nuestros mojones y los suyos, pero había también de enterarme de cómo se organizaba todo aquello y cómo desde Atienza se actuaba en todo aquel vasto territorio. En la villa realenga residían el alcalde mayor, puesto por el rey, así como el alguacil mayor, el juez de apelaciones, o sea el Manda, el de padrones y el alférez y abanderado de la villa. En cada una de las aldeas se elegían también alcalde y juez entre sus hombres buenos, y cada uno de los poblados les enviaba al Concejo de Atienza, cuando era preciso o lo estimaba conveniente o eran por ellos requeridos, a sus sesmeros, que hablaban y dictaminaban en su nombre. Porque allí había de tratarse de todo atendiendo, claro está, al fuero, desde el aprovechamiento de pastos y leñas hasta los convenios que a veces era preciso hacer para ello con los comunes vecinos, beneficiarse todos por igual de los privilegios concedidos y mancomunarse para los pechos, pedidos o servicios a la corona, y, por supuesto, procurarse entre las aldeas del Común y la villa ayuda mutua cuando el caso así lo requiriera. Y a fe mía que pude comprobar que esto último se cumplía y se llevaba a orgullo y gala.

Las funciones de cada cual eran también cosa de tenerse que saber al dedillo. No era menor el asunto de los nombramientos del rey, que solían venir regulados por el fuero y que en nuestro caso, como en el de otras villas principales, se establecía que el soberano se comprometía a ponerle solo un señor, que era el conde de los Lara, un alcaide y un merino que se encargaba de los impuestos reales. Todo lo demás quedaba en el Concejo, que era quien en verdad gobernaba en las villas realengas y en sus comunes de villa y tierra, pues el propio alcalde, aunque designado por el rey, era en realidad elegido y

propuesto por el Concejo, por lo general una persona con renombre y prestigio. Eran muchos los alcaldes de la Transierra que habían dado pruebas de su coraje y bravura, y no eran pocos los que habían perecido en las cruentas guerras de las fronteras.

Los jueces y los otros cargos eran ya a elección entre los vecinos, tanto los de la villa cabecera como los de las aldeas y collaciones. La dignidad era mucha y en ocasiones reñida, pero también tenían compensaciones pues los jueces algún dinero percibían por serlo, ya que o bien les pagaba el merino o bien lo tomaban ellos del Concejo descontándoselo luego de los tributos reales. Supe que oscilaban mucho de unos sitios a otros. El señor de Molina, el mejor pagado, ingresaba 1.000 maravedíes al año y 200 cahíces de cereal; los jueces, 400 mercales por soldada, entre todos; los robdas, 300; caballeros villanos de guardia por lo general del ganado; los sesmeros, 10 maravedíes cada uno; los veladores de las torres, 25 mercales por cabeza; y los caballeros de la sierra, los que menos solían cobrar, tan solo alguna parte de las multas que imponían. Los jueces y algunos otros cargos del Concejo durante el tiempo de sus mandatos estaban exentos de pechos y tributos, excepto el de fonsadera.

Muchos otros alfoces y lugares pedían que les fuera otorgado el fuero de Atienza a sus vecinos, pues era de los mejores para las gentes, como fue el caso de Aragosa, y eso nos enorgullecía a los atencinos. Sigüenza, por estar en las cercanía de Medinaceli, habíase acogido a este, que no difería en mucho del nuestro, ni tampoco lo hacía el de Molina, excepción hecha de que los Lara se configuraban como herederos en el señorío. Los de Guadalajara tenían el suyo y los de Cogolludo, aun teniendo un alfoz bien pequeño, también lo tenían propio y bueno. Zorita de los Canes era caso aparte pues el Emperador decidió, cuando vio su abandono y despoblación después de la sangría y el incendio por los almorávides, repoblarla y hacer venir del reino de Aragón a mozárabes y aragoneses a quienes les dio casa en lo alto del propio castillo. También les donó la mitad del arrabal de San Pedro, los huertos cercanos al Tajo y la mitad del olivar de Recópolis, y hasta les concedió que ellos eligieran para su alcaide y juez de entre ellos y les eximió de pagar a caballeros serranos.

A las aldeas y villas venían gentes de toda traza. El fuero amparaba que

aunque tuvieran sangre en sus manos y condenas por hurtos o violencias, si se acogían a él este les libraba de aquellas otras justicias, pero les establecía a partir de entonces las que el fuero regía en obligaciones y caloñas. Suponía como una absolución de los pecados anteriores fueran estos de fuerza, de dineros, de fugas de señores o hasta matrimoniales. Pero sí quedaban excluidos de cualquier gracia los que fueran reos de traición al rey o vasallos suyos, aunque fueran estos condes o potestades que hubieran entrado en su desgracia e ira. Estos nunca podían acogerse ni a esas villas ni a sus fueros.

Las gentes que arribaban a estas tierras fronterizas de los propios reinos cristianos no eran muchas y cada vez menos. En los últimos años quienes más venían eran mozárabes y judíos que llegaban huyendo de Al Ándalus. Los almohades los perseguían, desterraban y mataban. Habían hecho algunas cruelísimas matanzas y no permitían que los cristianos celebraran culto público alguno, y por ello muchos prelados cristianos de grandes ciudades de Al Ándalus habían tenido que refugiarse en Toledo. Pero la persecución era tan dura, incluso más contra los judíos, que por ella pasaron como pudieron hacia las tierras de Castilla buscando salvar sus vidas. Fue providencial para ellos que el Emperador entre sus gentes más cercanas tuviera como almojarife real a Yehuda el Hasi, famoso en Toledo y en toda Castilla como aquel a quien acudían todos los refugiados de Al Ándalus. Yehuda fue el paño de lágrimas de toda su raza y que destacó gentes en el castillo de Calatrava para que socorrieran a todos cuantos venían huyendo de las matanzas, muchos de los cuales también recalaban en Toledo, en su Madinat al Yahud ya por entonces bien poblada, rodeada de muros, entre Santo Tomé, San Román y el Tajo. Había una puerta así llamada en Toledo, la de los judíos. Por Atienza apenas recalaban, pero acabaron haciéndolo y quedó al final para ellos un barrio murado que se acabó por llamar el Castil de los Judíos. Otros fueron hacia Sigüenza, pero fueron sobre todo a Zorita, cuya aljama volvió a florecer, y Guadalajara, sus destinos predilectos.

En las ciudades del reino y en la cercanía del rey, así como en sus señoríos, era donde se encontraban los condes y los grandes magnates del reino, los ricos hombres. Como en nuestro caso, podían ser los tenentes de nuestras villas, pero no se prodigaban mucho en presencias ni tampoco se les echaba de menos. Sí que residían bastantes infanzones y numerosos

hijosdalgo tanto en Atienza como en Hita o Guadalajara, y se empezaban a establecer también en Sigüenza. En nuestra villa se habían asentado, además, dos familias de infanzones con poder y bien entroncadas con la casa Lara, los Manrique y los Briones, provenientes los unos de tierras sorianas y los otros de La Rioja. Se acoplaron bien a la población y se les tenía respeto.

Señores, infanzones, hijosdalgo y clérigos no pechaban. Tampoco lo hacían los caballeros villanos. La mayoría de los pecheros eran quienes vivían extramuros, en aldeas del territorio, o bien cultivando tierras que no les pertenecían, de señores o repobladores.

Para los vecinos, aunque tributaran, había exenciones. Las tenían de sesma, ceta y transporte, los caballeros villanos, así como los vecinos con casa poblada en intramuros, y contaban ya como tales arrabales como Portacaballos que ya estaban murados. Podía pasarse de peón a caballero y bastantes lo hacían, pues lo había dispuesto el Emperador y se le daba cumplimiento, pues Alfonso VII lo había dejado escrito y a ello se acogían los de las mesnadas concejiles: «El que entre ellos fuera peón y quisiere y tuviese medio, que cabalgue.» Se establecía que el caballo había de tener condiciones para la guerra y estaba tasado su precio, así como que las armas fueran las convenidas y de hierro. Podía entonces servir ya a la villa y a sus órdenes en condición de caballero, a los que se les llamaba caballeros villanos, serranos o de otras maneras para diferenciarlos de la caballería de linaje. Yo era un caballero villano, sí, pero a quien le había dado sus espuelas nada menos que don Nuño Pérez de Lara y por orden y en presencia del Rey Pequeño.

Pero también entre esta misma caballería villana existían diferencias. Los caballeros de la sierra eran la escala más baja, encargándose de cuidar la sierra y los extremos así como las aguas, los pinares y los montes. Los caballeros de robda, más en labores de vigilancia de torres, de villas o de ganados, tenían mayor consideración y reconocimiento. Incluso en dineros por sus labores.

El Concejo había de ocuparse tanto de la villa como del Común de Tierra. En la primera, la tarea más ardua era la de ordenar los trajines de los comerciantes y de quienes tenían oficios. No eran estos tantos ni tenían tanta gente como había visto yo en ciudades como Toledo o Burgos, pero no

faltaban en Atienza. Estaban desde luego los necesarios herreros y sus fraguas, así como todas las artesanías relacionadas con las labores del campo, guarnicioneros, talabarteros y todos aquellos que fabricaban los achiperres y utensilios necesarios para las faenas agrarias o ganaderas, desde quienes hacían sogas y cuerdas de cáñamo, colleras, albardas, correaes, cabezales y todo tipo de balancines o tirantes para las caballerías, sus arados y vertederas, así como hoces, guadañas, bieldos, horcas, azadas, picos y palas. No faltaban ni podían faltar los alfareros tanto de barro como de metal, pero en comparación con otras villas no había en Atienza muchos dedicados a esas tareas, pues resultaba que su gran cofradía de recueros, recorriendo toda Castilla, traía la mejor y más dispar mercadería que se precisara.

En lo que sí despuntaba la villa, sin embargo, era en pieles y lanas. Había muchos dedicados a su curtido, así como cardadores y tejedores. Porque ganados cada vez había más por todo el Común de nuestra tierra y hasta sus extremos.

Y el cuidado, control y pleitos por todo el territorio era a lo que había de dedicar el Concejo más energías y tiempo que a nada. Por encima de todo, al aprovechamiento de sus montes y sus pastos, que eran muchos y muy buenos. No nos faltaban ni los bosques de encinas ni de robles, pero también los había de buenos pinos y eran, la mayoría de los nuestros, albares, aunque no faltaban tampoco los pinos carrascos, pero estos se daban más por la zona de Sigüenza, mientras que los resineros eran los más comunes en Soria y los negrales en Cuenca. Teníamos, pues, mucha y buena madera, pero era preciso cuidarla y no permitir la tala indiscriminada de los árboles sino explotarla con sacas bien ordenadas.

Los extremos del Común, por lo general, ni se roturaban ni se poblaban para que hubiera buenos pastos, y se imponían las más fuertes multas, previstas por los fueros, tanto el nuestro como otros limítrofes, como el de Sepúlveda, a quienes talaran haya, roble, mostajo, acebo, pino o álamo blanco, así como niso, manzano silvestre y granado. También se penaba el esquilmar o podar el roble en tiempo de bellotas. El esquilmo de robles y acebos había de hacerse en invierno para no perjudicar la planta. Los carboneros podían aprovechar el roble seco y el brezo para hacer carbón. Leña con las podas y el ramoneo había de sobra y para todos. Pero había que

cumplir las normas. Que las había para todo y desde luego para aprovechar según qué madera y de qué forma con destino a cubas, carrales o estevas para los arados, que de esta se necesitaba especial y había que darle el trato oportuno.

Se hacían sacas de pinos regularmente, y cuando eran muy quebradas las sierras, como en Molina, los troncos se bajaban por los ríos, en particular por el Tajo, por donde descendían al llano maderadas que causaban impresión. Si el aprovechamiento era bueno, se hacía con orden y concierto y se respetaban las normas y los tiempos de hacerlo. De ello se beneficiaban todos: ganaderos, carboneros, cazadores, colmeneros y piñoneros. Estaba en el fuero, además, que todos los vecinos, por el hecho de serlo del Común, tenían derecho a sacar leña para sus propias necesidades.

Para cuidar, defender y vigilar todo aquello se contrataban cada añada a caballeros de la sierra. Un juez recorría por San Miguel las aldeas y collaciones para que ante él juraran su cargo. Y una vez jurado ellos eran los encargados de velar, montados, armados y con la autoridad precisa, por la conservación de los montes, castigando a quienes hicieran daños, extrajeran o talaran ilegalmente o causaran incendios. También vigilaban la caza, persiguiendo a quien la ejerciera en tiempo de veda y de cría de los animales. Igualmente se encargaban de perseguir y castigar a quienes pescaran con malas artes como trasmallo o barredera. Y había que vigilar muy de cerca y varias veces cada año, acompañados los caballeros de sierra de dos alcaldes de aldea, de que no se roturasen los ejidos, así como de cobrar los montazgos a los forasteros sin licencia del rey o del Concejo que entrasen con sus ganados en los pastos extremos del Común. Las penas no eran pequeñas y podían llegar a los cien maravedíes, lo que equivalía a la ruina para quien se saltara la ley.

Los caballeros de sierra, sin embargo, no percibían mucho por sus servicios. Eran los peor pagados y generalmente en especie: una borra por cada manada superior a cien ovejas y una añoja por cada busto de vacas de las que tenían a su cargo y custodia.

Los ganados habían tomado mucho auge en nuestro Concejo. Cada vez había más ganaderos y ovejas, pues los pastos eran muy buenos y tenían, además, la protección debida tanto de los caballeros de la villa como de los

de la sierra, amén de cada vez mejores cañadas y cordeles para sus desplazamientos. Pero también algo nos favorecía en esta industria a los ganados cristianos y perjudicaba a los de los moros. Los nuestros iban a pastar a los extremos más al sur, o sea a las zonas más cercanas a la frontera con ellos, durante el invierno y principios de la primavera, cuando nuestras sierras estaban cubiertas por la nieve. Durante ese tiempo las algaras de los jinetes musulmanes eran muy escasas y no había tampoco grandes expediciones guerreras por el mal tiempo, las lluvias y lo intransitable de los caminos. Cuando empezaba el calor nuestras ovejas, cabras y caballos cogían rumbo al norte, a los pastos frescos de las montañas, situados en la retaguardia y en los puntos más alejados para sus incursiones. Allí se enmontaban y desperdigaban por las sierras y era bien difícil dar con ellas. Para los pastores y los caballeros que las custodiaban era fácil si había peligro escabullirse, conociendo bien el terreno como lo conocían. En ello eran maestros los molineses, que estaban más expuestos, porque por nuestras sierras, linderas con Ayllón, hacía mucho tiempo que no aparecía un jinete árabe.

A los moros, para su desgracia, les sucedía exactamente al revés. Era en primavera cuando tenían que subir sus ganados hacia el norte porque hacia el sur sus pastos estaban agostados y era entonces cuando las algaras cristianas se cebaban en ellos. O sea que en esto de las ovejas y las cabras teníamos buena ventaja y el clima favorecía más a las de Jesucristo que a las de Mahoma.

Las puntas y rebaños de ovejas eran las reses más numerosas en nuestro Común, pero no faltaban tampoco rebaños de bueyes, sobre todo de Atienza hacia el norte, por los ríos Sorbe, Bornova, Cañamares y Pelagallinas. Y se presumía de que «todos estaban gordos» del buen pasto que tenían. Tenían fama nuestros ganados, en especial para carne. Para leche la fama la tenían los del campo de Calatrava, pero allí era más peligroso el tenerlo, pues los moros estaban a un paso y en una noche te podían caer encima y volverse con todo lo que pillaran.

La caballería villana era el seguro de vida y de hacienda de ganaderos y pastores, y como solía ser muy ducha en el terreno era también muy eficaz en lograr ponerlos a salvo. Pero para ello era muy necesario que dispusiera de

buenos caballos y medios y, además, querer hacer aquel trabajo del que no todos gustaban, pues significaba pasar largos meses en los montes con los pastores y viviendo en sus refugios y chozones. Se compensaba la temporada de penurias y soledades con una paga bastante generosa a quienes ejercían tales funciones. Además, podían acabar ellos por convertirse en ganaderos con rebaños, pues por su trabajo tenían derecho cada año a percibir una parte de cada punta de ganado que custodiaban y que los ganaderos habían de entregarles al concluir las añadas, fueran carneros, fueran cabras o fueran bueyes o vacas. El Manda afirmaba que, aunque era trabajo esclavo, era de todos el que más aprovechaba y el más indicado para quien de no tener nada quisiera hacer en poco cierta fortuna, comprar alguna tierra y hacerse con una buena punta de ganado.

No le faltaba razón al viejo arriero. En Atienza la «esculca», que así se llamaba aquel pago, corría a cargo de los ganaderos, desde el 1 de diciembre hasta mediados de marzo, a razón de un caballero cada tres rebaños de un mínimo de cien cabezas cada uno. Luego, desde el 15 de marzo y hasta el día de San Juan, el 23 de junio, el gasto había de afrontarlo el Concejo, y de San Juan en adelante y hasta el invierno, como ya ascendían a la sierra y había menor peligro, el coste iba a cargo de las diferentes aldeas. Estos caballeros se llamaban de «anubda» y tenían mucho prestigio, pero no valía cualquiera, pues se exigía que llevaran un buen caballo, valorado en no menos de veinte maravedíes, y que sus armas e impedimenta fueran buenas y adecuadas. Tenían mucha fama los del señorío de Molina, que siempre andaban a la greña con los moros por aquellos hundidos cañones y fragosidades del río Tajo. Defendían los ganados de Beteta, Poveda, Armallones, Zahorejas, Huertapelayo y el Recuenco, y eran los alcaides de estos pueblos quienes escrupulosamente les pagaban. Por la cuenta que les tenía a todos, alcaides, concejos y propietarios que ponían pastos y reses bajo su protección, todos aflojaban, aunque no sin discutir los montos. Para ello andaban los jueces siempre liados y más aún cuando había monasterios de por medio, porque los ganados de estos estaban exentos de hacerlo, como era el caso nuestro de los de Bonaval, Valfermoso, Monsalud y Óvila.

Mucha parte del pago, ya digo, se hacía en especie. Más o menos lo que se abonaba eran cinco carneros por manada en los de su especie, al igual que

eran cinco puercos por cada piara en montanera, y bajaba a tres reses en el caso de las vacas. Por cada yegua se pagaba medio maravedí. Y para echar bien las cuentas y saber de qué cantidad se hablaba, un maravedí eran quince sueldos, y un carnero valía cinco sueldos y un cordero, uno y medio. Un rebaño de cien ovejas podía estar en los treinta maravedíes. Con esa cantidad podía comprarse mucha tierra y hasta una viña en producción.

Los caballeros de anubda acompañaban a pastores, zagales y peones, y su labor duraba seis meses, siendo relevados en noviembre. Era vida dura en las soledades montaraces, pero algunos la apreciaban sobre todas. Más todavía si les gustaba la caza, pues los pastores tenían derecho a capturar la que les saliera al paso y, además de los mastines y careas para defenderse de los lobos y conducir el ganado, solían llevar con ellos podencos y perrigalgos. Lo que estaba prohibido y se miraba mucho era que no llevaran hurones. Eso sí estaba castigado, pero no poner lazos y trampas.

Vamos, que el ajustarse a ello es en lo que vio mi primo Juan no solo su mejor salida, sino un oficio que parecía hecho a la medida de sus deseos, gustos y facultades. Fue enterarse de que había esa faena posible y no parar hasta lograr estar metido en ella. Hube de ayudarle un poco, sobre todo con las armas, pero fue él quien se metió en el bolsillo de inmediato a quienes habían de contratarle, y a nada ya estaba Juan a caballo, rumbo a los pastos del extremo y luego, según nos fueron llegando noticias suyas, ajustado y muy pedido por su valía por concejos y ganaderos, pasando el Tajo y recorriendo los campos calatravos. Pasó por allí unos buenos meses y cuando regresó venía ya, no solo más que bien enseñado, sino de ser él quien les enseñara a los demás todo tipo de artes y artimañas. De ovejas, de vacas, de caballos, pero también de trochas, veredas, ríos y quebradas y, desde luego, de caza, pesca, nidales y trampas.

Regresó hecho un experto en la colocación de unas losas basculantes que hacían que conejos y perdices cayeran en aquellos agujeros y quedaran aplastados y encerrados. Me dijo que se lo había enseñado un pastor que venía de los montes de Toledo, que allí los cogían de esa forma a cientos y a miles. Que les llamaban cirogrilleros y era un buen oficio para dedicarse a ello. Y que también había quienes tenían recovas completas de perros, sabuesos y alanos, y se dedicaban a las reses grandes, ciervos y jabalíes, que

por allí abundaban.

Por nuestros montes tampoco faltaban. Se cazaba el oso, el jabalí y el ciervo sobre todo. Y había que dar batidas a los lobos, que eran el pavor de ganados y pastores. Menos mal que tenían a los mastines, porque si no estaban perdidos y una lobada podía acabar con un rebaño entero, ya que la oveja es muy tonta y como se espanten pueden acabarse cayendo por un despeñadero todas o asfixiarse en una corraliza, apretándose unas contra otras, y si ahí no se llegaba lo que sí había que hacer era sacrificar a casi todas las que los lobos desjarretaban y ya no tenían cura. Porque lo malo del lobo no era ya la oveja que se llevaba, sino toda la que mataba, que mataba todas las que podía solo por matarlas, y si no las dejaba desgraciadas. Si las pillaba preñadas y en época de partos próximos y entraban en la majada, la mitad abortaban.

Las vacas se defendían mucho mejor que las ovejas y les plantaban cara defendiendo a los terneros, sobre todo el ganado más de sierra y aquellas moruchas y avileñas de buenos cuernos. El ganado caballar, los potros, eran una presa más fácil porque las yeguas, en vez de defenderse, fiaban su escape a la velocidad de sus patas. Y ellas libraban pero las crías eran alcanzadas y abatidas por la manada.

Por como hablaban pastores y caballeros guardianes, era de los lobos más que de los mismos moros por quienes más temor sentían. Sobre todo cuando las lobas estaban criando y tenían más necesidad de llevar carne abundante a sus cubiles. El odio que se les tenía era más intenso que el que los fronteros tenían por los almohades africanos. Si un pastor encontraba una guarida, y se dedicaban a buscarlas con empeño, exterminaba a todos los lobeznos, y si no se podía llegar hasta ellos por estar muy encuevados, se les atufaba y mataba con fuego y humo.

Los osos también hacían algún daño en los rebaños, pero era mucho menor y más espaciado en el tiempo. El oso rehuía los lugares de paso de hombres y ganados y buscaba de meterse en lo espeso. Solo escasas veces se producían ataques, aunque había que tener mucho cuidado, sobre todo con las osas con crías. Estas sí que daban el susto y hasta el disgusto si te metías en su territorio y sentía que sus oseznos estaban en peligro. De un zarpazo te podía arrancar la cabeza. Se venía hacia ti rugiendo y le daba igual que fueras

a caballo o andando.

Juan nos contó que a él mismo le había pasado, que le salió la osa de una espesura al galope y con las fauces abiertas y que, a causa del repentón, el caballo casi lo tiró al suelo y entonces Dios sabe lo que hubiera pasado. Que se sujetó como pudo y logró salir a escape y luego vio que la osa se paraba y que venían hacia ella dos oseznos y se metieron los tres para lo hondo del hayedo donde la había topado. Estaría comiendo hayucos. También comían bellotas y todo lo que pillaban, moras, majuelos y si daba con ellos, panales de abejas. Podía acabar con un colmenar en una noche, despanzurrando todas las colmenas sin que le hicieran mella las picaduras.

De sus correrías montaraces Juan se trajo un dinero, una pequeña punta de ovejas, un mastín y un romance de lobos que se había aprendido de memoria y que a poco se sabía la sierra entera. El mastín lo había recogido después de una pelea con unos lobos que casi lo habían matado. La carlanca de púas de hierro que le protegía el cuello le había salvado la vida, que es allí donde los lobos se les tiran a los perros, al garganchón, pero también a los ijares y casi lo desjarretaron. La llegada de Juan fue su salvación y su puntería con las flechas la perdición de los lobos, que dos entregaron la vida en aquel claro de la pelea. Pero el perro había quedado tan maltrecho que, cuando ya se le enfriaron las heridas, no podía seguir al ganado y los pastores querían sacrificarlo, pero Juan se opuso a ello y se ofreció a cuidarlo. No sé qué hizo y qué le aplicó, si arcilla, emplastos o barro, pero lo cierto es que el perrazo logró curarse y ahora no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Allí iban siempre juntos el Juan, su jamelgo y el mastinaco bamboleando la cabezota. En Atienza se hizo el amo de la villa y no había perro que no saliera con el rabo entre las piernas después de unas cuantas enganchadas que tuvo, en las cuales algún can algo más chuleta estuvo a punto de dejarse la pelleja. Juan le llamaba mastín y nada más que mastín. Y a eso y a él solo atendía. Solo a él parecía atender, obedecía y seguía. Juan nos contaba que dormía con las ovejas.

—Los mastines creen que son ovejas. Cuando nacen los pastores, los rebozan en su sirle y cogen su olor para siempre. Cuando acaba el día o el ganado sesteá se tumban en medio de ellas, como una más. Creen que son ovejas, os lo digo, y por eso odian a todo lo que huelga a perruno. Y a lobuno

ni te digo.

El romance de la loba parda había llegado rodando en las bocas de zagales y pastores por las veredas y cordeles desde los pastos más al sur de la Transierra y de la extremadura castellana hasta los de la meseta, adonde subían en verano los ganados. En cada lugar había cogido un aire diferente y en cada majada se le añadía una entonación distinta o una palabra nueva. Pero en todos era la misma loba. La vieja loba parda al asalto de la majada. Juan se lo había aprendido de memoria y de memoria lo aprendí yo también y a poco lo sabían ya no solo los pastores y las gentes del ganado, sino también los labradores, los arrieros y los menestrales, y al final no hubo abuelo que no se lo supiera y que, junto a la lumbre, no se lo recitara y lo hiciera aprender a su nieto.

ROMANCE DE LA LOBA PARDA

*Estando yo en la mi choza pintando la mi cayada,
las cabrillas altas iban y la luna rebajada;
mal barruntan las ovejas, no paran en la majada.
Vide venir siete lobos por una oscura cañada.
Venían echando suertes cuál entrará a la majada;
le tocó a una loba vieja, patituerta, cana y parda,
que tenía los colmillos como punta de navaja.
Dio tres vueltas al redil y no pudo sacar nada;
a la otra vuelta que dio, sacó la borrega blanca,
hija de la oveja churra, nieta de la orejisana,
la que tenían mis amos para el domingo de Pascua.
—¡Aquí, mis siete cachorros, aquí, perra trujillana,
aquí, perro el de los hierros, a correr la loba parda!
Si me cobráis la borrega, cenaréis leche y hogaza;
y si no me la cobráis, cenaréis de mi cayada.
Los perros tras de la loba las uñas se esmigajaban;
siete leguas la corrieron por unas sierras muy agrias.
Al subir un cotarrito la loba ya va cansada:
—Tomad, perros, la borrega, sana y buena como estaba.*

*—No queremos la borrega, de tu boca alobadada,
que queremos tu pelleja pa' el pastor una zamarra;
el rabo para correas, para atacarse las bragas;
de la cabeza un zurrón, para meter las cucharas;
las tripas para vihuelas para que bailen las damas.*

A mi primo Juan le gustaba aquella vida libre y sin ataduras y había encontrado en ella su camino, pero también se sentía atraído por la tierra y en particular noté su creciente apego por Bujalaro, aquel despoblado que ya no lo era, en el que yo había recalado medio perdido aquella noche de invierno y al que ahora tanto él como yo nos sentíamos crecientemente unidos.

Juan se iba a dejar caer desde entonces y en los años venideros cuantas veces podía, tras aquel primero de sus viajes, cuando fue a llevarles utensilios, aperos, plantones y simientes y ver cómo andaban las cosas, como al regreso de su primera temporada de montazgo con los ganados por los extremos ya mediado el mes de octubre. Tras pasar algunos días con los dos hermanos, Valentín y Julián, volvió por Atienza a darme las nuevas y se le notaba más que animoso y con muchas cosas que contarme.

La primera de ellas es que los hermanos, ya pobladores de derecho, reconocidos como tal por el Concejo de la Villa de Atienza, ya no estaban allí solos sino que había allí ya establecidas otra media docena de familias. Y que el Valentín hacía las tareas de alcalde y Julián las de juez. Que el término era amplio y bueno, con vegas y riegos para huertos, con terreno para las legumbres y, por supuesto, para cereal y la viña. Que los montes tenían buena leña y que en las faldas de las alcarrias menudeaban los calzarizos y manantiales de agua, desde el viso hasta los sopiés.

El Valentín y el Julián, con dos yuntas, no solo araban sus dos yugadas sino también otras dos para nosotros. Que la viña, considerada como de los cuatro, tenía ya los hilos sin que les faltara cepa alguna y pasaba de las dos aranzadas. Que hasta ya guardaban en un aprisco una punta de ovejas y unas cuantas cabras y en un corral adosado a las casas, cochinos para engorde y matanza, una cochina de cría y un gallinero con gallo para despertar al alba. Y que, desde luego, ni la caza ni la pesca les faltaba.

Traía Juan aún más novedades, y la más grande fue que a menos de media

legua y de camino hacia Matillas, subiendo por un vallejo custodiado por unos peñascales y con mesetilla de piedra también en el medio, y que llamaban del Chorrillo por hacer la reguera una fuentecilla de no mucho caudal pero a la que ni en el estiaje faltaba el agua, se habían establecido otras dos familias. Que aquel lugar estaba justo en el borde del gran robledal que desde la línea de los montes de la alcarria va bajando hasta el Henares y por eso llaman Henarejos. Que en la plataforma rocosa en medio del valle habían empezado a hacer sus casas, por ahora poco más que unos chozos. Que se dedicaban a hacer carbón, pero también habían comenzado a labrar las tierras cercanas, en particular las que daban a la orilla del río. Como juez y como alcalde, el Julián y el Valentín lo habían comunicado al Concejo de la Villa y autorizado luego. A la mesetilla rocosa le llamaban por el piadoso nombre de las Peñas de María Magdalena, pero ni Juan sabía siquiera de dónde venía.

Pero que para Bujalaro y la Magdalena había que ponerse a la tarea de encontrar cura, pues no se podían tener tantas almas desatendidas y a tal efecto cursaban solicitud a los clérigos de Atienza a través suyo y mío, comprometiéndose por su lado a ofrecerles vivienda, curato y manutención. Y aseguraban que en cuanto tuvieran párroco, la parroquia iba a llegar a escape a las veinte familias y las cien almas.

Ellos, Valentín y Julián, también tenían sus novedades al respecto. Ambos hermanos tenían ya mujer y, para no andarse con problemas de demasiados parientes, se habían ido a juntar con dos muchachas que eran también hermanas entre sí. Ya le dijeron que no les eran desconocidas, sino bien al contrario, que de largo lo tenían preparado. Que eran ellas de Olmedillas y que, en cuanto estuvieron un poco asentados, habían ido a buscarlas. Olmedillas era un pueblo del Común, aunque ya lindero con tierras sorianas de Berlanga. Así que supimos del pueblo de las mujeres, pero seguimos sin saber de dónde habían venido ellos. No debía de ser de muy lejos, pero si no tenían ganas de decirlo, tampoco Juan las tuvo de preguntárselo.

—Hijos aún no tienen. Pero los tendrán a nada. Porque las dos están preñadas. Me parece, primo, que mejor inversión no pudiste hacer el día que les dejaste la mula vieja a esos dos en Bujalaro.

—¿Y cómo anda la mula?

—Pues todavía vive. Pero ya la tienen solo para las cosas más livianas.

—¿Y han sacado vino?

—Para ellos un poco y malo. Para hacerlo en cantidad aún falta un par de años, que hay mucha cepa nueva. Para entonces ya tendrán bodegas, porque sobre el terraplén que da al noroeste del roquedo donde se alzaba el castillo han empezado a excavar cuatro caños. Va a su tran-tran pero ya los tienen marcados en los mejores sitios para que nadie les gane por la mano. Digo yo que habrá que llevarles tinajas.

—Habrá que llevárselas.

Y fue así que Juan y yo vinimos a tener una yugada de tierra cada uno en Bujalaro, dos huertos, uno con frutales, un cuarto de una viña, con almendros, albaricoques, higueras y granados, y una bodega a la que debimos llevar cuatro tinajas desde unos hornos de Hita, además de odres y otros utensilios necesarios. Ellos ponían el trabajo y nosotros contribuíamos con los gastos y los materiales. No era mal apaño. Juan acabó por juntar con ellos sus ovejas y fue al poco cuando contrataron pastor que las guardara, el Domingullo, que estaba casado con la Marieja y que se trajeron de un pueblo que se llama La Toba, de donde se ajustaban muchos pastores.

Mi primo Juan, convocado a la reunión del Concejo en el atrio de la Trinidad, expuso que su cálculo era que aquel término, el de Bujalaro, podía dar para cien yuntas y aún sobraba tierra, pues la había también y nada mala por los altos de las alcarrias y al otro lado del río, que era muy bueno para pastos y que podían allí alimentarse más de dos millares de ovejas y cabras sin esquilar el terreno, y que quien quisiera podía tener también buenas colmenas, pero que ese ganado ni a él, ni al Julián ni al Valentín les gustaba nada. Que deseban pedir permiso al Concejo para adehesar Henarejos y que de tenerse se haría allí una sementera y una dehesa de las mejores.

Tardarían en dárselo, el permiso para dehesa, y hasta un juez y un sesmero cursaron visita, pero al final lo dieron, con la condición de que la leña extraída iría en buena medida a las arcas de la villa, y se pusieron a ello todos a una, los de Bujalaro y los de la Magdalena, que ya eran algunos más todavía.

Los dos hermanos, sin duda, llevaban con mano firme la aldea y por

nuestra parte de poco teníamos que preocuparnos en lo concerniente a nuestra hacienda, que cuidaban como si fuera suya. Daba bien en cereal. El trigo podría dar a cuatro por uno de simiente en lo malo y a seis por uno en lo bueno en los peores años, pero en los que marcharan bien podía llegar a dar hasta quince. La cebada podía ir proporciones de simiente, por añada mala y buena de nueve a veinticinco y el centeno de ocho a veinte, lo mismo que la avena. El precio estaba en un maravedí por tres almudes de cebada o centeno o dos de trigo. Que era muy poco lo que se pagaba el grano para el sudor que costaba.

A moler iban a una maquila que está aguas abajo del Henares, en un lugar que llaman el Reboloso en el vértice entre los términos de Castilblanco, Jadraque y Bujalaro. Cocer cocían ellos, sus mujeres, el pan en los hornos y con el agua de la fuente de abajo, la que nos habían enseñado la vez anterior, y con la cual habían hecho también un lavadero un poco más abajo que les servía para ello y de paso como aljibe para los huertos.

Por Juan, los hermanos me mandaban saludos y recuerdos y me reconvenían por no ir a verlos. Y que si lo hacía, que lo hiciera por la época de la matanza, muy cercana, por San Martín, en noviembre, que no habría mejor fecha que aquella pues amén de los somarros asados tendrían ya el poco vino que hubiera. Me comprometí a que aunque aquel año me fuera imposible, del siguiente no pasaba, y por mi primo les devolví yo también mis buenos deseos.

A Juan sería luego a quien, después de aquel primer año, aún vi menos en los siguientes. Se siguió ajustando como caballero de sierra, aunque con mejor caballo y ya armas propias, que las que yo le había dejado le venían un poco pequeñas, pues Juan era cada vez más el que iba pareciéndose al difunto abuelo Pedro y había acabado por echar una altura y una fortaleza que imponían. Pero su arma favorita no era ni la espada, con la que no era muy diestro, ni la lanza, con la que aún lo era menos, sino el arco, que acabó por usar con una habilidad pasmosa convirtiéndose en el flechero más peligroso de todos los contornos. Las diferentes aldeas y los propietarios de ganado se lo rifaban para que fuera él y no otro quien les cuidara el rebaño.

Acabó en nada por conocerse y ser conocido más y mejor que nadie por todo Henares, la cabecera del Badiel y las Alcarrias Altas, y hacer amistad

con los habitantes de no sé cuántas aldeas. Multas y sanciones se decía que no alcanzaba a poner ninguna, pero resultaba que hacía cumplir a su modo y manera las leyes como nadie alcanzaba a hacerlo a base de castigos. El caso es que con Juan se cumplía, o se incumplía, sin que se notara mucho ni hubiera quejas ni destrozos, y Juan acababa por llevarse bien con todos, o casi. Al menos con todos los que querían llevarse bien y no entraban de inicio esquinándose, que eso no lo aguantaba. Y como de un mojiçón acababa con las bravatas de quien le tocara los pies, pocas discusiones tenía. Y de ellas ninguna que él hubiera buscado. Vamos, que mi primo se hizo muy popular entre labriegos, pastores, colmeneros, piñoneros, pescadores y resineros, y me da a mí que también entre zagalas, campesinas y molineras. Me da a mí, digo, pero de eso no contaba mucho.

Pensaría yo luego, en no pocas ocasiones, en hacer lo posible para que él también perteneciera al Concejo y contara entre las gentes con palabra y criterio en la villa. Si es que le daba la gana, que por ahora no le daba y andaba muy a gusto sin tener que estar sometido a aquellos protocolos, que decía, y que eso lo dejaba para mí que sí sabía manejarme en ellos. Y que con uno ya bastaba para las reverencias. Que él marchaba bien y que no me preocupara. Juan siempre ha sido de buen conformar, risa fácil y clara y un verle el lado bueno a la vida incluso cuando se pone más mala.

A mí lo que iba a darme era otro vuelco la vida en apenas unos días, cuando aún intentaba el irme haciendo al Concejo y a la vida, afanes y rutinas cotidianas de Atienza. El rey me llamaba. Y la misiva que trajo su emisario, un caballero de la casa Lara, no dejó de sorprenderme pues yo no tenía para aquello ni rango ni linaje. Quería que estuviera junto a él, pues ya cumplidos los catorce y entrado en los quince, había de ser coronado como rey efectivo de Castilla y, a más de ello, se casaba. Y me quería en ambos acontecimientos. Al día siguiente salí con el mensajero hacia Burgos, que era donde se me reclamaba, con mi mejor caballo, mis mejores ropas, mis mejores galas y armas y no falto de cierta vanidosa zozobra, aunque alegre. No quise comentar nada excepto a Juan, al Manda y al Elías. Pero alguno de los dos, me parece que sé cuál, el Elías, no pudo evitar el alarde de contarlo.

Las confidencias de un rey

Crecía yo de rango, linaje y fortuna para ser merecedor de aquel honor, pero lo cierto es que además de la voluntad del Rey Pequeño, que ya estaba dejando de serlo, percibí también que no solo mi presencia no suscitaba animadversión alguna en don Nuño Pérez de Lara, largos años regente del reino y custodio de don Alfonso, sino que al contrario este veía con buenos ojos mi presencia como un elemento benéfico para el joven soberano. Había comprobado a lo largo de los años, y corroborado hacía bien poco en Zorita, que pasiones humanas aparte, don Nuño era, entre los Lara, no solo el más capaz e inteligente sino que, con sus defectos y ambiciones, era justo reconocer que había sabido estar a la altura de su cometido y no solo preservó los intereses de su joven pupilo sino que supo inculcarle los mejores valores y virtudes, aunque pudiera muy bien pensarse que él mismo careciera de alguna de ellas.

Tras la muerte de su hermano mayor don Manrique, quizás el más intrigante de todos ellos y el más enfrentado a los Castro por la disputa de villas y rentas, don Nuño había sido lo más cercano a un padre que el niño rey tuvo en vida y quien veló por él y sus intereses, sin olvidar los propios, claro, en aquellos cinco años en que ejerció tan alta responsabilidad. Lo hizo siempre con entera dedicación y de manera casi por entero exclusiva, pues el tercero de los hermanos, don Álvaro, que quedaba vivo estuvo siempre más alejado y ocupado de sus haciendas en el norte, allá por sus tierras y señoríos

de las Asturias de Santillana.

Yo había sido testigo excepcional, aunque en muchas ocasiones un tanto ignorante de las enrevesadas situaciones por las que atravesamos, de aquellas peripecias durante aquel lustro desde que, derrotados los Lara en Huete, y tras refugiarnos coyunturalmente en Zorita, hubimos de encaminarnos de inmediato a Ávila un tanto a expensas de la voluntad de su Concejo. Pero la ciudad estuvo a la altura de lo que entendió su deber para con su rey y para con Castilla y puso de inmediato al servicio de don Alfonso a 150 de sus mejores caballeros para que lo acompañaran siempre, y fue tras sus murallas donde pasamos gran parte de los tres años siguientes. Las posesiones de don Nuño se hallaban al norte del Duero y él se encontraba allí más seguro y estimaba que podía ofrecer mayor seguridad a su pupilo.

Don Nuño buscó y encontró, tras aquello, algún tipo de acuerdo con el rey leonés Fernando y se fueron pergeñando diversos pactos que permitieron hablar de ciertas paces y treguas. De hecho, los Castro regresaron a primeros de 1165 a Castilla, cuando aún vivía el bueno de don Gutierre, ya muy anciano.

Duró poco la tregua, pues primero el rey Fernando de manera unilateral y sin contar con Castilla, ni menos con el regente, donó a su hermana doña Sancha, tía del Rey Pequeño, las propiedades del Infantazgo, en tierra de Campos que en puridad pertenecían al reino castellano. Se rompieron las hostilidades y una vez más el Lara sucumbió en el campo de batalla, teniendo que refugiarse en Medina de Rioseco, donde fue asediado y de donde pudo escapar maltrecho y dejándose un gran botín amén de perder muchos caballeros. Aquello fue en agosto del sesenta y cinco y las malas noticias nos llegaron al cabo a Ávila, aunque no fueron a más, pues Fernando se dio por contento con el control ganado sobre las tierras del Infantazgo. Los Castro abandonaron Castilla de nuevo y regresaron al reino de León, don Fernando como mayordomo regio y su hermano don Álvaro como tenente de las Torres de León. Al año siguiente fue cuando la muerte alcanzó al anciano don Gutierre, el más ilustre y mejor de todos ellos. Don Gutierre fue siempre partidario de encontrar soluciones a pesar de haber sido engañado en su buena fe, pero luego sus sobrinos, en particular don Fernando Rodríguez de Castro, buscaron siempre la confrontación. El desenterrar el cadáver de don

Gutierre por parte de deudos de los Lara fue, sin duda, lo más horrendo y la peor de las vilezas cometidas por estos y exacerbó ya para siempre la posibilidad de arreglo.

Fue, sin embargo, y a partir de aquel momento, cuando peor les pintaban las cosas a los Lara y mejor a los Castro, cuando la suerte comenzó a volverse aciaga para estos. Según crecía en años el rey, decrecía el poder de don Fernando de Castro y afloraba en él lo peor de su persona y carácter, mientras que en don Nuño acaecía lo contrario y emergían sus virtudes y capacidades. El logro de entrar en Toledo y desalojar a su rival de aquella plaza esencial fue el comienzo del fin del Castro, que culminó en el reciente episodio que acabábamos de vivir en Zorita, donde por vez primera el rey, a pesar de sus aún más cortos trece años, actuó con toda decisión y cuajo, y demostrando en todos sus actos el gran cariño que profesaba hacia su ayo, don Nuño. Algo que ni a mí ni a todos los presentes se nos ocultó en ningún momento y de lo que todos los magnates presentes tomaron buena nota para los tiempos por venir y ya cercanos: con el rey, sin tutelas, en el trono. Se vio muy claramente que don Alfonso lo quería y lo tenía en mayor estima que a nadie, y si aquel día le dio prueba de ello iba a seguir dándoselas una vez coronado teniéndolo siempre a su lado y tratándole con todo afecto y consideración como un ahijado agradecido. No hacía falta que lo dijera, pues era bien notorio en su trato y deferencia. Pero además a mí, en aquel trato de confianza, de compañeros de juegos infantiles y de secretos adolescentes, no fueron pocas las veces en que me lo expuso de aquella manera suya mucho más vehemente cuando estábamos a solas que cuando, educado en el comedimiento que su posición le imponía y ejerciendo aquel autocontrol que le habían inculcado y del que hacía gala, se encontraba rodeado de gentes de la corte. A solas y en confianza, al Rey Pequeño le brotaba aquel carácter fuerte y vehemente que no muchos conocían.

—Don Nuño, Pedro, siempre me ha sido leal y yo sabré premiar esa lealtad también por siempre. Será ahora cuando demuestre, y con ello a Castilla, que su rey sabe ser agradecido con quienes se hacen de ello merecedores, al igual que implacable con quienes lo traicionan. La traición es lo más abominable y lo que no toleraré ni perdonaré nunca.

Desde luego, bien lo había puesto el rey en práctica en Zorita y daba fe de

ello el castigo a Dominguejo, aunque se hubiera valido de él y de su acción perversa para conseguir sus fines.

Esas palabras sobre don Nuño me las dijo don Alfonso poco antes de su acto solemne de coronación en Burgos, pues sus mensajeros no me llevaron de inicio allí sino a Carrión de los Condes, al monasterio de San Zoilo, donde quiso que fuéramos testigos de una ceremonia en que el propio don Alfonso tomó del altar con sus propias manos las armas allí depositadas y se ceñió él mismo la espada, se vistió de caballero y se impuso las insignias que como tal correspondían siguiendo la costumbre de los reyes de León y Castilla de armarse a sí mismos y no permitir que nadie de rango inferior lo hiciera. Del monasterio guardaría siempre buen recuerdo y se pagaría de inmediato, pues ya en Burgos y tras ser, al fin, como rey coronado el día 11 de noviembre cuando cumplió los ansiados catorce años, le otorgó la celebración de una feria que tendría lugar desde quince días antes de San Juan hasta pasados otros quince de esa fecha, y que habría de celebrarse en el barrio del Monasterio, separado de la villa de Carrión por el río y por ser allí donde «por primera vez tomé las armas de encima del altar de San Zoilo». No era cosa nimia una feria y con ello hizo rico al monasterio.

Me concedió el privilegio de asistir a su coronación y es algo que he guardado en mi memoria de por vida. No tuve por supuesto un papel relevante, pero me sobró con la deferencia de mi rey de querer simplemente que asistiera, y el poder renovarle, una vez coronado, mi juramento de lealtad y vasallaje me llenó de la más íntima alegría. Justo al levantarme y tras cruzar con don Alfonso una mirada que en él fue cómplice y sonriente, y de profunda emoción por mi lado, toparon mis ojos con la figura de don Nuño. Vi en su cara una expresión de enorme satisfacción y diría que también de inmenso alivio, de alguien que siente que ha cumplido una misión de la que en cierto modo se liberaba con la sensación del deber cumplido. Don Nuño me hizo un cordial gesto con la mano, acompañado también de un gesto de agrado en su rostro. Más tarde aún tendría ocasión de dirigirse a mí y de gratificarme con sus palabras.

—Has servido bien a tu rey, Pedro de Atienza, en estos años y desde que eras un niño arriero. Hoy quiero reconocértelo y pedirte que lo sigas haciendo de por vida. Yo te ceñí la espada de caballero en Zorita y sé que harás honor

a tus promesas y a tus votos. Acude siempre cuando el rey te llame, dejando todo y cualquier cosa, y no olvides que eres de los contados a los que él aprecia, quiere y en quien, en más que en muchos que de ello presumen, confía.

Le agradecí en mucho aquellas palabras. Don Nuño era un magnate poco dado a los elogios y desde luego conmigo no los había prodigado nunca. Pero lo dicho descubría algo más y era que ya me consideraba más cerca suyo, como si, aun estando muchos escalones por debajo, ambos estuviéramos al menos en la misma escalera y en un mismo empeño de subirla.

La confianza real en mi persona tuve ocasión de comprobarla en los días posteriores, pues hube de quedarme en Burgos y fueron varias las ocasiones en que el rey me hizo llamar para departir conmigo. Y en algunas de ellas, por cierto, hube de acudir dejando a medias alguna cosa ciertamente placentera en que estaba muy afanado. Porque en Burgos encontré de nuevo a doña Constanza o, siendo más preciso, doña Constanza me halló a mí y encontró presto la forma y el medio de que la sirviera como a ella le gustaba ser servida. Con alguna dificultad añadida, pero que supo resolver con la ayuda de su eficaz y vieja sirvienta. Porque ahora la rubia dama había, y por tercera vez, casado.

En realidad, los impedimentos mayores que hubo de vencer los puse yo. Pero he de confesar, la carne es débil y el deseo joven, poderoso, que más bien débiles y muy de inicio. Y a fuer de ser veraz conmigo mismo, no tanto por el recuerdo de Elisa, de la que tan enamorado me suponía y a la que estaba dispuesto a permanecer fiel a pesar de su desolado rechazo y mi amargura, sino por cierto orgullo o vanidad herida por doña Constanza, que me había dado trato poco más que de garañón que debía limitarse a atender sus caprichos de hembra deseosa de monta, y que tras ser satisfecha volvía a colocar en su sitio, o sea en los establos. Ahora yo no era un caballo semental sino un caballero. Por ello cuando, y a pesar de no haber tenido en largo tiempo ocasión de desfogarme con hembra y siendo bien cierto que solo el recuerdo de la vez pasada me enardecía, me abordó de nuevo la sirvienta, rechacé de manera airada tanto la propuesta como la embajada.

Doña Constanza me había visto en Burgos antes de que yo tuviera siquiera noción de su presencia allí. Debió de saberlo incluso antes de mi

llegada, pues pocas cosas parecía escapársele a la avisada dama del linaje de los Castro aunque al servicio del rey y de los Lara, y cuando quiso se mostró para que pudiera verla. Lo hizo en la catedral de Santa María y no se recató de realzar su belleza al acudir a misa. Y si yo supuse casualidad el encuentro, era porque la conocía en poco y todavía menos sabía de sus artes.

Iba acompañada del marido y sonreía con desparpajo a otras damas conocidas que acudían a la misa mayor, mientras que el hombre, que caminaba apocado a su lado, apenas si esbozaba los saludos. Le doblaba si no triplicaba a ella en años, pero en carnes y hasta en estatura le quedaba por debajo, pues era hombre de talla bien pequeña y de hechuras escasas y deshilachadas, como si estuviera hecho de palos secos. Todo en él era ralo y menguante, con la excepción de la nuez de la garganta, y el poco pelo que le quedaba le caía en cortinilla por la nuca.

Era, sin embargo, lo mejor que pudieron encontrarle a la viuda, porque al menos tenía buenas y saneadas rentas y un oficio que le daba beneficios y no le acarreaba peligros. Porque era sabido y comentado en todo el reino que los maridos de Constanza, nada más holgar con ella y en cuanto se ponían en trance, acababan por perecer en el primer combate. Los dos primeros habían muerto tras desposarse a las primeras de cambio, ya en el primer lance de la batalla o de la escaramuza, pues si bien en el primer caso hubo cierta mortandad cristiana, en el segundo caso, su marido fue de hecho el único caballero que resultó ya no solo muerto sino que el resto no tuvo que lamentar ni siquiera una herida. La única flecha musulmana, lanzada al azar, fue a darle en un ojo y llegarle al cerebro dejándolo muerto al instante. Después de aquello la especie de su maldición fue tal que ya no hubo quien se atreviera a aceptarla, a pesar de su lozanía y de que aportaba riquezas, buena dote y el amparo de sus grandes protectores. Así que hubo que buscarle a alguien que por su condición no tuviera peligro de combate y lo hallaron en aquel viudo, sin hijos y sin ganas de casarse pero que entendió que su manera de medrar en la corte era aceptando el acuerdo que un enviado de los Lara le propuso. Era de familia infanzona, pero tan poco dotado para cualquier cosa que tuviera que ver con actividad violenta, o hasta mínimamente enérgica, que a nadie se le ocurrió que siguiera carrera de armas. Pero tampoco se le destinó al clero y acabó en tareas de contable y

recaudador, para lo que sí estaba dotado, se complacía en ellas y en ellas se esmeraba. Así que con él casaron a doña Constanza, que se avino a ello para ya desvincularse del todo de su linaje Castro y pasar a residir en Burgos y al resguardo de don Nuño, que estimaba en lo que valían sus servicios, que no habían sido pocos como la mejor informadora en el campo contrario.

Que don Nuño estuviera al cabo de las otras aventuras de la dama es algo que no dejaba de preocuparme, pues pocas cosas se escapaban de la mirada y los oídos del Lara, que no eran solo las suyas sino las de cientos de deudos, dueñas, sirvientes y criadas. Pero yo era joven y tampoco era aquello lo que me paraba. Ya digo, mi amor por doña Elisa y mi orgullo fue lo que me hicieron dar aquella mala réplica cuando de nuevo la vieja, como en Hita, y una tarde cuando yo salía de los aposentos que el Lara me había facilitado, me requirió que la siguiera pues su señora así lo quería.

—Dile a tu señora que si con otras formas me solicita, tal vez estime complacerla. Pero si me supone un criado como tú que ha de correr a servirle, que a otro lado acuda que quizá no le falte, pero ni se le ocurra pensar que va a volverme a tratar de igual modo y tan mala manera.

Así dije, aunque bien era cierto que de mala manera no era la forma exacta de referir el encuentro. Y cuando me iba yendo a escape lo cierto es que ya me estaba arrepintiéndome de haberlo dicho. Pero dicho estaba.

No hubo recado y cruzó por entero la semana sin tener noticias tuyas y en no poca medida reconcomido por mi orgullo. Ya la verdad es que ni el recuerdo de Elisa me refrenaba y aun estuve yo por dar algún paso. Que no di por fortuna, pues aprendí entonces que mantener algunos pulsos es la manera de que no se acabe arrastrando las calzas.

Debió de enfurruñarse ella, pero a la postre cedió o hasta le gustó el arranque, y fue el siguiente domingo cuando bien se las ingenió para lograr cruzarme la mirada y expresar con ella promesas y anhelos sin que hicieran falta más cosas. Aunque luego a la salida me envió a su criada a decirme, esta vez con aire y tono bien diferente, el recado para el día siguiente.

—Que dice mi ama que si el caballero lo gusta, le recibiría el lunes tras la comida en lugar discreto. Que me aguarde en su posada que yo lo llevaré hasta ella.

—Dile a doña Constanza que en esta forma y modo le serviré con gusto

para todo lo que le plazca.

Quedó pues fijado el encuentro y yo di cumplimiento a mi palabra y mi deseo, rompiendo todas las otras íntimas promesas al recuerdo de mi amada Elisa que a mí mismo me había jurado. Esperé anhelante a que llegara la vieja y la seguí como me dijo a un cierto trecho, metiéndome por algunos callejones hasta entrar por la trasera de una casa que daba al portillo de un corral y de allí se pasaba por un zaguán donde la dama me esperaba. Esta vez nada dominadora sino anhelante y hasta con ciertos mohínes y gemidos de abandonada.

—¿Por qué me has tratado así, Pedro? —me dijo mientras se enroscaba literalmente a mi cuerpo, haciéndome sentir la firmeza de sus pechos y sus muslos, pues como en la ocasión anterior no llevaba nada más que un fino camisón encima de sus desnudas carnes—. ¿Acaso no te complací la vez anterior, acaso no me entregué entera y acaso no sabes que arriesgo ahora mi honra por verte pues soy casada?

Me dio igual que mintiera porque era una mentira muy placentera, pero al sentirla sumisa comprendí que alguna torna había cambiado y que ahora ella era quien estaba dispuesta a someterse a mi capricho por entero. Yo era joven pero aprendí de inmediato aquel juego. Ella era, sin ninguna duda, mucho más experta que yo, que apenas si me había estrenado en aquellos combates en las artes amatorias, y aunque yo pareciera dominar y así hice en los primeros compases de la lid, a nada ella se apoderó de mí y esta vez sin órdenes ni exigencias, pero sí con mimos y arrumacos, me fue llevando a los terrenos que más le agradaban para culminar en aquella posición que la llevaba al frenesí y donde gritos, gemidos y hasta las peores imprecaciones salían de su boca.

—¡Móntame así, así, así, cabrón, así! No pares, dame fuerte. ¡Dame! Clávame hasta lo más hondo, ¡clávamela hasta dentro!

Me enseñó también, buscando que la ahondara hasta sus entrañas, una nueva posición. Poniendo sus pies en mis hombros y abierta por entero yo le hundía mi espada y ella se deshacía a cada embestida hasta que la noté derramarse. Fue entonces cuando, al derramarme yo, la marqué en sus pechos con un bocado fuerte, que le hizo daño pero disfrutó como la mejor de las caricias.

—Me has marcado aposta. Eso es que te ha gustado volver a montar esta yegua y que querrás volver a verme —me dijo entre risas y ofrecimientos.

Me contó lo del marido y el arreglo y lo desasistida que la tenía, pero que no había querido recurrir a ningún otro mancebo ni a otro caballero. Y yo, aun dudándolo, preferí creérmelo y alimentar mi vanidad. Luego establecimos algunos acuerdos para vernos mientras yo permaneciera en Burgos, que iba a ser hasta la semana anterior de Navidad, cuando iba a partir con gente de los Lara hacia Soria y de allí a mi Atienza.

El momento bueno era aquella hora tras la comida cuando su marido salía a sus quehaceres y si acaso volvía, como la vieja siempre estaba vigilante, yo tendría ocasión y tiempo de escapar por el zaguán y ganar la calle. No hubo en este sentido contratiempo, aunque sí nos surgió por el lado más insospechado, pues tras haber trabado una cita cuando ya principiaba diciembre, el rey Alfonso me requirió a su lado y yo hube de dejar de atender a doña Constanza sin poderla avisar, con lo que se mantuvo muy arisca unos días hasta que le di cuentas a la sirvienta y me perdonó, ya que bien se debía a razones de causa mayor.

Los encuentros, además, habían ido cambiando de aquellos hervores continuos a placeres más sosegados, aunque no dejaban de producirse los asaltos apasionados. Pero también fue doña Constanza maestra en otras artes cortesanas y cuando salió a colación aquel encuentro en Zorita y sabedora de mi cercanía y confianza con el rey, no tuvo empacho en contarme algunas cosas de sus actividades por las cuales sin duda recibía cuantiosas recompensas de don Nuño. Aunque entendí que no era tan solo la recompensa lo que la guiaba, sino su instinto y fina inteligencia para saber por dónde estaba el camino y el futuro.

—La batalla entre Castros y Laras está vencida desde hace mucho tiempo, aunque pudiera parecer que los primeros llevaban ventaja en armas y guerras. Desde que perdieron la custodia del rey su suerte estaba echada y ya lo estuvo de manera definitiva cuando se comenzaron a ver en Castilla como los siervos del rey leonés. Ese fue el peor paso que pudo dar mi primo don Fernando Rodríguez de Castro. Pero lo definitivo fue el aliarse con el califa almohade. Por muy buenos y muchos jinetes que ponga a su servicio, por mucho daño que así haga a Castilla, él se lo hace aún peor a su propia causa.

Ahora es ya un traidor, ahora son los obispos y el mismo Papa de Roma quienes lo maldicen, y ya puede vencer batallas y tomar fortalezas que de poco han de servirle. Porque serán a la postre para los sarracenos y solo engendrarán entre los cristianos odio a su nombre y a su estirpe.

Con lo que me contó doña Constanza y lo que en algunos momentos me secretearon los Lara ya en Zorita tras la liberación de don Nuño, comprendí que los tratos del Castro con los almohades y su califa venían de años atrás.

Su califa Al Mumin, el primero que había cruzado el Estrecho y nos había combatido, cuyas tropas eran las que habían muerto a mi padre en Granada, seguía enredado en conseguir doblegar a las taifas hispano musulmanas, en particular al Rey Lobo, al que iba debilitando poco a poco pero que todavía le resistía y entretenía a sus fuerzas en el levante. Ello fue aprovechado por el rey portugués Alfonso Enríquez, el primo de Alfonso VII el Emperador de cuyo vasallaje acabó por zafarse, y sobre todo por aquel adalid de quien nos glosaba sus hazañas don Nuño en Zorita, Geraldo Sempavor, quien vio la oportunidad y atacó en el poniente apoderándose de importantes plazas como Trujillo, Évora, Cáceres y Montánchez entre los años 1165 y 1166 con aquella técnica suya de asaltos nocturnos y por sorpresa. Aquello enfureció a los moros, pero no gustó tampoco al rey leonés, pues aquella zona había sido pactada como área de su influencia, ni tampoco a su aliado castellano, Fernando Rodríguez de Castro, pues al ocupar Trujillo y Montánchez cruzó al oriente de la Vía de la Plata, y eso se entendía territorio reservado a su avance. Fue cuando el Castro, acosado por los Lara, ya desalojado de Toledo y Huete y ahora afrentado por los portugueses, decidió que su única opción era marchar él mismo a África, entrevistarse con el nuevo califa, Abu Yaqub, hijo de Al Mumin, y establecer con él alianzas, contando para ello al menos con la aquiescencia del rey leonés, contra su propio señor natural, el rey Alfonso y el propio reino de Castilla regentado por sus odiados Lara.

Esa fue la primera información de gran relevancia a la que tuvo acceso doña Constanza, y la que le decidió a cambiar de bando por lo que suponía una traición definitiva del cabeza de su propio linaje. Solicitó entrevistarse con don Nuño de Lara y ponerle al corriente por entero de lo que don Fernando tramaba y que desagradaba a muchos, incluido a ramas de su propia familia, como los García de Hita. Que yo la encontrara en la villa alcarreña

primero y en Zorita después tenía que ver mucho con sus viajes y recados. El cómo había logrado hacerse con tales secretos era algo que me hacía sonreír con cierta malicia, pues conociendo su intimidad y artes amatorias como yo las conocía me parecía que no había muchos que pudieran resistirse a contar en el lecho, y enfebrecidos por los ardores de su carne y los licores que tan bien sabía administrar, hasta el último de sus secretos, y más si con ello alardeaban de poder y designios, algo a lo que los hombres somos en extremo aficionados y más cuando se trata de impresionar y seducir a una mujer. Con los años bien he aprendido, y de ello me abrió los ojos antes que nadie doña Constanza, que los seducidos somos siempre nosotros y que nunca estamos más indefensos que ante su cuerpo desnudo si es eso lo que deseamos. Nunca le pregunté, eso tampoco, pues a tanto no llegaba ni siquiera entonces mi arrogancia y estupidez adolescentes, quiénes habían sido aquellos que le habían revelado tales secretos, ni de qué forma los había obtenido ni si seguía frecuentándolos. En el mejor de los casos me habría respondido con una mentira y en el peor, y con razón, despedido. Y eso era lo que yo no deseaba en absoluto.

Reconozco también que, fuera por capricho de mi juventud o porque al cabo la Castro, refinada cortesana y espía, acabó por sentir cierto afecto por mí, doña Constanza me trató siempre muy bien y hasta diría que fue buena conmigo, pues sin duda y con su experiencia podía haber hecho de mí y conmigo lo que hubiera querido y causarme todos los males. Y al contrario, me enseñó mucho, me hizo avisado y precavido, me mostró el lado oculto de las personas y los hechos, y amén de todo ello me entregó placeres nunca soñados siquiera y de los que luego me arrepentía y confesaba ante Dios y ante mí mismo, por mi amor por Elisa, pero a los que acudía ansioso en cuanto se me requería. Porque me tenía doña Constanza encelado a ella y embebido en cualquiera de sus rizos. Y no solo los rubios de la cabeza. Porque rubios tenía también los otros.

Por ellos fuera o por sus deslenguados interlocutores, supo ella y supo don Nuño cuándo partió don Fernando de Castro hacia Sevilla, y que había sido bien recibido pero debió esperar autorización para embarcar y llegar a Marrakech, donde residía el emir de los almohades. Finalmente le fue autorizado y, llegado a la ahora capital, fue agasajado y recibido como un

príncipe aliado, algo que colmó su vanidad y expectativas. Concluyó suscribiendo un acuerdo por el que entraba al servicio del califa mediante un fuerte pago para sostener su propia mesnada y actuar ya desde entonces como aliado de las tropas africanas en España. No se les escapaba al Castro, ni a Abu Yaqub ni al regente castellano, don Nuño, cuando de ello fue informado, que dada la privanza y cercanía del Castro con el rey leonés eso le suponía otra alianza que, aunque no escrita, se sobreentendía. No sorprendió por tanto en Castilla cuando el almohade Abu Yaqub decidió ponerse de nuevo en guerra y hacer que sus tropas atravesaran otra vez el Estrecho para dar un golpe definitivo al Rey Lobo y a los castellanos. Pero justo cuando se aprestaban para embarcar recibieron la nueva de que Geraldo Sempavor había asestado un nuevo golpe y había asaltado Badajoz, ocupando la ciudad aunque la alcazaba resistía y seguía en manos almohades. Aquello ocurría precisamente en mayo de 1169, cuando el Rey Pequeño y don Nuño de Lara se aprestaban a ir a rendir Zorita y por lo que yo me topé a doña Constanza saliendo escoltada de su campamento.

Los musulmanes cercados en la alcazaba de Badajoz, con el aval de Fernando Rodríguez de Castro, pidieron apoyo al rey leonés, quien decidió prestarlo y acudió a socorrer a los sitiados, mientras que Sempavor recurrió al monarca portugués, quien se presentó ante la ciudad con sus caballeros. El encuentro fue un desastre para los portugueses y los vencedores fueron los musulmanes y sus aliados leoneses. Los de la alcazaba hicieron una furiosa salida mientras el rey leonés atacaba por la retaguardia y los portugueses fueron deshechos y Geraldo y el rey Alfonso Enríquez apresados por el rey Fernando. El monarca portugués, además, estaba gravemente herido. Al salir huyendo de la ciudad y cruzar la puerta de la muralla al galope su pierna tropezó con el cerrojo saliente de la misma con tal violencia que se tronzó los huesos. Aunque fue recogido por los suyos, ya sin poder cabalgar, de hecho ya no podría hacerlo de por vida, terminó por ser apresado por los leoneses.

Don Fernando lo trató con cortesía, pues era su propio suegro, ya que el rey leonés estaba casado con su hija Urraca, y tras dos meses de cautiverio y tras avenirse a entregarle la recién ocupada ciudad de Cáceres lo dejó en

libertad, dándose por satisfecho. Mayor precio hubo de pagar por ella Geraldo Sempavor, en manos de don Fernando Rodríguez de Castro, al que hubo de entregar para lograrla las plazas de Trujillo, Montánchez y Monfragüe, que se convertirían en sus más firmes y estimadas posesiones y a las que señoreó al margen absolutamente de Castilla.

Para Castilla las cosas se ponían difíciles por ese lado, pero aún se ponían peor para el Rey Lobo. El hermano del califa almohade, Abu Hafs, al mando del ejército que ya había cruzado el Estrecho, lo había puesto en fuga en Córdoba junto con sus auxiliares y logrado la sumisión de su suegro, Ibn Hamusk. Este juró el tawhid almohade y cambió de bando, lo que supuso el preludio del final del gran aliado de los cristianos. Acosado el Rey Lobo también por el rey Alfonso II de Aragón, tan solo pudo sostenerse un poco más porque la intervención de Nuño de Lara y el rey Alfonso ante este aflojó la presión sobre su reino por el norte, a cambio de una fuerte suma de dinero.

Así estaban las cosas cuando don Alfonso llegó a la mayoría de edad y ciñó al fin la corona, titulándose rey de Castilla y Toledo, para así remarcar la importancia de la ciudad cabeza de la extremadura castellana conquistada por su tatarabuelo. Hasta aquel momento los castellanos, resguardados en buena parte de sus fronteras, tras su alianza con el Rey Lobo no habían sentido sobre sus carnes las dentelladas de los ejércitos almohades. Pero aquella contención amenazaba derrumbe y con la traición de Fernando Rodríguez de Castro la amenaza se antojaba más peligrosa y cercana. La guerra con los almohades no iba a tardar en estallar con total y feroz virulencia en lo que iba a ser el combate más terrible, decisivo y crucial que habría de librar el rey recién coronado a lo largo de todo su reinado.

Pero cuando me entrevisté con el rey Alfonso, aquel día en que fui llamado cuando me aprestaba a acudir a mi cita carnal con doña Constanza, descubrí que esas no eran ni mucho menos sus más graves cuitas y en aquel momento ni siquiera parecían las más urgentes y perentorias. En este y los tres sucesivos encuentros que mantuve con él y con don Nuño Pérez de Lara y algunos otros caballeros, se nos expuso con crudeza la situación a la que el reino de Castilla se enfrentaba justo cuando el nuevo rey comenzaba su andadura ya como monarca coronado.

El problema con el rey de León, su tío, y con los Castro, era que le habían

arrebatado el control de los Infantados, sobre todo el más señalado, el que había sido de su tía doña Sancha, hermana de su padre Sancho III, a quien ambos habían respetado como si fuera reina de sus territorios. Pero a su muerte, y de manera unilateral aunque pertenecieran desde siempre a Castilla, el leonés los había entregado a otra Sancha, en este caso también su hermana pero solo por parte de padre, tía también por tanto del joven Alfonso pero además reina de Navarra pues estaba casada con Sancho VI el Sabio, con lo cual entregaba en cierto modo un territorio castellano a los navarros. Se discutió el agravio pero, prudente y aun tanteando sus propias fuerzas, el recién estrenado rey no quiso entrar en confrontaciones con los leoneses y el conflicto se mantuvo larvado pero tranquilo, aunque como una espina clavada.

Pero la espina navarra estaba más enconada aún y esta había que comenzar a sacarla. Era por donde solicitaba nuestra atención y mi ayuda por si fuera necesaria, pues había territorios muy cercanos a la frontera castellana por aquel lado de Atienza, Almazán y Soria. Alfonso el Batallador había arrebatado a Castilla, tras la desdichada boda con la bisabuela y reina Urraca, en su doble condición de rey de Aragón y de Navarra, muy extensos territorios que en buena parte fueron recuperados ya por su abuelo Alfonso VII el Emperador. Pero no todos, pues cuando murió el poderoso monarca sin descendencia su reino se partió, quedando por un lado Navarra, restablecida la dinastía en el hijo del infante don Ramiro y de la hija del Cid, doña Cristina, García Ramírez a quien sucedió su hijo Sancho VI. Apodado el Sabio era hermano de la propia madre de don Alfonso, doña Blanca, muerta a los nueve meses de su parto. Era su tío y le unían otras parentelas como la ya dicha de estar casado con su tía doña Sancha, la beneficiaria del Infantado, pero aquello más que de servirle de ayuda le suponía peores males pues el navarro, consciente de su debilidad, quiso aprovechar aún más la situación y aumentar a su costa un territorio que en buena medida ya le había ido arrebatando cuando era un niño. Desde la muerte de su abuelo el Emperador se había apoderado de muchas zonas que habían sido castellanas en tiempos de Alfonso VI, como casi toda Vizcaya, excepto las Encartaciones, y parte de Guipúzcoa e incluso de Álava pues su tenente, don Vela Ladrón, en cuanto murió Sancho III se negó a continuar su vasallaje al Rey Pequeño y a su

regente y lo entregó al rey navarro. No quedó ahí la cosa sino que, aprovechando la minoría de edad de su sobrino —desde luego los tíos de Alfonso tanto por parte de padre como por parte de madre coincidían en esquilmar al indefenso sobrino—, en el año sesenta y tres, aquel del cerco de Atienza, atacó la frontera y se apoderó de gran parte de La Rioja, incluidas las plazas de Logroño y Santo Domingo de la Calzada y, penetrando profundamente en Burgos por la zona de la Bureba, se hizo con Briviesca. Llegó incluso a amenazar la propia capital e hizo tal rapiña de ganados y causó tales daños en árboles y cosechas, que al regresar y pasar por cerca del monasterio de Cardeña donde el Cid estaba sepultado, el abad don Juan con sus monjes salieron a su encuentro enarbolando los pendones del Campeador, que era su propio bisabuelo y afeándole aquellos desmanes y saqueos en la tierra de su ancestro y exigiéndole por respeto a los pendones y memoria del Campeador que devolviera lo robado a los campesinos, a los que había dejado en la peor miseria.

El rey navarro se avergonzó entonces, rezó de rodillas ante la tumba de sus bisabuelos, don Rodrigo y doña Jimena, escoltados por la de Álvar Fáñez y otros de sus caballeros, e hizo que su hueste devolviera su presa y la entregara al monasterio para que luego los clérigos la restituyeran a los campesinos saqueados. Sancho el Sabio permaneció en el monasterio apenas a dos leguas de Burgos y al cabo emprendió regreso a Pamplona, pero no devolvió ninguna de las plazas ni territorios ocupados, aunque no pudo tomar Calahorra ni Arnedo pese a que arrasó la comarca, ni hacerse tampoco con Nájera ni Haro, defendidas por don Lope Díaz de Haro, que permaneció fiel al Rey Pequeño, que entonces solo tenía siete años y consiguió también conservar Viguera, Valdezcaray y San Millán de la Cogolla. La debilidad castellana era mucha entonces y don Nuño no tuvo otro remedio que aceptar ya en octubre de 1167 una tregua de diez años que consolidaba durante ese período todas sus conquistas. Pero el rey Alfonso, ahora con los catorce cumplidos, no estaba dispuesto a aceptar aquel estado de cosas que su pariente le había impuesto aprovechando su debilidad y niñez. De hecho, se notaba cuando hablaba de su tío el navarro que se sentía más agraviado por él que por su otro tío, el leonés Fernando. Y lo que nos encareció a todos y en particular a quienes podíamos acudir más prestamente desde nuestras plazas,

en aquellos primeros encuentros en Burgos, es que estuviéramos preparados para avanzar y recuperar aquellas tierras que entendía suyas y que nos habían pertenecido a los castellanos.

Pasé algunas semanas más en Burgos, muy bien atendido por doña Constanza cuando se le pasó el enfurruñe del plantón, que siguió adiestrándome en las artes de la diplomacia, el protocolo cortesano, las dobleces de los nobles, la forma de esquivarlas y, sobre todo y con el mayor de los esmeros, en las artes amatorias con placenteras y muy sofocadas clases prácticas. Cuando hube de partir y retornar a Atienza me había convertido, según me decía juguetona y riéndose aunque con tristeza por la despedida, en un alumno en verdad aventajado.

—Y bien dotado, ya lo creo, bien dotado.

La dama incluso me había sido de suma valía en comprender mejor los problemas a los que habría de enfrentarse Castilla y nuestro rey, los difíciles juegos de tronos en el tablero de ajedrez de los reinos cristianos y musulmanes, donde nuestras piezas, caballeros y peones, eran ahora quizá las más débiles de todas y posiblemente las más amenazadas.

En verdad que el Rey Pequeño, por serlo y aunque todos fueran sus parientes, y muy cercanos, pocos amigos tenía entre los reyes cristianos y, ya con el Rey Lobo en su declive, tampoco entre los musulmanes. Tan solo podía contar con el rey de Aragón, Alfonso II, buen amigo desde siempre y desde los primeros días. Era hijo del conde de Barcelona, Ramón Berenguer, que había reinado en Aragón por su matrimonio con doña Petronila, hija única de Ramiro II el Monje, sucesor de su hermano el Batallador y que había terminado por regresar al convento. Ramón Berenguer había mantenido siempre una buena armonía con el castellano Alfonso VII, el Emperador, y se socorrieron mutuamente siempre que fue necesario, hasta participar juntos en la conquista de Almería. Eran además parientes pues el Emperador había casado con doña Berenguela, la hermana del catalán, quien le había dado dos hijos, Sancho, el padre del Rey Pequeño, y Fernando, el rey leonés. A su muerte contrajo nuevas nupcias con doña Rica, pero la amistad perduró de por vida y llevó a Ramón Berenguer a asistir a la coronación del Emperador y rendirle incluso vasallaje, que quedó ya sin efecto cuando a su muerte se dividió el reino entre Aragón y Navarra y que ni solicitó Sancho III ni ya

acató el sucesor de Ramón Berenguer, Alfonso II de Aragón, que tenía solo cuatro años más que nuestro Alfonso pero que al menos tuvo la suerte de conservar a su madre, doña Petronila, bajo cuya tutela y regencia quedaron él y el reino.

Quizá la similar peripecia de haber comenzado a reinar en tal minoría de edad hizo que el uno y el otro se entendieran muy bien desde el primer momento, y como además se concertó y se consumó el matrimonio de Alfonso II con doña Sancha, hija de Alfonso VII y su segunda esposa, doña Rica, y esta fue eficaz favorecedora de la buena relación entre ambos primos, estos iban a permanecer en buena sintonía y continua alianza durante sus reinados, solventando cuantos problemas se presentaron, fueran los que tenían al aragonés enfrentado al Rey Lobo, y que el castellano medió para resolver, o el de Albarracín, que también les llevó a unirse a ambos a pesar de disputárselo contra las pretensiones del rey navarro, que intentó apoderarse del territorio.

Alfonso hablaba con singular afecto y consideración de su primo y amigo, casi de su misma edad, de cuya compañía gustaba, de cuya amistad disfrutaba y con quien compartía anhelos, consejos y planes. Tanto que hasta para su boda quiso contar con él y en prueba de su consideración fue a su reino a recibir a la que sería para siempre su reina y la de los castellanos, doña Leonor, hija del rey Enrique II Plantagenet de Inglaterra, el bisnieto de Guillermo de Normandía, el duque descendiente de los vikingos establecidos en Francia, que saltó a las islas británicas y las conquistó proclamándose rey, y de Leonor de Aquitania, viuda de otro rey, Luis VII de Francia.

La madre de la novia, de la que heredó el nombre y el apodo de Aquitania pero parece que, por fortuna para el rey Alfonso, no su carácter, fue esposa de dos reyes, del inglés y del francés, con quien acudió a la cruzada a los Santos Lugares, infausta en todos los sentidos y donde topó y se confrontó con Alfonso del Jordán, de cuya muerte llegaron las malas lenguas a acusarla, así como de haber tenido amoríos adúlteros con un maestre templario. Su esposo, Luis VII, ya quiso separarse en la vuelta, que hicieron por separado, pero resultaba que Leonor tenía más posesiones en Francia que el propio rey y el interés lo desaconsejó. Pero acabó por estallar la pelea y aprovechando un lejanísimo parentesco el matrimonio fue anulado. A los dos meses ya estaba

casada Leonor, a sus treinta años, con el inglés Enrique, a quien aportó inmensos territorios en el continente que iban a ser origen de los más grandes y largos conflictos entre los dos países.

Al rey francés, doña Leonor le había dado dos hijas, María y Alicia, pero al inglés le dio siete entre varones y hembras, algunos de ellos que serían famosos en Europa entera, Enrique el Joven, pero sobre todo el renombrado Ricardo Corazón de León, cuyas gestas cantaron todos los juglares, Juan sin Tierra que también fue rey aunque miserable, Godofredo, Matilde, que casó con el duque de Sajonia, y Juana que lo hizo con el rey-duque de Sicilia. Y nuestra pequeña Leonor, claro, que hacía la número ocho de todos ellos pero a la que quisimos en Castilla y en España entera con solo verla. Y ella se aquerenció de tal modo a nosotros que para nada pareció echar de menos ni Francia ni Inglaterra. Por cierto, que el rey francés tras la anulación buscó esposa en Castilla y la encontró en Constanza, una hija de Alfonso VII —y por tanto una tía abuela de nuestro rey—, que ya en el momento de aquellos esponsales no vivía pues había muerto al dar a luz a la segunda de sus hijas, Adela, y el rey francés buscando heredero varón había vuelto ya a casarse.

La niña Leonor, que había nacido en tierra francesa, en Normandía, aunque bajo el rey inglés, tenía diez años cuando llegó a España. Hablaba inglés y francés y en esa segunda lengua, más común en la corte castellana, frecuentada por caballeros francos y trovadores de la Provenza, Aquitania y Tolosa, se entendía al principio con el novio, que también tenía sangre francesa en las venas pues su bisabuelo había sido Raimundo de Borgoña, el primer marido de la reina Urraca. La niña princesa dio desde el primer momento pruebas de ser despierta y muy avispada y conocedora de su lugar y rango a pesar de sus cortos diez años. Alfonso, el que iba a ser su esposo, ya estaba para cumplir los quince.

El matrimonio había sido preparado con toda pompa y esmero, y a tal efecto nuestro rey Alfonso envió para que recogiera a su novia a la ciudad de Burdeos la más lucida comitiva, en la que formaron los más importantes hombres del reino. Entre ellos estaban el arzobispo de Toledo, los obispos de Burgos, Palencia, Segovia y Calahorra, y al frente de todos quien había sido hasta el año anterior el regente y su ayo, el conde don Nuño Pérez de Lara, a quien se unió también el conde Ponce de Minerva y los magnates Gonzalo

Ruiz Girón, don Pedro y don Fernando Ruiz, Tello Pérez, García González y Gutier Fernández, o sea los más ricos hombres de toda Castilla. No desmereció a la comitiva castellana la de la novia, pues con ella vinieron el arzobispo de Burdeos, los obispos de Dax, Poitiers, Angulema, Xantón-Saintonge, Perigod y Bazas, además de quince magnates más de Normandía, Bretaña y Gascuña.

Yo no era un magnate pero una vez más el rey Alfonso me favoreció con su gracia. Había pasado desde antes de la Navidad, cuando regresé de Burgos, hasta el verano en Atienza. Había recogido la cosecha y atendido con mi primo Juan nuestros asuntos en Bujalaro, que marchaban cada vez mejor, e ido cogiendo sitio y respeto en el Concejo de la Villa. Fue entonces, cuando ya doblaba aquel agosto, que de nuevo a través de don Nuño el rey me hizo llegar su deseo de que acudiera con el alcaide de Atienza y algunos caballeros más a Tarazona y los esperáramos hasta que ellos llegaran. Porque era decisión de nuestro rey celebrar allí sus esponsales en prueba de su gran amistad con su primo el rey aragonés.

Muy satisfecho de los acuerdos matrimoniales y queriendo demostrar una generosidad que no era impostada sino prueba de su nobleza, el rey Alfonso otorgó a quien iba a ser su reina unas riquísimas arras que jamás se habían conocido tales en Castilla, pues le dio las ciudades, villas y castillos de Burgos, Castrojeriz, Amaya, Avia, Saldaña, Monzón, Carrión, Dueñas, Tariego, Cabezón de Pisuerga, Medina del Campo, Astudillo, Aguilar de Campo y Villaescusa de las Torres. Y además las rentas de los puertos de Santander y las de Caviedes, Viesgo, Bricia, Tudela, Calahorra, Arnedo, Viguera, Medrano, Nájera, Logroño, Grañón, Belorado, Pancorbo, Piedralada, Poza de la Sal, monasterio de Rodilla, Peñafiel, Oreja, Osma, y las completó con Hita, Zorita y nuestra Atienza. Y aún quiso añadir cinco mil maravedíes más para cobrar de las rentas de Toledo.

Se entendió que los representantes de aquellas villas debíamos estar presentes en Tarazona, donde se encontraron los novios y donde fueron recibidos y agasajados por el rey de Aragón y la madre de este, doña Sancha, tía carnal del rey nuestro, como hija de don Alfonso VII que era. En su presencia y con su beneplácito y firma se celebraron los esponsales. Ya marido y mujer, los reyes entraron en Castilla y era el 17 de septiembre de

1170 cuando llegábamos a Soria. Yo pensé allí en despedirme y tornar junto con el alcaide a Atienza, pero de nuevo me hizo llamar don Alfonso y me ordenó que siguiera con ellos hasta Burgos pues era allí, en la vieja capital castellana, donde pensaba celebrar con total solemnidad las fiestas de su boda y quería tenerme presente. Era un nuevo honor que mi rey me hacía. Don Nuño Pérez de Lara me acogió entonces una vez más en sus casas y entre los suyos, como si alguien allegado a su familia se tratara. Y en verdad lo era, pues había pasado entre los Lara la mayor parte de mi vida.

La reina Leonor nos había ganado a todos el corazón desde el primer momento, pero más que a nadie a su marido, que se desvivió en atenderla con tal solicitud y afecto que la niña, ya no por protocolo sino por afecto, no quería separarse de él bajo ningún concepto y le seguía a todos lados. Muy juiciosa y serena para sus años y educada con todo esmero, hacía gala de cumplir y hacer cumplir lo que de una reina se esperaba. Los castellanos quedamos ya de inicio entregados a ella y todos se hacían lenguas de su donosura, de sus maravillosos ojos tan azules que parecían transparentes, y de la suave sonrisa con que siempre acompañaba cualquier gesto.

Como era tan niña resultaba más que evidente que no podían hacer vida marital alguna, pero el afecto surgió de inmediato y el joven rey se tomó como labor primordial suya que ella aprendiera de su boca todo y a todo le acompañara, empezando por la lengua castellana que a poco Leonor ya hablaba con fluidez y entre las risas de su maestro y marido cuando se equivocaba en alguna palabra. Quedaron con ella doncellas, dueñas, amas y caballeros, y hubo unos que a la postre se afincaron en nuestro Común de Atienza. La reina les dio tierra en las faldas de la sierra y un valluco sobre el río Bornova, y allí repoblaron, roturaron y pusieron ganados, buenos bueyes y mejores vacas, y el nuevo pueblo recogió el nombre de donde eran originarios: Gascueña de Bornova, pues eran gascones aquellas gentes que por muchos años mantuvieron en aquellas serranías castellanas su lengua y sus costumbres, pero siempre estuvieron prestos en acudir cuando el rey reclamaba a las tropas concejiles para ir a la guerra y ellos decidieron que en vez de formar con otras mesnadas formarían con la nuestra.^[28]

Las celebraciones de la boda, ya lo he dicho, fueron en Burgos, que el rey Alfonso había ya escogido como su lugar habitual de residencia y donde la

reina iba a estar mejor atendida y con mejores comodidades que en cualquier otro lado, aunque siempre que pudo acompañaba al rey en sus viajes asiduos, y también lo hizo a la Transierra, donde solían después recalar en Toledo. También íbamos a verlos con frecuencia por Atienza, pero no quiero adelantar los recuerdos. Porque, además, aquel que me aguardaba en Burgos iba a acompañarme ya de por vida.

Había hallado y tratado muy íntimamente, aunque en el mayor secreto, en mi anterior estancia a doña Constanza de Castro, y nada más saber de mi llegada a las celebraciones de la boda, ya me estaba reclamando y, no voy a negarlo, yo acudiendo a sus reclamos con sumo gusto siempre que podía. Su matrimonio parecía haberla alejado un tanto de la corte y de sus anteriores quehaceres de informante, pues si antes era ella quien me daba noticias ahora era quien de continuo me las demandaba. La visité dos veces y holgamos ambas, pero entonces me acaeció el encuentro que me iba a alejar de ella. Porque eran grandes fiestas y en ella se dieron cita los mejores juglares y entre ellos, bien lo había barruntado y temido tanto como ansiado, seguro que comparecerían Elisa y su hermano. No había hecho otra cosa que pensar en el encuentro desde que salí de Atienza, y a medias entre la angustia, el anhelo y el remordimiento ni siquiera disfrutaba ya como antes de las cabalgadas con doña Constanza. Era bien cierto que no había olvidado a Elisa durante aquellos casi dos años. Su recuerdo, su confesión. Mi traición, no por desconocida menos miserable, había sido intermitente pero ahora ya me atormentaba de continuo. Temblaba, temía y anhelaba al mismo tiempo con todos mis sentidos el encontrarla. Y tenía verdadero terror a aquel momento. Podía incluso no aparecer, podía haber casado o muerto o ser concubina de cualquier magnate, o podía seguir siendo aquella a quien yo había amado y a la que sin guardar la mínima ausencia había traicionado por segunda vez y tercera vez en cuanto la tentación se me ofreció.

A los cinco días de llegar me tropecé con los dos hermanos en el puente que cruza el Arlanzón y emboca la puerta que da a la catedral de Santa María. Nada más ver a Elisa me sentí el ser más miserable de la tierra y el más vil, traicionero y renegado de todos los hombres que la poblaban, moros incluidos. Porque además, ella siempre tan seria, adusta y triste, transfiguró su cara nada más verme y se abrió su rostro en la más hermosa sonrisa de

bienvenida que yo pudiera ni esperar ni soñar siquiera. Su hermano Fortum me abrazó y me besó y ella casi parecía querer hacerlo y venir hacia mis brazos, porque su gesto fue de tal alegría que mi corazón dio un vuelco de alborozo y amargura al mismo tiempo que me dejó paralizado.

Fortum rompió el hechizo y me devolvió el habla con la suya.

—Confiábamos en verte en Burgos. Mi hermana me lo ha venido diciendo desde Ávila, de donde venimos, que el rey te habría dado muestra de su amistad y te habría requerido.

—A él se lo debo, y también a don Nuño Pérez de Lara. Un honor que no merezco, pero que me hace dichoso y más ahora por hallaros.

—Mira, Elisa, cómo se expresa ya el caballero, nuestro don Pedro de Atienza. Vaya mozo se nos ha hecho, hermana. Mira cómo lleva el pelo ya largo y mira cómo se le ha poblado la barba. Y se cuida de ropa, calzado y compostura. Quizá corteje a alguien o se deje querer por alguna.

Me puse como la grana, claro. Y aún peor cuando una mirada de los ojos negros de Elisa se me clavaron como puñales, y allí había pregunta y hasta celo, aunque lo disolvió con una carcajada, algo que por inusual resultaba encantador en ella.

—Seguro que alguna dama de alta cuna. No va a fijarse en juglares como nosotros, hermano.

Protesté con tal vehemencia que Elisa volvió a reír con ganas. Y hasta me permití un requiebro en presencia de su hermano. Doña Constanza me había enseñado tales artes y había sido una excepcional maestra. Y tomé allí la más firme decisión de que aquello había de acabar y esta vez de manera definitiva. Una sola visión de mi amada y todo el disfrute de la carne me parecía prescindible y hasta casi repulsivo.

No estaba yo dispuesto en esta ocasión, además, a permitir que Elisa desapareciera sin dejar señas ni razón de donde pudiera hallarla, y por ello sin tapujo alguno me interesé por donde se aposentaban y quise por mi parte agasajarles y festejar nuestro encuentro. No era la taberna lugar para convidar a una dama, aunque fuera una juglaresa, pero yendo con su hermano Fortum sí podíamos acudir a alguna buena posada de las que no faltaban en Burgos y compartir un buen yantar. A ello me ofrecí, pero rehusaron, proponiéndome a su vez otra opción más conveniente y adecuada. Ellos tenían aposentos en

casas del obispado —siempre andaban enredados los hermanos con los clérigos—, y allí tendrían sumo gusto en recibirme a la hora de la comida si no tenía compromiso previo y así lo deseaba.

Lo deseaba más que nada, aunque de pronto caí en la cuenta de que tras la comida tenía previsto un nuevo lance con doña Constanza. Pues bien, acudiría, pero en esta ocasión sería para una despedida definitiva.

Me separé de los dos hermanos con la mente y el corazón latiendo en torbellinos. Elisa estaba transformada, pues después de aquel rechazo sin esperanzas en Sigüenza ahora parecía que me quisiera darlas todas. Su alegría por verme desbordaba la tristeza de su pasado y las angustias que la corroían. Su hermano la contemplaba en su resurrección y vitalidad y no ocultaba hasta qué punto le agradaba la felicidad de su hermana. Yo debía romper con doña Constanza de inmediato, me decía, y había de ser hoy mismo y para siempre. Y ella habría de entenderlo, y si no lo hacía daba igual, pero creía que al menos debía ofrecerle explicación y disculpa pues no había tenido con ella sino placeres, y ya en los últimos encuentros un cariño que la antes dominante y altiva dama ahora me profesaba. Y ello me hacía sentirme en cierta manera desagradecido. Pero mi decisión, me reafirmaba una y otra vez, estaba ya tomada.

Acudí a la comida atenazado por los nervios, temeroso de todo y al mismo tiempo con el ánimo exaltado. Aprovecharía cualquier resquicio para volver a declararle mi amor a Elisa y conminarle a que me diera otra respuesta tras asegurarle que no me importaba cuál hubiera sido su pasado. Estaba a ello dispuesto y lo hice con firmeza pues, pasado el primer sofoco y tras aguantar las chanzas de Fortum, logré restablecer mi ánimo y cuando el hermano hubo de salir unos momentos, o muy a propósito pretextó el deber hacerlo, no lo dudé ni un instante.

—He vuelto a veros y con ello ha vuelto todo el amor que os tengo, Elisa. No me respondáis lo que en Sigüenza. No me importa ni ha de importarme jamás. Yo os amo. Y vos os alegráis de verme. Dejadme al menos el trataros, el poder encontrarme con vos y hablaros. Hasta mediados de octubre estaré en Burgos. Quedaos. Yo convenceré si es preciso a vuestro hermano. No partáis de nuevo de mi lado sin una seña, sin una esperanza siquiera.

Me miró con una intensidad tal que creí desfallecer. Pareció escrutarme hasta lo más hondo y descubrir todos mis secretos, hasta aquel inconfesable que me corroía, pero me miró de manera diferente a aquella vez anterior, tan amarga y dura. No podía evitar y yo notaba que mis palabras le llegaban hondo y calaban su corazón. Quería rechazarme pero no podía.

Y así me lo expresó.

—Debiera rechazarte, Pedro. Es lo que hice y debería seguir haciendo, pero ha crecido en mí aquel recuerdo. Ya lo ves. No te lo oculto. Nada en mucho tiempo me ha hecho tan feliz como recordarlo y ahora encontrarte de nuevo. No debo tener esperanza pero es cierto que la tengo. Pero no debería, Pedro, puedo hacerte infinito daño y hasta ponerte en el peor peligro.

—No me importa, Elisa. Ten esa esperanza. Mantengámosla juntos y hagámosla crecer. Cuéntame lo que te tortura y yo sabré afrontarlo. Estoy seguro de que no será impedimento alguno. Ya no soy tan niño —alardeé incluso— y ya puedo ofrecerte una vida. Cuando estimes oportuno me contarás, habrás de contarme, y descansaremos ambos. No te pido más hasta ese momento, que me permitas estar cerca y ganarte.

Se echó a reír ella entonces.

—Qué tonto, Pedro. Ganada me tienes. No es eso. No lo entiendes aún. No puedo y quizá nunca pueda. Pero acepto. Hablaré con Fortum y si podemos nos quedaremos estas dos semanas y podremos vernos.

—Mañana por la mañana. Tras la misa mayor.

—Tras la misa mayor, en la plaza, Pedro.

Volvía Fortum. Desde luego que no había sido otra cosa que su voluntad el dejarnos aquellos instantes a solas. Bebió vino, nos miró a ambos y, alegre siempre, me guiñó un ojo. Y yo le guiñé otro a él. Y esta vez a quien subió algún color a su cara morena fue a Elisa, que nos regañó a ambos con un gesto de risueña amenaza.

Tomamos de postre unas rosquillas y un vino dulce y luego yo salí a escape. Me quemaba lo que había de decirle a doña Constanza y solventar cuanto antes aquel trámite. Me llegué al callejón, al zaguán, toqué, me abrieron, me recibió como acostumbra, quiso besarme y la rechacé con el gesto más serio aunque cortés. Insistió en su abrazo y hube de separarme y decirle que habíamos de hablar. Vi en su cara que esperaba la ruptura y que

no iba a ser fácil.

Le expliqué sin detalle, no quería mezclar a Elisa en aquello y menos dar su nombre y condición, que estaba en trance de comprometerme con una dama, que creía mi obligación el dejar por ello de frecuentarla y que no deseaba hacerlo sin explicárselo y hasta mostrarle mi gratitud, mi buen recuerdo y cuán placentero había sido, pero que habíamos de concluir nuestros encuentros.

Se enfoscó primero, me replicó de manera dura que era ella la casada y ella quien por mí se había arriesgado al oprobio, que yo bien lo sabía y que no veía razón para que, si ella engañaba a su marido, no hiciera yo lo propio con quien se suponía pretendía que fuera mi mujer. Que no iba yo ahora a dárme las de caballero y que bien me había desbastado de gañán ella, que sí era de un linaje. La cosa iba camino de la trifulca y yo estaba ya a punto de marcharme cuando se percató de que por aquella senda solo le quedaban unos instantes y mi retirada, y entonces cambió de tono por entero. De los gritos pasó al llanto, al gemido, a las protestas de amor y a que no podía esperar nada en verdad y nada había esperado, pero que le era tan dolorosa mi separación que habría de perdonar su enfado. Y sus lágrimas me ablandaron. Insistió en conocer su nombre, pero al darse cuenta de que mi cerrazón la alejaba de nuevo y me volvía a indicar a mí la salida y la huida que ya había estado a punto de emprender antes, la abortó con otro giro. Volvió a la zalema y a la súplica y al recuerdo de los tiempos pasados juntos y a la petición de que me demorara un poco en su compañía, que iba a ser nuestro postrer encuentro y nuestra despedida, y esta vez, en vez de atosigarme o intentar abrazarme se limitó a acariciarme la mano y luego la cara, con una inmensa ternura y una aún mayor tristeza. Se levantó y me propuso tomar un último vino para endulzar aquel trance y que le dijera que nunca la olvidaría aunque no volviéramos a vernos. Y bebí su vino y se me acercó y poco a poco estuvo a mí pegada, como desvalida y temblorosa, y yo quise consolarla y al hacerlo me encontré con su boca en la mía, y ahí estaba generosa, acogedora y ansiosa. Y ya estaba toda ella encendida, sus pechos exuberantes, sus pezones apuntados y aquellas caderas que tan bien acogían. Y en un susurro me dijo:

—Entra en mí, Pedro, por última vez, déjame ese recuerdo, tómame,

poséeme por vez última y siénteme tuya. Luego vete para siempre con ella, pero házmelo una última vez a mí, a quien desprecias.

Y yo dije que jamás la había despreciado y ya me estaba desvistiendo y a nada tenía mi miembro en su boca y luego en la humedad hirviente de su sexo, y al penetrar en ella se volvió loca, entró en tal frenesí y arrebató como nunca la había visto y me hizo gozar y gozarla como nunca. Yo la monté como aquella primera vez en Hita y ella quiso luego cabalgarme y bebimos más vino y nos embriagamos juntos mientras me inundaba de lujuria. Y así la tomé dos veces. La segunda me derramé en lo más profundo de su entraña y en el mismo instante en que ella se vaciaba. Me mantuvo en su interior como absorbiéndome hasta que mi miembro se redujo a la nada. Y a la tercera me ofreció algo que quería que yo tomara y que nadie había tomado antes.

—Cabálgame por detrás. Pero cabalga mi culo. Me han dicho que el dolor es fuerte pero el placer no conoce igual. Házmelo tú. Lo tendrás, te lo llevaras tú el primero.

—Pero ello es pecado nefando. Es sodomía.

—No. Eso solo es si se practica entre hombres. No cuando se toma a una mujer. Tómame, lo deseo. Hazlo.

Me lo ofreció. En algún momento se había untado algún aceite para que pudiera entrar con mayor facilidad, pues no parecía posible el lograrlo. Ella dispuso su trasero para la embestida. Hundió la cabeza con sus rizos en la almohada y contoneó sus posaderas ofreciéndomelas. Me ayudé con la mano y por fortuna mi verga había logrado la dureza necesaria. Pareció que no iba a entrar pero en un último arreón vi que penetraba hasta dentro, y entonces ella soltó un largo alarido que luego se transformó en un gruñido salvaje de pasión desatada. Yo la galopé con toda dureza hasta ahondarla por allí como no la había penetrado por delante. Sentí que se derramaba antes que yo, pues el gruñido se convirtió casi en un estertor, pero no la dejé desplomarse y me cebé en ella, cabalgándola aún con mayor fiereza. Agarrando sus pechos los estrujé hasta hacerle daño y entonces, ya sometida totalmente, fue cuando me derramé en ella.

Pero no habíamos acabado.

—Quiero que me golpees. No en la cara pero sí en las nalgas, pégame fuerte, necesito tu marca. Y muérdeme las tetas, pero esta vez salvajemente,

que me dure tu marca muchos días.

Hice lo que me exigía y doña Constanza aulló una vez más. Iba a irme, pero no me dejó aún sino que cogió mi miembro exhausto y se dedicó a lamerlo, a chuparlo, a acariciarlo tanto en toda su extensión como en mis cojones hasta lograr al cabo de mucho esfuerzo el volver a empinarlo. Entonces lo llevó entre sus pechos e hizo que entre los dos lo deslizaran hasta su boca y por su boca entré hasta la garganta, una y muchas veces hasta que al final vino mi leche y le explotó en su boca y le salpicó en la cara. Ella se relamió como una gata por fin satisfecha.

Y ya sí fue el momento de irse, pues entonces llegó presurosa la vieja.

—Señora, señora, que el marido llega. Que ya viene. Apúrese.

El tiempo se nos había pasado, habíamos perdido su noción y llegaban ya las sombras del crepúsculo. Me vestí a escape. No dio tiempo ni para un beso.

—Me recordarás, Pedro. Ya lo creo que lo harás. No me olvidarás nunca. Ni yo a ti. Como hoy me has empalado y me has dejado atravesada. Y sé bien, don Pedro, que así habré de llamarte desde ahora, que te acordarás por siempre de como se abría para ti entera y te recibía dentro doña Constanza.

Salí al frío de la atardecida y me embocé en la capa. Lloviznaba. Un agua helada que me despejó. Pero en esta ocasión, extrañamente, no sentía como otras remordimiento alguno. Había sido, esta vez sí, la despedida definitiva y me sentía de alguna forma liberado, porque era consciente de que aquella mujer había ejercido sobre mí un continuo control, aunque yo me creyera dominador en ocasiones, una vez con unas artes y otras con otras. En esta última aún se había salido con la suya. Pero ya no habría más, y esta vez creía tener todas las fuerzas para cumplir esa promesa que a mí mismo me hacía y, sin que ella lo supiera, también le hacía a Elisa.

Disfruté de veras en las bodas del rey Alfonso. No fui invitado nada más que a uno de los banquetes, al más multitudinario, pero no me importó en absoluto pues me daba por mucho más que agraciado con poder siquiera haber estado aunque fuera en el último de los rincones y saber que el rey, aunque fuera uno de sus más pequeños vasallos, se acordaba de mí y me tenía en su consideración y estima. Pero además en aquel banquete cantaron y tocaron varios músicos y juglares, y una de quienes tañían la cítara era mi amada Elisa, que aunque tocara para cientos yo sentía que solo para mí

tocaba. Y creo que alguna furtiva sonrisa suya sin duda me estaba destinada.

En efecto nos seguimos viendo, le daba el agua bendita a la entrada de misa y la esperaba a la salida. Conversábamos un rato y la acompañaba hasta su casa. De todo conversábamos sin hablar de nada. Pasaba el rato volando y ya no tenía otra cosa en que pensar que en volvernos a encontrar al siguiente día. Su hermano Fortum no solo no nos incomodaba, sino que era bien notorio que aprobaba nuestros encuentros. No surgió, aunque yo ardiera por dentro, la conversación crucial de aquella mancha de la que Elisa decía estar para siempre manchada. No quise yo forzarla y esperaba cada vez más confiado, pues en creciente confianza estábamos, en que cuando hubiera de ser ella me lo diría y sería entonces cuando de inmediato yo le propondría unírnos como mujer y marido. Pero la confesión no llegaba y los días se iban agotando, pues yo además debía adelantar mi vuelta a Atienza. El viaje no solo había sido de bodas sino que don Nuño tenía misiones que encomendarme y mi ocio acababa.

El rey, ocupado en sus esponsales, no me mandó llamar para vernos pero sí lo hizo a través del Lara. Escuetto y directo, me puso al cabo de la situación y de lo que ahora se esperaba de mi persona. Aunque había presenciado más de uno, yo no había entrado jamás en combate, pero por lo que conversamos ello podía suceder ya de inmediato. Debía prepararme para ello.

Don Nuño me expuso la situación que en la frontera con los moros atravesaba el reino.

—El Rey Lobo ve como su poder se derrumba. Un poderoso ejército expedicionario almohade está en la Península y se unirán a él en la primavera aún más fuerzas. Es casi imposible que Ibn Mardanis los resista y máxime con la traición de su suegro. Eso colocará ya a Castilla directamente ante los almohades. El maestre calatravo, don Fernando Escaza, realizó una cabalgada contra ellos por tierras cordobesas y regresó vencedor y con botín, pero habremos de enfrentarnos a ejércitos ahora mucho más poderosos. Ya estamos sufriendo sus embates por poniente, por Badajoz, y no han ido este año precisamente bien las cosas para nuestras armas aunque parecieron en verano sernos favorables. Geraldo Sempavor, liberado por el traidor Castro, comenzó a hostigar y saquear sus convoyes entre Sevilla y Badajoz, hasta cortarle a esta el suministro y ponerla en peligro.

»Las últimas noticias sin embargo son aciagas. Un refuerzo de cerca de veinte mil guerreros ha llegado del Sahara. De inmediato y apoyadas por los leoneses del rey Fernando y por el Castro, han ahuyentado y puesto en fuga a los portugueses. Luego se han dirigido contra el Rey Lobo y le han arrebatado con la complicidad de su suegro Hamusk, Baza y Lorca, y al mando del hermano del califa, Abu Hafs, han cruzado sierra Morena y han devastado tierras toledanas, aunque ya la próxima llegada del invierno les ha hecho regresar hacia el sur y a sus cuarteles. Pero tenemos información de que para la primavera se prepara una gran campaña contra nosotros, que primero buscará acabar definitivamente con el Rey Lobo y luego atacar nuestra frontera. Hemos de estar pues preparados y listos para el combate. Has de regresar a Atienza y con el alcaide preparar la milicia concejil para que con todas estén prestas a salir a combatir, bien en defensa de Mardanis o de nuestras propias plazas. El máximo de caballeros y peones deben estar dispuestos para principios de marzo. Vamos a enfrentarnos a un gravísimo peligro, aún más terrible por cuanto el rey de León y el traidor Castro han pactado con ellos.

Yo no había abandonado mi adiestramiento con las armas y solía practicar con otros caballeros de mi rango, pero me sabía poco ducho y aún menos preparado para el combate, por lo que me hice el firme propósito de no dejar pasar día en Atienza sin esforzarme en ello. Le trasladé las nuevas a Elisa y a Fortum y, ante mi sorpresa, los encontré mejor informados que yo mismo. Los obispos habían recibido también las noticias y se disponían a tener listas sus mesnadas, pues el rey iba a requerir a todos, al menos los de la extremadura y la frontera del Tajo. Fortum, además de juglar, tenía en sus viajes la misión de llevar de un lado a otro cartas, misivas y mensajes discretos que nadie podía imaginar que un músico llevara. En su próximo recorrido habría de entregar precisamente algunas cartas a los caballeros calatravos en su propio castillo avanzado, y eso hizo que yo se lo reprochara.

—No puedes llevar a Elisa y exponerla allí a tales peligros.

—No lo haré. No temas. Mi hermana quedará en Toledo. No olvides que de allí somos y alguna familia nos queda. Allí podrás, si lo deseas y te dejan tus obligaciones, visitarla esta primavera.

Fortum se mostraba animoso, pero Elisa estaba en verdad acongojada con

los augurios de una guerra desatada en toda la frontera, pues eso era lo que preveían, mucho más destructiva y mortal que las habituales razias y cabalgadas sufridas o propinadas hasta entonces. En nuestro paseo no dejó de advertirme que no debía descuidarme en nada y cuidarme en todo, repitiéndome una y otra vez que procurara regresar a ella, que me esperaría y que moriría de pena si ahora me perdía. Y me lo dijo así, en un arrebato, cuando nada me había dicho hasta entonces, y con lágrimas en sus ojos se abrazó a mí y me dijo que me amaba y que por Dios la besara. Y en un rincón de una calleja que iba a morir en los setos del río Arlanzón fue cuando por primera vez la tuve estremecida en mis brazos y noté todo su cuerpo temblar junto al mío. Me ofreció sus dulces labios para un beso, solo uno, que completó con la más tierna caricia de mano que mujer alguna me había hecho nunca en la cara.

—Hazme saber de ti, por la manera que puedas, y no dejes de visitarme en Toledo, donde moraré a partir de estas Navidades. Te esperaré y seré lo que quieras que sea para ti. Pero ahora que has resucitado mi vida, no mueras y me mates de nuevo.

Pareció haber llegado el momento en que iba a contarme su tragedia pasada, pero calló de pronto, me besó de nuevo y con un gesto me vino a decir que ya habría tiempo, cuando volviéramos a vernos, de poner fin a aquel secreto.

—Pero ahora no cargues tú con ello. No tiene otra solución que el olvido y si tú me quieres, no se interpondrá ni entre nosotros ni en nuestro futuro. No creí que pudiera amar a hombre alguno, pero te amo, Pedro de Atienza, y por tu amor he revivido.

La estreché de nuevo contra mí, aspiré la fragancia de su hermosa cabellera negra y me juré que combatiría como los buenos, pero que habría de volver vivo junto a ella.

Así creí que me despediría de Burgos y de mi amada, cuando al día siguiente, ya con el caballo aparejado y listo para partir, acudí a un último encuentro en la catedral de Santa María. Era domingo y la misa estaba muy concurrida, aunque ni el rey Alfonso ni la reina acudieron aquella mañana, de ricos hombres, magnates y caballeros. Entre ellos estaba un grupo de calatravos con su gran maestre Fernando Escaza a la cabeza. Di el agua

bendita a Elisa e iba a separarme de ella cuando vi que su mirada quedaba fija en uno de aquellos monjes-soldado. Comenzó a temblar como si estuviera poseída, se le fue la color y de no sujetarla hubiera caído al suelo. Tal fue el impacto que aquella visión le produjo.

—Sácame de aquí, Pedro, sácame de aquí.

Salió a la calle y allí se recuperó un poco, pero sin acabar de calmarse.

—Llévame donde mi hermano.

Intenté tranquilizarla, pero fue en vano. Quería escapar de allí a toda prisa y hasta hube de sujetarla con cierta fuerza para que no saliera huyendo despavorida. Hubo gentes que la miraron y noté que los comentarios subían.

—Cálmate, Elisa, cálmate, estoy aquí contigo.

—Él está aquí, Pedro. —Y lo que no quería contarme y tanto había callado brotó en un desgarrador sollozo de su garganta—. Siendo apenas una niña ese hombre me forzó, me violó cuantas veces quiso durante una semana entera, me vejó, me torturó y sació todas sus perversidades en mí. Mi hermano estaba en Zamora y a mí me habían dejado en un palacio bajo el amparo de su familia cerca de Toro. Una familia de estirpe y fortuna, cercana al rey de León. Estaba bajo su protección pero nadie oyó ni mis alaridos ni mis lloros, ni quiso oírlos porque él era el primogénito y yo una muchacha que tocaba la fídula, una pobre mozárabe. Y fue aún peor el callarlo y negarme a señalar al culpable, pues de ello dependía, y con ello me amenazaron, la vida de mi hermano. Si lo señalaba, además de no conseguir ningún castigo pues se diría que yo había consentido y había sido quien con total lascivia me había entregado y seducido al heredero, matarían a mi hermano. Pero no solo fue el mayor quien me forzó. Me entregó a otros luego, a su hermano más pequeño y hasta a su escudero. Yo, rota ya, hube de consentir en todo. Fui su esclava. Me sometieron y me sometí a ellos. Debí haberme matado, pero no tuve fuerzas para ello.

»He callado siempre. Mi hermano sospechó que algo grave me había ocurrido, pues de alegre que era pasé a estar presa de la pena y la vergüenza. Inventé una historia, pero no inventé la enfermedad que me sobrevino y que estuvo a punto de costarme la vida. Fortum se conformó con entender que era aquella grave dolencia la que había cambiado mi carácter. Ahora ya lo sabes tú. Y no debí habértelo contado. El monstruo es ahora un caballero calatravo

del mayor poder y relevancia. Habrás de tener cuidado con él y no buscar por mí venganza, pues me importa tu vida más que nada y él no dudaría en arrebatártela. Has de jurarme que no buscarás venganza, Pedro. Júramelo.

—Eso no te lo juraré nunca porque mentiría. Ni puedes pedirme que lo haga.

Estalló en nuevo llanto, pero esta vez ya más serena.

—Pues al menos ahora que no sea. Ahora vete. Parte para Atienza y ven a verme a Toledo. No te daré hasta entonces su nombre, así estaré segura de que no intentarás nada.

Me avine a ello. Pero en cuanto la dejé con su hermano ya más repuesta, fue en mí en quien se desató la más feroz de las tormentas. Nada más dejarla en sus aposentos, retorné de inmediato a la iglesia y aguardé la salida de los calatravos. Distinguí al maestre y no tardé en fijarme en un caballero que parecía serle el más cercano. Era un hombre alto y fornido, de gesto turbio y un detalle que me impactó de inmediato: unos labios muy carnosos, hacia fuera, como hinchados y groseros.

Conocía ya algunos caballeros en Burgos y me dirigí a ellos, preguntándoles:

—¿Quiénes son los caballeros que acompañan al maestre calatravo? ¿Alguno es leonés entre ellos?

—Sí. Desde luego y sobradamente conocido. Hace apenas nada que ha tomado ese hábito y ha pasado de sus tierras de Zamora a la frontera del Tajo. Es Cirilo de Coreses y con él también se halla su hermano pequeño, de nombre Raimundo. Dicen que el rey Fernando de León si no llegó a desterrarlos tampoco los quería en su reino. Se contaban de ellos desmanes y maltratos para con sus aparceros y criados. A muchos ha extrañado que tomaran hábitos de calatravos. No parecían ser esas sus costumbres en Zamora. Pero ahora dicen que se han vuelto piadosos y arrepentidos y han hecho cuantiosas donaciones de tierras y dineros a la orden. Serán habladurías de plebeyos, pues ahora combaten por Castilla y nuestra fe donde más peligro corre.

Era él, y ellos, sin duda. Me quedé con su nombre grabado y con su cara impresa. Y me juré allí, ante la catedral de Santa María de Burgos, donde juran los hijosdalgo y dicen que hizo el Cid jurar al rey Alfonso, que no

descansaría yo hasta ver muertos a esos monstruos para que mi amada supiera que jamás podría ya tropezarse con ellos. Pero habría de ser cauto. Había aprendido de los campesinos y de las gentes de abajo que bien podía volverse la rabia contra mí y ser yo el que acabara muerto, lisiado o preso, y ellos triunfantes e impunes. Habría de buscar las formas, el momento y que el lance me fuera favorable. Habría de buscar aliados y ayuda. Y localizar también al hermano y a aquel escudero. Pero ya no me hacía falta que Elisa pronunciara siquiera aquel nombre maldito.

No partí aquella tarde como tenía previsto. Oculto, comprobé que Fortum, Elisa y algunas gentes más del obispado salían de la ciudad. Respiré entonces aliviado y a la mañana siguiente muy de amanecida emprendí el camino.

Ahora tenía un motivo más para convertirme en un avezado hombre de guerra y en un matador de hombres. Pues no solo había de herir musulmanes, sino también cobrarme la vida de tres cristianos.

Los almohades

El berebere mascuda Ibn Tumart había nacido en las montañas del Atlas y desde muy niño no tuvo otro camino que el de intentar seguir el marcado por Alá, que fue revelado a su profeta Mahoma, quien nos lo dejó escrito en el Corán. Tumart supo, desde muy joven, que ese era el único y exclusivo sendero por el que todos los musulmanes deberían transitar, sin caer en las desviaciones con que unos y otros tientan a los fieles.

El berebere mascuda viajó a los lugares sagrados en busca de la sabiduría y la revelación y llegó hasta Al Ándalus y en Córdoba conoció a hombres que le presentaron como sabios y a gobernantes que se le mostraron como los más fieles practicantes del Islam y la espada más afilada del profeta. Pero Ibn Tumart solo vio en ellos abominación.

Conoció a los sabios malikíes que interpretaban los textos sagrados y se espantó de su desvío y arrogancia. Comprendió que ellos habían sido la causa de la corrupción de los almorávides, que un día no lejano habían empuñado el acero contra tales aberraciones y en Al Ándalus, una vez más en Al Ándalus, en el vergel ponzoñoso, habían acabado siendo ellos seducidos por las doctrinas heréticas y caído en las tentaciones licenciosas que en aquel jardín perverso y tentador parecían siempre rebrotar y florecer corrompiendo a quienes se presumían más incorruptibles.

Los que antes habían condenado la música, el canto, la poesía, las ropas suaves y la cohabitación y hasta las impías alianzas con los infieles cristianos,

ahora en la suavidad andalusí se entregaban a ellas, aunque proclamaran lo contrario ante las gentes sencillas. Y mientras al pueblo islámico le aplicaban todo el rigor de sus preceptos y la dura bota de sus impuestos y exigencias, ellos disfrutaban de todo cuanto a los demás prohibían.

Ibn Tumart regresó a las montañas del Atlas y allí pudo comprobar como el mal se iba extendiendo. El califa Yusuf, quien siempre había dormido en el suelo, había vestido sencillas ropas de lana y se había alimentado en exclusiva de pan de cebada, dátiles, leche y carne de cabra y camella, había muerto hacía poco y desde Marrakech, en todo el Magreb y ya en casi todo Al Ándalus era ahora su hijo Alí ibn Yusuf quien gobernaba como califa. Y el hijo, aunque atacaba con sus tropas a los cristianos y sometía a los últimos taifas que se oponían a su autoridad, no era como su padre y se desviaba del camino de la fe y aún más sus gobernadores. Para convencerlo de su error y de su mal proceder, Ibn Tumart, al regresar de su retiro en Bejaia,^[29] donde había predicado y conseguido ya muchos seguidores, se dirigió a él para advertirle que ciertos impuestos que pretendían cobrar no eran coránicos ni por tanto estaban bendecidos por la palabra revelada, y así pues los musulmanes no debían pagarlos. Se celebró un gran debate, una gran reunión de pretendidos sabios que el califa convocó para refutar y aplastar a Tumart, y el propio Alí participó en la discusión. Tan solo para salir, tanto él como los que había llamado en su ayuda, derrotados todos por la verdad de Tumart, pues la verdad revelada al Profeta hablaba por su boca.

El triunfo de aquel a quienes ya comenzaron a llamar el Mahdi pudo significar también su fin. Pero el Elegido ya no estaba solo sino que a su lado tenía hombres muy valiosos que le custodiaban. Sobre todos ellos, Abd al Mumin, su más fiel seguidor, que desde joven había destacado tanto en el conocimiento de las artes de la guerra como de las intenciones ocultas de los hombres. Al Mumin intuyó primero y supo después que el califa sopesaba y acabaría por hacer ejecutar a Tumart. Entonces lo hizo salir con él de la ciudad podrida y le condujo a un refugio seguro en las montañas, entre los masmudas, en Tinmal, desde donde comenzaron a unírseles los clanes y rebelarse contra el poder de Marrakech. Fueron los zenetes, los más encarnizados enemigos de los sanhaya almorávides, quienes le ofrecieron desde el inicio su más fervoroso apoyo y le socorrieron con sus mejores

tropas. La predicación corrió como el viento e innumerables tribus acudieron a la llamada y aceptaron su autoridad como imán. Ante todos ellos, Tumart declaró que él era, en efecto, el Mahdi, el Elegido, el Enviado, el libre de pecado, que Alá había enviado para que destruyera a los heréticos almorávides, y ellos, los almohades, los que creían en el Dios único, serían su instrumento, porque ellos eran los unitarios, que proclamaban la unidad absoluta e indivisible de Alá y todo estaba ya predestinado. Los almorávides ya habían sido condenados y ellos, observando los preceptos, la absoluta separación de sexos, la abstinencia del alcohol y la evitación de frivolidades como la música, la poesía y el baile, serían el brazo ejecutor por el que se cumpliría lo que ya estaba escrito.

Así lo había proclamado el Mahdi: «Tenemos que combatirlos y vencerlos, luchar contra quien se ha desviado y prevaricado sin querer reconocer la gracia de Dios. Según las palabras del Corán, vosotros no sois musulmanes y no creéis en la profesión de Fe: No hay más Dios que Alá, por tanto vuestra sangre puede ser impunemente derramada y vuestras personas tomadas como botín.»

Nada pues, ni nadie de manera personal ni colectiva, fuera un hombre solo o una tribu entera podía oponerse a tal designio, y si alguien lo hacía la ira del Mahdi lo alcanzaría y exterminaría. A poco, todos los pueblos de la cordillera del Atlas estuvieron unidos a Tumart. El Mahdi predicaba y escribía en berebere para ser mejor entendido por todos y la espada de Al Mumin hacía reflexionar a los que dudaban.

Cuando las montañas eran ya suyas decidieron avanzar y en 1122 bajaron de ellas y se dirigieron contra Marrakech, pero era pronto, no estaba el tiempo cumplido en que habría inevitablemente de suceder, y se estrellaron contra sus murallas y solo consiguieron que Alí decidiera construir fortificaciones aún más poderosas.

Pero la victoria nubló al califa, engañándole sobre los verdaderos designios de Alá. Supuso el almorávide, y entendió como algo a su alcance, que no podía permitir que su enemigo dominara toda la cordillera, todo el espinazo central de su propia tierra, y que debía aplastar a Tumart. En 1128 un gran ejército almorávide intentó asaltar el refugio de Tinmal. Pero fueron

entonces ellos los derrotados y quienes vieron morir a innumerables jinetes y a los mejores guerreros.

Volvieron a creer el Mahdi y su general Al Mumin que sí era ahora en verdad llegada la hora y avanzaron de nuevo contra la capital con muchas tropas y el convencimiento de que Alá se la entregaría. Pero no estaba aún escrito y, tras tenerla cercada un mes, fueron entonces ellos los vencidos. La salida impetuosa de la caballería almorávide los desbandó y los hizo huir, perseguidos y acosados, sufriendo muchos el martirio antes de alcanzar el refugio en sus montañas. Allí se lamieron sus heridas y se prepararon para cumplir cuando estuviera maduro el designio escrito que aquella vez no habían podido consumir. Porque no era llegada la hora.

La que sí llegó fue la de Tumart, que murió en el año 1130. Al fallecer, los almohades estuvieron también en trance de desfallecer, pues no todos, y entre ellos muchos familiares cercanos al imán muerto, querían a Al Mumin como sucesor.

Pero él era el más capaz y quien contaba con mayores apoyos y tropas y logró imponerse. Finalmente tomó tanto el título de califa como el de jefe de los fieles, «amir Al Muminin», que era proclamarse tanto jefe espiritual como político y militar, pero que no alcanzaba al título de Mahdi de su predecesor, al que entendió, y le hicieron entender, que no podía aspirar.

Diez largos años hubo de esperar para reorganizar de nuevo todo su poder y no fue hasta 1141 cuando de nuevo, y esta vez ya definitivamente, Al Mumin bajó de las montañas y se dispuso a cumplir con la predestinación de Alá de aplastar a los almorávides.

Para estos, los tiempos de su esplendor habían dado lugar a momentos de tribulación, aunque todavía aparentaban una gran fortaleza y eran capaces de poner en movimiento enormes ejércitos. En apariencia la baraka les sonreía y tanto Alí como sus hijos habían obtenido resonantes victorias contra los infieles cristianos de Al Ándalus, en especial aquella de Uclés, donde mataron al hijo del rey cristiano y a los siete condes, los «siete cerdos» que custodiaban al infante Sancho, y les tomaron Cuenca, Huete, Alcalá y Oreja, al tiempo que lograron ya definitivamente unificar finalmente todo Al Ándalus bajo su mando, y todas las taifas, incluso la más pertinaz, la de los hudíes de Zaragoza, se les sometieron.

Pero no habían logrado recuperar Toledo ni desbordar por completo la frontera del Tajo. Y poco a poco los cristianos habían vuelto a recuperar la iniciativa. El aragonés Alfonso el Batallador les había arrebatado Zaragoza y cruzado el Ebro, avanzando por el Levante hasta que la muerte lo encontró en Fraga. Y el Alfonso castellano y leonés, a quien apodaban el Emperador, había recuperado terreno y avanzado hacia el Guadiana tras retomar Oreja, Huete y Uclés y corría con altanería y desprecio la tierra musulmana, saqueándola. Al Mumin conocía por sus espías allá que el descontento de la población andalusí con sus señores almorávides crecía. Su bota pesaba y, encima, eran incapaces de ampararlos de la cristiana.

Alí había nombrado sucesor y califa en Marrakech a Sir, un hijo suyo habido de una esclava cristiana, quien había demostrado su capacidad de gobierno y de combate en Al Ándalus y que fue aceptado a pesar de no ser el primogénito. La dirección de Al Ándalus recayó entonces en otro de los hijos de Alí, Tasufin, bien flanqueado por otro hermano suyo, Ibn Ganiya, el más capaz de todos en la guerra, que gobernaba en Valencia y había sido quien lograra frenar y hacer caer muerto al Batallador.

Pero entonces fue Alfonso el Emperador quien volvió a la carga y realizó profundas cabalgadas hasta asomarse hasta la mismísima Córdoba. Tasufin, además, fue llamado a Marrakech pues su hermano Sir comenzaba a recelar de él y de su creciente prestigio. Prefería tener a su hermanastro rival cerca, pero aquello a la postre le resultó peor. Tasufin acabó por ocupar el trono y el puesto de califa. Pero si pareció aliviarse la situación en el Magreb, en Al Ándalus, con su ausencia, empeoró. Tras haber caído Oreja fue luego Coria la que se perdió. La frontera de nuevo dejaba de asomarse al Tajo y retrocedía hasta el Guadiana y los almorávides reculaban por doquier. No tardaron en comenzar las rebeliones internas, como las de Zafadola y luego la del Rey Lobo.

Pero donde su aparente y sólido poder, resguardado tras las murallas de Marrakech, iba a convertirse en granos de arena arrebatados por el viento, iba a ser en la propia tierra donde habían nacido y llegado al cenit de su gloria.

A la muerte de Alí en 1143 nada hacía presagiar tan rápido fin, y con la llegada de Tasufin los ánimos de los almorávides se enaltecieron. Pero en tan solo tres años todo se derrumbó. Al Mumin lanzó un demoledor ataque en

1145 contra Tremecén y derrotó a Tasufin, que acudió a socorrerle. Y fue aún peor, el adalid almorávide murió a resultas del combate y sus tropas se encontraron sin un jefe competente que las condujera. Así que Al Mumin dejó a sus lugartenientes que concluyeran el asedio a Tremecén y él se lanzó contra Fez, a la que rindió tras nueve meses de asedio. Después se dirigió a cobrarse la presa final, Marrakech. El joven hijo de Tasufin intentó resistirle. Fue vano y corto su intento. Fue preso y decapitado sin dilación y la población almorávide de la ciudad pasada sin misericordia a cuchillo. Entonces se entendió que se cumplía al fin lo escrito y los designios del Mahdi habían sido satisfechos en todo el Magreb. Pues de todo el poderoso imperio ya solo quedaba allá arena y polvo. Pero al otro lado del Estrecho quedaba Al Ándalus y Al Mumin estaba obligado a volver ahora su vista hacia allí.

Sabía el nuevo señor del Magreb y califa de los almohades que en Al Ándalus las rebeliones estallaban por doquier contra los gobernadores almorávides y a poco solo quedaba el eficaz Ibn Ganiya, mientras todos los demás habían sido derrocados. Pero eran los cristianos y sus aliados quienes se aprovechaban de aquel caos. El portugués Alfonso Enríquez, tras tomar Santarem, lograba también rendir Lisboa y su primo el Emperador tomaba Calatrava y osaba llegarse y asaltar Almería poniendo su pie y su seña en el mar del sur, ayudado por el catalán Ramón Berenguer. De nuevo Al Ándalus, como lo había estado en tiempos de Alfonso VI tras la toma de Toledo, parecía en trance de sucumbir por completo ante el empuje de los caballeros de la cruz. Y ahora, como entonces le llegaron a Yusuf *el Almorávide*, comenzaron a llegarle a Al Mumin, el almohade, las llamadas de socorro de Al Ándalus y las súplicas de los nuevos reyezuelos de sus taifas.

A todos los recibió con cortesía, pero aún no podía atenderlos en aquel momento pues eran muy otras sus prioridades. No eran los ya derrotados almorávides de Marrakech quienes se le oponían, sino que hubo de derrotar y someter a los hamudíes y tomarles Argel, así como domar a sus aliados beduinos del interior del Sahara, que no paraban de hostigarlo. Por el momento, los nuevos reyezuelos de Al Ándalus hubieron de conformarse con promesas y tan solo alguna pequeña y testimonial tropa que no hizo sino ver su descomposición y desvío y hacérselo saber.

Cuando tuvo la tierra africana ya más en calma puso en práctica, con los informes que había recabado, su plan para Al Ándalus. Fue enviando, al mando de sus hijos, tropas y expediciones para que ocuparan el territorio, se apoderaran de cuantas taifas les fuera posible y fueran conteniendo a los cristianos. Sería después cuando él mismo, en persona, comandaría la gran y definitiva expedición para unificar todo su imperio y dentro de él, Al Ándalus. Hasta entonces permanecería en África. Poco a poco fue cumpliéndose su voluntad. En 1151 recibió en Rabat, que él mismo había fundado, a casi todos los reyezuelos de Al Ándalus, que le ofrecieron sumisión. De toda la Baja Andalucía solo faltó Ibn Qasi, pero este fue muerto por sus propios súbditos. Sin embargo, ni el Rey Lobo, señor de todo el Levante, ni los gobernantes de las islas Baleares que se creían a salvo defendidos por el mar, enviaron emisarios ni acataron su autoridad.

También le resistía, en Córdoba, el último adalid almorávide, Abengania, pero este no tardó en doblar al fin la cerviz ante el nuevo poder. Les entregó Córdoba y Jaén e iba a hacer lo mismo con Granada cuando le llegó la hora de morir. Con él se extinguía el último de una estirpe que había dominado desde el Níger hasta el Tajo y el Ebro y más allá.

Al Mumin tenía un enemigo menos, pero además de los sometidos hamudíes todavía le quedaban en África los ziríes, una de cuyas ramas había gobernado en Granada y seguían ahora haciéndolo en Ifriquiya,^[30] hasta que logró expulsarlos también. Pero no por ello obtuvo la paz en África para poder llevar la guerra a Al Ándalus. Sus enemigos más peligrosos brotaron bajo sus mismos pies, entre los familiares del fundador, el Mahdi Tumart, que no se habían resignado a ser postergados y conspiraban para derrocarlo. Pero Al Mumin se les adelantó. Hubo gran derramamiento de sangre y a los pocos supervivientes los encerró y aisló, muy honorablemente, eso sí, en Fez. Solo fue entonces cuando se sintió con la fuerza y el poder para nombrar a su primogénito Abu Yaqub como heredero y colocó a sus demás hijos como gobernadores de las provincias y capitales más importantes. A todos los hizo acompañar de un visir elegido entre los jeques de las tribus coaligadas. Pero ni siquiera entonces se decidió a cruzar el Estrecho, sino que se dirigió de nuevo a Túnez pues allí los ziríes habían entregado buena parte de lo que

fueron sus dominios a los normandos afincados en Sicilia, que controlaban la costa y el comercio. Había pues que expulsar a esos infieles, antes que nada de territorio africano, algo que tan solo alcanzó a lograr ya vencido el año 1160.

Ahora sí, al fin, Al Mumin pudo fijar su vista en Al Ándalus y poner allí pie, tras cruzar por primera vez, que iba a ser también la última, el Estrecho. Fue un corto viaje pero muy fructífero y que dejaría semilla de futuro que sus hijos supieron aprovechar. Ya había establecido el año anterior una potente base naval en Gibraltar a través de la cual canalizar las expediciones hacia la Península. Fue donde desembarcó para reafirmar su autoridad y la de sus hijos, que si bien imponían su poder sobre el territorio musulmán, seguían sufriendo no pocos reveses cuando se enfrentaban contra los castellanos o el Rey Lobo.

El mayor, Abu Yaqub, el heredero, era gobernador de Sevilla, que fue desde un primer momento la elegida como capital almohade en Al Ándalus. Abu Hafs lo era de Córdoba, y Abu Said de Málaga y Granada, que habían ofrecido resistencia pero finalmente habían caído, y también se había recuperado Almería a los castellanos tras diez años de ocupación. Había sido tres años atrás, a comienzos de la primavera de 1157 cuando Abu Said había instalado sus primeras líneas de asedio y la nada animosa defensa hizo que a poco hubieran penetrado en la ciudad mientras los cristianos se refugiaban en la alcazaba. El emperador Alfonso, que había estado muy enfermo el año anterior, salió en mayo de Toledo dispuesto a recorrer la enorme distancia para auxiliarla. A él se unió, al paso por Guadix, fortaleza que tenía en su poder, su leal aliado el Rey Lobo. Pero ante ellos quedaba un territorio muy difícil donde resultaba suicida intentar el avance por la costa, pues allí es muy estrecha esa franja y podían verse con la retirada cortada, careciendo, además, de apoyo naval alguno pues los pisanos habían abandonado la ciudad en años anteriores. No pudieron avanzar pues hacia la Almería asediada y entonces idearon un intento de aflojar la presión dirigiéndose a Granada, pero los almohades no aflojaron por ello el dogal sobre la presa. Y Alfonso, llegado el mes de julio, vio que la enfermedad regresaba a él y le dejaba en extremo postrado. La retirada se impuso, y con él se retiraron también las guarniciones de Andújar, Úbeda y Baeza. El poderío cristiano desaparecía de

toda la Alta Andalucía y los almohades triunfaban. En agosto la alcazaba de Almería se entregaba y a poco llegaba la nueva de que el rey cristiano no había pasado vivo de Despeñaperros, pues la muerte le había encontrado bajo una encina en el paso de la Fresneda, exhausto y agotado. Todavía joven en edad, tan solo cincuenta y dos años, pero agotado por más de treinta años de campañas continuas. Tras su muerte, la pérdida de Almería y el debilitamiento de Ibn Mardanis, los hijos de Al Mumin progresaron y fueron mermando su poder. Tras desalojar al Rey Lobo de Córdoba lo hicieron irse retirando, junto a sus mesnaderos cristianos, de todas las plazas hasta derrotar y matar en Granada al nieto de Álvar Fáñez.

Cuando el califa Al Mumin cruzó el Estrecho fue tan solo para recoger en sus manos la fruta ya no solo madura, sino caída en las de sus hijos. La recogió y volvió a su tierra natal a preparar, esta vez ya sí, la magna expedición con la que iba a asestar el golpe más terrible a los castellanos y a reconquistar Toledo. Así lo tenía previsto, pero en esta ocasión no sabía que era otra cosa bien diferente la que estaba escrita. Cuando el Rey Pequeño, el niño Alfonso, huía de su tío desde Soria hasta Atienza, el califa almohade se encontraba ya en Sale ultimando los preparativos para cruzar a Al Ándalus y encabezar a su ejército en su marcha hacia Toledo. Pero no llegaría ni a comenzar aquella travesía, pues la muerte le alcanzó en Sale y fue su hijo Abu Yaqub quien hubo de cruzar el mar en dirección contraria para recibir su herencia, ser proclamado califa y demorarse allí otra vez largos años para consolidar su poder antes de poder regresar a Sevilla y acabar lo que había empezado cuando, siendo todavía muy joven, había logrado entrar triunfante en la que hizo y mantuvo, prefiriéndola a Córdoba, su capital.

El nuevo califa Abu Yaqub conocía muy bien la Península, Al Ándalus y los reinos cristianos, y a él se debía buena parte de las conquistas y sumisiones conseguidas. Ahora su obsesión era retornar al menos a situar las fronteras donde las habían logrado mantener los almorávides en su momento de esplendor, y para ello debía retomar Zaragoza y dar el paso esencial, el máximo, el definitivo de su misión, lo que su padre sobre todas las cosas le había encomendado: recuperar Toledo. Aquel era su plan y para ello hasta contaba con aliados cristianos como Fernando Rodríguez de Castro y de sus

manos con el rey leonés Fernando II.

Pero antes de nada había que acabar con el último taifa, el del Rey Lobo, y someter de una vez Murcia y Valencia. Además de aquellos rebeldes de las Baleares que no dejaban de hostigarles y eran molestos como avispa, pero no daban ni un gramo de miel, como hacían las abejas, y cuyos picotazos eran aún más dolorosos.

No fue hasta el año 1171 cuando al fin pudo Abu Yaqub ponerse en marcha. Estaba al tanto de todos los movimientos y vaivenes de la lucha en la frontera y de la última resistencia del Rey Lobo unos años antes, cuando ya había estado cercado en Murcia. Ya el año anterior había enviado por delante un fuerte ejército que en tres frentes había de restablecer el equilibrio, pues las tropas almohades habían sufrido algunas derrotas, y preparar el terreno para el golpe definitivo. El cuerpo expedicionario llegó a Sevilla y se dirigió primero hacia Badajoz, de donde ahuyentó a los portugueses con la connivencia, otra vez, del rey leonés Fernando, que acudió a la plaza y firmó en la localidad cercana de Zalaca, donde su bisabuelo Alfonso VI había sufrido su primera derrota a manos almorávides, un tratado con los nuevos dueños de Al Ándalus. Después las tropas almohades, conducidas por el despedido Hamusk, penetraron en los dominios del Rey Lobo y se apoderaron de Baza y Lorca. Mientras, Abu Hafs, el hermano del califa y gobernador de Córdoba, remontó Sierra Morena y dirigió una expedición de castigo contra tierras toledanas. Era el preludio de lo que se preparaba, de mucha mayor envergadura, para el año siguiente. De todos aquellos planes y movimientos se estaba al tanto en la corte de Alfonso VIII y el joven rey se preparaba para la gran embestida y, en cierto modo, su bautismo como rey en una gran batalla. Para ello nos preparábamos todos.

El califa ordenó la concentración del grueso de sus tropas, formadas por grandes contingentes de las cabilas magrebíes, en Ceuta. Desde allí cruzó a Gibraltar y en la primera semana de junio de 1171 estaba en Sevilla, donde lo esperaban sus hermanos, Said y Hafs, con todos sus contingentes dispuestos. También le aguardaba don Fernando Rodríguez de Castro. Y este le propuso un itinerario por donde menos podían esperarse los cristianos el ataque contra la frontera toledana, pues la expedición avanzó desde tierras de Badajoz, siguiendo luego por las plazas y castillos en manos del Castro, que facilitó su

paso, y cruzaron el Tajo por Albalate el 22 de julio para caer después sobre las tierras toledanas raziando, talando y cautivando esclavos cristianos que se llevó hacia Sevilla en un golpe tan audaz que nos dejó sin capacidad de respuesta. Tras ello el califa se retiró y no hizo mención de realizar un ataque masivo ni de amenazar poblaciones importantes. Sin embargo, Abu Yaqub no regresó a África y las nuevas llegadas de tropas africanas a Al Ándalus indicaron que la expedición había sido tan solo una forma de tantear el territorio y que la campaña decisiva tendría lugar en el año 1172.

Para ello era para lo que las tropas se estaban preparando concienzudamente. Primero tomarían de una vez por todas los vestigios de los antes grandes dominios del Rey Lobo, y después se lanzarían frontalmente contra Castilla.

El plan del califa no se limitaba a atravesar el Tajo, aunque eso se ocultara a casi todos, y desde luego a los coyunturales aliados leoneses. O tal vez el propio Fernando de Castro lo supiera. Pero la intención, para la que Abu Yaqub estaba dispuesto a emplear cuantos años fuera necesario, era restablecer la ley del Corán mucho más allá de Toledo y volver a convertir en mezquitas las iglesias cristianas hasta el Duero. Pero primero había que acabar con Ibn Mardanis. Y hacia él se dirigieron.

Yo había visto finalizar aquel año en Toledo, había cumplido con mi visita a Elisa en la Navidad, aunque ni siquiera había podido comenzar a urdir mi secreta promesa de vengarla, y había pasado la primavera en continuos movimientos con las tropas por todo el sector de Cuenca, en sus manos, y de Zorita y los pasos hacia la Alcarria y Atienza. Pero ni siquiera había entrado una sola vez en combate. Ahora, de nuevo por Navidades, regresaba de nuevo a Toledo dispuesto ya a volver de allí casado.

Tormenta sobre Huete

El Miramamolín, así había comenzado a llamarse al califa almohade entre los cristianos de la frontera, se nos vino encima nada más comenzar el año. Y su embestida no era una razia en busca de cautivos, ni una expedición de castigo, era la Yihad, la Guerra Santa, que venía a conquistar la tierra y someterla al Islam. Su ejército era inmenso, incontable su caballería y aún más sus peones, gentes venidas de todos los confines, de las arenas del Sahara, de las montañas del Atlas, hasta el sultán Saladino les había enviado a sus temidos arqueros, cuyas mortíferas flechas habían acabado con tantos cruzados. Los guerreros almohades, despiadados y dispuestos al sacrificio por Alá, eran el corazón de aquel ejército donde también marchaban las tropas de todas las provincias de Al Ándalus, todos unidos en el tawhid de la fe almohade, todos bajo un solo mando y una única voluntad, la de Alá, de la que Abu Yaqub era ahora su intérprete y los hermanos del califa, sus brazos ejecutores.

Venían sobre caballos, sobre camellos y a pie en filas que se perdían en el horizonte. Las seguían aún más numerosas hileras de carros, acémilas y gentes que traían las tiendas, las vituallas y la impedimenta. Avanzaban sobre la tierra arrasándolo todo, comiéndoselo todo, bebiéndose toda el agua y acabando hasta con la última brizna de hierba. Venían contra nosotros, pero antes debían hacer un alto en el camino y acabar con un estorbo que tenían clavado en el costado desde hacía muchos lustros y que seguía desafiándolos.

Ibn Mardanis, el Rey Lobo, aún se mantenía en pie dispuesto a resistir una vez más. Pero esta vez su suerte estaba vencida de antemano. Nada podía hacer frente a aquel mar de guerreros bajo quienes su tierra se sumergía.

Para esa primera misión, al frente de ellos puso el califa, que quedó en Sevilla, al que hacía el cuarto de los hermanos, Utman, al que había hecho gobernador de Granada. Le ordenó que marchara sobre Murcia y la tomara. Utman avanzó sin encontrar quien se le opusiera hasta que, a poco más de dos leguas de las murallas de la ciudad, el Rey Lobo con sus auxiliares de caballería cristiana le salió al encuentro. El lugar se llamaba el Djellab, las tropas de Ibn Mardanis fueron barridas y la mayoría de los cristianos, que a su lado combatían, muertos. El Rey Lobo aún pudo retirarse y alcanzar las defensas de Murcia, tras las que se guareció como había hecho en la ocasión pasada. Pero ya no tenía fuerzas ni le quedaba esperanza, y la enfermedad y la tristeza se apoderaron de él. Era marzo cuando sintió que la muerte le llegaba e hizo entonces comparecer ante sí a sus ocho hijos. Como última voluntad les aconsejó que no resistieran la voluntad del califa, que parecía inquebrantable, pues no quería que todos murieran. Que se entregaran a la misericordia del califa, acataran el tawhid de los almohades y preservaran lo que fuera posible de sus riquezas y fortuna. Aceptaron ellos y el Rey Lobo expiró.

Mantuvieron sus hijos en secreto su muerte algunos días hasta que llegó a la ciudad el hermano del fallecido, que gobernaba en su nombre Valencia y al que dejaron entrar los sitiadores, pues no traía tropas. Y entonces los nueve se presentaron ante Utman y se sometieron al califa, al que hicieron entrega de todas las tierras y plazas en que aún gobernaban. Utman los envió a su hermano Abu Hafs, que a su vez los hizo llegar al mayor y cabeza de la dinastía, Abu Yaqub, en Sevilla, quien los recibió con benevolencia y tras su aceptación del tawhid los incorporó, preservando su alto rango, a sus ejércitos.

Estaba ya entrada la primavera y el califa Abu Yaqub se congratuló de que toda la tierra musulmana de España estuviera bajo su mando y la ley almohade. De aquellos isleños de las Baleares ya se encargaría más adelante. Pero ahora los que tenía al alcance de su mano eran los castellanos, ya sin el

dique de contención del Rey Lobo que les preservara de sus golpes.

Se reunió con los hijos de Ibn Mardanis, entre los que hacía cabeza Hilá, pues los entendió como buenos conocedores de las debilidades de quienes hasta entonces habían sido sus aliados, y este no le defraudó. Bien sabía de sus fortalezas y sus movimientos, de cuáles eran sus plazas más inexpugnables y de las que aún no estaban listas para la mejor defensa. Y entre estas últimas se encontraba Huete, que era llave de todo el territorio previo a la sierra de Enmedio, y con cuya conquista, como había sucedido en anterior ocasión tras apoderarse los almorávides de Uclés, caería toda la tierra hasta el Tajo. Y allí solo quedaría Zorita para defender su cruce y forzado para lanzarse al asalto de las tierras cristianas hasta alcanzar la cordillera que se divisaba en el horizonte, la espina dorsal montañosa de España, la Marca Media, y allí los pasos y las rutas por las que Al Mansur al Bilá atravesaba sus reinos como si fuera queso fresco.

Hilá le dijo al califa que Huete no había aún concluido del todo sus murallas y que estas aún no tenían puertas defendidas ni torres que las guardaran. La ciudad quedaba, además, cercana a sus líneas de aprovisionamiento. Era un objetivo al alcance y de importancia decisiva. Pero también advirtió a Abu Yaqub que los cristianos no habían permanecido inertes tras la muerte de su padre el Rey Lobo y que, entendiendo el acuerdo roto y la alianza acabada, sus mesnadas se habían dirigido a Cuenca y la asediaban. Si la conquistaban, toda aquella tierra, que fue de los Dini il Num y luego de Álvaro Fáñez, quedaría bajo su mano y bien defendida de nuevos ataques.

Sabía muy bien Hilá lo que decía, pues en efecto hacia Cuenca se habían dirigido las tropas de los Lara, quienes junto con mesnadas concejiles del extremo castellano la tenían cercada. No eran muchos los defensores, pero estaba la plaza tan naturalmente defendida y encastillada por los propios cañones de los ríos que la abrazaban que no hacían falta apenas hombres para impedir su asalto. Yo mismo había estado preparado para acudir al cerco, pero una orden última de don Nuño Pérez de Lara me retuvo en Atienza con el grueso de nuestra tropa concejil. El rey Alfonso nos ordenaba que aguardáramos su llegada.

El amir Yaqub tuvo entonces ya en su mente la visión de su campaña y

tras guardar el ayuno del Ramadán, que concluyó con mayo, dejó Sevilla, se llegó desde allí a Córdoba, desde donde envió a Ganim, otro de los hijos del Rey Lobo, contra las tierras de Toledo y Talavera a que raziaran y devastaran y atrajeran sobre sí a la caballería cristiana. Pero aquel no era el verdadero objetivo, sino una distracción y una trampa para el enemigo. El mismo califa, flanqueado por sus hermanos, se puso al frente del grueso del ejército y comenzó la marcha por Andújar, Baeza, expugnando los castillos avanzados en territorio moro, de Vilches en Jaén y Alcaraz, en Albacete, que en tiempos el suegro del Rey Lobo, Hamusk, ahora presente en la ofensiva al servicio de los almohades, habían sido cedidos a los cristianos. Los defensores de las fortalezas pidieron el «aman»^[31] ante la inmensidad del ejército y la imposibilidad de defenderlas, y les fue concedido. Entró entonces, tras poner guarnición en las plazas conquistadas, el califa ya por tierras conquenses y el día 6 de julio llegaron las tropas a orillas del río Alcira. Bebieron de sus aguas los soldados y abrevaron sus mulos y bestias, descansando allí todo un día para ponerse en marcha el 7 y llegar a acampar esa noche ya a las márgenes del río Júcar. El día 9 los primeros contingentes estaban ya a la vista de Huete y tres días después, el 12, el califa Abu Yaqub apareció ante sus muros.

Todo ello lo sabemos ahora de manera precisa porque entre las tropas del califa se encontraba un andalusí de Beja, un hombre ilustrado, llamado Sahib al Salá, que conocía al gran Averroes, presente también en aquella expedición como acompañante de Abu Yaqub, y que lo escribió todo y con detalle y su relato acabó por llegarnos a Toledo en años posteriores.^[32] Pero entonces tan solo supimos que la ofensiva almohade había comenzado, que nuestros castillos se rendían sin oponer resistencia y que la marcha parecía dirigirse hacia el distrito de Uclés, Huete y Zorita.

El rey Alfonso, en lo que iba a ser su primera campaña al mando de las tropas y también la primera mía como combatiente, aunque ambos hubiéramos asistido a muchas otras, ordenó a su ejército concentrarse. Lo hicimos en Toledo creyendo que hacia allí se dirigía la embestida, pero muy prontamente se comprendió que esta marchaba hacia el otro extremo de la frontera y el rey, con solo dieciséis años entonces, se puso rápidamente en camino para socorrerla. Nuestra marcha fue rápida, supimos que el cerco de

Huete se había cerrado pero también que resistía, por lo que aún forzamos más el paso.

La noche del viernes 7, el príncipe Abu Said, al mando de doce mil jinetes, había llegado ya ante los muros de Huete, de avanzadilla, con sus tropas almohades, árabes y un potente contingente de arqueros, apoyado por Ben Garrum, señor de Jerez, y Hamusk, el que había sido suegro del Rey Lobo, y juntos habían cruzado la frontera entre Al Ándalus y Castilla, que se establecía en el río Záncara por los agarenos y en el río Cigüela por parte cristiana. Entre ambos, la tierra de nadie. Al amanecer del día 8 habían entrado ya en los primeros campos poblados de los cristianos y se abalanzaron sobre la Almarcha, cogieron por sorpresa a los defensores de la pequeña fortaleza que allí había, pasaron a cuchillo a sus defensores e hicieron prisioneros a sus mujeres e hijos. El castillo fue demolido y convertido en campo raso.

El hermano del califa, la caballería almohade y el contingente árabe siguieron su marcha todo el día 8, tras enviar al califa la nueva de los prisioneros hechos y la conquista del castillo. El día 9 se dio vista a la ciudad de Huete. Puso Abu Said a sus tropas en orden de combate y de la ciudad vinieron de inmediato contra ellos destacamentos de caballería cristiana. Se trabó combate entre la vanguardia y los defensores y al poco el contingente árabe volvió grupas y salió del combate forzando al príncipe Abu Said, que luego les reprocharía su poco coraje, a hacer lo propio. Los defensores de Huete no los persiguieron sino que volvieron de prisa tras sus defensas, que intentaban reforzar a marchas forzadas. El príncipe Said ordenó acampar en un cerro próximo desde el cual se contempla y domina la ciudad.

Defendía la ciudad el conde don Pedro Manrique de Lara, que era sobrino de don Nuño Pérez de Lara, y en su honor había sido con tal nombre bautizado el hijo del difunto don Manrique, que ante aquellos mismos muros había muerto a manos de los Castro, en aquella jornada que el rey Alfonso y yo vivimos de niños. La tropa, con la que había de enfrentar al inmenso ejército almohade que llegaba a suponerse hasta en cien mil hombres, contando avituallamiento y sirvientes, era de tan solo un millar de combatientes a lo sumo. Y se añadía a ello que en efecto las fortificaciones

no estaban del todo concluidas, aunque sí se había logrado cavar ante la muralla un profundo foso, con estacas afiladas clavadas en el suelo para intentar con ello frenar a la caballería. Pero las esperanzas eran muy pocas y don Pedro Manrique suponía que el grueso del ejército cristiano no podría acudir a tiempo en su ayuda. Sopesó con sus caballeros tras la exitosa salida de la tarde, el esperar la llegada del grueso de la tropa enemiga y, si esta fuera imposible de contener, ver de intentar conseguir un aman en condiciones ventajosas para tropa y población.

El califa llegó a la vista de la ciudad el día 12 y ordenó a las tropas, a los almohades, los árabes, los andalusíes y todas las cabilas que se prepararan para el combate y se dispusieran a atacar con la lanza y la espada. Se unieron los soldados a sus respectivas tribus, se distribuyeron los combatientes según el orden de sus puestos y categorías y, listas las tropas, se les ordenó subir al monte donde estaba acampado el príncipe Abu Said, el hermano del califa, para fundir en un solo ejército a todas las fuerzas.

Por orden subieron al cerro las tropas provistas de lanzas largas, corazas, cascos, escudos, banderas y estandartes, con el más completo armamento y en perfecta formación. En la retaguardia iba el califa, al frente de su victorioso escuadrón, y en su compañía los descendientes de la Yamaa, los diez primeros compañeros del Mahdi, los Cincuenta Célebres, representantes de las cabilas y tribus almohades, y las gentes de la Casa, cercanos al propio califa, y sus servidores. Detrás de ellos formaba Abu Hafs, el hermano del califa, con sus otros hermanos, seguido de las banderas de cada uno y de un centenar de timbaleros redoblando sus timbales. Llegados a la cumbre, los musulmanes lanzaron grandes gritos proclamando el tawhid y el takbir, «Alá es Grande», mientras resonaban de nuevo los timbales.

Se lanzaron entonces al ataque en torrente contra Huete, traspasaron el foso y la empalizada que los defensores habían cavado en los dos días anteriores sin que pudieran contenerlos, pereciendo bastantes de ellos y teniendo que retirarse los demás con los heridos que podían valerse y andar, y se apoderaron los atacantes de la parte contigua a las murallas, del interior de los arrabales y de sus viviendas, que fueron incendiadas y destruidas. Fijaron tiendas y puestos de avanzada en sus jardines y les impidieron aprovechar y

beber agua de un pequeño río que por allí pasaba.^[33]

Caía ya la tarde y concluyó el combate con la pérdida de la luz. El Príncipe de los Creyentes acampó en la cumbre del monte, le armaron allí el gran pabellón rojo en el que se aposentaba y le rodearon todas sus tropas. Rezó el califa y rezaron postrados mirando a La Meca todos los musulmanes, y el eco de su rezo aterró aún más que los timbales a los cristianos asediados.

Ya anochecido, reunió Abu Yaqub a los jeques y trató con ellos de cómo cercarían y atacarían la ciudad. Montó a caballo su hermano el príncipe Abu Hafs, quien se puso al frente de las tropas y, seguido de sus otros hermanos, los jeques almohades y los adalides hispanos Ben Garrum y Hamusk, rodeó la ciudad por los cuatro costados. Y asignó a los combatientes sus puestos. Al frente de cada cuerpo de ejército había de estar uno de los príncipes hermanos, Abu Said con la tribu hintata, Abu Zakaria, señor de Bugía, con la tribu kumya, Abu Alí al Hassam con los gomara, Abu Ishaq con la tribu yadmiwa, y Abu Ibrahim con la yanfisa, e igualmente los jeques almohades con las suyas, mientras que los árabes ocuparían un puesto contiguo a la ciudad sobre el arrabal tomado.

En la mañana del miércoles 13, al amanecer ya estaba el califa ante su pabellón. Se recitaron las preces y se leyó un trozo de las Tradiciones. Las tropas se preparaban y el califa montó en su corcel para mejor contemplar a su poderoso ejército, feliz de su número y su disposición, sus escuadrones eran como montañas en movimiento, colmaban la planicie soldados de a pie y a caballo, flotaban al aire los estandartes, resplandecían las espadas al sol naciente, los caballos se contestaban a sus mutuos relinchos y formaban los flancos ardorosos guerreros y valientes de reconocida fama, vestidos de cotas de malla y corazas cortas, ceñidas con alfanjes y cuchillos y llevando a las espaldas los arcos y las lanzas.

Cabalgaba al lado del califa su hermano Abu Hafs y los jeques de los almohades, pero además mandó que formaran en su séquito los faquíes Al Yadd y Al Lalaquí y los alcaldes Umran, Al Safár y Rusd, de Sevilla, a quienes hizo gran honor con ello. Este último, Abu il Walid ben Rusd, era alguien a quien todos conocíamos pues su fama y sabiduría se había esparcido no solo por Al Ándalus, sino por todo el mundo islámico hasta el mismo Damasco y también por las tierras cristianas, donde era conocido

como Averroes. Había nacido en Córdoba y su padre y su abuelo ya habían sido sabios y respetados. Pero él los superaba a todos. Estudió teología, derecho, poesía, filosofía, matemáticas, astronomía y sobresalía también en medicina. El califa Abu Yaqub Yusuf lo tenía en gran estima y lo había nombrado juez supremo en la capital almohade de Sevilla. Ben Rusd gozaba del favor del soberano, pero ya había muchos que se oponían a él por sus ideas.^[34] Se le acusaba por estos fanáticos de seguir las doctrinas de quien consideraba uno de sus guías Al Farabi ibn Sina, Avicena para los infieles, filósofo y médico como él. Los dos conocían muy bien a los pensadores de los antiguos griegos y en la disputa entre Platón y Aristóteles habían encontrado líneas de concordia. Saludó el sabio al historiador con afecto y este le comentó que había leído sus libros, el de medicina, *Kitb-al-kulliyat-al-Tibb*, que había llevado a la guerra con él, así como sus comentarios *Yawami* (menores), *Talsijat* (medios) y *Tafsirat* (mayores) a Aristóteles y su exposición sobre la *República* de Platón, aunque su favorito era *Tahafut al-Tahafut* (La incoherencia del incoherente).

Una de las causas de las dificultades de Averroes con algunos de los almohades más rigurosos venía por su amistad con el judío Moshé ben Maimón (Maimónides),^[35] que también cultivaba todas las ramas del saber. Él intentaba conciliar las enseñanzas de los filósofos antiguos con el judaísmo al igual que su amigo lo hacía con la fe islámica. El primer califa, el padre de Abu Yaqub, el gran Abd al Mumin, señaló que, so pena de destierro, los judíos habían de convertirse a la única religión admitida. Maimónides lo hizo, aunque todos dijeron que sin hacerlo en su corazón y sin sinceridad, por lo que siguió perseguido y, como todos los de su raza, fue obligado a llevar por orden del califa que ahora sitiaba Huete unos símbolos distintivos porque «dudaba de la sinceridad de su fe islámica». Averroes lo conoció en Almería, donde se había marchado desde Córdoba, y allí se hicieron grandes amigos, pero a la postre el hebreo hubo de abandonar Al Ándalus. Maimónides hubo de partir, con gran disgusto de Averroes, primero a Fez, luego a Palestina y por último recaló en Egipto, donde fue bien acogido por el gran Saladino y por su hijo Al Fasl y era donde ahora se encontraba.

Pero aquellas eran historias de filósofos y ahora era de la guerra de lo que

se trataba. El califa y su séquito llegaron a las cercanías del foso asaltado y allí eligió un altozano donde le erigieron el pabellón, donde se aposentó con los citados notables para contemplar la inminente batalla. Era el cerro de Álvar Fáñez, así llamado en memoria del legendario caudillo cristiano, el primero en reconquistar esta tierra. Las huestes, entonces, proclamaron al califa, le bendijeron y ensalzaron, asegurando que perseverarían en la Yihad siguiendo su buen consejo y su firme resolución. Montaron a caballo los jinetes, se adelantaron la infantería y los arqueros. Esperaron, como se había ordenado, a que resonaran los cien timbales al unísono y las tropas iniciaron la arremetida.

Esta de inicio fue muy poderosa y, en efecto, la ciudad, desprovista de defensas en sus puertas y de murallas en su primera línea, no tardó en ser asaltada por varios lugares, aunque resistieron en algunos lienzos de los muros y en el interior de algunas iglesias, aunque otras fueron asaltadas y capturadas nueve campanas. Pero la mayoría de los combatientes cristianos se refugiaron en la alcazaba junto a la población. Cuando los atacantes llegaron a su pie y contemplaron aquella enorme pendiente y el cerro entre cerros que la dominaba, se desalentaron y detuvieron su avance y los mandos ordenaron resguardarse de los proyectiles. Hubo quien se quejó y el cronista anotó como por él mismo comprobado que el jefe de los arqueros, Muhammad ben Tifut, les ordenó no disparar sus dardos contra los cristianos. Afeado por ello, contestó a grandes voces que aquello era inútil, pues no alcanzaban a remontar por encima de los altos muros del alcázar y solo podían herir a quienes los lanzaban al caer, tras rebotar contra ellos.

Pero hubo algo que en verdad detuvo el avance que parecía incontenible: una cierta galbana parecía apoderarse de las tropas y de sus jefes y solo en un extremo perseveraba en su empeño Ben Garrum, señor de Jerez, que se afanaba contra el torreón cuyo asalto le habían encomendado. Cuando estaba a punto de lograr penetrar en el interior del reducto se encontró sin apoyo ni ayuda alguna.

—Cuando estaba a punto de arrebatárselo a los cristianos me encontré que no venía ni uno solo de los jeques y caudillos con sus tropas a los que había pedido que me reforzaran. Acudí al Príncipe de los Creyentes, que se encontraba con su hermano Abu Hafs y los sabios teólogos que les

acompañaban, los tolbas alhadr, y les supliqué que me enviaran auxilio y que con unas pocas tropas de socorro mis soldados entrarían a la ciudad pues estábamos a punto de vencerlos. Pero el califa se desentendió de mí y no me contestó, al igual que hizo Abu Hafs. Se giraron y se ocuparon del asunto que se traían entre manos —relató el jefe andalusí al historiador Al Salá, a quien se quejó también amargamente.

»Entonces comprendí que la intención de la Guerra Santa se había adulterado y que la campaña era difícil de soportar. Así que me volví, sin esperanzas de conseguir la victoria, en extremo preocupado y pensativo. La lucha continuó floja y desmayada y con tedio hasta la oración del mediodía, que fue cuando ya cesó. No fue de utilidad un ejército tan numeroso, ni se sacó de él provecho no obstante contar con cerca de cien mil hombres entre jinetes e infantería. El califa y las tropas volvieron a las tiendas. Alguien estaba en el secreto de aquel estado de cosas y se alegró de la imposibilidad de sostenerlo, pues lo preparó y lo conocía.

La queja de Ben Garrum provenía, en efecto, de que él no estaba en el «secreto» en que sí parecían estar el califa y su mano derecha y hermano Abu Hafs. Estos tenían informadores y cómplices en la ciudad y no estaban por lanzar un asalto contra la impresionante ciudadela que pudiera costarles muchísimas bajas y que, además, no garantizaba en absoluto el éxito sin contar con fuertes y numerosas máquinas de guerra de las que aún no disponían.

El califa almohade esperaba, y de hecho ya se había producido, la petición de un aman por parte del jefe cristiano. Pero sabía algo más todavía que les iba permitir endurecer al límite las condiciones de rendición al jefe cristiano y apoderarse de la ciudad sin sufrir apenas pérdidas, preservando todo su ejército y seguir victoriosos la campaña con las tropas intactas y cargadas de moral y de botín. Porque Abu Yaqub y su hermano el príncipe Hafs sabían, y desconocía Ben Garrum, que la situación de los cristianos se había vuelto desesperada porque se estaban quedando rápidamente sin agua. Los jefes almohades habían sido informados de que el aljibe mayor que contenía el precioso líquido se había rajado, o lo habían horadado o con el medio que fuera habían logrado que el agua se perdiera, y la ciudadela tenía casi totalmente agotadas la totalidad de sus reservas de agua. Fieles

musulmanes que vivían en Huete bajo el dominio cristiano habían sido los autores del sabotaje. Informado de ello el califa y cuando el jefe cristiano solicitó el aman, pidiendo que se le dejara salir con sus tropas y bienes, se negó en redondo y exigió una rendición sin condiciones. Suponía que era tan solo cuestión de días que la ciudad, desesperada, se le entregara. No tenía por qué hacer pacto alguno para lograrlo, sino solo mantener estrecho el cerco e impedir que logran acceder al agua. Así que extremó la vigilancia tanto en el río Borbotón como en el Huete.

Por ello, aquella noche en el Concejo de lo que se trató fue de reforzar los centinelas que impidieran de manera absoluta a los cristianos proveerse de agua. Y al amanecer del jueves, día 14, acabadas las preces matinales, fueron convocados jeques almohades y caudillos andalusíes para que una cuarta parte del ejército saliera por los campos de alrededor, y hasta donde pudieran llegar, para hacer acopio de víveres y forraje y todo lo que pudieran para la subsistencia de las tropas y los animales. Los demás se distribuirían alrededor de toda la ciudad para seguir bloqueando el acceso al río y se ordenó construir y levantar en su orilla máquinas de madera a modo de torres para fortificar aquellos lugares o para luego ser empleadas en los asaltos. Y estando en ello ocupados fue cuando se presentó, de nuevo, un mensajero cristiano, un renegado, un asno, a pedir otra vez el aman para los sitiados, comprometiéndose a abandonar de inmediato la ciudad. Ni siquiera se tomó en consideración su propuesta. Marchó apesadumbrado, para regresar de nuevo por la tarde y obtener igual éxito.

Prosiguió sin combates el día 15, pero aquel amanecer hubo un gran sobresalto en el campamento, pues se levantó un fortísimo viento que volcó calderos, hizo pedazos las tiendas y causó todo tipo de estragos. Se cortaron árboles para hacer con ellos una empalizada alrededor del pabellón del califa que lo protegiera de aquel airazo tremendo y lo mismo hicieron algunos soldados con sus tiendas. Pasaron bajo aquellas ráfagas todo aquel día y el sábado, cuando subieron los ánimos pues ese día regresaron los almohades que habían salido a raziar los campos y trajeron abundantes víveres y forraje, pues habían saqueado todos los alfoques de Uclés, aunque sin intentar ofender ni a la ciudad ni a la fortaleza, que tenían una potente guarnición castellana desde que les había sido entregada tras la retirada almorávide.^[36]

La moral de las tropas sitiadoras aumentó aún más cuando ese mismo día se divisó un ejército que se acercaba, al que salió a recibir el príncipe Abu Hafs pues quien llegaba era uno de los hijos del Rey Lobo, Al Hayay, con todas las tropas orientales. Se le ordenó que acampara en el monte próximo a Huete y esto fue contemplado por los cristianos, que aquella misma tarde volvieron a solicitar aman, que les fue de nuevo rechazado. Fue aquella tarde, ya de anochecida, cuando volvió a levantarse un furioso vendaval, pero aquella vez llegó cargado de poderosos truenos, terribles relámpagos y el cielo pareció desplomarse sobre las cabezas de las gentes y las bestias que, bajo aquella horrisona tormenta, se espantaban o se mantenían acurrucados e impotentes y calados hasta los huesos por el diluvio y el retumbar de los cielos que les llenaba de espanto.

Pero lo que para ellos era terror, para los cristianos era bendición y esperanza y les llegaba en su día sagrado, el domingo. Las encapotadas y negras nubes descargaron abundante lluvia durante toda la noche, y mientras que el campamento musulmán quedaba arrasado y embarrado hasta que era imposible caminar por él sin ponerse perdido de barro, en la alcazaba, reparado el aljibe, este y todos los recipientes dispuestos al efecto rebosaban, pues el agua caía literalmente a cántaros y las caras se levantaban hacia lo alto ansiosas y sonrientes, dejando que la lluvia les cayera gozosamente encima. Bailaban los cristianos bajos los truenos y los relámpagos mientras los jinetes del desierto se acobardaban ante la ira de los cielos.

El lunes, el califa, ante los decaídos ánimos, entendió que había que lanzar un asalto y a tal fin se aprestaron los escuadrones y todas las cabilas y jefes, pero justo cuando iban a ponerse en marcha se desató de nuevo otro vendaval aún más fuerte que el del día anterior, con lluvia todavía más torrencial, con mayores truenos y relámpagos si cabe y con ráfagas que ululaban con furia entre los jinetes y los peones, impidiendo hasta que se oyeran las órdenes para cualquier maniobra. Los combatientes, atemorizados, comenzaron a pedir perdón a Alá por sus pecados, pues sin duda por ellos eran castigados, y finalmente se volvieron, chorreando agua caballos y hombres, resignados y sin posibilidad de reanudar el ataque.

La tierra estaba inundada, corrían arroyos y torrentes por entre las tiendas y por dentro de ellas mismas, y siguió lloviendo hasta el mediodía. Por fin,

entonces, se abrieron las nubes, retornó a verse el azul del firmamento, escampó y volvió a brillar el sol. Animoso, Abu Yaqub montó de nuevo a caballo y alentó a sus tropas a que fueran contra las murallas de Huete pues los cristianos no solo habían aguantado en la ciudadela sino vuelto a ocupar algunos otros bastiones en la muralla. Y los musulmanes, aunque lo intentaron desde el mediodía hasta la oración de la tarde, no lograron desalojarlos de ellos.

Lo mismo ocurrió el martes y el desánimo cundía entre los almohades, aumentado por la no presencia del califa, que se recluyó en su pabellón, pensativo y apesadumbrado. Y por si fuera poco para su desgracia, aquella noche, aprovechando la oscuridad, los cristianos realizaron una salida por sorpresa y se lanzaron al ataque sobre el flanco que custodiaba la cabila de Huskura, cuyos guerreros abandonaron sus puestos y huyeron. Los atacantes mataron a algunos y saquearon el campamento, aunque sin entretenerse en demasía, y volvieron a la seguridad de sus murallas tan alegres como impotentes quedaron sus enemigos. Pero Abu Yaqub, al día siguiente, fue benevolente con los que habían desertado pues, en vez de diezmarlos como contemplaba la ley, se contentó con hacerlos azotar.

La preocupación del califa y de sus hermanos iba en aumento, pues a la impotencia de no poder siquiera amenazar la ciudadela de Huete y la frustración de sus planes de rendirla por el agua con que el cielo había bendecido a los cristianos y asolado el campamento musulmán, se unía la creciente escasez de víveres para los hombres y forraje para las bestias. Una nueva expedición en busca de ellos, de un tercio de cada cabila, comandada por el suegro del Rey Lobo, Hamusk, a quien se encomendó la misión como mejor conocedor del terrero, apenas si logró resultado alguno, regresando con las manos vacías. El hambre se hizo intensa entre los sitiadores.

El viernes 27, día de oración, el jeque y asceta Abu ben Umar con el califa, recogido en su pabellón y sin hacer acto de presencia ante ellas, predicó a las tropas en lengua árabe y bereber para que todos entendieran sus palabras y les reprochó su conducta, excitándoles a combatir a los cristianos y su obligación y promesa de Yihad que habían hecho y no cumplían.

—Decíais allí en Marrakech: «Si hiciéramos una expedición contra los cristianos, lucharíamos por Alá y pondríamos en ello todo nuestro esfuerzo»,

pero cuando os enfrentasteis a ellos faltasteis a vuestra palabra, os acobardasteis e hicisteis traición al Altísimo, retrocedisteis y no fuisteis leales. No sois creyentes ni almohades si oís el toque de las campanas y contempláis con vuestros ojos a los infieles y no atacáis al renegado. El Príncipe de los Creyentes no puede veros por vuestra negligencia en el cumplimiento del deber impuesto por Alá en la Guerra Santa, siendo vuestras huestes tan numerosas.

Después les exhortó a que se arrepintieran y ellos clamaron: «¡Estamos arrepentidos!»

Pero siguió sin asaltarse una almena de Huete.

Entonces el Miramamolín recordó el aman que no hacía sino unos días le suplicaban los cristianos y envió al jeque Al Garnati a entrevistarse con el jefe cristiano, don Pedro Manrique de Lara, porque este jeque había sido amigo de su padre, don Manrique, el que murió precisamente ante aquellos muros a manos de los Castro. Llevado a su presencia, le recordó su propia petición pasada de poder salir de la ciudad con sus tropas:

—Tú has pedido el aman. Renuncia pues a continuar la lucha. Según tus deseos, marcha tú y todos los que están en la ciudad según lo has solicitado.

Don Pedro entonces le respondió con sorna, pues la situación había cambiado:

—Me faltan trajes que se acomoden a mi vestido, porque se los puso vuestro rey.

Comprendió el jeque la sutil burla del cristiano, pues le venía ahora a decir que era el califa quien tendría que pedir un aman para poder irse. Contrariado se marchó, pero no tardó en regresar con una nueva embajada mas las mismas pretensiones de que le entregaran Huete.

Al Garnati recordó a don Pedro cómo había sido él mismo quien había ayudado a su padre cuando este fue hecho prisionero por el almorávide Ibn Ganiya, y como había conseguido su libertad.

—Vengo de nuevo a ti, invocando las relaciones que sostuve con tu padre. Yo fui quien le sacó de prisión cuando en ella lo tenía Yahya ibn Ganiya, y es mi deseo sacarte a ti ahora de esta en que estás.

Este recuerdo penoso molestó a don Pedro y respondió airadamente. Y

remató sus palabras con algo que llenó de preocupación al musulmán, pues demostraba que los de Huete tenían información y noticias de que venían a socorrerles.

—No voy a tratar más contigo, porque un ejército cristiano viene hacia aquí y el rey Alfonso, al que llamáis el Pequeño, viene al frente para combatirlos. Así que tu califa es quien habrá de negociar con él si está en la voluntad de mi rey el atacaros o negociar con vosotros.

Abu Said al Garnati retornó frustrado y en extremo preocupado a relatar al califa lo acontecido y las noticias de que un ejército cristiano al mando del propio rey de Castilla estaba al llegar. Abu Yaqub recibió con serio semblante la noticia, que era para él inesperada, pues resultó que los cristianos cercados sabían más que él de los movimientos de tropas fuera de las murallas. El almohade estaba profundamente disgustado pues había tenido no mucho antes la rendición de Huete en la mano y la había despreciado. Él deseaba una victoria sin condiciones, coger a aquellos cristianos como prisioneros y llevárselos como botín hasta Sevilla y entrar con ellos cargados de cadenas, con don Pedro, hijo de don Manrique y sobrino de don Nuño, el regente hasta hacía nada de Castilla, encabezando la reata de cautivos. La caída de Huete habría significado el dejar tan expuesta a Uclés que habría debido de ser abandonada por los cristianos, incluso habrían tenido severas dificultades para no hacer lo propio con Zorita. Habría recuperado de un plumazo la tierra que fue de los il Num y de Álvar Fáñez y la frontera de un golpe habría llegado de nuevo al Tajo y desde allí habría podido amenazar y coger en tenaza a Toledo. Todo ello se desbarataba ahora. Abu Yaqub estaba furioso.

Reunió al consejo y todos vinieron a cada cual más cariacontecido, pues además las tropas no tenían que comer y los jeques señalaban que en esas condiciones no estaban dispuestas a ir al combate. Finalmente, el califa se rindió a la evidencia y decidió levantar el cerco. Porque, en efecto, sus exploradores salidos en rápida descubierta le informaron de que la caballería cristiana se acercaba a marchas forzadas y estaban apenas a dos o tres días de camino.

En la noche del domingo 24 se dio la orden de quemar la torre que se había construido para combatir las murallas y de incendiar todas las máquinas

construidas para el asedio, pero procurando mantener en secreto para los soldados lo que estaba ocurriendo. Se ordenó también a Al Qabtali, a cuyo mando estaban las acémilas, que pusiera en marcha las recuas, los primeros los mulos porteadores de las nueve campanas que habían logrado coger en Huete. Se procuró mantener esto también en secreto, pero a nada todo el campamento estaba enterado y la noche discurrió entre sobresaltos, con temor de una salida de los sitiados o de la llegada de los primeros destacamentos cristianos que venían en su rescate.

A la mañana siguiente, tras la oración del amanecer, se tocó el tambor grande, cuya circunferencia tenía quince codos. Resonaron, en el enorme timbal, los tres golpes preceptivos que anunciaban la marcha y su sonido se oyó en todo el campamento. Cundió entonces el mayor de los desconciertos, pero cada cual procuró apresurarse en disponerse a partir cuanto antes y los jefes comenzaron a dar rápidas órdenes para estar dispuestos.

Pero el sonido del gran timbal, que decían que en un día sin viento se oía en un radio de media jornada de marcha, lo oyeron también los cristianos encastillados en Huete y comprendieron su significado. Salieron entonces en tropel, tanto los de a caballo como los infantes, llegaron hasta el río donde les habían impedido beber, trabaron allí el primer combate con algunas tropas almohades y las desperdigaron para luego lanzarse contra el campamento que se estaba desmontando. Incendiaron algunas tiendas y los establos de los caballos, mientras los musulmanes huían cada cual como podía, sin preocuparse el hermano del hermano a causa del azoramiento y a pesar de ser ellos tan gran multitud y tan pocos sus atacantes. Los cristianos llegaron hasta donde habían instalado el mercado de los víveres y donde estaban también los enfermos y heridos, dándoles a todos muerte. Tuvo Abu Yaqub entonces la suficiente presencia de ánimo para dar órdenes de contenerlos e hizo a las tropas formar en combate hasta que se levantaran todas las tiendas, y al fin pudieron, no sin encarnizada pelea, detener la acometida de las tropas de don Pedro Manrique de Lara. Poco a poco toda la impedimenta fue recogida y llevada hacia delante, hasta que solo quedó el pabellón rojo del califa en lo alto del monte. Montados ya todos los jeques, sus hermanos y el propio califa, ordenó este desplazar su tienda y con un redoble de los timbales se inició la marcha en ordenada retirada, aunque los cristianos seguían

hostigando a las columnas, provocando que estas salieran en su persecución, en la táctica del tornafuye, para luego rodear y matar a quienes caían en la trampa. Aquel día las tropas en retirada cubrieron poco camino, apenas más de media legua, hasta acampar en un lugar donde confluían varios arroyos en un salto de agua y esperar a que el cuerpo del ejército dejado en retaguardia para proteger la retirada se uniera a ellos.

Porque a tal fin Abu Yaqub había dejado para contener a los perseguidores cristianos a los yund andalusíes, al mando del hijo de Ibn Mardanis, Yusuf, así como de Hamusk y del señor de Jerez, Ben Garrum, algo que lograron hacer a orillas del río Mayor o Huete, donde tuvieron que combatir muy duramente para frenar a los caballeros cristianos e impedirles cruzar, sufriendo importantes pérdidas, aunque también los castellanos perdieron hombres, unos setenta, y diez fueron capturados.

La retirada ofreció un respiro al día siguiente, pues atravesaron por terrenos cultivados abandonados donde pudieron forrajear y conseguir vituallas. Aquella noche, la del 25 al 26, salió la luna nueva y los musulmanes lo interpretaron como un buen presagio. Pero las tropas del rey Alfonso, ahora unidas a las de don Pedro, les venían ya a los alcances y aquel día los exploradores se habían contemplado mutuamente desde los altos. Por la mañana del día siguiente el califa cruzó el río Júcar ya con Cuenca a la vista. Alrededor de la ciudad había cultivos y huertas que el Rey Lobo había dejado cultivar a los cristianos y en ellos se cebó el ejército. Acampó Abu Yaqub en un monte desde el que se dominaba la llanura y a la vista ya de la ciudadela que antes habían tenido cercada los cristianos y, ante su aproximación, optado por abandonar el sitio.^[37] Y justo en el mismo lugar donde la noche anterior habían instalado los musulmanes su campamento fue donde instaló sus tiendas el rey Alfonso. Los dos ejércitos se vigilaban tan solo separados por el río.^[38]

El califa, acompañado de todos sus hermanos, jeques y notables y una potente escolta, entró en la ciudadela de Cuenca, tan fuertemente defendida por los dos ríos que la abrazan y sus profundos acantilados. Al acercarse salieron de ella los exhaustos musulmanes que habían estado cinco meses cercados, con sus familias, hijos, grandes y chicos, mujeres y todos los que podían andar al menos. Venían famélicos y como salidos de las tumbas y

gritaban el nombre de su salvador dando grandes voces. Compadecido, Abu Yaqub hizo venir a su tesorero Ben Majluf de Yadmíwa y le hizo escribir los nombres de todos los varones, hembras, muchachos y niños. Mandó darle luego a cada jinete doce dinares, ocho al infante, cuatro a cada mujer y lo mismo a cada niño. Les donó también ochenta cabezas de ganado vacuno, todas las que le quedaban en el campamento, y les proveyó en abundancia de lanzas, espadas, arcos, flechas, escudos y corazas. E impuso, además, una colecta obligatoria entre sus soldados y sus jefes para que todos contribuyeran, y con ella se compró abundante grano que se les dio a los conquenses. Estos despidieron al califa con grandes muestras de agradecimiento y de nuevo se encastillaron en su inexpugnable ciudad, pues ellos también habían divisado en lontananza a las huestes del rey Alfonso.

Durante unos días se observaron las tropas y en una ocasión, tras haber atravesado un fuerte contingente de musulmanes de nuevo el Júcar hacia el lado en que estaban los cristianos, les sorprendió otra potente tormenta y cuando intentaron recruzar el río hacia sus bases encontraron que venía tan crecido que solo por un pequeño vado podían hacerlo. Fue tal el grado de nervios y angustias que, aunque no hubiera ataque armado, no fueron pocas las bajas que sufrieron y además perdieron monturas y avituallamiento.

Al día siguiente fueron los musulmanes, destacamentos almohades y tropas andalusíes de Ben Garrum, quienes acosaron el campamento cristiano intentando que estos salieran de él y se trabara una batalla campal. Pero el joven rey Alfonso mantuvo la calma.

Ciertamente, el ejército cristiano, muy inferior en número, no tenía excesivos deseos de enfrentarse en una batalla campal contra el califa en retirada. Además, estábamos cansados de la larga marcha y el objetivo esencial de conseguir salvar Huete estaba cumplido. Jugarse todo lo ganado a un desastroso resultado final no era en absoluto aconsejable. En los consejos de don Alfonso con los condes se tomó en consideración la situación de las tropas y lo favorable que podía resultar el escenario para los agarenos, pues estaban muy bien posicionados en aquel promontorio, con una amplia ladera y sin poder ser atacados ni por el flanco ni por la espalda, teniendo adelante, además, una gran y despejada llanura donde su caballería ligera podía maniobrar a la perfección y envolver y desbordar al ejército cristiano.

Nosotros no estábamos tampoco mal asentados en el lugar donde antes habían acampado los moros, una meseta a la derecha del Júcar, pero sin duda era mejor la posición actual del califa. Cuando don Nuño Pérez de Lara y su sobrino don Pedro, el héroe de Huete, se acercaron a comunicarnos a las gentes de las mesnadas concejiles que esa noche del día 28, pues los movimientos de los musulmanes indicaban que podían estar preparando un ataque masivo para el día siguiente, levantáramos con todo sigilo el campo y emprendiéramos al amparo de la oscuridad la separación del enemigo y comenzáramos a regresar a nuestro territorio, a todos nos pareció la decisión más acertada. Era el califa quien se retiraba sin haber conseguido objetivo alguno y sí un sonoro fracaso. La primera expedición del rey Alfonso se había saldado con éxito y, aunque la alcazaba de Cuenca seguía en manos moras, toda aquella tierra permanecía en poder cristiano.

Así que cuando al día siguiente el jerezano Ben Garrum se aproximó al galope con los suyos hasta donde había estado nuestro campamento, pues él iba a ser el cebo de la trampa preparada por Abu Yaqub, se encontró con que del ejército cristiano solo había polvo en lontananza. El califa comprendió que su trampa no había funcionado y entonces él también deseó regresar cuanto antes a Al Ándalus y reemprendió sin demora la retirada.

Lo que los almohades habían dispuesto era emboscar un fuerte contingente en la propia ciudadela de Cuenca, impulsarnos con la estratagema de Ben Garrum a que cruzáramos el Júcar tras él y que llegáramos cargando a la llanura. Entonces las tropas almohades bajarían de su posición y su caballería nos desbordaría por los flancos, mientras los de Cuenca atacarían nuestro campamento provocando un enorme caos en nuestra retaguardia. Y así podría convertir Abu Yaqub la frustrante retirada de Huete en una gran victoria. Pero el joven rey Alfonso no cayó en la trampa.

Los almohades se retiraron sin botín, hambrientos y agotados, hasta acabar por comerse hasta el último de sus camellos. El 4 de agosto llegaban a Requena y el 15 entraban ya en Buñol, donde se licenciaron los soldados procedentes de Al Ándalus. El califa siguió hasta Murcia, donde despidió a las tropas de Hamusk y de los hijos del Rey Lobo. Después, por Granada, regresó a Sevilla, donde ya estaba el 10 de septiembre. Y en todos los días de

su retirada no dejó de pensar por qué no había aceptado el aman que don Pedro le suplicó para rendir Huete en los primeros días del asedio.

Casi quince días antes yo estaba con el rey Alfonso en Hita, hasta donde quiso llegarse y donde fue recibido con gran júbilo y donde nadie se acordaba, o prefería olvidar, las cuitas entre Castros y Laras. Castilla tenía ya un rey, que a pesar de su juventud había sabido defender su reino, y unos vasallos que, aliviados con ello, le contemplaban con orgullo y le ofrecían lealtad.

Tuve entonces ocasión de poder departir con él, pues fui llamado a su presencia. Tras referirse a mi nacimiento y niñez en aquella villa, quiso hacerme el honor de conocer a mi familia, para lo cual hizo llamar a mis hermanas, mis cuñados Crescencio y Gerardo y mis sobrinos. Todos se presentaron azorados ante él, en particular mis hermanas, a quienes el rey quiso hacer un pequeño obsequio personal que hizo que ambas se quedaran ya para siempre de él prendadas y se sintieran tan orgullosas de mí que temí que fueran a explotar de gozo. Y diría yo que hasta el mohíno de mi sobrino Gerardo a partir de aquel día comenzó a mirarme de diferente manera. No es que le cambiara el carácter, pero hasta parecía hacer por sonreírme. Lo que en él ya era mucho, aunque no lo consiguiera del todo.

Yo aproveché el breve tiempo de confianza que casi a solas pude tener con él, en presencia de don Nuño Pérez de Lara, para informarles a ambos de mi intención de casarme aquel mismo otoño, para lo cual les dejaría en aquel punto si me lo permitían y me llegaría a Toledo a recoger a quien iba a ser mi mujer.

Al preguntarme por su nombre, hube de confesar quién era.

—La conocéis, mi señor, y vos también, don Nuño. Es Elisa, la juglaresa, la hermana del juglar Fortum que le acompaña con la cítara.

—La del cabello moreno muy largo —aventuró don Nuño—, creo recordar. Pero, don Pedro, ¿no es mora bautizada?

—No, don Nuño. Que es mozárabe toledana. Pero aunque lo fuera.

Y el rey celebró mi salida con una sonora carcajada, para después llamar a un sirviente, susurrarle algo al oído y hacer que volviera con rapidez.

—Pues este, Pedro, será mi regalo de boda. Para ti esta copa de plata bien labrada, la mejor que aquí tengo, y para ella esta caja de marfil en cuyo

interior encontrarás unos hermosos zarcillos moros, sevillanos, y espero que por ello no se ofenda pues creo que acompañarán muy bien a su rostro y su cabello.

—No se ofenderá, señor, antes al contrario los lucirá con sumo orgullo por venir de vuestra mano.

—Y de la reina Leonor, aunque ella no esté aquí ahora. Y dile a doña Elisa que te dé hijos que sirvan con la misma lealtad que tú a Castilla.

Se me cruzó por la cabeza la tentación de aprovechar el momento para contarles a ambos, a don Alfonso y a su hombre de mayor confianza, mi cuita por la vejación sufrida por Elisa siendo niña. Pero lo deseché al instante. Ni tenía pruebas, más allá de la palabra de mi amada, ni forma de presentar los cargos sin llenarla a ella misma de oprobio. Era algo que debía resolver y lavar yo, y era tiempo llegado de que me fuera ocupando de ello.

El rey, con su séquito, partió hacia Burgos y yo hacia Toledo con mi primo Juan, que había venido a verme a toda prisa desde Bujalaro, donde acababa de recoger la cosecha, aunque aún le quedaban por vendimiar las viñas.

—De eso que se encarguen Julián y Valentín —me dijo—. No conozco Toledo y es hora de que vaya. Por el camino te contaré, primo, cómo van las añadas mientras tú andas de guerras con los moros. Y ya me contarás tú cuántos de ellos llevas muertos.

Poco tenía en este sentido que contar. Lo cierto es que los había visto, pero no era menos cierto que contra ellos ni siquiera había llegado a blandir la espada.

Un invierno toledano

La hacienda en Atienza tenía, para mi fortuna, quien se ocupara de ella. El Manda y el Elías. Las reatas y, sobre todo, el comercio de la sal producían buenos ingresos y tenía ya varios arrieros que trabajaban como recueros míos. La casa también estaba atendida. Cuando yo no estaba la mantenían limpia y aseada, y cuando llegaba tenía quien me cocinara y una muchacha del pueblo para el servicio. Podía considerarme un hombre con posibles, aunque no rico, y por Bujalaro, con los desvelos de Juan y el buen hacer de Valentín y Julián, no nos podíamos quejar. La mula origen de nuestra primitiva relación había muerto el año anterior de puro vieja, pero ahora había ya tres yuntas para labrar lo de los cuatro. Una de bueyes y dos de mulas, preferidas por los dos hermanos para muchas de las labores.

—Con la collera cunde más y se hace mucha más labor en un día.

Me encargaban que en el próximo viaje no se me olvidara acarrearles algunos utensilios y en particular un par de buenas rejas de vertedera, y como capricho unas anteojeas para las bestias. De lo demás se iban valiendo y cuando algo les faltaba ya tenían dónde mercarlo, pero algunas cosas, mejor traerlas de donde se sabía que se hacían bien, y en Toledo algunos herreros y guarnicioneros tenían fama.

En los últimos años la relación había pasado, y era mejor así, de la dependencia a la amistad. Las cuatro casas y otras tantas bodegas ya estaban

hechas y ahora por las labores que nos hacían en nuestras tierras, por lo que nos araban, sembraban y cosechaban, recibían su parte. La labor total estaba en unas cuatrocientas fanegas de tierra y dos aranzadas de viña, además de las huertas y las suertes de frutales en el Samoral, junto al río. El secano iba por añadas. Cada año se sembraba la mitad y el siguiente esa era la que descansaba en barbecho. Durante un tiempo con los costes de la simiente habíamos corrido mi primo y yo. Ahora ya tenían ellos posibles y habíamos convenido en que nos entregaran solo una tercera parte de lo obtenido en nuestra tierra, pues se ocupaban casi por entero ellos de todo.^[39]

Otra cosa era el ganado, que ese estaba más directamente al cuidado de Juan. La punta ya superaba las trescientas entre ovejas y cabras, y de ellos solo eran cien escasas. Ahí los beneficios nos correspondían en su mayor parte a nosotros. Este año ellos habían decidido el hacerse con bastantes cabezas más, hasta llegar a las quinientas entre todos y contratar un pastor que las cuidara. Habían encontrado un «mezquino»^[40] que no parecía tener donde ir en tierra de moros y prefería vivir entre nosotros. Estaba dispuesto a guardar el rebaño por la manutención, trigo, patatas, legumbres, algunos carneros y algunas otras cosas ajustadas, el cultivo de un huerto para sus hortalizas y frutas, un cobijo cuando estuviera en Bujalaro y una pequeña soldada.

—El moro está contento. Se le trata como no le han tratado ni los suyos ni los nuestros. Debía de ser un pobre hombre. Los hermanos le han construido un guariche, que para ello se pintan solos y no les falta piedra, y ahí se apaña. También han hecho una tinada en lo más alto del robledal del Henarejos, al lado de la fuente de la Parra, casi en el monte del Tallar, y una majada, con una miaja de corral, cerca de donde está el poblado de la Magdalena, en un sitio que llaman el Chorrillo. Otra fuente. Tienes que venir con tiempo, que da gusto ver todo aquello. Están entre los de Bujalaro y los de la Magdalena adhesionando todo el monte y son dignos de ver los robles alineados desde el viso de Alcarria. Allí se va a poder meter todo el ganado que se quiera. Sobre todo cochinos, en montanera.

A Juan eran aquellas las cosas que le daban vida. Poco iban con él los honores ni las pamplinas. Pero quería ver Toledo porque los sitios más grandes que había visto eran Atienza y Sigüenza. Así que Guadalajara, pues

decidimos echar por allí el camino, ya le pareció un gentío.

La ciudad de Guadalajara había sido en tiempos del reino moro de Toledo, y en los anteriores califales, la medina más importante en esa zona de la Marca Media. Ahora lo seguía siendo, pues el emperador Alfonso VII la había favorecido, reforzando sus defensas y dotándola de fueros. La reina Berenguela gustaba de su alcázar asomado por la esquina del barranco del Alamín al río Henares, y había pasado en él algunas temporadas. Guadalajara tenía condición realenga, el Emperador la había dotado de fuero y desde el primer momento tuvo suerte con sus alcaldes, pues tras Álvar Fáñez fue Fernando García de Hita quien la mandó y custodió, y supieron hacerla crecer y preservarla de sus enemigos. Su campiña era fértil y tras las murallas se vivía seguro. Ninguna expedición musulmana había logrado, desde su toma, el asaltarla, aunque en una ocasión una razia almorávide sí había corrido su vega. Pero cuando ya el arzobispo Bernardo de Toledo logró reconquistarles a los africanos Alcalá,^[41] de la que se habían apoderado en un golpe de mano cuando también se hicieron con Oreja tras el desastre de Uclés, y desde donde habían sido una pesadilla para toda la campiña del Henares, hubo mucha más paz y tranquilidad en la zona.

Guadalajara se asentaba en un cerro que iba en declive y estrechándose cada vez más hacia el río Henares. Un puente fortificado y bien custodiado por torres ya desde la época de los califas y por sillares, decían que romanos, cruzaba sus aguas, que eran el primer foso natural de la ciudad y en las que confluían los de dos barrancos que completaban su defensa. Por el lado de naciente y por el de poniente los barrancos del Alamín, más profundo y quebrado, y de San Antonio servían como fosos, mientras que por la zona más llana la muralla era más fuerte y gruesa y muy bien almenada. El alcázar daba sobre la esquina sur del barranco del Alamín, desde donde se divisaba y dominaba el río y justo a sus pies se abría la puerta principal de entrada a la vieja Media Al Faray, que es como había sido llamada primero por los árabes, aunque ellos mismos con el tiempo le cambiaron el nombre por el de Quad Al Achara, o sea río de las piedras o de las fortalezas. Extramuros y hacia el río se extendía el arrabal de la Alcallería, donde se concentraban los alfareros y muchos otros artesanos.

La ciudad disponía además de otras puertas bien guardadas, como la

llamada de Álvar Fáñez o de la Feria, a poniente, por donde era fama había penetrado en la ciudad y en la noche de San Juan el caudillo cristiano, el gran capitán de la frontera de Alfonso VI el Bravo. En la muralla que daba al sur, la más elevada y gruesa por ser el lugar más accesible, se abría la puerta del Mercado, en el oeste, y la de Bejanque, más hacia el este. Hacia naciente se hallaba por último la del Alamín, a la que se llegaba por un puentecillo que cruzaba sobre el vado, que podía pasarse casi siempre, salvo alguna avenida, con caballerías. Más debajo de esta entrada, ya muy cerca del alcázar, aún se abría un nuevo postigo pero de uso exclusivo casi para la guarnición de la alcazaba.

El emperador Alfonso benefició en mucho a la ciudad, pues le reparó las murallas, la declaró realenga y la hizo cabeza de un Común de villa y tierra como a la nuestra de Atienza. También les dio fuero como el que teníamos nosotros, que aseguraba y daba casas y heredades a los que fueran pobladores o acudieran a poblarlas desde Castilla, Galicia y cualquier otra parte, incluidos mozárabes. Se limitaba a un año el tiempo de residencia de los nuevos vecinos antes de poder vender sus heredades, y caballeros y peones podían conservar su propiedad dejando en su puesto quienes prestasen servicios militares como ellos. Pero amén de privilegios se exigía a los vecinos que cada año habían de suministrar cal, ladrillos, sogas, espuestas y tapiales para seguir acometiendo las obras, y pagar también al maestro de las mismas y a los albañiles. Las obras, cuando nosotros llegamos, todavía continuaban ya que el nuevo rey así lo había ordenado e incrementado aún su impulso, pues en este mismo momento se estaba levantando un sólido lienzo de muralla en su lado sur, el más vulnerable, y que estaban construyendo en sólida mampostería. También estaban reforzando las torres del Alamín, elevando y ampliando la de Bejanque y la de Álvar Fáñez. Ambos reyes, abuelo y nieto, gustaban de frecuentar la ciudad y se habían alojado en la antigua alcazaba. Por ello el alcázar se había acondicionado, por orden sobre todo de la reina Berenguela, a gusto de los huéspedes reales.

Cuando llegamos, la ciudad era un hervidero, pues era día de mercado, y no había cosa que le gustara más a mi primo Juan que un mercado. Así que en él echamos el día nada más hallar posada, algo que hicimos en la zona del Alamín lindando a una iglesia que estaban también y en aquel momento

aderezando con nuevas obras y en la que se afanaban muchos albañiles, no pocos de ellos moros.^[42]

La riqueza de Guadalajara era su alfoz, extenso, rico y muy poblado, y unas huertas regadas por el Henares, que eran verdaderos vergeles y por ello en su mercado sus productos eran dignos de verse. Juan me hizo bajar también a la Alcallería y proseguir hasta el barrio de los mudéjares, pegado al barranco del Alamín, y aprovechar para atravesar una pequeña zona donde se había asentado una potente comunidad judía, que como a muchos lugares llegaba huyendo de los almohades, que les distinguían con su odio.

El Común de tierra y villa de Guadalajara era envidiable, pues a la fértil vega del Henares, con buenos azudes, pesquerías y norias que ya quisiéramos para nosotros en la fría y seca Atienza, plagada de alquerías, huertas y frutales por donde dirigieras la vista, se añadían sus alcarrias y sus llanos en alto con sus valles, bien regados también por ríos y riachuelos. Allí se daban buenas cosechas de trigo, cebada, centeno y avena, además de sembrados de garbanzos, lentejas, almortas y cualquier legumbre que se plantara. Tenían asimismo ganados y bosques con buena caza, pero en ello nosotros les llevábamos ventaja.

La ciudad y su territorio colindante había tenido también la fortuna de no haber sufrido apenas los embates de los africanos, ya que tan solo los habían soportado en dos ocasiones, pero hasta la memoria del último, de los almorávides cuando también atacaron Zorita, casi se había perdido y la pesadilla de los moros de Alcalá también había desaparecido.

Nos demoramos dos días y dos noches en Guadalajara y por Juan nos hubiéramos quedado más, pero le urgí a seguir río abajo y conseguí que el segundo amanecer estuviéramos ya cruzando el puente sobre el Henares, para bajarnos por la calzada muy transitada que llevaba hasta Alcalá, adonde llegamos a mediodía. Decidimos quedarnos en el nuevo poblado junto al río en vez de ascender al castillo, que estaba un buen trecho de allí, y al poblado que estaba al lado. Nos contaron que muchas gentes hacían lo propio y se bajaban al nuevo enclave en la ribera misma, junto a las vegas, el agua y los llanos. De nada servía que el viejo fuero se señalara que quien morase en el castillo pagaría un cuarto, la mitad de lo que habrían de pagar quienes moraran en la villa nueva. Aunque no había pasado tanto tiempo, apenas

cincuenta años desde que don Bernardo se la volvió a recuperar a los moros, ahora pareciera que estos fueran un peligro muy lejano.

—Aguarda, aguarda si en un arreón de los moros los que ahora se bajan no han de subir todos más que al paso hacia el castillo. La villa no está apenas fortificada. Más les valdría hacer lo que hacen en Guadalajara y darle buena muralla.

Tuve que darle la razón pues apenas si contaban con una pequeña barbacana. El peor arrabal de Atienza las tenía el doble de anchas y altas que aquellas. Pero dormimos allí aquella noche y al día siguiente ya llegamos a nuestra siguiente posada. A Madrid.

Madrid era poca cosa. Juan lo dijo muy claro. Menos que Alcalá y mucho menos que Atienza o que Guadalajara. Pensamos incluso en pasar de largo y buscar posada en la siguiente villa, pero comenzó a caer un agüilla tan fría como molesta y continua nada más pasar el puente sobre el Jarama. Decidimos que mejor se estaba bajo techo y al lado de la lumbre que haciendo una legua más de camino que bien pudiera hacerse al siguiente día si ya había escampado. Total, que nos quedamos. Y fue cuando casi conocimos a un santo. O que lo tenían por tal en cualquier caso. Pero para santo iba. Se había llamado Isidro, nos contaron, y se había muerto aquel mismo año.

Paramos en una venta a la orilla del camino, en tierras de labor y antes de entrar en las murallas propiamente dichas, y fueron los posaderos quienes, nada más aposentarnos nosotros y nuestros animales, nos comenzaron a hablar sin parar de su vecino, que acababa de subir a los cielos. Porque allí lo daban de seguro y en lugar de privilegio. Como poco, al lado del mismo san Pedro.

Veneraban a Isidro y tenían razones poderosas para hacerlo. Donde él señalaba manaba el agua, y aunque el lugar pareciera imposible, con un golpe de su báculo había hecho brotar un manantial en un campo seco que abasteció a Madrid en uno de los peores años de sequía. Era un santo zahorí, pocero y hacedor de lluvias, pero también un humilde labriego que ni siquiera araba sus propias tierras sino las de otros, en régimen de aparcería.

—No abría pozo en el que no manase un gran caudal, aunque fuera en las tierras más secas. Murió hace unos meses y están los clérigos ahora recopilando sus milagros, que son cientos, para enviar petición a Roma de que lo hagan santo^[43] —nos explicaron, orgullosos de haber tenido no solo conocimiento sino trato frecuente con él, pues era persona de trato afable que con todos se hablaba y a todos favorecía.

—Él y su mujer María Toribia,^[44] que también hizo milagros y un día, aunque yo no lo vi bien me lo han contado, cruzó a pie enjuto sobre las aguas del río Jarama y así acalló a quienes levantaban infundios envidiosos sobre una infidelidad suya —remachó la mujer del posadero, a quien el tema interesaba sobremanera y deseaba poner bien al corriente a los forasteros.

Nos contaron que Isidro había nacido cristiano mozárabe cuando Madrid todavía estaba en manos moras, aunque a poco de aquello vino ya a caer en las cristianas tras la conquista de Alfonso el Bravo de Toledo, y que de niño vivió en el arrabal de San Andrés.^[45] Los musulmanes en aquellos años no dejaban de atacar y hostigar Madrid, y su familia se trasladó entonces a tierras de Torrelaguna y comenzó a labrar tierras tanto allí como en el vecino Caraquiz, una pedanía de Uceda.^[46] Allí se hizo mozo y casó con María Toribia. Más tarde retornó al alfoz madrileño y entró al servicio del caballero Juan de Vargas. Fue un buen vecino, mejor labrador y padre atento de sus hijos, que trabajaba con esmero los campos, aunque fueran ajenos. Pero que sobre todo encontraba agua, manantiales y señalaba con precisión absoluta a sus vecinos dónde hacer el pozo.

—Del milagro que cuentan, de que los ángeles araban con sus bueyes mientras él rezaba, yo no sé nada. Yo con los bueyes a quien siempre he visto, mientras le dieron las fuerzas, fue a Isidro, pero que mejor hombre no ha habido en estas tierras y que era santo de eso le damos fe a ustedes yo y todos los que aquí estamos, y que resucitó a su propio hijo que se le había caído a un pozo imponiéndole las manos sobre el pecho y la boca sobre la suya, de eso sí que soy testigo, porque lo vi yo con mis propios ojos. Y de que el muchacho revivió buena prueba hay, porque vive sano y lozano y le dio nietos a Isidro.

Isidro había muerto a una edad a la que casi nadie alcanzaba, pues andaba por los noventa cuando falleció venerado por sus paisanos y las gentes humildes. Pero ahora también ya por los poderosos, pues su fama de santidad se estaba extendiendo por todos los contornos, y al manantial que más se señalaba como el del santo acudían gentes de todos los lugares en busca del agua milagrosa que curaba cualquier enfermedad.

—Haríais bien, señores, en adelantaros hasta el manantial del santo y llenar allí vuestras vasijas con su agua. Os preservaría de toda enfermedad en el camino.

Yo no estaba mucho por hacerlo, pues lo que ansiaba era llegar a Toledo y encontrarme con Elisa, pero no hubo manera, ni tuve en verdad excesivas ganas, de contradecir a mi primo Juan, que entendió que aquello era lo mejor de todo lo que podíamos hacer durante el viaje. A Juan la vida parecía sorprenderle, y para bien y con alegría, a cada momento y en cualquier lugar, y era agradable viajar con quien en todo sitio descubría cosas maravillosas y dignas de contemplar y de copiar incluso, y no aquellos con quienes en tantas veces me había topado, que en todo momento y asunto, comida, siembra, labor, villa, fortaleza o palacio siempre han de decir que el suyo es mucho mejor y que estos ni sombra le hacen. Y a Juan le gustaba, además y mucho, Isidro.

—Me gusta este santo, hombre. No es como los otros. Este es un santo casi, casi, de los nuestros. Ha encontrado agua y no ha matado a nadie. ¿Te parece poco milagro? Un santo labrador. No hay otro. Me gusta este Isidro más que muchos.

Así que nos fuimos primero hasta la ermita donde se había enterrado al santo en el arrabal de San Andrés, pero después nos encaminamos hacia el Manzanares, que hubimos de cruzar y donde ya los labriegos tenían hecha senda al pozo en las tierras y las casas de los Vargas. Estos dejaban pasar y no éramos nosotros los únicos aquel día que íbamos allí para tal menester. En el manantial que, según nos contaron, abrió el propio santo para calmar la sed de su amo una muy calurosa tarde de verano clavando su aguijada en el suelo y de donde brotó de inmediato un agua fresca y sanadora, se daba cita un

grupo de gente a llenar sus cántaros. Y eso que ahora era invierno, pero nos dijeron que en primavera y, aún en vida de Isidro, era un gentío los que se bajaban hasta allí en romería para llenar sus vasijas y solazarse con el frescor de aquella pradera creada por el manantial.

Llenamos nuestros pequeños odres de viaje, aunque también llevábamos, en un boto, nuestro vino por si no la hallábamos limpia y corriente, que el agua hay que beberla de manantial, de lluvia o de cursos por donde fluya clara, y no hacerlo nunca en la estancada, aunque a veces la sed no dé otra posibilidad y entonces haya que hacerlo. Y por fin pusimos ya rumbo a Toledo, y aunque aún echamos otra noche de por medio, a buena mañana del segundo día le dimos vista y entonces sí que Juan se hizo cruces y se quedó atónito ante lo que contemplaba. Con el Tajo abrazándola, amurallada en lo alto de aquella península de roca y sobresaliendo en ella el alcázar, las espadañas de las iglesias y también los minaretes de las mezquitas, Toledo emocionaba la vista. La de Juan y la de todos, pues pocas podían comparársele, y yo no había tampoco visto hasta el momento ninguna que lo hiciera, ni siquiera en León ni en Burgos, y en las moras de Córdoba y Sevilla, que me decían que la superaban, no había tenido ocasión de estar aún ni siquiera a sus puertas.

Al venir desde Madrid entramos por el camino de la Sagra y dejando Bargas a la derecha, desde el altozano ya pudimos contemplarla. El río le venía por la izquierda, en una vega espectacular, donde sobresalía en lejanía la Huerta del Rey, que había sido la almunia de Al Mamun, y por debajo de los riscos del castillo de San Servando se metía ya en el desfiladero por debajo del puente y la puerta de Alcántara, encajonándose en unos cortados que eran la protección mejor de la ciudad, coronada en ese lugar por el alcázar.

Pero a nosotros nos venía mejor entrar en ella por la puerta de la Bisagra, ^[47] que era, según afirmaban las crónicas y contaban las gentes, por donde había entrado como conquistador el rey Alfonso, que antes había vivido en ella como exiliado tras las derrotas que le infligió su hermano Sancho antes de su muerte en Zamora. Desde entonces, los musulmanes no habían podido

volver a penetrar por las armas en ella a pesar de que lo habían intentado en numerosas ocasiones, y a buen seguro que seguirían en su empeño.

Tres califas almorávides lo habían intentado, Yusuf, Alí y Tasufin, y los tres habían tenido que retirarse, y ya lo había pretendido un almohade, Al Mumin, y seguro que su hijo Abu Yaqud no tardaría en hacerlo. Muchos fueron los cercos y los embates. El más duro y poderoso el de Alí, que la combatió durante nueve días y nueve noches pero topó con Álvar Fáñez encabezando la defensa. El califa asaltó y derrumbó a San Servando y hasta logró prender fuego a la torre de la puerta de Alcántara arrojando sobre ella alquitrán ardiendo, pero los defensores vertieron encima vinagre y lograron apagarlo. Y Álvar Fáñez con sus mejores hombres realizó una salida, una terrible espolonada contra los sitiadores, arrollándolos y entregando él a su vez al fuego a sus máquinas de asedio. Tras nueve días el califa levantó el cerco y sus tropas se extendieron como la langosta sobre toda la tierra toledana y la de Talavera, pero no lograron tomar tampoco esta ciudad, aunque allí muy cerca de ello estuvieron, pues solo resistió la alcazaba.

La otra vez de la que se guardaba memoria reciente, aunque más recientemente tropas almohades ya se habían acercado a ella, fue cuando Tasufin, para intentar aliviar el cerco de Alfonso el Emperador sobre Oreja, vino con sus destacamentos contra Toledo. Pero Alfonso no soltó la presa y Tasufin se encontró con el río, los muros, el alcázar y la reina doña Berenguela, que salió con sus damas a una alta torre del alcázar, donde tocaron sus cítaras, laúdes, vihuelas y salterios y elevaron sus cánticos ante el estupor de los moros. Doña Berenguela, acallados con los cánticos femeninos el retumbar de los timbales sarracenos, se permitió incluso afear al musulmán su cobardía de ir a enfrentarse con mujeres en vez de hacerlo con su marido en Oreja. Tasufin se retiró sin intentar el asalto siquiera, por otro lado imposible.

Tras pasar la Bisagra estaba el arrabal de los Alfareros y por la puerta de Bab el Mardon —para los Moros— o del Sol —para los cristianos—, se traspassaba el segundo cinturón de muralla. Juan y yo subimos por la calle por la que ascendió el rey Alfonso con su comitiva y por donde me contó mi abuela Yosune que habían subido mi abuelo Pedro y su amigo Fan Fáñez, el sobrino de Álvar. Pasamos por delante de donde había tenido lugar el milagro

del descubrimiento del Cristo de la Luz cuando el caballo del rey se paró cabeceando ante el muro de una mezquita que allí había. El animal se negaba a proseguir aunque le picaran espuelas y le tiraran del ramal. Ante ello, el rey ordenó que derribaran aquel muro. A los primeros golpes del pico, la pared se desplomó y en el vano apareció un crucifijo resplandeciente que habían escondido los cristianos al ser tomada la capital visigoda por los musulmanes. Don Alfonso mandó que de inmediato la mezquita fuera convertida en iglesia y desde aquel instante así fuera como tal consagrada.

Le conté aquello a Juan tal y como me lo habían relatado, pero lo vi mucho más atento al gentío y al trajín de todas aquellas personas que iban y venían.

—Cualquiera diría que los persigue un diablo. Menudo tole llevan todos como si llegaran tarde a cualquier sitio —se medio burló Juan de sus prisas y aquel nervioso afán de unos y otros que parecían ir todos con prisas y azarados.

Cristianos, musulmanes y judíos, alfareros, menestrales, arrieros, labriegos. Todos menos los soldados, que parecían caminar con algo más de reposo o pereza o tal vez porque les pesaban las lorigas. O quizá porque ese es el caminar de los soldados cuando no tienen agobios de guerra. Aunque eran tiempos de tranquilidad y no se esperaba sobresalto ni ataque, las puertas y las almenas de Toledo siempre estaban bien guardadas.

Subimos pues por el barrio donde todavía existía una fuerte población mora. Los mudéjares, aunque se habían marchado muchos, seguían teniendo presencia amparados por las viejas capitulaciones. Proseguimos luego por el barrio de los Francos, que eran cada vez más en la ciudad, y llegamos a Zocodover y desde allí, dejando a un lado el Palacio de la Galiana y al otro el imponente alcázar, entramos en el barrio mozárabe del Alhicen y llegamos, casi en la vertical sobre la impresionante puerta, torre y puente de Alcántara, a los alrededores de Santa María del Alhicen, donde tomamos posada. Era el barrio donde vivían Fortum y Elisa, donde habían nacido y al que ahora habían regresado.

De la estancia anterior en las Navidades pasadas, ya tenía yo trato y entrada con un albergue que ellos me habían recomendado, y allí fuimos bien

acogidos, junto con nuestras monturas y la acémila de carga, por no demasiado coste, aunque en Toledo todo era caro y hacía soltar bufidos a Juan a cada precio que le daban. Comimos algo, nos aseamos y, como aún quedaban horas para que cayera la noche, me decidí a acercarnos a la casa de Elisa. Fue ella quien nos abrió la puerta y al verme se olvidó de remilgos y me abrió sus brazos. Por un instante olvidé cualquier otra cosa y solo oí junto a mi oído su profundo suspiro y todos mis sentidos quedaron embriagados por su presencia y su perfume. Pero hube de hacer las presentaciones con mi primo, que se la quedó mirando con ojos asombrados y apenas atinó a darle la mano aunque se repuso de inmediato y a nada ya reía con ella y entró, cuando nos invitó a hacerlo, como Pedro por su casa. Aunque Pedro fuera yo y no fuera la mía.

Seguimos a Elisa por un hermoso patio interior, que atravesamos pues no era cuestión de quedarse allí en pleno invierno, para llegar a un pequeño aposento con una mesita y algunos escabeles donde sentarnos. A mi primo, durante el camino aún le dio tiempo a susurrarme:

—Qué hermosa es, Virgen Santa, parece una princesa mora. O así tenía oído yo contar que eran de guapas las moras princesas.

No pude sino reírme y pensar que, en efecto, Elisa estaba aún más hermosa. La alegría la había transformado y el alivio de verme sano y salvo tras la campaña se le venía a los ojos y la boca, que tan triste recordaba y que ahora no abandonaba la sonrisa. Pero mejor que no le dijera lo de mora mi primo, no fuéramos a tener algún disgusto, aunque me parece que tampoco le hubiera importado escuchárselo en su boca y sin doblez ni mala intención.

Elisa nos agasajó con dulces de almendra y un vino que también dulceaba y no dejó de ir de un sitio a otro, preguntándonos, trayéndonos, diciendo que Fortum no estaba pero que llegaría, que habríamos de acudir a cenar aquella misma noche y que yo estaba muy delgado y que si mi primo quería un poco más de vino y un almendrado más o uno de aquellos mazapanes que se deshacían en la boca y que Juan no se recataba en engullir con fruición, diciendo una vez tras otra:

—No he comido nada mejor en mi vida.

Y reírse y hacer reír a Elisa, que sí, que por vez primera la notaba yo nerviosa, pero no de susto sino de azoramiento, como si fuera más niña,

como si no hubiera vivido y sufrido una vida.

Nos despedimos hasta la noche y la cena, pues Fortum se retrasaba, y Elisa tenía que prepararla. Casi hasta nos echó de repente, como si le hubieran entrado de golpe todas las prisas. Y, ya en la calle, Juan emitió su juicio.

—¡Qué mujer, Pedro! Igual no la he visto nunca. Y que no te quitaba los ojos de encima. Vaya suerte tienes, pájaro. De Toledo vuelves tú casado a Atienza, o no me llamo Juan. Y si no eres tú el que vuelve, a lo mejor el que lo hace soy yo. Aunque ¡quia! No tengo con ella ni una paja de posibilidad estando tú delante. Si es que te comía con los ojos, primo.

No se enteraba mi primo en esta ocasión, quien se la comía con los ojos era yo a ella. Pero con Elisa de por medio, a qué me iba a mirar a mí Juan.

Por la noche, a la cena acudimos lo mejor vestidos que pudimos, y aún pudimos algo, pues para la ocasión había echado en el equipaje alguna ropa y en particular la prenda aquella que me había comprado en Sigüenza, así como unas buenas calzas, zapatos y una pelliza con capucha forrada en piel. Que no era cuestión de presentarse en la casa de la novia como un recuero con zahones y en abarcas. Que uno no sería de linaje pero podía llevar espada de caballero, que como tal don Nuño y en presencia de Alfonso aún niño me había armado, y me la ceñí al cinto. Llevaba también algún regalo, un hermoso candelabro de bronce para ella y un fino puñal, que me habían asegurado que era de acero de Damasco, para Fortum, que aun siendo juglar o quizá por mayor motivo siéndolo, un buen puñal no le venía mal a nadie. Y por supuesto, y sobre todo, los regalos que me había dado el rey Alfonso y que custodiaba para Elisa como el mayor de los tesoros, pues lo eran.

Nos salió a abrir Fortum con gran alborozo y muestras de alegría y nos condujo, tras quitarnos las ropas de abrigo y yo el tahalí con la espada envainada, al comedor, un lugar cálido donde ardía en un rincón el fuego de una chimenea bien revocada y que no hacía humo. Había iluminado Elisa, con candiles y algunas velas, la estancia y puesto la mesa con un mantel de lino, blanco y muy trabajado de respuntes y adornos, y con sus escudillas y copas muy esmeradamente dispuestas. Fue ella quien nos sirvió un caldo de cocido con garbanzos y luego en una fuente carnero asado, y en otra unos

lomos de cerdo de los que llaman de orza.

—Esto he podido preparar, que aquí no ha avisado nadie y menos mal que me quedaba del cocido y he podido conseguir carne a estas horas.

El vino, que rebajamos con agua de la milagrosa del madrileño Isidro, nos supo a gloria y dimos buena cuenta de todo, en particular Juan del lomo de orza, su plato predilecto, que mejor no podía haber atinado Elisa.

Con los dulces ya no quise ni pude demorar más el objeto de la visita, que no somos la gente castellana y menos la de Atienza de andarnos por las ramas ni perdernos en rodeos. Además, la cosa entre los dos estaba más que hablada.

—Sabes, Fortum, el objeto de mi visita. Así que a qué demorarlo. Como hermano mayor y su sustento es a ti a quien he de pedir a tu hermana como esposa. Posibles de mantenerla tengo, pero he decirte que habrá de venir conmigo a mi casa, hasta Atienza, y espero que en ello convengas. También propongo que sea allí donde celebremos los esponsales, pues es donde hemos de vivir y donde puede acudir mi familia. Tanto la de Hita, como la de Sigüenza y la de Anguix y Zorita.

—Yo convengo y gustoso, Pedro. Pero mi hermana, aunque yo sea juglar, no irá sin dote. Toda mi fortuna está casi en esta casa, pero sí aportaré una vajilla completa, un juego de copas de plata, manteles, el ajuar completo de dos camas, amén de treinta maravedíes. A mí lo cierto es que me gustaría más que la boda fuera en Toledo. El obispo Cerebruno estaría feliz de celebrarla y sería para nosotros un honor muy importante. Pero tanto en ello como en aceptarte como marido, es Elisa quien tiene la decisión y en eso ya te adelanto que no pienso influir en nada —concluyó risueño el juglar—. Así que ella aquí presente que hable y nos lo diga.

Se hizo un silencio. Elisa respiraba agitada pero radiante. Pero diría yo que quiso saborear el instante y disfrutarlo. Muy seria, aunque no triste como la había conocido, como la recordaba de aquel primer encuentro en Hita, con una larga mirada de sus ojos negros y con voz muy clara y muy firme dijo:

—Me casaré contigo, Pedro. Porque lo quiero con toda el alma y porque me has devuelto la vida. Y me casaré en Atienza si así lo deseas, pues es en ello en lo primero que quiero complacer a mi marido.

Mi primo se levantó de un salto y abrazó a Fortum. Elisa y yo nos quedamos mirándonos. Tal para cual, mi primo y mi futuro cuñado. Aquella noche bebimos todos, incluso Elisa, un poco más de la cuenta, Pero Juan y Fortum más del doble de la cuenta. Por la mañana, al levantarse tarde, con la boca pastosa, la cabeza en tinieblas y ruidos y los recuerdos difusos sí quiso acordarse de algo.

—Hay que ver lo bien que canta Elisa —fue lo primero que alcanzó a decir.

Y desde luego Elisa nos había deleitado con algunas canciones muy hermosas, pero no parecía acordarse de todo lo que luego había aprendido y parecía que olvidado. Pues Fortum y él mismo la habían emprendido con toda suerte de endechas pícaras, ridículos trances, amoríos prohibidos y poderosos en los más cómicos y peores enredos y sinsabores. O sea, todo aquello que un juglar no podía cantar ni bailar, menos aún en el palacio del obispo don Cerebruno, que era donde ahora estaba fijo nuestro amigo y donde lo que se le exigía eran cantos muy piadosos en honor de la Virgen y los santos y como aderezo los romances épicos y las grandes hazañas de los caballeros cristianos y del apóstol Santiago.

La madre de Fortum y Elisa había sido una mozárabe cuyos ancestros habían morado siempre en Toledo, dedicado su abuelo al oficio de vidriero, uno de los escasos artesanos que lo sabían. Se había ganado bien la vida tanto de joven entre los musulmanes como ya más maduro y casado cuando llegaron los cristianos castellanos y los francos. Con uno de estos últimos acabó por casar la hija, aunque él no lo aceptó de buen grado, pero el franco no era soldado ni andaba en guerras sino que era un buen pañero y al final el vidriero acabó transigiendo. Le dieron un nieto, Fortum, que salió rubiato como su padre y como este con cierta tendencia a la inquietud y la mudanza. Desde muy niño gustó de la música y fue aprendiendo a tocar instrumentos, lo que a la postre habría de valerle más que ninguna otra cosa para ganarse la vida. Murió el vidriero y a poco el pañero desapareció de Toledo y de él nunca más se supo. Murió o se le dio por muerto. Su viuda no lo esperó mucho y pronto apareció en su vida un mozárabe, como ella, que venía huyendo de los almohades que acababan de tomar Al Ándalus y ya no

toleraban a los cristianos, obligándoles a convertirse al Islam o, más directamente, pasándolos a cuchillo, enviándolos como cautivos al Sahara y esclavizando a sus hijos y mujeres. El cordobés eligió la huida y llegó como muchos, no solo cristianos sino también judíos, por el camino de Calatrava y a poco, debía de ser hombre agraciado, de buena entrada y mejor palabra, tenía casa, cama y comida en casa de la toledana, a la que hizo una hija antes de morir, este sí en casa, y ser enterrado en el cementerio mozárabe. Así que Fortum y Elisa, cada uno por su lado, habían quedado huérfanos de padre y, cuando la niña tuvo poco más de diez años, también de madre. Solos y desamparados y en tiempos de mucha intranquilidad, el muchacho se hizo cargo de su hermana y, habiendo conseguido una cierta maestría como juglar, buscó y consiguió amparo en los clérigos francos de Cluny, que fueron quienes lo protegieron desde un primer momento. Aquellos monjes habían llegado con la reina Constanza, borgoñona, y se habían hecho con las riendas del arzobispado de Toledo y de muchas otras mitras, como las de Sigüenza, Palencia o Segovia. Fortum y Elisa, a su amparo, habían andado por los caminos, los palacios de los obispos y las casas de los ricoshombres, y con mayor o menor fortuna, y la desgracia de Elisa en Zamora, habían ido saliendo adelante y conseguido al final una buena posición, pues eran muy requeridos y solicitados. Con buena cabeza y guardando lo que ganaban, consiguieron retornar a Toledo, establecerse bien, comprar una buena casa y ser considerados como unos vecinos de cierto rango en el barrio mozárabe del Alhicen y en la parroquia de Santa María, que al principio de la entrada cristiana y durante un tiempo, hasta que la reina Constanza, el obispo y los caballeros francos ya no soportaron que los moros siguieran teniendo la mezquita mayor con su culto, fue la catedral de la ciudad. Retornado a la mezquita mayor el culto cristiano, pues antes que mezquita había sido basílica de los reyes godos, Santa María del Alhicen siguió como cabeza del culto mozárabe, que también se oficiaba en otras seis parroquias de Toledo, aunque el romano cada vez se hacía con más templos según iban llegando clérigos que sabían oficiarlo.

Fortum era muy conocido y apreciado en Toledo, conocía a su ciudad como nadie y gustaba de ella tanto como disfrutaba en enseñarla, y tomó como muy especial misión el mostrárnosla por entero.

Se despejó bastante mejor que Juan de las telarañas de la borrachera y a buena hora estaba ya en nuestra posada, presto a llevarnos a recorrer Toledo y mostrarnos sus maravillas. Salimos del Alhacen tras pasar junto a las iglesias de Santa María y San Pedro, mostrarnos desde lo alto la presa mayor y los molinos que el Tajo movía con su potente caudal justo bajo las murallas, y cruzar por el hospital que estaban poniendo en marcha los caballeros de Santiago, algo que me congratulaba en alto grado, pues por allí no era nada probable que se acercaran los calatravos. Lo hicimos por el postigo de los Doce Cantos o puerta de Azinach y fuimos bordeando por la propia ronda de la guardia con el río a nuestros pies hasta llegar a la puerta del Hierro, bajo la cual nuevos molinos aprovechaban también la fuerza del agua. El Tajo, tras dar una gran curva, lamía luego un extenso arenal, el de la Alcurna, que quedaba ya bajo la puerta de Adabaguin. La siguiente apertura en la muralla era ya la del Portillo y la que despedía al río, que ahí ya dejaba de abrazar Toledo, tras mover el molino del Alportel, era la puerta de las Barcas. Entre ambas y la siguiente, ya cuando el río había dejado de proteger la ciudad, estaba la puerta que daba entrada a la aljama judía, por lo que se la conocía como de los Judíos o del Cambrón. Por aquella parte era, al carecer del obstáculo insalvable del acantilado y del río, donde la muralla era más alta, gruesa y potente y custodiaba con muy recios lienzos y fuertes muros a Toledo, hasta las puertas del Mardón en el cinturón interior y la de la Bisagra en el exterior, que era por donde habíamos entrado nosotros el día anterior, aunque el mayor trasiego de gentes era el que venía por la siguiente, por la de Alcántara, la más importante de todas y cuyo puente y torres causaban una gran impresión. Extramuros y no lejos de la puerta de los Judíos se hallaban los cementerios mozárabes y musulmanes.

Decidimos entrar de nuevo a la ciudad, pues nos habíamos salido a los adarves, por esa puerta de los Judíos ya que Fortum deseaba mostrarnos su aljama.

—La persecución de los almohades y la protección de los reyes ha hecho que muchos vengan a Toledo y a todo el reino. Aquí habían sufrido antes también las iras cristianas, al igual que los mudéjares, tras la derrota que nos infligieron los almorávides en Uclés, y que hubo quien quiso vengar en ellos la muerte del infante Sancho. Pero ahora están muy protegidos y se cuentan

entre las gentes más influyentes tras los grandes ricoshombres castellanos en la corte. Son ellos quienes aconsejan en muchas de las cuestiones del dinero y del comercio y son los mejores almojarifes.^[48] Uno de ellos, el más importante y famoso, es Yehuda ibn Ezra, conocido como el Hasi. Es almojarife real y goza de la cercanía de don Nuño y del joven rey. Ha sido un padre protector para los suyos y, establecido en Calatrava, es allí donde recibe a los que huyen de los almohades. Muchos y muy ilustres han llegado así a Toledo, como Honair, quien ha sido el único capaz de desmontar sin destruir la clepsidra^[49] que Azarquiel construyera para Al Mamun en el palacio de la Galiana.

En la Madinat al Yahud, la ciudad de los judíos, pudimos visitar dos hermosas sinagogas, la del Tránsito y la Blanca, en las cuales se respiraba armonía y actividad. Saludaban a Fortum con simpatía y seguían en sus afanes.

—Son muy hacendosos y manejan como nadie los dineros. Por ello las gentes acaban por mirarlos con recelo, incluso con envidia. Pero no solo se dedican a esos menesteres sino que son sastres, carpinteros, herreros, horneros y, muchos, orfebres. También carniceros, para matar las reses y preparar la carne a la manera que tienen prescrita. Los musulmanes en esto obran parecido. Y unos y otros no comen cerdo, de cuya carne abominan.

Nos contó Fortum que en Toledo la población hebrea superaba con creces las mil almas y que habían pagado, según había llegado a sus oídos, al rey en impuestos más de cien mil maravedíes. Una fortuna inmensa. ¿Cómo no iban a protegerlos? También nos relató que en los juicios que afectaban a los hebreos se establecía que actuaran en paridad, para ser juzgados por un cristiano y un judío, pero los pleitos se veían ante el alcázar y no en las puertas de las sinagogas, y se juraba tanto sobre la cruz como sobre la Torá, uno de sus libros sagrados.

—Los judíos son cada vez más y los musulmanes menos. Son los correligionarios africanos de estos quienes nos atacan y asolan nuestros campos. Pero, además, y aunque estos mudéjares no hagan traición, su religión les indica que no vivan entre nosotros. El Corán desaconseja a los fieles islámicos vivir en tierra infiel. Muchos se han marchado y lo siguen haciendo. Ahora con renovadas esperanzas ante la llegada del califa

almohade con tan poderosos ejércitos. En su corazón, aunque lo oculten todos sueñan con volver a recuperar Toledo.

Llegamos a la puerta de unos baños que allí había y que tenían fama de estar entre los mejores de Toledo, pero Fortum tenía previsto llevarnos a otros, al final de nuestro recorrido, pues aunque la mañana era clara y fría, las cuestas y el continuo caminar nos haría sudar a buen seguro.

Salimos de la judería para dar con la iglesia mozárabe de Santo Tomé, que se encontraba pegada a los muros exteriores de la propia aljama, y desde allí subimos callejeando y deteniéndonos por Tintoreros, donde se concitaban los de esa profesión, hasta la catedral, el templo en el que residía la mayor autoridad eclesiástica de España, que no era otro que don Cerebruno.

—Deberás pedir audiencia al obispo. Presentarte, pues seguro que te recuerda bien, informarle de tu boda, de la que se alegrará, y pedir su bendición. Si lo deseas yo lo solicitaré en tu nombre.

Acepté más que gustoso pues me pareció oportuno, pero no sabía yo muy bien cómo acceder a tal cita. Fortum parecía tener entrada franca.

Anduvimos por la alcaicería y luego nos adentramos en el barrio de los Francos, pues allí se habían concentrado los de tal procedencia y ocupaban la mayoría de aquellas casas. Los francos se habían establecido firmemente en Toledo desde su llegada con los duques borgoñones, el marido de Urraca, Raimundo, y su primo Enrique, el de Teresa, la bastarda y madre del ahora rey portugués, y no habían dejado de llegar desde entonces. Al principio fueron sobre todo caballeros y clérigos, pero con ellos llegaron luego desde canteros hasta bruñidores y gentes de toda profesión y condición. Entre ellos, más que en ninguna otra parroquia era popular Fortum, a quien saludaban en su lengua y él respondía también en ella. Nuestro amigo sabía hablar también en muchas otras parlas además de nuestro romance, se hacía entender en algarabía con los moros y con los judíos, aunque no en hebreo, empleando una jerga que llamaban ladino. En Toledo todos se entendían de una manera u otra. Fortum incluso sabía algo de latín para poder andar cómodo entre los clérigos a los que tanto frecuentaba.

Cruzamos Zocodover, que era un hervidero, y por fin fuimos a los baños

que estaban cerca de Santa Leocadia. Yo había estado en varios, pero Juan en ninguno, ni siquiera en los de Sigüenza. Estuve a punto de llevarlo a los de Guadalajara, que estaban cerca de la puerta de Álvar Fáñez, pero al final se estrenaba en estos que eran en verdad de los mejores de toda Castilla. Las habitaciones abovedadas y muy bien acondicionadas transmitían una gran sensación de placidez y sosiego. Había tres cuartos con aguas de diferentes temperaturas, la fría, la intermedia y la caliente. Las grandes calderas estaban en el vestíbulo, al entrar, y nos dijeron que el agua que se empleaba era del Tajo, muy buena. A pesar de que era invierno, el baño nos reconfortó y nos tonificó el cuerpo. Tanto que a la salida lo que teníamos era hambre y sed, pero no de agua sino de buen vino, y no hubo problema en conseguir saciar la una y apagar la otra. Si algo había en Toledo eran posadas, ventas, mesones, tabernas y otros lugares que mejor no mentar entre gentes decentes, aunque todos alguna vez acabaran en ellos. Y me daba a mí que Fortum y Juan habían hablado de ello a mis espaldas.

Mientras dábamos cuenta de las viandas y las jarras Juan relataba lo que a sus ojos resultaba más inaudito. Y ello no era ni la judería, ni las mezquitas, ni la catedral ni las impresionantes murallas y defensas. A él lo que le tenía perplejo era la cantidad de oficios y profesiones que en una mañana había visto y que nos recitaba como en una retahíla.

—En Toledo es que hay de todo. Es que he visto de todo. Albañiles, canteros y tejeros, alfareros de ollas, de tinajas, de vasijas, en arcilla y en metal, vidrieros, carpinteros, de sillas hasta de carretas, o quienes hacen vasos de madera, escudillas, cercos para cubas o gamellas para matar y pelar los cochinos, herreros que hacen los unos azadas, picos o herraduras, y los otros espadas o lanzas. Hay armeros que también fabrican arcos y ballestas, y hay estereros, guarnicioneros, talabarteros y abarqueros. Tejedores, que unos tejen la lana, el lino, y los otros trenzan el cáñamo o el esparto. Zapateros y gentes que trabajan el cuero, o quienes fabrican pergaminos, badanas, cordobanes, cueros, vainas y correas. Curtidores, pañeros, tintoreros, traperos, sederos, peleteros, que he visto pieles de todo, de buey y de caballo, de ciervo, de oveja, de cabra, de cordero y de conejo, pero he preguntado y me han dicho que otras eran de lince, de gato montés, de marta, de nutria y hasta de armiño, esas blancas como la nieve. He visto plateros y vidrieros. Y

hay carnicerías de todas las carnes, de buey, de oveja, de cabra, de ciervo, de cerdo y hasta de puerco salvaje, pero también de conejo, de liebre, de perdiz y, claro, huevos, gallinas y pollos, y pescaderías donde venden peces de este río, barbos, bogas, cachos y truchas, pero otros que ni siquiera sabía que podían traerse hasta aquí. Un pescadero me ha dicho que para los manteles más nobles se han llegado a traer anguilas de Valencia, arenques y besugos de Bermeo, de allá del mar Cantábrico, sábalos, albures y lampreas de Sevilla, congrios de Laredo, salmones de Castro Urdiales y, fíjate, Pedro, ¡camarones del Henares! Que creo pagan a muchos dineros y yo ni sabía que existieran, y seguro que los hay en Bujalaro.

Después de tan largo recordatorio, Juan tomó aire e hizo una reflexión definitiva.

—Esta es una ciudad para tener mucho dinero o no tener ninguno. Porque aquí yendo de medio pelo solo coges pelusa de lo que no puedes.

A Juan el trasiego de Toledo le subyugaba y hubo mañanas que se las pasó enteras en una de las puertas más transitadas, viendo llegar labriegos, recueros y comerciantes y pagando sus portazgos para acudir a los mercados a vender sus productos. Y siempre nos traía algo que le parecía una novedad maravillosa entre todo lo que había visto. Como además llegó con mala bolsa de dineros, cuando se le vació recurrió a mí, y al cabo tenía en la posada un verdadero montón de utensilios, útiles y achiperres de lo más variopinto, que no paraba de crecer. Hasta que ya un día le dije:

—Pero ¿cómo vas a llevar eso hasta Atienza? Te hará falta una carreta.

—Descuida, que la mula podrá con todo. Abulta más que pesa.

—Tú sabrás, pero a mi caballo no me lo conviertes en acémila. No compres más cosas, hombre.

Se retuvo un algo, pero igual siguió engrosando el montón. Y lo cierto es que de lo comprado nada era inútil, y bien que luego vino para Atienza y sobre todo para la labor en Bujalaro.

—Oportunidades como esta tienes una en la vida y hay que aprovecharla. A ver cuando vuelvo yo a Toledo. Aunque careros son, ya lo creo, pero a base de regatear se consiguen buenos precios.

Cuando dejamos Toledo, mi primo Juan era más conocido en la Alcallería, Zocodover, las calles de los menestrales y desde luego en tabernas y mesones, que el mismísimo arzobispo de Toledo, don Cerebruno.

Con este al fin, y merced a los buenos oficios de Fortum, tuve audiencia, que fue doble pues el prelado indicó que debía ir acompañado de Elisa y a ambos nos recibió con benevolencia. Y aunque habían pasado bastantes años desde la última vez que me había visto, me reconoció de inmediato.

—El arrierillo de Atienza que acompañó al rey Alfonso en su huida de Atienza. Veo que has prosperado, Pedrillo, y ahora ya eres don Pedro, y que te han servido aquellos años y aprendizajes para hacer de ti un caballero. Ya sé que anduviste por Sigüenza, de donde había yo partido poco antes a esta sede, y que has vuelto a residir en Atienza, donde eres gente de importancia. Me alegro de ello y más aún por Elisa, a la que te encarezco que cuides, porque no era vida para ella el andar por los caminos con su hermano el juglar. No era vida, pero dásela tú mejor o te las verás conmigo como cuando eras un arriero golfillo —concluyó como advertencia muy a su estilo, entre la riña y la simpatía.

Pero mejor tomar nota de ella. Don Cerebruno era hombre bondadoso y risueño, pero no había que comérselo de vista. Sabía su poder y yo conocía su genio y su energía, aunque ahora los años le hubieran mermado ya mucho las fuerzas. El rey Alfonso le seguía mostrando un particular cariño y seguía llamándolo «mi padrino».

A don Cerebruno no le hubiera importado casarnos en Toledo pero entendía, y compartía, mi decisión de hacerlo en Atienza. Nos escribiría una carta para el párroco de la Trinidad donde yo deseaba celebrar la boda, por ser la parroquia de Yosune y ahora mía, que habría de entregarle a mi llegada para solventar cualquier problema y que además deseaba que fuera leída en la ceremonia. Al día siguiente, sellada con lacre y con su anillo, la misiva estaba ya en casa de Fortum y Elisa. Nosotros por nuestra parte debíamos pensar en iniciar cuanto antes el viaje de regreso. Y procurar hacerlo con rapidez, pues estábamos casi ya en diciembre y no era aquel el mejor momento de andar por los caminos. Cuanto antes regresáramos mejor, pero había que solventar

una duda. ¿Vendría ya Elisa conmigo o pospondríamos su llegada y los esponsales hasta la primavera? Lo decidió ella sin titubear ni un instante. Partiría conmigo y no demoraría ni un instante la marcha. Estaba acostumbrada a las fatigas del camino y desde Toledo a Atienza no los había malos. Y en aquella época eran más seguros pues las algaras moras no se acercaban por la frontera durante aquellos meses. Tenía buenas ropas para el viaje, contra el frío, la lluvia y hasta la nieve. Así que se venía conmigo. Y Fortum la acompañaría para estar presente y ser testigo de la ceremonia.

Pero había otra cuestión. Y era llevar hasta Atienza sus enseres, algo que retardaría el viaje. La solución la puso Juan. Y encima también resolvía algunos de sus problemas de transporte.

—Está bien claro. Vosotros tiráis delante y podéis coger por el camino del Tajo aguas arriba hasta Zorita, y luego desde allí cruzaros por Cifuentes hasta Mandayona y luego a las Cendejas, y de allí ya por Negrodo y Angón en un, pim-pam que truena, estáis en Atienza. Yo iré detrás y por otra senda. Tendré que contratar una carreta y un carretero y así cargo todo lo que Elisa quiera y, claro, también lo mío. Yo iré más despacio y pararé en Bujalaro para descargar los aperos que llevo. Pero por mí no preocuparos, que sabéis que llego. El carro, la carga, y el Juan a caballo estarán en Atienza para antes de Nochebuena. Es lo mejor y no hay más que hablar.

En efecto, no lo había, y Juan desde luego que llegar, llegaba. Así que los días siguientes fueron de ajetreo y muchos preparativos. Pronto vimos que en tales asuntos lo que hacíamos era servir de estorbo. Elisa solo admitía en tales faenas a Juan, y Fortum y yo optamos por desaparecer lo más posible. Pero aún hubimos de recorrer con mi primo de nuevo los mercados de Toledo en busca de algo muy importante: unos sobretodos para nosotros de cuero encerado, con capuchas, que eran lo mejor para la lluvia, y un toldo para la carreta que mi primo encargó y consiguió que en unos días le tuvieran listo, para que los enseres de Elisa estuvieran bien protegidos y a resguardo de las inclemencias.

Dos días antes de la fecha fijada para la partida, nosotros por un lado y Juan por otro, nevó en Toledo. Algo muy inusual en aquellas fechas.^[50] Pero la nieve no detuvo nuestro viaje. Elisa la entendió como la más hermosa

despedida que Toledo podía darle y, en verdad, contemplar la ciudad cubierta de un manto blanco, en toda su belleza era un espectáculo inigualable. Asomarse al Tajo, a su cañón, contemplar las almenas y el castillo de San Servando nevados prendía la mirada y no se tenían ganas de desprenderse de aquella vista. Pero tampoco era cosa de salir de casa y menos caminar por la ciudad, pues resultaba incluso peligroso. Pensamos en demorar el viaje, pero la nevada no aguantó ni siquiera un día y lo único que quedó al siguiente fue un barrillo que en algunos lugares era un barrizal muy poco apropiado para el viaje. Sobre todo el de la carreta. Pero a los dos días Juan y su carretero salieron y nosotros, tras cerrar Fortum su casa, no tardamos también en ponernos en marcha. Nosotros por la puerta de Alcántara.

Nos hizo buen tiempo durante casi todo el camino. Pasamos por Anguix, donde encontramos a mi tío y mi primo, los Gabrieles, afanados y ya casi terminando la ermita para el caballero Martín Ordóñez, quien junto con su mujer nos recibió con mucho alborozo y, al saber de nuestra boda, con verdadero júbilo, entendiendo la dueña que de alguna manera la estancia en su casa había sido el detonante de nuestro desposorio. Tanto mi familia como la de don Martín Ordóñez al completo fueron invitados al enlace y aceptaron más que gustosos. Diría que sobre todo doña Sancha. Ella lo acabó por decir en la cena.

—Don Pedro, es que siento como si se me casara una hija. Pues es aquí donde se enamoraron, ¿verdad?

A la dueña de Anguix le apasionaban los lances galantes de caballeros y damas y se sentía ahora protagonista, y a qué negarlo, algo lo era, de uno de ellos.

Los Gabrieles me comentaron que concluido el trabajo en Anguix ya les había salido otro en Zorita, donde se estaba reconstruyendo buena parte de la villa y ahora parecía que podía empezarse obra en el interior de la alcazaba. Cada vez frecuentaban más el lugar los caballeros calatravos y había fuertes rumores de que podrían instalarse en ella. La noticia me interesó sobremanera y, en un aparte y haciéndoles jurar que me guardarían el secreto, les hice prometerme que tendrían los oídos y los ojos abiertos y que si alguno de los dos hermanos, Cirilo o Raimundo de Coreses, freires de la orden, asomaban

por Zorita me lo harían saber de inmediato, pero solo y exclusivamente a mí y de manera absolutamente discreta. Se quedaron algo sorprendidos de mi seriedad y gravedad al pedírselo, pero creo que imaginaron que eran cosas de la corte y de mis encuentros con el rey Alfonso y los condes, que a ellos se les escapaban.

Lo cierto y muy frustrante es que en aquellos años desde que vi al mayor de los Coreses, Cirilo, en Burgos, no había podido averiguar apenas nada más sobre ellos. Tan solo que ambos posaban con frecuencia en la fortaleza de Calatrava y que el resto de su tiempo lo pasaban en su Zamora natal, cerca de la ciudad de Toro, pues tras haber dejado parte de sus bienes a la orden para ingresar en ella, esta les había puesto aquellos y mientras vivieran bajo su encomienda. Ni en la cabalgada hacia Huete ni luego en el campamento frente a Cuenca les pude echar la vista encima, pero tal vez ahora con la orden extendiéndose por esas riberas del Alto Tajo se pusieran a mi alcance.

Alcanzamos Atienza en unas pocas jornadas más. El último día fue cuando se encapotó de verdad el cielo y ya desde la aldea de Riofrío hubimos de soportar la cellisca. Cuando dimos vista a Atienza, esta sí que estaba bien cubierta por la nieve. Hermosa sin duda, pero sobrecogedora también fue como apareció a nuestra vista. Me pareció que a Elisa le provocaba un cierto estremecimiento ver dónde iba a vivir a partir de ahora. Su hermano Fortum remató aquella impresión.

—Me parece que aquí la nieve no se irá en un día. Aquí puede que dure semanas.

—Pero la casa es de buena piedra y no le faltará leña a la lumbre. Elisa no pasará frío, descuida.

Y Elisa sonrió al oírme.

Una boda en Atienza

Juan se presentó con la carreta una semana antes de la Nochebuena. Y a partir de aquel momento dejé yo de ser el dueño de mi casa. Porque fue llegar sus enseres y convertirse Elisa en ama y señora absoluta. Hasta entonces se había limitado a su aposento provisional y a observarlo todo muy calladamente. Cuando llegó la carreta nos dimos cuenta de que había pasado los días tomando medidas, planificando la nueva ordenación y colocando ya en su mente cada cosa cómo iba a ser y quedar dispuesto nuestro hogar. Que iba a ser puesto, y lo fue, patas arriba.

Aparecido Juan con la impedimenta, quienes comenzamos a sobrar, y por entero, fuimos Fortum y yo, pues según Elisa lo único para lo que valíamos era para estorbar. Y tanto fue así y tal zafarrancho organizó la que iba a ser mi mujer, ayudada por la muchacha que habitualmente me limpiaba, la cocinera, un par de albañiles que contrató y hasta mi primo Juan, el traidorzuelo, que se puso incondicionalmente a su servicio, que optamos mientras ella disponía todo a su antojo y gusto, y esto conllevó algún tabique tirado, la compra de alguna cama y unos cuantos muebles, por pernoctar en una casa que me ofreció el Manda y donde recaló también Juan, al que unieron al destierro a pesar de su traición.

Fortum resumió muy escuetamente la situación:

—Esto es lo que te espera, cuñado. Vete acostumbrando. Y rechista lo justo, que tiene mucho genio. Si lo sabré yo que soy su hermano.

Para la boda dio tiempo de avisar a todos, pues con la Navidad de por medio, Nochevieja, Año Nuevo y la Epifanía de Reyes, el párroco no vio fecha hasta mediados de enero. A todos nos convino. Se hicieron las amonestaciones y mientras Elisa se encargó de los detalles de la ceremonia religiosa con el cura, a mí me tocó lo de preparar el convite y la muy ardua labor de la lista de convidados. Que amén de mi familia, al final fue media Atienza, sino fue entera, la invitada, pues el Concejo con el Manda y el Elías, hijos, los seises de la cofradía de arrieros con más motivos, los infanzones de la villa también, y los caballeros villanos por supuesto. Al final y fue gran deferencia que don Nuño Pérez de Lara, como no podía acudir por sus obligaciones en la corte, enviara a su hijo Álvaro Núñez de Lara, el mediano de los tres hermanos pero con quien yo había hecho mejores migas y que, por su parte, siempre me había manifestado mayor simpatía. Bien lo sabía don Nuño, que fiaba mucho en la valía de su hijo, un apuesto jinete que hacía suspirar a las damas con sus cabalgadas y que era temible para sus enemigos en la batalla, como ya había comenzado a demostrar. Me honraba que don Álvaro viniera a mi ceremonia y lo agradecí sobremanera. Advirtió, además, que vendría acompañado y a fe que lo hizo, pues todo un séquito de caballeros y no pocas damas llegaron ya en la Epifanía de Reyes a sus casas de Atienza para participar en la boda y en la fiesta.

De Sigüenza llegaron mi tío y mis primos, los hermanos de Juan; desde Anguix, los Gabrieles con don Martín Ordóñez y doña Sancha; y desde Hita mis hermanas, mis cuñados y toda la otra recua de primos. No dudé tampoco en que debían estar nuestros amigos-socios de Bujalaro, los hermanos Valentín y Julián y sus mujeres, pero estos fueron los que más reparos pusieron. Tuvo que ser Juan quien venciera su apuro, pues en realidad ganas no les faltaban, y se fuera con ellos a mercarse algo de ropa y acudir como Dios manda, que era aquello lo que a los hombres más les refrenaba. Juan también se encargó de buscar posada, tanto para ellos como para toda nuestra familia.

Lo del convite fue otra. Había un posadero que había hecho fama en un mesón situado al lado de la iglesia del arco de Arrebatcapas y pegado a la cárcel, tanto que al lugar le llamaban Las Rejas. Era un tal Velasco —hijo de

un guardia de sierra muy avezado— que se había hecho un nombre con lo que era capaz de hacer en los pucheros, fogones y hornos. Entre él y Elisa, que ahí volvió a meter cuchara, me desplazaron de nuevo casi por completo. Ella tenía una idea clara de cómo organizar un banquete de bodas, pues eran muchos los que había amenizado junto a otros juglares y músicos, imaginando siempre cómo debería ser la suya. Esto sí, esto no, esto así, esto asá, aquello primero. Entre ella y el mesonero, contando además con don Álvaro, el Lara, que nos cedió para el convite los extensos salones de su casa, pues en tales fechas no era cosa de pensar en hacer celebraciones al aire libre, me tiraron la casa por la ventana, o sea mi hacienda.

El Velasco, como gastaba de bolsa ajena, no reparaba en gasto, pero he de reconocer que lo hizo a gusto de todos y, no lo voy a negar aunque a veces resoplara ante el dispendio, del mío, que un día era un día y había después muchos para reponer los quebrantos económicos.

—Qué barato te lo dejo para lo que se empleó en ello, Pedro. Anda, que ahora te invito yo a este trago, el mejor vino que puedas probar en Castilla, mejor todavía que el del día de autos, que bien recio era, de Aragón lo traje y por lo trasegado ni gota de sed pasaron, aunque sí mucha al día siguiente por haber sabido darle tregua al codo —me decía el Velasco, pasado el gozo del festejo y liquidado también el doloroso trance de haber saldado la cuenta para lograr concluir ambos en buena armonía y sellarlo vaciando una jarra tras reconocerle yo que había ganado lo cobrado.

Porque bien sabía, y la comarca entera, que el hospedero Velasco, a pesar de su fama de borrachín, merecida por otra parte, se transfiguraba en maestro alquimista en cuanto su sonrosada cara de panota asomaba a la boca del horno, mientras su pie movía con destreza el arrimador de marajo que alimentaba el fogón vecino.

Entre lo que aprendió de su suegra, gran guisandera que había servido en tierras del norte, y las noticias y novedades que en asuntos del comer le traían los viajeros que pasaban por casa, en especial un tal Matías que oficiaba de cocinilla y baratero en los largos y frecuentes viajes de la cofradía de arrieros y recueros de la Santísima Trinidad, Velasco disponía de las mejores viandas de la tierra y de las acarreadas de fuera para preparar el mejor y más amplio recetario. Si es que le daba su real gana. Que tenía por buena norma guisarle

con esmero solo a quien según su criterio lo mereciera, mientras como condimento seguía su conversa con el baratero: «Con lo largo que es el día y madrugas pa tragar...», le espetaba cada dos por tres el posadero al orondo Matías, quien a su vez reprochaba a Velasco su aversión al agua «de maitines a maitines», frase recurrente con la que don Jerónimo el abad explicaba a los fieles los misterios y duración de la eternidad.

La verdad es que nos teníamos ley e hizo por querer y al final por poder, aunque no parecía de entrada que tuviera muchas ganas el tal Velasco de officiar tan destacado festín. Menos una boda con invitados tan principales «¿Qué *nesecidad* tengo yo de estos belenes?», murmuraba ante mis ruegos, pero se reblandecía cuando quien se los hacía era Elisa. Al final, el antiguo conocimiento no exento de mutuos favores y complicidades entre guerrero y posadero con la inestimable ayuda de media arroba de vino terminó por doblegar la voluntad de Velasco.^[51]

Había dispuesto Elisa tres mesas para los invitados. Una para los hombres, otra para las mujeres y en una tercera, para la que hubo que vaciar las dos alcobas del fondo de la estancia, situó a los allegados.

Sobre las mesas, adornadas de hiedra y velorios en calderines y palmatorias de reluciente cobre, fueron apareciendo pasteles de perdiz y conejo ligados con sus higadillos envueltos en fina masa y fritos en una mezcla de manteca con aceite.

De la misma factura aparecieron otros pasteles un poco más pequeños con los más variados rellenos: gallina, verduras, huevos, salpicón de cordero especiado, picadillo de gorrino... No faltaron unos buenos tacos de cecina de cabra machorra, ni por supuesto un succulento asado de carnero aromatizado con un breve cuya receta, siempre según el tal Matías, había traído un cruzado desde el mismísimo Jerusalén en el mismo saco que las Santas Espinas.

Rebajaron los abusos de la grasa con abundantes ensaladas de berros y pamlinas. Se sirvieron gallos viejos en guiso de leche de almendras, y entre los muchos dulces fueron muy celebrados unos puches con chicharrones aguirlachados de miel y nueces.

De la música y los juglares se encargó Fortum y, enterados no sé bien

cómo, ya días antes comenzaron a aparecer por Atienza tanto ellos como una parva de saltimbanquis, tragafuegos y buhoneros. Con el séquito de don Álvaro Núñez de Lara había comparecido para mayor alegría de Elisa y Fortum, que lo estimaban en mucho, el trovador más famoso de todas las Españas, Ramón Vidal de Besalú,^[52] cuyos versos eran en todos los lugares celebrados, un exquisito poeta cuya presencia fue para mi mujer el mejor de los regalos, pues tenía por él la más fervorosa admiración.

Fue aquel un hermoso regalo de bodas de don Álvaro, amén de un hermoso collar para la novia y una buena espada para mí, obsequio de toda la familia Lara, quien preparó en nuestro honor una velada la noche anterior a la ceremonia, donde hizo que el famoso juglar recitara y cantara para nosotros y un reducido grupo de invitados.

La boda, a decir de todos, quedó muy lucida, fue bueno el vino, la comida abundante y no faltó de nada. Ni siquiera un lucido número de borracheras, algunos enredos, tocamientos, sofocos y apalabres de los que el novio no quiso seguir pista, pero sí tuvieron abundante pasto las comadres y algún altercado sin mayor importancia. Fue muy mentada en toda la villa y su Común y, aunque me costó un ojo de la cara, me sentí el hombre más feliz, sobre todo al ver la radiante felicidad de Elisa, a quien todos se desvivieron por atender y agasajar y de cuya hermosura toda la comarca se hizo lenguas, así como del vestido que llevó en la ceremonia, el más hermoso brial en verde con bordados de oro que se hubiera visto y que levantó la envidia de más de una de las damas de alto linaje que acompañaban a los Lara. Tan envidiosa alguna que no pudo evitar el murmurar:

—Parece una mora.

A lo que contestó don Álvaro:

—Pues de serlo, sería la reina de Córdoba.

Fortum llevó a su hermana al altar desde la puerta de la iglesia, hasta donde quisieron escoltarla don Álvaro, don Martín y otros caballeros, mientras yo esperaba rodeado del Concejo, los caballeros de Atienza y los hombres más destacados entre la hermandad de los recueros. El párroco abrió y leyó la carta del obispo don Cerebruno, en la cual bendecía nuestra unión, me requería para que amparara por siempre a Elisa, a la que enaltecía, y a ella a que me honrara a mí de por vida. Y así me convertí en hombre casado.

Pero a qué negarlo: lo que se recordó de aquel día, aparte del vestido en verde y oro de la novia entre las damas, fue el banquete que preparó el Velasco y del que corrieron dichos por toda la sierra, la alcarria y la campiña, incluso hasta Toledo llegó su fama.

Todo había ido bien, pero yo no había dejado de temer algo, un instante y un momento en que sabía debía comportarme con el mayor tacto y delicadeza, y no sabía cómo podría reaccionar ni cuál sería la actitud de Elisa. Era el momento de yacer juntos, pues nunca lo habíamos hecho y su terrible experiencia iba a estar como una horrible tiniebla y pesadilla sobre ella y sobre mí.

Acabada la fiesta, nos dejó el acompañamiento en nuestra casa, que aquella noche quedó para nosotros dos solos con la única compañía de una sirvienta, la muchacha que hasta entonces limpiaba, Margarita, y que había sido del agrado de mi mujer y se iba a quedar ya de manera fija con nosotros. Entramos y la sirvienta, que había encendido lumbre y dispuesto braseros para tenerla caliente así como hachones, candiles y velas para iluminarla, nos abrió la puerta de la estancia que Elisa había dispuesto para nuestro dormitorio. Entró Elisa con ella y me pidió que aguardara un instante fuera. Cerraron la puerta y yo aguardé nervioso. Transcurrió un buen rato en que oía algún susurro y trasiego. Al fin se abrió de nuevo la puerta, salió Margarita, que no pudo evitar una risilla, y me franqueó la entrada. Elisa me esperaba en camisón, tendida en la cama.

Me acosté junta ella y noté de inmediato que, a pesar de intentar aparentar serenidad, estaba muy tensa y asustada. Por ello comencé a acariciarle el pelo y la cara y hablarle. Aquella noche lo aprendido en el holgar con doña Constanza, aunque fuera tan diferente situación y anhelo, iba a serme de gran utilidad aunque pudiera parecer que fuera en contrario. Porque el saber del cuerpo de una hembra me iba a valer para que el de mi mujer no me fuera extraño.

Pero cualquier hombre bien nacido había de comprender, sabiendo lo que ella me había confesado, que lo que ella ansiaba era dulzura y ternura y que aun así habría de pasar largo tiempo antes de que disfrutara con el sexo que ahora, aunque se entregara sabiendo que era su deber, le horrorizaba.

La besé y la abracé, y se estrechó contra mí buscando amparo, y aunque

mi miembro se enardeció, en besos y abrazos quedamos. No quise continuar más allá ni entrar en ella, apacigué sus convulsos estremecimientos y obtuve como recompensa la inmensa gratitud de su mirada. Durmió abrazada a mí y aunque yo no dormí apenas, me desperté feliz y alegre y con un susurro pícaro le hice levantar a ella del lecho y puse en práctica la añagaza que había preparado, pues no quería maledicencias en Atienza y sabía lo dada que es a la murmuración la gente y el daño inmenso que hacen. Derramé sobre las sábanas un algo de sangre de pollo que había dispuesto en un frasquillo, para que la sirvienta y la cocinera la vieran. Ni el color atezado de su piel pudo evitar que viera que Elisa se ponía del color de la granada. Pero la volví a abrazar al instante y su respiración se fue calmando.

La noche siguiente fue ella la que me obligó a tomarla. Asustada, tensa, casi al borde de las lágrimas, me exigió que la penetrara. Y lo hice todo lo suavemente que pude y con el mayor cuidado, aunque noté cómo todo su cuerpo se envaraba como si la acuchillaran. Pugnó por no gritar, aunque no pudo evitar aferrarse con las manos a las sábanas y estrujarlas presa de un dolor que debía de ser muy intenso, aunque no lo fuera en su cuerpo sino en su recuerdo. Yo me alivié al fin. Y me abracé muy estrechamente a ella. La acaricié el pelo, la cara, su cuerpo entero desde los pies al pecho y el cuello. Con toda la suavidad de que era capaz y sintiendo no poder ser aún más dulce. Fue entonces cuando ella, en un instante apasionado, comenzó a besarme en la boca, a llorar sin control y a seguir besándome con una pasión inaudita y convulsa. Lloró Elisa largamente y yo la dejé sollozar hasta que se agotó su llanto y descansó al fin. Sabía que cada lágrima era un alivio para ella por el que se vaciaba el lago de amargura de su pasado.

Hubieron de pasar muchas noches entre ambos, sin embargo, para que ella comenzara siquiera a disfrutar un poco de lo que tan ferozmente había marcado su vida, pero había encontrado ya una primera puerta por la que se deslizaba dentro de ella el placer, que era su boca y sus besos. Ella la ofrecía, los daba y los buscaba, pues comprendí que en su sentimiento estaba que esa parte suya no había sido forzada y mancillada y que podía ofrecérmela virgen y limpia.

Se descubrió entonces una Elisa juguetona, traviesa en sus besos y sus juegos de lengua y boca. Ello le encantaba. Y a partir de ahí comprendí que

debía emprender el camino sobre su cuerpo para conseguir vencer en aquella batalla contra el pasado. Pero para ello habría de tener paciencia y no precipitarme ni pretender aquellos asaltos como con doña Constanza, que a veces me sorprendía pensando en aquellos retozos suyos y en que tal vez Elisa pudiera maliciarse con algunas sabidurías mías. Ella yacía conmigo sumisa y pasiva y me dio una hija antes de que gozara del placer y del arrebató carnal entre hombre y mujer. Pero un día aquello, era cuestión de tiempo y de que no quedara ni huella de la cicatriz, iba a suceder. Y sucedió al fin.

Sucedió también otro encuentro que iba a ser determinante para el cumplimiento de mi promesa y mi venganza. En la boda y entre el grupo de caballeros que acompañaba a don Álvaro Núñez de Lara se encontraba un joven caballero catalán que portaba en su ropa la insignia de los calatravos. Se llamaba Domingo de Urgell y tenía alguna lejana relación de parentesco con los descendientes del conde Ansúrez, cuyo nieto había heredado aquel condado, y estos a su vez, con algún matrimonio cruzado con los Lara. Domingo había acabado por recalar en Castilla, al lado de sus lejanos y poderosos parientes, y profesado en la orden de caballería. Hizo en aquellos cortos días amistad con nosotros y en particular con mi primo Juan, pues disfrutaba de su campechanía.

La amistad de Juan con el calatravo removi6 mi ansiedad por buscar alguna línea de avance en la búsqueda del paradero de los hermanos Coreses, que no había experimentado ningún progreso, y me impulsó a dar un paso que consideraba necesario y que hasta el momento no me había atrevido a dar. Pero ahora ya estaba casado con Elisa y entendí que en mi nueva situación me encontraba en cierto modo legitimado para compartir con Fortum, su hermano, lo que al fin me había revelado y que a él le había ocultado siempre, por no causarle un daño estéril y protegerle de cualquier desatino al buscar una venganza contra quien podía aplastarlo.

Encontré la ocasión y me sinceré con Fortum primero y con Juan después. Necesitaba aliados en mi misión, pues era evidente que con mis propias fuerzas no iba a alcanzar a cumplirlas. No sé si me sorprendió el comprobar que mi cuñado el juglar había sospechado siempre que algo terrible le había

sucedido a su hermana en aquella estancia en Zamora y que la enfermedad que estuvo a punto de causarle la muerte no era si no consecuencia, no causa, de su posterior amargura y tristeza. Me confesó que a lo largo de los años en alguna ocasión había intentado sondear a Elisa, pero que ante la angustia que la mínima intentona le provocaba optó por no insistir e hizo como que creía su versión primera para no herirla más. Confiaba que el tiempo la sanara y mi entrada en su vida la consideró providencial, pues él percibió muy pronto el interés de su hermana por mí y como, a pesar de su rechazo, fue muy claro que Elisa había recuperado la ilusión por vivir y que, a pesar de sus propias resistencias, su corazón la empujaba hacia mí.

No estaba al tanto del encuentro en Burgos con sus agresores, aunque al contárselo yo recordó que durante algunos días su hermana había estado descompuesta y muy postrada. Y, desde luego, consideró que el vengar a su hermana le atañía más que a nadie, más incluso que a mí. Le transmití que había decidido también contar con mi primo Juan para nuestro propósito y accedió.

Mi primo, que amén de estar muy unido a mí, adoraba a Elisa, soltó una retahíla de denuestos e improperios contra los que le habían infligido tales males, pero, fiel a su sentido práctico, consideró que para ponerse manos a la obra había que contar con Domingo *el Calatravo* y con el joven Gabriel. A ello ofrecí poca resistencia, pues ello suponía comprometernos con quien no era alguien allegado y apenas acabábamos de conocer y con mi primo el joven cantero, que no sabíamos cómo iba a reaccionar.

Pero en la semana posterior a la boda, cuando Atienza nos regaló otra buena nevada, y cuando invitados y familiares foráneos habían partido casi todos a sus pueblos de origen, los primeros Valentín y Julián con sus mujeres, muy contentos de haber asistido y haciéndose lenguas de las gentes que habían visto, pero muy preocupados por si habían estado atendidas las ovejas, hubo en la posada de Velasco una pequeña reunión que se convirtió en conjura. Asistimos Fortum, mis primos Juan y Gabriel hijo, Domingo *el Calatravo* y yo. Hubieron Juan y Fortum de vencer mis reservas a que el de Urgell asistiera e incluso mi primo Gabriel, pero Juan me convenció de que ellos habrían de ser piezas esenciales si queríamos llegar a los de Coreses. Pero para ello se había hecho imprescindible dar alguna explicación sobre la

terrible ofensa y crimen sufridos por Elisa. Finalmente, aceptando el juramento de guardar el secreto de todos y cada uno de los presentes, relaté a grandes trazos y sin entrar en detalles penosos lo sucedido y nuestra intención de reparar de la única manera que era posible el daño, pues el Calatravo, que quedó impactado por el hecho y que alguien que vistiera ahora sus hábitos pudiera haber cometido tales crímenes, fue el primero que vino a convenir que buscar justicia a través del rey o del maestre de la orden resultaría imposible de todo punto, incluso aunque ellos estuvieran convencidos de la verdad de las gravísimas acusaciones.

Pero Domingo de Urgell era un caballero con honor, fiel a sus juramentos, y el ayudar a quien había sido tan brutalmente ultrajada y a quienes no teníamos fuerzas suficientes para cumplir nuestra misión, lo consideró un deber. Nos ayudaría.

—Hemos de conseguir su confesión y que reconozcan sus pecados. No habría manera de sustentar, pasado tanto tiempo y sin prueba alguna excepto la palabra de Elisa, ni tú ante el rey ni yo ante mi maestre tan grave acusación. Aunque la supieran cierta, nada podrían hacer.

Pensé para mí que Domingo en esto pecaba de iluso. Aquellos dos canallas jamás reconocerían sus crímenes. Habría que hacérselo reconocer y pagar por ello. Se estableció pues que lo primero era conocer el paradero y los movimientos de Cirilo y Raimundo de Coreses y la identidad del escudero del primero, que aún no habíamos podido averiguar, en el momento de la infamia. Nadie mejor para ello que Domingo de Urgell, pues según nos confirmó su destino inmediato sería el quedarse en la zona de Zorita y Almoguera ya que parecía inminente que el rey Alfonso entregaría sus fortalezas y tierras a la orden y le encargaría la defensa de todo aquel sector que entendía como vital y por donde pensaba dar el siguiente golpe a los almohades. Parecía pues lógico que los Coreses asomaran por allí en algún momento, y entonces él debería avisarnos prontamente a través de Gabriel que iba a comenzar a trabajar en la alcazaba de Zorita. La conjura para vengar a Elisa estaba en marcha. Si los de Coreses aparecían, les estaríamos esperando.

Los calatravos y el cautivo cristiano

El rey Alfonso tenía dos tías con el mismo nombre, y las dos reinas, una en Aragón y la otra en Navarra, y tuvo una tía abuela que también lo llevaba, doña Sancha, la Infanta, una hija de Alfonso VI, nacida de uno de sus matrimonios legítimos, uno de los cinco que contrajo, amén de sus amantes. A la tía abuela el Rey Pequeño le dio siempre trato de reina y respetó, mientras ella vivió, sus territorios, el enorme Infantazgo, entre León y Castilla. A su muerte reclamó estos dominios castellanos a su tío Fernando de León. Este se los negó y aquello supuso el inicio de un largo conflicto que envenenó relaciones y supuso enfrentamientos, cercos y batallas.

Las otras dos tías Sancha que le vivían eran hijas de Alfonso VII el emperador. La una, hermana por parte de padre y madre, Sancho y Berenguela, había casado con el rey Sancho VI el Sabio, de Navarra, y estaba a punto de llegar a los cuarenta; la otra, habida del segundo matrimonio del Emperador con Riquilda de Polonia, tenía la misma edad que el joven Alfonso y acababa de casar en Zaragoza con el rey aragonés, su buen amigo y aliado. Las dos eran tías pero sus relaciones con ellas no podían ser más dispares. Mientras la una, la esposa del rey navarro, no hacía más que aconsejar en su perjuicio, la otra, la del aragonés, no hacía sino favorecerle ante su marido.

Con este último, Alfonso II de Aragón, acababa de firmar un tratado,

reafirmado con la boda con Leonor de Inglaterra, por el cual se comprometían a la mutua ayuda y a la máxima de que los enemigos del uno también lo serían del otro, al igual que si de amigos se tratara excepto si en ello se cruzaba el garante del acuerdo, el hermano de Leonor, el rey Enrique II de Inglaterra. El tratado se había cumplido fielmente y se habían prestado ayuda en momentos de debilidad del uno o del otro. La boda del aragonés con la tía Sancha no hizo sino reforzar un vínculo de amistad y entendimiento que resistió todas las vicisitudes, porque algunas hubo y también intereses cruzados que llegaron a enfrentarlos. Pero, al fin, se mantuvieron leales a sus pactos.

Bien distinto había sido el caso del rey navarro, a pesar de estar casado con la otra tía Sancha, o quizá por estarlo, con quien la relación estuvo desde el inicio mucho más envenenada. Sancho VI el Sabio había aprovechado la minoría de edad del castellano para arrebatarle tierras, ciudades y fortalezas, pegándole tal mordisco a su reino que le había dejado sin buena parte de las Vascongadas y de casi toda La Rioja. Los castellanos, en débil situación, tuvieron que firmar paces en 1167 aceptando la situación que duró diez años. Pero Sancho el Sabio no se conformaba con ello y, viendo apurado al rey aragonés, acosado por los almohades al igual que el castellano, entró también en sus dominios. Fue un serio error de cálculo. El joven rey castellano entendió que eso suponía la ruptura de la tregua con él, pues atacaba a su aliado, y sintiéndose ya firme en su trono decidió aprovechar el momento para recuperar lo que le había sido arrebatado. Declaró la guerra y atacamos.

Fue el mismo año de mi boda cuando hube de acompañarle en aquella campaña, y fue entonces la primera vez que entré en combate, que a la postre no fue lidiando con moros sino con navarros. Mi primera lid se saldó con la victoria y derribé a mi oponente, que hubo de rendirse a mi espada y herido fue hecho prisionero. Era un joven caballero de Leire. Yo no sufrí herida importante alguna. La lucha en su conjunto nos fue favorable, pues las gentes deseaban la vuelta de su rey castellano y a poco Briviesca y Grañón ya habían sido tomadas y logramos entrar finalmente en Logroño. Al año siguiente seguimos avanzando y cruzamos el Ebro marchando hasta Artajona y, sin detenernos, llegamos a dar vistas a la ciudad de Pamplona. Y aún le fue peor al navarro en la campaña siguiente, pues el aragonés le tomó Alfaró y

nosotros le cercamos en su castillo de Leguín, de donde hubo de salir como pudo y escapar por la noche para no caer en nuestras manos. Don Lope Díaz de Haro, que había sufrido mucho por su lealtad a Castilla, vio también llegada la hora de su revancha y penetró de nuevo en Álava y Vizcaya, llegando casi hasta Durango. Las paces no tardarían en llegar y fue Enrique II de Inglaterra el árbitro. No satisfizo a ninguno, claro, pero lo cierto es que Castilla recuperó casi todo lo que le había sido arrebatado, la Castilla Vetula, Vizcaya excepto el Duranguesado, y la totalidad de La Rioja. El rey sabio de Navarra aun perdiendo territorio mantuvo Álava, Durango y Guipúzcoa y logró de manera definitiva restablecer la dinastía y el trono restaurado por su padre García Ramírez, el nieto del Campeador, y ya sin vasallaje ninguno con Castilla.

En aquellas últimas cabalgadas ya no participé, ni tampoco la mesnada concejil de Atienza, pues donde se nos concitó y el rey nos reclamaba era en la frontera con los moros, donde don Alfonso tenía una fecha y una decisión tomada: conquistar Cuenca aquel año. Era preciso tomar Cuenca de una vez por todas y eliminar aquel foco desde el que los almohades seguían corriendo toda nuestra tierra hasta el Tajo en continuas algaras.

Para aquel entonces Elisa ya me había dado dos hijas, pero el varón no llegaba. Lo que sí había llegado con nuestra primera hija fue un cambio que despejó totalmente las sombras sobre la vida de Elisa. La maternidad tuvo un efecto balsámico para ella y la vivencia de su propio cuerpo. Que ya no le daba vergüenza, sino que de alguna manera con el hijo concebido y alumbrado sentía que había sido limpiado y definitivamente purificado. Fue a poco de su nacimiento y ya recuperada del parto cuando pude sentir aquel cambio. Era ella la que me reclamaba, quien deseaba el encuentro nocturno y la coyunda. Liberada por nuestra hija, a la que decidimos poner Yosune, por mi abuela, siendo Elisa como ella, para la segunda, descubrió en sí misma una pasión tanto tiempo agarrotada. Elisa pareció tener entonces y entrar en una juventud de la que no había gozado. Algo que afloró no solo a su cuerpo sino también a su cara. Sin perder aquel estilo juncal en sus andares y figura, añadió algo voluptuoso, un sinuoso acercamiento y un serpenteante enroscarse que me hacía perder la voluntad y exaltaba todos mis sentidos como ni siquiera en aquellos ardorosos y juveniles retozos con doña

Constanza había alcanzado. Nuestros encuentros fueron desde entonces ansiados por ambas partes y cuando yo regresaba, fuera de alguna campaña guerrera o de algún viaje, mi acercamiento a Atienza se poblaba con la imagen de Elisa desnuda, a la luz de los candiles, pues ahora ya gustaba de ofrecérseme así con la más ardorosa y pícara de las sonrisas y, sobre todo, aquella boca suya por donde yo había comenzado a ganar la confianza de todo su cuerpo.

Solía regresar a Atienza con el otoño entrado. Entonces terminaban las campañas militares y comenzaban las sementeras. Muchos caballeros villanos dejaban la espada y cogían la vertedera. O marchaban a los extremos a custodiar los ganados y hasta había quien salía con alguna reata de recueros. El invierno se pasaba, si no había llamada urgente del rey, en la villa y en casa. Era al comienzo de la primavera cuando había que estar ya listo y dispuesto para salir en cabalgada.

Esa había sido mi rutina los años anteriores pero, habiendo tenido como principal destino las campañas contra los navarros, no participé en las entradas y batallas contra los musulmanes que cada vez se recrudecían más en la frontera. Y tal vez aquello hizo que salvara mi vida, pues en una de aquellas sufrimos una de las más dolorosas y sentidas derrotas de los últimos años, muriendo en ella muchos caballeros, particularmente de Ávila.

El adalid de las tropas castellanas en la Transierra toledana era el jefe de la mesnada concejil abulense, Sancho Jiménez, conocido por los musulmanes, que lo temían tanto como lo odiaban, por el Giboso o el de la Albarda, pues don Sancho padecía ese defecto físico, lo que no le había impedido ser la pesadilla para Al Ándalus, realizando incursiones profundas, en una ocasión hasta Algeciras, y de mucha ganancia, regresando de todas ellas cargado de botín y cautivos. En ocasiones los de Atienza habíamos sido de la partida, pero para nuestra fortuna en aquella de 1173 estábamos ocupados por las Vascongadas y no fuimos. La entrada de Sancho Jiménez, siempre bien preparada y conociendo el terreno, comenzó una vez más de manera muy exitosa. Se dirigió a tierras sevillanas, atravesó el Guadalquivir por el vado de Lora del Río y devastó, veloz y sorpresivamente como acostumbraba, toda la comarca desde Écija hasta Córdoba. El 3 de abril

estaba ya repasando el río, de vuelta a casa, por otro vado, aguas arriba de Córdoba, con 50.000 cabezas de ovino, 200 de vacunos y 150 cautivos musulmanes. Se apresuraba en volver a territorio cristiano pero el gran botín retardaba su paso.

El califa, furioso y sabedor de quién era el audaz enemigo, ordenó una persecución inmediata e implacable exigiendo a sus jinetes que le alcanzaran a toda costa aunque tuvieran que reventar los caballos. Envió tras él a varios jeques y al mando a Gamín, el hijo del Rey Lobo, que conocía bien el terreno. Salieron de Sevilla al galope y el 4 de abril ya estaban en Córdoba, y esa misma noche acamparon junto al castillo de Pedroque, hallándolo desierto y sin un alma, pero sí pudieron saber que el Giboso había pasado por allí una jornada antes. Como lobos, al amanecer, prosiguieron la persecución mientras los abulenses se afanaban por lograr ponerse a salvo en Calatrava. Por muy poco no lo lograron, media jornada más y les hubiera bastado, pero el día 7 las avanzadillas de Gamín les dieron alcance en la vega del río Caracuel y la caballería ligera almohade les cortó la línea de retirada. Se trabó el más feroz de los combates, pero el Giboso no pudo romper el cerco y fue muerto, y junto a él muchos de sus caballeros, recuperándoles el botín que llevaban y cazando con saña a los fugitivos del combate, de los cuales solo doscientos jinetes lograron salvar sus vidas. La cabeza de Sancho Jiménez fue llevada hasta Sevilla, con la noticia del triunfo, por un mensajero que cambió en cada posta de caballo y no descabalgó hasta entregársela el día 9 al califa. Se celebró el triunfo con una gran fiesta en el palacio, donde se congregaron junto a Abu Yaqub sus hermanos príncipes, sus caídas, literatos, poetas y oradores, que cantaron la gran hazaña y el fin de la pesadilla que el Albarda había significado para ellos. En Ávila, por el contrario, fue el llanto y la tristeza y el rey Alfonso, que allí se encontraba, participó en el luto, que fue de la ciudad entera pues no había familia que no tuviera un muerto a quien llorar.

La guerra con las pujantes tropas africanas estaba siendo cada vez más dura y Alfonso necesitaba treguas con ellos para poder seguir recuperando las tierras arrebatadas por Navarra. Envió a don Nuño a Sevilla a pedir las. Y al tiempo llegaron también a la capital almohade los enviados del rey de Portugal solicitándolas. Tardó en demandarlas el leonés Fernando II y hubo

de sufrir, encomendados de nuevo a Gamín, nuevos ataques que le supusieron la pérdida de Alcántara y Cáceres, que tanto había costado conquistar. Las huestes de Abu Yaqub llegaron a amenazar, incluso, a Ciudad Rodrigo, pero no intentaron siquiera molestar ni a Trujillo ni a Montánchez, pues eran parte esencial del señorío de don Rodrigo Fernández de Castro, su aliado, y quien tenía entrada siempre franca en los palacios del califa, tanto en Rabat como en Sevilla. Fue por mediación suya por quien a la postre el rey leonés pudo pactar también tregua y el califa, que por su gusto hubiera proseguido sus ataques y negado paces a los cristianos, embarcó de regreso a África, pues era allí donde ahora tenía problemas y sublevaciones. Marchó en el año 1176 dejando todo Al Ándalus bajo dominio almohade y sujeto a tawhid, con la excepción de Baleares, que seguía en manos de los Ibn Ganiya almorávides.

Había treguas firmadas con los tres reinos cristianos fronterizos, pero, sabedores de las dificultades y de su partida, estas no tardaron en romperse. No había llegado siquiera a su palacio de Rabat cuando el leonés Fernando atacó por la Transierra y nuestro Alfonso ordenaba a las mesnadas concejiles que nos preparáramos para ir a asediar Cuenca. Para ello, a su orden deberíamos irnos concentrando cuando así nos lo solicitara en Zorita y en Huete, uniéndonos allí a los caballeros calatravos, custodios ya de los castillos del Tajo en aquel sector y que iban a ser las bases desde las que iniciaríamos el ataque, que en esta ocasión pretendía conquistar la tierra y aposentarse en ella.

Los freires calatravos se llamaban así por tener su sede en Calatrava, el puesto más adelantado en la frontera toledana. Frailes y caballeros o caballeros que sin ser frailes profesaban obediencia a la orden, los calatravos se empezaron a hacer cada vez más presentes por nuestra tierra. Imitaban a aquellos que habían acudido y se habían quedado en Tierra Santa y profesado como monjes-soldados, como los del Temple, los de San Juan o del Hospital, quienes tenían Consuegra y en nuestra tierra les dieron Alhóndiga. Los había también por España y el rey Alfonso el Batallador, al morir sin hijos, quiso dejarles a ellos todo su reino y así lo estableció en su testamento, creando con ello un desbarajuste que tardó años y conflictos en solucionarse, aunque las órdenes no hicieron verdadera causa en tomar posesión de él, y ello facilitó algo las cosas.

Las órdenes castellanas eran la de Calatrava y la de Santiago,^[53] o al menos estas eran las que más sonaban y a las que se unían mayor número de caballeros, y los reyes les concedían tierras y fortalezas para que las custodiaran y defendieran. Porque eran ellos quienes ocupaban la primera línea y sus castillos los más expuestos. Domingo de Urgell, el catalán, nos había enaltecido, en nuestras veladas de los días de mi boda en Atienza, el origen de su orden, autorizada ya por el rey Sancho III. Una orden, por tanto, más antigua que la de Santiago, que había sido fundada ya en tiempos de nuestro rey don Alfonso. Ambas se disputaban el favor del rey y la entrega de territorios y fortalezas, así como rentas para mantenerlas. La primera, los calatravos, lo consiguieron sobre todo en las vías de Toledo hacia Córdoba y la Alta Andalucía, partiendo de su enclave primitivo de Calatrava y Zorita de los Canes, en el cierre alto del Tajo. La segunda, la de Santiago, obtuvo la custodia de los accesos hacia el Levante, en especial el de Uclés, y a la postre y por acuerdo entre ambas, Ocaña, que de principio había sido calatrava. Los santiaguistas mantenían también los castillos adelantados de Toledo de Mora y de Peñas Negras, y en la ribera del Tajo los de Oreja y Fuentidueña, con su salinar, amén de Alarilla y como final de la línea y como réplica y linde a la Almoguera de los calatravos, el de Extremera. Por los pasos de Alarilla y los mercados de Fuentidueña, donde quisieron hacer feria y cobrar paso de barcas, siempre andaban en pleitos con el obispo de Toledo, que no quería perder influencia en aquel lugar estratégico de paso. Y como a cercanía al rey nadie superaba a don Cerebruno, fue la catedral de Toledo quien venció en el pleito. Pero no perdieron demasiado los de Santiago por ello el favor, pues donde en verdad se hicieron cada vez más fuertes fue en Uclés, desde donde se expandieron por toda aquella comarca, y donde desde luego más interesaba su presencia por ser uno de los lugares más expuestos a los ataques musulmanes y de recuerdo muy ingrato para las armas de Castilla, pues allí habían perecido el heredero de Alfonso VI, el infante Sancho, con tan solo doce años, y su ayo, el conde García Ordóñez, señor de La Rioja, y con él siete condes castellanos intentando protegerle.

Los calatravos por su lado, y a ello se refería siempre Domingo de Urgell, blasonaban de lo heroico de su origen y tenían en verdad porqué. Habían sido ellos quienes se ofrecieron a ocupar el lugar que los muy renombrados

templarios entendían ser incapaces de defender y que no era otro que la fortaleza y ciudad de Calatrava,^[54] junto al río Guadiana. Había sido arrebatada a los árabes por Alfonso VII en 1147 y era el puesto más avanzado y el último baluarte de Toledo ante los moros. El Emperador, tras habérsela entregado, en principio a algunos magnates, pensó que nadie mejor para asegurarla que la Orden del Temple, y a ellos se la encomendó en 1150. Pero cuando siete años más tarde los almohades tomaron Almería, murió el rey en el retorno de la expedición para intentar socorrerla y el empuje africano amenazó toda la Transierra y más que a ningún sitio a Calatrava, los templarios consideraron que el puesto era de imposible defensa y devolvieron la plaza al rey. El entonces joven y efímero rey Sancho III reunió a sus nobles y ofreció Calatrava a quien se comprometiera a custodiarla. Muchos remoloneaban y nadie se atrevía, tras rehusar nada menos que los caballeros templarios aceptar aquella gracia real que podía llevar añadida la muerte y la derrota, pues los musulmanes se dirigían ya contra ella.

Entonces, ante la sorpresa de muchos y alguna burla incluso, el abad del monasterio cisterciense de Fitero, Raimundo, alentado por uno de sus monjes, Diego Velázquez, que había sido anteriormente guerrero, aceptó el reto. Y al no haber otra alternativa, el rey cumplió su palabra, entregando Calatrava a los monjes de Fitero mediante donación realizada el 1 de enero de 1158 en Almazán. Los dos monjes, tapando la boca a muchos caballeros ilustres que habían hecho burla de ellos, cumplieron su palabra, y entre Raimundo, que hizo recluta en el reino de Aragón, y Diego, que la hizo en la frontera castellana, lograron formar a poco un ejército poderoso de monjes y soldados o de ambas cosas, de miles de caballeros y también de peones, y se dirigieron a Calatrava, aposentándose en ella. Viendo su número, su decisión y lo poderoso de sus muros y defensas, los almohades optaron por retirarse y retornaron al sur.

Con el tiempo, fallecido don Raimundo, algunos caballeros se resistieron a tener como superior a un abad del Císter y vivir entre los monjes, y decidieron elegir un maestre de la orden. Los monjes se retiraron a Ciruelos y los caballeros a Ocaña, donde se convirtieron ya definitivamente en una orden militar, la primera hispana. Don García fue su primer maestre y obtuvo del Císter y del Pontificado la primera regla. Esta, modelada sobre las

costumbres cistercienses para hermanos laicos, imponía a los caballeros, además de las obligaciones de los tres votos religiosos (obediencia, castidad y pobreza), las de guardar silencio en el dormitorio, refectorio y oratorio; ayunar cuatro días a la semana; dormir con su armadura; y llevar, como única vestimenta, el hábito blanco cisterciense con una sencilla cruz griega negra con flores de lis en sus puntas.^[55] Y fueron ya los maestros quienes tuvieron la facultad de, tras la vela en la capilla, armar caballeros a los aspirantes que eran aceptados.

El rey Alfonso VIII les dio después Zorita,^[56] y doña Sancha Martínez y su marido Pedro les donaron las cercanas aldeas de Almonacid, Hueva y Vállega. A poco, el rey también les dio Almoguera, que defendía el siguiente vado, y así pasaron a defender todo ese sector de la frontera pues también acabaron por comprar Auñón al hijo de Martín Ordóñez. Con Zorita en manos calatravas y Uclés en las santiaguistas, el joven rey reforzaba el Tajo y preparaba las bases para iniciar la toma de Cuenca. Muy cerca de Atienza, el rey Alfonso donó a los calatravos también Cogolludo y su castillo.

Raimundo de Coreses, el hermano pequeño de los dos que habían ultrajado a Elisa, llegó a Zorita con los primeros freires y no se había iniciado la primavera de aquel año cuando Juan ya estaba ajustado en la zona como caballero serrano encargado de proteger los ganados. El aviso nos llegó de Domingo de Urgell a través de los Gabrieles y nos valió de mucho que el comendador de Zorita contratara a mi primo Juan en cuanto el de Urgell se lo solicitó, pues necesitaba serranos avezados.

No había dado comienzo el verano cuando el Gordo de Coreses, pues así se le había apodado de inmediato en la zona por su oronda figura y su grosera glotonería, que se correspondía muy poco con la regla calatrava de los cuatro ayunos por semana, apareció muerto y devorado por las fieras en el camino de la Losilla, al remontar los altos de la Bujeda. Una zona donde se escurrían los lobos y aún era frecuente el topar con osos.

Que yo me malicié de inmediato, al conocer la noticia, que las bestias salvajes no habían tenido en ello toda la participación que se les atribuía fue tan cierto como que nunca supimos a ciencia cierta cómo había logrado Juan atraer al zamorano fuera de la fortaleza y hasta aquellos andurriales, pues a preguntas tanto de Fortum como mías Juan daba de ello versiones no

demasiado coincidentes, pero donde la gula y la lujuria andaban siempre de por medio.

El cuerpo de Raimundo, a pesar de que llevaba puesta parte de la armadura, apareció tan destrozado, descuartizado y en efecto comido por las bestias feroces y al final delatado por los buitres, que no pudo descubrirse en él otras heridas que pudieran ser atribuidas a mano humana, sobre todo de cintura para abajo que era donde menor protección metálica llevaba. Aunque las aves carroñeras acabaron por meter su pico por todos lados, dejando la coraza a modo de carcasa de sus huesos.

En la cabeza, que se apreció desprendida del cuerpo y a una vara de distancia, apenas si le quedaban jirones de piel y pelo adheridos. Pero resultó sorprendente que el caballo apareciera vivo y salvo por las cercanías del lugar, donde algunas gentes, que pastoreaban por allí, hacían carbón con la mucha leña de encina de ramas secas y caídas por los vientos y las nieves y roturaban algunas tierras, y habían levantado algunas cabañas para no tener que ir cada día desde Zorita o desde Almonacid. Hubo mucho misterio y mucho santiguarse ante el cadáver del calatravo, pero de lo que no hubo duda, quizá de lo único, es que se trataba de Raimundo de Coreses y finalmente al observar las huellas de las pezuñas en el terreno y de los dientes carniceros en el cadáver, se atribuyó su muerte a los lobos y se acabó por dar contra ellos una batida que no tuvo excesivo éxito, pues tan solo se logró acabar con algún zorro y ello a pesar de que Juan, buen conocedor de la zona, puso en ello todo su esfuerzo y lamentaba lo infructuoso del empeño.

—Los lobos se han ido al otro lado de la sierra, a la solana que ya da hacia las tierras de Cuenca, y las lobas se han llevado los lobeznos a las madrigueras de allí.

Se concluyó, pues, que a Raimundo de Coreses lo mataron y se lo comieron los lobos. Que se hubiera caído previamente del caballo y quedado aturdido e indefenso era la posibilidad más apreciada. Que qué pintaba el calatravo por el camino de la Losilla subiendo desde Vállaga por Valdehuate, era algo que nadie alcanzaba a comprender, pues debería haber salido del poblado ya cerca del atardecer. Y el que menos alcanzaba a comprenderlo era su hermano Cirilo, que llegó de Calatrava para hacerse cargo del cadáver y llevarlo a enterrar a su villa de Coreses y a que le rezaran responsos en la

colegiata de Toro, como gente principal que era.

A Cirilo lo atendió, entre otros freires, Domingo de Urgell, quien tuvo así ocasión de conocerlo, de hablar con él e intercambiar algunas impresiones sobre la muerte de su hermano.

—El freire Cirilo es quien más sospecha que ha habido algo más que garras y colmillos en la muerte de su hermano, y que algún lobo de dos patas ha estado más cerca de sus heridas de lo que parece. Así se lo ha insistido al comendador de Zorita y seguro que seguirá insistiéndole al maestro en Calatrava. Pero no tiene nada a que agarrarse. Y yo es mejor que nada sepa tampoco, pues de hacerlo estaría en la obligación de confesarlo ya que de lo contrario estaría en pecado mortal. Así que nada me digas —le trasladó a mi primo Gabriel para que me lo comunicara a mí—. Mejor quede todo lo ocurrido en el bosque en el misterio en que ahora está.

—Nada te puedo decir y solo hacer, como tú, suposiciones, pues nada en verdad sé de lo sucedido —contestó el cantero. Y no decía mentira alguna.

La noticia me llegó y yo no tuve, en realidad ninguno la teníamos, duda sobre la mano que había comenzado a vengar a Elisa. Tiempo después Juan, sin entrar en detalles, se limitó a confirmármelo.

—Chilló como un cerdo y como tal lo degollé. Pero no antes de que me dijera que el escudero hace años que murió a manos de los moros y que su hermano Cirilo sí os vio a ti y Elisa en Burgos y sabe que estáis casados en Atienza y que Fortum vive donde vivía antes con su hermana en Toledo. Que eso también lo tenía sabido. He visto, sin que él me viera a mí, al hombre y he de decirte, primo, que me parece peligroso y de quien guardarse. No será tan fácil como con su hermano. Igual de bestial que lo que este me pareció, pero mucho más esquinado y avisado. No caerá fácilmente en una trampa y seguro que ya se ha enterado de que en Zorita estaban los Gabrieles y yo, y que somos familia tuya. Habrá hecho cábalas y atado cabos. Pero habrá de reconcomerse pues no puede demostrar nada. Pero que alerta y sobre aviso está, eso seguro.

Con ello concluyó, pero cuando ya iba a pasar a otra cosa se paró un poco, dudando si contármelo o no, y al final lo hizo.

—Antes de abrirle el cuello, y cuando aún estaba bien vivo, le corté sus partes, por donde se desangró a chorros mientras chillaba. Es por el bajo

vientre por donde le empezaron primero las fieras cuando acudieron al olor de la sangre. El caballo me dio pena, me lo llevé de allí para que no lo mataran los lobos y lo solté cerca de la aldea de la Bujeda. El pobre animal no tenía culpa de nada.

Se lo conté a Elisa, pero sin detalles ni explicaciones.

—El pequeño de los hermanos Coreses y su escudero están muertos y ya no harán mal a nadie.

Ella se giró para que yo no la viera llorar, y yo me salí fuera de la casa pretextando una faena.

Juan regresó después de aquello por Bujalaro y Atienza, pero aquellos parajes zoriteños parecieron atraerle y al año siguiente estaba de nuevo por la zona, cada vez más aquerenciado con aquellas fragosidades de la Bujeda y aquellas aguas tan abundantes que, desde las faldas de la sierra y ya en los valles primeros, brotaban verdaderos ríos de agua que bajaban hasta Zorita.

—Lo mejor lo uno para el ganado y lo mejor lo otro para el cultivo. Aquello sí que es buena tierra, primo.

Pero también era una tierra peligrosa. Al final de aquel verano, Juan desapareció. También su caballo y buena parte de las ovejas, cabras y vacas que guardaba. Lo buscaron infructuosamente y solo hallaron restos del paso de un destacamento de caballería mora, encontraron el cadáver de un pastor degollado y el del mastín de Juan, el que siempre le seguía a todas partes, acribillado a flechazos pero ni trazas de mi primo, a quien todo parecía indicar que no lo habían muerto sino que, viéndolo caballero, entendieron que podrían conseguir rescate y se lo habían llevado cautivo.

Fue aquella mala nueva la que nos llegó cuando nos preparábamos a salir con toda la mesnada concejil ya rumbo a Cuenca y, con la misión de conseguir como fuera rescatarlo, me puse en marcha. Lo primero era conseguir localizar el lugar al que lo habían llevado y quién era el jeque musulmán que lo tenía en su poder. No iba a ser fácil, pues era evidente que la partida musulmana era muy reducida y había sido un golpe de mano de un pequeño grupo de caballería y algunos peones que, tras darlo, habían emprendido veloz retirada con el ganado y el cautivo, pues no habían hecho más daño en toda la zona y habían desaparecido de ella como sombras y por ningún lado había rastro de ellos.

Lo lógico es que el ataque hubiera venido de Cuenca, de hecho a Juan le habían sorprendido en los pastos en la vertiente sur de la sierra de Jabalera, no muy lejos del monasterio de monjas que allí existe y que lleva la priora Juliana en medio de aquellas soledades. Pero el cenobio cae ya a este lado nuestro de la sierra de Enmedio, protegido ya por las torres de vigilancia. Algunos pastores habían bajado hasta los términos de Garcinarro, Vellisca y Saceda, y era allí donde estaba la punta de ganado con la que Juan se encontraba. Pero nadie, ni los otros pastores ni los labriegos ni leñadores ni carboneros, habían sentido nada. Tenía por fuerza que haber sido por la noche cuando fueron sorprendidos y antes del alba cuando ya estaban lejos.

Cuenca, pues, y no era la primera vez que se sufrían tales algaras, era el origen más fundado, pero también podían ser moros levantinos que vinieran por el lado del Guadiela, pues por allí, aunque más escasas, se producían todavía algunas incursiones a pesar de que sus bases estaban mucho más lejanas. Pero estaba claro que no era ni una gran expedición ni, aunque lo temimos, la vanguardia de ninguna potente razia. Llegaron y partieron, dejando al pastor muerto y llevándose unos cientos de ovejas y cabras y algunos bueyes y a Juan con ellos.

Las primeras pesquisas no dieron ningún resultado y ni yo ni el Concejo teníamos forma de seguir haciéndolas, pero sí podían los caballeros de Santiago, que precisamente y al lado de la casa de Fortum en Toledo habían abierto su Hospital de Cautivos y conocían mejor que nadie cómo afrontar tales trances y negociar las formas de efectuar los canjes o los pagos. Pues estas dos eran las formas de rescatarlos.

Dado que los cristianos también cautivábamos muchos moros, era frecuente proceder a cambiarlos, buscando quienes tuvieran parecida condición y linaje, y así, si era un caballero pues se entregaba otro a cambio, y si era un peón o un balletero, pues se hacía lo propio. Si ya era alguien de mucha estirpe, la negociación tomaba otros derroteros y podían hasta pagarse castillos y plazas enteras, como las que hubieron de entregar los portugueses por Geraldo Sempavor a los almohades, y a los leoneses por su propio rey Alfonso Enríquez.

No era el caso, y tampoco parecía que el canje fuera a ser ni fácil ni rápido. Tampoco quería yo mezclar en ello al Concejo de Atienza, aunque el

Manda y el Elías, de inicio, y todos los demás luego, se prestaron a ofrecer lo que fuera necesario al ser Juan un vecino. Pero yo señalé que no podía aceptarlo pues Juan no estaba en los límites, ni siquiera en los extremos, de nuestro Común de Tierra ni prestando servicio alguno al Concejo, ya que no quería que luego algunos vecinos, con razón, pudieran reprochármelo. No estaba yo boyante de bolsa, pero me dispuse a vender lo que fuera, sin tocar para nada lo suyo, y conseguir los dineros necesarios. Pero aunque Fortum se dirigió a los santiaguistas y estos, desde su base de Uclés, hicieron las gestiones, no parecía que hubiera manera de dar con él de ninguna forma. A Juan y su caballo parecía habérselo tragado la tierra. Desesperaba yo, desesperaban en Zorita los Gabrieles y Domingo de Urgell, en Atienza Elisa y todos los amigos que allí tenía, en Hita sus tías Ana y Estrella y sus primos, en Bujalaro Valentín y Julián, y no digo ya en Sigüenza su padre, mi tío Pablo, y sus hermanos Aniceto y Domingo. Todos se lamentaban, pues no había en toda mi familia nadie más querido y en la mirada de mi tío Pablo y de algunos otros creía yo ver, para mayor pesar mío, un mudo reproche por ser de alguna manera quien me lo había llevado y expuesto a tales peligros. Y aunque aquello fueran imaginaciones, pues ni un reproche me había nadie dirigido, aquella sensación de culpa me torturaba más que nada.

Pero transcurrieron los meses y transcurrió más de un año sin tener una sola noticia suya. Estábamos en pleno invierno, acantonados ya nosotros en Zorita, otra mucha hueste en Huete y el resto en Uclés, prestos a iniciar la marcha sobre Cuenca, donde yo cifraba la última esperanza de que al rendir la plaza apareciera vivo, cuando desde la torre vigía de la alcazaba, la que da vista al monte sobre el que se asienta Recópolis, vieron venir muy tranquilamente un jinete seguido de una mula con una mora en ella montada.

Se dio el grito y alguien me avisó de que parecía ser conocido, y ya lo creo que lo era. Quien llegaba tan campante por el camino de carros que va de la vieja ciudad visigoda a la puerta sobre el Madre Badujo de la alcazaba de Zorita de los Canes, montado en su propio caballo, que con él había desaparecido, era nuestro Juan el perdido.

No daba yo crédito a su aparición, pero cuando ya lo hube abrazado y besado y mirándolo y remirándolo repetía que no acababa de creérmelo, el Juan de siempre, con una de sus risas a medias y una de sus sonrisas enteras,

me dijo:

—Como me enteré que ya venías a asaltar Cuenca, me dije: Vámonos para casa, no sea que me acaben dando a mí con un virote o algún peñasco.

No podía nuestro Juan salir con otra ni de cualquier otra manera. Luego, ya recuperando, si esto era posible, la seriedad, nos contó que había sido herido y preso y llevado cautivo a Cuenca. Que asistiéramos mejor que a él a la mujer que traía, pues ella le había salvado y era mora, pero obligada, hija de cristianos y devota de la Virgen María, a la que siempre había rezado. Que deseaba el bautizo, que se llamaría Marta y que se casaría con ella.

—Y no hay más. Es lo que hay y en eso queda —concluyó.

Pero también que habría de esperar un todo y otro su novia a que volviera, pues desde luego él se venía con nosotros a devolverles a los moros los males que le habían hecho pasar y sin duda a ser la mejor ayuda ya que ahora bien podría enseñarnos los puntos débiles de aquella fortaleza de roca viva custodiada por dos ríos abrazados.

—Que eso ya os adelanto. Al asalto es imposible. Solo la rendirá el hambre.

En la comida y ya con los Gabrieles y nuestro amigo el Calatravo, pero por supuesto en presencia de la mora Marta, que no se despegaba de él ni por asomo, nos contó su peripecia.

—Vi desde lo alto que un ganado andaba demasiado lejos por debajo de Vellisca y descendí hacia él para hacerlo subir y que se protegiera en el pueblo, que esa era la mala época en que gustan de hacer sus correrías los moros. Y tanto que lo era. Pero no me dio tiempo a regresar porque nos cayó la noche, así que echamos allí lumbre para pasarla y volver de amanecida. Se nos vinieron encima sin casi darnos cuenta. A los perros los mataron antes de que ladraran y a mi mastín no le dio tiempo sino a aullar de dolor con los flechazos. Aún pude echar mano de la espada y me defendí, pero me derribaron y me hirieron en un costado y una pierna antes de que un golpe en la cabeza me dejara sin sentido. Me desperté atado encima de mi caballo en mitad de la noche, que es cuando hacíamos el camino de regreso a Cuenca. Por el día se metían con el ganado en cualquier bosque, me curaban y me daban agua. En un par de jornadas me tenían a mí y a las ovejas a buen recaudo en Cuenca, donde fueron recibidos con mucho alboroto.

—Pero no supimos nada, aunque hubo quien demandó por ti y propuso pagar rescate.

—Eso fue porque casi me muero con las heridas. No eran graves pero se me infectaron. Si no llega a ser por esta, allí la entrego. Sabe mucho de hierbas y logró sanarme.

—Y otras cosas, por lo visto.

—Pues sí. Mucho le debo a mi mora. —Le sonrió y ella le devolvió el gesto—. La vida y más cosas. Pero ya sabré pagárselo bien y como merece. No hay mujer como ella y con ella me quedo. Que se bautice, mejor me parece y me alegra, pero te digo que aunque no lo hubiera hecho, con ella de mujer me hubiera también quedado. Porque otra no hubiera arriesgado lo que ella por salvarme.

—Pero ¿como lo habéis logrado?

—Ella era la sirvienta de uno de los importantes de Cuenca. El jefe de los jueces o algo así entre los moros. Debió convencerlo de que yo era de mucho valor y que ella me sanaría. El musulmán, que tenía derecho a una parte del botín, como el quinto de nuestro rey o algo parecido, se quedó conmigo una vez que pareció que yo iba a vivir, pues no creas, me quedé en los puros huesos y parecía un muerto andando, y en vez de cara tenía calavera. Lo tenía muy engatusado al moro mi Marta, y menos mal, porque si no, qué quieres que te diga, no te lo estaría contando. Es un vejestorio y ella hace con él lo que le da la gana. No creas que no es cuca, mi Marta.

La mora se sonrojaba un poco y se reía. Pero si a alguien he visto mirar enamorado a alguien era aquella joven mujer, que lo era, a aquel hombre. Y era hermosa, ya lo creo. El pelo negro, casi tanto como Elisa, pero los ojos los tenía azules y eso le daba una luz increíble a la cara. No era muy alta pero tenía hermosas formas, o al menos eso hacía intuir su vestimenta. Tampoco había visto yo ni mirar ni hablar así a mi primo de mujer alguna, y experiencia no le faltaba al pájaro, que aunque fuera discreto bien me sabía yo algunas de sus andanzas por los pueblos serranos, los alcarreños, los mercados de Toledo o donde parara.

—Cuando ya se quiso entrar en tratos para hacer mi canje, no estaba el viejo dispuesto a ninguno sino a obtener un gran rescate. Iban a mandar emisarios a los de Santiago, que son los que habían dado señas de interés, lo

que le hacía al chivo relamerse con lo que pensaba cobrar. Pero entonces empezó a llegar no solo la noticia de que venían a cercarnos, sino que aparecieron ante los muros las primeras avanzadas cristianas. Destacamentos de jinetes nuestros han estado arrasando los campos alrededor de Cuenca para que no pudieran ellos hacer acopio de comida. Han intentado y conseguido en buena medida que no pudieran acumular apenas grano, ni paja, y le han echado la uña a cuanto ganado han podido, aunque ya te digo que en Cuenca tienen bastante guardado. No va a ser fácil, para nada, tomarla.

—Pero ¿cómo te escapaste?

—Pues vi que la cosa pintaba mal y que a nada ibais a tener rodeada la plaza. Entonces me hice el malo. Vamos, casi el muerto otra vez. De estar en las últimas. Que lo parecía con no sé qué hierbas que esta me daba, que me entraban unos vahídos y unos tiritones y me quedaba como ido y apenas si respiraba. Con ello no pusieron cuidado en guardarme y hasta me quitaron las cadenas que me habían puesto cuando me restablecí para que no me escapara. La mora una vez más le dijo al viejo que ella lograría sacarme adelante, y de la mazmorra me dejaron en un jergón y un cuartucho con una puerta que no aguantaba una buena patada. Fátima, que es como le pusieron a ella los moros, supo del día en que sacaban fuera de los muros a pastar tanto a mi caballo como a varias mulas del jefe moro por un sirviente, y ella se conchavó con él para que donde los llevara fuera muy cerca de una salida subterránea que los moros tienen para llegar al agua. Le debió de prometer favores de tú ya sabes y él picó como un pichón. A mí me sacó disfrazado de mahometano por el pasadizo y el garrotazo que le pegué en la cabeza al moro que esperaba a Fátima para holgar con ella no sé si no le rompió la crisma, porque cayó redondo como un pajarito. Cogimos mi caballo y una mula y, como ya era entre dos luces y aún más tarde, salimos más que al paso. Por la noche todos los gatos son pardos y además no estaban los moros para hacer salidas en busca de una sirvienta y un cautivo huidos, estando como estaba todo el entorno infestado de caballería cristiana, en descubiertas y rapiñas. Por precaución, no fuera yo, vestido de moro, a acabar por morir en sus manos y Marta acabar de esclava de los fronteros cristianos, procuré también evitarlos y, haciendo la que hicieron mis captores, cogiendo el camino de la Losilla, metido ya en la leña de la sierra, llegarme bien tapado hasta

Valdehuate y, sin llegar a Vállega, remontar hasta Recópolis y presentarme aquí en un pim-pam que truena y que viene lloviendo, primo. Así que ese es el cuento.

Lo que había de hacer por mi parte era avisar de inmediato a su padre y sus hermanos y a todos, desde Atienza hasta Toledo. De eso habrían de encargarse los Gabrieles, que seguían mirando a Juan y a su mora con el mismo gesto de incredulidad con que lo habían abrazado primero y escuchado después.

Juan nos encomendó otra cosa.

—Tú, tío, y tú, primo, debéis cuidármela hasta que vuelva. Que no le pase nada, por lo más sagrado. Que tome el bautismo y le den nombre cristiano pero que nadie la toque, ni la hiera ni de palabra siquiera, porque ha de saber que a mi vuelta lo mato, sin cabeza se queda el que levante contra mi mujer una mala voz y aún menos una mano. Que se sepa y tú, Domingo, mejor que se lo digas a los calatravos para que lo hagan cumplir a todos. Con eso no hay bromas.

—Lo haré, Juan, tenlo por seguro y no te preocupes. Estará bien protegida —contestó Domingo de Urgell.

—Nosotros la cuidaremos como si fuera mi hija —añadió mi tío Gabriel, y asintió muy serio su mozo.

Entonces ella, que no había despegado la boca, en nuestra lengua, aunque con palabras mezcladas de algarabía, nos miró a todos y dijo:

—De niña mis padres se hicieron musulmanes. Era mejor por todo y además así no nos mataban los africanos. Mis padres murieron en el cerco del hambre, hace ahora cuatro años. Yo aprendí el Corán, pero siempre le rezaba a la Virgen María, porque es la madre de todos y de Dios y un día iba a enviar quien me salvara. La Virgen María me envió a Juan.

Mi primo Juan había sido y hecho muchas cosas, pero aquello de enviado de María Santísima sí que no había entrado nunca en mis cálculos.

La conquista de Cuenca

Legamos al cerco antes de comenzar el año y Juan resultó muy valioso, pero no tanto como la mora, a la que al fin hubo que traer unos días desde Zorita para que nos mostrara las entradas y los lugares por donde los habitantes de la ciudad salían de sus muros y lograban abastecerse de agua. El propio rey Alfonso, enterado por don Nuño Pérez de Lara, que había llegado con él al campamento, de la peripecia de mi primo, nos recibió en su tienda y quiso saber todo de su reciente cautiverio y de su fuga con una mora hija de cristianos, que desde niña había vivido en la ciudad fortaleza. Había que intentar encontrar el mínimo punto débil en aquella alcazaba de piedra, cuyas verdaderas murallas eran los desfiladeros verticales esculpidos por los dos ríos que la abrazaban. Tras una primera conversación sacamos en claro que Juan poco podía contar y descubrirnos, amén del lugar por el que logró escapar, al haber estado recluido, y que quien tal vez pudiera tener información de accesos secretos a la ciudadela, que ya había soportado en el año del ataque del califa a Huete un infructuoso cerco nuestro, era la mora.

—Dile, Pedro, a tu primo que mande a por la mora y quizás entre los dos nos señalen algún portillo o alguna entrada más accesible, porque el asalto se antoja aquí más imposible que en lugar alguno —me ordenó don Alfonso—. Ni tu Atienza es más fuerte.

Vinieron Juan y su mora, pero lo cierto es que, amén de que ella

conociera al rey y Juan ya en el segundo encuentro mostrara su habitual desparpajo que para nada, sino al contrario, molestó al rey e hizo reír a don Nuño, tras recorrer con la mora todo el perímetro e irle esta señalándole más de una bajada disimulada por uno u otro costado, fueran al Huécar o al Júcar, se concluyó que en efecto el asalto era imposible. Pero sí sirvió de mucho el recorrido, pues Marta fue mostrando en diferentes lugares aquellos portillos y lugares excavados por los que los moros salían hacia el agua o a los campos, y en ellos se pusieron emboscadas que dieron buenos frutos, apresando a quienes lo intentaron y logrando que fueran ellos mismos quienes cegaran aquellos pasadizos, temerosos de que pudiéramos por ellos infiltrarnos.

Pero con el recorrido se nos añadió una certeza nueva y desalentadora: todos coincidimos en que lo que iba a resultar imposible era cortarles completamente el suministro de agua, lo que había salvado el anterior cerco que hubo que levantar a la llegada del califa cuando retrocedía desde Huete. Marta le mostró la boca que daba al subterráneo por el que bajaban a abastecerse y por donde ella y Juan se habían fugado. Estaba, no en la parte baja donde confluían los ríos, como podría suponerse, sino en la alta y por ella llegaban en tiempos de paz los moros camino de los molinos cercanos que había río arriba a moler sus granos. Concebimos esperanzas de poder bloquearlos e impedirles el acceso al río, pero Marta nos explicó que al río sí pero no al agua, y que ellos mismos habrían tapiado cuando a poco se estrechaba el pasadizo al túnel, como en efecto comprobamos. Contó que el pasadizo descendía desde la ciudadela hasta las mismas entrañas de la tierra y llegado al nivel del río ya brotaba el agua, sin necesidad de tener que llegar a la corriente, y que de ella se podían abastecer en unos aljibes que allí habían construido, cuanto quisieran. Rendir por tanto y por la sed a Cuenca era aún más imposible que intentar un asalto a las paredes de sus desfiladeros. Solo quedaba acogotarlos por hambre.

Pero tanto Juan como ella señalaron que en Cuenca no vivían apenas gentes, que tal vez no llegaran a setecientas las almas que albergaba y que con tan reducida población podrían aguantar sin muchas viandas, aunque era muy cierto que las talas y saqueos de años anteriores y de los últimos meses habían impedido hacer reservas y hasta las habían seriamente mermado. Pero estuvo muy claro para el rey, don Nuño, los condes y los maestros de las

órdenes que el cerco iba a ser largo. Y que los almohades, aunque el califa estuviera en Marruecos, harían intentos de levantarlo. La única buena nueva fue, sin embargo, que Abu Yaqub y muchas gentes de su familia más cercana estaban enfermos y algunos incluso habían muerto, pues una pestilencia se había apoderado de Marrakech y no respetaba rangos. El califa parecía haber logrado salvarse, pero se encontraba muy débil y le costaba mucho recuperarse, con lo que el imperio estaba pendiente mucho más de su salud y su posible sustitución que de aquella ciudad cerca ya del territorio cristiano y la más alejada de Sevilla.

Pero Cuenca se defendía muy bien sola. Bien lo había descrito el andalusí de Beja, Sahib al Salá, tras encontrarse en ella después del fallido intento de Abu Yaqub contra Huete.

—Su alcazaba es alta, inexpugnable, cuya elevación llega a tocar las nubes y muestra la prosperidad que alcanzó en tiempo de los Dini il Num y su jeque Ismael y de su nieto Al Mamun, que reinó en Toledo, y de los cuidados que estos pusieron en hacer de ella un fortísimo baluarte para afrontar las vicisitudes de los tiempos. La envuelve, por la parte occidental, el río Júcar, con bordes escarpados y precipicios que impiden el acceso a ella, y por la parte oriental corre otro río, el Huécar, en iguales condiciones para la inexpugnabilidad de la plaza; ambos vierten sus aguas en un gran lago que en tiempos de sosiego provee de agua a los habitantes y que está contiguo a la muralla. Se entra a la ciudad por un gran puente, flanqueado en sus dos extremos por dos fuertes torres protectoras, sobre ambos ríos. En la parte septentrional tiene un foso labrado en piedra dura, de profundidad equivalente a la estatura de dos hombres y que tiene encima un fuerte parapeto. El foso tiene escalones contruidos bajo tierra, por los cuales se baja al río, para la provisión de agua en momentos de asedio y para ir a moler los alimentos a los molinos cercanos, y del que se regresa por los escalones. Sobre el parapeto que hay encima del foso se levanta un gran torreón de construcción primitiva pero convenientemente reforzado, y en la parte inferior de los escalones, junto al agua del río, hay una puerta guarnecida con chapas de hierro, que es considerada como la dueña para entrar en la alcazaba. No hay sitio por donde se pueda atacar esta ciudad más que por el dicho foso y por el puente sobre la confluencia de los ríos y que está bajo las

torres y las defensas de la ciudad.

El asedio, pues, se deducía que iba a ser largo y costoso. Todo dependía de que no cejáramos en él y lo apretáramos tanto que no entrara a Cuenca ni una miserable brizna de hierba ni de paja y no se colara un solo grano de trigo o cebada.

Los almohades, además y como era esperable, aun estando febril su califa, movieron sus tropas en primavera para intentar aliviar el cerco y que nosotros acudiéramos a taponar sus ataques, aflojando así nuestra presa sobre Cuenca. Desde Córdoba salieron los moros contra las tierras toledanas causando daños y regresando incólumes, y desde Sevilla, su gobernador y hermano del califa, se lanzó por su lado contra la zona de Talavera, cautivando mujeres y niños y matando a cuanto hombre encontraba. Arrasó aquella ribera y se volvió a su tierra con botín y prisioneros. Los toledanos contraatacaron e hicieron cabalgada por tierras musulmanas, llegando al Guadalquivir, pero ochenta caballeros fueron muertos a la vista de Sevilla. Pero Alfonso no aflojó el dogal sobre Cuenca, sino que lo apretó aún más. Y los musulmanes ni siquiera intentaron un acercamiento de sus ejércitos a donde se encontraba acampado el nuestro.

A principios de verano se unió al sitio del rey castellano su aliado y amigo el rey aragonés Alfonso II, quien había estado hostigando a los moros por levante, atacando el alfoz de Murcia e impidiéndoles acudir por esa parte en socorro de la ciudad sitiada.

Llegado julio, las esperanzas de los sitiados de un apoyo externo habían desaparecido casi por completo y además comenzaron a sufrir bajas, pues los ingenios y máquinas de asedio construidas, aunque no servían para abrir brechas definitivas, sí hacían mucho mal a los cercados y a sus casas. Piedras, saetas y bolas incendiarias no dejaban de caerles cada día y cada noche tanto por el lado del foso como por el del puente. Sin embargo, lo que desalentaba cada vez más a los de Cuenca era saber que nadie vendría a socorrerles, amén de ya no tener nada que comer después de haberse comido hasta la última brizna de grano, la última res y ya hasta los perros y los cueros. Se supieron solos y vencidos, pero antes de entregarse nos hicieron una salida a la desesperada y en ella nos cogieron confiados y a punto estuvieron de ocasionarnos las mayores desgracias.

Aunque una bien fuerte y desgraciada sí consiguieron infligirnos, pues atacaron directamente al corazón del campamento, donde se encontraba el real y la tienda de don Alfonso y estuvieron a punto de alcanzarlo y de llegar al rey. Logró evitarse a duras penas, pero en conseguirlo hubieron de morir muchos y nobles caballeros que dieron aquel día su vida por salvar la de su joven señor, entre ellos el más querido por el Rey Pequeño, pues bajo las espadas moras fue a caer mortalmente herido su ayo, su preceptor y su regente cuando fue niño, don Nuño Pérez de Lara, quien junto a los hermanos toledanos don Godiel y don Alfonso lograron frenar el avance musulmán hasta que en su ayuda llegamos todos y de otros puntos a taponar aquella brecha y lograr vencerlos y ponerlos en fuga, matando luego a bastantes.

Pero fue una jornada aciaga. A aquellas importantes bajas hubimos de añadir muchas otras, pues los jinetes moros combatían con la furia de quien se sabe sin salvación alguna y se lanzaban contra nosotros con tal desesperación y rabia que, malheridos y casi muertos, seguían intentando alcanzarnos y que muriéramos con ellos.

Nos hicieron mucho daño, sobre todo en su primera embestida, cuando saliendo en tromba por el puente y se abalanzaron, como si de una riada de los dos ríos se tratara, contra nuestras tiendas, abatiendo a todo el que se pusiera por delante y fijos sus ojos en el pabellón del rey Alfonso, sobre el que fanáticamente avanzaban sin importarles ir cayendo muertos en aquel desesperado intento. Uno de sus caballeros, al que abatí al final de la batalla, destrozado por multitud de heridas y agonizante, me dirigió desde el suelo en que yacía empapado de sangre, y con su último aliento, la pregunta que lo obsesionaba y que no era otra que si habían conseguido alcanzar su objetivo, que no era otro que matar al rey.

—¿Ha muerto el Rey Pequeño? Dímelo, cristiano, ¿ha muerto?

Moriría él con la amargura de saber que la muerte y la de tantos suyos había sido en vano.

—El rey Alfonso de Castilla vive y os tomará Cuenca —le contesté, y lo rematé para evitarle mayor sufrimiento, pues no tenía salvación alguna.

Su intención había sido pues esa. Matar al rey y con ellos, suponían, obligarnos a levantar el cerco. No lo consiguieron, aunque estuvieron a punto y sí, como digo, nos hicieron un gran daño. Los dos hermanos toledanos,

Godiel y Alfonso, perecieron en el acto, aquel 27 de julio, defendiendo la tienda real, y don Nuño no pudo superar sus mortales heridas y falleció, ante el inmenso desconsuelo del rey a quien había criado, al día siguiente.

Yo sentí, por mi parte, también como propia, y muy hondamente, su pérdida. De don Nuño el rey había aprendido casi todo y resultaba ser bueno y yo también había recibido de él las mejores lecciones. Su sobrino Pedro Manrique de Lara, el héroe y señor de Huete, fue el encargado de honrar su cadáver y se lo llevó a enterrar a sus tierras.

Don Nuño había sido el hombre con más poder en Castilla durante muchos años. Para alcanzarlo había tenido que hacer muchas cosas y no todas buenas. Algunas reprobables. Pero en lo trascendental había cumplido con su deber y, aunque se había aprovechado de su tutoría sobre el rey, había que convenir que había comprendido el alcance de su misión y la había desempeñado con inteligencia y con éxito, inculcando en su pupilo, para quien fue lo más parecido a un padre que tuvo, los mejores valores, la conciencia de quién era, lo que ello comportaba, el alcance y ejemplaridad que necesariamente habían de tener sus acciones. Formó don Nuño un buen rey, un hombre con profundo sentido de su misión, un buen cristiano, de gustos austeros y sencillos, que buscaba el bien de sus súbditos y la ruina de los enemigos de la fe. Para juzgar a don Nuño, pues, había que poner en valor a don Alfonso rey de Castilla y Toledo, y aquella mañana triste delante de la imponente e inexpugnable Cuenca ante la que había perecido, la respuesta era favorable al que había sido cabeza de los Lara. El hondo pesar del joven monarca, a punto de cumplir veintidós años, lo demostraba. Hacía ya ocho años que había llegado a la mayoría de edad, pero había querido seguir teniendo a su lado a su tutor, buscando su consejo y trasladándole sus dudas. Lo siguió colmando de honores y lo quiso seguir haciendo a la hora de rendírselos ya muerto, demostrando ante las tropas que era mucho más que un consejero leal a quien había perdido.

Y como ante los muros del castillo de Zorita cuando el traidor don Lope apresó al conde pensando que el rey, entonces niño, levantaría el cerco, ahora su fallecimiento no hizo sino reafirmar la voluntad de Alfonso de rendir a Cuenca. Por encima de todo y en honor de don Nuño la tomaría. Pero aún pasarían casi dos meses hasta que el rey pudo entrar por sus puertas.

Los moros, comprendiendo después de dos embajadas infructuosas al califa, todavía enfermo y con su tierra africana aún sin acabar de escapar de la peste, que no tendría ayuda ninguna y que solo les quedaba perecer por hambre, establecieron negociaciones y pidieron el aman. Se acordó que saldrían todos ellos pudiendo llevarse lo que lograsen cargar, y que se garantizaría su seguridad hasta que estuvieran a la vista de Alarcón adonde se dirigieron, así como a Moya, la gran mayoría, en una penosa y famélica comitiva a la que hubo de entregarse alguna comida para que pudieran aguantar el viaje.

El 21 de septiembre, al fin, se abrieron las puertas y un destacamento de caballeros cristianos subieron hacia lo alto de la alcazaba y se aposentaron en el castillo de la Zuda que la señoreaba. Los musulmanes salieron al día siguiente y ya después entró el rey junto al rey de los aragoneses y los grandes magnates, con don Pedro Manrique a la cabeza, y tras ellos subimos todos.

El rey Alfonso gustó de Cuenca desde el momento de poner en ella el pie. Era la primera ciudad que conquistaba a los moros y mucho le había costado hacerlo, incluso la muerte de su tutor, y por ello y por su posición —era la plaza fuerte más avanzada hacia el territorio del reino de Aragón y con las fortalezas almohades de Valencia— la favoreció en todo lo que pudo, convirtiéndola de hecho en la capital de aquel sector. La dotó de Concejo, le dio fuero y le determinó un muy extenso término. Llamó a las gentes de su reino a que acudieran a repoblarla y concedió tierras y privilegios a quienes vinieron. Para completar sus planes y tras hablar con los obispos, la hizo sede episcopal. Para ello se desampolvieron las antiguas sedes que allí hubo antes de que llegaran los moros y se trasladaron a Cuenca las dos que tenían los cristianos en tiempos de los godos. La de Arcávida y la de Valeria, donde aún existía poblamiento,^[57] se consagró como primera sede catedralicia, tras limpiar de rastros del culto islámico la que había sido su mezquita mayor, y se dispuso hacer lo mismo con las demás para asentar allí cada una de las parroquias, hasta el número de catorce. El rey, los obispos y los señores partieron de la ciudad ya muy avanzado el otoño, cuando todo estaba ya en marcha y bien dispuesto. Gozaba de un enorme y feraz alfoz y tierras fértiles en abundancia. Era lugar de muchos árboles, sobre todo de incontables pinos.

Era mucho el valor de la conquista y cada cual pensó en cómo favorecerse, sobre todo el de Lara, señor de Huete y Molina, que aquel invierno, retirado en la capital de su señorío, hacía planes para ella, ahora que venía a ser él cabeza de su linaje con permiso de su primo Álvaro, el hijo del fallecido don Nuño, aún demasiado joven, y que era colindante con su propio territorio. El rey otorgó numerosos donativos de aldeas, casas, azudes, molinos y torres a los señores que más le habían ayudado, en particular a los de la casa Lara por sus límites con Molina, como sucedía con Beteta, que cambió con el obispo seguntino. También donó casas a las órdenes de Santiago y de Calatrava en el propio alcázar, cuyo palacio y aposentos se había reservado para su propio uso y que luego sería muy frecuentado tanto por él como por la reina Leonor. Todo lo demás, que era mucho tanto en la ciudad como en el gran alfoz, quedó para el Concejo, encargado este de ir recibiendo y estableciendo a los pobladores según lo pactado en el fuero.

Dos caballeros muy principales que habían participado en el cerco y sido recompensados con propiedades señeras, don Tello Pérez y don Pedro Gutiérrez, mayordomo real, como la aldea de Tondos, los molinos de la parte alta y la presa sobre el Júcar, debajo del puente, hicieron donación por su parte a los santiaguistas de una finca que entre ambos tenían cerca del puente, entre la albufera y el Júcar, y allí establecieron los caballeros de Santiago el hospital para la redención de cautivos, acordando el Concejo aportar anualmente una contribución para sostenerlo. Pedro Santiago, su comendador en la ciudad, se afanó en aquel empeño y en conseguir propiedades para la orden.

El rey y el arzobispo de Toledo, don Cerebruno, resolvieron también prontamente los asuntos eclesiásticos. Para ocupar la mitra obispal eligieron al maestrescuela de la catedral toledana, don Juan. Fue una decisión acertada pues logró en un plazo de tiempo muy breve que la sede prosperara, consiguiendo para sostenerla no solo buenas rentas, que el rey le dio generoso, sino también aldeas cercanas, entre ellas Abia, que pasó a apellidarse de la Obispalía.

Cuenca floreció y hubo abundantes gentes que vinieron hasta allí para asentarse. Tanta fue en cierto momento la afluencia que pasado el tiempo hubo de poner tope y plazo final de reparto de heredades.^[58] La ciudad se

convirtió en una de las más florecientes de toda Castilla. Máxime cuando la frontera fue avanzando hasta llegar al Cabriel tras la toma del imponente castillo de Alarcón, desde donde les amenazaban. Situado sobre roca viva, con cantiles a pico sobre el Júcar, era la posición más importante en manos de los musulmanes y su conquista, junto con la de Moya, alejó el peligro de las razias y permitió seguir repoblando toda la zona.^[59]

Después de aquello se escribió con justeza de aquel primer y glorioso triunfo de nuestro rey y de su primera gran conquista.

«La consiguió tras muchos trabajos y la convirtió en ciudad regia. Estableció en ella la silla de la fe y el título episcopal lo honró en ella. Reunió allí pueblos distintos y los fundió en un pueblo de grandeza. Levantó en ella un baluarte de fortaleza y un palacio de belleza enalteció en ella. Le entregó aldeas de su poder y con pastos fértiles la alegró. Aumentó la altura de sus murallas y la envolvió con segura protección. Se convirtió en ciudad populosa y se ensanchó en los límites de sus gentes. La contempla con arrobó el viejo morador y ante su vista se atemoriza el árabe. Su defensa está en sus rocas y su riqueza en los cauces de los ríos. Su gloria radica en su príncipe y su santidad en la silla de la prestancia. Su amenidad está en los pastos de sus rebaños y su abundancia en el pan y en el vino. Recuerda, Cuenca, los días del príncipe y con su memoria alegre tu rostro.»^[60]

El ejército regresó y yo lo hice con la milicia concejil de Atienza dispuesto a ocuparme de mi mujer, disfrutar de mis hijas, atender mi hacienda y mis tierras, tanto allí como en Bujalaro, y participar activamente en la vida de mi Concejo, del cual formaba parte por la collación de la Trinidad. Pensé que Juan regresaría conmigo, pero resultó tener otros planes. Decidimos que, al igual que antes él había cuidado mis cosas, ahora lo haría yo con las suyas, algo que hice con gusto, pues lo que entre él y el calatravo Domingo de Urgell tenían en mente requería de sus buenas mañas y entusiasmo. Cristianarían en Zorita a Marta, se casaría con ella y establecería allí casa. Pero quería atender la petición que el de Urgell le había encomendado y además estaba feliz de hacerlo.

En sus recorridos desde Zorita hasta la sierra de Altomira habían

constatado que desde los montes y por aquellos valles, que desde Albalate llegaban hasta el Tajo, había multitud de nacimientos de agua y que estas brotaban muy someras, eran muy abundosas y el terreno el mejor para aprovecharlas con acequias. Algunas de hecho habían existido y comprobaron que había una larga conducción que, partiendo de un lugar llamado el Noguerón, iba por las lomas hasta llegar a la mismísima Recópolis.^[61]

—Era el acueducto por donde llegaba el agua para el palacio del rey godo —explicó Domingo de Urgell.

Pero no era el único manantial ni el más abundante. Ya antes de llegar al propio pueblo, en su parte alta, estaba el del Arroyuelo, que en algún pozo casi cubría a un hombre por entero. Más abajo estaban los Pozos de la Mayor, que ya utilizaban para llenar los estanques de los cañamares y cocer allí el cáñamo. Luego estaban las propias aguas del pueblo, que eran sobre todo dos. Una la de la fuente mayor, cuyo sobrante daba luego para poder regar toda la vega y aún quedaba remanente. Otra fuentecilla, más pequeña, surgía apenas a cien varas, pero los veneros eran independientes, como los de otros muchos manantiales. Siguiendo por el valle estaba después el Noguerón, del que bien podía decirse que manaba un río entero. Después, y ya para llegar al propio término de Zorita, estaba la fuente de la Cueva, pues en una y con pequeña cascada nacía, y finalmente todas aquellas aguas acababan por confluir en el Madre Badujo que vertía al Tajo bajo el castillo de Zorita, junto al puente que lo cruzaba y daba entrada a la villa.^[62]

Lo que el calatravo y mi primo se traían entre manos con el comendador de la orden era crear con toda aquella agua una red de acequias y convertir todos aquellos valles en regadíos, que ya habían existido algunos y quedaban de ello trazas, pero que además con el agua de la fuente de la Cueva^[63] canalizada al borde de la pared de roca podía moverse un molino y luego por uno y otro lado del valle seguir regándolo entero. La piedra para el molino podría extraerse de aquella misma cantera. El comendador de Calatrava tenía voluntad, Domingo de Urgell conocimientos y mi primo Juan empuje. Además estaban los Gabrieles, que podrían dirigir a los canteros. Juan haría de capataz para que los que tuvieran que abrir las zanjas y picar la roca cuando fuera preciso no se durmieran.

En ello los dejé, y también en otra preocupación no menos importante y más prioritaria para la defensa. El castillo de Zorita había sido construido por los bereberes para confrontar a los enemigos que venían del norte, desde la derecha del río. Pero ahora en manos cristianas, la situación, como en muchos otros castillos al lado de las corrientes, era la inversa. El enemigo venía desde la orilla en que se encontraba la fortaleza, y en el caso de Zorita resultaba ser un castillo que era la mejor atalaya hacia lo que había sido antes el horizonte por el que podía aparecer el enemigo, pero ahora resultaba estar «ciego» hacia el lugar, la sierra de Altomira, por donde podía aproximarse alguna algará. Así que había que ponerle ojos y se decidió la construcción de nuevas torres vigías que conectaran con luminarias con las de Anguix y de la Bujeda.

Así pues, ellos tenían muchas tareas en que emplearse y a mí no me faltaban las mías. Me despedí de Juan pidiéndole que tuviera precaución, no volviera a sucederle una nueva peripecia como la que había tenido, y me separé de él con cierta tristeza, pues con él al lado las cosas parecían siempre ser un algo más fáciles. Como despedida, me secreteó en un susurro:

—Además, Pedro, aquí, como hay mucho trasiego de calatravos, me será más posible saber por dónde para el pájaro ese del Cirilo. En cuanto le eche el ojo encima te aviso y completamos.

Del triunfo a la angustia

Los años que siguieron en Castilla fueron buenos. Para el rey y para sus gentes. Para nosotros en Atienza, para Juan y Gabriel en Zorita, para Valentín y Julián en Bujalaro, y para mi familia en Hita y Sigüenza. Y hasta pude visitar a quienes desde que partieron con la hebrea Jezabel y Fan Fáñez, el sobrino de Álvaro, a Orbaneja, en Burgos, el solar infanzón de los Fáñez. Fue aquella la única vez, desde que Elisa accedió a venir conmigo a Atienza, en que consintió en salir de ella. Había andado tanto por los caminos que no deseaba volver a hacerlo en absoluto y era más que reacia a cualquier viaje por pequeño que fuera. Había encontrado en la vida más tranquila su felicidad.

Mi mujer se había aquerenciado de tal modo a Atienza y su rutina que no había quien la sacara de allí. Cuidaba de la casa, se ocupaba de los trajines y los asuntos de la reata más de lo que yo mismo hacía, tenía la mejor vecindad con las gentes y gustaba de las cosas sencillas. Era amiga de la fiesta y gustaba de que le trajera buenas telas para hacerse vestidos, y le agradaban los adornos, los buenos muebles, los tapices y las alfombras mejor tejidas, los manteles bien bordados, las copas más finas de plata o de cristal, y si le obsequiaba con alguna hermosa joya, le relucían los ojos y me lo agradecía con besos y zalemas. Pero siempre en Atienza y en su tranquilidad. Allí reía, festejaba, y si la ocasión era propicia nos deleitaba a todos con su música y su voz. Era feliz con su vida y hacía feliz la mía. En la calle, en la mesa y en la

cama. Le hubiera gustado que yo no tuviera que ausentarme tan de continuo y su mayor pesar era cuando me veía salir de campaña con la mesnada concejil. Por ello estos años de tregua y de escasas algaras la tenían contenta, pero comprendía mis deberes y me alentaba a cumplirlos. Recibía con mucho jolgorio a su hermano Fortum cuando pasaba a visitarnos, pero no quería ni oír hablar de regresar por Toledo ni echaba en nada de menos fiestas de la corte y ricos hombres. De su tragedia pasada no salió una sola palabra más de su boca. Pero sí quiso venir conmigo a encontrar a mi familia, de la que no teníamos noticias, y aprovechar así el viaje a Burgos con motivo de las fiestas por el nacimiento de la primera hija de los reyes, a la que bautizaron como Berenguela. En una nueva muestra de deferencia para conmigo, el rey Alfonso me había invitado a acudir.

La reina Leonor había ido creciendo, dejando de ser niña para convertirse en doncella y luego en una de las reinas más hermosas que Castilla había conocido. Había aprendido enseguida a hablar nuestra lengua, en la que ahora se expresaba con enorme facilidad y ayudada por el cariño de Alfonso, del que no había quien la separara ni cuando era una niña ni cuando se fue haciendo adolescente. Era hogareña y gustaba de estar siempre que podía con su marido, sin importarle para ello acudir a ciudades y alcázares de la frontera cuando su esposo iba, desde allí, a la guerra. Al rey, al contrario que sus ancestros, no parecían tampoco complacerle los enredos con damas de la corte en que habían menudeado tanto su tatarabuelo y su bisabuelo, los Alfonsos anteriores, y aún menos quería entrar en los malos trances que por sus saltos de cama soportó su abuela Urraca. Al que los musulmanes seguían llamando el Rey Pequeño no se le conocía relación alguna ni amorío adúltero que se le achacara, ni menos aún vástago que tuviera su ascendencia. Hubo quienes quisieron inventar una patraña con una judía de Toledo, pero aquello, de pura invención que era, no sirvió casi ni para los juglares. Y cuando cumplió él los veinte años y doña Leonor los quince, la reina comenzó a darle hijos, uno tras otro, y ya ni siquiera hubo resquicio para las habladurías. Porque la joven reina iba a salir a hijo por año.

Berenguela fue la primera en nacer y sin pasar ni un año siquiera iba a llegar, para alborozo del reino, el varón deseado, al que llamaron por tradición Sancho y, siguiendo la también la desgraciada tradición de los

sanchos castellanos,^[64] el gozo de sus padres y de los vasallos fue efímero pues murió a los tres meses.

Nosotros, una vez más el rey me enaltecía con su gracia, habíamos acudido al bautizo de la primogénita, y al rogarle a Elisa que viniera conmigo a Burgos resultó que lo que la impulsó a acompañarme fue la intención de encontrarse con mi familia perdida, la hija de Yosune que había partido con Fan,^[65] el sobrino de Álvar Fáñez, compañero de batallas de mi abuelo y su esposa judía, toledana como ella, Isabel para los cristianos, Jezabel para los hebreos, cuando se produjo la muerte del gigante pardo, la ruina de Zorita y la dispersión de mi familia. Fue aquello lo que la decidió y, no sin sorpresa por mi parte, emprendió el viaje conmigo.

Nos llegamos a Burgos, tras haber Elisa dejado a las niñas en el mejor de los cuidados y con mi deseo de hacer tanto del recorrido como de nuestra estancia lo más placentero a mi mujer, pues bien comprendía que pocas oportunidades así podríamos tener. Al rey al alcázar o a un magnate a sus palacios aún se entendía que lo siguiera su esposa, pero hacerlo con un caballero fronterizo a sus campañas no entraba ni en el más insano de los juicios. Por poder ir acompañado de Elisa me sentía yo, pues, en extremo gozoso y deseaba, no voy a negar que con no poca vanidad, mostrarme con ella en la corte. Sabía que mi mujer despertaría la admiración de todos y ello me enorgullecía. Lo que no esperaba es que, de buenas a primeras, quien se iba a encontrar con algo que no se esperaba y que me supuso un verdadero sobresalto era yo mismo.

Porque parecía que ponerme yo en los caminos con Elisa y que me tropezara con doña Constanza, era todo uno. Lo cierto es que podía esperarlo, pues bien sabía yo que ella estaba afincada en la ciudad con su marido. Pero ya me suponía yo curado totalmente de aquellos hervores y a salvo de cualquier tentación en tal sentido y por ello no solo no había tenido reparos sino insistido en que Elisa viniera conmigo, y estaba muy preparado para afrontar cualquier ocasional encuentro que pudiera producirse. Lo que no podía esperarme es que iba a ser conocedor de algo que hubiera de guardar por siempre como el más oculto de los secretos.

Porque en efecto a doña Constanza, era mi sino, no tardé en tropezármela y no pude dejar de observar el volumen que quien había sido mi amante e

iniciadora en los pecados de la carne había alcanzado. Pues ahora de carnes, aunque nunca fue doña Constanza delgada, andaba sobrada, pero como siempre rozagante, alegre y bien dispuesta. No así su marido, que caminaba a su lado con paso cansino y semblante macilento. Nos cruzamos en la plaza hacia la iglesia. Me reconoció desde lejos y al cruzarnos y cumplimentarnos con un convencional saludo de quienes solo muy lejanamente se hubieran tratado, sí tuvo tiempo de, muy disimuladamente, hacerme una señal de que observara el muchacho que caminaba a su lado y que no podía ser sino su hijo. Era un niño de buena hechura, corpulento y fuerte.

Más tarde y a través de aquella vieja sirvienta, urdidora de nuestros pecaminosos encuentros, que habría de tener cien años y aún vivía, me llegó una nota escrita que en cierta forma temía o al menos no dejaba de esperarme. En verdad que nada más ver al muchacho, y más aún al percibir la señal de doña Constanza, ya lo había sabido.

El niño es hijo tuyo. Y le he puesto tu nombre, que es también por fortuna muy de costumbre en mi propia familia. Pero en ello ha de quedar todo. Nada habrás de hacer ni conocer ni intervenir. Ni habrá de saber tal cosa él por nunca en la vida. Es mi alegría y la continuación de mi linaje. Te lo hago saber por entenderlo tu derecho, pero te conmino a que lo guardes en ti como en un sepulcro. Habrás de mantener por su bien ese secreto. Ni por linaje ni por fortuna ha de faltarle nada, bien lo sabes. Me dejaste algo, pero ahora es, será y debe ser así, tan solo mío.

No venía, por discreción, firmada la misiva. Su voluntad era clara. Sonreí casi sin darme cuenta. Me imaginaba las artes de la Castro para que el marido no sospechara nada y se atribuyera, incluso con orgullo, la paternidad del mozo. Bien las conocía y nada me extrañaban. Seguía en la mejor posición y había sabido muy bien cómo pagarse sus servicios al ponerse del principio al servicio del rey y de los Lara, ahora que su familia, tras la alianza ya continuada de Fernando Rodríguez de Castro con los almohades, quien ya era conocido como el más dilecto amigo del sultán sarraceno y el que le procuraba la complicidad del rey leonés contra su sobrino el castellano, había caído en el peor descrédito, aunque seguía dominando un enorme señorío por

tierras de Trujillo. Su nombre no se pronunciaba si era posible evitarlo en la corte de Burgos.

Pero además no había otra cosa de que se hablara en la corte de Burgos, sino de un terrible episodio en el cual se habían teñido de sangre las manos y de oprobio el nombre del cabeza de los Castro, en el que había sido su víctima nada menos que su propia esposa.

Porque si la poca fortuna le acompañó en sus pretensiones para recuperar la primacía perdida en Castilla a manos de los Lara, aún más aciaga le fue la suerte en lo que a matrimonios se refiere. El primero fue un fracaso del que habló toda Castilla y el segundo culminó en la tragedia que ahora era motivo de repulsa en todos los reinos cristianos.

Su primera mujer había sido Constanza, hija del conde Osorio y de su esposa Teresa Fernández, nieta por línea bastarda del rey Alfonso VI. Pero en la batalla de Lobregal, vencida por él aunque otra vez sin demasiado provecho político ni territorial, contra los Lara, a pesar de que capturó prisionero al propio don Nuño, pereció el propio conde que combatía a su lado, su suegro, y tras ello el Castro repudió a su esposa, aduciendo por demás que no le daba descendencia.

Entonces se decidieron sus esponsales con su prima hermana, Estefanía Alfonso, hija ilegítima de Alfonso VII el Emperador y de la propia tía de don Fernando, la condesa Urraca Fernández de Castro. Esta sí le dio hijos, Pedro y Sancha, pero iba a morir degollada por la propia mano de su marido.

Había sido un caluroso día, el primero de julio de 1180, cuando tuvo lugar el suceso que conmocionó a todos los reinos, llegó hasta la propia Roma, era la comidilla de las plazas tanto de León como de Castilla, daba pasto a todas las alcahuetas y era manantial inagotable para los juglares. Era la historia de la infanta Estefanía, ya por todos llamada desde entonces, la Desdichada.

Resultó que una criada de la máxima confianza de la infanta mantenía amoríos con un caballero, y para no ser descubierta urdía la treta de acudir a las citas vestida con las ropas de su señora. Sus furtivas salidas llegaron a oídos de Fernando Rodríguez de Castro, pero imputándole la infidelidad a su propia esposa. El castellano, decidido a lavar su honor y vengar su honra mancillada, se emboscó en las sombras para sorprender a los amantes. Y

logró su propósito. Apuñaló con saña al hombre hasta verlo morir mientras la mujer huía despavorida hacia sus aposentos. El Castro la persiguió lleno de furia y, al verla entrar en sus propias habitaciones, llegó tras ella casi a tientas por los corredores a oscuras y con la mayor ferocidad la apuñaló en la cama matrimonial, donde la encontró acostada.

Llegaron al tumulto los criados, prendieron algunas luces y ante la desolación de don Fernando descubrieron que la esposa muerta se encontraba en camisón y sin vestidos, de los que no parecía posible que hubiera logrado desprenderse al venir el furioso marido a sus inmediatos alcances.

Comenzaron a registrar la estancia y poco tuvieron que mirar, pues bajo la cama apareció la criada con la ropa de su ama encima. Al descubrir su error y el horror de su delito don Fernando estalló en alaridos y sollozos. Pero el mal estaba ya consumado y la inocente Desdichada yacía ensangrentada y muerta.

Acudió el Castro a la corte del rey Fernando, pues la infanta era hermanastra del propio rey leonés, y entró en ella con una soga al cuello y la daga con que había cometido su horrible crimen en la mano. Imploró al rey leonés su perdón y al mismo tiempo el castigo por merecido, pero este, a pesar de ser sangre de su sangre la que había vertido el conde, no castigó a su asesino con pena alguna. Aquel suceso enturbió ya por siempre la imagen y la gloria del mayor de los hermanos Castro. El homicidio de su esposa y su connivencia con los almohades enterraron para siempre su prestigio, de manera total en el reino castellano, y cada vez de manera más fuerte en el reino de León, donde mantenía mucho de su poder.

Pero he de confesar que el relato pormenorizado de su crimen me preocupaba mucho menos que la noticia que a mí mismo me atañía y que había recibido casi nada más aposentarme en Burgos. Que había añadido un vástago, con sangre Castro en sus venas mezclada con la mía, a mis tres hijas, pero del que no podría decir nunca que existía. Y desde luego no estaba dispuesto a hacerlo saber jamás, ni a mi familia ni mucho menos a Elisa ni a nadie en absoluto, aunque en mi fuero interno me dije que en lo posible seguiría su peripecia y si en mi humilde y villana mano estaba, le favorecería en lo que buenamente pudiera.

Disfruté con mi mujer de las fiestas del bautizo de la primogénita del rey.

Tuvo don Alfonso la deferencia de recibirnos a mí y a Elisa, y no dejé yo de tener como siempre esa sensación de cercana camaradería del rey para conmigo que tanto me confortaba. Me preguntó brevemente por Atienza y por algunos de los extremos fronterizos y no dejé de atisbar su preocupación continua por aquel nuevo imperio, aquella nueva amenaza, cada vez más poderosa aunque ahora estuviera aparentemente apaciguada, que se cernía sobre nosotros. El rey Alfonso era muy consciente de que a no tardar nos veríamos en graves trances y habríamos de afrontar los peores peligros y los más terribles ataques contra Castilla. Ello fue en lo que me insistió en nuestra despedida, tras haberme presentado a mí y a Elisa a la reina Leonor.

—Aunque lo conociste en tu llegada a España, este es Pedro de Atienza, el que me acompañó cuando hui como arrierillo desde su villa donde me tenía cercado mi tío Fernando. Su mujer, Elisa, ¿verdad?, era juglaresa y de muy hermosa voz. Cuando posemos en Atienza habrás de cantar para nosotros. Quedas emplazado en ello, Pedrillo —me dijo, recordando el diminutivo por el que de muchacho me habían conocido.

—Lo haré con sumo placer, mis señores —aceptó con una reverencia Elisa y doblé yo la rodilla ante mis reyes, algo que como siempre concluyó don Alfonso haciéndome levantar y despidiéndome con un abrazo.

Partí con Elisa desde Burgos, con la alegría de la amistad renovada de mi rey, pero con aquel nuevo cargo sobre mi conciencia de un hijo secreto y adúltero con doña Constanza. Aunque he de reconocer que no me pesaba demasiado. Lo confesaría, pero no sería al párroco de la Trinidad ni en Atienza, sino a cualquiera en otro lugar o antes de entrar en batalla, y lo guardaría después por entero para mi colete, que era cosa de no andar contando nada, por el bien suyo, el mío, el de doña Constanza y el de su pobre marido, el de mi feliz mujer y el de todos. Que saberlo no haría bien a nadie y sí infelices a todos.

Proseguimos nuestro viaje, tomando rumbo hacia el norte, buscando las orillas del río Ebro, y llegamos en dos jornadas a Orbaneja del Castillo. No nos costó apenas dar con las casas de los Fáñez, que nos indicaron de inmediato, y al llamar asomó un caballero de edad no muy dispareja de la mía, quien, al pedirle razón de Itziar Pérez y darle yo mi nombre y señas, se volvió hacia el zaguán de su casa y llamó a gritos.

—¡Itziar, mujer, ven que aquí hay gente de tu familia que preguntan por ti!

Presurosa apareció una mujer joven con un niño en brazos, que por edad de ninguna manera podía ser mi tía. Se nos quedó mirando y preguntó, muy sería y fijamente, como algunas veces me miraba mi abuela.

—¿Quién eres?

—Nieto de Yosune y de Pedro *el Pardo*, el hijo de Pedro *el Frontero*. Ella es mi mujer, Elisa.

—Yo soy tu prima Itziar. Mi madre murió hace años y antes lo hizo mi padre. —Se le abrió el rostro en una gran sonrisa—. ¡Qué alegría más grande! Pasad, pasad a casa. No os quedéis ahí fuera.

Sus palabras fueron acompañadas de un gesto del caballero, que nos hizo desmontar, entregó los caballos a un sirviente y nos empujó a entrar en su casa. Su nombre era Álvar, en honor del gran guerrero, y era nieto de Fan Fáñez y de Jezabel *la Judía*.

No consintieron que tomáramos posada sino que nos quedáramos en aquella casa, el viejo solar de los infanzones, donde Álvar había acogido a su sobrino, al que antes tenían escondido en un monasterio y que llevó con él a la frontera.

—Mi padre nació en Zorita. Y alguna vez hemos dicho Itziar y yo de llegarnos hasta allí y saber de la familia vuestra, pero la frontera está siempre revuelta y la tierra necesita cada día quien la cuide.

Elisa se fue con Itziar rumbo al interior de la casa, para señalar donde nos acomodaba, y yo me quedé con el joven Álvar, que me hizo sentar y de inmediato me ofreció vino en señal de bienvenida. Y con el vino de aquella ribera, que resultó de mi gusto y, aunque mal me esté el decirlo, algo mejor que el nuestro de las alcarrias, comenzamos a conversar y se desanudó la historia.

A la muerte de Álvar Fáñez, en la revuelta segoviana defendiendo a la reina Urraca, su viuda doña Mayor Pérez, volvió a casar con un conde gallego. Las hijas de ambos, de Álvar y doña Mayor, nietas del conde Ansúrez, lo hicieron, como bien sabíamos, con las casas más linajudas, los Castro y los condes de Urgell entre ellas. Otro nieto, de un entronque algo más humilde, era el Calvo, quien pereció junto a mi padre, según tuve

ocasión de aportarle a mi anfitrión, combatiendo con los moros en Granada.

Doña Mayor estimaba en mucho a Fan Fáñez, lo había tratado siempre como si de un hijo suyo más se tratara, y les favoreció tanto a él como a su mujer hebrea en todo lo que pudo, acabando por donarles la casi totalidad de las tierras de Orbaneja, con lo que la hacienda de Álvar, casi al completo acabó por pasar a manos de su sobrino, en realidad hermanastro menor, y de este había terminado por llegar en buena parte a las manos de su nieto, que era quien nos recibía en la vieja casa solariega.

Nos contó también, pues a la charla ya se unieron Itziar y Elisa, que al calor y amparo de la abuela Jezabel, habían ido llegando a Orbaneja muchos hebreos que habían levantado una floreciente aljama, dedicados en gran medida al comercio y a la orfebrería. Las hijas de Fan y la hebrea, que su madre había educado en esta religión, acabaron por casarse con judíos, mientras que el único hijo varón, educado en la fe cristiana, lo hizo con la hija de un infanzón de Orbaneja. Mi tía Isabel se había casado también con otro, con no pocas tierras tampoco, y al final, las familias habían acabado emparentando con la boda de los hijos de ambos. Y las dos ramas de la familia, tanto por la parte judía como por la cristiana, podían considerarse, y a Álvar no le dolieron prendas en decirlo, entre las más poderosas de la villa, sino las primeras.

En tierras y en ganados, ellos, y en cuestión de dineros, los hebreos eran quienes los tenían más fuertes y más seguros. Pues cuando habían ido mal las cosas a los labradores o alguna cosecha se había unido con la anterior en los peores resultados, había donde acudir y no habían fallado. Itziar y Álvar hablaban de ellos con gran afecto y los mentaban como «nuestra familia judía».

Mi tía Isabel, siempre protegida por Fan y Jezabel, había casado bien en Orbaneja, con un labrador de muchos posibles que había muerto muy joven, y madre e hija en buena manera habían vuelto al cuidado de los Fáñez y, cuando creció, acabó por casar con quien desde niña había convivido. No había tenido noticias de la Transierra excepto aquella tan terrible de la muerte del tío lejano de su marido, Álvaro *el Calvo*, pero para nada imaginó que junto a él hubiera sucumbido su propio tío materno. Apenas si recordaba los nombres, excepto el de la abuela Yosune.

Hube de ir dándoselos y ella volvía a rescatarlos de sus recuerdos infantiles y los recuerdos de su madre. Yo le fui dando detalles de toda nuestra familia, de quienes eran sus tíos y tías y de quienes éramos sus primos y dónde vivíamos, y también de quienes, es ley de vida, habían ido muriendo. El último, el tío Pablo, el de Sigüenza, que no había pasado el anterior invierno. Le conté de mis hermanas y del tío que aún vivía, Gabriel el cantero, y de su hijo, que vivían ahora en Zorita con otro primo, Juan, que era hijo de Pablo el seguntino, que había sido cautivo de los moros y se había fugado con una mora que no quería ser musulmana y que se habían casado. Les contamos Elisa y yo de las tres hijas nuestras y ellos del suyo, que era el primero.

Se pasó recado a la familia hebrea y estos nos prepararon un ágape y recibimiento que agradó en mucho a Elisa. Tanto que concluyó aquella velada con ella rememorando sus días de juglaresa y tocando como solo ella sabía el laúd y la cítara y entonando con aquella voz que siempre me enamoraba las más hermosas jarchas. Elisa tenía mucha más costumbre que yo en el trato con hebreos, conocía sus costumbres y hasta su hablar ladino. Disfrutó de su hospitalidad, su comida, en especial de los dulces. Los hebreos, bajo el amparo de los Fañez, habían vivido y vivían, a pesar de las envidias, muy bien en Orbaneja, respetados y tranquilos. Les relaté yo que también en Zorita había un nutrido grupo de gentes de su religión y raza, y que la aljama en lo más alto de la roca, justo al lado del foso y de la entrada a la alcazaba, prosperaba mucho con la llegada de huidos de Al Ándalus, perseguidos por la intransigencia almohade. Y comprobé que en realidad no les contaba nada que no supieran. Los hebreos tenían siempre mejor manera de comunicarse y mucha mejor información que nosotros, y más en lo que tocante a su raza y sus afanes se refiere.

La propia Elisa, aunque jamás lo hacía en exceso, probó en la velada vinos y licores. Cantó aquella canción que me cantara cuando íbamos de Anguix a Sigüenza y aquella noche me hizo gozar como en mucho tiempo no lo hacía, con una juventud recobrada y cimbreando su cuerpo y sus caderas como la más seductora de las bayaderas. Me susurró al quedar rendida, aunque más lo estaba yo, aquella frase de siempre, nuestro secreto más querido:

—Tú me devolviste la vida.

Y aquella noche concebimos otra. Que fue, no podía ser sino, hembra. Le llamamos Estrella y fue la última, la que más me ha querido y la más hermosa. Aunque todas sean mis hijas y a todas haya querido por igual, la pequeña Elisa siempre ha sabido estar más cerca de mi sentir y, creo, yo del suyo.

De vuelta y al regreso de nuestra visita quise conocer, pues tanto el Fáñez como mi prima me lo encarecieron, el monasterio de San Pedro de Cardaña. Estaba a poco más de una legua de Burgos y allí reposaban no solo Rodrigo Díaz de Vivar y doña Jimena, sino también Álvaro Fáñez, a quien el Cid llamaba Minaya, que en aquellas tierras del norte era palabra vascona, mi-anai, que significaba «mi hermano». Porque eran entre sí primos por parte de madre, según me relató el vástago de los Fáñez, pero como hermanos siempre se trataron y tuvieron. Y como tal pidieron ser enterrados.^[66]

Retornamos a Atienza y ya cerca de nuestra casa quisimos acercarnos a rezar y dar gracias por el feliz viaje en Santa Coloma de Albendiego, la ermita que tienen al lado del Bornoba los caballeros templarios.^[67]

Las cosas pintaban bien en Castilla. Al rey y a las gentes. Pero era ley de vida que las gentes nacieran y murieran, y a nuestra vuelta a Atienza nos encontramos con la enorme tristeza de que el Elías ya no estaba. Lo habían encontrado muerto en su cama. «No quiso dar guerra mala ni para morirse», dijo de él su amigo el Manda, a quien la muerte del otro supuso un golpe duro y repentino. Dio un gran bajón en cuerpo y en espíritu y aun cuando se ocupaba, con la seriedad de siempre, de las cosas del Concejo comenzó en todo lo que pudo a ir delegando en mí. Propuso y consiguió que me eligieran para el cargo de juez de alzadas que había dejado vacante el Elías y hube de atender más que nunca al día a día de aquel gran Común de villa y tierra, por lo que tuve que andar de un extremo a otro de nuestro término poniendo paz y repartiendo justicia, o al menos intentando hacerlo, que bien difícil era en muchos casos cuando los dos llevaban su parte de razón, que eran las más de las veces aunque ninguno quisiera verlo así, o cuando no la llevaba ninguno, que también se daba el caso.

Pero sí, las cosas en Castilla iban bien y la mejor prueba estaba en la frontera, donde poco sufríamos nosotros y sí mucho los moros. Nuestras

tierras se repoblaban con rapidez y ello tanto en el alfoz de Zorita como en los de Huete y Cuenca, mientras que las suyas se despoblaban y los moros abandonaban sus alquerías y huían hacia el sur. El califa almohade, al fin recuperado de sus males, no podía atender a sus cuitas pues le acechaban las propias en África, donde hubo de emprender campaña contra Bugía (Argel) y contra Kairuán, pues las tribus y sus jeques, alentados por sus viejos señores almorávides ahora fuertes en Baleares, le desafiaban y no reconocían su poder. Hubo de acudir a sofocar la revuelta y vencerlos, aunque no apaciguarlos del todo, y escribió carta a Al Ándalus diciendo que regresaría a castigar a los infieles, pero no pudo hacerlo en años. Los reyes cristianos respetaban cada vez más a Alfonso, el rey castellano. El rey aragonés seguía haciendo con él pactos, siempre con el apoyo de doña Sancha, la tía de nuestro soberano, al que tenía gran afecto; el rey navarro, sabiamente, consideraba que era mejor mantener las paces que romperlas, y su tío, el rey leonés, a pesar de que el Castro no dejaba de enredar, se mantenía más tranquilo y acabó por firmar un tratado con su sobrino. El otrora Rey Pequeño se agrandaba en edad y poderío, y las tropas almohades que prometía y con las que amenazaba el Castro no aparecían por ningún lado. La reina Leonor seguía teniendo hijos, pero no vivían mucho; la tercera, a la que se llamó Sancha, pareció también ser alcanzada por la maldición del nombre, y murió al poco de nacer. Se continuaba ansiando un heredero, pero la primogénita doña Berenguela era quien crecía sana y muy avisada.

Los castellanos hicieron algunas expediciones y cinco años después de tomar Cuenca, el rey nos concitó a todos y se puso al frente de una gran algará. Fui con el Concejo de Atienza a la campaña. Pasé recado a mi amigo calatravo para saber si los caballeros de la orden participarían en la campaña y ver de echar el ojo al de Coreses, pero el de Urgell me contestó que no era probable pues los calatravos quedaban asegurando la frontera y no vendrían. En ese último lustro casi nada habíamos podido saber de Cirilo de Coreses, excepto que había pasado buena parte del tiempo en su encomienda de Zamora, aunque se le había visto también por la casa de la orden en Toledo.

Las mesnadas que partimos con el rey acampamos a mediados de junio frente a Córdoba y la cercamos, no con propósito de tomarla, sino de mantener asediados a sus ejércitos mientras nosotros arrasábamos todos los

campos en que estaban a punto de recoger la cosecha. Nuestras razias se extendieron hacia Granada, Málaga y Ronda, y yo mismo di vista a Algeciras y al mar, contemplando al otro lado del Estrecho la costa africana. Sitiamos Écija y llegamos a Carmona. En la orilla derecha del Guadalquivir, por sorpresa, logramos apoderarnos del castillo de Setefilla, muy cerca de Lora del Río, donde hicimos setecientos cautivos.^[68]

El rey decidió entonces, en vez de demoler la fortaleza, conservarla y abastecerla con víveres, pertrechos y caballeros, guarneciéndola con quinientos de a caballo y mil peones a los que juró no les faltaría el socorro. Después de dejar, tras cuarenta y cinco días de correr la tierra mora, la desolación a nuestras espaldas levantamos el campo cargados con el más inmenso botín que jamás hubiéramos conocido, en el que por muchos miles se contaban los cautivos y resultaban incontables las cabezas de ganado que con nosotros traíamos. Era el 17 de julio cuando iniciamos el regreso y en agosto ya se estaban vendiendo, por parte de todos y cada uno de los que participamos en la cabalgada, los muchos bienes que, tras separar el quinto del rey, nos habían tocado en el reparto. Nunca he visto tal abundancia en Atienza, ni tantas reses, ni poderlas comprar en almoneda, ni hacerse con joyas, vasijas o tapices por tan pocos dineros, dado todo lo que trajimos. Yo preferí guardarme buena parte y hasta comprar algunas cosas y reses antes que malbaratarlas.

La ira que habíamos dejado tras nosotros en Al Ándalus era enorme y hervía. Los nuestros, que habían quedado en Setefilla, comenzaron a pagarla. Cuando apenas acabábamos de retornar a Castilla, el hijo del califa Abu Yaqub, Abu Ishaq, gobernador de Sevilla, convocó a cuantos soldados pudo y salió contra la fortaleza. Nada más llegar tuvo buenas noticias. Sus tropas de Carmona habían alcanzado una victoria sobre un grupo de caballeros que habían salido en algara desde la fortaleza, matando a sesenta y cautivando otros tantos. Abu Ishaq ordenó que, sin compasión ni pedida de rescate alguno, fueran de inmediato decapitados.

Las tropas almohades cercaron el castillo y lo apretaron con fiereza. Murieron hombres y perecieron también caballos, pues se acabó la cebada y hubo que darles trigo, que no les conviene, y enfermaron. Creyeron que la hora de su fin estaba próxima, pero el rey Alfonso había empeñado su palabra

de socorrerlos y el 7 de septiembre los sitiadores conocieron la noticia de que, con él al frente de nuevo, un gran ejército cristiano se acercaba. El gobernador almohade de Sevilla no se vio en condiciones de hacerles frente y el día 10 levantó el cerco, regresando a su capital. El 14, el rey entraba en la fortaleza para comprobar que de los quinientos caballeros solo quedaban vivos menos de cien y tan solo seiscientos de los mil peones. Decidió que la posición era insostenible y se inició la evacuación, retornando hacia Castilla. Los almohades no hicieron nada por seguirlo ni hostigar su retirada.

Pero estaban furiosos como avispa y una hueste, al poco, salía de Sevilla dispuesta a devolver el golpe. Entrando por el valle de los Pedroches, Almadén y Herrera del Duque, se dirigió a Talavera. Pero antes de llegar a cruzar el Guadiana tropezaron con un pelotón de unos veinte caballeros, a quienes rodearon y pudieron apresar, excepto a su líder, que consiguió escapar y dar aviso. Cuando los moros llegaron al río no encontraron ni ganado ni habitantes, pues todos habían huido con sus bienes. El caíd Ibn Wanudin, jefe de la expedición, apretó el paso y se presentó ante Talavera raziando el campo y consiguiendo algún botín y cautivos, acampando a la vista de la ciudad, que no había visto asomar por allí una algará musulmana desde hacía ya setenta años.

La guarnición talaverana decidió, con ayuda de otras próximas, cargar contra el campamento musulmán y los obligó a levantar el campo y retirarse durante más de una legua, huyendo destacamentos enteros, hasta que el grueso de la expedición plantó cara y rechazaron el ataque cristiano retirándose los talaveranos sin haber logrado liberar a la mayoría de los cautivos, aunque algunos sí escaparon. Los almohades prosiguieron después su retirada a toda prisa. El califa, enfadado por el exiguo éxito obtenido, pues el botín era muy escaso y casi mayores las bajas que los prisioneros, reprendió a su hijo por no haberse puesto al frente de la expedición, destituyó al caíd y castigó a los que se habían dado a la fuga en el combate.

Abu Yaqub, cada vez más preocupado por la situación en la Península, se decidió a venir en persona para enderezar lo que cada vez le estaba siendo más adverso. No sabía que su destino le aguardaba en Al Ándalus y que el fin de sus días estaba ya escrito.

El califa, confiando en su baraka, lanzó la llamada a la Guerra Santa y a

finales de septiembre de 1183 comenzó a concentrar tropas en Marrakech, aunque no atravesó el Estrecho hasta el año siguiente, en febrero. Abu Yaqub tenía previsto comenzar su ofensiva desde Sevilla poniendo a los cristianos a la defensiva, pero Alfonso se le adelantó concentrando rápidamente nuestras tropas ante las suyas y lanzándonos por el extremo del reino contra la fortaleza de Alarcón, sobre el Júcar, en la escarpadura más vertical e inexpugnable que imaginarse pueda. Pero la apretamos, hostigamos y debilitamos en tal forma que se nos rindió en primavera y para junio, habiéndola dejado abastecida, guarnecida, con Concejo dotado de muchas aldeas y bien reforzada, estaba el rey de regreso en Burgos y yo en Atienza. Alarcón se convertía en el puesto más avanzado de Castilla en La Mancha. Desde allí, nuestros fronteros comenzaron pronto a correr la tierra hasta Utiel y amenazar Iniesta cercana al río Cabriel y sus impresionantes hoces.

El califa almohade, con un ejército de tropas tanto africanas como peninsulares que superaban los setenta mil hombres, optó por dirigir su marcha hacia el viejo reino aftasí de Badajoz, donde en consejo con sus notables decidió entre las tres opciones posibles: atacar la frontera castellana por Talavera, la leonesa por Alcántara o la portuguesa, decidirse por esta última y lanzarse sobre Santarem. El inmenso ejército llegó hasta allí como una nube de langosta y en el primer embate tomaron el arrabal y destruyeron dos iglesias. El asedio se estableció recio y apretado y duraba ya un mes cuando el leonés Fernando II se decidió a intervenir a favor de su suegro.

El leonés había estado, por su lado, asediando infructuosamente Cáceres y se había retirado a la llegada del ejército del califa a Ciudad Rodrigo. Desde hacía años mantenía estrechos lazos y alianzas con los almohades a través del conde Fernando Rodríguez de Castro, pero el rey ahora no estaba de buen ánimo con este y decidió acudir con sus tropas en ayuda de la plaza sitiada. Su llegada causó de inicio un gran temor a los portugueses, sabedores de las anteriores alianzas, pero cuando el viejo rey Alfonso Enríquez fue informado de que Fernando, a la postre su yerno, acudía en su ayuda recibió la noticia alborozado.

Su alegría fue tanta como estupor causó entre las tropas musulmanas que, esperando recibir el refuerzo del supuesto aliado, comprobaron que venían hacia ellos como enemigos y que los portugueses salían de la alcazaba para

unírseles en el combate. El califa dio orden de retirada pero la primera carga cristiana convirtió esta en desbandada, sobre todo cuando los contingentes murcianos de los hijos del Rey Lobo se dieron a la fuga ante la acometida. Fue tal la confusión que hasta el cuerpo de ejército que protegía al califa fue alcanzado y asaltado, resultando este herido por una lanza en el vientre, de la que falleció sin poder llegar a alcanzar Sevilla unos días después, el 29 de julio de 1184.

La muerte de Abu Yaqub sumió a los almohades en la confusión y la situación de todo el imperio se tambaleó. Su hijo y sucesor Abu Yusuf al Mansur hubo de partir de inmediato hacia Marrakech, pues la situación allí se descontrolaba también. Para colmo, los almorávides de las Baleares, al mando de los Ibn Ganiya, habían desembarcado y ocupado Bugía, adonde hubo de acudir apresuradamente el recién nombrado califa y emplearse a fondo contra ellos aquel año y el siguiente, cuando al fin logró expulsar a los invasores.

Su vencedor, el rey Fernando, hizo entonces un extraño movimiento matrimonial que dejó perpleja a Castilla: repudió, aduciendo que tenían parentesco en tercer grado, a la reina Urraca, hija del rey portugués al que acababa de socorrer, de quien tenía heredero proclamado, el infante Alfonso, y se casó con doña Teresa, a la que yo conocía muy bien, pues era nada menos que la viuda de don Nuño Pérez de Lara. Se quisieron ver en ello muchas razones, políticas todas, de acercamiento del rey leonés con su sobrino castellano, a través de tal dama, amén de madre de los actuales Lara, hija del conde gallego Pérez de Traba, pero no pudieron llegar a mucho pues a poco doña Teresa falleció y el rey aún se casaría de nuevo, ya anciano, con una hija de don Diego López de Haro.

Fueron aquellas fechas, y en particular el año 1185, tiempo de muertes reales y de gentes muy principales. Murió en la plenitud de su victoria el rey portugués y le sucedió su hijo Sancho I, y lo hizo también el resentido Fernando Rodríguez de Castro cinco años después del horrendo crimen cometido por su mano en su propia esposa, Estefanía *la Desdichada*. Su hijo mayor, Pedro Fernández de Castro, heredó un inmenso señorío compuesto por las ciudades de Trujillo, Montánchez, Monfragüe y toda la tierra de Plasencia. El nuevo conde, de inicio, buscó la reconciliación con el rey

castellano y este lo celebró de tal manera que acudió a sus tierras, donde el Castro le rindió vasallaje y el monarca le colmó de honores. Pero la reconciliación resultó efímera pues nada iba a calmar la ambición de don Pedro, como no la había calmado el resentimiento de su padre. También falleció poco después, en 1188, el rey Fernando de León, que fue nuestro enemigo muchas veces, pero al que nunca pudo tacharse de otra cosa que bondadoso y en muchas ocasiones de ser en exceso crédulo, lo que le hizo presa fácil de quienes pretendiendo servir a su interés al que servían era al propio. Falleció el rey Fernando en Benavente y llevaron a enterrar el hijo pequeño del Emperador a la catedral de Santiago, al lado de su madre doña Berenguela y de su abuelo, el conde Raimundo de Borgoña, primer marido de la reina Urraca I de Castilla y León, abuelo y bisabuela respectivamente de nuestro rey Alfonso. Y otro Alfonso, primo suyo, fue quien ascendió al trono de León, y con él tampoco iba a haber entendimiento ni siquiera paz entre León y Castilla.

Por Castilla, en vez de entierros, lo que había era bautizos. A nuestro rey le iban naciendo hijos, una nueva hija, a quien pusieron Urraca,^[69] por su bisabuela, y esta viviría para ser reina y madre de reyes, y otra, la siguiente, Blanca,^[70] que también llegaría a reinar, en este caso en Francia. Por fin, en el siguiente parto la reina alumbró al que se convertiría en la gran esperanza del reino: un heredero, Fernando, quien desde niño dio pruebas de robustez, afición a las armas y la caza, y que se criaba robusto y ardoroso, para gran contento del reino. La reina Leonor de Plantagenet, con precisión, iba pariendo cada año, y en aquel aún sin haberse cumplido uno entero desde el anterior, nació otra niña, Mafalda,^[71] y otra al siguiente, Leonor,^[72] que reinaría en Aragón, y aún estaba por venir la más pequeña de las hijas, Constanza, quien profesaría de religiosa en el monasterio de las Huelgas, fundado por su madre, donde pasó su vida. El último hijo, un varón, habría aún de ser Enrique, que sería, siendo muy niño, efímero rey de Castilla.^[73]

En las fronteras por aquellos años de final de los ochenta no había demasiadas hostilidades. Yo tan solo participé con mi Concejo, donde ya era un caballero destacado, en la cabalgada del año 1189, cuando formé parte de una de las columnas volantes que asolaron de nuevo Al Ándalus. Las tropas almohades de Sevilla nos salieron al encuentro en la ribera del Guadalquivir

en gran número. Abandonamos entonces el botín recogido para enfrontarlos con mayor desembarazo, y nos acogimos todos llegando de los diferentes lugares a un cabezo donde nos fortificamos. Desde allí, reagrupados, nos lanzamos una y otra vez contra los moros hasta que los deshicimos y dispersamos. Entonces bajamos de nuevo al valle y asolamos con total impunidad toda su tierra hasta las mismas puertas de Sevilla. Con inmenso botín regresamos a Toledo, siendo recibidos en triunfo, y cabalgué alegre al entrar por el puente de Alcántara.

Pero allí me aguardaba el infortunio. Cuando me acerqué a visitar a Fortum, mi amigo y cuñado, encontré su casa cerrada y nadie supo darme señales suyas. Había desaparecido. Ni en el obispado, ni el Alhicen, ni en su parroquia, ni entre los juglares. Nadie sabía nada del trovador franco, como popularmente lo llamaban. Y yo no podía abandonar Toledo sin noticias suyas para su hermana. Así que pedí licencia. Partieron hacia nuestra villa los atencinos y yo me dispuse a remover cielo y tierra hasta dar con su paradero.

El mal barrunto, la peor sospecha, comenzó a apoderarse de mis pensamientos. Entre lo poco que había sabido de Cirilo de Coreses era que había rondado por Toledo, y muy pronto comenzó a clavármese en la entraña que no había estado allí ocioso y que había sido mucho más diligente que nosotros. Su hermano Raimundo había sido hallado muerto en los bosques de la Bujeda, cerca de Zorita, y él había hecho entonces muchas preguntas y realizado abundantes pesquisas. Debía de haber atado cabos, conocer quizá que yo había casado con Elisa, que mis primos rondaban por aquella zona y sacado en conclusión que habíamos tenido algo que ver en la muerte de su hermano atribuida a las bestias salvajes. Pero como Zorita y aún más Atienza le quedaban lejos y allí no tenía ni amigos, ni recursos ni fuerza alguna para ofendernos y bien al contrario sería él quien se expusiera a un gran riesgo, pues si nos habíamos cobrado la vida de Raimundo, con mayor motivo queríamos la suya, había optado, me temía yo en mis cábalas, por acechar en Toledo a Fortum, que era el eslabón más débil y más desprotegido, mientras que él tenía muy cerca su propia base en Calatrava y a buen seguro aliados que pudieran ayudarle tras sus ya muchos años en aquellas fronteras.

Y como si los malos presagios caminaran cogidos de la mano, a la capital toledana llegó la noticia de que el nuevo califa había llamado en Marrakech,

una vez pacificado su imperio, a la Guerra Santa, y aunque le había dado categoría de voluntaria eran decenas de miles y de todos lados los que acudían y que un ejército incontable se preparaba para cruzar el Estrecho. Alfonso VIII solicitó entonces treguas y las aceptó el almohade, al igual que fueron haciendo los leoneses y, tras verse despojados de Silves y otras grandes fortalezas, los portugueses. Pero sabíamos que era una paz efímera. El nuevo amir Al Muminin, Abu Yusuf Yaqub al Mansur, había recuperado su imperio plenamente y tenía bajo su mando incontable número de combatientes de todas las razas, lugares y tribus prestos a luchar por recuperar todo lo perdido en Al Ándalus por la ignominia de los malos musulmanes. Cerca de Sevilla, en el Aznalfarache, estaba levantando una ciudad entera para recibir en ella a los guerreros más valientes, a los campeones del Islam, a los mejores combatientes por la gloria de Alá. La estaba construyendo tan solo para lanzar desde ella a todo su ejército contra nosotros.

La muerte

Supe que debía iniciar mis pesquisas en Toledo y que al tiempo había de recurrir a Domingo de Urgell y a mi primo Juan para poder proseguirlas con posibilidad de éxito. El primero porque era un freire muy respetado entre los calatravos, y el segundo por su habilidad para introducirse en cualquier lugar y obtener información de las cosas más diversas, pero también de las más concretas. Había enviado con las gentes de la mesnada recado a Elisa de que asuntos importantes me retendrían durante un tiempo en Toledo, que estaba bien de salud y que confiaba en ver a su hermano Fortum, quien al parecer se había ausentado de la ciudad. Por el mismo conducto, en este caso de un caballero que me era muy allegado y leal, hice llegar al Manda mi petición de que extremara las precauciones en la protección de Elisa sin que ella se percatara, y a mis camaradas de armas más allegados les urgí a que estuvieran atentos y que no faltara en mi casa vigilancia, cosa que me juraron por el Salvador y Santa María. En ese sentido quedé tranquilo, pues la segunda obsesión que me había asaltado era que aquel malnacido pudiera perpetrar un nuevo mal contra mi mujer y contra mi familia.

Mi mensaje a Zorita y en particular al calatravo señalaba la urgencia y necesidad de su venida a Toledo junto con Juan, y que al pedir licencia para ello a su comendador le señalara que se trataba de un grave asunto que podría afectar al buen nombre de la orden. A mi primo Juan le advertí que

mantuviera la mayor discreción posible y que únicamente avisara a Gabriel de que tomara las mayores precauciones, aunque creía que era el menos expuesto y del que el de Coreses no tendría por qué albergar sospecha alguna. Pero cualquier precaución era poca. En cualquier caso sí informaba a Juan de que a Fortum podía haberle sucedido algo grave y que, atendiendo a ello, pusiera por su parte a buen recaudo a sus allegados.

Tanto Domingo como Juan no tardaron ni una semana en reunirse conmigo, y no dejé yo de sorprenderme de sus nuevas. La primera era que Domingo era el nuevo comendador de Zorita en sustitución del anterior, Pedro García, al que habían trasladado a Cuenca por sus aciertos en la construcción del molino, la puesta en marcha de los regadíos y la repoblación de la zona. El rey había otorgado fuero a Zorita en el año 1180 y el maestre calatravo don Nuño había concedido, diez años después, Carta Puebla a la Bujeda, señalando en ella que se rigiera precisamente por los mismos fueros que tienen las gentes de Zorita.^[74] Que era allí donde ahora se había establecido mi primo Juan y que en la actualidad era el alcalde de la aldea, que había empezado con fuerza a convertirse en un poblado de labradores, leñadores, pastores y colmeneros, porque el fuero de Zorita era bueno y con la toma de Cuenca y Alarcón mucha más segura la zona. Que Marta, *la Mora* seguía llamándole él, ya le había dado dos hijos, varones ambos, y que de nombre le había puesto Juan al mayor y Pablo al segundo, que tan solo tenía tres meses. Y que mi primo, siempre precavido y consciente de que Cirilo era un calatravo y podía aparecer por la encomienda de Zorita en cualquier momento, había decidido enviar a su mujer y sus vástagos a Bujalaro, donde al resguardo de Valentín y Julián estarían ocultos y a salvo.

Domingo de Urgell me comunicó también que el comendador de la ciudad y castillo de Calatrava, donde se suponía radicado a Cirilo de Coreses, era Martín Periz, conocido de Domingo, pero que, además, el claverero de la orden en el lugar era Pelayo Pelaiz, que estaba en la mejor amistad con nuestro amigo.

Fue el freire calatravo, nada más llegar a Toledo, quien se encargó de iniciar las indagaciones, comenzando la misma tarde de su venida por las casas que tenía su orden en el Alhicen, junto al alcázar del rey y los viejos palacios de la Galiana, pero haciéndolo con el mayor cuidado de no alertar a

Cirilo ni mucho menos preguntar directamente por él, relacionándolo con el juglar desaparecido. Mientras que Juan se fue de inmediato a recorrer la ciudad y saludar a todos sus amigos menestrales, a los músicos y juglares que sabía conocidos de Fortum y en particular a los del barrio de los francos y a cuantos entraban y salían de Toledo, poniendo especial atención en aquellos que por mala fortuna o no buenas intenciones eran gentes arriscadas, que vivían de lo que podían, pasaban penurias, andaban en malos trances de continuo y se les conocía poco oficio, aunque estaban dispuestos a aplicarse al que fuera sin hacer preguntas e incluso tenían fama de no ser nada respetuosos ni con el beneficio ajeno ni siquiera con la sangre del prójimo. Que no toda la que se derramaba era en batallas con moros.

A mí me fue encargado el continuar en lo que pudiera con las indagaciones en los aledaños del obispado, aunque muerto ya años atrás don Cerebruno^[75] apenas a nadie conocía, pero sí tenía entrada en sus hombres de armas. Igualmente me acerqué a preguntar a mis compañeros de las mesnadas concejiles, en especial a los toledanos, si habían oído cualquier cosa relacionada con el juglar de sobra conocido por muchos de ellos. Además, no sería ocioso que hiciera valer aquella cercanía mía a los Lara y al propio soberano, que no era tampoco desconocida por algunos, para abrirme confianzas y secreteos.

Pasaron días y aun semanas. Nada nuevo surgía excepto que de un día para otro, sin avisar a nadie de sus conocidos de viaje alguno, ni de futura estancia en cualquier lado, Fortum había desaparecido. Que su casa había permanecido cerrada y que de él no había habido señal alguna desde entonces. Yo ya había registrado la casa, con asistencia de unos buenos amigos del Concejo toledano, y no habíamos descubierto dentro signo alguno ni de lucha ni de destrozo. A no ser por el polvo y las telarañas, así como porque las ratas habían dado cuenta de cuanto alimento guardaba allí y había quedado a su alcance, pareciera que Fortum acabara de irse y que en cualquier momento pudiera entrar por la puerta de su estancia, que permanecía aseada.

Fue por este lado por el que seguimos una nueva pista para poder conocer su partida, y a tal fin dimos con la de una mujer del Alhicen que le lavaba y le servía cuando él la solicitaba, que era pocas veces, pues tras irse su hermana

apenas si hacía vida en casa y comía en posadas de amigos o donde cantaba en las fiestas. La viuda mozárabe, que tal era la condición de la mujer, nos alcanzó a decir que días antes de hallar la casa cerrada había hecho una limpieza general de todo pero que Fortum, tras pagarle por sus faenas, nada le había dicho de que pensara partir a ningún lado. Pero como a veces lo hacía, y no era ella quién para ser de ello informada, no le extrañó ver la casa cerrada ni se extrañó de que no le diera razón de adónde hubiese ido.

Cada día que pasaba crecía ya no solo mi sospecha, sino la de todos, de que Fortum no había partido por propia voluntad a ningún lugar donde se le requiriera a prestar sus servicios y que algo malo podría haberle sucedido. Aunque el no hallar resto de lucha, ni de sangre ni de violencia alguna, nos hacía concebir esperanzas de que apareciera en cualquier momento salido del lugar más dispar al que lo hubieran reclamado para amenizar una boda o festejar el triunfo de algún noble señor.

La primera noticia ya fidedigna, sin embargo, de que algo peor podía haberle acaecido vino por parte de Juan. Por el barrio moro se corría el rumor de que al juglar franco un caballero cristiano le había dado un escarmiento, y se apuntaba a que este se había tomado licencias con una dama y había sido castigado por ello. Que era una dueña de alto linaje y que el juglar, de quien era conocido su éxito con las damas, había tenido trato con ella en ausencia de su marido y al volver este había encargado que le aplicaran un castigo. Pero nadie conocía ni quién era el caballero agraviado, a lo más llegaban a decir que era un franco como él, ni quiénes eran los que habían aplicado el correctivo ni en qué había este consistido.

Aquel runrún de los bajos fondos toledanos nos llenó, claro está, de malos presagios e inquietud, pero no le resultó en absoluto convincente ni a Domingo ni mucho menos a mi primo Juan.

—De ser algo de ese tenor, algo más se hubiera sabido y los encargados de hacerlo lo hubieran acabado por compartir con el vino. Eso me suena más a humareda que quieren echarnos en los ojos para que perdamos el camino verdadero.

Domingo sí pudo confirmar que en efecto Cirilo de Coreses había estado, por la fecha en que suponíamos se había producido la desaparición de Fortum, en las casas que su orden tenía en Toledo y que había regresado

luego a Calatrava con un grupo de peones. Ahora se encontraba, desde hacía algunos días, en la sede central de la orden. Pero Domingo había descubierto en ello algo que en fechas no cuadraba, y ello era la tardanza excesiva en el regreso de Cirilo, que había empleado muchos más días de los precisos, que eran un par de ellos a lo sumo, para ir de Toledo a Calatrava, y que mientras que salió de Toledo acompañado llegó a la ciudad sobre el Guadiana solo, algo que había sorprendido un tanto pues era arriesgado el hacerlo en zona tan expuesta, a pesar de que no era tiempo de algaras.

Con unas cosas y otras a poco teníamos la certeza, aunque pruebas ninguna, de que el de Coreses estaba detrás de la desaparición de nuestro amigo y que era él mismo el que había hecho correr el bulo del supuesto agravio al honor de un caballero para cubrir así su desaparición y que se acabara por pensar que por ello lo habían podido hacer desaparecer en la propia corriente del Tajo, muerto y con una piedra atada a los pies para que tardara mucho tiempo en aparecer de él o de sus huesos rastro alguno. No sería el primero, ni el último, en perecer así en la ciudad. Pero nosotros confiábamos que ese no hubiera sido el destino de mi alegre cuñado.

En un nuevo registro de su casa, que hicimos en esta ocasión escudriñando hasta el último rincón, caí yo en la cuenta de algo. El puñal de acero damasquino con empuñadura de plata, que yo le había regalado y era la única arma que en ocasiones llevaba encima, no estaba tampoco en el lugar donde solía dejarlo, pues solo cuando salía de viaje se lo echaba encima, no soliendo llevarlo por Toledo nunca. Le gustaba porque decía que era muy hermoso, y como él no era hombre de batallas lo único que le podía pasar es que lo perdiera un día jugando a cualquier juego de cartas o de dados y no quería caer en una tentación así. En la casa, desde luego, el puñal no estaba, y solo quedaba la opción de que lo hubiera llevado consigo y si alguien ahora lo tenía en su poder, sería quien sin duda estaba en el secreto de lo que le había pasado, o ser incluso el responsable del mal que pudiera haber sufrido.

A la postre fue aquel puñal nuestra pista definitiva y lo que nos dio la prueba y certeza de quién había sido el causante de su secuestro, pues ya no teníamos duda de que tal había sucedido, y a quién debíamos exigir y conseguir saber qué suerte le había hecho correr y dónde se encontraba. Fue el claverero de Calatrava, Pelayo Pelaiz, quien le dio razón del puñal de acero

de Damasco a su amigo Domingo. Y todo lo que nos temíamos se nos vino encima.

—Desde hace tiempo Cirilo de Coreses gusta de lucir y de jugar con un puñal de muy buen acero, del que llaman indio o damasquino. Algún freire le ha preguntado que de dónde lo ha sacado y ha respondido que, como es lógico y al ser acero árabe, se lo arrebató en su tiempo a un moro en combate.

Supimos entonces que Cirilo de Coreses había muerto o tenía cautivo a Fortum, que había encontrado en el juglar toledano el eslabón más débil y que por él había comenzado a vengar la muerte de su hermano. En suma, lo que desde un inicio habíamos sospechado. Pero ahora teníamos la prueba. Ya teníamos que ponernos de inmediato a la obra para llegar al final de todo y arrancarle a Cirilo el paradero de su cautivo y liberarlo, o constatar su muerte y entonces ejecutar a su verdugo. Fuera lo que fuese lo que hubiera perpetrado, Cirilo no iba a escapar en ningún caso. Había llegado la hora de darle de una vez su merecido a aquel personaje repulsivo. Pero para ello había que hacerle salir de su madriguera y cogerle desprevenido, pero desde luego había demostrado ser astuto, se nos había adelantado y estaba más que sobre aviso. Era necesario ponerle una trampa y que cayera en ella, pero tenía que haber un cebo que le atrajera tanto que no pudiera evitar el morderlo.

Urdimos nuestro plan. Debíamos desaparecer de Toledo y que no sospechara siquiera que estábamos tras su pista. Y lo más importante, debíamos hacerle llegar que tenía una nueva presa a su alcance y que esta era directamente el matador de su hermano. Para ello Juan volvió a la Bujeda, desde donde retornó a toda prisa hasta donde nos habíamos establecido, en la villa de Mora, cerca del castillo de Peñas Negras, a una jornada del de Calatrava, con tres fornidos jóvenes moros, familia de su mujer, y que como ella habían venido a territorio cristiano, aunque seguían profesando la fe mahometana. Aunque por Juan estaban dispuestos a hacer lo que fuera, dándoles igual si los que hubieran de atacar fueran de su fe o de la contraria.

Ellos debían ser quienes, llegados a Calatrava, hablaran con el de Coreses y le ofrecieran entregarle a quien había matado a su hermano. Y para hacerlo más creíble debían darle todas las señas de la muerte de Raimundo en los bosques de la Bujeda, afirmando actuar por venganza, pues este hombre ahora era alcaide de aquel poblado y había capturado a su hermana, a la que

tenía como concubina y había obligado a abjurar de la fe de Mahoma y a aceptar la de los cristianos, y a ellos mismos los tenía esclavizados y los trataba como a perros haciéndoles trabajar sin descanso y obligándoles a dormir entre las bestias de la cuadra y hasta entre animales impuros. Que había actuado así por ser primo mío, el marido de la juglaresa, y que se regodeaba en su acción y alardeaba de que había quedado impune haciendo creer a todos que había sido obra de las fieras salvajes. Que si él se comprometía a protegerles, ellos se lo entregarían pues habían venido con él en un viaje donde venía vendiendo mercaderías y vituallas primero en Toledo, luego en Mora y ahora en Peñas Negras, y que pensaba acercarse a la propia Calatrava. Que como pago exigían diez maravedíes y que se dejara en libertad a ellos y a su hermana.

Elegimos al más avisado y aranero de los tres hermanos para que hiciera el contacto y enseñara la carnaza del anzuelo, y este logró hablar con el de Coreses, que puso en ello toda la atención y lo acribilló a preguntas, intentando descubrir mentira o contradicción en algo de lo que le relataba. Por fortuna todo era verdad, excepto que ellos no eran traidores, y pudo el moro darle todas las pruebas pertinentes de quién era el asesino de su hermano y detalles que solo él podía conocer de su crimen, siendo lo que más enfureció a Cirilo es que para que se desangrara, y que por ahí lo empezaran los lobos, le sajó sus partes viriles. También le advirtió al calatravo que Juan era un hombre fornido, muy audaz y avezado en combate, y que habría de ir bien armado aunque ellos se lo entregarían maniatado, pues le golpearían con una porra en la cabeza y lo atarían. Pero que habría de ser a la noche siguiente, pues después partirían ya de vuelta hacia Zorita y la Bujeda. La oportunidad era única, pero habría de asirla de inmediato o su presa escaparía.

Que Cirilo de Coreses se debatió entre su desconfianza y el ansia de completar su venganza es algo de que no tengo duda, pero prevaleció su pasión sobre su prudencia, aunque intentó correr los menores riesgos. Concretó con el moro el lugar y, aunque con la premura no le daba tiempo de preparar una partida que le secundara, logró reclutar a algunos malhechores, seguramente los mismos que le habían ayudado la vez anterior, para que le acompañaran a la emboscada. Y, astuto siempre, se presentó una hora antes

de la fijada en el lugar de la cita para inspeccionar el terreno y no caer en trampa alguna. Pero con aquello también contábamos nosotros, pues Domingo de Urgell se encargó de seguir todos sus movimientos en cuanto salió de Calatrava para ir primero a reunirse con los rufianes que pudo reclutar y luego apostarse emboscado donde se había previsto la entrega. No contó con que sobre su emboscada estaba ya montada la nuestra. Con él iban tres más, pero con los tres moros más nosotros les superábamos en número y además la sorpresa estaba de nuestro lado.

Así pues, cuando según lo previsto se abalanzaron sobre los que traían a Juan sobre un caballo, tendido de través y en apariencia inconsciente y maniatado, lo que hicieron fue ponerse al descubierto. El primero en brotar de la espesura fue el propio Cirilo de Coreses, a caballo, armado por completo y blandiendo su espada.

Dieron nuestros moros grandes voces diciendo que cumplían lo pactado, pero temieron por sus vidas viendo que los otros tres que acechaban se les acercaban a pie. El de Coreses no pensaba siquiera pagar lo estipulado y, una vez apresado Juan, no les esperaba mejor suerte a quienes se lo entregaban. Pero su sonrisa de triunfo y la de sus secuaces no duraron ni un instante. Un tiro de ballesta mía y otro de Domingo alcanzaron a dos felones, que cayeron retorciéndose, y echando mano a las espadas saltamos desde la maleza. Salió huyendo el tercero de los malhechores, dando alaridos y perdiéndose en el monte, saltó Juan del caballo ante el perplejo Cirilo, que estupefacto blandía su arma pero sin atacar ni romper el cerco. Fui yo, que también iba montado, quien primero le tiró un poderoso tajo en el yelmo y lo hizo caer de su caballo. Nuestros moros remataban a los dos secuaces suyos, ya moribundos, y les quitaban lo que llevaban encima. A Cirilo le cayó Juan encima y, descabalgados, Domingo y yo lo sujetamos contra el suelo, donde ahora bramaba y, al reconocerlo, llamaba traidor a su hermano calatravo. Domingo le respondió:

—Un calatravo no puede ser hermano ni de violadores de niñas ni de quien asesinó a su hermano.

Entonces el miserable creyó encontrar su tabla de salvación y respondió:

—Fortum no está muerto. Lo vendí como cautivo a los almohades.

Aquello abrió de par en par nuestras esperanzas, que creíamos cerradas

para siempre. Despojamos al zamorano de sus armas y entre ellas le saqué el puñal que yo había regalado a Fortum y cuya presuntuosa exhibición le había perdido. Le despojamos de loriga, yelmo, guanteletes, perneras de hierro y espada y, atado como si fuera una morcilla y amordazado pues no queríamos que diera escándalo alguno que alertara a gentes indiscretas, lo arrastramos a lo más profundo de la espesura. Ya no necesitábamos a los moros. Juan les dijo que sin más desaparecieran de la escena y que regresaran sin pararse en lado alguno hasta llegar a la Bujeda. Y que allí aguardaran su llegada, que bien habría de recompensarlos. Que él los favorecería en todo pero que de aquello no dirían nada jamás en su vida, o les cortarían allí mismo la lengua y se evitaría para siempre la preocupación de que lo hicieran. Asustados al tiempo que contentos, cogieron sus caballerías y salieron más que al paso para alcanzar cuanto antes la senda Tajo arriba.

Nosotros, por nuestra parte, teníamos que lograr hacer confesar a Cirilo no solo sus pecados, sino dónde podía estar Fortum cautivo. Pero lo que, nada más desembarazarle la boca, comenzó a soltar nos dejó a todos compungidos. Unos rufianes, por él contratados, dos de los cuales eran los que habíamos muerto, lo habían capturado en Toledo con toda facilidad una noche que retornaba a su casa algo bebido. Llevaba por casualidad su puñal, pero ni siquiera alcanzó a desenvainarlo para defenderse. Le golpearon en la cabeza y, aturdido y amordazado, lo sacaron al amanecer en un carro entre sacos de lana de oveja y se lo entregaron a quien había pagado una fuerte suma por su captura. Pero que habían sido ellos mismos los que le habían torturado con mucha saña. Los que con él iban sí eran en verdad musulmanes deseosos de la vuelta de los suyos y se habían complacido en atormentar a un cristiano.

Quería Cirilo saber por Fortum todo lo sucedido con su hermano. Pero este apenas si pudo darle detalle alguno y nada pudo aportar sobre ello. Así que, a pesar de los atroces dolores que le infligían, no dio siquiera el mínimo detalle de quiénes podían haber sido los autores ni quiénes habían participado. Así que el de Coreses redobló sus torturas, pero ni así consiguió doblegar la voluntad del juglar, que preservó nuestros nombres, tanto el de Domingo como el mío y el de Juan.

Pero Cirilo de Coreses ya había llegado a sus conclusiones y tenía por

cierto que tanto él, como yo y Juan, habíamos participado en la conjura y debíamos pagar por la muerte de Raimundo, fuera quien fuese quien la hubiera ejecutado. De la participación en la conjura de Domingo de Urgell no había sospechado nada hasta verle aparecer junto a nosotros cuando lo capturamos. Que tras la tortura, nos dijo, lo había vendido a los almohades de la fortaleza más cercana a Calatrava.

A mí me reconoció de inmediato y, aun amarrado como un cerdo, no pudo evitar escupirme todo su odio:

—Tú eres el pardo de Atienza, el que se casó con la juglaresa. Yo la tomé primero, villano. Yo me saqué en ella.

Juan le pegó una patada en la boca que le hizo aullar y ya después de aquello se lo pensó antes de proferir otros denuestos. Pretendió luego engañarnos pero, cogido en mentiras, decidimos aplicarle las mismas artes que él había aplicado a nuestro amigo. Cuando Juan cogió el puñal de Damasco y le apuntó directamente a los testículos se puso a chillar como un gorrino. Y entonces nos confesó algo terrible al gritar:

—¡No, no me hagas eso que le hiciste a mi hermano y yo...!

Aunque calló de repente sin acabar la frase, comprendí lo que había mandado que le hicieran a Fortum. Lo había hecho castrar. Entonces cogí yo el estilete y le hurgué un poco en sus sebosas carnes del bajo vientre. No aguantaba el dolor y a nada confesó su última maldad. Los moros habían capado a Fortum, pero lo habían hecho con habilidad de quienes hacen tal cosa con los borregos y luego le habían echado unos polvos que cortaban la hemorragia. Pero, además, aunque quería venderlo como cautivo y sufriera más que matándolo, temía que Fortum pudiera hablar y si por alguna remota posibilidad era rescatado denunciara sus fechorías, por lo que también le habían cortado la lengua. Como mi cuñado no sabía escribir, el de Coreses ya se podía sentir a salvo.

Pero no lo estaba. Le obligamos a decirnos, ya con toda la ira desatada, a quién se lo habían entregado y que nos diera señal del alcaide de la fortaleza con que los mudéjares y el propio calatravo habían andado en sus perversos tratos. Mas a eso se negaba con una tozudez bovina, imagino que suponiendo que si lo rescatábamos él ya no tendría salvación alguna. Repetía que de ello se habían encargado los moros, y hasta le creímos pues estaba aterrorizado.

Llegamos a pensar que del propio terror moriría, pero se aferraba a la vida de una manera tan vil como compulsiva. Lo mismo suplicaba que amenazaba, lo mismo chillaba que volvía a alardear del mal que había hecho. Y nosotros le hicimos punto por punto y ojo por ojo el que él había infligido. Yo no sabía capar como sus moros. Me limité a cortarle de un tajo su miembro y sus cojones y metérselos en la boca para que cejara en sus aullidos. Y luego le puse en la garganta el puñal que le había regalado a Fortum, y despacio, muy, muy despacio, se lo fui hundiendo poco a poco. Así murió Cirilo de Coreses. Su cuerpo, atado a su loriga, a su yelmo y a su espada, lo enterramos muy profundamente en el bosque, apelmazando tierra y grandes rocas para que no pudieran llegar a él los carroñeros y descubrieran el cadáver. Dejamos suelto su caballo, que sin duda volvería a Calatrava. Su muerte sería un misterio como lo fue la de su hermano. En la frontera, tan cerca de los musulmanes, no era nada extraño que un caballero desapareciera y de él nunca más se supiera.

No perdíamos la esperanza de hallar a Fortum con vida, aunque lo hubieran torturado y castrado, e iniciamos nuestras indagaciones en las fortalezas musulmanas vecinas. Aunque tardamos un tiempo, por desgracia lo que nos llegó fueron noticias ya ciertas de su muerte. Supimos que en efecto había soportado la castración y la tortura, pero no había querido soportar la vida. Las indagaciones acerca del alcaide a quien se lo habían entregado no tardaron en traernos el sucedido de un cautivo cristiano mudo que se había arrojado de lo más alto de una almena y muerto contra las rocas. Fortum, sin su voz, sin poder cantar a la vida y la belleza, había preferido morir que estar muerto ya en vida.

Juan y yo nos conjuramos para mentir a su hermana Elisa. Preferimos contarle lo que era el rumor toledano que nos habían hecho llegar y por causa de una aventura galante suya. Que un caballero lo había matado y hecho desaparecer. Que su cuerpo no había sido encontrado. También le contamos que a Cirilo de Coreses los moros le habían dado muerte y que ya no tendría jamás miedo a toparse con él ni a oír siquiera pronunciar su nombre.

Matamos al fin a Cirilo de Coreses y cumplimos nuestra venganza, pero la suya también nos alcanzó a nosotros. Domingo de Urgell hubo de presenciar aquella noche lo que nunca debería haber presenciado, aunque no

dejamos que pusiera siquiera su mano sobre el zamorano para que no fuera mayor su pecado. Sin embargo, aquello quedó tan impreso en su alma que a poco dejó la orden calatrava y volvió a sus tierras catalanas. El remordimiento de aquella noche y la imposibilidad de confesarlo a los superiores de su orden venció su espíritu. Juan, por su lado, decidió también dejar la Bujeda e instalarse definitivamente en Bujalaro, de donde ya no hizo venir ni a la mora ni a sus hijos. Aquellos parajes en los bosques de la sierra de Altomira le recordaban demasiado algunas cosas que no quería recordar él ni que otros recordaran.

La derrota

El amir Al Muminin, Abu Yusuf Yaqub al Mansur, preparó en esta ocasión la campaña como nunca lo había hecho hasta entonces. Había construido la ciudad de Aznalfarache como centro de concentración y adiestramiento para sus campeones de la Guerra Santa y ordenado, a todas las ciudades andaluzas, que acumularan pertrechos, víveres y todo tipo de provisiones para hombres y caballos. Asimismo, miles de animales de carga y carros debían estar igualmente listos. Cuando supo que sus órdenes estaban siendo cumplidas, hizo desde Marrakech y por todo su imperio africano el llamamiento a la Yihad, y esta vez la respuesta fue entusiasta. Desde las montañas del Rif a las arenas del Sahara, desde Bugía hasta Sale, todas las tribus acudieron: vinieron zenetes, masmudas, gomaras, agzases, los velados tuareg y los negros sudaneses. Todo el Islam que creía en el tawhid llegó confiado en que el destino estaba escrito y que Alá les deparaba la victoria.

Al llegar la primavera se pusieron en marcha. El 1 de junio de 1195, el califa atravesó el Estrecho, descansó un día en Tarifa y prosiguió hasta Sevilla. Las tropas se acuartelaron en Aznalfarache. Al Mansur dirigió el viernes día 9 la oración en la gran mezquita, y el 10 pasó revista a todo el ejército formado y lo hizo cabila por cabila, línea por línea, y lo encontró espléndido, bien pertrechado y con decisión de cumplir con la Guerra Santa.

A los africanos se habían unido todas las fuerzas de Al Ándalus, o lo

hicieron en el camino, tras llegar a Córdoba el 30 de junio en jornadas muy cortas y tras otros tres días de descanso, pues Al Mansur cuidaba en extremo de no cansar a sus tropas, y la inmensidad de su ejército y la enormidad de su impedimenta tampoco se lo permitían. Salió de la vieja ciudad de los califas rumbo a la frontera cristiana. Siguiendo el curso del Jándula, remontó el puerto del Muradal y llegó junto al castillo de Salvatierra, en cuya amplia llanura acampó el ejército para al día siguiente avanzar ya hasta el Congosto, límite con el reino de Castilla y a una jornada de marcha de Alarcos. Allí el califa consideró oportuno detenerse unos días y estudiar el plan de batalla.

El rey Alfonso sabía desde hacía meses de la movilización al otro lado del Estrecho, de la gran concentración de tropas en Aznalfarache, del lento avance y de la aproximación a su frontera. Había fortificado el castillo de Alarcos a marchas forzadas durante los años anteriores y se había preparado, él también, para el inminente choque que en absoluto podía considerarse una expedición de saqueo, sino claramente una gran operación de conquista que había que detener a toda costa. De ello no le cabían dudas al ya curtido por la vida y los años de batalla rey castellano. Confiado en que durante todo su reinado sus tropas habían vencido siempre en los choques frontales, y que, además, con él al mando no conocían la derrota, se preparó a dar una gran batalla, un definitivo golpe al enemigo. Y en esta ocasión no tenía a su lado a don Nuño para que se lo desaconsejara, ni quien le recordara aquellas enseñanzas suyas en su lección sobre la guerra en el castillo de Zorita. No había, en realidad, nadie en toda Castilla que no creyera en saldar el encuentro con una gran victoria.

Convocó Alfonso a todos sus magnates con sus mesnadas, convocó a los concejos con sus milicias y a las cuatro órdenes militares, el Temple, San Juan, Calatrava y Santiago con todos sus caballeros. Los convocó en Toledo y acudieron.

Pero no acudió el traidor Pedro Fernández de Castro, el que le había jurado vasallaje tan solo unos años antes, tras la muerte de su padre, pero que ya seguía sus mismos pasos. Supimos que don Pedro con su mesnada cabalgaba al lado de Abu Yusuf Yaqub al Mansur y formaba parte del ejército almohade al que íbamos a enfrentarnos.

Los exploradores castellanos iban informando al rey de la aproximación

del enemigo. Pero el rey tenía motivos para esperar en Toledo. Había pedido ayuda y firmado pactos con sus primos el rey de León, Alfonso IX, y el rey de Navarra, Sancho VII. Fue informado de que el rey leonés estaba ya en camino, aunque del navarro no se sabía nada. Debió esperar, al menos a Alfonso, y en esta ocasión sí hubo muchas voces entre sus más cercanos que se lo rogaron. Pero no quiso escucharlos. Decidió ir a su encuentro. No estaba dispuesto a que el califa y su ejército penetraran en su reino y lo arrasaran. Salió de Toledo al frente de las tropas y llegó a Alarcos. El rey Alfonso, al que llamaron un día los musulmanes el Rey Pequeño, no conocía desde que ciñó la corona de pleno derecho a sus catorce años más que el triunfo en el combate y a sus enemigos moros huyendo ante su caballería.

No dejaba de ser un guerrero avezado y que tomaba precauciones, pero su prevención se convirtió ya de inicio en malaventura. Desde Alarcos envió un destacamento de caballería que cruzó hacia territorio musulmán y llegó hasta un castillo en poder de los moros. Estos salieron por sorpresa, alcanzando a los caballeros cristianos, aniquilándolos y cogiendo, además, algún prisionero que les informó de la presencia del grueso del ejército cristiano acampado. La noticia del éxito en la escaramuza fue recibida por el califa como primicia de su futura victoria.

Aquella noche los musulmanes ultimaron su orden de marcha para el día siguiente y su formación de combate. Fueron los árabes los primeros en hablar y luego los bereberes zenetes, después lo hicieron las cabilas, los agzases y los voluntarios y, por último, en nombre de los caídas de Al Ándalus, Abu Abdala ibn Sanadid propuso el plan de batalla que a todos complació y fue el que el califa decidió poner en marcha.

Enviaría en vanguardia a uno de sus jeques con las tropas andalusíes, los árabes, los zenetes, los agzases y los masmudas con la insignia califal al frente, e iniciarían el ataque contra los cristianos. Detrás quedaría, oculto, el califa con sus tropas almohades, los negros sudaneses y las gentes de su guardia para acudir por sorpresa donde fueran necesarios.

Con el visir del califa en la vanguardia, las tropas musulmanas, siguiendo el plan previsto, se pusieron en marcha, aproximándose a Alarcos, donde llegaron a la vista de las cristianas el 16 de julio. Los ejércitos quedaron a la vista el uno del otro, y ninguno de sus dos adalides tenía en absoluto en

mente rehuir el combate ni otro resultado que el de su victoria.

A la mañana del siguiente día, Alfonso ordenó que sus tropas dejaran el campamento y se alinearán para la batalla. Formaron armados y ordenados y esperaron en vano bajo un sol ardiente durante toda la mañana. Por su parte, el califa dio orden a todos los suyos de que descansaran y se limitaran a algunas cabalgadas y gritos para mantener a los cristianos en alerta esperando el ataque. Que no llegó. Finalmente, Alfonso ordenó dejar la formación de combate y regresar al campamento.

Entonces el astuto Abu Yusuf Yaqub al Mansur puso su plan en marcha. Antes de que clareara el alba sus tropas estaban levantadas y en marcha, habiendo dejado sus bagajes en el campamento para no entorpecerse en nada, y con las primeras luces del amanecer del día 18 se encontraban ya en el campo donde habían estado formados hasta el mediodía anterior, soportando el calor y la sed, los cristianos. El campamento cristiano se levantó sobresaltado. El revuelo fue grande, la agitación se apoderó de todos, cada cual se pertrechó como pudo y la formación se dispuso apresuradamente. El enemigo, sin esperar, avanzaba sobre nosotros.

Una primera oleada de jinetes arqueros descargó una mortífera lluvia de flechas. Una carga de caballería cristiana respondió de inmediato, lanzándose en tromba contra ellos. Los jinetes arqueros se abrieron para ser sustituidos por flecheros a pie que derribaron a bastantes caballeros castellanos. Los moros cobraron ventaja. En los primeros compases cayeron adalides importantes como Ordoño García de Roa y sus hermanos, el burgalés Pedro Rodríguez de Guzmán, y Rodrigo Sánchez, su yerno, y otro muchos nobles que iban en la primera oleada y fueron a chocar ya con el cuerpo central del ejército musulmán, fresco y ordenado, que avanzaba.

La mesnada concejil de Atienza, en la que yo formaba, cargó en la segunda oleada. Pareció que lográbamos contener el empuje del enemigo, que desde el principio parecía llevar la iniciativa. Cargábamos sin tregua ni reposo pero no avanzábamos apenas. Se trabó el combate con todos entremezclados, cuerpo a cuerpo y tan reñido que la muerte era la verdadera dueña de toda aquella tierra empapada de sangre. Nadie cedía, el valor era tan cristiano como moro.

Nuestras cargas parecían agotarse, pero en un momento pareció que

lográbamos inclinar la balanza, los haces del enemigo donde estaban los voluntarios y los masmudas comenzaron a ceder, la victoria estaba por un momento a nuestro alcance. Por el centro, un pequeño cabezo por el que nuestra caballería también comenzaba a progresar, nos ocultaba una hondonada a su espalda, y por el flanco izquierdo el equilibrio se mantenía al pie de una loma pedregosa.

En aquella hondonada, oculto, se encontraba el califa, con sus mejores tropas de refresco. Al percatarse de lo que sucedía, el propio Al Mansur dejó la zaga y a su séquito atrás y se presentó por aquel lado donde desfallecían los suyos montado en su corcel y animando a sus tropas. Su presencia alentó a los suyos y los que cedían fueron rápidamente apoyados por la reserva, que salió ya en tromba desde la oculta retaguardia, y por unidades de caballería ligera que restablecieron el pulso, que a partir de ese momento ya se fue inclinando cada vez más a su favor, aunque durante largo tiempo nadie cejaba y todos se esforzaban por imponer su fuerza y voluntad.

Pero sobre mediodía su número se impuso y el combate iniciado a primera hora de la mañana nos era cada vez más adverso. Nos comenzaban a arrollar y nos iban envolviendo. Vimos entonces al propio Alfonso lanzarse al combate con las últimas reservas que le quedaban. Pero la suerte estaba ya echada. Su centro, aquel cabezo que nos tapó su trampa, con moral de victoria no solo nos resistía sino que ya nos hacía retroceder, y su vanguardia, que al inicio habíamos empujado y estuvimos a punto de deshacer, lo sostenía. Las alas del ejército almohade, a las que se había unido su retaguardia, realizaron entonces un movimiento envolvente que se dirigió contra nuestro campamento, al que llegaron y asaltaron. Y luego desde allí vinieron por la espalda contra nosotros. La batalla estaba perdida. La mesnada concejil de Atienza seguía trabada en el combate cerca de las banderas del señor de Vizcaya, don Diego López de Haro. Nuestro adalid, don Trifón, alcaide y juez de Atienza, había caído y muchos de mis vecinos con él. Yo solo tenía, para mi fortuna y hasta el momento, una herida en la parte baja de la pierna, porque el escudo, el yelmo y la loriga me habían librado de tajos y flechas y había logrado que no me alcanzara lanza alguna. Había matado a varios enemigos, entre ellos a un negro que con una gran cimitarra se abalanzó sobre mí. Era el primero que veía tan cerca y lo derribé de un mandoble que

lo alcanzó en el cuello desnudo antes de que pudiera él alcanzarme a mí. Me habían matado un caballo pero había logrado montar otro. Y combatía junto a mi mesnada, cuyos supervivientes se agrupaban junto a mí, sin perder la cara y con orden, procurando no perder contacto con la que comandaba don Diego.

Vi que al rey Alfonso, que había llegado en su intento por socorrernos hasta muy cerca de nosotros, le rodeaban sus caballeros y le sacaban de la batalla mientras él pugnaba por zafarse de ellos y seguir combatiendo. Llegué a oír sus gritos queriendo lanzarse al combate y morir en él lidiando, pero al fin vimos que una veintena de caballeros con el rey en el centro se adelantó a todos los que intentaban escapar y se alejó de allí a galope tendido. Tras observar la marcha del rey, los escuadrones más enteros y los supervivientes que aún mantenían cierto orden en sus filas retrocedieron y procuraron ir saliendo de la batalla, despegándose del enemigo. Nosotros pugnamos por unirnos a ellos, pero no fue posible. Unos grandes haces de moros se interpusieron entre ellos y nosotros y nos hicieron imposible el reagruparnos. Entonces, como último recurso nos acogimos a las mesnadas de don Diego López de Haro, donde el señor de Vizcaya mantenía con todo vigor a sus gentes.

—Don Diego, conducidnos —le dije—. Soy Pedro de Atienza y esto es lo que queda de nuestra mesnada.

Don Diego me conocía y se alegró de verme vivo.

—Con los más enteros formad en zaga y rechazad a los que intenten asaltarnos. Yo formaré la vanguardia. La jornada bien perdida está. Solo nos queda acogernos al castillo como única salvación. Agrupémonos y combatamos para detener su embestida y que la hueste pueda protegerse tras los muros. Hay que aguantar como sea o pereceremos todos. Es nuestra única esperanza. Yo lanzaré a todos los caballeros que pueda para que no logren rodearnos y abrir camino. Seguidme sin perder la cara.

El castillo, sobre el Guadiana, miraba al sur, hacia las triunfantes tropas almohades esparcidas por toda la llanura a sus pies y a los nuestros, que ahora subían con el poco resuello que les quedaba a ellos y sus caballos buscando las puertas de la fortaleza y la seguridad, aunque fuera pasajera, de sus murallas. Pero por los flancos, por la derecha y por la izquierda y

empujándonos por el centro como a ovejas, los moros nos embestían y mataban con flecha, lanza y espada. Y aún era peor para quienes intentaban cruzar al río pues allí ya estaba su caballería ligera, aguardándoles y dándoles caza sin piedad.

Así retrocedió, salvando a muchos, don Diego López de Haro, y así retrocedí yo con la mesnada concejil de Atienza, aquel día de sol ardiente, de sudor y sangre, sin perder la cara, sin recordar al hermano muerto o matando por él con saña, y sin querer pensar en la suerte del hijo antes de caer uno mismo abatido. Así retrocedimos aquel día de derrota, luchando tan solo por la vida, pero no solo por la propia, pues al luchar por ella se intentaba al tiempo salvar la del vecino, y el vecino hacer lo propio con la tuya. Retrocedí gritando, golpeando salvajemente, haciendo un dique contra los enemigos que se abalanzaban sobre nosotros, llegando a frenarlos finalmente en su ímpetu ante el destrozo que les causábamos. Así murió aquel día mucha gente del Común de la villa y tierra de Atienza y así comenzaron a llamarme a mí en honor de mi abuelo, Pedro *el Pardo*, por haberles conducido hasta traspasar la puerta del castillo de Alarcos y ponernos al menos por un tiempo a salvo de los enemigos, a los que veíamos saquear todo el campo, rematar a los heridos, capturar a muchos que huían y señorearse de toda la tierra que veíamos. Así oímos resonar sus timbales tocando a triunfo y al califa Abu Yusuf Yaqub al Mansur recorrer, victorioso y aclamado por sus tropas, nuestro campamento humillado y vencido.

No pudimos mantener mucho tiempo abiertas las puertas del castillo y cuando el grueso de los supervivientes pudo ponerse a salvo tras ellas, y aunque veíamos destacamentos aislados que pugnaban por llegar a ellas, don Diego López de Haro hubo de dar la orden de cerrar, aun sabiendo que a los que quedaban fuera los condenaba a la muerte casi segura o, si les era muy favorable la suerte, al cautiverio. Pero había que velar por los más, aunque no fuera nada halagüeña nuestra situación, pues estábamos por entero rodeados de un triunfante ejército enemigo, sin esperanza alguna de recibir socorro y sin apenas víveres ni agua para resistir un asedio.

No había visto a Juan, que había formado con nuestra hueste desde el principio del combate, casi desde el primer choque con el enemigo. Vislumbré que en algún momento con un grupo se desplazaba a mi derecha y

luego en aquel endemoniado griterío, en aquella mezcolanza de golpes, ayes, gemidos, en aquel revoltijo de gente, de caballos, de armas, de sangre y muerte, lo perdí de vista. Lo busqué entre los que nos habíamos refugiado en el castillo, pero no di con él, y entre los atencinos nadie supo darme señal suya ni de otros que alcancé a distinguir a su lado en la batalla. Temí lo peor y su muerte, pero tuve esperanza de su vida porque nadie me dijo tampoco que lo hubiera visto caer abatido.

Pero era ahora momento de preocuparse de los vivos, de los que habíamos sobrevivido a la matanza y no habíamos podido huir con el rey Alfonso. Estábamos cercados por un inmenso ejército que acababa de vencer a todo el de Castilla. Don Diego hizo balance de nuestras fuerzas. Acogidos al castillo podía haber unos cuatro mil combatientes. Hasta cinco mil almas contando los que ya no podían sostenerse e incluso algunas mujeres y niños.

—Somos muchos menos los vivos que los que han quedado muertos ahí fuera, don Pedro —me resumió el señor de Vizcaya.

—Por ahora lo estamos, don Diego, pero cercados —le respondí.

—Las defensas son fuertes y recién construidas, los muros altos, y ellos no tienen máquinas de guerra. No les será fácil asaltarlos y podemos hacerles gran daño. Un ejército tan inmenso tiene más necesidad de comida que nosotros mismos, aun cuando hayamos de comernos nuestros propios caballos.

—Pero no podemos esperar ningún socorro. Habremos de afrontarlo solos.

—Pero yo aún mantengo una esperanza, don Pedro. Que a lo mejor nos viene de aquel a quien más hemos despreciado.

Supe de quién me hablaba sin necesidad de que me mentara el nombre. Habíamos visto al traidor don Pedro Fernández de Castro al lado de los musulmanes y cerca del propio califa. Había combatido en el flanco izquierdo, hasta apoderarse de aquella cresta pedregosa. Pero ahora era con él con quien don Diego veía la mejor posibilidad de establecer negociaciones que nunca habían de pasar por el cautiverio, sino por lograr un aman que nos permitiera salir sanos y salvos, entregando el castillo.

Lo cierto es que al día siguiente comprobamos que los almohades ni siquiera establecieron un asedio en forma. Sabían muy bien que nos tenían

atrapados y que no teníamos posibilidad de escape ni de salida alguna. Celebraron su triunfo con mucho resonar de tambores y de nuevo formaron a nuestra vista sus tropas, a las que el califa pasó revista, entre vítores, aclamaciones e invocaciones a su dios Alá, cabila a cabila, línea por línea.

Pero tenía razón don Diego. A la postre, el traidor don Pedro fue nuestro salvador. El Castro recomendó al califa, como amigo de los musulmanes que era, buscar un acuerdo y puso de relieve la oportunidad de rescatar a muchos cautivos que los cristianos teníamos en nuestro poder por toda Castilla a cambio de nuestras vidas.

Fueron partidarios de acceder los caídos andalusíes, que tenían a muchos deudos prisioneros nuestros, pero no querían hacerlo los que habían venido de los desiertos y las montañas africanas, que solo ansiaban cumplir con su juramento de Guerra Santa y darnos muerte. El califa sopesó lo uno y lo otro y las tropas y el tiempo que habría de emplear intentando rendir el castillo, y al final optó por aceptar nuestra oferta de entregar Alarcos y poder nosotros, todos los allí refugiados, partir a salvo hasta Toledo. Pero como condición Castilla debía entregar importantes rehenes de hijos de nobles y caballeros. Ellos serían la garantía de los cautivos suyos que luego habríamos de liberar nosotros en pago a nuestra libertad. El rey Alfonso accedió a hacerlo y los rehenes y los primeros cautivos liberados llegaron prestamente a Toledo. Desde allí fueron conducidos a Sevilla primero y a Rabat después, donde el califa tenía su residencia más importante y desde la que dirigía su imperio.

Cuando ellos llegaron fue cuando se nos permitió salir a nosotros. Y así, bien formados y dirigidos por don Diego López de Haro, salvamos nuestras vidas y así se salvó algo de aquel ejército de Castilla que pereció en Alarcos, pues fueron incontables los caballeros que murieron y las mujeres que hubieron de llorar a maridos e hijos y los hijos que hubieron de llorar a sus padres.

Fue a ellos, a los hijos de los que habían sucumbido, a los que, apenado en lo más profundo por la derrota y por haberles llevado a la muerte, culpándose por ella en su conciencia, el rey Alfonso favoreció en todo, amparó en cuanto pudo e inculcó en ellos lo que ya ardía en su corazón: el deseo de no morir hasta que se cobrara la venganza, hasta que los derrotaran en otra batalla y destruyeran para siempre aquel poder maldito que de nuevo

acechaba todas sus fronteras, que otra vez iba a asolar sus tierras que no había podido defender, que iba a llevar el miedo hasta sus ciudades y que iba a hacer retroceder sus líneas otra vez hasta casi el mismo río Tajo.

Llegué a Toledo con las gentes de Atienza que habíamos sobrevivido, apenas unos cuarenta de los trescientos de todo el Común que habíamos partido a la guerra. O eso creí al principio, pues supuse que todos los que con nosotros no se hubieran acogido al castillo habrían muerto. Pero dentro de la catástrofe, aún tuve una mínima alegría, y fue encontrar con vida a mi primo Juan, que, junto con una docena de jinetes, había conseguido unirse a los destacamentos dispersos que, tras lanzarse el rey con los veinte caballeros al galope, lo siguieron en su huida y consiguieron zafarse de los perseguidores y alcanzar Toledo. Algunos otros habían conseguido, cada cual sabía cómo y a través de qué milagro, librarse también de la muerte. En total contando los que venían conmigo, los de Juan y los dispersos, pasamos de los sesenta los que salimos vivos de Alarcos. Pero cerca de 240 habían muerto allí, tres de cada cuatro de los que partimos a la batalla no volvíamos de ella. Y regresábamos derrotados y con el enemigo a nuestras espaldas preparado para asaltar nuestra tierra.

La sangre de los reyes

La derrota en Alarcos nos dejó, a los castellanos, en manos de nuestros enemigos. Las razones que había escuchado a don Nuño sobre lo incierto y peligroso de jugarlo todo a uno de esos combates frontales resonaban en mis oídos y seguro que también en el corazón de nuestro rey, que una y otra vez se reprocharía su impaciencia, el no haberse contenido y aguardado al menos a que llegaran las tropas leonesas. Pero era tarde ya para ello, y tampoco dieron tiempo a Alfonso para recapacitar sobre sus culpas y errores. Porque, de inmediato y tras su derrota, sus enemigos se le arrojaron encima. Y estos no eran solo los almohades y los moros andaluces. Eran todos aquellos que durante largos años habían sufrido el esplendor y pujanza de Castilla como el peor de los agravios. Los leoneses y los navarros no dejaron pasar la oportunidad que les brindaba nuestra debilidad y se abalanzaron sobre nuestra angustia. Se apresuraron a firmar pactos con los almohades y nos atacaron por todos los lados.

Los moros nos tomaron muchos castillos, nos hicieron retroceder hasta el Tajo y llevaron de nuevo la guerra a las puertas de nuestras casas, cuando antes éramos nosotros quienes la llevábamos ante las suyas. El propio califa avanzó al frente de sus tropas y, además de Alarcos, se apoderaron de Caracuel, que quedaba dos leguas al sur de este, y la tan disputada Calatrava, sobre el río Guadiana, cuyos habitantes huyeron todos y no hubo quien pudiera defenderla cuando Abu Yusuf Yaqub al Mansur llegó ante ella con el

ejército vencedor. Lo que tanto había costado conquistar, mantener y poblar se perdió todo. El califa convirtió en mezquita la iglesia cristiana abandonada por los caballeros de Calatrava. Estos vieron hasta el propio nombre de su orden cautivo y hubieron de buscar nuevos enclaves, recalando el maestre tras los muros de Zorita.

Tomada Calatrava, el califa decidió retornar a Sevilla con su séquito, pero sus tropas continuaron avanzando y se apoderaron de dos cruciales fortalezas, Malagón, dos leguas al norte del Guadiana, y sobre todo Guadalerze, a tan solo siete leguas ya de Toledo, una gran alcazaba desde la cual poder lanzar sus ataques de nuevo sobre la capital castellana.

Abu Yusuf Yaqub al Mansur celebró en Sevilla, donde fue recibido en triunfo, la gloria de Alá el 7 de agosto. No había casi memoria de una victoria así contra los infieles desde aquellos días de Uclés en que los almorávides mataron a los condes de Castilla y al infante Sancho, pero aquello era mejor no mentarlo, para no empalidecer el triunfo del califa, la espada del Profeta de nuevo resplandeciente de gloria en Al Ándalus, y menos con glorias pasadas de sus peores enemigos.

En Aznalfarache recibió Al Mansur a todos los notables en la más solemne recepción que pudo concebirse y los poetas festejaron al vencedor. Al día siguiente las tropas desfilaron en triunfo en Sevilla y recibieron las aclamaciones del pueblo. Pero resultaron en buena parte deslucidos los vítores cuando, en aquella ciudad donde es escasa la lluvia y aún más en verano, se concitó una fuerte tormenta que entre truenos y relámpagos descargó tan fuerte y pertinaz aguacero que empapó hasta los huesos a quienes desfilaban e hizo refugiarse y ponerse a cubierto a quienes iban a vitorearlo.

Pero el califa no lo interpretó como un mal augurio. La lluvia sería buena para los campos de Al Ándalus, que estarían libres de las correrías cristianas, mientras que los soldados de Alá volverían cada primavera sobre Castilla y correrían sus tierras, cogerían sus ganados, talarían sus huertas y cautivarían a sus mujeres y a sus hijos. Y además no lo haría solo ya que contaba con muchos aliados. Al calor de su victoria ya habían llegado a Sevilla embajadores de otros reinos cristianos, pidiéndole alianza para combatir juntos al maldito Alfonso.

Al año siguiente, pensaba el califa Al Mansur, habría de volver él mismo a culminar su obra. Al fin, volvería el Islam a señorear Toledo. Pero ahora tenía que atender a Ifriquiya, donde la peste almorávide, que parecía no extinguirse nunca y cuando se le cortaba la cabeza surgían otras nuevas, con los Ibn Ganiya aposentados en las Baleares, que seguían dándole quebraderos de cabeza en aquel territorio donde su doctrina arraigó primero y donde seguían teniendo adeptos. Un día, se prometía Al Mansur, acabaría de una vez por todas con aquellos y les asaltaría en sus islas baleáricas, donde ahora se consideraban a salvo, y les haría pagar por todos sus insultos y agresiones.

Pacificaría Ifriquiya en unos meses y al año siguiente podría retornar a Al Ándalus y comenzar su ofensiva definitiva donde ahora había parado. La frontera había avanzado y subido hacia el norte más de once leguas y tenía a la vista Toledo. Ese sería el objetivo y si estaba escrito lo cumpliría. Y para ello tendría no solo la moral de la gran victoria conseguida, sino la ayuda de todos aquellos que tras ella deseaban que Alfonso cayera y con él Castilla se derrumbara.

Todos los reyes cristianos llevaban la misma sangre, todos eran primos, y hasta primos hermanos, tanto de padre como de madre. La de Alfonso VI, el conquistador de la propia Toledo, corría por la de todos ellos, el leonés y el portugués, el aragonés y el navarro y, por supuesto, la del castellano que añadía a su título de rey de Castilla, como seña esencial de su poder, el de Toledo.

El rey leonés Alfonso IX era su primo hermano por parte de padre, y el rey navarro Sancho VII lo era tanto por parte de padre, sobrino de su propia madre, doña Blanca, como por parte de madre, pues doña Sancha, la madre del navarro, era la tía del castellano, hermanastra de su padre el Deseado, pues era hija de la segunda mujer del Emperador, doña Rica. Primo era también el aragonés Pedro II, hijo de otra, la muy querida tía e infanta Sancha, otra hermana de su padre que siempre había mediado en los acuerdos de Alfonso con su marido, el Alfonso aragonés, y templado cuando surgieron los problemas. Y primo era el Sancho portugués, aunque ya más lejano, descendiente, al igual que él de Alfonso VI, pero de la rama bastarda habida con doña Jimena Muñoz.

Todos los reyes cristianos llevaban en buena parte la misma sangre, pero

ello no solo era motivo de afecto sino que la sangre común lo que llevaba aparejada en muchos casos era viejos rencores y disputas familiares. La sangre no es razón sino sentimiento, y en este podía anidar y anidaban odios enconados.

Afloró de inmediato el del leonés. Alfonso IX había acudido incluso a Toledo para apoyar a su primo con sus tropas y combatir junto a él al almohade. De hecho, estaba ya en Toledo cuando los castellanos comenzaban a combatir en Alarcos. Y allí lo encontró el rey derrotado cuando llegó huyendo. Dicen que el leonés guardaba en su corazón el recuerdo de las cortes celebradas en Carrión, cuando rindió vasallaje a su primo al comienzo de su reinado en 1188, en la plenitud castellana. Conocedor de la profundidad de la derrota de su primo y sabedor de su debilidad extrema, en vez de ofrecerle apoyo aprovechó la ocasión para exigirle que le devolviera ciertos castillos, los famosos del Infantazgo, que consideraba suyos y que estaban en poder de tenentes castellanos. Se negó el castellano, muy dolido por su actitud en tal momento de agobio, y salió el leonés enfadado de Toledo y antes de llegar a León ya había mandado emisarios al califa, que le respondió muy gustoso y se comprometió a enviarle dinero y soldados para iniciar campañas juntos contra las tropas castellanas. Don Pedro Fernández de Castro tuvo, una vez más, que ver mucho en ello.

La senda del leonés la siguió de inmediato el navarro, que tampoco era amor lo que sentía por su primo, sino resentimiento por considerar que le había arrebatado tierras, aunque el castellano solo hubiera recuperado las que su padre le había antes quitado a él. Sancho VII era en extremo impetuoso, aún más que el Alfonso castellano, y vio llegado su momento. Rompió el pacto con Castilla, que sí había respetado su padre el Sabio, y se dispuso a unirse al ataque combinado con moros y leoneses contra Castilla al año próximo.

Alfonso y los castellanos nos sentimos solos. Amén de vencidos, traicionados. Amén de heridos, acosados por quienes podían ayudarnos. Amén de en duelo, agraviados. Pero de la soledad y el abandono de todos surgió nuestra fortaleza. El rey, aunque desolado por sus errores en Alarcos, no se derrumbó sino que encontró en el dolor su fuerza y en su necesidad su virtud. Acorralada y desangrada, Castilla se puso en pie dispuesta a morir

combatiendo y se aprestó a luchar en todos los frentes y contra todos quienes fueran. Se comenzó de inmediato a reforzar castillos, a levantar las murallas de las villas, a formar y entrenar las mesnadas y las milicias concejiles, a aprestarse en suma a disputar y hacer pagar con sangre a los que seguro vendrían a invadirnos, la más pequeña de las barbacanas y hasta el último palmo de terreno.

El rey me hizo llamar a Burgos. Me enalteció por mi comportamiento en el combate, me abrazó como a un amigo delante de todos los magnates y me nombró, tras haberlo por su parte propuesto nuestro Concejo, alcalde de Atienza al mando de la milicia. Me encareció sobre todo, al igual que hacía en todas sus villas y ciudades, que bajo ningún concepto dejara desatendidos a los hijos de los muertos en Alarcos, que esos hijos habrían de estar siempre amparados y provistos de lo necesario para su subsistencia y a los que había que adiestrar y preparar con esmero, listos para el momento en que pudieran vengar a sus padres.

—Ellos serán, Pedro, los que con más ahínco peleen cuando volvamos a enfrentar a los sarracenos. Con ellos venceremos, con ellos vengaremos Alarcos y a todos nuestros muertos. Y tú, Pedro, no habrás de fallarme en ello cuando la hora suene. Ahora eres el alcalde de tu villa, por voluntad de sus vecinos y por la mía. Recuerdo que un día me dijiste tu seña, tu lema, y hoy te lo recuerdo. Aquello que le contestaste a un joven vástago de la casa Lara. Que no te tenías por más que nadie, pero que tampoco por menos que ninguno. Pues tal sea ese tu lema al servicio de tu rey y de tu villa.

—Lo será, mi señor. Lo ha sido siempre y hasta mi último aliento seguirá siéndolo.

A cumplir las órdenes de mi rey me apliqué con todas mis energías, secundado por mi primo Juan, cuya ayuda me fue inestimable y sin la cual no hubiera logrado mucho de lo que me había marcado como objetivo. En los preparativos de nuestra defensa ante la tormenta que a buen seguro se nos vendría encima, yo me ocupé más de la villa de Atienza y sus alrededores mientras Juan lo hacía por todos los extremos, y los calatravos con el alfoz de Zorita y Almoguera. En unos meses la milicia concejil había sido restaurada y entrenada. Sabíamos que por Soria podían venirnos los navarros y por el

Tajo los moros. Les estaríamos esperando.

El rey tampoco olvidó el conseguir amigos y restablecer alianzas. Hizo publicar la bula dada por el papa Celestino III, el 10 de julio, solo ocho días antes de Alarcos, en la que se ordenaba a todos los reyes de España que no molestasen ni perturbasen a los que estaban combatiendo contra el enemigo islámico. Mucho menos que se aliaran con ellos. Bien claro resultaba que, tras nuestra derrota, no estaban dispuestos a cumplirla ni leoneses ni navarros, pero la bula papal pesaba.

El rey Alfonso intentó por su lado aminorar los daños y no dudó en enviar mensajeros al califa, uno tras otro, solicitándole treguas. Pero el califa se negó, pues ya preparaba su campaña del año siguiente, sabiendo que ya no tendría enfrente un gran ejército castellano dispuesto a enfrentarlo, confabulado con los leoneses, a cuyo servicio había pasado de nuevo Pedro Fernández de Castro al mando de una gran multitud de soldados almohades, que Al Mansur dejó bajo sus órdenes, que atacaría por su lado. Los navarros, también lo sabíamos, nos atacarían por el otro flanco.

De nuevo con Al Mansur al frente, la gran expedición mora de primavera cogió en esta ocasión otra ruta, con destino a Toledo pero entrando por Extremadura. El consejo de Pedro Fernández de Castro se hizo de nuevo notar, pues este deseaba que el califa tomara las plazas que fueran de su padre don Fernando Rodríguez de Castro y que, cuando ofreció vasallaje a Alfonso, entregó a los castellanos. En julio, el ejército califal alcanzó ya Montánchez. Lo cercó primero una avanzada andalusí que inició el ataque, y al día siguiente llegó el grueso de las tropas con el califa a la cabeza. A pesar de la fortaleza de su castillo, la guarnición entendió que era inútil la resistencia. Ofreció el aman y el califa lo concedió, encargando al caíd autor del exitoso plan de batalla en Alarcos, Ibn Sanadid, que los escoltara a lugar seguro. Pero una banda de jinetes árabes de los que venían con las tropas africanas los asaltó, pasando a cuchillo a todos los hombres y cautivando a mujeres y niños. Abu Yusuf Yaqub al Mansur se enfureció al conocer la tropelía que le hacía incumplir la palabra dada. Ordenó apresar y castigar a todos los culpables que pudieran capturar y encargó a Sanadid que fuera más diligente y condujera a los supervivientes cristianos a lugar seguro en territorio cristiano.

El califa siguió adelante y a su paso, viendo la inmensidad de sus tropas y la imposibilidad de recibir socorros, las guarniciones cristianas iban abandonando las plazas, siendo las siguientes en caer Cruz y Trujillo. Las tropas cristianas, conscientes de su absoluta inferioridad, rehuían el combate y retrocedían. Los almohades atravesaron el Tajo y marcharon contra Plasencia. Ahí la guarnición decidió hacerles frente y, abandonando la ciudad, que resulta de imposible defensa, lo intentaron en la alcazaba. Los almohades destruyeron la ciudad por completo e iniciaron el asalto de la ciudadela aquel mismo día. Por la noche los cristianos solo tenían refugio en una torre. Pudieron resistir una sola noche. El alcaide y ciento cincuenta caballeros se rindieron finalmente y fueron hechos prisioneros y conducidos a Marruecos, a Salé, donde hubieron de trabajar como esclavos en la construcción de su mezquita. Allí se encontraron con bastantes de los cautivados el año anterior en Alarcos, que habían corrido igual suerte.

Desde Plasencia el califa se dirigió a Talavera, a la que consideraba la segunda ciudad tras Toledo de toda la zona y la más parecida a ella por sus torres y fortificaciones. Sus aduladores contaron en su relato que fue arrasada, pero lo que en realidad arrasaron fueron sus campos, sin expugnar ni las fortificaciones de Talavera y aún menos su poderosa alcazaba, que ya había detenido a los almorávides cuando estos sí lograron tomar sus arrabales y parte de su muralla.

De la vega de Talavera prosiguieron talando y saqueando por Santa Olalla y Escalona, que fueron abandonadas por sus habitantes, que huyeron, e intentaron expugnar Maqueda, pero ahí fracasaron y finalmente llegaron ante Toledo por el norte del Tajo, dedicándose a cortar sus viñas y sus árboles, porque ya la cosecha se había recogido en buena parte y estaba a buen recaudo al igual que ganados y gentes. Durante diez días Abu Yusuf Yaquub al Mansur, el vencedor de Alarcos, tuvo a su vista Toledo y saqueó su alfoz y su vega. Pero no se decidió a cercarla, se limitó a cruzar de nuevo el Tajo, esta vez hacia el sur, saqueando la almunia, la llamada Huerta del Rey, desde donde Alfonso VI había dirigido el sitio de la ciudad, y comenzaron el regreso, tomando en su viaje de vuelta hacia Sevilla el poderoso castillo de Piedrabuena y guarneciéndolo, disponiendo con su conquista de un nuevo punto de ataque a tan solo a una jornada de Toledo.

Pero ya en la vega toledana y al norte del Tajo los musulmanes habían comenzado a sufrir bajas. Los castellanos no atacaban frontalmente, pero tanto destacamentos del rey Alfonso, que se encontraba acampado en la sierra abulense de Paramera, como mesnadas concejiles toledanas hostigaban a los destacamentos almohades que se desperdigaban para el saqueo, y algunos de estos comenzaron a retornar con muchas bajas o a no volver ninguno. De igual manera, la guarnición de la ciudad hacía lo propio y las escaramuzas se hicieron continuas y dolorosas para las tropas califales.

Abu Yusuf Yaqub al Mansur regresó a Sevilla con no pequeño botín, pero sobre todo habiendo logrado hacer suyas Montánchez, Trujillo y Piedrabuena. Una importante ganancia que no pudo completar con Plasencia, pues nada más retirarse, Alfonso contraatacó y logró recuperarla, con lo que volvía a ganar el paso del Tajo por aquel costado. No pudo lograrlo con las otras plazas que le habían sido arrebatadas.

Sí tuvo el rey castellano bastante más éxito en sus choques con los leoneses, aunque de inicio se encontrara en situación muy comprometida al tener que afrontar al tiempo el embate de la expedición califal y el de su primo Alfonso y el de las tropas almohades al mando de Pedro Fernández de Castro. Para intentar defenderse del ataque combinado, acampó, entre unos y otros, en la sierra de Paramera. El leonés había atacado todo el sector de Tierra de Campos y llegado a Carrión, donde borró la afrenta de su vasallaje. Pero las tropas moras al mando del Castro cometieron grandes tropelías y afrentas a la religión cristiana, lo que hizo que las gentes miraran con repugnancia a los leoneses y no se recataran en afearlos sus traiciones.

Alfonso hizo todavía más: mientras él lograba recuperar Plasencia, envió a uno de sus magnates, don Fernando Rodríguez de Albarracín, a que estorbara el regreso de los atacantes a su tierra, cosa que hizo con bastante eficacia. Para bien algo había cambiado en el juego de alianzas y de tronos. El rey castellano ya no estaba tan solo. Pedro II de Aragón había acudido en su socorro. Alfonso había celebrado con él y con su madre doña Sancha, su leal tía, una reunión trascendental donde resolvieron ciertas cuitas y reclamaciones, incluso ciertos desencuentros acaecidos en los últimos tiempos entre la madre y el hijo. Alfonso y Pedro se apreciaban grandemente y, en el caso del aragonés, al afecto hacia su pariente castellano se unía una

fuerte admiración a su persona y gobierno. Don Pedro, con la mayor nobleza y de la más generosa manera, se volcó con sus tropas en el apoyo al rey de Castilla. Y con los aragoneses a nuestro lado, los castellanos ya no nos sentimos solos, y cuando vino con sus tropas a acampar en los altos de la Paramera fue recibido con júbilo. Estaba muy bien elegido el enclave, pues allí en pleno estío el calor era mucho menos asfixiante y hasta hacía frío por las noches. Y les permitía vigilar a sus coaligados enemigos.

Cuando los leoneses y el Castro supieron que castellanos y aragoneses venían contra ellos, intentaron poner tierra de por medio y regresar a su reino. Pero hasta allí los fue persiguiendo el señor de Albarracín, que iba por delante, y cuando los dos reyes le siguieron y penetraron en León, ni el rey leonés con sus tropas ni el Castro con sus moros hicieron nada por defender su tierra. Fue expugnada la ciudad de Castroverde, donde tomaron preso al conde Fernando de Cabrera y a otro noble, Álvaro Peláez, y hasta a un magnate portugués que se les había unido, Alfonso Armíllez, con todos sus soldados. Prosiguieron hasta Benavente, donde leoneses y moros se encastillaron renunciando a presentar combate y los castellanos y aragoneses pudieron correr aquella tierra a su antojo, llegando al Rabanal y al Bierzo. De vuelta por León asediaron el propio castillo llamado de los Judíos y lo tomaron, poniéndole guarnición. También se habían apoderado de Ardón, Castrogonzalo, Castrotierra, Alba de Liste, saqueado el alfoz de Salamanca y tomado finalmente el castillo de Monreal. La jugada les había salido rematadamente mal a Alfonso IX y a Pedro Fernández de Castro. El rey castellano había sufrido el embate almohade y perdido fuertes plazas, aunque recuperara Plasencia, pero ellos nada habían ganado. Al revés, habían sido corridos en su propio reino y tenido que entregar buenos castillos.

Por nuestro lado, los de Atienza aguardábamos el embate navarro, que se produjo por las vecinas tierras de Soria, llegando hasta las puertas de Almazán y haciéndonos daños en los campos pero sin asaltar ciudades. Lo aguantamos, y fuimos entorpeciéndolo cada vez más hasta que hubo de retirarse. El rey Alfonso, aquel otoño, por octubre se vino hasta San Esteban de Gormaz y allí celebramos consejo con él y convenimos en reforzar la frontera por aquel lado para el año siguiente.

El que ahora vencía había sido terrible para los castellanos. Habíamos

sido atacados desde todos los frentes, habíamos sufrido asaltos de un califa y de dos reyes cristianos, pero habíamos logrado resistir y hasta contraatacar en cuanto pudimos. Castilla estaba en pie y aquel invierno nos sentimos orgullosos de nuestra entereza, cultivamos nuestros campos, apacentamos nuestros ganados y seguimos adiestrándonos con nuestras armas, sabiendo que en cuanto llegara el buen tiempo volveríamos a necesitarlas bien afiladas.

Porque el califa no iba a cejar en sus ataques, y no lo hizo. La campaña próxima fue aún más larga y dura. El 11 de mayo del año siguiente ya estaban en marcha desde Sevilla y al poco en Córdoba, desde donde tomaron camino a Talavera, de nuevo su destino. Antes de que entraran en territorio castellano Alfonso tornó a mandarle embajadores solicitando treguas, pero el califa, muy envanecido, no solo no aceptó ni siquiera hablar de ellas, sino que despectivamente los despidió remitiéndonos a las lanzas y las espadas.

De nuevo y tras talar los campos de Talavera y Maqueda, que esta vez alcanzó antes de la recogida de las cosechas —por ello había adelantado su venida—, estuvo de nuevo ante Toledo, que se vio nuevamente cercada y esta vez con mayor empeño y sus campos saqueados más fuertemente y con mayor saña. Cuando apretados tenía a los toledanos, le llegó a Abu Yusuf Yaqub al Mansur la nueva de que el rey Alfonso y su aliado el aragonés estaban en Madrid, por lo que se lanzó a uña de caballo hacia allí para intentar sorprenderlos y cercarlos. Podía ser un golpe definitivo. Coger cautivo a los dos reyes cristianos y hacer prisionero sobre todo a su gran enemigo, Alfonso. Galopó hacia Madrid con lo mejor de su ejército y urgiendo a la zaga a que le siguiera toda prisa. Pero ni don Alfonso ni don Pedro se dejaron sorprender. Guarnecieron Madrid con abundantes caballeros y pertrechos al mando de don Diego López de Haro y ellos salieron de la plaza con el grueso de las tropas. Alfonso había aprendido mucho de sus errores y de Alarcos, y entendió que lo más importante era conservar su libertad de movimientos y poder hostigar a los almohades si cercaban la plaza o en cualquier lugar que atacaran.

El califa se encontró de nuevo, como después de Alarcos, cercando a don Diego, pero esta vez el vizcaíno no estaba dispuesto a pedir aman sino a defender como fuera y hasta el último caballero la plaza. La cercó y la apretó el almohade durante casi dos semanas, pero la guarnición no flaqueaba, tenía

agua y alimentos de sobra y le causaba crecientes bajas. Al fin, entendiendo inútil el esfuerzo, optó por levantar el cerco y subir la vega del Henares arriba desviándose hacia Talamanca, logrando tomarla, a esta sí, al asalto y saqueándola por entero, aunque tras arrasarla la abandonó, pues no era defendible tan alejada de sus líneas. Dio a continuación vista a Guadalajara y le corrió toda su campiña. También aquí intentó el asalto, pero fracasó como en Madrid y no quiso entretenerse en un cerco. Entonces ya decidió volver de regreso a Al Ándalus, pero lo hizo retornando hacia Alcalá, luego por Oreja, y de allí por Uclés, por Huete, por Cuenca y por Alarcón, haciendo daño, pero sin poder poner mano en los castillos ni en las gentes y sus ganados y bastimentos en ellos guardados. Todas las fortalezas resistieron, salvo la citada Talamanca, y la expedición del califa se saldó con gran sufrimiento para Castilla, pero sin pérdida de enclave alguno ni nuevo retroceso en sus fronteras.

Quizá por ello, cuando una vez más Alfonso tornó a mandar embajadores a Sevilla solicitando treguas, el califa se lo pensó más serenamente y no remitió ya a lanzas y espadas, pues era claro que los castellanos las seguían teniendo afiladas y eran un enemigo en extremo correoso y difícil de abatir. Por si no fuera suficiente para Al Mansur, los malditos Ibn Ganiya de las Baleares, los últimos almorávides, habían vuelto a las andadas y a desembarcar en África, y aquello requería su presencia. Finalmente, aceptó las treguas y estas fueron firmadas por diez años, aunque a los tres, a la muerte del califa en 1199, se renegociaron con su sucesor Al Nasir.

La paz en las fronteras del sur, tras tres años de horribles penas y pesares, estaba conseguida y era el momento de que el rey Alfonso, libre de esa preocupación, ajustara las cuentas con leoneses y navarros.

A los leoneses ya se las habíamos comenzado a ajustar el año antes. De nuevo Alfonso IX había aprovechado el ataque almohade, y en cuanto se produjo se lanzó a intentar recuperar lo perdido el año anterior. Consiguió hacerlo con la ciudadela de León, pero en cuanto las tropas del califa se alejaron de Castilla, nuestro rey Alfonso se lanzó contra su primo de manera feroz. De nuevo junto a Pedro de Aragón, le entraron en el reino y les arrebataron más castillos, como Bolaños, Valderas, Castroverde, Carpio y Paradinas de San Juan, y le causaron muchos estragos y muertes. No fue una

campaña larga pues decidieron retornar pronto de ella los dos reyes, y a mediados de agosto el uno estaba ya en Valladolid y el otro en Huesca.

Pero fue al año siguiente, ya firmadas las treguas de Alfonso con los almohades, cuando sonó la hora de nuestra revancha y hubieron de verse navarros y leoneses con la gran potencia combinada de castellanos y aragoneses que se les venía encima. Sentíamos los castellanos que debían pagarnos por el mal que aliados con los moros nos habían causado.

El leonés, a la postre, no salió tan mal librado. Hubo de agradecersele a la reina Leonor. Ni ella ni el propio rey, aunque se viera obligado, deseaban la guerra con él y ambos esposos ansiaban una reconciliación que nunca acababa por cuajar del todo. La enemiga de los Castro seguía haciendo estragos. Pero ante ello la reina puso en marcha toda su habilidad y tejió la mejor de las alianzas. Una boda entre el rey de León y su hija primogénita, doña Berenguela, ya una mujercita prudente, hermosa y avisada. El leonés, aun siendo primos, aceptó el enlace, para el que solicitaron licencia al Papa, y aunque esta no llegó el matrimonio se celebró, reinó la paz y Berenguela no tardó en darle un hijo, al que, en honor al padre del rey leonés y tío de Alfonso, pusieron Fernando.

Peor le fue al navarro. Don Alfonso y su amigo y aliado aragonés, don Pedro, se reunieron en Calatayud y sellaron un gran acuerdo. Ya en verano de 1198, el rey de Aragón le había tomado al navarro todo el Roncal y el castellano llegado con sus tropas hasta el río Arga. No fue el rey Pedro más adelante en su ataque, pues el navarro ofreció también boda, por la que el aragonés casaría con la hermana del navarro, un acuerdo que no llegó a consumarse, otra vez el asunto de ser todos primos entre ellos, pues fue anulado por la Santa Sede. Pero al menos le evitó aquel año a Sancho VII más pérdida de territorio a manos del aragonés, pero no había boda que valiera con Castilla. En verano de 1199 ya estaba Alfonso tomando todo el condado de Treviño y poniendo sitio a Vitoria. Sancho, dejando abandonado su reino y sus tropas, marchó hacia Sevilla a pedir ayuda al califa almohade, pero este estaba en África, adonde envió emisarios y quedó a la espera de respuesta. Esta llegó, poco antes de la muerte de Al Mansur, en forma de regalos, dinero y rentas, que le darían algunas ciudades de Al Ándalus donde se entretuvo Sancho VII, muy agasajado, pero sin un solo soldado ni

destacamento almohade que le acompañara de regreso, mientras sus tropas sucumbían a los embates de Alfonso y la ciudad de Vitoria se hallaba en situación desesperada. Tanta fue esta que el obispo de Pamplona, don García, bajó presuroso Al Ándalus al encuentro del ocioso rey Sancho, quien le trasladó que no había conseguido tropa alguna y que se quedaba en territorio moro cobrando aquellas rentas y recibiendo todo tipo de agasajos y placeres. Sí consiguió el obispo la autorización real para que la ciudad se rindiera, lo que se llevó a efecto antes de que acabara el año, y otras tierras pasaron igualmente de nuevo a poder de los castellanos, incluida toda la tierra de Guipúzcoa con San Sebastián, Fuenterrabía y Zorroza entre ellas.

Cuando el rey Sancho regresó al cabo, ya entrado el año 1200, solo le quedó comprobar que había perdido toda Álava y toda Guipúzcoa. Incapaz de afrontar la lucha con la creciente potencia castellana, optó por firmar las treguas y dar por perdido el territorio.

Castilla se pudo preparar entonces, en la paz, para la guerra, y los hijos de los vencidos y muertos en Alarcos para su venganza.

La Caballada

Para las cosechas, para los ganados y para los arrieros las paces son mucho mejor que las guerras. Atienza, como Castilla entera, disfrutó de las largas y reiteradas treguas con los almohades y de la paz con los demás reinos cristianos. Los hombres y las tierras se lamieron las heridas. Se replantaron las viñas y los árboles talados, se roturaron nuevos labrantíos, se recogió a su tiempo la cosecha, se volvió a mirar más al cielo por temor a la nube de pedrisco que al horizonte por ver aparecer los jinetes moros, aumentaron los ganados, se multiplicaron los rebaños y se reactivó el comercio, y las recuas de pollinos y mulos, las hilas de carros y las reatas de muletas volvieron a levantar el polvo de los caminos, recorriendo los mercados donde la sal de Imón valía lo que el oro y las ferias donde los muleros de Maranchón llegaban con sus muletas encolleradas que tenían cada vez mejor mercado y se iban imponiendo a los bueyes.

El rey Alfonso y la reina Leonor recorrían su reino y en los últimos tiempos no hubo apenas año que dejaran de pasar por Atienza, siendo en ella siempre recibidos con el máximo cariño y dando ellos el reconocimiento a la lealtad de los vecinos. Fue por entonces cuando, y por gusto de la reina, no lejos del Castil de los Judíos, se comenzó a levantar una iglesia, la de San Francisco, para la que vinieron maestros ingleses y cuyos arcos y ventanales, mucho más altos y estilizados, asombraron a todos.

Paraban también los reyes mucho por Guadalajara, de cuyo alcázar

disfrutaban. Pasaban por Brihuega, que era de los obispos de Toledo y que ahora cuidaban con esmero, y se alojaban, como lo había hecho Alfonso VI, en la Peña Bermeja. No dejaban de posar en Hita y no escatimaban el acercarse a Sigüenza, que prosperaba de día en día. Pero el rey Alfonso siempre que podía, y de subida o de bajada, no dejaba de acercarse a Atienza. Los que un día dudaron de que de ella y de sus gentes y del servicio prestado se olvidara, hubieron de callar en cada una de las visitas a las que, ya como alcalde, tenía el inmenso privilegio de recibirle y atenderle. Y por muy rey que ahora fuera y muy serio y formal que yo hubiera de comportarme en alguna ocasión, no dejaba de escapársenos a ambos algún guiño cómplice de cuando niños.

Fue en el transcurso de una de aquellas visitas a Atienza, la más larga — pues llegaron en primavera y no partieron casi hasta finales de agosto— y en la que la reina Leonor acudió con el infante don Fernando y estando ya muy grávida de un nuevo embarazo,^[76] cuando tuve y tuvo la villa ocasión de comprobar la gratitud del rey, los reyes el cariño de los atencinos y yo el afecto de quien aun siendo soberano no dejaba de ser amigo desde que éramos unos niños.

El rey Alfonso dejó a Leonor con nosotros, pero él no se marchó lejos, anduvo por Hita, por Guadalajara, por Sigüenza, y paró bastante por Brihuega, donde se aposentó en el viejo palacio de la Peña Bermeja y conversó largas horas con el obispo de Toledo, don Martín López de Pisuerga, quien antes de serlo allí lo había sido otros cinco años en Sigüenza. Era Brihuega uno de los mejores sitios de Castilla para el recreo, la caza y las buenas aguas por su cercanía al río Tajuña. El enclave había sido dado a su tatarabuelo el conquistador de Toledo, Alfonso VI, cuando antes de serlo anduvo por la corte de Al Mammun exiliado y tanto él como su abuelo el Emperador y el actual monarca habían ido ampliándole rentas y bienes. Era un lugar amable aquel valle lleno de verdor y fuentes en medio de la sequedad de su contorno. Había hasta quien decía que tenía un aire a Al Ándalus, quizá por su clima o porque habían venido a repoblar de allí muchos mozárabes.

Pero era Atienza donde a la postre pasaba más tiempo nuestro señor don Alfonso y se hizo ya hábito repetido el verlo llegar, al igual que a doña

Leonor, el uno con su curia de caballeros y la reina con su corte de dueñas, damas y doncellas. Los de Atienza, una población que aun contando ya, con todos los arrabales, con más de tres mil almas, no estábamos acostumbrados a ser residencia tanto tiempo de los reyes, pero terminamos por acostumbrarnos a ellos. Y yo más que nadie, pues el rey Alfonso, quizá rememorando viejos tiempos, se hacía acompañar por mí de continuo, tanto para andar por la villa de Atienza como para visitar otras cercanas.

Estaba don Alfonso muy interesado en concluir o dar ya un postrero impulso a todo el refuerzo y ampliación de la muralla y las barbacanas que abrigan a los nuevos asentamientos y arrabales. No fueron dos ni tres las veces que con el rey dimos vuelta completa al perímetro, comparando además aquellos días con los nuestros de la niñez, y donde su memoria no alcanzaba por sus siempre cortas estancias sí conseguía las más de las veces llegar la mía y mis recuerdos.

Así que comenzábamos por retrotraernos al tiempo de su abuelo el Emperador, cuando según contaban el castillo era un sencillito recinto almenado que coronaba el inexpugnable peñón, con una única puerta al norte y con su potente torreón erguido en lo más alto. En el patio estaban los aljibes para conservar el agua, y, adosadas al muro, las cocinas, las cuadras, el dormitorio para la tropa y los almacenes de bastimentos, con el patio de armas en el medio. Ahora todo aquello había cambiado. Se había ensanchado y acondicionado el espacio, aunque seguía siendo ante todo un recinto castrense con muy pocas comodidades. Por ello no era en el castillo sino en las casas bajo él, pegadas a la iglesia de Santa María del Rey, donde se aposentaba la real pareja y también los acompañantes más nobles de la curia regia, por lo que ya definitivamente quedó bautizada aquella parte de la villa como el barrio del Rey.

La primitiva muralla había abrazado a la que era entonces la totalidad de la población, bajando justo por el costado de la iglesia, y en medio de aquella empinada cuesta se abría la que se llamó puerta de Armas o de la Villa y que fue la principal en tiempos. El muro, muy ancho y fuerte, seguía bajando luego hacia el sur y, haciendo un repentino giro, contorneaba el barrio de la Trinidad, donde se hallaba mi parroquia y mi casa, y tras la nueva apertura de la puerta de la Guerra, torcía de nuevo hacia el nordeste, girando hacia la

izquierda y al pie de la iglesia de San Juan, pegada a él, se abría una nueva y muy poderosa puerta, la de Arrebatapapas, por la que bien recordábamos el rey y yo haber salido aquella mañana de tantos años antes burlando a los adormilados guardias leoneses. Desde esa puerta, el muro ascendía en dirección norte buscando el extremo del peñasco por su costado oriental, escalando de nuevo, para ello, la muy agria cuesta no sin antes abrirse en otra puerta que, por lo fría y por dar a un pozo donde se guardaba la nieve para el verano, se conocía como de la Nevera. En total, aquel primer recinto amurallado constaba de cuatro puertas, una a cada punto cardinal. Dentro era donde estaba el pueblo en sí, aunque justo bajo el castillo y en lo más empinado de la ladera hasta la roca no se permitía construir, para tener el castillo un claro delante y mejor defensa. Atienza se circunscribía a media docena de calles, cada una en un estrato y que en forma de media luna circunvalaban la fortaleza.

Con la lejanía de las algaras moras y los beneficios reales ya con el Emperador, la villa había desbordado su perímetro, estableciéndose las gentes en arrabales fuera de sus muros, algunos incluso alejados de las murallas y asentados en los manantiales que brotaban en el sopié del cerro. Cada uno de ellos contaba, al menos, con una iglesia. El más importante arrabal, que se hizo tan populoso que casi llegaba a alcanzar la mitad de la población total, el de Portacaballos, emplazado al pie de la montaña, entre la puerta de la Villa y el arco de la Guerra, era el más pujante, con su iglesia de San Salvador, a la que el Emperador favoreció otorgándole el privilegio de que pudieran traerse cada semana y venderse libremente dos cargas de sal de las salinas para su sustento. Más hacia oriente estaban, superpuestos cada uno sobre el siguiente, los arrabales de San Gil, de San Nicolás y de San Bartolomé. Aún quedaba, a espaldas del castillo, entre los dos barrancos del norte, otro arrabal pequeño, el de San Esteban, a orillas del camino que iba hacia Barcones y Berlanga.

Si Alfonso VII hizo mucho por Atienza, reforzándola y confirmándole el fuero, su nieto no se había quedado atrás y ahora estaba dispuesto a demostrar su agradecimiento. La entendía como una de sus grandes plazas fuertes para afrontar tal vez ya no a los moros, aunque nunca se sabía qué podía depararnos el futuro, pero sí, como de hecho había sucedido ya, a navarros y leoneses que quisieran entrarnos por ese costado o desde el norte.

Las obras de transformar y ampliar sus murallas habían comenzado hacía casi tres lustros y tanto el rey como su mujer Leonor habían estado en todo ese tiempo controlando y vigilando su realización, y ahora, en el tramo final, se empeñaban en su supervisión urgiendo que los trabajos se completaran y que se concluyeran como era debido. Se había comenzado por el propio castillo, rehaciendo por completo y subiendo sus lienzos, levantando de nueva planta un nuevo torreón, ahora ya verdaderamente altivo y que los atencinos mirábamos con orgullo, donde en lo alto no faltaba nunca un centinela, que disponía de garita y en cuya plataforma de manera permanente estaba dispuesta una pila de madera lista para darle lumbre y prender la luminaria que daría la alarma a todos los puntos del horizonte, a Santiuste, a Jadraque y hasta Hita mismo. Se había añadido al castillo su camino de ronda, una fuerte barbacana que rodeaba la fortificación por completo como primera línea de defensa, y de la misma manera, el recinto interior sobre el peñasco se robusteció mediante un nuevo patio exterior amurallado, situado en el extremo norte, rodeado de buenos muros almenados y sobre la peña tajada, aprovechando una grieta donde se picó una escalera y se abrió una poterna para poder huir en caso de apuro. Desde la iglesia de Santa María del Rey existía una galería que conectaba con el corazón de la propia fortaleza, perforando el peñón sobre el que se asentaba la propia torre del homenaje. Con ello existía una comunicación secreta entre la villa y el castillo que muy pocos conocían y en los que el rey me incluyó como prueba de gran confianza.

En cuanto a las murallas de la propia fortaleza, se ampliaron con dos recintos sin necesidad de mucho añadido por ser la roca su mejor defensa. Pero sí hubo de pensar en ello en la magna obra de amurallar lo que se había desparramado fuera de la villa y circunvalar los arrabales. A estos nuevos muros se les dotó de robustos torreones cilíndricos y macizos, pues estaban rellenos de tierra apisonada, para la defensa. Los nuevos lienzos de muralla arrancaban por el norte desde el peñasco donde se sustenta el patio exterior y cruzando a sus espaldas, tras abrir allí una puerta que permitiera el acceso desde el campo, descendían hacia el este abrazando el barrio de San Bartolomé y teniendo nueva entrada por el arco de Salida, que los atencinos llamaban de la Salada por la fuente de agua salobre que allí mana. Se curvaba

luego la muralla, ciñéndose al terreno, aquí bien rematada por cubos saledizos, y hacía una incursión sobre una pequeña península en alto que era donde estaba el barrio de los Judíos, que así mantenía a los hebreos separados en sus viviendas de los cristianos, según era costumbre y unos y otros así deseaban que fuera, pero que bajo ningún concepto el rey Alfonso quiso dejar, bien al contrario, desprotegido. Desde el Castil de los Judíos el muro, muy poderoso y con sucesivos torreones, tomaba rumbo al sudoeste para luego recodar acercándose de nuevo a las escarpaduras del cerro y, tras abrirse en una nueva puerta,^[77] ir a rematar y fundirse con la primera muralla junto al arco de la Guerra, quedando así ya por completo Atienza bien cercada y protegida por todos los lados, convertida en un solo y seguro poblamiento. Pero aun así, los de Atienza, los que tenían en la villa primitiva sus raíces, seguían estableciendo la diferencia y llamándole al originario y primer recinto amurallado «villa de Atienza» y a lo otro como «los arrabales», cercados para establecer la orgullosa diferencia.

Se remataba ya ahora la muralla y se levantaban iglesias o acondicionaban mejor las existentes, como la de la Trinidad, que era la mía, y que gozó siempre del favor real. Por entonces pudo acometerse en ella una importante obra que la convirtió en una de las señeras de la villa, si no la que más, con cierto disgusto de Santa María del Rey, que siempre había ostentado la primacía.

Si con el rey se andaba de muralla en muralla y todo lo más de iglesia en iglesia, la reina, amén de frecuentar las segundas y en ausencia de su marido, seguía atenta a las obras pero también en ocuparse de que otros aspectos de la vida de los atencinos fuera mejorado, y así consiguió que los hospitales para los más necesitados estuvieran mejor atendidos. Porque en Atienza, como villa de importancia que era, no podía faltar nuestro hospital para caminantes y desvalidos y enfermos sin recursos. Lo sostenían el Concejo y las cofradías. El de San Julián era el que nosotros más contribuíamos a sostener, siendo los que más aportaban los arrieros y los comerciantes. Los caballeros hospitalarios de San Juan que habían abierto recientemente casa en la villa levantaron otro, contando con la ayuda de un vecino de los más hacendados, don Galindo, en el cercano pueblo de Campisábalos.

Este don Galindo era un caballero noble al que el rey Alfonso había

premiado sus servicios dándole las aldeas de Vállaga^[78] y Hueva, amén de la aceña junto al puente de Zorita. Al entregar estas aldeas a los calatravos quiso compensarlo y le cedió una gran extensión en una alcarria sobre el Henares que vino a llamarse Las Casas de San Galindo. Fue su hijo, Gómez Galíndez, quien en memoria de su padre, que había donado en su testamento muchos bienes al hospital de San Julián y al de los juanistas de Campisábalos, hizo reconstruir su iglesia y dotarla de una hermosa capilla que era la admiración de muchos, pues nada tenía que envidiar a las mejores de Atienza, como la de San Bartolomé o la de San Juan, llamada también la del Mercado por celebrarse cada semana los martes y los sábados en esa plaza conocida como la del Trigo, aunque no pudiera competir con las de Santa María o la nuestra de la Trinidad.

Atienza tenía mercado y por otra concesión de nuestro rey tuvo desde entonces también feria. Se estableció que tendría lugar una vez al año y se celebraría desde el segundo domingo de Cuaresma hasta ocho días después. Desde el primer momento la feria estuvo muy concurrida, en especial por arrieros y comerciantes que la pregonaron por toda Castilla y que aportaban no pocas y buenas mercaderías, y a la que acudían gentes de los lugares más lejanos. Al mercado semanal venía sobre todo la gente de los pueblos de los alrededores a comprar a los menestrales, a venderles cosas o a mercar productos del campo con los vecinos.

La concesión de la feria hizo que el Manda echara a cavilar, y ya se le puso el magín del todo en funcionamiento al enterarse de que lo que habían hecho los clérigos de Atienza, que ya atendían por aquel entonces una docena de iglesias en la villa, a las que había de unirse las que se abrían por todas las aldeas del Común, cerca de dos centenares. O sea que curas, aunque fuera de Atienza, desperdigados los había por cientos, que de siempre había dicho el fallecido Elías, el más descreído en ellos, aunque sí lo fuera de Dios y más aún de María Santísima, que menudo ható de ovejas parecían viéndoles a todos juntos.

Habiendo partido el rey y no haberme llevado en esta ocasión con el rumbo a Brihuega, de donde se esperaba que en unas semanas como mucho retornara a nuestra villa, me vino a visitar muy formalmente el Manda con uno de los recueros más señeros, el Pequeño, que le llamaban así no porque

lo fuera de estatura, sino por ser el guarín de una verdadera reata de chavales de la misma familia, y el más avisado de todos, que había conseguido con el viejo arriero la confianza que en tiempos este tuvo con el Elías, de quien el Pequeño había aprendido muchas de sus artes, no siendo la menor su tesón y astucia para el regateo, comprar más barato que nadie y estirar un maravedí más que una confesión de beata. Con cara de mucho misterio me presentaron su encomienda.

—Los recueros y comerciantes de Atienza siempre hemos estado unidos en cofradía y hermandad, pero carecemos de unas normas escritas, reconocidas y bendecidas. Muchas veces hemos pensado en hacerlas, pero que si yo me voy para Soria y tú te vas para Ávila, que ya las haremos y que de este año no pasa y que además no es lo nuestro el escribir y aún menos los latines. Pues total que nada está hecho y hemos pensado que bien podría hacerse ahora y que el rey lo sancionase con su benevolencia, que al fin y al cabo habrá de acordarse de lo que los arrieros hicieron por él —me soltó de corrido el Pequeño.

—Y bien que se acuerda y lo agradece, ¿o es que no tienes ojos en la cara? —le replicó el Manda—. Pero mejor decirle a Pedro la verdad de lo que nos ha picado y así no nos andamos con arañas ni revueltas. Resulta que los clérigos han constituido su cabildo y nos han madrugado la cosa. Porque ya se lo han presentado al rey y este lo ha aceptado complacido. El Pequeño se ha enterado, lo saben todos los recueros y están que bufan.

—Y tú también, Manda. ¿O no es para estarlo? Pues sí, señor Pedro. —El Pequeño a mí me tenía menos confianza, por el menor trato, y de vez en cuando me ponía el don u otro tratamiento, pero más veía yo que por llevarme a su huerto con ese halago, que menudo tratante de cuidado y de ventaja estaba hecho el pájaro—. Los clérigos, que saben de latín y de escribir, y no es que tengan muchos más trabajos que los ocupen como a nosotros, han escrito sus normas y las han presentado a don Alfonso. De todo me he enterado. Que han establecido su hermandad en honor de Dios, de la Virgen y de todos los santos por la salvación de sus almas, las de todos los bien difuntos, el perdón de sus pecados mediante oraciones, y para obtener defensa contra sus enemigos y adversidades. O sea, lo normal en los curas, pero en realidad lo que han hecho luego ha sido copiarnos todos nuestros

actos de la hermandad de arrieros que hemos hecho desde siempre y que ellos nos han madrugado.^[79] Porque todo lo de las comidas, amparos cuando uno caiga enfermo o en necesidad y, excepto en el lugar de reunión de sus titulares, que ellos han puesto en San Pedro de Moncalvillo, en todo lo demás, pero en todito y sin recatarse en el hurto, lo que han hecho ha sido copiarnos. Ya solo les queda bajarse a caballo a la ermita de la Estrella para celebrar allí su romería y darse una comilona a nuestra salud.

—¿Y qué de malo tiene que los clérigos hagan su cabildo y hermandad y se ayuden entre ellos? —pregunté—. Es lógico que lo hagan.

—Si nadie dice lo contrario. Pero lo que nos tiene amoscados a todos, y me incluyo —le apoyó el Manda—, no es que lo hayan hecho los clérigos, ni siquiera que nos hayan copiado todo, sino que no lo hayamos hecho nosotros. Y esto, Pedro, ha de arreglarse. Hemos hablado con casi todos. Sabes que yo siempre he hecho cabeza y este ahora, como antes hizo el Elías, que Dios tenga en su gloria, es como si yo mismo hablara. Con nosotros en el oficio y tú y tu abuela desde siempre, tiene que ver todo, pues tienes en tales menesteres parte de tu hacienda en acémilas y mercaderías, aunque no seas tú ni quien mercadea ni quien anda por los caminos. O sea que te incumbe. Y has de ayudarnos en esto. Porque en eso eres quien puede, pues no hay nadie en Atienza con mayor entrada al rey de la que tú tienes.

Sin duda tenían razón en que debía hacerse, pues eran ya bastantes años en los que de una manera natural los arrieros y comerciantes se habían asociado para mejor protegerse y habían comenzado a conmemorar además aquel hecho, el más relevante de sus idas, venidas y vidas, del salvamento del Rey Pequeño del cerco de los leoneses. Lo que me pedían por mi participación en los hechos y mi cercanía al rey era muy entrado en razón y a lo que no solo no podía negarme, sino que apoyé sin vacilar.

Así que resolvimos que de inmediato debíamos ponernos manos a la obra y no demorar ni un día lo que habían dejado lustros para mañana. Porque había que aprovechar no solo que el rey estuviera en la villa, sino que también estaba por llegar la fecha en que se había venido a establecer como de la fiesta y que era el domingo de Pentecostés, que este año caía en la primera semana de junio, pues aunque no coincidía con el día de la «hazaña» era cuando mejor convenía por el clima, que por julio era insufrible y por

mejor disposición de los participantes a estar presentes.

Convenimos en empezar a actuar enseguida y establecimos un plan para poder darle buena conclusión a todo.

—Hay que contar con don Jerónimo. Es nuestro párroco, el de la Trinidad, que ha sido también la de los recueros, y es quien puede ponernos esto en latín y en decente. Yo llego a escribir pero a tanto no me atrevo. Creo que a don Jerónimo le complacerá y mucho el ayudarnos.

—Pero él estará en lo de los clérigos.

—¿Acaso no ha de estarlo? Mejor, pues así le será más fácil a él y lo será para nosotros el redactar las ordenanzas. Ahora se la vamos a devolver y seremos nosotros quienes nos aprovechemos de su trabajo.

—Pero si me las sé de memoria —refunfuño el Pequeño—. Las nuestras, digo, pero de lo suyo, desde luego, hay mucho que expurgar, ya lo aviso, que no vamos a ir nosotros a la reunión con el sobrepelliz ni celebrar solemne oficio de difuntos. Pero sí tienes razón, Pedro, en que mucho de lo otro es bien idéntico y tenemos así mucha faena hecha, o la tendrá don Jerónimo. Porque lo que han escrito ellos es lo que nosotros ya hacemos, hasta las multas o el que se sirva en la comida por cada seis un cuarto de carnero y que si uno cambia platos por mejorar ración antes de estar toda la mesa servida, se pagará un áureo por ello.

—Que sí, Pequeño, que por eso no te preocupes. Que en unas cosas habrá de parecerse y en otras en nada. Que unos somos arrieros y comerciantes y los otros clérigos, hombre. Vamos a ver a don Jerónimo.

Para allí fuimos y yo creo que, al vernos llegar, el sacerdote, que era avisado, ya sabía casi a lo que íbamos antes de que abriéramos la boca. Como si se lo esperara o lo hubiera estado esperando mucho tiempo. Y desde luego estaba más que dispuesto a hacerlo, por la amistad que sostenía, por ser muchos de su parroquia y porque sabía que aquello iría a redundar aún más en beneficio de la Trinidad. Y me malicio que porque yo iba también con ellos y bien sabía la estima en que el rey me tenía, aunque quizás algo sorprendido de que encabezara aquella petición de los recueros, siendo, como era, el alcalde.

Pero si lo pensó, lo calló, y lo que hizo fue ponerle todo el entusiasmo y ponernos los cuatro manos a la tarea. Casi ni nos sorprendió cuando nos

confesó:

—La verdad sea dicha, es que tengo el trabajo a medio hacer y bien adelantado. Como sabéis, hemos hecho las ordenanzas del Cabildo de Clérigos y algo he tenido yo que ver en ello. Durante tiempo he pensado que como celebráis aquí en la Trinidad vuestra misa y cabildo, habríais de darle a ello forma. Pero al no decirme nada, he ido preparando algún borrador para cuando se presentara el caso.

—Eso ya me lo sabía yo, y bien de cosas de las nuestras, don Jerónimo, se las ha puesto para los suyos —moscardoneó el Pequeño, que no se callaba ni debajo del agua ni por muy cura que fuera el otro. Lo hacía, eso también se notaba, sin malicia, y con tal tono de risa que no se le podía tomar mal en cuenta, pero es que el Pequeño de siempre había sido un poco chinche.

—Pues mejor será y más os enaltece. Qué más da que se reflejen las mismas costumbres, a la postre arrieros o clérigos, todos somos de Atienza. Lo raro sería que fueran en contrario.

—Pero nos lo tiene que escribir en latín, como el suyo.

—Pues claro, hombre. Pero luego en otro papel habrá que ponerlo en romance para que lo entendáis todos.

Se puso de inmediato don Jerónimo a la tarea y, solventado lo de la copia, que no era tanto, pues al final y como era de lógica nuestra cofradía no iba a tener mucho que ver con los clérigos, dejando aparte multas y carneros, porque eran muy otros nuestros intereses, nuestras necesidades y nuestras vidas, y a ellas debíamos atenernos.

Fueron unas jornadas y unas noches en las que nos dieron a los cuatro las tantas en medio de no pocas discusiones. Solventamos en un verbo los primeros párrafos, que de otra manera no podían empezarse:

«La paz sea con vosotros, amados en el nombre de la Santa Trinidad y en el amor de Nuestro Señor Jesucristo y de la Gloriosa Santa María y del señor San Julián y de todos los santos.

»Nos los recueros y mercaderes de Atienza establecemos esta hermandad a honor de Dios y para la defensa de nuestros intereses.»

Quedaba con ello claro la intención y con aquello ya empezamos la faena, que no fue fácil ni poco reñida, ni le faltaron sofocos ni le sobró incluso alguna voz que otra, pero a la que a la postre dimos término.

Lo primero y esencial era proteger al arriero del máximo peligro que siempre le acechaba: ser prendido él y requisada su mercancía en cualquier pueblo. Eso era la ruina y la miseria de una familia entera. Por eso a ello se dirigió la primera ordenanza.

«Establecemos que todo cofrade de nuestra hermandad, en el momento que fuere embargado en cualquier pueblo, deben ayudarle los otros que fueren por él requeridos. Por cada bestia que poseyeran contribuirán con un sueldo, y lo mismo el que no tuviera caballería; pero el que por tenerla enferma no hiciera uso de ella desde un mes atrás, nada contribuirá por ella.»

En este final hubo que convencer al Pequeño, que no se fiaba de que con ello muchos escurrirían el bulto pretextando mula mala.

Pero en lo que hubo acuerdo de inmediato fue en lo que hacer con quienes se pusieran de lado: «Todo hombre que según nuestros cofrades debe pertenecer a la cofradía y no sea hermano, debe ser mirado con desprecio. Si algún cofrade le prestase su caballería, porteara mercancías o le prestase o fiase algo en relación con la hermandad, pagará multa de cuatro maravedís si le fuera probado, pero nada pagará si jura no haberlo hecho.»

En el remate de la frase hubo de nuevo que convencer al Pequeño, pero en realidad de poner aquel remate el único convencido era don Jerónimo, que creía que nadie se atrevería a jurar en falso. Lo que era conocer poco a un arriero.

Habíamos decidido también, porque eso llevaba ya por la vía de los hechos largo tiempo establecidos, que la cofradía contara con un prioste, que contara con seis, o sea los «seises», para que le ayudaran en sus funciones como autoridad máxima, y todos ya sabíamos que sería el Manda, aunque habría que votarlo, claro. Pero también se le marcaban los terrenos, claro.

«El prioste no osará dar carta acreditativa de seguro real o de exenciones a favor de los cofrades a quien no fuera hermano. El cofrade que intercediera por otro al que se hubiera castigado, pechará un maravedí.

»El cofrade que dificultara la toma de prendas en garantía hecha por uno de los seises pagará cinco sueldos por él; si la oposición se refiere a todos los seises, veinte sueldos, y cuarenta si se opone a todo el cabildo o junta general.»

La entrada la fijamos en dos maravedís. Y así lo hicimos constar. «El

que quisiera ingresar en la hermandad pagará de entrada dos maravedíes.» Y entendimos que de inicio nadie, ni siquiera nosotros, ingresaría sin pagar. A mí me plantearon que aunque no pudiera serlo, pues no era estrictamente recuero, me harían honorífico pero tendría que pechar como todos. Y no me quedó otra que aceptar el envite, y además en el asunto aquel del Seguro Real entraba yo en danza. Pues era quien debía portar la petición al rey para que nos lo otorgara, dándonos además una carta de naturaleza que nos abriría muchas puertas. Eso le interesaba mucho al Manda y no digamos al Pequeño, para no pagar portazgos y pontazgos o al menos rebajarlos. Habría que verlo, pero me convencieron que mejor era ya ponerlo, que tiempo habría de quitarlo si no alcanzaba yo a conseguirlo.

La junta anual quedó establecida para celebrarse cada año el día de San Esteban, esto es, el 26 de diciembre, el día siguiente de Navidad, que es cuando todos, o casi todos, estaríamos en la villa.

Y seguimos avanzando. Aunque aquí ya don Jerónimo tuvo a bien sacar unos cuartillos de vino, a petición del Pequeño, que se la tiró directa.

—Llevamos aquí no sé cuánto y hay sed, señor cura.

Le dimos unos tientos a una de dos cuartillos que sacó y seguimos con la tarea.

«El cofrade a quien se diera la carta de privilegios —que aún no teníamos pero que ya contábamos con ella— y no la devolviera, pechará por ello cien maravedíes.»

La multa era de las fuertes, casi una hacienda completa, pero no podía ser menor la pena por tan grave delito. También se castigaría el retraso.

«Cuando vuelva a su casa habiéndose llevado este documento y no lo devolviese al prioste pasados tres días, pagará por cada día que transcurra diez sueldos.»

El Manda me señaló entonces, ante mis pegas sobre este asunto de dar por concedido aquella merced real, que en realidad no era sino dotar de cierta solemnidad a lo que ya existía, pues desde hacía años disponían de una carta real que otorgaba tal privilegio y que por ello ahora lo incluían en las ordenanzas, al igual que estimaban que ello era lo que podía entenderse como Seguro Real y que el rey, que ya lo había concedido, no se molestaría por ello.

Luego fue el Manda quien estableció algunas prerrogativas suyas:

«Cuando en las juntas o cabildos mandara el prioste callar y al que se lo dijese no obedeciera, este pagara un mencial.»

—Es que estoy harto de los guirigáis que se forman y que nadie haga caso. Con esto verás cómo callan, en cuanto les tocan el bolsillo retienen mejor las lenguas.

—Bien me parece —apoyó el Pequeño.

—Pues ten cuidado de que no te toque a ti el primero. Que nos conocemos —le replicó el Manda.

Se rieron los dos, echaron otro trago y seguimos.

«Todo cofrade dará al año para aceite de la lámpara votiva de la cofradía cuatro dineros.» Esto, claro, lo incluyó don Jerónimo. Asentimos todos.

Fue muy importante el siguiente punto, que era el que más concernía a todos.

«Los seises o provisores que fueren en cualquier tiempo, cuando un cofrade fuese embargado en cualquier sitio y no pudiera por sí mismo rescatar la prenda, uno de dichos seises le acompañará yendo a caballo comisionado por todos, obrando como si dispusiese de su propia casa, y todavía los otros seises ordenarán el pago de cuanto se gaste a cuenta del común.

»Cuando un cofrade debiera algo a otro, este no deberá recurrir para que le pague al alcalde ordinario, concejos o jueces, so pena de dos maravedíes a la hermandad. El que tuviera alguna querrela contra otro debe acudir al prioste y los seises para que sin tardanza fallen en derecho.»

He de decir que esta ordenanza, aunque pudiera parecer que me mermaba competencia, me satisfizo en sumo grado. Así me evitaría yo muchos arcijos y pleitos que tanto tiempo nos comían al alcalde, a los jueces y al Concejo entero.

«Se prohíbe a los cofrades acudir a ferias allí donde tengan deudas, ni comerciar en Pascua o día de fiesta, y si alguno lo hiciere será entregado por el prioste y los seises a aquel que de esto se querellara.»

Los asuntos que luego tratamos, por ser los más delicados, ya los dejamos para siguientes días porque eran merecedores de tener la cabeza serena y el ánimo tranquilo.

«Si enfermara el cofrade cabeza de familia, le velarán cuatro hermanos, quedando excusados de otro servicio. El que no acudiera a la vela mandándole el prioste, pagará un mencial. A un hijo de un cofrade le velarán solo dos, que quedarán libres de otro servicio, pagando en caso de falta medio mencial.

»Si muriere el cofrade cabeza de familia, vélelo otro de los mayores de la casa sin excusarse o ser suplido por segunda persona, y si no acude pague medio mencial. Si el muerto fuere un menor, vélelo un hombre de su casa, y si no pague ocho dineros. Y al morir un cofrade cabeza de familia, deje un mencial para la cofradía si tiene bienes para ello. Si algún viandante o viajero muriese en casa de un cofrade, háganles los otros cofrades todo su cumplimiento, o sea que se le vele y se le entierre con asistencia de todos.»

Se estableció que, además de la presencia continua de algún cofrade en el velatorio, para sacar el cadáver y conducirlo debían acudir cuatro de los seises, que cargarían con la caja y luego irían traspasando a los otros hermanos portadores de velas costeadas por la cofradía. El prioste debía asistir siempre con su insignia y con su vara, pues no podía ser otra cosa sino la vara el símbolo de su autoridad recuera.

El siguiente punto era, por fortuna, algo más alegre.

«El cofrade que no acudiera a la comida anual pagará todos sus dineros del escote y ninguno se ausentará aquel día bajo cualquier pretexto, pues pagará además un mencial si le fuese probado.»

La asistencia a la fiesta mayor y a la comida había de ser el acto central y sobre eso quisimos poner todo el énfasis. Y, además, dejar ya la puerta abierta de entrada a la descendencia.

«Cuando muriese un cofrade, acuda a dicha comida el mayor de su casa, y si no pague los dineros de su escote como si fuera presente. Si se le ha muerto un hijo, el cofrade asistirá a la comida o pagará un dinero.»

Aquí se entendió que se rebajaba la multa al mínimo por la tristeza.

Hubo que afrontar las posibles expulsiones y se establecieron estas normas:

«El cofrade que contra este pago de derechos se alzara ante otros alcaldes, que los pague y además sea expulsado de la cofradía.

»El que no fuere a un entierro de un cofrade pagará un mencial, y al

entierro de un hijo de cofrade ocho dineros. El que fuera llamado por el sayón a velar, a la vigilia o al entierro, y no fuere, pague por el cabeza de familia medio mencial y por el familiar de este ocho dineros, y si alguno dijere que no lo supo, si lo atestigua con otro cofrade quede libre del castigo. La mujer no vaya al entierro en lugar del marido encontrándose este en la villa.»

Se entendía que, por el contrario, en su ausencia sí estaría muy bien visto que lo sustituyera en señal de duelo por el muerto.

«A todo cofrade que muera, háganle sufragios los demás, exceptuados el día de Navidad y el siguiente, el Jueves Santo y el día siguiente, el sábado de Pascua, el día de Pascua, el lunes de la misma, el de Pentecostés y el que le sigue. Cuando muriere un cofrade, háganle rezo en el velorio y no vayan a hacerlo más que los demás cofrades o sus mujeres.

»Cuando fuere a celebrarse la fiesta anual, el prioste reunirá a todos los hermanos en cabildo ocho días antes, y el que no quisiere acudir pague medio mencial de multa. El cofrade que no acudiera a la junta o cabildo al día siguiente de la fiesta anual, pagará un mencial. El que llevare su hijo consigo a la fiesta o a velatorios, no siendo aquel de teta, pague un mencial.»

Esto fue debido a un apunte del Pequeño.

—Que algunos, como dice el Velasco, el mesonero, de su amigo el Matías, madrugan para tragar más y hasta se llevan al chico para refuerzo y sin pagar.

«El cofrade que en la mesa o fuera de ella llamare mentiroso a otro o pronunciase palabras vedadas por incorrectas, pagará cinco sólidos si se le prueba con dos testigos, y si se negara la acusación ha de jurar poniendo estas Ordenanzas sobre su cabeza.

»El cofrade que fuera embargado en sus bienes por faltas al cabildo y no rescatar la prenda pagando la multa dentro de ocho días, no sea llamado después para actos de la cofradía. El que haya de prestar un servicio o el prioste se lo ordenara hacer y aquel no cumpliera, pague un mencial.

»Si alguna vez bebieren por virtud de multa en casa de muerto, el vino que llevaren lo beban todos allí, y si sobrara denlo por Dios al siguiente día a los pobres.»

—Que también tienen derecho a beber —sentenció el Pequeño, que esa noche no se había quedado corto con el cariñena que él mismo había aportado

para ir deslindando el laborioso alzado de las ordenanzas.

«Si algún cofrade fuera castigado a pagar vino, bébanselo cinco cofrades o más; si fueran menos de cinco, perdónesele el resto y que no sean menos los bebedores salvo licencia del prioste.»

—O alguno acabará como puede que acabe alguno esta noche —advirtió el Manda.

Para rebajar los ánimos festivos, al día siguiente, ya ultimando la cosa rematamos con estas últimas disposiciones.

«Al sacar de la casa a un cofrade muerto, todos los demás están obligados a llevar las andas o tomar pala o azada; si a alguno ordenara el prioste llevar aquellas o usar estos y no obedeciere, pague ocho dineros.

»El cofrade que faltare siendo llamado, o el que mandándole el prioste ir a tomar una prenda o efectuar un embargo no fuere, pague tres dineros y no admitan otro que envíe a suplirle.

»El cofrade que no acudiera el día de la fiesta anual a misa a la iglesia de la Trinidad, pague un mencial.

»El que se levantase de la mesa el día de la comida capitular o no asistiese a esta, pague un mencial. El que se levantase de su sitio una vez sentado para tomar distinta ración de la que le dieran los mayordomos, pague un maravedí. El que mandase el prioste que se levantara de aquí y se pusiera allá y no obedeciera, pague un mencial.»

—Ves, esto es lo que te decía yo que también nos han copiado los clérigos —remató el Pequeño, pero lo cierto es que estábamos nosotros más que satisfechos, y el que más don Jerónimo, por haber logrado dar buen término a nuestro cometido antes de que regresara el rey y haber logrado el cura, con diligencia y esmero, escribírnoslo y dejárnoslo muy primoroso en un pergamino para presentárselo a don Alfonso.

Había cumplido don Jerónimo y me tocó cumplir ahora a mí, y en cuanto el rey, con la curia, volvió a asomar en la última semana de mayo por Atienza me presenté a él. Le expuse, sin rodeo alguno y sin apelar a sus recuerdos por sabérselos bien presentes, la petición de los recueros y, como ya me había imaginado, no solo aceptó sino que se mostró en extremo feliz de poderlo hacer. Me ratificó que en efecto ya había otorgado cierto privilegio a los

recueros en forma de aquel Seguro Real, que ahora ratificaba gustoso y consagraba en las ordenanzas, pero no solo aceptó que se hiciera sino que quiso redactarlo más amplio y ratificarlo Antes incluso de que pudiera solicitárselo, ordenó a su almojarife judío que extendiera un Seguro Real y un nuevo privilegio con mayores exenciones y derechos, por el que los recueros de Atienza podrían pasar por determinados lugares, puentes, vados y atravesar ciertos portazgos exentos de caloñas, y que se abstuvieran alcaides y otras gentes de todo lugar de embargarles, prenderlos a ellos o tomarles prendas en mercaderías a no ser que tuvieran deudas bien documentadas, pues de no hacerlo se les impondría por ello fortísimas multas de hasta mil maravedíes en algunos casos e incurrirían en la ira del rey, dejando bien patente con ello que el portador de aquel seguro era persona a respetar y que la cofradía no dejaría de exigir que se hiciera, teniendo además el refrendo y el sello de don Alfonso.

Bien sabía el rey a quien lo otorgaba y los valores de aquellas gentes, por demás rústicas, pero que tan bien conocía y había comprobado en sus estancias en Atienza que eran uno de los pilares esenciales de su sustento y pujanza, y que además, en su humildad, se configuraban como una parte relevante de su historia, de la de las gentes de a pie, más allá de las de los señores y nobles, de ese común de las gentes que eran, y eso lo apreciaba en su justo término don Alfonso, el muro de carga, la piedra fuerte donde se asentaba la propia Castilla y sobre la que el rey más firmes tenía tanto los pies como la corona.

Eran las villas y las ciudades, eran los concejos y las aldeas el más seguro apoyo de la corona. El rey así lo comprendía y procuraba favorecerlos, aun consciente de que en ocasiones ello disgustara a algunos ricoshombres, más de un alcaide orgulloso se le amoscara y hasta algún obispo se le quejara.

Así que nos aprobó las ordenanzas y con ellas fuimos a la reunión de los arrieros que convocó el Manda, que pasó a ser prioste, porque resultó que este cargo, el de hermano mayor de la cofradía, llevó aparejado desde aquel día el de un sayón, o mandadero, encargado de transmitir sus órdenes, y al criado comenzaron a llamarle por abreviatura también el Manda, ya que al actuar de parte del que mandaba parecía mandar él. Con lo cual tuvimos, cuando el cargo de prioste recayó en nuestro viejo amigo, que si no hubiera

sido por las normativas lo hubiera sido vitalicio dado el respeto que la gran mayoría le tenía, teníamos dos «mandas» en Atienza. Y casi como que tres, pues si el anciano recuero no lo era por reglamento, el nuevo prioste buscaba en muchas ocasiones el consejo del veterano, aunque no todos, que ya se sabe que algunos empiezan con buena cara pero acaban con mal colmillo. Y también teníamos dos Pequeños, nuestro rey don Alfonso, aunque ya la verdad es que nadie le llamaba así y ni se acordaban de haberle mentado así de niño, y el Pequeño nuestro, que seguiría siéndolo en mote hasta que se muriera si es que el apodo no pasaba a sus hijos, como acabó por pasar convirtiéndose su descendencia en «los Pequeños».

El órgano de mando se estableció pues en un hermano mayor, o prioste, de elección anual, y los seis consiliarios provisos, que quedaron bautizados de inmediato como «los seises». Además, se nombró un mayordomo encargado de llevar las cuentas, y un abad, don Jerónimo, por supuesto, y el sayón encargado de transmitir las órdenes. A todos se les puso un emolumento de carácter tan simbólico que el Pequeño dijo que no daba ni para un cuartillo, pero que era el honor lo que valía por cien arrobas del mejor vino. A mí, lo dicho, me hicieron cofrade honorífico con derecho a participar en la romería y poco más, pero con deber de pagar como todos.

Todo ello quedó resuelto con gran complacencia de los cofrades, pero como se echaba ya encima la fiesta hubo que apresurarse para que con las flamantes ordenanzas a estrenar saliera todo como debía, y no que por tenerlas de estreno acabara todo manga por hombro. En realidad, se trataba de hacer lo de todos los años pero en este reglado y por escrito. O eso es lo que nos creíamos.

Porque en estas me fui yo de nuevo a ver al rey y comentamos todo aquello y la celebración que se avecinaba, y en un arrebató, porque lo dije sin pensarlo y sin tener autoridad alguna para hacerlo, le propuse que se me ocurría que sería gran honor para Atienza que aquel año primero de ordenanzas fuera él nuestro hermano mayor y quien dirigiera los actos. Y don Alfonso, el ahora poderoso y temido, aceptó con la sonrisa de un chiquillo y me recordó más que nunca a aquellos días del Rey Pequeño. O sea, que el hermano mayor fue aquel año de 1200 don Alfonso VIII de Castilla y Toledo,

hermano mayor de la Cofradía de Recueros y Comerciantes de la Santísima Trinidad de Atienza.

En la cofradía, cuando corrí a ellos con la nueva, sin pararme a reflexionar que bien pudieran afeármelo todo, por muy alcalde que fuera, por meterme en cosas donde mi vara no pintaba nada, y convocados los hermanos a toda prisa en plenario extraordinario, la noticia fue recibida con gran jolgorio. Todos nos sentíamos complacidos y eufóricos. Y era para estarlo, y lo cierto es que, como luego diría mi primo Juan, «se lio la de Dios es Cristo», aunque como vienen a ser lo mismo por fortuna salió y acabó todo divinamente, pero que podía haber terminado como con un lío de mil diablos.

Porque claro, que el rey presidiera las ceremonias, encabezara el desfile, compartiera misas, oficios, comidas y todo, porque don Alfonso lo primero que dijo es que si iba a ser el prioste lo sería con todas las consecuencias y para todo y que como tal ejercería y que si había que mandar callar a un voceras, multar a otro por bajarse a destiempo del caballo o llamar al orden al que fuera, lo haría como tal. ¡Como para no acatarlo!, siendo el rey, o para que alguno rechistara, pero el vino ya se sabe que puede poner rechistón a cualquiera y con quien menos debe.

O sea, que el rey iba a estar en todo, desde las vísperas hasta que entregara la vara de mando, y aquello desde luego era el mayor honor que podíamos haber concebido, sin duda, pero también un lío monumental y una continua serie de trastornos que estuvieron a punto de volvernos a todos del revés.

La primera fue, que enterado por su padre del asunto, el infante don Fernando, que andaba por los once años, se empeñó, y a ver quién era el guapo, ni su padre ni ninguno de nosotros, de negárselo, en participar él también en la Caballada y en todos los actos. Y bueno, ¿cómo no? A toda prisa hubo que hacerle un traje adecuado, y me acordé de cuando hubo que aderezar uno entre los míos de arrierillo, treinta y ocho años antes, para el rey su padre. Porque don Alfonso había establecido para la fiesta que desde luego él vestiría ese día a la usanza recuera con el traje que los cofrades habían utilizado siempre, antes de serlo formalmente, para su procesión y actos, y si el rey lo hacía de tal guisa, todo aquel que participara debía atenerse a lo mismo.

Y claro, como el rey encabezaba la procesión, y nunca mejor dicho, no hubo miembro de la nobleza, a la que le llegó el cante, que no se quisiera apuntar de «hermano». Aquello fue nuestra primera y seria complicación. El que tras don Alfonso quisieran desfilar todos los de la curia real que le acompañaba, que era muy nutrida y a la que en cuanto se enteraron quisieron apuntarse más de tres y cuatro magnates. Así que iban a dejar a los protagonistas verdaderos, a los pobres recueros, al final de la comitiva y relegados en su propia fiesta.

No sabíamos nosotros cómo decírselo al rey, pero el malestar crecía y algún denuesto contra este Lara y aquel Ponce ya se oía, aunque en presencia del monarca nadie rechistara. Fue el propio soberano, que no tenía de tonto un pelo y sabía escuchar también con los ojos y por las caras, quien se percató del mal sabor que aquello podía provocar en los atencinos, que era a quienes deseaba complacer, y lo resolvió de un plumazo y un ordeno y mando. Que para eso era el rey y podía hacerlo.

Él iría al frente con la vara de mando, y a su lado nuestro abanderado con la seña de la cofradía. Excepcionalmente, por ser su real persona se autorizaría a que el alférez real de Castilla cabalgara a su izquierda portando la insignia del reino y a su derecha lo haría el abad de la cofradía, al que se acudiría a recoger a su iglesia Pero detrás, y de inmediato, cabalgarían el prioste electo, el Manda, y detrás los seises. Y luego iría yo con el infante don Fernando.

—Como me sacaste a mí de Atienza, Pedro, sacarás ahora a mi hijo. Y de paso le cuentas la peripecia —bromeó.

Tras nosotros, los cofrades, y tras los arrieros de Atienza, la comitiva de nobles y caballeros que quisiera concurrir, pero todos habrían de hacerlo ataviados, si querían y si no que no salieran, que nadie los había reclamado, con las ropas de vestir de fiesta de los arrieros. O sea, sombrero negro de ala ancha, camisa blanca, traje de pana con chaquetilla y sobre todo ello la capa castellana, la parda, aunque el calor fuera de asfixia. Y con un añadido más para poderlo hacer de tal guisa: habría de ser preceptivo que todos y cada uno fueran nombrados «hermanos cofrades honorarios», pues era condición inexcusable a la que nadie podía imponerse que para participar en la comitiva había de tener condición de cofrade sea cual fuere el rango, la potestad o la

fortuna que se tuviera.

Igualmente, para poder participar en la comida de la hermandad y sentarse con ellos ha de tenerse tal condición, y no encontramos mejor manera de solucionarlo aquel día que haciendo hermanos honorarios a varios condes y no sé cuántos nobles caballeros del reino. Porque no era cuestión de comenzar creando con tantos magnates un conflicto, y menos poner en un aprieto al rey nuestro señor, que tanto nos honraba. Pero, eso también, y según se encargó de inmediato de reclamar el Pequeño, que había resultado nombrado uno de los seises, pagando cada cual y muy religiosamente para la ocasión la cuota preceptiva de dos maravedíes de entrada. Que fueron unos buenos dineros de empuje para la cofradía.

A nosotros aquello nos dejaba más que satisfechos, pero entendió el rey, con buen criterio, que postergarles tras los villanos habría de provocar malestares entre sus nobles, y para evitarlo y dejarlo todo claro convocó a capítulo a todos los caballeros presentes en Atienza, cabildo al que también fui llamado como alcalde, donde acabó por lo derecho y acalló de inmediato, y casi antes de que brotaran, las primeras protestas que comenzaban a hablar de rango y potestades.

—Estamos en este caso y en esta hora para honrar a Atienza y a estas gentes, no para que nos honren a nosotros ellos, que honrados ya lo somos todos los días del año. Y si lo hace vuestro rey, hacedlo sin rechistar vosotros. Hacedlo mis caballeros como sois y debéis. Con generosidad, que es grandeza.

Luego, con tono mucho más cordial y placentero, les alentó alegremente.

—Y disfrutemos todos de la fiesta y vivamos alegremente un día que trae a vuestro rey muchos y buenos recuerdos, en el que se jugó la suerte de Castilla. Y a ti, Álvaro —dijo dirigiéndose a su alférez, que no era otro sino Álvaro Núñez de Lara—, también habrá de hacerlo, pues fue tu padre don Nuño quien estuvo urdiendo sus tripas.

—Ya lo creo que lo estuvo, mi señor. Bien me lo tiene contado —rió el Lara, y a esa risa la acompañaron todos y se precipitaron, tras acabar el cónclave, a buscar a toda prisa cosedoras por toda la villa para hacerse con la ropa adecuada como fuera. Que menudo trasiego hubo de chaquetillas y capas aquella semana por Atienza.

Bueno, quedó resuelto aquel asunto. Pero de inmediato surgió otro. La reina Leonor fue la siguiente en decir que había que contar con ella. Me lo hizo saber don Alfonso con gesto de marido, pero en el fondo complacido porque aquello tomaba aires cada vez más festivos y tras tantos sinsabores pasados le vendría bien a él, a sus caballeros y a las gentes verlo alegre y alegrarnos todos. Aunque la reina estuviera mucho más que embarazada, a boca de parir, vamos, y no era cuestión de andar ella con demasiado trasiego. Pero con la reina, claro, habrían de estar sus damas y doncellas de compañía. Y ya que iba la reina, con ella también las dueñas nobles que acompañaban a sus caballeros, y entonces no iban a ser menos las mujeres de los recueros, al menos las de los dirigentes de la cofradía.

Por la ceremonia en la iglesia no había problema, don Jerónimo le dio solución al instante, reservando, lado, delantera, sillón y bancos para ellas por riguroso protocolo, del que se encargó la reina. Más complicada era su participación en el ágape, que ya se había decidido hacerlo al aire libre y esperar que no lloviera en la explanada que se abre delante de la ermita de la Estrella, punto de destino de la romería al que bajarían los cofrades, y en este caso también la compañía real, a caballo.

Comprendí y comprendieron el rey, el prioste y los seises que aquello, lo de las damas, podía superarnos a todos y acabar del rey abajo, e incluido él, todos, en problemas conyugales. Así que propuse mejor dejarlo en manos de la propia reina y de Elisa y que ellas resolvieran el cómo hacerlo. Que acataríamos lo que dispusieran y así nos evitábamos el mayor de los problemas, pues bien claro estaba que a la postre acabarían por hacer los que les viniera en gana, pero al menos nos evitaríamos reproches e inútiles desistimientos. Fue la mejor, y quizá la única, decisión que pudimos tomar. Elisa se pasó días de frenético trasiego por casa y por las casas de Atienza, y de cabildeos continuos en las estancias de la reina, y al final lo único que tuvimos que hacer fue cumplir escrupulosamente sus órdenes, que no fueron tan gravosas. Hacer para la reina y una mesa selecta de damas un entoldado donde pudieran estar al resguardo del sol o de cualquier otra inclemencia. Doña Leonor sería bajada en palanquín y el resto como ellas mismas dispusieran, pero habrían de hacerlo antes que la comitiva y esperar en la ermita nuestra llegada. Doña Leonor se lo trasladó así al rey su marido, y a

mí me lo ordenó mi Elisa, y sin más obedecimos.

Todo andaba más o menos encaminado cuando a la mesa le salió otra pata. El arzobispo de Toledo, don Martín López de Pisuerga, que antes lo había sido de Sigüenza, y que se encontraba en la Peña Bermeja de Brihuega, donde había estado con el rey, también acudiría y, sabedor de ello, su sucesor en Sigüenza, el obispo Rodrigo, anunció que él también vendría. Eso era ya cosa de don Jerónimo, nos dijimos, y pensamos que entre clérigos lo arreglarían. Pero quia, de nuevo hubo de intervenir el rey en su doble calidad ya de soberano y de prioste de la cofradía. Decidió, y menos mal que era rey y hermano mayor, que los dos obispos concelebrarían con don Jerónimo la misa mayor y que luego en la comitiva irían pero detrás, en concreto escoltando al infante don Fernando, o sea al lado mío. No sé si a los mitrados les convenció del todo, pero aceptaron al comunicárselo don Alfonso con muy suaves sonrisas. A ellos se les permitiría, eso sí, vestir de obispos, que por ahí ni se quiso hacerles pasar ni hubieran pasado de ninguna manera.

Restaban ya solo tres días y todo parecía estar en marcha. El Manda y los seises se afanaban en los preparativos, en que la comida y el vino estuvieran a punto y en que el Velasco y el Matías no le dieran demasiado al segundo, para tener bien a punto la primera y que los asados de carnero estuvieran a gusto de damas y caballeros. Todo marchaba cuando a mí me llegó el remate. Juan se me presentó en casa con Marta y los cuatro chicos.

Digo que fue el remate, pero he de decir que mejor sorpresa no podía tenerla. Podía ser trastorno, pero la llegada de mi primo, su «mora» y sus hijos traían siempre alegría. Para mí mucha, para Elisa aún más, porque hacía las mejores migas con Marta, con la que tenía complicidades de las que nos maliciábamos mi primo y yo, pues bien sabíamos lo que nos atenían y porque para nuestras respectivas proles, mis chicas y sus chicos, suponía el mejor jolgorio posible.

Mis hijas eran mayores que sus cuatros chicos, aunque los dos de mayor edad de ellos estaban parejos con las dos más pequeñas mías. Así que mis dos mayores, Yosune y Elisa, adoptaban de inmediato el papel de madres con sus primos pequeños, Ignacio y Domingo que eran unas criaturillas de muy pocos años pero revoltosos como ellos solos, mientras que mis dos hijas menores,

Irene y Estrella, por mis hermanas, pillaban por banda a los dos mayores suyos, Pablo y Juan, por su abuelo y por su padre, y los convertían en sus esclavos casi de inmediato y sin que los muchachos protestaran, sino que adoptaban el papel de corderillos a los que ellas pastoreaban con mano firme y las más variadas exigencias que ellos se desvivían por cumplir. Ellas se daban aire y adoptaban el papel de damiselas de mucho rango, más por vivir en la villa mientras que ellos venían de los campos y parecían algo cohibidos, pero hacían todo lo que sus primas les pedían y las complacían con entusiasmo. En realidad felices de andar escoltándolas a todos lados.

Algún tropezón debieron de tener con la chiquillería de Atienza, según me llegó a los oídos, y en ese sí que no estuvieron para nada cohibidos. Desde luego sus primas, aunque siguieron esclavizándoles, les miraban con poco disimulado arrobo cuando cuchicheaban el trance, del que hablaron a Elisa, haciendo homenaje a la valentía de los hermanos, que acabaron por acobardar a más de cinco que se metieron con ellas. Juan y yo hicimos como que nada sabíamos, pero nos reímos con ganas.

Con mi primo al lado ya me sentí yo también mejor metido en fiesta. Él, como caballero que era, podría ir en la comitiva, y este sí que no puso reparo alguno en ir al final del cortejo. A Juan estas cosas sí que le daban lo mismo, o sea nada. «Yo el último, vamos. Pero salir, salgo.» Elisa, por su lado, consiguió para Marta un sitio en la mesa de la reina bajo el entoldado, donde amén de doña Leonor y sus damas la acompañarían también algunas de las mujeres de los importantes del pueblo, que al cabo yo era el alcalde. Aunque Elisa estuvo en ella no porque fuera la mujer del alcalde, sino por ella misma, y a Marta la colocó a su lado sin que se pusiera por parte de nadie pega alguna tras no ponerla la reina.

Y al fin llegaron las vísperas. Ocho días antes el sayón había ido ya campanilla en mano recorriendo la villa, convocando uno a uno a los cofrades, y ya se había contratado a un gaitero y un tamborilero para que amenizaran los actos con sus tocatas, aunque aquel año la verdad es que no hubieran hecho falta, pues estaba Atienza repleta de músicos, juglares y saltimbanquis. Los cofrades, por su parte, llevaban ya días pensando cómo engalanarían sus caballos o, mejor, sus mulas tordas, que era de mucho prestigio salir tal día en las de esa capa montados. A alguno en años

anteriores, aún sin ordenanzas ni latines, se le había ocurrido también enviar para la celebración y como obsequio alguna vianda, algún capón bien cebado, algún cesto de frutas o algún dulce, y aquello concluyó en costumbre de efectuar con todo lo llegado una subasta tras colocar todos los regalos en lo alto de un árbol florido hincado en el pradillo frente a la ermita. Este año ni les cuento lo que hubo, pues, enterados, los caballeros comenzaron a competir entre ellos por ver quien lo hacía más espléndido, teniendo de nuevo que intervenir el rey diciéndoles que no se extralimitaran con sus obsequios, pues en cierta manera harían de menos a los más humildes de los atencinos. Con todo y a pesar de ello, lo que llegó a la pradera dejó admirado a todo el mundo. Y la puja aquel año dio tal bolsa de maravedíes como para que la hermandad comenzara con fondos de sobra para cubrir sus necesidades durante mucho tiempo. Cómo sería que hasta le pareció bien al Pequeño.

Ya la víspera por la tarde, el sábado, bajamos el rey como hermano mayor, el prioste cedente, los seises y yo a caballo hasta la ermita para inspeccionar todos los detalles. Lo primero, que el altar de la Virgen estuviera lo más hermosamente engalanado, luego hincar el árbol con las ofrendas para la subasta y comprobar que las mesas donde había de servirse la comida del domingo estuvieran listas. Tras hacerlo merendamos, pues era ya costumbre el que quienes habían hecho aquellas tareas lo hicieran con las provisiones que cada uno llevara y compartiéndolas todos. El rey Alfonso participó con gusto en el ágape, aportando su ración al condumio común y rompiendo ya el hielo aquella primera tarde con los arrieros, que al principio no sabían ni qué hacer ni cómo comportarse, ni si sentarse ni si estar de pie ni donde poner las manos. El vino les ayudó a serenarse en este caso y a que alguno ya se atreviera a hablarle, para que luego, ya con mayor aplomo pero siempre con mucha cautela y respeto, lo hicieran todos.^[80]

Subimos a caballo de nuevo hasta la villa. Entramos por Arrebatacapas y nos dirigimos a casa del prioste, donde habían de recibirnos los cofrades y sus familiares, con la música y para que se iniciara un baile. Pero como el prioste era don Alfonso, el recibimiento debía hacerse en su casa, y hasta el barrio del Rey subimos y allí, en efecto, frente a ella nos recibieron los cofrades, los familiares, nuestro gaitero, nuestro tamboril y no sé cuántos músicos más que se habían dado cita. Por orden de doña Leonor sus

sirvientes salieron con vino, mientras ella se asomaba a una balconada para saludar, y sirvieron profusamente a todos los presentes. El rey tomó un sorbo y se retiró pronto. Pero a alguno hubo de decirle cuando ya entraba la noche que era hora de dejar el lugar, que los reyes habrían de descansar y que ya habría fiesta de sobra al día siguiente. El Manda y los seises comenzaron a ejercer sus funciones y de momento no hubo que imponer multas.

La música, tocando diana floreada, con el dulzainero y el tamborilero montados en sendos pollinos empenachados con cintas, lazos y adornos, nos despertó al amanecer siguiente con gran jolgorio de nuestra chiquillería, que no era poco al ser ocho, que nos apañamos en la casa de la mejor manera y sin problemas, porque habiendo buena voluntad y alegría no los hay por tales apreturas nunca, sino que son motivo mayor de alborozo.

Me vestí como era preceptivo con mi traje de pana, con su chaquetilla de mangas estrechas, sin cuello ni solapas pero con una franja bordada en azul, con el sombrero negro de ala ancha y con la gruesa capa de camino, aunque me temía que haría ese día un calor de horno, y fui a congregarme junto con el mayordomo y los seises a casa del Manda, donde ya esperaban todos los cofrades para desde allí dirigirnos a la del rey, que como hermano mayor aquel año habría de dirigir la comitiva y ordenar las ceremonias. El rey salió al punto montado en un hermosísimo caballo blanco, tan bien enjaezado que hizo saltar un murmullo de admiración entre aquellas gentes tan acostumbradas a valorar equinos, acémilas y rucios y saber que era un animal maravilloso el que llevaba a lomos a don Alfonso. El rey vestía como todos nosotros, y como él la buena multitud de caballeros que, flanqueando su casa y esperándole a él, también aguardaban. Todos descabalgados y llevando del ronزال nuestras monturas. Se adelantó nuestro abanderado, con la enseña de la cofradía, y el rey indicó a su alférez que habrían de ir ambos a su lado dando con ello a la bandera de la hermandad un rango que nunca hubiera soñado, pues desde aquel día y por aquel gesto se consideró autorizado el hecho de hacerlo y portarla por delante. El rey, con un gesto, ordenó silencio a algunos murmullos y entonces el cofrade escribano pasó lista. Ni qué decir que aquel día ni faltó nadie ni hubo retraso alguno en llegada. Así que, pasada lista y presentes todos, fue el propio don Alfonso quien con voz potente e imperativa, como yo la había escuchado en el peor fragor de la

batalla, gritó:

—Señores cofrades, ¡a caballo!

Y tampoco en esta ocasión hubo de ponerse multa alguna por adelantarse alguno a montar antes de tiempo y sin esperar la voz del rey. Montamos en silencio, como un escuadrón a punto de lanzarse al combate, y solo se oyó el chocar de los cascos de los caballos en el empedrado. El rey, el prioste cedente y los seises pudieron entonces quitarse sus capas y extenderlas en la grupa de sus caballos, y a lomos de ellos acercarnos a la Trinidad, para recoger allí al abad don Jerónimo y a los dos obispos que ocuparon los lugares correspondientes, e iniciar ordenados la marcha, el infante Fernando a mi lado y a nuestros costados los obispos de Toledo y de Sigüenza. Don Fernando, disfrazado de arrierillo, iba exultante y gozoso. No hacía nada más que hacerme preguntas.

—¿Por dónde se escapó mi padre? ¿Dónde estaban los soldados que guardaban la puerta?

La gaita y el tamboril iban abriendo, bastante por delante, el paso, pues aquel día toda Atienza y gentes venidas de todo el Común estaban en la calle para vernos pasar. Bajamos desde la Trinidad y la plaza del Mercado o del Trigo rebosaba de gente. Se elevaron gritos. Se mezclaba el «¡Viva el rey Alfonso!» con «¡Viva la Cofradía de la Trinidad!». O aquel más sencillo de «¡Vivan los recueros de Atienza!». Y cuando ya cruzamos, saliendo del primer recinto amurallado, por la puerta de San Juan fue cuando le dije al infante:

—Por aquí salimos, por este arco de Arrebatacapas, aquella mañana, mi señor el rey vuestro padre, con siete años y yo entonces con once, la edad que vos tenéis ahora. Y ahí, a ambos lados estaban los soldados leoneses de guardia. Medio dormidos, no se fijaron siquiera en nosotros.

Tras atravesar Arrebatacapas nos dirigimos luego a la puerta recién abierta en la segunda muralla, la de Antequera, y descendimos por ahí al valle pasando junto a los muros que se estaban levantando de la iglesia de San Francisco con ese arte nuevo y esbelto que tanto gustaba a doña Leonor. Y tras un camino que no llega al cuarto de legua dimos vista al pradillo de la Ermita, donde ya había una multitud de gente y bajo el entoldado se encontraba la reina, las damas, mi Elisa y Marta *la Mora*.

Entonces, cuando estábamos apenas a cien varas de llegar, noté que nuestro abanderado le decía algo al rey y este se lo decía a don Álvaro. Entonces los tres, al llegar a un puentecillo que precede a la pradera, picaron de improviso espuelas y arrancaron a trote largo y vistoso para ir ante la ermita en arrancada. Al ver hacer aquel alarde al rey y hermano mayor, lo imitamos todos, arremolinándose la caballería ante la ermita de la Estrella, donde frenó de repente y en señal de respeto la vistosa carga.

De nuevo se elevó la sonora voz del rey:

—Señores cofrades, ¡pie a tierra!

Así lo hicimos. Se acomodaron las bestias y el rey fue a cumplimentar a la reina. Ofreciéndole el brazo, la hizo llegar con él para entrar juntos en la ermita donde tenía lugar reservado, al igual que su hijo el infante y también el prioste, el mayordomo, los seises, los abanderados, el escribano, los cofrades y los cofrades honoríficos de aquel día. Y una multitud de pueblo llano que no cupo en el recinto repleto y que hubo de arremolinarse fuera. Al cruzar la mirada con mi primo Juan, este me hizo un guiño señalándome al obispo que iba a mi lado.

Pero la sorpresa de la ceremonia no la dieron los dos obispos, sino las mujeres, y en ello noté la mano de Elisa. Bueno, la mano y la voz, porque ante el estupor de todos y antes de que empezara la misa se elevó su voz en un hermoso canto, acompañada por las músicas y las cantantes de la reina, y luego todas ellas, al son de cítaras, laúdes y violas, amenizaron toda la ceremonia con sus instrumentos y sus cánticos. Y he de decir que no he sentido más profundamente penetrar la música en mi espíritu, ni en la más hermosa catedral me he sentido más transido de emoción, como aquella mañana de Pentecostés en la ermita de la Estrella, oyendo cantar a Elisa las alabanzas a la Virgen María. Aún ya madura, preservaba mi mujer casi en su plenitud la juventud de su voz y tuve que retener mis lágrimas. El infante don Fernando se percató de mi emoción y me sonrió pícaramente. El sermón lo pronunció don Jerónimo, y estuvo acertado al mencionar lo que aquel día celebrábamos y en dar gracias a Dios por haber permitido salvaguardar la libertad de nuestro Rey Pequeño, que ahora nos hacía el inmenso honor de participar en la ceremonia, y dar también gracias al Altísimo por ello.

Se concluyó la misa, que fue larga pero a nadie se lo pareció, excepto

quizás a los que tuvieron que quedarse fuera, y luego ya se sacó en procesión por los cofrades a la Virgen de la Estrella, pero tan solo hasta el puentecillo cercano. Se subastaron para el trayecto las andas, y ¡válgame Dios qué pujas aquel día! Algún recuero lo intentó, pero viendo que los caballeros y nobles cofrades honorarios estaban dispuestos a dejarse la hijuela hubo un cuchicheo cómplice y muchos guiños y visajes, así que se quedaron los señores pujando solos.

—Oye, que si quieren los señores pagar ellos todo el gasto será porque les sobra —sentenció el Pequeño.

Juan, que no sé cómo estaba también a mi lado, me cuchicheó risueño, guiñándole un ojo al Pequeño:

—Menudos pájaros estáis hechos todos los arrieros. Os habéis dado cuenta de cómo va el baile y que los señores se van a dejar el manso si es preciso por llevar las andas ante el rey. Pues bien hecho, que pujen ellos, que los cuartos aquí se quedan.

—Bien lo sabes, Juanito —aceptó el Pequeño—. ¿A qué vas pujar y para qué enfadarse si estos nos van a pagar la fiesta durante años?

Algo similar sucedió luego en la subasta por las ofrendas, y resultó que algunos lo que querían quedarse precisamente era lo que ellos mismos habían aportado como recuerdo o para entregárselo a alguna dama. Total, que como bien resumieron de nuevo Juan y el Pequeño con su particular olfato, aquello era disparate pero también un regalo para la cofradía.

—Te digo yo que hay quien se ha dejado por lo que él mismo había ofrendado lo que valen dos cargas de sal completas —calculó mi primo.

—Pues bienvenido sea —se relamió el Pequeño, con el que era evidente que Juan había hecho migas.

Las ofrendas hechas por los de la villa tuvieron, como era previsible, mucha menor demanda y precio, pero vino a suceder algo parecido. Cada cual parecía querer recuperar lo suyo, aunque solo fuera para comérselo allí mismo con sus familiares.

La costumbre era que prioste, seises y abad comieran aparte en la sala alta de la casa del santero de la ermita. Y el rey fue aquí inflexible. Así lo hicieron, sin que ni obispos, ni infante, al que enviaron con su madre, ni abanderados ni yo tuviéramos allí sitio.

Los cofrades tuvimos para nosotros la sala de la planta baja, y con gusto dimos cuenta de los carneros churros, asados por el Velasco y el Matías, que aquel día hubieron de pedir muchos refuerzos, pero de cuyo servicio se encargaba el mayordomo y que disfruté en compañía de Juan, pues había que comer a pares y compartir escudilla. Otra la compartieron, a nuestro lado, el alférez real de Castilla, don Álvaro Núñez de Lara, y el abanderado de los cofrades, y el vino lo aportó Juan de nuestra viña en Bujalaro y ni el conde ni nadie le hizo ascos. El abanderado recuero, por su lado, se había bajado unos chorizos bien curados y a esos tampoco les hicimos desprecio ninguno sino los mejores honores, lo mismo que al mollate.

—Que no es vino agraz, ni le he bautizado con agua ni echado especias para disimularlo, sino que comprueben los señores que es bien recio y que se pega a la pared de la jarra. De la cosecha de aquí mi primo, el alcalde, y la mía de la viña de los Tejares en Bujalaro —explicó Juan.

—Pues los chorizos también son de casa del gorrino que matamos el año pasado, bien cebado y al que no le faltó de nada —completó la información el atencino.

Me acordé yo del día de mi boda y me malicié que, como muchos hubieran llevado también caldo de uva en abundancia, y desde luego lo habían hecho, la vuelta del convite de la ermita podía no resultar tan pacífica como la ida y quizás alguna mula, algún caballo y algún caballero o recuero acabara desbocado.

Los cofrades autóctonos y los honoríficos y de abolengo habíamos comido, como digo, de dos en dos, juntando sus vituallas, como se quejaba el Pequeño que nos habían copiado los clérigos, y era también costumbre respetada que no se dieran voces, algo de cuya vigilancia se encarga el seis más antiguo, que se pone capa sobre los hombros y se cala el sombrero paseando por el salón con gesto grave y serio, atendiendo tanto a que el servicio sea perfecto como a que no se inicien voceríos ni se pronuncien palabras malsonantes. Terminado el refrigerio y habiendo bajado el rey, el abad, el prioste y los seises, y a una seña de don Alfonso se hizo el silencio y nos pusimos todos en pie. Rezó el abad y contestamos a coro, y hubo tiempo luego para que el escribano fuera recordando a los recueros fallecidos aquel

año y se rezara un padrenuestro por ellos.

Al fin, ya con las capas puestas de nuevo, el rey, el prioste cedente y los seises se colocaron con sus insignias y varas a los lados de la puerta y cada uno fuimos desfilando, besando el estandarte de la cofradía.

Una vez ya fuera, se tuvo un recuerdo para aquella jornada de la huida y que resultaba ser, precisamente, el único momento al que ni don Alfonso ni yo habíamos asistido, pues se nos había enviado por delante para ponernos a salvo. Y rememoraba como los arrieros entretuvieron a la mesnada leonesa que venía a nuestro alcance.

El tamborilero y el de la dulzaina se pusieron a tocar justo a la puerta de la ermita piezas de baile, en tiempo de jota, y entonces de uno en uno algunos cofrades, ágiles de pies, entraban en la capilla, se inclinaban respetuosos ante la Virgen, pero también como si le solicitaran un baile, y danzaban con toda la energía y gracia posible ante ella, sin perder, eso sí, la expresión de respeto en su cara. A uno le sucedía el otro y así pasaban bastantes, observados por la concurrencia que aplaudía su gracia o se burlaba de su torpeza. Acabado esto y tras una última oración de todos ante la Virgen, parecía llegado el momento de partir, pero entonces el rey, condecorador de que para entretener a los mesnaderos leoneses los arrieros se habían enzarzado en un torneo de varas, se le ocurrió la idea de rememorarlo. Y a nada allí, en el prado, se había establecido un pequeño palenque en el que de bromas o de veras los cofrades atencinos —porque al final así quedó establecido el torneo— se enfrentarían a los cofrades honoríficos, o sea, los caballeros foráneos.

Había ganas, no sé si de jolgorio o de que alguno midiera el suelo con las costillas, o de las dos cosas, pero eso quien lo enredó en esta ocasión fue el mismo rey, y ya se sabe que si era él quien lo decía, pues punto redondo. Nada pues había un pobre alcalde de objetar a ello, aunque deseando estaba que pasara todo y en paz acabara. Pero don Alfonso estaba por celebrarlo todo.

Total, que a nada ya se tenían las largas varas como armas y dispuestos a justar una docena de contendientes por bando. Y no sé cómo ni de qué manera, me vi a Juan, que ni era de Atienza ni recuerdo, formando en el escuadrón con ellos sin que nadie se percatara o sin que nadie quisiera hacerlo.

Tenían todas las de ganar los caballeros, por destreza y por monturas y porque la justa y la guerra eran su oficio, pero no lidiaron mal los arrieros y alguna lid ganaron, con enorme contento de las gentes de la villa, de los de a pie de todos lados y hasta diría yo que del rey incluso. Particularmente celebrada fue la costalada que no sé con qué artimañas logró Juan que se pegara uno de sus contrincantes. Aunque poco le duró la risa, pues al poco otro caballero, ni más ni menos que el propio alférez, don Álvaro, le hizo morder con contundencia el polvo. Se levantó mi primo riendo, como no podía ser de otro modo, doliéndose jocosamente del trastazo. Viniéndose hacia mí me soltó:

—Bueno, al menos puedo presumir que me ha derribado el alférez real de Castilla.

Perdimos los atencinos, claro, aunque hubo empeño en no hacerlo y se le echó todo el cuajo que se tuvo, pero de nada valió ante la maña y la fuerza del contrario, y cuando se consumó todo y pasados los ardores no hubo sino palmadas y risas. Los caballeros contentos, pues a la postre habían demostrado quiénes eran en su oficio y vencido, y también los recueros, pues alguno habían hecho caer por su lado y no habían dado, para nada, mala batalla sino mucha guerra. Vamos, que cuando don Alfonso ordenó de nuevo montar a caballo se hizo con el contento de que todo había transcurrido de la mejor manera posible, que el día había sido memorable y quedaría para el recuerdo y por siglos de todos los hijos de la villa de Atienza y de su Común de Tierra.^[81]

Subimos hasta las murallas, aunque a mitad del camino se hizo un alto para rezar mirando a la ermita, una salve en honor de la Virgen y un nuevo padrenuestro por los hermanos fallecidos, y de nuevo entramos, formada la comitiva tal y como habíamos bajado, por la puerta del muro, por la calle Real, por el arco de Arrebatacapas, por la plaza del Trigo y hasta la iglesia de la Trinidad, donde el rey se despidió de los cofrades devolviéndole la insignia y la vara de hermano mayor al Manda, y tras ser jaleado por el grito unánime de «¡Viva el rey Alfonso!» que pidió el prioste y fue coreado con ganas, él marchó hacia sus casas y los cofrades y no pocos caballeros nos bajamos por el arco de la Guerra a salir por el arrabal de Portacaballos a campo abierto para allí, en aquellas campas que hay dando vistas a toda la montaña y el

castillo, competir de dos en dos en carreras, los unos en mulas y los otros a caballo. La largada del galope no es pequeña, pues yo diría que la senda aquella baja poco de un tercio de legua, y aquí fue donde los caballeros con sus palafrenes se llevaron la sorpresa pues algún jinete de Atienza a lomos de un caballo muy ligero pero resistente acabó por salir victorioso en cuantas carreras hizo.^[82]

Ya caía la tarde, ya no molestaba la capa que el viento y el trote de las monturas agitaba, cuando fuimos subiendo alegres hacia la iglesia de la Trinidad para dejar en ella al abad, el cual, por agradecer la escolta, hizo sacar de la casa rectoral un odre de vino que tenía para tal fin preparado e irlo sirviendo a los que a caballo estábamos y que bebimos sin bajarnos de la silla como despedida de don Jerónimo y de aquel día que, bien sé yo, marcó para siempre la historia y la memoria de Atienza y de sus gentes.

Fue aquel año 1200 y era ya junio entrado. Los reyes aún se quedaron en Atienza durante casi todo el verano, aunque don Alfonso se ausentaba de continuo para acudir a otras ciudades de su reino, pero no fue hasta que ya estaba para doblar agosto cuando al fin la real pareja nos dejó. Fue su más larga visita y los días que más dieron que hablar a todos y de todos para los restos. Porque para los restos se siguió hablando de aquello.

Don Alfonso y doña Leonor marcharon al fin hacia Burgos y, por aquel entonces emprendieron algunas cosas que sorprendieron a muchos de los nobles castellanos y no diré ya a mí, un hombre, nacido y criado en la tierra profunda de Castilla. El rey Alfonso gustaba de hablar de barcos que surcaban mares. Envidiaba a quienes los poseían y no estaba dispuesto a que Castilla no contara con flotas parejas a las que otros estados ya poseían. Ponía el ejemplo de los genoveses, que ayudaron a su abuelo el Emperador y por sus barcos pudo doblegar Almería. Fue él quien, alentado por el obispo Gelmírez, había hecho construir ya los primeros navíos para la guerra en los puertos gallegos. Algunos incluso bajaron al bloqueo de Almería. Pero ahora Alfonso, y en ello tenía el apoyo entusiasta de su mujer, la reina, inglesa y sabedora de tales necesidades para que un reino fuera en verdad poderoso y respetado. Castilla necesitaba barcos para la paz y el comercio, pero también para la guerra, los bloqueos o combatir contra flotas enemigas.

Y ahora más que nunca, y no solo en Galicia, Asturias y Cantabria, sino también en Vascongadas tenían puertos donde construirlos y desde los que navegar por todo el mar Cantábrico, salir al canal de la Mancha y al Atlántico, y si fuera preciso bajar hasta el Mediterráneo. Y así, de la misma forma que dio fueros a las villas de tierra adentro, decidió dárselos, marineros, a diversas villas portuarias que fueron convirtiéndose en lugares de construcción, de arribada y de partida de las naos castellanas. Así se otorgó fuero a las villas cántabras de Castro Urdiales, Santander y Laredo, y poco después a San Sebastián, continuando los privilegios que le habían otorgado los reyes navarros. Por ellos se concedían exenciones a sus habitantes de no tener que acudir ni a hueste ni a cabalgadas. A cambio construían barcos, aunque yo jamás imaginé cómo uno de ellos podría ayudarnos en los combates contra los jinetes sarracenos, a no ser que les impidieran cruzar el Estrecho. Pero aquello, el bloquear su paso, algo que jamás habíamos logrado, era ya una buena idea. Cosas de la reina inglesa, decían algunos, pero yo me malicio que el rey Alfonso pensaba en el futuro. Si no en el suyo, sí en el de sus herederos y las necesidades que habrían de tener cuando llegáramos al mar, por el que nos desembarcaban y nos iban a desembarcar de nuevo los ejércitos almohades de aquellos desiertos que parecían inagotables en vomitar contra nosotros jinetes y arqueros.^[83]

Las treguas habían sido buenas para Castilla, sus mesnadas volvían a ser poderosas y los hijos de los muertos en Alarcos cabalgaban en ellas.

Abu Yusuf Yaqub al Mansur, quien los había derrotado, hacía años que había muerto. A poco de regresar a Marruecos cayó enfermo y apenas si vio los primeros días de 1199.^[84] Antes de expirar, en su lecho de muerte, tuvo en su recuerdo a Al Ándalus y lloró por su suerte, pues llorando dijo a quienes rodeaban su lecho:

—Os recomiendo el temor a Dios y a los huérfanos y la huérfana.

El jeque Abu Muhammad Abd al Wahid le preguntó:

—Oh, señor nuestro, oh amir Al Muminin, ¿quiénes son los huérfanos y la huérfana?

Y contestó el vencedor de Alarcos:

—La huérfana es Al Ándalus y los huérfanos sus habitantes, los musulmanes que allí moran. No descuidéis elevar sus muros y defender sus

fronteras, de organizar sus soldados y hacer numerosos a sus súbditos.

Temía Al Mansur por su suerte aunque él hubiera derrotado a los castellanos y adelantado las fronteras. Sabía que los cristianos volverían al asalto y temía por los andalusíes. El califa sabía que sin su ayuda no se sostendrían y que ya habrían sucumbido hacía tiempo de no ser por ella.

Diez días después de su muerte, fue aclamado como sucesor su hijo Abh Alá Muhammad ibn Yusuf al Nasir. Los castellanos solicitaron la prórroga de las treguas, a lo que accedió y siguió haciéndolo cada cuatro años, porque ello le convenía a él y convenía a Al Ándalus. El nuevo califa decidió de una vez por todas poner también las islas hispánicas bajo su mando y devolverles a los Ibn Ganiya todos los males que habían causado a los almohades. Así, se adelantó a los apetitos del rey aragonés Pedro, que también había puesto ya en ellas sus ojos pero no podía atacarlas por estar también preocupado por los pactos del rey castellano, y los almohades desembarcaron primero en la isla de Menorca, tomando su ciudad principal, Mahón, y cada uno de sus puertos, Fornells y Ciudadella, y sus tierras, Alaior, Mercadal y Ferrerías, y al año siguiente puso pie en la más grande, Mallorca. Recuperó también en el Magreb lo que había perdido, a manos de los hermanos, Alí, al que pudo hacer asesinar, pero no así a Yahya ibn Gania, que le resistió varios años, hasta que logró tomar Mahdia y Kairuán y al fin toda Ifriquiya (Túnez) en el 1205, llevando las fronteras de su imperio más allá de Trípoli.

Fue ya entonces cuando tras larga ausencia regresó, cumplida esa tarea, Al Nasir a Marrakech, pero aún tuvo que ocuparse de los rebeldes zenetes que, sublevados, atacaban a los gobernadores almohades y daban muerte a las guarniciones. Era mejor, pues, renovar treguas con Castilla. Pues si ellos se fortalecían, la paz también fortalecía a Al Ándalus y en cualquier caso él estaría dispuesto a acudir en su socorro como su padre le había encomendado.

Las fronteras entre Castilla y los almohades habían permanecido, fruto de las treguas, inalterables desde hacía trece años. La cadena de fortificaciones castellanas iba desde Plasencia, su posición más avanzada en el occidente, en el Tajo, hasta Alarcón, su punto más fuerte y avanzado hacia Levante, sobre el Júcar, e Iniesta, la última conquista ya cerca del Cabriel. La línea recorría desde aquella ciudad, al norte del río, la más occidental de reino por Monfragüe y Albalate, cruzándolo hacia el sur para proseguir más adelante

por la gran plaza fuerte de Talavera y la gran ciudad de Toledo, flanqueada por Santa Olalla, Maqueda y Montalbán. En la orilla sur del Tajo, la Orden de San Juan había logrado mantener la posición avanzada de Consuegra, seriamente amenazada por las últimas conquistas musulmanas, tras Alarcos, de Malagón y Guadalerza, que tenía a su retaguardia los castillos de Mora y Peñas Negras, en manos de los santiaguistas.

Prosiguiendo hacia el oeste y siempre con la protección del propio Tajo, el castillo de Oreja a poco más de una legua del mismo Aranjuez. En la retaguardia de ambos, la Orden de Santiago controlaba los castillos de Ocaña, Dos Barrios y Monreal a partir de Oreja, y aunque con su retaguardia bien encastillada junto al río por Alarilla y Estremera, que eran de Santiago, y por Almoguera y Zorita, de Calatrava, el territorio castellano se adentraba hacia el sur por Uclés, Huete, Cuenca y Cañete, y llegaba en su punto más extremo, pasado ya Alarcón, hasta Iniesta ya asomándose al río Cabriel. Esos eran los límites del territorio castellano en contacto con el Imperio almohade.^[85]

Dos posiciones castellanas se adelantaban, aisladas en medio de territorio musulmán, y habían permanecido en poder cristiano durante todos aquellos años, los castillos de Dueñas, al lado de Almuradiel, y el de Salvatierra, que tras haberse perdido tras Alarcos los caballeros calatravos tomaron en un golpe de mano, en un asalto nocturno, y donde se encastillaron convirtiéndose en un verdadero espolón en medio de aquel extenso valle y paso obligado hacia el sur por el Jándula y Andújar. La Orden de Calatrava, privada de su sede originaria, había cambiado su nombre por el de Salvatierra.^[86]

El espejo musulmán ante la línea de fortalezas castellanas venía dado por el oeste por las últimas conquistas del califa Al Mansur, Montánchez y Trujillo, Alarcos, Piedrabuena, Calatrava la Vieja, Guadalerza, Malagón, Caracuel y Dar al Gar, las fortalezas más próximas a Toledo, a solo una jornada de marcha.

Durante todos aquellos años, aquellas habían sido las posiciones fijas y nadie había intentado alterarlas. Pero ya en 1209 el rey de Aragón, Pedro II, deseaba terminar con las treguas y reiniciar los combates. Fue él y no Alfonso quien se dirigió al papa Inocencio III para que alentara al castellano a iniciar las hostilidades. Lo hizo el Papa y alentó a los caballeros cristianos a

recomenzar la cruzada contra los musulmanes. Pero el rey castellano quería tenerlo todo atado en esta ocasión y reforzó sus alianzas con su primo el rey leonés, estableciendo entre ellos una tregua irrevocable de cincuenta años. En 1210 Alfonso VIII hizo un primer movimiento, en el sector de Alarcón-Iniesta, y aunque no atacó villa alguna, comenzó a repoblar Mora. Los almohades consideraban que estaba en tierra de nadie y lo tomaron como agravio y ruptura de lo pactado. En realidad era una excusa, pues tanto los almohades y su califa como los reyes castellano y aragonés tenían ya decidido el inicio de las hostilidades. La hora de prepararse para la gran batalla, para la que definitivamente quebrara al enemigo, había sonado.

El primero en iniciar las hostilidades fue el califa Al Nasir, quien envió contra el aragonés sus dos flotas, la andaluza y la africana, ahora que además dominaba las Baleares, y cayó sobre toda la costa catalana, devastándola. La respuesta no se hizo esperar y fue por tierra. El ejército de don Pedro penetró por la región de Valencia, saqueándola y tomando varios castillos. Los moros valencianos acudieron al califa en petición de ayuda. Este recordó las palabras de su padre en su lecho de muerte y se dispuso a ponerse en camino y cruzar el Estrecho para socorrer a la «huérfana y los huérfanos».

Camino a Las Navas

Las treguas habían expirado y ni el rey Alfonso ni el califa Al Nasir hicieron nada por renovarlas. Bien al contrario, ambos entendían como inevitable la confrontación y la buscaban. Unos con más ardor que otros, y entre los más allegados al rey Alfonso su propio hijo, el infante don Fernando, ardoroso y deseoso de combatir a los musulmanes a sus veintiún años de edad. Se había ejercitado desde niño y sobresalía en destreza con el caballo, la lanza y la espada, era un apasionado de la caza y dejaba maltrechos en sus entrenamientos a muchos caballeros, pero nunca había podido enfrentar a los moros, debido a las paces mantenidas desde que él era apenas un niño, como creía que era la obligación de todo buen caballero cristiano.

Cuando Alarcos, él apenas si contaba con seis años. Estaba tan ansioso por entrar en combate que escribió al Papa declarándole sus deseos, y este le contestó apoyándolo. El arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, y el de Palencia, Tello Téllez, por su lado y de común acuerdo con el rey, exhortaban al Pontífice para que declarara cruzada la inminente lucha que se avecinaba. Y a Inocencio III no había nada que le agradara más que se reiniciara el combate contra los infieles sarracenos, así que designó a los obispos de Toledo por Castilla, Zamora por León, Tarazona por Aragón y Coimbra por Portugal para que predicaran la cruzada para cuantos desearan participar en la lucha y proclamaban los pecados en que incurrirían quienes

hostilizaran al rey castellano cuando este combatía contra los sarracenos.

Al otro lado del Estrecho, los mucenes llamaron, por orden del califa, a la Guerra Santa y de todo el Magreb acudieron, recordando muchos de ellos la gran victoria anterior, a Marrakech jinetes y peones, arqueros y lanceros, de todas las tribus y todas las cabilas, para partir con el califa rumbo a Al Ándalus. En febrero^[87] comenzaron a moverse hacia la costa. El califa, que estaba en Rabat, lo hizo hacia Alcazarquivir el 4 de abril, tras haber dado órdenes a todos sus gobernadores andalusíes de que prepararan tropas, armas, pertrechos y víveres para unirse a él en la llanura sevillana. Centenares y hasta miles de naves de todo tipo y condición se concentraron en Ceuta para ir cruzando a los expedicionarios, y cuando el califa llegó, el 19 de mayo, ya habían atravesado casi todos. El día 1 de junio llegó Al Nasir a la capital almohade de Al Ándalus, donde el más grande ejército conocido hasta entonces le esperaba. Era tal su número y abarcaba tanto espacio que hasta para iniciar el camino hubo de dividirse para poder maniobrar con orden. Se hizo separándolo en cinco cuerpos, el primero formado por los árabes, el segundo por las tribus de los zenetes, masmudas y gomaras, el tercero por los voluntarios a la Yihad, los más numerosos, el cuarto por los andalusíes y el quinto por los almohades. Estando allí acampados les llegó la noticia de que caballeros calatravos, partiendo desde Salvatierra, habían atacado y saqueado las tierras de Baeza y Andújar, y llegaron también nuevas del Levante: Alfonso y su hijo Fernando, acompañados de mesnadas concejiles de Madrid, Guadalajara, Huete, Uclés, Cuenca y nosotros, los de Atienza, estaban corriendo la tierra murciana que había sido del Rey Lobo.

El rey nos había convocado a todos, pero aquellos ataques no eran ni muy profundos ni contaban con demasiadas tropas. Eran rápidas incursiones para distraer a las tropas fronterizas de los almohades, pues mientras nosotros hacíamos aquella incursión el hermano del obispo de Palencia, don Alfonso Téllez, marchó con las milicias de Toledo contra la fortaleza de Gaudalerza y, con mucho ímpetu y máquinas de asalto, la tomaron al asalto. Alfonso quería ocuparla pues entendía que era una amenaza demasiado cercana sobre la capital toledana.

Con mucho orden y sin prisas, el ejército almohade salió de Sevilla el 15 de junio y se dirigió directamente contra Salvatierra, la base calatrava que

había sido durante todos aquellos años una espina en el vientre de las fortalezas almohades. La fortaleza estaba muy bien guarnecida y defendida por cientos de caballeros calatravos que recibieron a las vanguardias almohades desplegadas para talarles los campos de alrededor con una salida furiosa que los puso en retirada. Pero al ver lo que detrás de aquella vanguardia llegaba se acogieron apresuradamente al castillo, sabedores del terrible cerco que les aguardaba.

De ello tuvo noticias el rey Alfonso y las tuvimos todos. Ordenó entonces a don Diego López de Haro que, con sus tropas y las de otros magnates, permaneciera junto a Toledo mientras él visitaba villas y ciudades de la Transierra confortándolas. Con las mesnadas concejiles que le acompañábamos y habíamos tornado de Murcia, fuimos a posar a la sierra de San Vicente, por delante de Talavera. No tenía el ejército castellano número suficientes de caballeros ni de infantes para intentar siquiera oponerse frontalmente al inmenso ejército del califa, y don Alfonso, recordando Alarcos, fue esta vez en extremo prudente.

Las tropas de Al Nasir habían expugnado ya en su avance hacia Salvatierra una pequeña fortificación, no mucho más que una torre, que los toledanos llamaban de Dios por haberla levantado los calatravos y los musulmanes de las Nieves,^[88] pues solía tenerlas duraderas en su cima durante el invierno.

Pero Salvatierra, cuyo nombre habían adoptado para su orden tras serles arrebatada Calatrava, por los caballeros de la Cruz, resistió durante dos meses el asalto continuo de tan tremendo ejército, que además contó con numerosas y cada vez más efectivas máquinas de guerra y cuyos almajeneques no dejaron de arrojar contra sus muros piedras día y noche, hasta que sus murallas y torres quedaron desportilladas y a punto de ser por entero derruidas. Muchos caballeros habían muerto y otros muchos estaban heridos e imposibilitados de seguir combatiendo. El califa entonces les ofreció aman. Ellos respondieron que lo aceptarían siempre que tuvieran la certeza de que el rey Alfonso, al que sabían cerca, no acudiría con su ejército en su socorro.

Los emisarios llegaron a la sierra de San Vicente y el rey, a pesar de su corazón impulsivo y sus deseos de acudir a socorrerlos, atendió a las voces prudentes, entre ellas la de su propio hijo el infante Fernando, que a pesar de

su belicosa juventud no se dejó nublar la inteligencia. Le hicieron comprender que no podía oponer sus escasas tropas a aquel enorme ejército. Así pues, decidió autorizar la rendición, habida cuenta además de que la resistencia de los calatravos había sido ya en extremo útil. Al detener al ejército almohade ante sus muros durante sesenta días, al califa ya no le quedaba apenas tiempo, antes de la llegada de las lluvias, de proseguir la campaña ni de llegar a las riberas del Tajo y saquear sus alfoces. No les quedaba otro remedio que emprender el camino de regreso a Sevilla. Toda la campaña y el tremendo despliegue de potencia militar de Al Nasir se solventaba pues tan solo con esa pérdida para los cristianos. La suerte quedaba para ser echada al año siguiente, y para entonces Alfonso ya contaba con tener a su lado un ejército lo suficientemente numeroso para poder dar la batalla campal y en esta ocasión vencerla. Los calatravos entregaron Salvatierra, que fue de nuevo guarnecida por un ingente número de caballeros y peones musulmanes que se apresuraron a restaurar los daños que ellos mismos habían causado, mientras que los cristianos, en virtud del acuerdo, pudieron salir con sus armas y cuanto pudieron llevar consigo y alcanzar la línea de frontera castellana.

Conocedor el rey Alfonso de que el califa retornaba a Sevilla, él dejó también la sierra de San Vicente y nos acercamos a Madrid, desde donde las mesnadas concejiles comenzamos a retornar a nuestras villas. Cuando íbamos a partir los de Atienza, el día 14 de octubre, sobrevino la desgracia. La noche anterior el infante fue presa de una fiebre tan abrasadora que no hubo médico ni remedio que se la bajara, y entregó su alma antes de que amaneciera el siguiente día. La desolación de su padre al perder a su heredero, ya hecho un hombre, la de la reina doña Leonor por perder a su hijo, y la de toda Castilla por perder aquel en quien se pensaba depositar en firme mano el trono, fue inmensa, y aún más por lo inesperado del luctuoso suceso. El siguiente varón de todos los hijos que la reina inglesa había dado al rey castellano, y que fue declarado heredero, era Enrique, que tenía entonces siete años.

El infante don Fernando fue llevado a Burgos para ser enterrado en el monasterio cisterciense de Las Huelgas, fundado por los reyes y en el que profesaban las jóvenes doncellas de lo más granado de la nobleza castellana. Recientemente habían añadido a su magnífica fábrica un hospital para que los

peregrinos tuvieran allí un lugar seguro de reposo y acogimiento. Presidió las exequias doña Berenguela, reina de León, hermana mayor del joven finado, y el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada. Los reyes, desolados, permanecieron en la Transierra, en el alcázar de Guadalajara, sobre el Henares, adonde fueron tras el sepelio a darles consuelo doña Berenguela y el arzobispo don Rodrigo. El rey Alfonso apretó su corazón y se propuso aun con más empeño culminar lo que quince días antes de la muerte de su hijo, al regreso de este de una expedición por tierras de Montánchez y de Trujillo por ver de aliviar el cerco a Salvatierra que no surtió efecto, había convenido con su padre, con don Diego López de Haro, el señor de Vizcaya y en quien el rey más confiaba, con don Álvaro Núñez de Lara, su alférez real, y el resto de consejeros y notables castellanos: la batalla campal se daría al año siguiente y sería Castilla quien iría a buscar a los sarracenos cuando estos se pusieran en campaña.

Para tenerlo todo dispuesto con posibilidades de victoria había que concitar a cuantas tropas y cuantos reyes y señores quisieran sumarse al empeño, y que el papa Inocencio predicara y llamara e hiciera llamar por todo el orbe de la Cristiandad europea a la cruzada en España.

A todos los castellanos, a nobles, caballeros de las mesnadas nobiliarias, villanos, de los concejos y las ciudades, a los de las órdenes militares, a ballesteros y peones, a todos los hombres de armas se nos convocó el domingo de Pentecostés del siguiente año, el día de nuestra Caballada, que caía en 20 de mayo, para que acudiéramos a Toledo. Y como leales súbditos se lo juramos. Aquel año no se levantaron muros, ni se reforzaron almenas ni se fortificaron barbacanas. Lo que hicimos fue preparar las armas, tenerlas a punto, listos y cuidados los caballos, tensadas las ballestas, los pertrechos dispuestos. El momento de esperar tras los muros estaba pasado. Saldríamos a campo abierto a vengar Alarcos y a derrotar de una vez por todas a la peste almohade, a alejarla ya para siempre de nuestras fronteras y que no volviera a poner el pie en nuestras tierras.

Desde Guadalajara, el arzobispo de Toledo fue enviado con cartas al rey de Francia, Felipe Augusto II, sus príncipes y caballeros, ya que era consuegro de los reyes castellanos, dado que una de sus hijas estaba casada con el delfín Carlos. En París no hubo calor alguno para la cruzada, pero sí lo

hubo en la Provenza, donde trovadores y juglares habían encendido los ánimos. También tuvo éxito y eco en su convocatoria el médico inglés del rey, el maestro Arnaldo, que había sido enviado a Gasuña y Poitou.

Con el rey, tras la muerte de su hijo, habíamos quedado algunas milicias de las villas. En ese momento me señaló que deseaba que permaneciera a su lado y marchó de Guadalajara a Cuenca. Siguieron con nosotros doña Leonor y doña Berenguela. En Cuenca se encontró don Alfonso con su amigo el joven rey Pedro de Aragón, quien le dio un abrazo de amigo al padre dolorido y le juró por su honor que el 20 de mayo estaría con su ejército en Toledo, ese domingo de Pentecostés del año venidero.

Siguieron doña Berenguela y dona Leonor con nosotros hasta Alarcón, pero allí hubieron de quedarse pues nosotros, unidos a los de Guadalajara, nos juntamos con los de Huete, Uclés y Cuenca y le dimos tan furioso asalto a los castillos de la Jorquera y de Alcalá del Júcar que antes de quince días estaban tomados. Entonces volvimos a casa para preparar todo para la guerra y en febrero estábamos ya febriles, ultimando todos los preparativos. Juan recorrió todas las aldeas de nuestro Común y en la plaza del Trigo de Atienza se celebró el alarde y pasé revista como juez y alcaide de la mesnada concejil. Fueron trescientas lanzas y seiscientos peones los que emprendieron el camino a Toledo, hacia donde confluían las tropas de todos los lugares de Castilla, y esperábamos que de todos los lados del mundo, para ayudarnos a aplastar a los terribles almohades. Porque sabíamos, y lo sabíamos aún mejor los que habíamos sufrido su poder y su furia en Alarcos, que la batalla habría de ser terrible y su resultado solo podía ser la victoria o la muerte.

Yo tenía para mí que aquella iba a ser mi última campaña, y cuando abracé a mi mujer al salir sentí un escalofrío como jamás lo había sentido en todas mis anteriores partidas. Algo que nos superaba a todos, a villanos, nobles y reyes, iba a suceder y nosotros íbamos a ser pajas en la parva de la era que iba a triturar la guerra.

Pero no dije nada de ello a mis gentes, aunque creo que Juan me presentía extraño, y más aún cuando sobre mi ropa me coloqué la vieja capa parda de mi abuelo. La había guardado siempre mi abuela Yosune y yo la había heredado. Era el día de ponérmela y mis gentes, la milicia de Atienza, comprendieron muy bien su significado. El Pardo de Atienza me habían

llamado en Alarcos, y el Pardo de Atienza era quien volvía a la batalla. Me la puse en el primer día de marcha y luego la guardé hasta que llegara el día señalado.

Toledo, cuando llegamos, era un puchero hirviendo de gentes, como garbanzos agitándose. Hablaban en muchas lenguas y llevaban los más diversos briales y armaduras. Muchos venían de los territorios ingleses de Gascuña y Poitou, con el arzobispo de Burdeos y el obispo de Nantes. Venían también de la Provenza y del Ródano, y hasta algunos italianos. Entre los provenzales destacaba el obispo de Narbona, don Arnaldo, pero a este le entendíamos todos pues era catalán, que antes había sido abad de Poblet y tenía justa fama de esforzado y valiente. Con los de Poitou venía Teobaldo de Blazón, que era de pura cepa castellana, nada menos que un hijo de don Pedro Rodríguez de Guzmán, quien había sido mayordomo del rey Alfonso y uno de los primeros en caer en Alarcos. Un hijo de aquellos que venía a vengar a los muertos.

El obispo de Narbona había intentado convencer al rey de Navarra, Sancho el Fuerte, de que se uniera a la batalla, pero este lo había rechazado. Sancho seguía estando en buenas relaciones con el califa almohade, que tanto le había agasajado y revuelto contra su primo el castellano que le había arrebatado buena parte de lo que consideraba sus territorios. Confiaba en sacar provecho y, si las cosas se le torcían al castellano, recuperarlos.

Vinieron también muchos caballeros leoneses, aunque su rey, tras mucho debatirlo, rehusó el hacerlo. Al principio parecía proclive y muchos de sus caballeros así se lo aconsejaron. Pero una vez más estaba en su privanza, tras haber regresado de Al Ándalus, don Pedro Fernández de Castro, el gran aliado de los moros, y este torció su voluntad y le impulsó a no hacerlo. Respondió a la petición de su primo castellano que estaba dispuesto a acudir si a cambio él le devolvía aquellos castillos que le había tomado, y al no recibir respuesta —no hubo ni siquiera tiempo pues cuando envió la propuesta, íbamos ya hacia la batalla—, rehusó definitivamente. Con todo, el rey leonés permitió a todos quienes lo desearan unirse a la hueste de su primo castellano, y fueron bastantes, tanto gallegos como leoneses, los que así lo hicieron, estando entre ellos su propio hermano, el infante Sancho Fernández, que representó con coraje el orgullo leonés en aquella jornada.

Las relaciones no eran ahora tan malas entre los dos primos como habían sido antes, pues aunque el papado le había obligado a deshacer al leonés su matrimonio con doña Berenguela, fruto de esta había nacido un hijo que era su primogénito, de nombre también Fernando como su padre, que se educaba con su madre y la reina Leonor en Castilla. El rey leonés tenía la espina clavada de los castillos tomados en su reino por los castellanos, y el malévolo consejo del Castro lo incitó a aquella acción que tanto le sería después reprobada, aunque no hubiera de pagar por ella y consiguiera beneficios. Pues aprovechando la concentración de tropas castellanas y al no recibir respuesta a su propuesta, se lanzó con sus tropas a tomar las fortalezas, obligando a los tenentes, sin guarnición apenas, a entregárselas. Así hizo con Alba de Liste, Villagonzalo, Luna y algunas otras, y no se conformó con ello sino que además incursionó el reino del portugués Alfonso III, recientemente coronado rey de Portugal, pues el Papa y los obispos portugueses habían despojado de la corona al rey Sancho y este se había retirado a un monasterio. El portugués, primo también, aunque más lejano, y además yerno, pues estaba casado con la hija de nuestro rey, Urraca, y tercer Alfonso de los reyes hispanos, deseaba participar en la cruzada pero no pudo hacerlo por tener que defender sus tierras ante esas tropas leonesas que acudían a atacarle aduciendo que defendían los derechos de las infantas Teresa y doña Sancha en disputa con el monarca recién coronado, y acabaron por tomarle la ciudad de Coimbra. No pudo pues ir en persona el soberano portugués, pero sí envió a cuantos pudo y en Toledo se presentaron muchos caballeros portugueses y multitud de peones que gustaban mucho al arzobispo don Rodrigo por su diligencia en la marcha y su ánimo al portear su impedimenta.

Todos ellos fueron bien recibidos en Toledo y tuvieron un buen comportamiento. Pero no fue así en el caso de los cruzados ultramontanos, los francos. Al llegar nosotros a Toledo ya supimos de algunos de sus desmanes. Al principio se les dejó entrar a la ciudad y ellos, asombrados de que en Toledo vivieran y tuvieran libertad y amparo para su culto y religión los judíos, quisieron hacerles mal y se lo hicieron. Les asaltaron y mataron a algunos, pretendiendo incluso entrar a la aljama y hacer una masacre. Fue entonces cuando los caballeros toledanos salieron en defensa de sus vecinos y, ayudados por algunas milicias, la toledana por supuesto pero también de

otros lugares donde ya habíamos llegado, nos enfrentamos a ellos. Tomamos las armas y cuando aquellos pretendieron entrar en el barrio de los judíos, se encontraron con sus puertas guardadas por caballeros cristianos prestos a impedirlo y a combatir allí con ellos si fuera preciso. Algunos de los que iban a matar hebreos indefensos se encontraron con los filos de las espadas castellanas.

El arzobispo don Rodrigo, a quien el rey le había encargado la distribución y acomodo de los que llegaban, les señaló a los francos, para mantenerlos al menos extramuros, la Huerta del Rey, la famosa almunia de Alfonso VI, para que allí se aposentaran. Su comportamiento siguió siendo perverso, talando todo como si fueran sarracenos y haciendo mucho mal y provocando ofensas por donde pasaban. Cuando al final se pusieron en marcha, los toledanos se sintieron liberados y no echaron de menos su presencia.

Al rey navarro no se le esperaba, pero sí al aragonés Pedro II, que, fiel a su palabra, el mismo 20 de mayo, la fecha señalada, acompañado de un solo caballero llegaba a Toledo, siendo recibido a pesar de lo exiguo de su compañía por el arzobispo y todo el clero.

Acampó, él también en la Huerta del Rey, y allí al cabo de pocos días llegó el pequeño ejército que traía detrás y al que se había adelantado para cumplir su juramento. No eran muchos los aragoneses: algunos de sus magnates, bastantes de sus caballeros así como ballesteros y peones. Les acompañaban algunos caballeros castellanos desnaturados que querían el perdón del rey Alfonso. Este se lo concedió para cuando la batalla hubiera concluido. Y ellos cumplieron lo pactado. No eran muchos los aragoneses, pero eran gente muy curtida en la guerra, firmes y experimentados.

El rey Alfonso fue casi de los últimos en hacer su entrada en Toledo con su alférez real, don Álvaro Núñez de Lara, y su muy estimado Diego López de Haro, con las mesnadas de la nobleza más antiguas, en las que formaban muchos de los vástagos que tenían deuda de honor con sus padres caídos en Alarcos. Había ya entrado junio cuando todos estuvimos concentrados, pero no fue hasta el día 20 cuando el ejército se puso en marcha.

Salieron por delante los cruzados francos, al mando de don Diego López de Haro, luego iba el rey de Aragón con los suyos y cerrando los castellanos,

y entre ellos las milicias concejiles como la nuestra. El plan previsto era alcanzar cada día la orilla de un río para disponer de agua abundante para los hombres y, sobre todo, para los caballos. El mismo día 20 se acampó junto al Guajaraz, un afluente del Tajo, el día 21 en el arroyo de Valdecabras,^[89] y el 22, los ultramontanos junto a las torres de Guadalerza y los demás al lado del Algodor. El día 23 avanzamos siguiendo el curso de ese río y el 24 estábamos ya frente a Malagón, uno de los castillos que Al Mansur nos había tomado tras Alarcos.

Nada más llegar, los ultramontanos comenzaron a atacar y en una hora lo tenían tomado, excepto la alcazaba. Siguieron minando y atacando la noche entera y expugnaron las cuatro torres laterales, resistiendo aún la central, que capituló antes del alba bajo la condición de respetar la vida del alcaide y sus dos hijos. Quedó el resto a merced de los cruzados, que los degollaron a todos.

El día 25 llegó el resto de las tropas a Malagón y allí acampamos y descansamos esa jornada y la siguiente, esperando la llegada de los convoyes con la impedimenta y los aprovisionamientos para no dejarlos muy atrás.

Fue ya entonces cuando los ultramontanos comenzaron con sus quejas. Penaban de calor, se dolían de aquella marcha tan dura y por tierra tan reseca y querían retirarse. Además, las vituallas llegaban tardía y escasamente. Los ruegos de los reyes de Castilla y Aragón, que les señalaron que Calatrava, la próxima plaza a conquistar sobre un gran río, el Guadiana, distaba menos de dos leguas, y la llegada de bastimentos de comida y bebida consiguieron que continuaran.

Al día siguiente, al atravesar los vados del Guadiana, hubimos de zafarnos de la primera trampa de los musulmanes. Habían sembrado el lecho del río con unos cardos de hierro de cuatro puntas, una de las cuales siempre quedaba hacia arriba para que se clavase en los cascos de los caballos, imposibilitándolos para la marcha y también para herir a los hombres. Por fortuna, los exploradores, avezados en esas y otras añagazas moras, se dieron cuenta a tiempo y avisaron, procediéndose a limpiar primero los vados, y así no se causaron apenas heridas.

Llegado a Calatrava, el ejército encontró una fortaleza muy bien defendida con foso, muros y torres, aunque solo había en su interior setenta

caballeros musulmanes. El 27 comenzó el asedio y los ataques por todos lados, y ya el 30 habían logrado ocupar las dos torres que defendían el escarpe del Guadiana. Los defensores, muy quebrantados, pidieron capitular y poder salir los supervivientes únicamente con sus vestidos y treinta y cinco caballos que tenían. El rey Alfonso entendió que era mejor dejarlos marchar que perder un tiempo precioso en asaltar todas las torres y les permitió hacerlo. Luego se supo que, llegados ante el califa, este mandó ponerles hierros y degollarlos por haberse rendido.

El dejar marchar a los musulmanes enfureció a los cruzados francos, que ya venían tan quejosos. Clamaron que habían venido a luchar contra los enemigos de la Cruz, y que tras doce días de marcha por aquel seco desierto manchego no habían topado con ejército enemigo alguno y a los pocos musulmanes hallados los reyes los dejaban escapar tranquilamente. Les faltaban provisiones y pasaban hambre. Querían marcharse. Intentaron de nuevo don Alfonso y don Pedro que entraran en razón, pero esta vez fue inútil. Al día siguiente habían desertado casi todos. Miles y miles de caballeros nos abandonaron y un número ingente y muy superior de peones. Decían unos que en total cuarenta mil, y que hasta sesenta mil los otros. Lo cierto es que nuestro ejército quedaba reducido quizás a la mitad, sino menos. Y ello habría de saberlo muy pronto el califa. La angustia se apoderó de algunos entre nosotros, pero la mayoría se rebeló contra aquellos que tan pronto y sin sufrir siquiera adversidad alguna nos abandonaban y nos dejaban solos ante un poderosísimo ejército enemigo.

Pero hubo otras preocupaciones en la tienda del rey. Aquel ejército ultramontano volvía hacia Toledo y Alfonso no se fiaba de sus intenciones. Se llamó entonces a algunos de los mejores jinetes, los más avezados en trochas, pasos y atajos, de la milicia toledana y se les encomendó la misión de llegarse a uña de caballo hasta la ciudad y avisarles. Fue eficaz, pero tampoco estaban desprevenidos los toledanos, que habían conocido el comportamiento y las artes de aquellos cruzados en los meses anteriores, cuando tanto disgusto y males les dieron. Así que cuando los vieron asomar les cerraron las puertas, aun cuando ellos con buenas palabras pretendieron traspasarla teniendo el plan de una vez dentro apoderarse a traición de la ciudad indefensa. Ante las fuertes murallas de Toledo y los desfiladeros del

Tajo, sabiéndose descubiertos en sus intenciones, los ultramontanos se retiraron mientras desde las murallas los hombres de Toledo les llenaban de insultos tachándoles de cobardes, desleales y traidores.

No todos los ultramontanos se marcharon. Quedaron quizás unos doscientos caballeros congregados junto al arzobispo de Narbona y a don Teobaldo de Blazón. El resto de los miles que habían llegado subió Península arriba, en su viaje de regreso a casa, no haciendo ningún bien a su paso. La cruzada se quedaba únicamente con combatientes de los reinos de España y Portugal, con solo dos de sus cinco reyes presentes. Pero el día 4, cuando el rey Alfonso estaba presto a salir hacia Alarcos, próximo objetivo y donde el recuerdo de la infausta jornada nos apesadumbraba, nos alcanzó una buena nueva. Sancho VII el Fuerte, el gigante navarro, pues tal fama tenía y no era errada, venía al fin al combate. Alfonso le había seguido mandando embajadores, pero también parece que lo había hecho el propio Papa, que llegó a amenazarle con la excomunión si en esta ocasión no ponía su espada al servicio de la Cruz. Sea como fuere, que estuviera en las filas junto a nosotros fue, para todos, motivo de gran gozo después de la deserción de los francos.

Decidió el rey Alfonso seguir con parte de la tropa hasta Alarcos, mientras Pedro esperaba tanto a algunos caballeros suyos rezagados y al rey navarro. Nosotros llegamos a Alarcos y los días 5 y 6 fueron fructíferos, pues se logró expugnar Alarcos, algo que hicimos con especial coraje y diría que hasta saña, y también tomar, en ataques fulminantes o rendiciones, Caracuel, Benavente y Piedrabuena, que en aquellas jornadas aciagas habíamos perdido. En el momento de, ya rendidos sus defensores, entrar en el castillo donde habíamos estado asediados, no pude menos que llegarme a don Diego López de Haro, que andaba cerca y debía de estar sintiendo parecidas emociones a las mías, y decirle:

—Hemos vuelto, don Diego, de donde pensamos salir o muertos o cautivos.

—Y no es mal presagio, don Pedro, haberlo rendido. Esta vez retornaremos vencedores.

Pero yo seguí sintiendo aquel escalofrío que me sacudía desde que saliera de Atienza.

El día 6 ya nos alcanzaron el rey de Aragón y Sancho el Fuerte de Navarra, que llegaba con sus doscientos mejores caballeros y que fue recibido con vítores, lo que le complació sobremanera. Al día siguiente, todo el ejército acampó en la explanada del castillo de Salvatierra, el que se había perdido el año anterior, pero a pesar de que los calatravos pidieron al rey que lo asediara, este no intentó ni asalto ni formalizar cerco alguno. Los exploradores le habían informado que el califa ya se iba aproximando y se encontraba muy cerca del desfiladero de Muradal, hacia donde de inmediato nos pusimos nosotros también en marcha, acampando el día 10 en la Fresneda y en la orilla de ese mismo río al día siguiente. El día 12 llegamos y armamos nuestras tiendas en el río Guadalujar, al pie del monte de Muradal. El califa se nos había adelantado y taponaba los pasos del puerto.

Al Nasir había convocado este año un ejército aun superior en número, armas y monturas que el del año anterior. Era el mayor que se había conocido jamás en Al Ándalus, y el número de sus jinetes y sus peones era tan inmenso que todo número parecía exagerado, aunque contándolos cabila por cabila y línea por línea las cuentas acabarían por dar aquella ingente cantidad de combatientes que podían alcanzar las dos veces los cien mil.

Bien ordenado, como el año anterior, había salido el 22 de junio de Sevilla y en esta ocasión se había dirigido hacia Jaén, donde en los montes cercanos el califa reagrupó su ejército y esperó noticias. Las que tenía previamente, la presencia de un contingente muy numeroso de cruzados ultramontanos, le tenía en extremo preocupado pues su superioridad numérica, con ellos a nuestro lado, ya no era tan favorable a sus tropas, y sabía que para conseguir frenar las embestidas de la caballería castellana necesitaba contar con esa supremacía en una proporción muy elevada. A Al Nasir le sucedía lo que el año anterior detuvo a Alfonso y le hizo rehuir el choque, y desde los montes jienenses podía, en caso necesario, retirarse si no veía la situación favorable. Pero entonces le llegaron las nuevas de la deserción de los francos y el califa sintió que su corazón se inflamaba y que conseguiría una victoria aún más grande y más demoledora que la que había conseguido su padre en Alarcos. Y él no se retiraría, sino que tras ella avanzaría hasta Toledo persiguiendo a los cristianos y recuperaría al fin aquella ciudad que nunca debió perder Al Ándalus, y los echaría de nuevo a

todos ellos al otro lado de las sierras, lejos de la tierra fértil y los ríos abundosos.

Envió por ello presto su ejército hacia Baeza, y desde allí ordenó a sus vanguardias que con rapidez llegaran a Las Navas para cerrar el paso de las fuerzas cristianas por el puerto y que ocuparan y bloquearan los pasos por los estrechos desfiladeros.

El día 12, los dos ejércitos estaban muy cerca, a tres leguas el uno del otro, aunque no se vieran. Tan solo les separaba aquella montaña. Pero los almohades habían llegado antes al paso de la Losa y lo habían bloqueado. Mil hombres podían impedir el paso por allí de cien mil.

La victoria

Al califa Al Nasir su padre Abu Yusuf Yaqub al Mansur, el vencedor de Alarcos, le había hablado mucho del rey Alfonso, de su coraje pero también de su impulsividad que le llevaba a la imprudencia, le había advertido una y mil veces sobre el torbellino aterrador de la caballería de los infieles lanzada a la carga, le había aconsejado la paciencia y la astucia para frenarlos, la agilidad de los jinetes y los caballos del desierto para rodearlos, y sobre todo el utilizar el engaño y la trampa para lograr perderlos y enfrentarlos donde mejor convenía a los soldados de Alá. De todo ello le había hablado, y él guardaba de ello memoria y ahora la ponía en práctica.

También tenía presente que no todo marchaba como debiera entre los suyos. Que ya al venir el año anterior él también había tenido que enfrentar problemas, y que a sus soldados les faltaron vituallas y tanta fue la corrupción entre quienes debían proveer que hubo de encarcelar al gobernador de Fez y a los recaudadores de Alcazarquivir y Ceuta, y que aquello hizo crecer la inquietud en los otros jeques almohades, entre quienes tenía familia y amigos. Que la campaña anterior tampoco se había saldado con gran gloria, pues a lo más que llegó fue a tomar la fortaleza de Salvatierra y sin salir del territorio propio ya que era un espolón en él clavado, y que antes de salir para la actual expedición se había corrido la noticia de que los gobernadores de Fez y de Ceuta habían sido decapitados después de la oración del viernes y en presencia del gentío, como «advertencia para los

despreocupados», y que aquello no elevó el ánimo de combate de quienes le eran cercanos, ni tampoco el hecho de que el califa no repartiera donativos, como era costumbre entre los que marchaban. Quizá de todo ello estaba avisado el califa y por eso prefería esperar el ataque en las condiciones más favorables, antes que lanzarse él al combate.

Por eso Abu Alá Muhammad ibn Yusuf, Al Nasir li Din Alá, «el que hace triunfar la fe en Alá», había concentrado sus fuerzas en las montañas de Jaén y allí aguardaba a los cristianos. No había tenido intención de ofrecerles combate en campo abierto, sabedor del refuerzo de la multitud de caballeros extranjeros que traían con ellos, y tenía planeado esperar que se agotaran, que con víveres escasos y fuerzas mermadas dieran la vuelta y comenzaran desalentados el regreso. Entonces sí iría contra ellos y, si estaba escrito, cumpliría los designios del Altísimo y los aplastaría.

Pero entonces, quizá porque así lo quiso también el Altísimo, los ultramontanos, descontentos con la campaña, quejosos de la falta de avituallamiento, que ya les escaseaba, se marcharon, y quizá también entonces, porque ahora el Dios de los cristianos lo quiso, ciertos desertores, mudéjares que iban con el ejército de los infieles, llegaron al campo de Al Nasir y le informaron de todas aquellas cuitas de los politeístas, de la defección de muchos millares de cruzados y de la falta de víveres que podía hacerlos regresar de inmediato. No sabían que, partidos los cruzados, el asunto de la comida había mejorado en gran medida en el campamento de los tres reyes.

Meditó entonces el califa, recuperó su osadía y supuso llegado su momento. Avanzaría sobre ellos, pero seguiría los senderos de la astucia y los atacaría solo cuando volvieran las espaldas. Para ello, llegado a Baeza, envió con rapidez veloces destacamentos para que cortaran el único paso que los cristianos tenían para venir hacia él, el de la Losa, donde hay una roca inaccesible y un torrente de agua bajo ella, que estrechan e imposibilitan atravesarlo en cuanto haya una fuerza aguerrida que se decida a impedirlo. Y por si los cristianos no habían llegado con sus avanzadas a la cima de la montaña, ordenó que varios destacamentos se apostaran en la cornisa para impedirles la subida. Así bloqueado el paso, detenidos ante él y sin posibilidad de avance, los cristianos, cuyos víveres serían cada vez más

escasos, no tendrían más remedio que dar la vuelta e iniciar, confusamente, pues todo el ejército habría de girar, el regreso, fatigados y desorganizados. Entonces el califa atacaría y lo que había preparado hacer en las montañas de Jaén lo llevaría a cabo al otro lado del puerto del Muradal.^[90]

El bloqueo del paso de la Losa resultó como el califa había previsto, pero no así con la cornisa y la cima del monte. También el rey Alfonso estuvo avisado en ello, y aún más don Diego López de Haro, quien llevaba la dirección del ejército, el cual destacó una avanzadilla con su hijo Lope Díaz de Haro y sus sobrinos Sancho Fernández y Martín Muñoz y un grupo de caballeros y peones para que se apoderaran de aquella cornisa del monte. Subieron y toparon con los árabes que iban a hacer lo propio, cuando daban vista a un castillo, el de Ferral, en poder de los agarenos también, y se trabó una dura lucha donde estuvieron a punto de ser vencidos pero al final lograron rechazar a los musulmanes y apoderarse de aquella primera cima, donde enclavaron sus tiendas y mandaron rápido aviso a su padre y tío de lo sucedido.

Alrededor de la hora nona^[91] del jueves 12 de julio llegó el grueso del ejército ante el paso. Subieron muchos al monte, pero la gran mayoría acampó junto a la corriente de agua.^[92] El viernes subieron los tres reyes a una pequeña explanada en la montaña y acamparon allí. Se expugnó el castillo del Ferral, que no opuso demasiada resistencia y a cuyo pie se divisaban los torrentes, rocas cortadas a pico y los barrancos sobre la Losa, cuyo paso por allí es tan estrecho que se hace incluso difícil para quienes van ligeros de equipaje, cuanto más para un ejército. Los destacamentos moros lo vigilaban día y noche y con ello se produjeron algunas escaramuzas. Pero resultaba a todas luces claro que el paso por allí se hacía imposible, o arriesgando el mayor de los quebrantos. La batalla podía perderse antes de haberse comenzado.

Subí yo también con algunos de las mesnadas concejiles a pedir instrucciones a don Diego, y desde donde ellos estaban pudimos ver al inmenso ejército almohade, y ya se divisaba la propia tienda roja del califa plantada en medio de todos ellos. Aunque siempre animoso, don Diego se mostraba en extremo preocupado, y en sus dudas pudimos oír la que embargaba a los reyes y a nuestros adalides. Algunos opinaban que era

preciso retroceder antes de que fuera tarde y dar por acabada la campaña, que bastante ganancia de castillos ya se había logrado, y otros que habría que buscar otro paso por los montes pero marchar de aquel que era inviable. Sin embargo, todos topaban con la férrea voluntad y las razones del rey Alfonso, quien, aun reconociendo la prudencia de sus consejeros, les avisó del riesgo, como si estuviera leyendo los pensamientos de su enemigo Al Nasir.

—Cuando las tropas vean que queremos volver atrás, aunque sea para buscar otro paso, pensarán que no queremos combate sino que damos la espalda, y se producirá una desbandada y confusión en el ejército, que no podrá evitarse. Y yo digo que ya que vemos el enemigo al lado, es obligado que vayamos a por ellos y que sea lo que disponga la voluntad del cielo —decidió el rey castellano.

Dijeron luego que la voluntad del cielo fue un pastor. Angelical o no, aquel hombre era un alma simple de las que tantas encuentra uno en las parameras de Atienza o en las trochas de la sierra, y que conocen como nadie los pasos, las quebradas, los resguardos y los atajos. Nadie como ellos, en su feliz o infeliz —pero muy sencilla y dura— existencia entre sus ganados y las bestias salvajes, conocen los montes y sus recovecos. Aquel hombre del Muradal que en tiempos había guardado por allí rebaños y que ahora se había quedado a solas con la montaña, alimentándose de lo que el campo le ofrecía en cada estación, fueran frutos o huevos de aves silvestres, y de la carne de conejos, liebres y perdices que cazaba con sus lazos y trampas, se presentó ante la tienda del rey, que tras el consejo se encontraba tan solo acompañado del noble aragonés García Romero, uno de los hombres de confianza del rey don Pedro. A pesar de su pobrísimo aspecto, de sus ropas burdas y del descuido y suciedad de toda su persona, el rey Alfonso quiso oír lo que quería decirle.

Y el pastor lo que le dijo fue por donde podía atravesarse la montaña hasta donde se encontraban los moros sin que estos se percataran, un paso muy cercano y fácil, por una ladera accesible y de sendero muy tendido y nada escarpado, a cubierto y sin peligro, por donde podría cruzar el ejército entero y todos sus enseres y vituallas.

El rey, incrédulo pero esperanzado, vio respuesta a sus plegarias y en aquel pastor el cielo abierto, pero no quiso alborozarse antes de tiempo.

Decidió comprobar lo que le ofrecían y envió de inmediato al noble aragonés con el pastor para que comprobara la exactitud de sus palabras, y en verdad era factible hacer por allí el tránsito del ejército. Era ya la atardecida cuando se pusieron en marcha, y ya se estaba casi poniendo por completo el sol cuando llegaron al punto indicado. El guía entonces, señalándole con el brazo extendido, le mostró lo que le había relatado y al rey prometido. El fácil camino hacia el llano y a los musulmanes acampados. Tras hacerlo, el guía se marchó, se perdió en la oscuridad por sus trochas, tal vez para repasar sus trampas y sus lazos, sin pedir recompensa alguna, que a buen seguro le hubieran dado, y el noble aragonés volvió jubiloso alegre y palmoteando, a toda prisa, a contarle a Alfonso que en efecto lo que el pastor contaba era muy cierto y que por allí pasarían con bien y sin cuidado.

Aquella noche se guardó el secreto, pero a la mañana siguiente la noticia, por mucho que se pretendiera mantener en la discreción de unos pocos, resultó el alborozo de todos. Ese mismo sábado 14, muy de mañana, antes casi de clarear el alba, el ejército levantó las tiendas y emprendió el camino señalado, con don García Romero dirigiendo la vanguardia al lado de don Diego López de Haro, y llegaron al monte citado desde donde el pastor había indicado la senda. Se abandonó el castillo del Ferral, que ya de nada nos servía, y al verlo los moros y observar que nos alejábamos lo retomaron con gran contento y creyeron que rehuíamos ya del combate. Su estupor fue total cuando al cabo y desde el campamento vieron que nuestras vanguardias comenzaban a plantar sus tiendas en un altozano ya atravesada la montaña, a la vista de su propio campamento. El califa, que tan solo horas antes había recibido la noticia de nuestra aparente retirada, ahora no daba crédito a lo que sucedía, pero reaccionó con rapidez intentando obstaculizar nuestra acampada. Enviaron de inmediato destacamentos de caballería ligera que llegaron a hostigar nuestras avanzadas e intentaron desalojarlas, aprovechando que el ejército venía todavía en larga hilera por el estrecho camino. Pero aguantaron la primera embestida y ya íbamos llegando todos y desplegándonos, por lo que tuvieron que salir ellos en desbandada. Los perseguimos un trecho a grandes gritos y entre los que más gritaban, a mi lado, estaba Juan, quien no dejaba luego de decirme:

—¿Ves, Pedro? Un pastor, ¿quién si no va a saberse las trochas de los

montes? Un pastor tenía que ser. No había otra.

—Pues dicen que ha desaparecido, que es un milagro y que sería un ángel disfrazado.

—Y una leche. El hombre se habrá ido a ver sus lazos, que es de lo que se sustenta, y ver qué es lo que ha caído en ellos antes de que se pudra o se lo quiten las alimañas.

El califa Al Nasir comprendió entonces que de nada servían ya sus acechanzas y que toda su trampa había quedado desmontada. De nada le valía bloquear ya el paso de la Losa, pues ya habíamos cruzado. Así que retiró de allí sus destacamentos y buscó el mejor enclave para sus tropas desde donde plantear y dar la batalla, plantando él su tienda en una altura de empinada y de difícil subida y haciéndose flanquear por la inmensidad de sus tropas a derecha e izquierda. Creyó que los cristianos le presentarían batalla aquel mismo día y desplegó su ejército desde el mediodía hasta el atardecer.

Pero Alfonso había aprendido de Alarcos. Los caballos estaban extenuados por la marcha y la penosa subida, y el ejército cansado por lo mismo. Acababan de llegar al lugar y necesitaban observar y estudiar a las tropas enemigas y su disposición. Se celebró el consejo de los tres reyes y decidieron esperar al siguiente día.

Al Nasir no interpretó bien las señales. Ignoró las evidencias que le señalaban sus mejores generales. No era como él creía, y escribió a Baeza y a Jaén, que había copado a tres reyes y que a lo sumo le aguantarían tres días. No era que los cristianos temblaran y quisieran rehuir el combate, sino como algunos le dijeron: «Les vemos ordenados con criterio y razón y más parecen disponerse a la lucha que buscar el recurso de la huida.»

El califa al día siguiente no solo olvidó las enseñanzas de su padre, sino que cometió el mismo error que Alfonso cuando se enfrentó a él en Alarcos. De buena mañana hizo salir sus tropas y las formó en orden de batalla, y así las mantuvo en el campo hasta el mediodía, bajo el sol, mientras él permanecía al resguardo de sus rayos sentado con boato a la sombra en su tienda roja, que se hizo montar en situación conveniente para contemplar el combate. Los reyes cristianos y las tropas oyeron misa, pues era domingo, el rey aragonés nombró caballero a su sobrino Nuño Sánchez y los adalides hubimos de contener en ocasiones a los nuestros, pues jinetes agarenos se

acercaban provocando y retándolos a torneos. El campamento cristiano mantuvo la calma y finalmente, entre las horas sexta y nona, el califa ordenó el regreso a su campamento. Descansamos. Alfonso recordaba bien Alarcos.

Pasada la medianoche, ya en el siguiente día, 16 de julio, resonó en el campamento de los tres reyes el toque de llamada. Se concelebró misa solemne, se dio confesión, se recibió el sacramento y nos aprestamos a la campal batalla. Nos desplegamos en orden tal y como se había dispuesto.

El cuerpo central, netamente castellano, mandado por el rey Alfonso. En la vanguardia, al frente don Diego López de Haro. En el núcleo central, comandado por don Gonzalo Núñez de Castro, los freires del Temple, del Hospital de San Juan, de Santiago y de Calatrava. A su lado y flanqueándolos, Rodrigo Díaz de los Cameros y su hermano Álvaro Díaz, Juan González y otros nobles caballeros con sus mesnadas. En la retaguardia quedó el rey, junto al arzobispo de Toledo y los demás obispos presentes. Y las mesnadas nobiliarias de Gonzalo Ruiz y sus hermanos, de Rodrigo Pérez de Villalobos, de Suero Téllez y de Fernando García. Y en cada una de estas columnas, cada cual con la que le había sido adjudicada, nosotros, las mesnadas concejiles.

El rey don Pedro de Aragón mandaba el flanco izquierdo. García Romero, el caballero que vio primero el paso con el pastor guía, mandaba la vanguardia. La segunda línea estaba a cargo de Jimeno Cortés y Aznar Pardo, y del propio rey la tercera, flanqueada también por otras unidades, al igual que la central castellana. Con los aragoneses formaron además, para completarlos, milicias de ciudades castellanas.

El rey Sancho de Navarra marchó a la derecha y en su columna, al ser pocos sus caballeros, se alinearon con él las mesnadas de las ciudades de Segovia, Ávila y Medina.

Por su parte, los almohades levantaron en la cima del monte un reducto parecido a un palenque, con las canastas de paja en que transportaban las flechas, donde se escondían los infantes más escogidos y rodeado de estacas y cadenas. Allí se sentó el califa, Abu Alá Muhammad ibn Yusuf, Al Nasir li Din Alá, teniendo a su alcance la espada, vistiendo la capa negra que había pertenecido al mahdi Unmart, el fundador de los almohades, y a su lado el Corán. Rodeaban el palenque líneas de infantes, y tanto las del interior como

las de fuera estaban unidas entre sí por cadenas. Eran los más fieros y dispuestos a morir por el comendador de los creyentes, su imán y su señor. A su lado, las tribus de Azdora, que, malqueridos por Al Nasir y para ganarse su favor, pusieron pie a tierra y quedaron ante él jurando buscar el martirio aquel día.

Por delante del palenque, en el centro y próximo a él, se situaron las tropas almohades, los más aguerridos de su ejército, por su arrojo, sus armas, lo imponente de sus caballos y lo fiero de sus jinetes. Su número entre caballeros y peones era incontable. Estaban flanqueados por la caballería árabe, tan temible, sobre todo para los novatos, a quienes hubimos de advertir de su rapidez de movimientos y de sus lanzas, que asestan con velocidad de serpiente, que atacan cuando fingen que huyen y con la grupa vuelta y se revuelven en un palmo, y aún más cuando tienen amplitud y llanura para sus caballos. Llevan lanzas, arcos y hondas y atacan mientras en apariencia alborotados simulan escapes y no mantienen formación, pero desbaratan las nuestras y desordenan nuestras líneas pues tal es su misión.

Comenzamos a movernos. Fuimos hacia ellos. Don Diego López de Haro lanzó la primera línea. Ante él vimos cómo unos destacamentos árabes adelantados en una pequeña colina escaramuzeaban y rehuían el choque, retirándose sin bajas. La carga llegó arriba y siguió hasta donde esperaba inmóvil todavía el inmenso ejército sarraceno, contra el que nos lanzábamos. Nosotros fuimos detrás avanzando acompasadamente. La vanguardia llegó a unas primeras filas de infantes moros, que nos lanzaron abundantes flechas, hiriendo y hasta descabalgando a algunos, pero la carga los arrolló como a pajas. Se chocó ya con la segunda línea. Esta ofreció mucha mayor resistencia y ya llegamos nosotros junto a la vanguardia para quebrarla. Lo logramos y, cada vez con más dificultad, continuamos el avance ladera arriba. Entonces tropezamos con los almohades africanos. Estos nos resistieron tan firmemente que nos detuvieron en la cuesta, aprovechándose del terreno y del cansancio de nuestros caballos. Nuestro empuje cedió y se trabó ya en toda la línea y por todos los flancos la batalla.

En la batalla no hay que pensar en nada sino en seguir adelante y doblegar a quienes se te oponen, nada ve el que combate sino a los pocos que tiene al lado. No oye otra cosa que el entrecocar de los hierros, los relinchos

de los caballos, los aullidos de dolor, los gritos bestiales, y solo huele a heces y sangre. Solo se puede distinguir a los amigos que se tiene al lado y a los enemigos que se tiene enfrente. Como mucho, el caballero mira a su adalid cercano y el peón a su caballero, y toda la línea ha de seguir junta, jamás romperse, aguantar y conseguir quebrar a la contraria. Se golpea con la lanza, se taja con la espada y se sigue hacia delante, aunque solo sea un palmo. Pero nunca puede volverse la espalda.

Sentí que detenían nuestra cabalgada, que estaban logrando contenernos, y me llegó aquel escalofrío, el recuerdo nefasto de Alarcos. Me sobrepuse y lancé el palafrén hacia delante, arrollé a un lancero moro que quería desjarretarlo y alcancé, donde el cuello se junta con el cuerpo, a un jinete almohade que me cargaba.

Llegaba a nosotros por la retaguardia el cuerpo central de nuestro ejército, lo que nos hizo acrecentar nuestro empuje. Ya no cedíamos pero tampoco avanzábamos, porque a ellos también se sumaba multitud de gentes y todo alrededor era hierro, espadas, gritos, sangre, caballos destripados, jinetes caídos, peones aplastados, lanzas rotas, escudos abollados, yelmos hendidos y un alarido nuestro y otro alarido suyo que no decrecía ni en un lado ni en el otro.

Fue en aquel punto cuando me hirieron. No sé de dónde vino el venablo, pero me alcanzó en la rodilla, rozándomela, y alcanzó también a mi caballo, que cayó de lado. Oí el chasquido de mi pierna quebrada. Me vi muerto. Pero los de mi mesnada me rodeaban, aunque también lo hacían mis enemigos, que querían cobrarse una vida que suponían importante al ver como los suyos la protegían. Llegó a alcanzarme un tajo en un brazo, una nueva lanzada en el costado, y el yelmo pudo aguantar un golpe terrible que me dejó casi inconsciente. No veía apenas, pero sí vi a Juan que me sacaba de debajo del caballo, y debí de aullar de dolor por la pierna rota cuando lo hizo. No lo sé muy bien, no lo recuerdo, pero sí que me arrastraba y me quitaba de aquella primera línea. Luego sentí que, ayudado por otro, me izaban entre ambos a su caballo y me regresaban hacia el campamento. Perdí por un momento el conocimiento. Lo recuperé solo para alcanzar a ver que Juan y el otro atencino que me habían traído volvían a montar y regresaban a galope a la lid y a nuestra línea. Me habían tendido y sacado el yelmo y me daban agua

fresca en la cara. No había tiempo para curar heridas, pero alguien con una cinta de cuero me ató la pierna. Entonces me di cuenta de que estaba cerca de donde el rey Alfonso, junto al arzobispo don Rodrigo, seguían con las reservas de la retaguardia la batalla. Me vio el rey o se lo dijeron. Vino brevemente hacia mí y con una sonrisa que era fiera en aquel momento me animó.

—No mueras, Pedro, ya has combatido por tu rey, no tienes hoy por qué morir por él —me dijo, y luego ordenó que me pusieran en algún lugar donde me diera la sombra.

Se encargó de ello un canónigo de Toledo al que yo conocía y que era quien llevaba la cruz del arzobispo, Domingo Pascual, de Almoguera, ordenando a algunos sirvientes que me cuidaran y me dieran agua y de inmediato, tras reconfortarme, volvió al lado de don Rodrigo.^[93]

La batalla se ve mejor desde la distancia, y desde aquel pequeño montículo, por lo que podía ver y por las caras de quienes como don Alfonso miraban, comprendí que no iba nada bien para nuestras fuerzas. Que en algunos lugares parecía que cedíamos y el obispo don Rodrigo culpaba a los concejiles de flaquear.

El califa, que también contemplaba la batalla desde el altozano de enfrente, rodeado por las tropas de su palenque, viendo detenida la embestida creyó llegado el momento decisivo y lanzó a todas las fuerzas de su retaguardia. Estas cargaron ladera abajo, con el terreno a favor sobre los cristianos, que comenzamos ahora sí a ceder, tanto caballeros como peones, aunque otros se sostenían y alentaban a no volver la espalda. Los gritos en el real mostraban que el momento era crítico, que la desbandada podía producirse en cualquier momento y hacer la derrota inevitable. Y lo que acaecía en el centro sucedía también por ambas alas, donde tanto don Pedro como don Sancho se sostenían a duras penas.

Oí gritar al rey Alfonso y lo vi intentar lanzarse ya con todos los caballeros que a su lado estaban.

—¡Arzobispo, muramos aquí yo y vos!

Pero don Rodrigo lo contuvo diciéndole:

—De ningún modo, aquí os impondréis a los enemigos.

Pero el rey castellano veía el agobio y el sufrir de sus tropas y quería

lanzarse ya en su socorro sin importarle la vida.

—Corramos a socorrer a las primeras líneas que peligran.

Entonces los nobles Gonzalo Ruiz y su hermano se aprestaron a avanzar con él, pero Fernando García, hombre de valor y muy avezado en la guerra, aún retuvo al rey un trecho. Lo suficiente acaso, pero no mucho más, pues su decisión ya estaba tomada.

—Arzobispo, muramos aquí, pues no deshonra una muerte en estos momentos —le repitió a don Rodrigo.

El arzobispo ya no lo retuvo más.

—¡Si es voluntad de Dios, nos aguarda la victoria y no la muerte! —le oí exclamar mientras el rey Alfonso, con todos los caballeros de que disponía y toda la retaguardia al completo se lanzaba a socorrer a los que zozobraban.

En el estandarte del rey figuraba la imagen de María Santísima y la llevaba en alto don Álvaro Núñez de Lara, que cabalgó con la seña, y tras ella galopó lo que restaba de Castilla. Hacia la victoria o hacia la muerte, a vengar a sus padres muertos en Alarcos o a perecer ellos también en Las Navas.

Vieron entonces los musulmanes, que sentían la debilidad de los cristianos y creían tener la victoria a su alcance, que los pendones del rey venían hacia ellos y nuevas oleadas de combatientes se les echaban encima, y fue cuando sus ánimos flaquearon y de la confianza en el triunfo se dio paso casi inmediato al desánimo y la desesperanza y a pensar cada cual en cómo librar la vida. Cedieron las primeras líneas y, arrolladas estas, el pánico comenzó a cundir entre destacamentos enteros. Los caídes andalusíes fueron los primeros en iniciar la desbandada. Al ver a estos huir, fueron entonces los árabes y los almohades quienes también retrocedieron, y en vez de hacerlo ordenadamente hacia el palenque optaron por buscar escape por las alas y abandonar el campo. La derrota ya fue premonitoria y en el campamento, al ver que los pendones del rey ascendían por la colina, estallaba el júbilo y hasta yo buscaba incorporarme para intentar verlo, pero solo alcanzaba a divisar la tienda roja del califa en lo alto y una inmensa confusión de gentes a su alrededor. Pero unos ojos que veían mejor que los míos me dijeron que los nuestros llegaban al palenque.

Este permanecía inmóvil, protegiendo al califa. El círculo de negros sudaneses y de moros encadenados que lo rodeaban, formaban un firme muro

contra el que se estrellaban las cargas. Pero era batalla ya ganada. Asaltado por todas partes, acabó por sucumbir. Fue el alférez del rey, don Álvaro, quien en uno de los embates, llegando al muro y no pudiendo hallar lugar por el que entrar, volvió las riendas al caballo y dándole espuela saltó dentro sobre los moros. Los demás caballeros, cuando eso vieron, hicieron lo propio y comenzaron a degollar a negros y moros encadenados a mansalva. Por los costados, los otros dos reyes también habían llegado, y por su lado el rey de Aragón, don Pedro, quebrantó el corral, y por el suyo, el gigantesco don Sancho de un mandoble de su espada dicen que quebró la cadena y entró también en el palenque al frente de sus caballeros navarros.

Abu Alá Muhammad ibn Yusuf, Al Nasir li Din Alá, había permanecido impasible, sentado en su escudo, con su capa negra, su espada y el Corán al lado, contemplando atónito cómo sus enemigos doblegaban a sus tropas y se acercaban hasta llegar al lado mismo de su tienda. Un hermano suyo, Zeit Avochirit, le hizo salir de su ensimismamiento, montar un caballo entrepelado, que fue bien visto por los caballeros que casi se le echaban ya encima, y abandonar por la retaguardia el palenque, acompañado por una fuerte escolta que le abrió camino hasta llegar a Baeza. Pero no quiso quedarse allí, sino que, cambiando de montura, siguió al galope hasta Jaén, donde llegó aquella misma noche. Con él cabalgaba la derrota y a su paso los moros se sobrecogían y angustiaban, pues temían que tras el califa huyendo no tardarían en llegar los cristianos arrasándolo todo.

Desde el real oí los vítores, las aclamaciones y los vivas a María Santísima, a Nuestro Señor y a los reyes. Pero tras asaltar por fin el palenque la caballería cristiana, sobre todo las mesnadas de la nobleza se lanzaron a una persecución terrible de los destacamentos de jinetes y peones dispersos y en desbandada. Por delante quedaba todavía un largo día de julio de persecución y matanza, y muchas horas de luz hasta que llegara la noche, que era la única que podía amparar ahora a los fugitivos. Las mesnadas concejiles y los peones quedaron en el campamento almohade recogiendo el botín, y en primer lugar la tienda roja y las insignias del califa, que trajeron al rey, que ordenó de inmediato que fueran llevadas al monasterio de Las Huelgas en Burgos, donde estaba enterrado su hijo, que no había podido contemplar aquella jornada. El rey de Castilla, don Pedro de Aragón y don Sancho de

Navarra retornaron al campamento junto con el arzobispo toledano y los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia y Pedro de Ávila. Todos ellos iniciaron un canto de alabanza al que nos sumamos todos los que allí estábamos, y el *Te deum laudamos* de triunfo de los cristianos resonó en los campos de Las Navas de Tolosa.

Don Alfonso aún encontró un instante para llegarse hasta donde yo estaba, ya entablillado y vendado, restañada la herida del brazo, aunque era peor la del costado, que ahondaba y había hecho mucho desgarro aunque no parecía que a los intestinos, y reconfortarme con su presencia y sus palabras.

—Ya ves, Pedro *el Pardo* de Atienza, que me dice don Diego que desde aquella de Alarcos así te llaman. Hemos vengado aquella derrota y librado a Castilla y a España de los peores enemigos que nunca ha tenido. Sanarás, amigo, y te veré restablecido en Atienza, donde habrás de seguir representándome y siendo allí, como un día mi guía de niño, ahora mi alcalde y el que conduce a mis gentes.

—Temo, mi señor, que la pierna tronzada ya no me dé para cabalgadas ni para batallas. Y mi edad ya no es corta.

—La mía ya tampoco, Pedro. Pero para andar por los caminos en paz sí podrás montar a lomos de una buena mula. Ya en esto me has servido a mí y a Castilla de sobra.

Muchos le reclamaban y él debía atender a todos. Al irse oí que conversaba con el rey don Pedro el aragonés, que se quejaba de un fuerte golpe de lanza que le había alcanzado en el pecho y le había traspasado la fuerte y bien trenzada loriga, pero que por fortuna había quedado ya sin fuerza en el algodón del velmez, sin llegar a la carne.^[94] Don Pedro era a fuer de joven tan impetuoso como don Sancho, como lo había sido don Alfonso en su mocedad y hasta hacía bien poco y aún lo seguía siendo a pesar de los años, porque el rey nuestro iba para los cincuenta y siete y yo ya rebasaba los sesenta.

Vinieron a verme los míos, Juan el primero, y si me encontró mal no quiso que yo viera que se lo parecía. Pero en su cara leía yo después de tantos años todas las cosas, y supe que mi herida del costado le preocupaba sobremanera. Tanto fue así que se atrevió de nuevo a recurrir al rey, y quizá

fue providencial el hacerlo, pues a nada tenía junto a mi lecho no solo a su médico inglés sino también a algunos judíos que sabían más de curar que los cristianos. Fue uno de ellos el que me advirtió de la gravedad de mis heridas y me esperanzó sobre mi posible recuperación.

—La pierna está tronzada por el peor sitio y aunque los huesos suelden bien, la rodilla ya no tendrá mucho remedio. Como mal pequeño, será una muy fuerte cojera la consecuencia. Lo del brazo, si no se infecta, no tendrá mayor alcance. Pero ha de extremarse el cuidado con la lanzada en el costado, que por muy poco no ha afectado a las tripas y los órganos blandos, lo que hubiera sido la muerte casi segura. Que aún puede serla. He de coser y cauterizar y será mejor que tome un largo trago de este licor, porque si no el dolor le será insoportable. Aun así, mejor que muerda un cuero y apriete los dientes.

Hube de apretarlos, desde luego, mientras el judío operaba en mis entrañas. Pero aunque se me saltaron las lágrimas y no pude contenerlas, sí logré hacerlo con los gritos. Más que nada porque las gentes de Atienza me rodeaban.

La hambruna

En el campamento cristiano de Las Navas, aquella noche de gloria del 16 de julio dormimos muy pocos. La mayoría lo hicieron en el campamento musulmán, al que encontraron con las tiendas caídas y arrolladas en la fuga y la persecución de los vencidos. En el campamento propio quedamos los heridos, los criados y los portadores encargados de venir a por los bagajes de los que pernoctaban en el campamento agareno, tan inmenso que los cristianos no llegaron a ocupar ni siquiera la mitad. Y Juan, que se quedó conmigo. Por la noche fueron regresando quienes más habían prolongado la persecución, hasta que ya no hubo luz para continuarla. Todos y cada uno se hacían cruces de la inmensa matanza, pues era, tanto en el campo de batalla como en los alrededores, tal el número de musulmanes muertos que cualquier cifra que se dijera resultaba increíble, pero podía muy bien ser buena.

Se permaneció en el campamento todo el día siguiente recogiendo todo el botín, que era, como había sido la batalla, gigantesco e inigualable entre los que pudieran haberse contemplado. Oro, plata, ricos vestidos, atalajes de seda, armas y armaduras, vasos preciosos, ornamentos y muebles valiosos y labrados, marfiles, dineros de los jeques y los caídas y, cómo no, del propio califa, cuya tienda en sí era un gran tesoro.

Durante todo el día anterior y este se encendieron hogueras por doquier para los fuegos y usos del campamento, y no se utilizó otra madera que la de

las flechas y las lanzas abandonadas por los musulmanes, que además se arrojaban también al fuego por el simple placer de quemarlas, pero no se llegó ni a conseguirlo con la mitad de todas ellas, tal era su enorme cantidad, como lo era el número ingente de camellos, caballos de la mejor raza, acémilas, carruajes y vituallas. El hedor de los cadáveres hizo ya necesario que el día 18 se decidiera levantar el campo y el rey Alfonso dio instrucciones de seguir la campaña. A mí me subieron a un carro y tumbado hube de seguir a los convoyes en retaguardia.

Algunas avanzadas habían sitiado el poderoso castillo de Vilches y cuando llegó el grueso del ejército al día siguiente se rindió, al igual que lo hicieron el de Ferral, el de Baños y el de Tolosa, y que eran la llave con la que abrir las puertas de aquellas serranías hacia Al Ándalus. Se acampó junto al último y al día siguiente llegó el ejército a Baeza, que halló desierta por haber huido todos sus habitantes excepto unos pocos que se refugiaron en la mezquita. La ciudad fue incendiada por completo y por los cuatro costados, y los refugiados en la mezquita perecieron abrasados dentro.

Todos los musulmanes de la zona se habían refugiado en Úbeda y los reyes decidieron cercarla. Estaba Úbeda bien pertrechada, con numerosa guarnición y multitud de combatientes huidos de Las Navas, así como los llegados de Baeza y de todos los contornos.

El domingo 22 se descansó y el lunes se dio el asalto, que fue tan fogoso como poco meditado, costando demasiadas bajas y pareciendo que iba a ser infructuoso, cuando los aragoneses y en especial un escudero de don Lope Fernández de Luna escaló por un lado la muralla y junto a él muchos lograron tomar una torre y abrir por aquel lado una brecha. Se reanudó con fuerza la lucha y el ataque se recrudeció hasta asaltar ya toda la muralla y quedar solo en su poder la ciudadela y la parte más alta. Entonces ofrecieron rendición, salvar la vida, prestar vasallaje al rey de Castilla y pagar a cambio de que nada se tocara un millón de maravedíes. Algunos aceptaban, pero los obispos de Toledo y Narbona la calificaron de blasfemia y amenazaron con la excomuniación. Los reyes propusieron entonces que por esa suma dejarían salir con sus bienes a los sitiados, pero que la ciudad sería arrasada. Aceptaron pero no pudieron reunir tal cantidad, y al final solo se respetó su vida, pero no su libertad ni sus bienes, siendo derruidos sus muros e incendiados hasta los

cimientos de sus casas. Se cumplía ya el mes de julio y comenzaba agosto. Solo en Úbeda se habían hecho sesenta mil prisioneros, que fueron distribuidos entre las fuerzas de los tres reinos que habían participado en la batalla. Era tiempo de regresar y hubo que hacerlo con la enfermedad y la peste. De Úbeda, tal vez de la podredumbre y mortandad después de la batalla, se extendió la peste por todo el campo cristiano, provocando graves flujos de vientres que hicieron morir a bastantes, entre ellos el maestre del Temple de los tres reinos, Castilla, León y Portugal, don Gómez Ramírez.

A mí también, quebrantado y todavía con mis heridas supurando, me alcanzó el mal y aún no comprendo del todo cómo me libré de la muerte, pues en ella creí estar, y creyeron Juan y los míos que estaba, cuando ya los reyes, por más que quisieran seguir avanzando por el Al Ándalus indefenso hubieron de retornar a Castilla. Regresamos por el camino que habíamos traído y alcanzamos al fin Calatrava, donde encontramos al duque de Austria emparentado con don Pedro de Aragón, que con doscientos caballeros germánicos venía, aunque ya era un poco tarde, a la cruzada, y después Toledo. Los reyes, los nobles señores, los caballeros, los peones y hasta el último que había ido y vuelto de Las Navas fueron recibidos por la ciudad que estallaba de júbilo. Pero yo, más que oír las campanas tocando a gloria, creía oír las de mi propio funeral. Juan, al cabo, me llevó a la casa de Fortum y Elisa en el Alhicen y allí pude restablecerme un poco. En Toledo, al rey Alfonso le esperaban extrañas nuevas, pues su primo Alfonso IX de León, aprovechando que todo el ejército combatía en Las Navas, le había tomado algunos de los castillos que le reclamaba. Lejos de enfurecerse, el rey triunfante, decidido hacer la paz de una vez por todas, se los entregó de buen grado a cambio de que las hiciera de corazón y las respetara por siempre, y le entregó incluso otros como el de Peñafiel y los de Carpio y Monreal en tierras de Salamanca, enterrando de una vez para siempre entre ellos la discordia. Alfonso en su triunfo demostraba así su mayor grandeza.

Partimos cada mesnada y cada hombre de Toledo hacia sus casas y yo en un carro, pues aunque ya sin fiebres no podía tenerme, y con Juan lo hice hacia Atienza, donde llegué en septiembre, con la pierna tronzada para siempre, con menos carne que un esqueleto pero vivo y victorioso. Las gentes de la mesnada concejil habían llegado antes y Atienza estaba exultante,

aunque no todas las casas, pues en algunas sus hombres, a pesar de la victoria, habían muerto. Porque en las victorias también mueren bastantes de los que ganan. Y otros, como yo, aun viviendo, regresábamos quebrantados y hasta quebrados de por vida. Por fortuna, yo tenía el remedio en casa.

Médico tenía el rey, los judíos eran los mejores en tales artes y saberes, y en Atienza alguno había en su aljama que atendía a las familias pudientes y a los de su tribu hebrea. A mí también, como hombre principal de la villa y con posibles, me había visitado en ocasiones y yo aceptado sus remedios. Pero lo cierto y verdad es que las gentes de a pie ni a médicos, judíos ni cristianos, alcanzaban, y a quienes acudían era a quienes habían acudido desde siempre. A la tía Vicenta, partera y sanadora, con fama de mujer buena y que había traído al mundo a los hijos de todos los recueros de Atienza, y en quien nosotros habíamos confiado siempre y ahora, a pesar de que ya mi familia tenía en su mano el que el hábil judío me atendiera, pues como que yo seguía confiando más en las tisanas y las cataplasmas suyas que en las redomas del hebreo. Máxime cuando la tía Vicenta, a lo largo de aquellos ya largos años de mi Elisa en Atienza, la había interesado en sus saberes desde un primer momento y había ido depositando toda su sabiduría y conocimientos en hierbas, cocciones, zumos y apósitos, cataplasmas, emplastos y lavativas. Desde que Elisa había sido atendida por Vicenta en el parto de nuestra primera hija, Yosune, la mozárabe, tocadora de cítara y laúd de los caminos, se había sentido fascinada por las plantas y sus poderes. Pero hacía tan solo unos meses que la tía Vicenta, ya muy mayor, había fallecido y quien parecía saber de lo suyo más que nadie en toda Atienza, con la excepción tal vez de una nieta de la difunta, que era quien había seguido la profesión y a quien la abuela difunta había enseñado sus artes, pues resultaba que la tenía yo en casa. Y que nadie anduviera con pamplinas de brujerías, que todos sabíamos que eran abuela, nieta y, por supuesto, mi Elisa mujeres cristianas que ningún maleficio echaban ni para nada trajinaban con oscuridades, sino que aplicaban los remedios que desde siempre y a los pobres se les habían aplicado. Ya se encargaba, cuando salía algún chisme o alguna viejuca retorcida a propalarlo, de salir don Jerónimo a cortarlo de raíz y acallararlo de inmediato. Que en un descuido te caía la fama de bruja y no era cuestión. La partera lo había sido toda su vida, ahora lo era su nieta, que se llamaba igual

y sabía de hierbas y plantas que curaban, y el párroco de la Trinidad prefería que fueran ellas quienes atendieran a sus parroquianos y que no lo hiciera un hebreo, que en eso también miraba el cura. Que Elisa hubiera adquirido tales conocimientos a nadie dañaba, y más de una comadre acudía también a ella si tenía para ello confianza. Así que tuve, en cierta forma y bien me vino, al médico en casa.

Aunque también hube de contar, amén de las tisanas de Elisa, con el oficio del Marianejo, un pastor, hombre apocado, casi más mudo que silencioso, y que no sabía muy bien cómo andar entre la gente y prefería hacerlo entre las ovejas y sus careas y mastines, que de tanto recomponerle los huesos a sus ovejas y desmontarles los tendones enredados había aprendido a hacerlo con hombre y todo tipo de bestias y no había en leguas a la redonda quien ensamblara mejor los huesos quebrados, las manos rotas y hasta las costillas hendidas. Y no digamos a sus perros, a los que no solo había salvado de esas heridas, sino de otras tan graves como tener los menudos fuera por el colmillazo de un jabalí, o desventrados casi por los colmillos del lobo. El Marianejo, si el colmillo de lobo o la navaja del cochino no habían atravesado las telillas que daban ya a los hondos o no habían roto el paquete del menudo, a muchos los salvaba. Porque más que a nadie, hombre, mujer o bestia, a quien quería el Marianejo era a sus perros. Y después de ellos yo creo que a mí, que desde siempre me había tenido una callada y leal estima siempre demostrada y a la que yo había correspondido no permitiendo jamás que se abusara de su soledad y apocamiento. Desde niños y desde siempre. Él además había sido zagal ya de Yosune y pastor conmigo. Ahora le decía que ya era cuestión de contratar a otro, que no se preocupara por la soldada, pero no consentía. A lo más que consintió fue a que le pusiera zagal, y hasta para ello hube de porfiarle. Por fin se asentó con uno que tenía las mismas palabras que él: pocas tirando a ninguna. Al verlos alguna vez por la majada, llegué a la conclusión de que se entendían mejor a chiflidos. Pero los perros los entendían al momento y se movían con tal precisión que no había visto maniobrar yo así ni a nuestra caballería en batalla. En todo caso, a los jinetes árabes.

El Marianejo consiguió al cabo y después de mucho pelear con mis piernas y tendones y hacerme ver todas las estrellas juntas, que algo me

recuperara y cojo, eso ya no me lo quitaba nadie, pudiera ya valerme un poco y hasta, aunque con ayuda, montar a caballo y tenerme en él.

Pero no quiero darle todos los méritos al Marianejo, porque muchos fueron de mi mujer, Elisa, empeñada y entregada a mi restablecimiento. Que no fue corto y donde sufrí recaídas tanto de las resultas de las heridas como de la debilidad que las fiebres me habían producido. Fueron unos largos meses, muy largos, fríos y dolorosos, en los que al final yo también acabé, de tanto ver el trajín de Elisa y ya ir interesándome, no tenía mejor cosa que hacer, por las plantas y hierbas, flores o raíces que utilizaba, alcanzando a saber para qué servía cada cual.

Mi casa siempre había olido bien. Nada más entrar en ella y al revés que en muchas, lo que alcanzaba era el aroma de los saquetes de las muchas plantas que en un cuartillo acondicionado a tal fin, con sus basares, alacenas y colgaderos, almacenaba, cada cual muy bien colocado en su lugar y dispuesto convenientemente y de la manera adecuada para que no se estropease o perdiera sus cualidades.

El buen olor de aquellas plantas lo reforzaba mi mujer con el gusto suyo de siempre por los perfumes, con aceites que extraía de algunas de aquellas plantas y que, impregnados en varillas, se expandían por todas las estancias. Pocas veces Elisa, y solo si algún olor se le había colado dentro y le desagradaba, quemaba alguna hierba para que el hedor desapareciera. Prefería sus varillas impregnadas, a las que cada tiempo daba la vuelta y volvía a untar en el recipiente.

El espliego, el romero, el tomillo, el cantueso, la ajedrea, la salvia y algunos otros, donde mi distinguir no alcanzaba, estaban siempre en la primera línea. Tanto colgados en pequeños haces o, como en el caso del espliego, sus granitos metidos en bolsitas de saco y también colgadas. No faltaba sino que ocupara el lugar más privilegiado la manzanilla. Al final de todas las primaveras salía a recoger verdaderas cosechas con mis hijas. Las dejábamos secar y, al igual que con las otras plantas, algunos haces con el tallo los colgaban, pero el resto los iban descabezando y llenando tarros y tarros con sus amarillas cabezuelas. Durante toda mi vida, el sabor con aquel toquecillo amargo de la manzanilla en las infusiones compensado por la miel, que era en mi casa un alimento y aderezo cotidiano, fue unido siempre en mi

memoria de sabores a mi propia casa atencina. Y era el más hermoso de los recuerdos, junto con los olores de las humildes plantas de las cuevas, donde solo ellas agarran y donde agradecen los días de calor, que con cuatro gotas que caigan de agua del cielo hacia los cielos sube la gratitud jubilosa de un olor que para sí quieren los ángeles celestiales.

Pero amén de aquello, supe de muchas otras plantas que hasta entonces no conocía. Y usos de estas, como la manzanilla, que hasta entonces la había bebido y era buen remedio para las digestiones y los entripados, y ahora me servía para los ojos, que se me pusieron malos, legañosos y enrojecidos, a perro flaco todo se le vuelven pulgas, y fue con infusiones de manzanilla con lo que me los lavaba y acabaron por sanarme. Pero aprendí, y a veces en mi propia carne, que la decocción de milenrama, además de para los atracones, como tisana bebida lo era también para lavar las heridas y de estas traía yo unas cuantas, y que la uva de gato era luego lo mejor para conseguir que cicatrizaran de la mejor manera posible. Aprendí que no es lo mismo una decocción que una infusión, que en el primer caso, según me enseñó Elisa, se pone la planta en agua fría y se hace hervir el tiempo preciso y luego se la deja reposar, mientras que la infusión es echar brevemente las flores o las hojas en el agua ya hirviendo. Y que en algunas plantas ni siquiera tiene que borbollar apenas el líquido, como en los delicados berros. Muchas cosas aprendí. Que para las toses y los constipados agarrados a los pulmones no hay mejor que el romero con la miel clara que precisamente sacan las abejas de sus flores, y que si ya es muy hondo y suena el peor ruido, el saúco es lo más indicado, y que para la diarrea el endrino o el espino albar no son malos remedios, que las madroñas vienen muy bien para que se vacíen los malos humores, que el cardo borriquero, ese que despreciamos y ni se lo comen los burros, resulta que es muy bueno para los hígados y esas partes blandas, y que para las piedras en la orina, que producen esos cólicos de dolores que ni una lanza en la barriga, el diente de león es el único consuelo. Ella sabía mucho más, y yo apenas más que a esto alcancé a enterarme. Otras plantas, incluso, ni me dejaba tentarlas porque me decía que era preciso andarse con cuidado, como con las setas venenosas, y que algunas podían hasta ser mortales y mejor que ni aparecieran por casa, como el estramonio, la belladona, el boj o el tejo, aunque en pequeñas y muy controladas cantidades

otras podían ser muy útiles. Como me lo fueron cuando empecé a sufrir de sudores, insomnios y temblores. Para ello, Elisa se arriesgó a prepararme con espino albar, raíz de valeriana y adormidera unas tisanas que lograban calmarme y al final consiguieron serenarme los pulsos de la frente y con el tiempo recuperar el buen dormir, aunque para los viejos el buen dormir ya nunca es bueno ni descansa uno como lo hacía cuando era joven o incluso hasta hacía no tantos años. Ahora no hace nunca falta que amanezca para que esté despierto. Pero al menos dormía sin sobresaltos y me fui poco a poco recomponiendo, hasta que ya cuando llegó el verano hacía algo más que salir a la solana del arrenal a calentarme un poco y que me diera el aire.

Ni aquel año ni el siguiente ni ya nunca estuve no ya para guerra, sino para muy pocos trotes. Decliné el puesto de alcalde que me siguieron ofreciendo, pues entendí que hacía falta brazo más vigoroso y cabeza más despierta para ocuparlo, pero no dejaba de estar atento a la suerte de Castilla ni a las andanzas de nuestro rey y nuestras mesnadas. Porque a pesar de la victoria de Las Navas no habían cesado los combates, y los moros no se resignaban a perder todo el territorio que les íbamos arrebatando. Los gobernadores almohades, aun cuando el califa había partido, querían resarcirse y recuperar terreno. En cuanto partimos de las incendiadas Úbeda y Baeza, atacaron el castillo de Vilches y lo asediaron durante veintidós días. Pero no pudieron expugnarlo y los castellanos enviaron en socorro a don Gonzalo Núñez de Lara con las milicias de Toledo, Madrid y Huete. Bastó su acercamiento para que los sitiadores huyeran y entonces los castellanos, ya llegados hasta allí, realizaron una algara y consiguieron un copioso botín, regresando ya con las lluvias de septiembre.

Por Levante también nos atacaron y lograron asaltar los castillos de Cubas de Jorquera y Alcalá de Júcar. El rey Alfonso no estaba dispuesto a consentirlo y, a principios del año siguiente, él mismo con las mesnadas de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Uclés y Alarcón los recobró de inmediato. Y no contento con ello y queriendo aprovechar al máximo la victoria de Las Navas, unió algunas tropas de Toledo, Maqueda y Escalona y de algunos magnates y marchó contra el castillo de Dueñas, tomándolo y entregándolo a los calatravos para su custodia. Luego, dirigiéndose al este,

tomó otra fortaleza cerca de Montiel, Eznavexore, y la dejó también a la orden de los freires de Calatrava. Siguió aún y topó con la fortaleza más fuerte, Alcaraz, que custodiaba un bravo guerrero muy mentado, Abu Gafar ibn Farag, que la defendió tan bien que no pudo rendirse sino al cabo de tres meses y hubo de ser mediante un aman y después de haberles incendiado la torre de asalto y causado muchas muertes. Accedió Farag a rendirse si se les permitía salir con sus bienes y después de que se celebrara un mercado donde vender los que no pudieran transportar. Aceptó el rey y Farag salió de Alcaraz erguido y digno, sin querer mirar a Alfonso ni acercarse a besarle la mano. El rey castellano, admirado de su arrogancia y entereza, lo dejó partir y no lo castigó por ello. Alcaraz había costado muchas vidas y como habían llegado refuerzos al mando de Diego López de Haro, quisieron aprovechar su presencia y conquistar una plaza más antes del regreso. Lo hicieron con la fuerte Riopar, en lo más alto de aquella sierra.

Pero los guerreros almohades no querían dar muestras de acobardamiento y, lejos de retirarse a sus líneas, hicieron una incursión que dejó a los toledanos estupefactos, pues saliendo de Córdoba y esquivando la ruta principal bien guarnecida por Gaudalerza y Calatrava, se presentaron por otra ruta en el alfoz toledano y, cruzando el Tajo, saquearon la comarca de la Sagra, haciendo muchos estragos y cogiendo ganados y cautivos. Salieron tras ellos los toledanos y alcanzaron a la zaga que se retiraba en la Torre de Abraham. Pudieron recuperar el ganado, pero los moros, antes de permitirles escapar, degollaron a todos los que tenían cautivos y se ocultaron entre las jaras, que en aquellos montes abundan. Entonces la milicia concejil prendió fuego a la jara, que arde muy bien, y los musulmanes perecieron todos abrasados.

Las expediciones y las algaras siguieron en 1214 y con el rey de León ya amistado se planificó un ataque colectivo para que él recuperara Alcántara, para lo cual iría con Diego López de Haro y seiscientos caballeros, mientras que el rey iría hacia Baeza, que los moros habían reconstruido y fortificado de nuevo. Partieron en el invierno de 1213 antes de la Navidad. Los leoneses, con el apoyo de don Diego, tomaron Alcántara, pero su rey no se encontró con fuerzas para atravesar el Guadalquivir y suspendió la expedición. Entonces don Diego, junto a su hijo y sus seiscientos caballeros, a través de

bosques y montes, abriéndose paso en territorio enemigo y arrollando a todo el que le salió al paso, hizo todo aquel enorme camino^[95] y se presentó ante Baeza a asistir a su rey en el cerco.

Fue todo inútil. No fueron los musulmanes, sino el hambre lo que les hizo desistir y partir famélicos, ellos y sus animales, caballos y acémilas, que morían porque en Castilla no había un grano de cebada ni de trigo. La hambruna se apoderó de todos y fue en muchos casos peor que la más terrible de las guerras. Castilla entera se moría de hambre.

En el año de Las Navas ya había comenzado la sequía. Heló de manera intensísima y sin que cayera una gota de agua en octubre, noviembre, enero y febrero, y no llovió ni en marzo ni en abril ni en mayo ni en junio, y nunca, según las crónicas y los recuerdos de los más viejos, se había conocido año peor que aquel, no cogiéndose trigo ni cereal alguno. Al hambre se unió la peste, que nos seguía atacando y se cebó sobre todo en los enfermos, los ancianos y los débiles, causando mucha muerte y de la que me salvé de milagro.

La sequía siguió haciendo estragos al año siguiente y las hembras de ovejas, cabras y vacas no pudieron quedarse preñadas ni tener crías por la falta de paja y, aún más, de grano. No había nada que llevarse a la boca y el rey, vencedor en las batallas, veía cómo su pueblo perecía de hambre sin poder hacer nada por evitarlo. Así que, aun triunfante y para evitar mayores calamidades, fue él quien solicitó treguas a los musulmanes, que tras la muerte de Al Nasir, el derrotado, y la subida al califato de su hijo Yusuf ibn Muhammad, necesitaban de ellas para consolidarse en el poder, aceptaron sin dudar mucho. Aunque mientras se negociaban aún hubo de soportar la frontera un nuevo ataque musulmán, en marzo del año catorce, cuando setecientos jinetes y mil cuatrocientos infantes atacaron el castillo toledano de Milagro, dándole tal guerra y asalto que tan solo quedaba un caballero sin heridas cuando llegó en su socorro el obispo con una nueva guarnición completa e hizo retirarse a los atacantes, llevándose a todos los supervivientes heridos para ser curados en Toledo. Después solo hubo que combatir el hambre.

Fue este el combate más atroz que recuerdo y en el que las miserias humanas más salieron a la luz, y el que tenía grano hacía fortuna con la

hambruna de los otros y no le importaba ni siquiera que los que no podían pagarlo muriesen.

El hambre fue espantosa, y aún más en las ciudades que en los campos. Aquí, al fin y al cabo, algo se encontraba siempre de que valerse, aunque fuera un huevo de gallina, un pan de bellota o unas gachas de almortas, o se cogían cangrejos o barbos o se cazaba o se recolectaba silvestre lo que fuera, pero en las villas y ciudades, y peor cuanto más grandes eran, se morían literalmente de hambre.

Nosotros, gracias a Dios y a la precaución de Juan, de Valentín y Julián y de nuestras familias de Hita, Sigüenza y Zorita, no pasamos necesidad extrema, pero comenzamos a ver cómo esta sí alcanzaba las casas de nuestros vecinos y allegados y cómo gentes con las que nos cruzábamos en las calles apenas si podían tenerse de hambre.

Es la necesidad y el grave apuro lo que hace que en alguna gentes aflore lo peor que hay en ellas, pero en otra sale a la superficie la bondad que tienen en sus corazones y de la que no hacen alardes. Y esa fue la luz de Elisa sobre Atienza. Diría que por ella la parroquia de la Trinidad pasó menos hambre que ninguna, aunque escasez pasamos todos, hasta los que más teníamos. Elisa habló con el párroco y se hizo calladamente una lista de las familias que más hambre pasaban, que eran a veces quienes con mayor entereza la soportaban y las que por orgullo o dignidad o las dos cosas las callaban. Lo primero fue asistir a las criaturas más pequeñas y también a los ancianos más delicados y débiles. Elisa sacó de todos los lados, de los nuestros los primeros, y a poco otras parroquias siguieron su ejemplo y todo el Concejo se unió en ello. Los de Atienza y su Común, pues a todos los alcaldes de las aldeas se notificó la instrucción, pasarían calamidades, pero se asistiría a quienes estuvieran en necesidad extrema. Y quienes quisieran aprovecharse de la miseria de los demás, que algunos bien lo hicieron quedándose por nada con casas, fanegas de tierra y aranzadas de viña, serían declarados avaros y usureros, siendo por tal causa castigados.

Con ello sobrellevamos en lo que pudimos y capoteamos en lo que supimos aquella hambruna, y aquello fue de mi puesto en el Concejo, al que volví en esta ocasión como juez, y mucho más que de mis cabalgadas, de lo que me siento más orgulloso de todo cuanto he podido hacer por mi villa y

por sus pueblos. Pero sé muy bien que a quien se le debe más que a mí y más que a nadie, es a mi Elisa, a la que vi como nunca había visto en su bondad y en su misericordia. Fue ella nuestra luz y quien nos alumbró en todo aquel camino.

Cuando llegaron ya las lluvias en el año catorce, primero no muy abundantes pero ya al menos las imprescindibles para las cosechas y luego ya generosas en otoño, fue cuando a Castilla nos llegaron una tras otra noticias de muertes que a todos nos sobrecogieron. Fue la primera la de un enemigo, en agosto, quizá la del mayor dentro de los cristianos que Castilla y que nuestro rey hubieran tenido: don Pedro Fernández de Castro había muerto entre los sarracenos, sus amigos, donde ya solo podía vivir pues nadie lo quería en los reinos de España, ni siquiera el leonés al que había servido. La siguiente muerte fue la que más pudo penarle a don Alfonso, pues quien falleció en septiembre fue el noble en quien más confiaba, don Diego López de Haro, a quien había confiado en testamento y junto con la reina, doña Leonor, y su hija, doña Berenguela, la custodia de su propio hijo y heredero, el infante Enrique. Pero fue la tercera la que nos sobrecogió a todos, y a mí más que a ninguno. Pues fue nuestro buen rey, nuestro señor, mi Rey Pequeño, quien se nos murió cuando iba hacia Plasencia, la última ciudad de Castilla en aquella frontera, para ver a su yerno el rey de Portugal, al que había casado con su hija Urraca. No consiguió llegar, pues en Gutierre Muñoz, cerca de Arévalo, le alcanzó la fiebre y acabó por morir allí mismo, en la noche del 5 al 6 de octubre, cuando no había llegado aún a cumplir los cincuenta y ocho años, y entregó a Dios su alma. Confesó y comulgó antes de morir, atendido por los obispos que otras veces lo habían flanqueado en las batallas, don Rodrigo de Toledo, don Tello de Palencia y don Domingo de Plasencia, y aún pudo confortarse con la presencia de la reina Leonor, de su hija y también reina Berenguela, de su hijo y heredero Enrique, de tan escasos y cortos años, de su hija Leonor y de sus nietos don Fernando y don Alonso.

Murió nuestro rey para desconsuelo de Castilla, y quiero decir que me honré en servirle y que fue para mí, amén de soberano, un amigo, desde la infancia hasta su muerte, y creo que fue para sus vasallos quien hizo resplandecer la paz y la justicia en su reino. Y no digo yo, sino que dicen los

sabios y quienes conocieron su historia, que no se registra en su vida un acto despótico, cruel o arbitrario. Pero sí digo que al morir Alfonso yo sentí mucho más que la pérdida de mi rey y mi señor. Porque aquel rey, que había vencido en la mayor de las batallas después de reponerse de la peor de las derrotas, había sido desde niño alguien que confió en mí y me hizo sentir, a pesar de la diferencia de linaje, el cariño y la amistad que por mí sentía.

Pero al recibir la noticia en Atienza, cuando a él ya lo habían enterrado en el monasterio de Las Huelgas, donde ya reposaba su hijo a quien había creído ver ya hecho sucesor y heredero, don Fernando, una preocupación como una sombra del pasado me envolvió. Aún algo mayor y con madre de mucho fuste y entereza, la reina Leonor, el rey de Castilla volvía a ser un niño, pues don Enrique tan solo contaba con diez años cumplidos. Y la sombra se hizo oscuridad, pues la reina doña Leonor no pudo soportar el embate de la muerte de su esposo, acaso tan unidos en vida también lo estuvieron por la enfermedad que a ambos y de manera tan seguida llevó a la muerte, pues ella también estaba aquejada de aquellas fiebres cuartanas, y ni siquiera esperó un mes en acompañar en su tumba y en el monasterio de Las Huelgas, para los dos tan querido, a su esposo muerto. La reina murió el 31 de octubre de aquel mismo año. La calamidad se abatía otra vez sobre nosotros.

Quedó la reina doña Berenguela, esposa que había sido, aunque ahora anulada, del rey leonés Alfonso IX y madre de los dos infantes, don Fernando y don Alonso, custodia y regente con su hermano pequeño. Y de nuevo entraron en la escena de la ambición los Lara. El alférez real don Álvaro, a quien yo tanto admiraba, su hermano el conde don Fernando y el otro, don Gonzalo. Los dos últimos apoyaron a don Álvaro en su pretensión de ser el ayo del rey niño, como lo habían sido su padre y su tío de don Alfonso, y se enfrentaron a doña Berenguela para lograrlo con su poder y no muy buenas artes. Llevando otra vez guerra entre la nobleza castellana, enfrentando a obispos con obispos y a castellanos con castellanos, consiguieron su propósito y se hicieron con la persona y la custodia del pequeño Enrique, apartando a doña Berenguela, que hubo de enviar temerosa a sus propios hijos con su padre, el rey de León.

Vino don Álvaro a Atienza buscando complicidades. En mí tenía afecto y el recuerdo de su gentileza para conmigo y su valentía sin par en Las Navas,

pero no me cuadraba con Castilla el sufrimiento que con su ambición y la de su familia de nuevo nos metía. Y como juez de Atienza lo dije en el Concejo, y ante él lo expresé sabiendo que ello no haría sino desagradarle y perjudicarme a mí en todo. Pues aunque él tenía el poder entero, la custodia del rey Enrique, como la de don Alfonso había supuesto primero para don Manrique y luego para don Nuño, impedía que nadie, por no levantar contra el rey la espada, la blandiera contra él. Y él sí la blandía contra todo el que se le oponía, y los tenía ya a todos en un puño, habiéndoles herido a algunos y asaltado bienes y castillos a otros, pero mi palabra valía. Y mi historia propia la hacía aún valer más de lo que por mí mismo valía. Marchó de mi villa, que era tenencia de los Lara, agraviado y con enfado, y antes de que por la puerta de Arrebatcapas saliera yo había dejado de ser el juez y renunciado a todos mis cargos en el Concejo. No quería hacer daño alguno a mi villa y mi presencia al frente suyo sin duda se lo haría.

Don Álvaro parecía triunfar sin que ya hubiera entre los nobles castellanos quien pudiera oponérsele y fortalecer el partido y las razones de doña Berenguela, a la que llegó a cercar en un castillo donde se había guarecido, el de Autillo de Campos, y hubo de ser su hijo el infante Fernando quien la viniera a rescatar con una tropa de caballeros, cuando el destino hizo que una tragedia lo torciera todo, lo primero la vida de don Enrique y luego la suerte de don Álvaro.

Jugando el niño en Palencia con muchachos de su edad un 26 de mayo, y andando los unos por los tejados y los otros bajo ellos, prueba de no estar ni bien custodiados ni cuidados, uno hizo caer desde arriba fortuitamente una teja que fue a dar en la cabeza del rey, causándole la más grave herida. Tan fea y mala que los médicos solo vieron ya como único remedio para salvarle la vida el afrontar una delicada trepanación, para ver de lograr que no reventara el mal y pudiera respirar y aliviarse la presión. Se efectuó con buena mano y pareció que lo salvaba, pero era tan cruel el daño que a los pocos días empeoró de nuevo y finalmente falleció el 6 de junio, aunque el conde de Lara quiso a toda costa que no se supiera el fatal desenlace y atolondradamente pretendió hurtar la verdad y llevarse al niño muerto al castillo de Tariego. Pero de ello se enteró de inmediato doña Berenguela, antes incluso que la habladuría hiciera correr por todos lados la infausta

noticia, e hizo venir de inmediato a Castilla, desde León, a su hijo Fernando, aunque su padre el rey Alfonso IX no le quisiera dejar marchar y él hubiera de escapar. Lo trajo con rapidez y sigilo don Lope Díaz de Haro, el hijo de don Diego, que le permanecía fiel como lo había sido su padre. El infante don Fernando ya contaba con edad suficiente, pues tenía veinte años, y fue coronado rey de Castilla. Y aunque los Lara, con el beneplácito al principio de su propio padre, quisieron combatirlo, sus partidarios fueron decreciendo y mermando hasta diluirse su partido, máxime cuando el rey leonés, con quien su hijo no quiso combatir, le envió un mensaje tras otro hasta lograr reconciliarse con él y las ambiciones de don Álvaro Núñez de Lara fracasaron definitivamente. No habían perecido a la postre bajo la carga de caballería en una sangrienta batalla ni tras el asedio y feroz asalto a un castillo, sino por una teja desprendida por un crío que jugaba, que cambió la historia de Castilla y no permitió que la de los Lara se repitiera.

Epílogo

Lo único que en los viejos anda de prisa es el tiempo. Estos últimos años, desde la muerte de mi Elisa, parece haberse precipitado. Se suceden rápidos los unos a los otros, aunque aquí se repitan con rutina. La rutina de los viejos.

Dejé Atienza. Procuero ir a la fiesta mayor de la Cofradía de los Recueros, pero no sé si este año sacaré fuerzas. Ya veremos si Juan engancha el carro, que ya ni montar en mula mansa puedo. He acabado por venir a vivir a Bujalaro. Resultó que dos de mis hijas, las menores, se fueron a casar con los dos hijos mayores de mi primo. Son primos segundos, pero no creo yo que el Papa de Roma, que no sé ya si seguirá siendo Inocencio el Tercero, anule los matrimonios, pues no hay reinos de por medio. Algo me dijeron de dispensas y del obispo de Sigüenza, pero lo cierto es que ya tengo una pequeña reata de nietos, unos con mi nombre, otros con el de Juan, otras con el de Elisa y con el de Marta, y a una, me gustó, le han puesto Yosune. Por lo menos en esta ocasión han venido entreverados y no lo nuestro, de cuatro hembras el uno y cuatro varones el otro. Los que nos vivieron y nos viven.

Lo de casarse los chicos nos pareció bien a Juan y a mí. Nosotros qué vamos a decir si fueron ellos los que empezaron a festejar y lo urdieron. Además, así no se separan las tierras y ojalá que se mantengan unidos como hemos hecho todos estos años su padre y yo, que más que primos hemos sido hermanos.

En Bujalaro nos juntamos tres de entonces, pues al Valentín se le murió el Julián hace unos años. La mala coza de una mula que pareció no ser mucho y

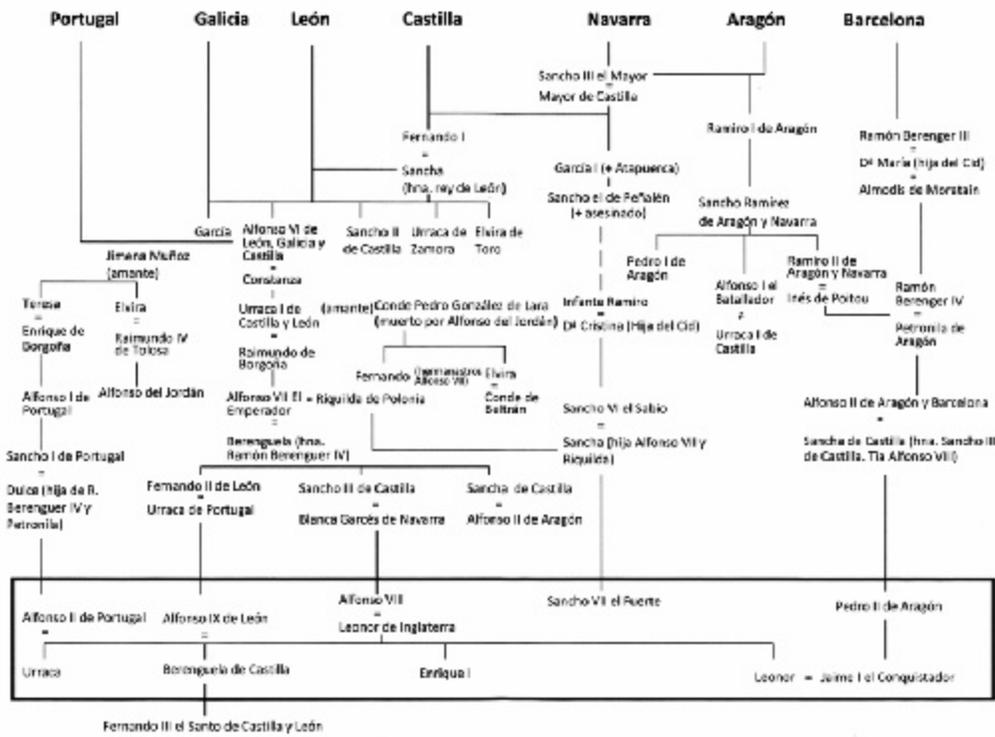
acabó pudriéndole los intestinos. Ni a su viuda ni a sus chicos les ha faltado amparo. Por descontado queda. Y los tres pasamos los días. Juan es quien se mantiene más templado y al único que le vive ya la mujer, pues la de Valentín se fue antes que él. Como Elisa se fue antes que yo. Que nunca pensé que eso sucedería. Siempre tuve la certeza de que yo me iría antes. Pero al año siguiente de la hambruna y cuando yo andaba muy envuelto en lo de la cofradía, Elisa se puso mala, le entró una fiebre muy fuerte y ya no se levantó de la cama. Yo me quedé alelado, como un pajarillo perdido, mirando sin saber qué hacer. Menos mal las chicas. A lo mejor fue por ello que acabé por venirme a Bujalaro, porque Atienza me dañaba. Y la casa aún más. Parecía que ella iba a aparecer en cualquier momento y regañarme un poco por algo que no debía estar haciendo. Hasta el final de sus días Elisa se mantuvo derecha como un chopo, y cuando se le puso el pelo blanco se lo hacía en un moño. Siguió manteniendo su voz maravillosa y cantando por mayo. Se me murió un invierno. Nunca le confesé el mal fin de su hermano. Para qué hacer sufrir a quien queremos.

Y aquí en Bujalaro, ya digo, al cuidado de las chicas y de Marta, que como mi primo parece que siempre les sobra correa. La que a los demás ya nos falta. Cuando hace frío, calientes al lado de la lumbre, y aprovechando el calorcillo de lo bueno del día en la solana, y de vez en cuando, que es bastantes veces, en la bodega. Nos vamos los tres y bebemos más vino de la cuenta. Acabamos templados. No será de eso de lo que nos muramos, dice Juan. Pero Marta, *la Mora*, viene, nos regaña y nos arrea a los tres para que vayamos de una vez a comer a casa.

El rey Fernando reina en Castilla y reinará en León, de donde es infante heredero, y se volverán a unificar los reinos como lo estuvieron, y dice el pequeño de Juan, que está en la milicia concejil de Atienza, que pronto va a ir a la guerra contra los moros de Córdoba y Sevilla.

Nota del autor

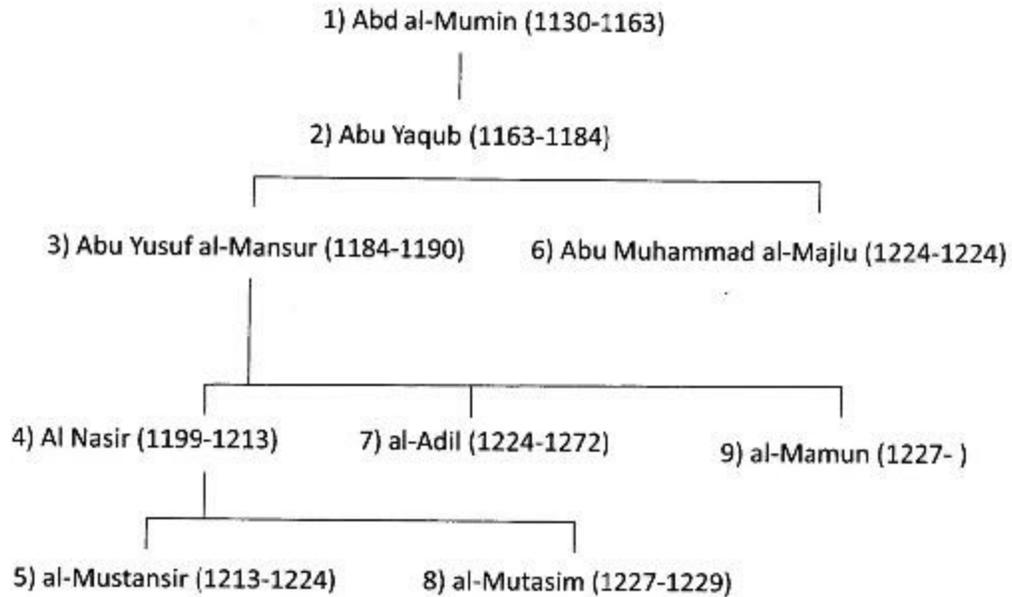
Escribí esta novela recorriendo los lugares que habitaron sus voces, subiendo a las almenas de los castillos en que se defendieron, como Atienza, Zorita, Anguix, Salvatierra o Huete, y a las alcazabas de las ciudades que lograron conquistar, como Cuenca. He posado ojos y pies en las catedrales que levantaron, como Sigüenza, en las iglesias donde se congregaron, como la Trinidad, Carabias y todas las Santa Marías por tantos pueblos perdidas, en los monasterios donde oraron, como Huelgas, Bonaval, Valfermoso o Monsalud, en las nuevas tierras que roturaron en la Transierra castellana, como Bujeda o Bujalaro y en los fueros que ampararon a sus repobladores. He caminado la tierra que ensangrentaron con sus batallas, desde Alarcos a Las Navas, y bebido en las palabras de quienes allí estuvieron presentes, con la tiara y con la espada, como el obispo toledano Rodrigo Jiménez de Rada, o con la pluma y la cimitarra, como Abu Marwan Abd al Malik ben Muhammad ben Sahib al Salá, y me he alimentado de la sabiduría de los historiadores que me ayudaron a comprenderlas e interpretarlas mejor, como, entre muchos, don Julio González, don Gonzalo Martínez Díaz, don Ambrosio Huici Miranda, don Francisco García Fitz, don José Antonio Almonacid Clavería, y mi admirado paisano don Francisco Laina Serrano. Y, sobre todo, una vez más, mi amigo Plácido Ballesteros, al que, de nuevo, este libro debe tanto.



Reinos musulmanes

El Mahdi / Ibn Tumart

Califas

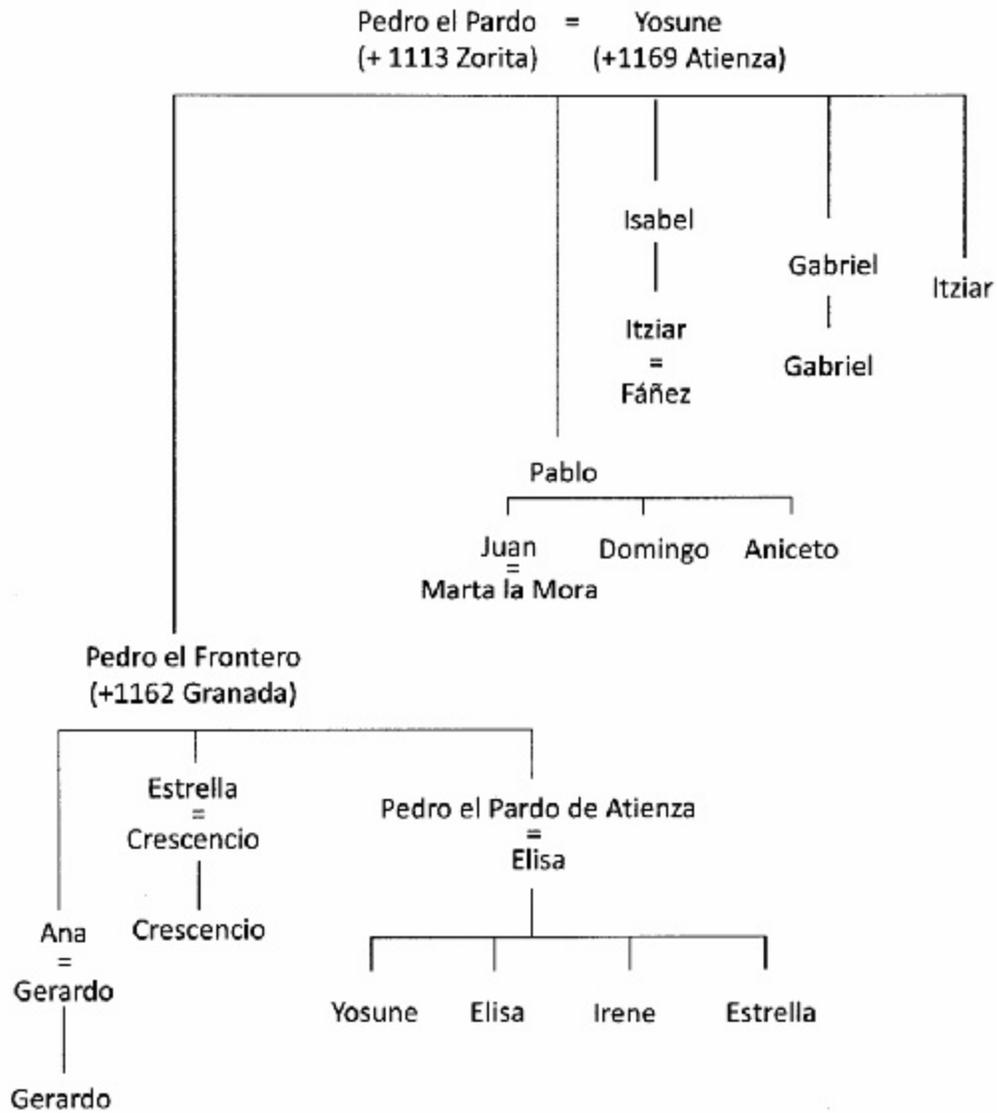


Taifas

Murcia-Valencia hasta 1172: Ibn Mardanis, el Rey Lobo.

Baleares hasta 1202: Ibn Ganiya. Almorávides.

Personajes de ficción



Personajes históricos

ABD AL-MUMIN (1094-1163). Califa almohade.

ABENCETA. Gobernador almorávide de Sevilla. Fue muerto en la campaña de 1143 por el frontero Munio Alfonso, que envió su cabeza a sus mujeres a Sevilla.

ABENGANIA. Gobernador almorávide de Valencia en 1139.

ABENHANDÍM. Líder andalusí de Córdoba que se sublevó contra los almorávides en 1144 aliado con Zafadola.

ABU YUSUF YAQUB AL MANSUR (¿?-1199). Califa almohade. Derrotó a Alfonso VIII en la batalla de Alarcos, tras la que pasó a denominarse Al Mansur (el Victorioso).

ABU YAQUB YUSUF (1135-1184). Califa almohade. Murió en 1184 en Santarem, combatiendo con Sancho I de Portugal y Fernando II de León.

ADERICO (1178-1184). Obispo de Sigüenza. Dejó la diócesis de Sigüenza tras ser nombrado obispo de Palencia.

ALFONSO I DE ARAGÓN, el Batallador (c. 1073-1134). Rey de Aragón y Pamplona tras la muerte de su hermanastro Pedro I en 1104. Casado con Urraca I de León y Castilla en 1109. Murió sin descendencia cuando trataba de conquistar Fraga, en 1134.

ALFONSO I DE PORTUGAL, Alfonso Enríquez (1109-1185). Primer rey de Portugal. Hijo del conde Enrique de Borgoña y Teresa, hija de Alfonso VI.

ALFONSO II DE ARAGÓN (1157-1196). Rey de Aragón y conde de Barcelona. Casado en 1174 con SANCHA DE CASTILLA. Fruto del matrimonio fue:

PEDRO II DE ARAGÓN (1178-1213). Rey de Aragón y conde de Barcelona desde 1196 y señor de Montpellier desde 1204. Combatió en Las Navas y murió en Muret. Padre de Jaime I rey de Aragón y conde de Barcelona (1208-1276).

ALFONSO VI DE LEÓN Y CASTILLA, el Bravo (1047/48-1109). Rey de León (1065-enero de 1072). Tras la muerte de su hermano Sancho en el cerco de Zamora, rey de León, Castilla y Galicia (noviembre de 1072-1109). Rey de Toledo (1085-1109).

ALFONSO DEL JORDÁN (1103-1148). Conde de Tolosa. Nieto de Alfonso VI.

ALFONSO VII DE LEÓN Y CASTILLA, el Emperador (1105-1157). Rey de León y Castilla. Hijo de la reina Urraca I y de Raimundo de Borgoña.

ALFONSO VIII DE CASTILLA, el Rey Pequeño (1155-1214). Rey de Castilla entre 1158 y 1214. Huérfano de madre desde 1156, heredó el trono a los tres años. Casado en 1170 con:

LEONOR. Hija del rey Enrique II de Inglaterra. Tuvieron diez hijos, de los que sobrevivieron a sus padres los siguientes:

BERENGUELA (1180-1246). Casada en 1197 con el rey Alfonso IX de León, el matrimonio fue anulado en 1204. Reina-regente de Castilla al morir sus padres en 1214. Tras la muerte de su hermano Enrique I en 1217, abdicó en su hijo Fernando III.

URRACA (1186-1220). Casada en 1205 con Alfonso II de Portugal.

BLANCA (1188-1252). Casada con Luis VIII de Francia. Regente de Francia.

CONSTANZA (1201-1243). Abadesa de Las Huelgas.

LEONOR (1190-1244). Casada en 1221 con Jaime I de Aragón, el matrimonio fue anulado en 1229.

ENRIQUE (1204-1217). Rey de Castilla entre 1214 y 1217 bajo la regencia de su hermana Berenguela.

ALFONSO IX DE LEÓN (1171-1230). Rey de León entre 1188 y 1230. Casó en 1165 con TERESA, hija de Sancho I de Portugal. Repudiada en 1192. Padres de Fernando, Sancha y Dulce, fallecidos solteros. Casó en segundas nupcias en 1197 con BERENGUELA. Hija de Alfonso VIII de Castilla. Anulado el matrimonio en 1204. Padres de:

FERNANDO. Rey de Castilla (1217-1252) y León (1230-1252). Con él se

reunifican León y Castilla.

ALÍ IBN YUSUF. Emir almorávide. Ocupó el trono almorávide en 1106 a la muerte de Yusuf.

AZUEL. Gobernador almorávide de Córdoba. Muerto por Munio Alfonso.

BERNARDO. Arzobispo de Toledo (1086-1124).

BERNARDO DE AGEN. Obispo de Sigüenza (1124-1152).

CEREBRUNO. Obispo de Sigüenza (1156-1167) y arzobispo de Toledo (1168-1180). Arcediano de Toledo. Como obispo de Sigüenza impulsó la construcción de la catedral y las iglesias de San Vicente y Santiago. Fue preceptor de Alfonso VIII. En 1168 pasó a ser arzobispo de Toledo.

FARAY. Gobernador almorávide de Calatrava. Muerto por las tropas de Zafadola en 1145.

FERNANDO II DE LEÓN (1137-1188). Hijo de Alfonso VII de León y Castilla. Rey de León entre 1157 y 1188.

FERNANDO FERNÁNDEZ. Alcaide de Hita. Muerto en la frontera durante una campaña de la que la *Crónica* de Alfonso VII no precisa la fecha.

FERNANDO GARCÍA DE HITA. Alcaide de Guadalajara (1107-1110). Señor de Uceda e Hita por donación de la reina Urraca. Casado con TRIGIDIA FERNÁNDEZ en primeras nupcias. Padres de:

GUTIERRE FERNÁNDEZ DE CASTRO. Primer jefe de los Castro.

RODRIGO FERNÁNDEZ DE CASTRO (c. 1090 - c. 1142). Casado con ELIO ÁLVAREZ, hija de Álvar Fáñez y de Mayor Pérez, hija del conde Pedro Ansúrez.

En 1122, Fernando García de Hita se casó en segundas nupcias con ESTEFANÍA ARMENGOL, hija del conde de Urgell Armengol V y María Pérez, hija del conde Pedro Ansúrez. Padres de:

URRACA FERNÁNDEZ DE CASTRO, casada con el conde Rodrigo Martínez. Amante de Alfonso VII con quien tendría a Estefanía Alfonso *la Desdichada*.

MARTÍN FERNÁNDEZ DE HITA. Alcaide de Hita, participó en la conquista de Almería (1147). Sus descendientes fueron los primitivos señores de la villa alcarreña.

PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO. Casado con María Pérez de Lara, hija del

conde Pedro González de Lara. Primer maestre de la Orden de Calatrava.
FERNANDO RODRÍGUEZ DE CASTRO (1125-1185). Heredó la jefatura de los Castro a la muerte de su padre Rodrigo.
Casado con CONSTANZA OSORIO, hija del conde Osorio Martínez, a quien repudió y casó en segundas nupcias con su prima hermana ESTEFANÍA ALFONSO LA DESDICHADA, a la que asesinó.
GARCÍA RAMÍREZ, el Restaurador (1134-1150). Rey de Pamplona. Hijo del infante Ramiro Sánchez (descendiente del antiguo rey de Pamplona García Sánchez III) y de Cristina Rodríguez, hija del Cid.
SANCHA DE NAVARRA. Casada primero con Gastón V, vizconde de Bearne; y posteriormente con Pedro Manrique de Lara, señor de Molina, vizconde de Narbona y mayordomo mayor de Fernando II de León.
GONZALO NÚÑEZ. Considerado como el genearca de la casa nobiliaria de los Lara. Casado con GODO GONZÁLEZ. Padres de:
RODRIGO GONZÁLEZ (c. 1087 - h. 1243). Casado en 1125 con la infanta Sancha, hija de Alfonso VI. Casado en segundas nupcias con la condesa Estefanía, nieta de Pedro Ansúrez e hija del conde Armengol V de Urgell.
GONZALO PÉREZ. Arzobispo de Toledo (1182-1191).
GUTIERRE ARMÍLDEZ. Frontero cristiano, alcaide de Toledo, muerto en 1131 por Faray, adalid de Calatrava.
GUTIERRE FERNÁNDEZ DE CASTRO (c. 1087-1169), Jefe de la casa Castro. Sin descendencia, la jefatura y bienes pasaron a su sobrino Fernando Rodríguez de Castro *el Castellano*.
IBN HAMUSK. Rey de Murcia a partir de 1147. Líder andalusí, suegro del Rey Lobo.
IBN MARDANIS. Conocido como el Rey Lobo en las *Crónicas* cristianas. Rey de Murcia y Valencia mantuvo la resistencia frente a los almohades hasta 1172.
IBN TUMART (c. 1080-1128). Fundador de los almohades.
IBRAHIM IBN TASUFIN. Último emir almorávide. Murió en 1147 en Marrakech en un enfrentamiento con los almohades.
JOSCELMO. Obispo de Sigüenza (1168-1177).
MANRIQUE PÉREZ DE LARA (m. 1164). Hijo de Pedro González Pérez de

Lara. Jefe de la casa Lara al que le arrebataron la custodia del Rey Pequeño. Señor de Molina. Padre de:

PEDRO MANRIQUE DE LARA (m. 1202). Defensor de Huete frente a los almohades.

MARTÍN DE FINOJOSA. Obispo de Sigüenza (1191-1192).

MARTÍN FERNÁNDEZ. Alcaide de Hita.

MARTÍN LÓPEZ DE PISUERGA. Obispo de Sigüenza (1186-1191) y arzobispo de Toledo (1192-1208).

MARTÍN ORDÓÑEZ. Frontero. Recibió de Alfonso VII en 1152 la Peña de Anguix.

MUHAMMAD AN-NASIR. (¿?-1213). Califa almohade. Conocido en las *Crónicas* cristianas como Miramamolín, corrupción del título árabe Amir al-Mu'minin (Príncipe de los Creyentes). Derrotado en Las Navas, también participaron Sancho VII de Navarra, Pedro II de Aragón y tropas de Portugal y de diversos principados ultrapirenaicos.

MUNIO ALFONSO. Frontero. Alcaide de Mora. Muerto en 1143 por Faray de Calatrava.

NUÑO PÉREZ DE LARA. Jefe de la casa Lara a la muerte de su hermano Manrique en la batalla de Huete y tutor de Alfonso VIII. Muerto en el sitio de Cuenca en 1177.

Casado con TERESA FERNÁNDEZ DE TRABA, que una vez viuda se casó con el rey de León, Fernando II. Padres de:

FERNANDO NÚÑEZ. Fue alférez real de Alfonso VIII que acabó desnaturalizándose del reino. Murió en Marruecos.

ÁLVARO NÚÑEZ DE LARA (c. 1170-1218). Alférez real en Las Navas. Casado con Urraca Díaz de Haro, hija del señor de Vizcaya. Regente durante la minoría de Enrique I, se enfrentó a la reina Berenguela y a su hijo Fernando III. Terminó sus días como freire de la Orden de Santiago.

PEDRO ALGUACIL. Frontero de la mesnada de Munio Alfonso que mató al gobernador de Sevilla, Abenceta.

PEDRO DE CARDONA. Arzobispo de Toledo (1181-1182).

PEDRO DE LEUCATE. Obispo de Sigüenza (1152-1156). Sobrino de don Bernardo de Agén.

PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO (c. 1160-1214). Jefe de la casa Castro a la muerte de su padre Fernando Rodríguez de Castro. Enemistado con Alfonso VIII, combatió en el bando almohade en Alarcos. Murió exiliado en el Magreb en 1214.

PEDRO GONZÁLEZ DE LARA (m. 1130). Amante de la reina Urraca I de León y Castilla. Tuvo con ella dos hijos. Fernando y Elvira Pérez. Murió en Bayona en duelo con Alfonso del Jordán.

Con doña EVA PÉREZ DE TRABA, viuda del conde García Ordóñez, tuvo tres hijos: Manrique Pérez de Lara. Al que pasó la jefatura de la familia. Álvaro Pérez (m. 1172). Nuño Pérez de Lara, que ocupó la jefatura de la familia tras la muerte de su hermano Manrique.

RAIMUNDO. Arzobispo de Toledo (1124-1152).

RAMIRO II DE ARAGÓN, el Monje (1086-1157). Rey de Aragón tras la muerte de su hermano Alfonso I en 1134. Monje. Se casó en 1135 para tener un heredero. Desposó a su hija Petronila en 1137 con Ramón Berenguer IV de Barcelona, en quien delegó el poder, retirándose al convento.

RAMÓN BERENGUER IV (1113/14-1162). Conde de Barcelona y *princeps* de Aragón por su matrimonio en 1137 con PETRONILA heredera del reino. Padres de Alfonso II, rey de Aragón y conde de Barcelona.

RODRIGO. Obispo de Sigüenza (1192-1221). De origen aragonés. Combatió en Alarcos y Las Navas.

RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA. Arzobispo de Toledo (1209-1247).

SANCHO I DE PORTUGAL. Rey de Portugal. (1154-1211).

SANCHO III de CASTILLA, el Deseado (1133-1158). Hijo de Alfonso VII el Emperador. Casado con BLANCA de NAVARRA. Padre de Alfonso VIII.

SANCHO VI DE NAVARRA, el Sabio (1133-1194). Rey de Pamplona a partir de 1150, fue el primero en emplear el título de rey de Navarra. Casado con SANCHA DE CASTILLA, hija de Alfonso VII el Emperador.

SANCHO VII DE NAVARRA, el Fuerte (1170-1234). Rey de Navarra desde 1194. Combatió, con un protagonismo importante, en la derrota de los almohades en la batalla de Las Navas en 1214.

TASUFIN IBN ALÍ IBN YUSUF. Emir almorávide. Gobernador de Al Ándalus,

fue nombrado por su padre heredero en 1138. Muerto en Orán por los almohades.

URRACA I DE LEÓN Y CASTILLA (1081-1126). Reina de León, Castilla, Galicia y Toledo (1109-1126) tras morir su padre Alfonso VI sin descendencia masculina.

YUSUF IBN TAXAFIN. (¿? - 1106). Emir almorávide. Se apoderó de todo Al Ándalus tras ser llamado por los reyes de taifas tras la toma cristiana de Toledo.

ZAFADOLA. Príncipe andalusí heredero de los Banu Hud, últimos reyes taifas de Zaragoza.

Cronología

REINADO DE DOÑA URRACA I

1109

Junio, 30. Muere Alfonso VI en Toledo. Octubre-noviembre. Matrimonio de la reina Urraca, viuda, heredera de Alfonso VI, con Alfonso I de Aragón.

1110

Mayo, 31. Los almorávides toman Zaragoza y controlan todo Al Ándalus.

1112-1113

Período de enfrentamientos-acuerdos entre los partidarios de la reina Urraca, del rey Alfonso el Batallador y del hijo de la reina, Alfonso VII. Mázdali, nombrado por el emir almorávide gobernador de Córdoba, Granada y Almería, realiza una devastadora campaña al valle del Henares. Cerca Guadalajara y asola toda la comarca antes de volver a Córdoba con abundante botín. Al año siguiente realiza otra importante campaña contra Toledo. Toman el castillo de Oreja y cercan a Álvaro Fáñez en el castillo de Montesant, que resistió.

1114

Abril. Álvaro Fáñez muere («después de las octavas de Pascua mayor») en un enfrentamiento con las milicias concejiles de Segovia, ciudad partidaria de Alfonso I de Aragón, defendiendo el reino a favor de la reina Urraca. Atendiendo a la consanguineidad de los monarcas, el matrimonio de doña Urraca y Alfonso el Batallador es declarado nulo en un concilio celebrado en

Palencia.

1118

Alfonso I el Batallador conquista a los almorávides el reino de Zaragoza. Campañas de los toledanos contra Córdoba en las que matan a Mázdali y a su hijo. El arzobispo de Toledo don Bernardo conquista Alcalá.

1121

Reuelta en Córdoba contra los almorávides, que obliga al emir a cruzar el Estrecho para sofocarla. Inicio del movimiento almohade en el norte de África con la sublevación del Mahdi Ibn Tumart.

1122

Bernardo de Agen, chantre de la catedral de Toledo, es consagrado como obispo de Sigüenza.

1126

Marzo, 8. Muere la reina doña Urraca. Campaña de Alfonso I contra Granada y Córdoba. Regresa con miles de mozárabes.

REINADO DE ALFONSO VII EL EMPERADOR

1126

Primavera-otoño. Alfonso VII es proclamado rey de León y Castilla.

1127

Marzo-abril. Alfonso I el Batallador entra en territorio castellano con un fuerte ejército. Se aceleran las adhesiones castellanas al nuevo rey leonés que ocupa Burgos. Julio. Pacto de Támara. Se reconoce la soberanía de Alfonso I el Batallador sobre Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Belorado, La Bureba, Soria, San Esteban de Gormaz y La Rioja. Por su parte, Alfonso I el Batallador cedía las plazas fronterizas de Frías, Pancorbo, Briviesca, Villafranca de Montes de Oca, Burgos, Santiuste, Sigüenza y Medinaceli.

1128

Matrimonio de Alfonso VII con Berenguela, hija del conde de Barcelona Ramón Berenguer III. Alfonso I, el Batallador, repuebla Almazán y conquista Molina. Alfonso Enríquez, hijo de doña Teresa condesa de Portugal, desplaza del territorio portugués a su madre y a su amante y consejero, el conde Fernando Pérez de Traba. Aunque Alfonso VII sometió a su primo, cercándolo en Guimarães, se iniciaba así el proceso de la independencia de Portugal.

1129

Alfonso I el Batallador ataca Medinaceli y Morón, que son socorridas por Alfonso VII desde Atienza. El conde Pedro González de Lara vuelve a negar la ayuda a Alfonso VII.

1130

El conde Pedro González de Lara, antiguo amante de la reina Urraca, es encarcelado y despojado de sus dominios, marchando al exilio a Bayona, allí es muerto en duelo por Alfonso del Jordán, primo de Alfonso VII. Su hermano, el conde Rodrigo González, se somete a Alfonso VII y es nombrado alcaide de Toledo. Tasufin, emir almorávide, realiza una incursión contra Toledo y destruye el castillo de Aceca. Muere el Mahdi Ibn Tumart, fundador del movimiento almohade. Proclamación de Abd al-Mu'min. Los almohades empiezan a controlar casi todo el norte de África.

1131

El caudillo andalusí Zafadola, heredero de los Banu Hud, últimos reyes taifas de Zaragoza, se hace vasallo de Alfonso VII. Con el acuerdo de vasallaje, por el que Zafadola entregó la fortaleza de Rueda al rey cristiano recibiendo a cambio posesiones en el reino de Toledo, Alfonso VII trataba de promover la creación de un Al Ándalus gobernado por su vasallo, tributario de la monarquía castellano leonesa y opuesto a los almorávides.

1132

Los almorávides en una nueva incursión en territorio toledano matan a los

alcaldes de Escalona, Domingo y Diego Álvarez, y al de Hita, Fernando Fernández.

1133

Nace el infante Sancho, futuro Sancho III de Castilla.

1134

Muerte de Alfonso el Batallador. Separación de los reinos de Aragón y Navarra. Ramiro II el Monje es elegido rey de Aragón y García Ramírez rey de Navarra. Alfonso VII ocupa La Rioja y Zaragoza.

1135

Mayo, 25. Alfonso VII es proclamado Emperador en León por el obispo Arriano Guido de Vico legado papal de Inocencio II. El Emperador recibe el vasallaje de prácticamente todos los reyes y nobles cristianos peninsulares a excepción de Alfonso Enríquez de Portugal. García Ramírez, rey de Navarra, se declara vasallo de Alfonso VII de León y Castilla, quien le entrega Zaragoza.

1136

Alfonso VII entrega Zaragoza a Ramiro II de Aragón y García Ramírez, rey de Navarra, se alía con Alfonso Enríquez de Portugal contra el Emperador. El conde Manrique Pérez de Lara ocupa Molina y la repuebla.

1137

Nace el infante Fernando, el futuro Fernando II de León. Contrato de esponsales entre Ramón Berenguer IV de Barcelona y Petronila de Aragón. Nace la Corona de Cataluña-Aragón, pues Ramón Berenguer IV pasa a gobernar también en Aragón.

1138

Los almorávides toman el castillo de Mora, por lo que Alfonso VII manda construir el castillo de Peña Negra. Algaras del frontero Munio Alfonso en territorio musulmán. Alfonso VII otorga al obispo de Sigüenza, don Bernardo, «el lugar en que está construida la citada iglesia seguntina», con

licencia para hacer una puebla en la que pueda instalar 100 casados con sus familias y bienes, con facultad para labrar las tierras incultas que estaban desiertas. Nace así la ciudad episcopal de Sigüenza, hasta entonces pequeña aldea de Medinaceli.

1139

Toma de Oreja por Alfonso VII. Victoria de Alfonso Enríquez de Portugal sobre los almorávides en Ourique, tras la que comienza a intitularse como rey.

1140

Octubre, 25. Esponsales del infante Sancho (III) con Blanca de Navarra.

1142

Alfonso VII toma Coria.

1143

Muere el emir almorávide Alí. El nuevo emir, Tasufin, nombra a Abengania jefe supremo de Al Ándalus. Incursión de Munio Alfonso, alcaide de Toledo, al territorio de Córdoba. En la campaña derrota a los gobernadores de Córdoba, Azuel, y Sevilla, Abenceta, que mueren en el combate. Nueva campaña de Alfonso VII contra territorios de Córdoba, Sevilla y Carmona. El Emperador deja a Munio Alfonso y a Martín Fernández, alcaide de Hita, en retaguardia, en Peña Negra, que son atacados por Faray, el adalid musulmán de Calatrava. Muerte de Munio Alfonso. Independencia del reino de Portugal, tras unas negociaciones presididas por el cardenal-legado papal Guido.

1144

García Ramírez, rey de Navarra, casa con Urraca, hija de Alfonso VII.

1144-1145

La disgregación del poder almorávide en la Península da lugar al segundo período de taifas. Muere Reverter, jefe de las milicias cristianas al servicio de los almorávides en el norte de África. Tasufin perece en Marruecos tratando de frenar el avance almohade. Desembarco en la Península de las primeras

tropas almohades.

1146

Muere Zafadola. Alfonso VII toma Calatrava.

1147

El hispano musulmán Ibn Mardanis, el Rey Lobo, y su suegro Ibn Hamusk controlan la zona del Levante desde Valencia a Murcia. Los almohades toman Sevilla. Conquista de Almería por Alfonso VII el Emperador.

1149

Entrevista en Zorita de Alfonso VII el Emperador con el Rey Lobo, Ibn Mardanis, de Murcia y con el rey de Valencia Ibn Hamusk para afianzar su alianza contra los almohades. Muere la reina Berenguela, esposa de Alfonso VII. Toma de Lérida por Ramón Berenguer IV. Los almohades se apoderan de Córdoba.

1150

Los almohades toman Badajoz. Muere García Ramírez de Navarra. Le sucede Sancho VI el Sabio.

1151

Matrimonio del infante Sancho, hijo primogénito de Alfonso VII, con doña Blanca, hermana de Sancho VI de Navarra. Matrimonio del monarca navarro con doña Sancha, hija de Alfonso VII.

1155

Noviembre, 11. Nace en Soria el infante Alfonso, que heredará el reino de Castilla tras la muerte de su padre Sancho III, con el nombre de Alfonso VIII.

1157

Reconquista de Almería por los almohades. Muere Alfonso VII el Emperador. Los reinos de Castilla y León se dividen entre sus hijos Sancho III y Fernando II.

REINADO DE SANCHO III

1158

Nace la orden militar de Calatrava tras la renuncia templaria a defender esa ciudad fronteriza. Agosto, 31. Muere en Toledo Sancho III de Castilla.

REINADO DE ALFONSO VIII

1158

A la muerte de Sancho III, se designa tutor del rey niño (que solo contaba con tres años) a Gutierre Fernández de Castro y regente del reino a Manrique Pérez de Lara en un intento de equilibrar el reino entre las dos familias nobiliarias más poderosas. La solución dura pocos meses, pues los Lara, tras presionar al anciano conde Gutierre González de Castro, al que prometen que obedecerán como jefe, consiguen apoderarse de la persona del rey.

1159

La inestabilidad dentro de Castilla motivada por el enfrentamiento entre los Lara y los Castro es aprovechada por el rey navarro, Sancho VI, que se apodera de Logroño y una gran parte de La Rioja. Fernando II de León ocupa por su parte la ciudad de Burgos.

1160

Marzo. Los Castro derrotan a los Lara en Lobregal. Noviembre. El califa almohade Abd al Mumin pasa a la Península. Derrota a los castellanos en tierras de Badajoz. Obliga al Rey Lobo a levantar el cerco de Córdoba y le arrebató Carmona.

1162

Agosto, 6. Alfonso II, rey de Aragón. Agosto, 9. Fernando II de León, con el apoyo de los Castro ocupa Toledo. Los almohades, con importantes refuerzos llegados desde Marruecos, se dirigen a Granada y derrotan al Rey Lobo. En el combate muere Álvar Rodríguez, nieto de Álvar Fáñez, apodado

por los musulmanes el Calvo.

1163

Mayo-julio. Los Lara, acosados por el rey de León y los Castro, pactan la entrega de Alfonso VIII a su tío. Engaño de Soria y huida de los Lara con el rey niño primero a Atienza y luego a Ávila y Segovia. Estos sucesos dan origen a la tradición de «La Caballada». Abu Yaqub, nuevo califa almohade.

1164

Julio, 9. Batalla de Huete. El conde Fernando Rodríguez de Castro derrota a los partidarios de los Lara. El regente de Castilla, el conde Manrique Pérez de Lara, muere en la batalla. Su hermano, el conde Nuño Pérez de Lara, pasa a liderar su familia.

1166

Julio, 9. Muere el conde Gutierre Fernández de Castro. Agosto, 26. Don Nuño Pérez de Lara recupera Toledo.

1169

Abril-mayo. Cerco de Zorita, último bastión en Castilla de los Castro. Prisión de Nuño Pérez de Lara. Rendición y liberación del conde. Junio-Julio. Ibn Hamusk, suegro del Rey Lobo se pasa a los almohades. Noviembre. Alfonso VIII alcanza la mayoría de edad. Septiembre. Esponsales entre Alfonso VIII y Leonor de Inglaterra, hermana de Ricardo Corazón de León. Alfonso II de Aragón, ante la toma de Valencia por los almohades al Rey Lobo, conquista Teruel y su comarca.

1172

Marzo. Muere Ibn Mardanis, el Rey Lobo, cercado en Murcia por los almohades. Su hermano y sus hijos se someten a los almohades que controlan toda la España musulmana. Julio, 8 a 22. Los almohades cercan y asedian Huete, que resiste defendida por don Pedro Manrique de Lara.

1173

Tregua de Castilla con los almohades.

1174

Alfonso VIII entrega Uclés a la Orden de Santiago y Zorita a la de Calatrava.

1177

Cerco y conquista de Cuenca. El conde Nuño Pérez de Lara muere en la batalla. Sancho VI el Sabio, rey de Navarra, renuncia a La Rioja a favor de Alfonso VIII.

1180

Nace la infanta doña Berenguela, futura reina de León y Castilla.

1184

Segunda campaña en la Península contra Santarem del califa Abu Yaqub que encuentra la muerte en ella. Alfonso VIII conquista Alarcón.

1185

Sancho I, rey de Portugal. Muere el conde don Fernando Rodríguez de Castro.

1188

Alfonso IX rey de León.

1194

Muere Sancho el Sabio de Navarra. Le sucede su hijo Sancho VII el Fuerte. Pedro Fernández de Castro pasa a Marruecos al servicio de los almohades.

1195

Derrota castellana en Alarcos ante el nuevo califa almohade, Abu Yusuf al Mansur, tras la que se pierde gran parte de La Mancha y sus primos los reyes de León y Navarra se revuelven contra Alfonso VIII.

1196

Campaña almohade hacia Extremadura, toman Montánchez, Trujillo y Plasencia, y la vega toledana que coinciden con ataques combinados de

leoneses y Pedro Fernández de Castro y los navarros contra Alfonso VIII. Abril, 25. Pedro II, rey de Aragón. Agosto, 15. Alfonso VIII recupera Plasencia.

1197

Nueva campaña almohade contra Talavera, Maqueda, Toledo, Madrid, Guadalajara, Oreja, Uclés, Huete y Cuenca. Agosto. Tregua entre Castilla y los almohades. Octubre. Acuerdo entre Castilla y León. Matrimonio de la infanta doña Berenguela con Alfonso IX de León.

1199

Enero, 22. Muere el califa almohade Abu Yusuf.

1200

Incorporación de Guipúzcoa y de Vitoria a la corona de Castilla.

1201

Abril, 24. Nace el infante don Fernando, el futuro Fernando III de Castilla y León, hijo de doña Berenguela y Alfonso IX de León.

1204

Abril, 14. Nace el infante Enrique, el futuro Enrique I de Castilla. Disolución por disposición papal del matrimonio entre la infanta Berenguela y Alfonso IX de León.

1211

Marzo, 27. Alfonso II, rey de Portugal. Mayo. El nuevo califa almohade Abu Abd Allah pasa a la Península.

1212

Julio. Batalla de Las Navas de Tolosa. Alfonso VIII y sus aliados derrotan a los almohades.

1213

Muere en Marruecos el califa almohade Abu Abd Allah.

1214

Agosto, 18. Muere el conde Pedro Fernández de Castro. Octubre, 5. Muere Alfonso VIII. Le sucede su hijo Enrique I de Castilla, quedando como regente su madre, la reina Leonor. Octubre, 31. Muere la reina Leonor, quedando como regente la infanta doña Berenguela, la hermana mayor del rey Enrique I.

Nota histórica

Conquista y repoblación de la Transierra castellana (1085-1212)

por Plácido Ballesteros San-José

Una frontera entre dos sociedades

La conquista de la taifa de Toledo en mayo de 1085 por Alfonso VI de León y Castilla, el entonces monarca triunfante en el conjunto de la Península ibérica, fue el suceso clave que aceleró los procesos que, en paralelo, estaban viviendo lentamente desde hacía unas décadas las sociedades hispano-cristiana y andalusí hacia su total e irreversible separación antagónica.

El proyecto político de Alfonso VI de convertirse en el monarca bajo cuya protección podrían vivir las gentes de todas las creencias que se le sometieran, plasmado en la intitulación «*emperator du 'l-millatain* (*emperador de las dos religiones*)» utilizada en algunas cartas árabes salidas de su cancillería, fracasó con el desembarco almorávide en la Península durante el verano de 1086.

Los acontecimientos que se sucedieron desde entonces convirtieron a las comarcas que se extienden entre las cumbres del Sistema Central y el río Tajo, pronto denominadas por los castellanos como Transierra, en frontera entre dos sociedades globales cada vez mejor delimitadas.

En palabras del profesor García de Cortázar al tratar de aquel período, el

nuevo reino de Toledo fue a lo largo de los años de finales del siglo XI y toda la centuria siguiente el escenario de una deliberada lucha claramente ideológica entre una Cristiandad y un Islam doctrinalmente muy reforzados en aquellas décadas. Así, la sociedad andalusí pasó a estar controlada primero por los almorávides desde 1086 y, posteriormente, por los almohades desde 1146, ambos movimientos doctrinales islámicos nacidos en el norte de África, más integristas que los practicados hasta entonces en Al Ándalus, que proclamaban la guerra santa contra los cristianos. Por su parte, la sociedad feudal hispano-cristiana a través de la influencia de la Reforma gregoriana aceptó también por entonces la dirección ideológica de los legados pontificios y los monjes cluniacenses, que avalaban la idea de cruzada. De esta manera, las tierras del valle del Tajo y de La Mancha, escenarios de los enfrentamientos entre ambos bloques, quedaron convertidas no solo en frontera política, sino en frontera entre dos sociedades cada vez más alejadas, más militarizadas y volcadas hacia la guerra.

Aquel fue el contexto histórico que se recrea literariamente en *El Rey Pequeño*, esta nueva novela de Antonio Pérez Henares. Una época apasionante y compleja de la que, atendiendo nuevamente a su amable petición, trataremos de ofrecer las claves y los hitos fundamentales en los párrafos siguientes.

De los años difíciles en la Transierra, a la consolidación de la frontera en La Mancha (1108-1157)

La consolidación de los almorávides en Al Ándalus fue un proceso que llevó pocos años. Alentado por la división entre los distintos reinos andalusíes, el emir Yusuf ibn Tasufin procedió al destronamiento sucesivo de los taifas de Granada (1090), Sevilla (1091) y Badajoz (1094), maniobras que contaron con la aprobación de los ulemas y la pasividad de la mayoría de la población andalusí. En los años siguientes su control se extendió a todo el Levante peninsular.

Una vez consolidados en la España musulmana, los almorávides centraron sus asaltos contra territorio toledano e intensificaron su presión para recuperar Toledo, con campañas casi anuales.

Los momentos más difíciles se vivieron tras la desastrosa batalla de Uclés en 1108. No solo porque supuso importantes pérdidas territoriales, con la ocupación por parte de los almorávides de todo el sector oriental del reino toledano, desde los pasos del Tajo en Zorita hasta Cuenca y Alarcón. La muerte en la batalla del infante heredero, Sancho, llevó a Alfonso VI, entonces ya un anciano muy enfermo, que veía próximo su propio final, a decidir de manera precipitada el matrimonio de su primogénita, la infanta Urraca, con el rey de Aragón y Pamplona, Alfonso I el Batallador, considerado por su trayectoria militar como un caudillo capaz de hacer frente a la amenaza almorávide. La futura reina de Castilla y León era entonces viuda y tenía un hijo de corta edad fruto de su primer matrimonio con el conde Raimundo de Borgoña.

Pero la solución militar buscada con el matrimonio de la heredera de la corona con el rey de Aragón no solo fracasó desgraciadamente, sino que vino a incrementar sobremanera los problemas a los que el reino habría de enfrentarse.

El inmediato fracaso del matrimonio real produjo una situación bastante caótica. Lo cierto es que durante las siguientes dos décadas todos los sectores del reino castellano leonés se dividieron en dos, y a veces en tres, bandos enfrentados enconadamente, que apoyaban unos a la reina Urraca (parte de la nobleza leonesa y castellana), otros al segundo marido de la reina, Alfonso I de Aragón (ciertos magnates y la mayoría de las ciudades, especialmente las de la Extremadura castellana), y otros al hijo del primer matrimonio de la reina, el futuro Alfonso VII (la mayoría del alto clero, de origen francés, y una parte importante de la nobleza gallega).

Los acontecimientos políticos internos de la familia real y de la corte motivaron que en aquella desastrosa situación, el magnate encargado de la defensa del territorio, Álvaro Fáñez, solo contara con la ayuda de las milicias de las propias ciudades de la Transierra.

Como nos informa el anónimo autor de la *Crónica Adefonsi Imperatoris*, durante aquellos años, Alfonso VII y sus partidarios prestaron escasísima atención a la frontera del Tajo a causa de las guerras con el rey de Aragón, que con sus aliados «... rendían por la fuerza a toda Castilla y a gran parte del territorio de León».

La presencia aragonesa fue especialmente intensa en la Extremadura castellana fronteriza con Aragón, aledaña a la Transierra, donde el Batallador promovió la repoblación de diversos lugares, entre ellos Berlanga, Almazán y Soria. Su influencia sobre aquellas comarcas se vio incrementada tras la conquista de Zaragoza en 1118 a los almorávides y, sobre todo, con la de Calatayud en 1120. Ese año, además, Alfonso I de Aragón promovió la restauración de la diócesis de Tarazona, sufragánea de la provincia Tarraconense, a la que vinculó Soria tras su repoblación.

Este movimiento político-religioso del rey aragonés tuvo una rápida respuesta del arzobispo de Toledo. Frente a la restauración de la diócesis de Tarazona, el arzobispo de Toledo en colaboración de la reina Urraca y Alfonso VII promovió rápidamente la consagración de los obispos de Segovia (1120), Ávila (1121) y Sigüenza (1122).

Tras la muerte de la reina Urraca en 1126, Alfonso VII fue coronado rey en León, y en una rápida campaña recuperó las posiciones más importantes que aún reconocían al aragonés en Castilla como Burgos o Carrión de los Condes. Pero la situación de indefinición territorial en aquel sector, en el que en 1128 los aragoneses arrebataron Molina a los almorávides, se mantuvo hasta la muerte de Alfonso I en 1134. La muerte del Batallador trajo la separación de los reinos de Aragón y Navarra, ocasión aprovechada por Alfonso VII, ya totalmente consolidado en todas las zonas de sus reinos, para ocupar La Rioja y Zaragoza, lo que motivó que los territorios fronterizos con la Transierra comenzaran a bascular hacia Castilla.

El 25 de mayo de 1135, Alfonso VII se vio encumbrado como el soberano más poderoso de la Península. En su proclamación como Emperador recibió el vasallaje de casi todos los reyes y nobles cristianos peninsulares (a excepción de su primo Alfonso Enríquez de Portugal) y del príncipe andalusí Zafadola.

Mientras permaneció activo el conflicto fronterizo con Aragón que acabamos de repasar, casi toda la atención de Alfonso VII estuvo centrada en el mismo. De hecho la propia *Crónica Adefonsi Imperatoris* reconoce expresamente que la defensa de la frontera con los musulmanes del nuevo reino dependió durante largo tiempo casi exclusivamente de los concejos de la tierra:

«La fortaleza de los musulmanes y su muy considerable poder perduró hasta que el emperador Alfonso se dirigió a Jerez y hasta que tomó Oreja [1139] y Coria [1142]. Pero aunque los musulmanes hacían grandes guerras, siempre fue costumbre de los cristianos que habitaban en la Transierra y en toda Extremadura reunirse cada año frecuentemente en formaciones... e iban al territorio de los moabitas y de los agarenos, efectuaban numerosas matanzas, capturaban muchos musulmanes, conseguían mucho botín y causaban numerosos incendios... peleando destruían castillos y villas e infligían más daño que el que recibían de los musulmanes.»

Cuando las circunstancias del enfrentamiento con Aragón se lo permitieron, Alfonso VII comenzó a reforzar todo el sector, para lo que paulatinamente fue poniendo en marcha dos tipos de medidas complementarias entre sí: impulsar la consolidación y el desarrollo de los concejos de las ciudades y villas que se consideraron más importantes por su posición estratégica; e interesar a ciertos nobles en la defensa de aquellas tierras más expuestas que se abrían hacia la frontera con los musulmanes.

Son varios centenares las disposiciones tomadas por el soberano sobre la frontera para asegurar su afianzamiento y colonización las que se han conservado en los archivos. De todas ellas nos detendremos, como ejemplos ilustrativos, solo en dos que por sí mismas explican suficientemente aquella política de apuntalamiento de la Transierra para mitigar los efectos de los continuos ataques almorávides.

Un modelo clásico de incentivo directo puesto en marcha por el monarca para promover el desarrollo de una población fronteriza y la repoblación de su territorio fue la concesión, en 1133, de fuero a Guadalajara, la ciudad clave del valle del Henares, pues en ella confluían casi todos los accesos desde los valles del Jarama, el Sorbe, el Henares y el Tajuña. El texto otorgado a la capital alcarreña, con grandes similitudes en su articulado con los restantes fueros de repoblación de la Extremadura y del reino de Toledo, tenía como propósito potenciar el crecimiento de la ciudad.

Simultáneamente al impulso dado al desarrollo de ciudades, villas y aldeas, durante los años treinta, cuarenta y cincuenta del siglo XII el Emperador realizó una larga serie de donaciones de bienes y tierras en la

frontera a diversos personajes que pertenecían a toda la escala nobiliaria. Como hemos dicho nos detendremos en una de ellas.

Durante el mes de septiembre de 1152, «cuando el emperador venía de Lorca», es decir, de una campaña contra territorio enemigo, dio a Martín Ordóñez y a su mujer Sancha Martínez el paraje de Anguix; prueba concluyente de las verdaderas intenciones del monarca la encontramos en los términos de la donación real a aquel matrimonio de fronteros: «hago carta de donación para ti, Martín Ordóñez y tu mujer, Sancha Martínez, de la peña de Anguix, que está en la ribera del Tajo. Os la doy para que construyáis en ella un castillo y la pobléis...».

El papel de los fronteros fue fundamental en aquella guerra de desgaste caracterizada por reiteradas campañas de destrucciones, aniquilaciones, demoliciones, incendios, y cautividades mutuas. Una realidad de cotidiana heroicidad que la *Crónica Adefonsi Imperatoris* refleja a la perfección, recogiendo numerosísimas acciones de ataque y defensa protagonizadas por personajes tan emblemáticos como el célebre Munio Alfonso, alcaide de Mora, o por los anónimos miembros de todas las milicias de las ciudades y villas de la Extremadura castellana y la Transierra, entre las que el cronista real destaca a las de Toledo, Hita, Madrid, Guadalajara, Segovia o Ávila.

Completó su acierto Alfonso VII en la política hacia Al Ándalus con el aliento y ayuda a las revueltas de algunos líderes musulmanes andalusíes contra los almorávides. Primero a Zafadola, heredero de los Banu Hud, últimos reyes taifas de Zaragoza. Desde 1131 hasta 1146, el líder zaragozano, con el respaldo de importantes contingentes cristianos, consiguió movilizar a su favor a numerosos sectores andalusíes, llegando a convertirse en rey de buena parte del sureste peninsular, situación recogida en algunos documentos castellanos que consignaron que dicho personaje «regnava en Espanna sobre los moros anteluzinos». Tras la muerte de Zafadola en 1146, otros dos líderes andalusíes, Ibn Mardanis e Ibn Hamusk, vinieron a ocupar su lugar en el liderazgo de la población andalusí. La entrevista de ambos con Alfonso VII en Zorita en 1149 fue consignada como notable en varios documentos de la cancillería real que fueron fechados «cuando el emperador tuvo allí coloquio con el rey de Valencia, Merdenis, que también se llama Lobo, y con el rey de Murcia, Abenfamusco».

Tras el acuerdo de Zorita, el Emperador tuvo unas relaciones de permanente colaboración con los nuevos líderes andalusíes frente al nuevo poder norteafricano, los almohades, que habían sustituido a los almorávides en el Magreb y comenzaban a imponerse también en amplias zonas de la Península.

En paralelo a las medidas tomadas para asegurar la frontera e impulsar la repoblación de los extremos abiertos hacia territorio musulmán, el monarca fue tomando una serie de disposiciones cuyo objetivo era promover la colonización de los *yermos* interiores existentes entre las cumbres del Sistema Central y el foso del Tajo.

A este respecto el caso de Sigüenza es totalmente paradigmático. Restaurado el antiguo obispado de *Segontia* en 1122 para detener el avance político-religioso aragonés como hemos visto en párrafos anteriores, la sede de la nueva diócesis era en esos momentos una minúscula aldea de Medinaceli, muy lejos de ser capaz de albergar la estructura y administración eclesiástica del territorio.

Por eso, en menos de una década, el obispo seguntino, don Bernardo de Agén, con la ayuda decidida del Emperador, construyeron una verdadera ciudad. El 16 de septiembre de 1138, Alfonso VII cedió en señorío al obispo la propia iglesia de Santa María de Sigüenza, en la que el obispado tenía su sede, permitiéndole que instalara en los terrenos circundantes «cien vecinos casados que vayan con sus familias y todo lo que les sea necesario»; de ellos, veinte serían de Medinaceli, la cabecera del territorio, y los restantes de otros lugares.

Alfonso VII impulsó de nuevo dos años más tarde el crecimiento de Sigüenza. El 14 de mayo de 1140, además de confirmar lo dispuesto en el privilegio anterior, concedió que otros cien pobladores se pudieran instalar en Santa María de Sigüenza, otorgándoles «todas las tierras que puedan arromper y poner en cultivo, de las que mi abuelo el Rey Alfonso adquirió en otro tiempo y que hasta hoy permanecen yermas y desiertas». Se daba pie así también a la creación progresiva de algunas aldeas en las inmediaciones de Sigüenza.

El punto culminante en la creación de la nueva ciudad fue el 7 de mayo de 1146. Ese día, Alfonso VII, a cambio de dos aldeas propiedad de la

Iglesia, dio al obispo don Bernardo unas salinas en Santiuste y la aldea de «Sigüenza de arriba con su castillo», es decir, la puebla pegada a la fortaleza que aún seguía siendo aldea de Medinaceli; y que estaba separada por escasos metros del burgo que el obispo había ido erigiendo ladera abajo, asentando pobladores en torno a la iglesia. En el mismo privilegio, el Emperador ordenó que «Sigüenza superior e inferior fueran una sola villa y un solo concejo» y tuvieran un único juez y unos mismos sayones, siendo el señor exclusivamente el obispo. Había nacido una nueva ciudad episcopal.

Atienza, Huete y Zorita: tres escenarios decisivos de las luchas entre Laras y Castros durante los años difíciles de la minoría de Alfonso VIII (1158-1169)

En los años finales del reinado del Emperador se pactó con el Rey Lobo el cambio de Uclés por Alicún, posición cercana a Baza. Lo hizo efectivo Sancho III, en 1158, al que el Emperador había designado rey de Castilla en el reparto de sus reinos. Con ello, la frontera más próxima con los almohades, que habían conseguido reunificar bajo su poder casi todo Al Ándalus, se replegaba más allá de Cuenca, controlada también por el rey de Valencia, que se mantuvo como fiel aliado del nuevo rey de Castilla. Esta situación no cambiaría tras la temprana muerte de Sancho III el 31 de agosto de 1158.

Durante los años de la minoría de Alfonso VIII, las posiciones de Ibn Mardanis constituían por aquel sector la primera línea de defensa. Los enfrentamientos con las nuevas autoridades norteafricanas tuvieron lugar durante varios lustros en tierras musulmanas donde acudían importantes contingentes de caballeros y peones cristianos como ejércitos auxiliares del Rey Lobo.

Así las cosas, la verdadera preocupación y las mayores dificultades para la Transierra castellana no vendrían en las décadas siguientes del campo musulmán, sino de la situación de inestabilidad política creada en el reino por la larga minoría de edad del nuevo monarca y los enfrentamientos entre los partidarios de las dos casas nobiliarias que se disputaban el control del reino a través de la regencia.

Las *Crónicas* del período nos informan que el moribundo Sancho III, tras

confiar la tutela y el cuidado del niño heredero a don Gutierre Fernández de Castro, quien había sido su propio ayo, trató de asegurar la estabilidad del reino procurando que el equilibrio de poder existente entre las distintas casas nobiliarias se mantuviera, especialmente entre las dos más poderosas del reino, los Castro y los Lara. Para ello dispuso que los magnates del reino conservasen las tenencias y castillos que tenían en nombre de la corona hasta que el rey tuviese los quince años; y solo entonces, una vez proclamada la mayoría de edad de Alfonso VIII, las pusiesen a disposición del rey, sin que antes ni el tutor del rey ni el regente del reino pudieran privarles de ninguna de las tenencias.

Pero la paz no duró mucho. Tras diversos escarceos diplomáticos sobre la custodia del rey niño, la guerra abierta se declaró en marzo de 1160. Desde entonces comenzó un período de grave inestabilidad política, que duraría prácticamente hasta la mayoría de edad de Alfonso VIII en 1169, caracterizado por la alternancia de enfrentamientos armados entre los bandos rivales y períodos de tregua y acuerdo. Como quiera que por la naturaleza del presente trabajo, no es este el lugar apropiado para seguir con detalle dichos sucesos, nuestra atención se centrará solo en aquellos que tuvieron una relación directa con la Transierra.

Al comienzo del conflicto, los Castro buscaron el apoyo del rey de León, Fernando II, tío del rey niño de Castilla. Con su apoyo arrinconaron a don Manrique hacia Soria y la Transierra. El 9 de agosto de 1162, Fernando II y sus aliados ocuparon también Toledo, a cuyo frente se puso a Fernando Rodríguez de Castro, personaje al que nombró también mayordomo del reino de León. De esta manera, al de Lara no le quedó más remedio que aceptar las exigencias del rey leonés que reclamaba para sí la regencia del reino y la tutela de su sobrino hasta la mayoría de edad.

El arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada en su *Historia de los hechos de España* narra aquellos sucesos seguramente siguiendo recuerdos de testigos directos:

«... y el conde Manrique se vio abocado a tal grado de necesidad que no tuvo más remedio que rendirle homenaje al rey de León, incluyendo la entrega del rey niño como vasallo. Y habiendo llegado a Soria junto a aquel rey para que, de acuerdo con el homenaje, recibiera el vasallaje del rey niño,

tras reunirse el Concejo de Soria, las personas a cuya lealtad había sido encomendado el pequeño rey hablaron así al conde Manrique: “Libre os lo damos y libre guardadlo.” Y en aquel momento, asustado el niño por algo, empezó a llorar en brazos de quien lo sostenía, y lo entraron en la casa como para darle de comer, por ver si así dejaba de llorar y lo entregaban a su tío. Entonces un caballero valeroso y leal, Pedro Núñez de Fuentearmegil, cobijó al rey niño bajo su capa y a lomos de un caballo muy veloz lo llevó aquel mismo día hasta el castillo de San Esteban. Y como el rey de León, los condes y los barones andaban tratando de varias cuestiones en el Concejo de Soria a la espera de que acabara lo que creían sueño del rey niño, el rey de León, que estaba cansado de la espera y deseoso de ver al niño, pregunta por él; y al inquirir del cuidador del niño sobre su estado, respondió: “Se presentó un caballero que se lo llevó para traerlo ante su tío.” Y como los condes intentaran justificar el retraso con diversas excusas, surgido al cabo en la ciudad un gran alboroto, el rey de León, tío del niño, los dejó marchar con la condición de que lo buscaran con la mayor diligencia y que, dondequiera que lo hallasen, se lo entregaran de acuerdo con lo estipulado; y aquella misma noche llegaron a San Esteban. Pero el conde Nuño se les adelantó con el pretexto de buscarlo y, luego de sacar allí al niño, se refugió al día siguiente en Atienza, e hizo caso omiso, en bien de la libertad de su señor, de la promesa y del homenaje. Cuando el rey don Fernando se enteró de esto, se irritó considerándose burlado y le envió un caballero al conde Manrique para que le echara en cara el incumplimiento de su palabra y de su juramento; este, que andaba ingeniando qué podía hacer para librar a su señor natural y que anteponeía la seguridad de este a todas las cosas, despidió al enviado que había venido a reconvenirlo con burlas, chanzas y sin respuesta alguna. Al cabo del tiempo, cuando el rey Fernando en persona recriminó su acción al conde Manrique, se cuenta que este le respondió así “Desconozco si soy leal o traidor o felón, más lo cierto es que, en la manera en que me fue posible, libré al niño, mi señor natural.” Ante estas palabras fue absuelto por unanimidad de la acusación que pesaba sobre él».

Aunque la *Crónica* del arzobispo de Toledo no precisa cuándo ocurrieron temporalmente aquellos sucesos, los exhaustivos estudios realizados por don

Julio González sobre los documentos producidos por las cancillerías de los dos reinos, a través de los que se puede reconstruir los itinerarios de ambas cortes, nos permite situarlos en el mes de julio de 1163.

En este punto, no podemos dejar de recoger cómo la leyenda sobre estos acontecimientos dio origen a la tradición de «La Caballada», popular celebración el día de Pentecostés que rememora la supuesta huida del rey niño escondido bajo la capa de un arriero desde Atienza hasta Ávila.

El enfrentamiento abierto del rey leonés con los Lara duró poco también en esta ocasión. El 12 de septiembre las cortes de Fernando II y su sobrino volvían a estar juntas en Soria. Con ello los Castro conservaban en su poder prácticamente toda la Transierra, desde Toledo a Huete, pasando por Zorita.

Consolidada dicha situación, Fernando II volvió a León. Aprovechando la retirada de Fernando II, el conde don Manrique no tardó en hostigar a los Castro. El objetivo esta vez fue la posición más apartada de la Transierra, Huete. Sobre dicha plaza marchó el regente de Castilla, cercándola. Allí acudió el líder de los Castro acompañado por las milicias toledanas. La batalla entre ambos bandos se produjo el 9 de julio de 1164. Los *Anales Toledanos* dan cuenta de la misma con su acostumbrado laconismo: «... Ferrando Ródriz con los de Toledo y de Uepte lidió con el conde don Marric, y fue muerto allí el conde don Marric y otros muchos castellanos».

Tras la muerte de don Manrique, su hermano don Nuño Pérez de Lara, antiguo alférez de Alfonso VII, se hizo cargo de la regencia del reino y como tal lo encontramos, apenas tres meses después de lo de Huete, conduciendo al rey niño hasta Sahagún donde había quedado con Fernando II para celebrar una entrevista. Allí se produjo una nueva reconciliación temporal con los Castro.

Tampoco duró demasiado la calma en este caso. Los nuevos enfrentamientos por el control de diversas zonas del reino se concretó en la recuperación de Toledo en 1166 por parte del regente: «Sacaron a Ferrand Royz de Toledo en XXVI días andados Dagosto, día viernes, Era MCCIV», consignaron los toledanos en sus *Anales* con su concisión habitual.

Con la pérdida de Toledo, se inició el declive del conde don Fernando Rodríguez de Castro y sus partidarios en Castilla, si bien mantuvieron determinadas tenencias, fortalezas y castillos en su poder. Entre ellas, la más

importante era Zorita.

Por ello, la recuperación de aquella plaza fuerte en 1169, culminada por el propio rey en persona, ya un joven adolescente, unos pocos meses antes de ser proclamada su mayoría de edad, puede ser entendida como el cierre de una época en la que, a pesar de la inestabilidad política que se vivió, en todas nuestras comarcas siguió consolidándose una nueva sociedad.

El desarrollo de la campaña la conocemos por los detalles incorporados por los escribanos reales en la documentación expedida por la cancillería. Una vez completado el cerco se entablaron las acostumbradas negociaciones para que los sitiados rindieran la plaza. En el transcurso de las mismas, el alcaide que tenía Zorita por los Castro, llamado Lope de Arenas, retuvo como prisioneros a los negociadores del bando real y los encerró en el castillo. El 5 de mayo se fechó un privilegio «en Zorita, cuando el conde Nunio y el conde Ponce eran mantenidos allí en cautividad por el mezquino Lope de Arenas». Los prisioneros eran el propio regente del reino, don Nuño Pérez de Lara, y el conde Ponce de Minerva, que hacía poco había abandonado el servicio de Fernando II. El ejército real, a cuyo frente estaba el propio rey adolescente, mantuvo prieto el cerco durante los días siguientes hasta el día 19 en que los escribanos dejaron constancia que ese día «el conde Nunio y el conde Ponce fueron liberados de su cautividad».

Coincidiendo casi en el tiempo con la pérdida de Zorita, su último gran bastión en Castilla, don Fernando Rodríguez de Castro pasó a tierras musulmanas, poniéndose al servicio de los almohades.

La frontera se aleja definitivamente de la Transierra (1169-1214)

Tal como había establecido su padre Sancho III, Alfonso VIII alcanzó la mayoría de edad al comenzar su decimoquinto año de vida, el 11 de noviembre de 1169. En esos momentos, vencida en Zorita meses antes la resistencia de los partidarios de los Castro, el monarca controlaba en la práctica la casi totalidad del reino.

Peor empezaron a estar las cosas con respecto a la España musulmana. El comienzo del gobierno personal del monarca castellano coincidió con cambios profundos, a los que no podemos dejar de prestar una atención

preferente, ya que marcarán la evolución política de las décadas siguientes.

Los almohades aprovecharon el enfrentamiento entre el Rey Lobo y su suegro, que se disputaban la posesión de Jaén, para con un fuerte ejército expedicionario magrebí marchar hacia Córdoba. Allí recibieron la sumisión Ibn Hamusk. En 1170 las fuerzas almohades, conducidas por Ibn Hamusk, penetraron en los dominios del Rey Lobo y consiguieron arrebatarse importantes posesiones entre las que se contaban Baza, Almería y Lorca. Al año siguiente fue el propio califa almohade el que cruzó el Estrecho. Tras concentrar sus tropas en Sevilla, realizó una razia hacia territorio toledano en la que asaltó castillos y consiguió importante botín con el que volvió a Sevilla.

Aquellas campañas pusieron de manifiesto el grave peligro que podía venir sobre el reino, por lo que Alfonso VIII cedió a la Orden de Santiago el emblemático castillo de Oreja en septiembre de 1171; y, a los pocos meses, el 7 de febrero de 1172, confió a la misma orden militar el castillo de Alarilla, que custodiaba un importante paso del Tajo.

Pero el objetivo fundamental de la venida a la Península del califa era otro: el asalto definitivo contra Ibn Mardanis. El viejo aliado hispanomusulmán no pudo resistir el embate final de las fuerzas norteafricanas que controlaban ya los restantes territorios musulmanes en la Península. Enfermo y cercado en Murcia, el Rey Lobo murió durante el mes de marzo de 1172. Allí acudió su hermano, que gobernaba en su nombre Valencia, quien de acuerdo con los hijos de Ibn Mardanis pactaron la rendición, entrando al servicio del califa almohade.

Entre tanto, los cristianos de la zona de Huete, que por concesión del Rey Lobo se habían ido extendiendo años atrás hacia la zona de Cuenca, asediaron dicha ciudad por los meses de febrero o marzo de 1172, en una maniobra de distracción para tratar de aliviar la difícil situación del Rey Lobo, cercado en Murcia.

Era lógico, pues, que uno de los primeros objetivos de los almohades tras el sometimiento de los herederos de Ibn Mardanis fuese aquel sector. La virulencia e importancia de la presión fue tal que Huete estuvo a punto de sucumbir al sufrir un apretado cerco entre los días 11 y 22 de julio. Los sitiados, a cuyo frente estaba el conde Pedro Manrique de Lara, al faltarles el

agua pidieron capitular bajo la condición de poder evacuar la ciudad con sus bienes y marchar libremente, lo que no fue aceptado por el califa Abu Yaqub. En esta situación desesperada, la fortuna trajo para los sitiados una providencial lluvia torrencial que llenó los aljibes de la fortaleza y destrozó con un fuerte vendaval parte del campamento almohade. Ante estas nuevas circunstancias y la proximidad de las tropas de socorro cristianas, a cuyo frente marchaba el propio rey Alfonso VIII, los almohades levantaron el cerco y volvieron a Sevilla.

La campaña de julio de 1172 puso de manifiesto la necesidad de seguir apuntalando desde el punto de vista militar todo el sector, máxime cuando los almohades volvieron a insistir con sus incursiones a tierras del Tajo al año siguiente. Por ello en los primeros días de 1174, Uclés se puso en manos de la Orden de Santiago. Además, el 23 de febrero de 1174, el rey dio a la Orden de Calatrava el castillo de Zorita; al año siguiente, el día 18 de mayo de 1175, corría la misma suerte Almoguera.

Esta acumulación de contingentes armados de carácter permanente en todas aquellas posiciones contribuyó en buena manera a facilitar la conquista de la vecina Cuenca en 1177. Con ello el conjunto de la Transierra ganó mucho en tranquilidad, ya que suponía el alejamiento definitivo de la frontera para estas tierras.

Además, aquel sistema defensivo se demostró eficaz. Cuando tras la batalla de Alarcos (1195) los almohades recuperaron gran parte de La Mancha y lanzaron fuertes aceifas por todo el reino de Toledo, no hubo quiebras en este sector, a pesar de que fue estragado directamente. La extensión y dureza de la devastación de las aceifas de los veranos siguientes a la derrota de Alarcos quedó reflejada en los Anales toledanos, que reseñaron el recorrido de la de 1197: «A otro año vino el rey de Marruecos para Talavera, e por Maqueda, e por Toledo, e por Madrit, e por Alcalá, e por Orella, e por Uclés, e por Huepte, e por Cuenca, e por Alarcón; e de si fue por la ira de Dios.»

No obstante, a pesar de aquellos momentos difícilísimos, los numerosos testimonios conservados ponen de manifiesto cómo el proceso repoblador fue culminando en toda la Transierra en las décadas siguientes, ya comenzada la nueva centuria.

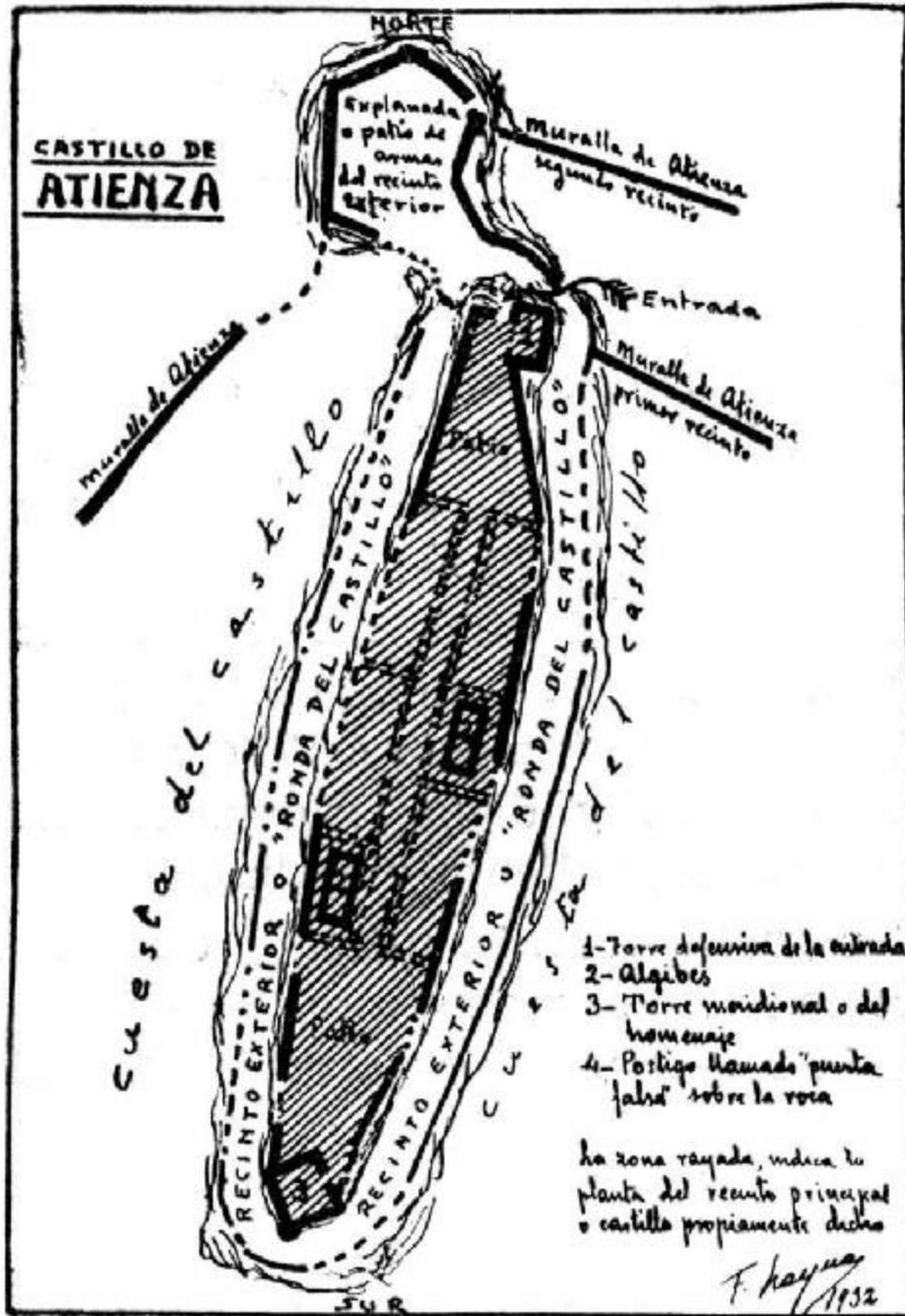
En este sentido es bien cierto que podríamos prolongar estas páginas con un verdadero aluvión de datos concretos relativos a donaciones reales a diversos miembros de la nobleza, al arzobispo de Toledo y a los obispos de Sigüenza y Cuenca, a los nuevos monasterios de Monsalud, Bonaval o Valfermoso que fueron fundados en aquellos años, a los fueros ampliados a los concejos de las villas, en cuyos alfores iban surgiendo nuevas aldeas. Pero, para no alargarnos en exceso, concluiremos nuestro epílogo con uno de los mejores resúmenes que se han escrito sobre aquellos años. Se trata del repaso a «las hazañas y piadosas obras del noble Alfonso» que el arzobispo toledano don Rodrigo Jiménez de Rada, coetáneo de las últimas décadas del reinado de Alfonso VIII, ofreció en su Historia de los hechos de España:

«... asedió Cuenca [...] hasta que se le entregó. [...]. Le entregó aldeas de su poder y con pastos fértiles la alegró. [...].

»Los baldíos de Huete llenó de gente y en el camino los protegió con habitantes. Las Alcarrias rocosas domeñó con gentes y la dureza de la encina trocó en uvas. En Uclés fijó la jefatura de la orden y el afán de esta fue espada de defensa. [...]. La ribera del Tajo llenó de habitantes, y de pobladores de defensa la serranía de Ocaña. [...]. Los roquedales de Oreja los agregó a ella.... Sancho, su añorado padre, dio a Fitero Calatrava, el noble Alfonso lo sancionó. [...]. El rey Alfonso los formó y con muchas heredades los enriqueció. Zurita, Almoguera, Maqueda, Aceca y Cogolludo les entregó y les quitó el peso de la pobreza y les añadió bienes adecuados. Su aumento es la gloria regia, y su instrucción, la corona del príncipe. Los que entonaban salmos se ciñeron la espada y los que lloraban rezando defendieron la patria. [...].».

Pocos años más tarde, con la contundente victoria cristiana en Las Navas durante el verano de 1212, la frontera se alejó definitivamente de la Transierra. Tras una centuria en la que estas tierras habían sido uno de los más disputados escenarios entre el Islam y la Cristiandad, quedaban definitivamente incorporadas a la sociedad feudal castellana.

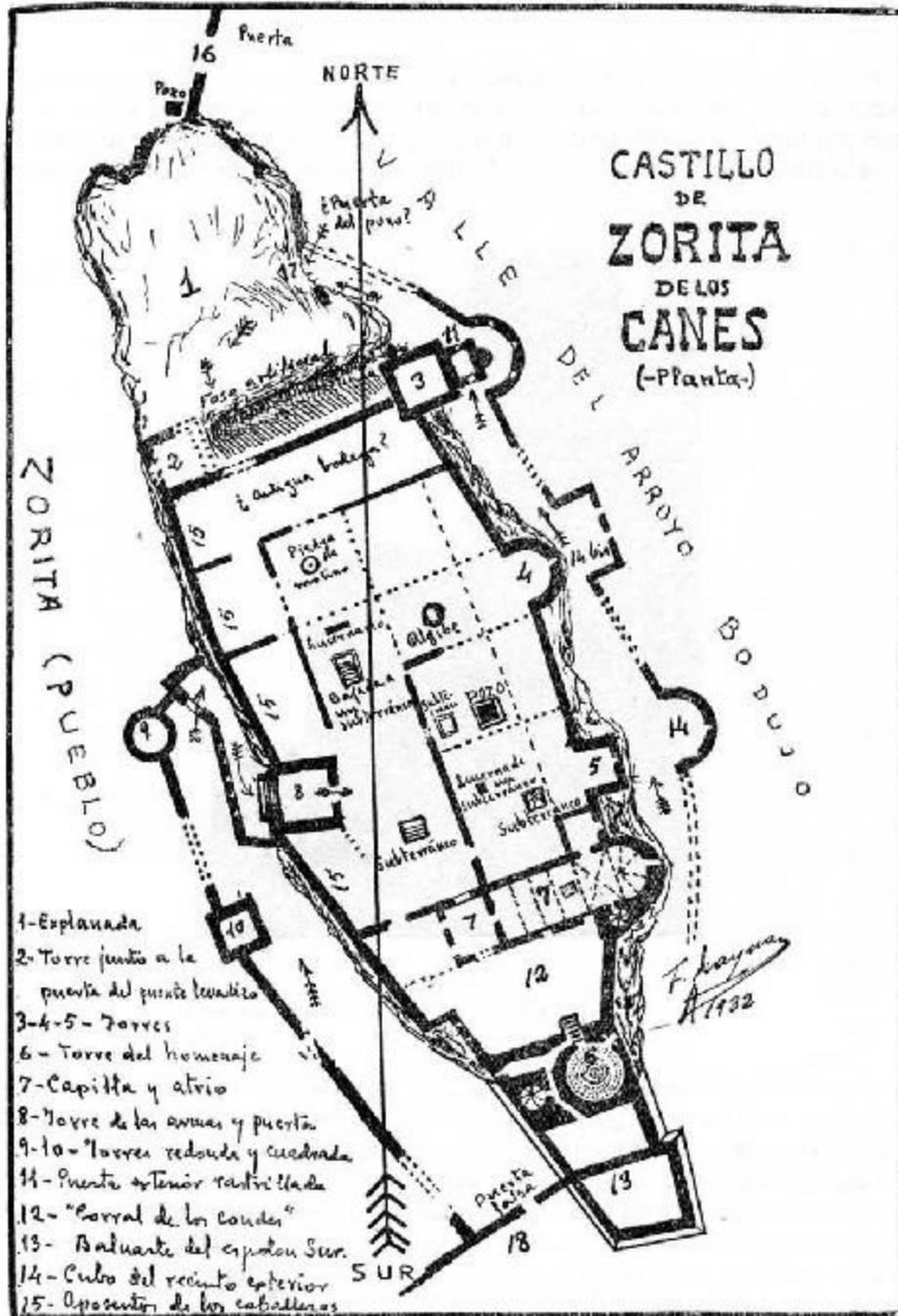
Planos de fortificaciones y villas castellanas



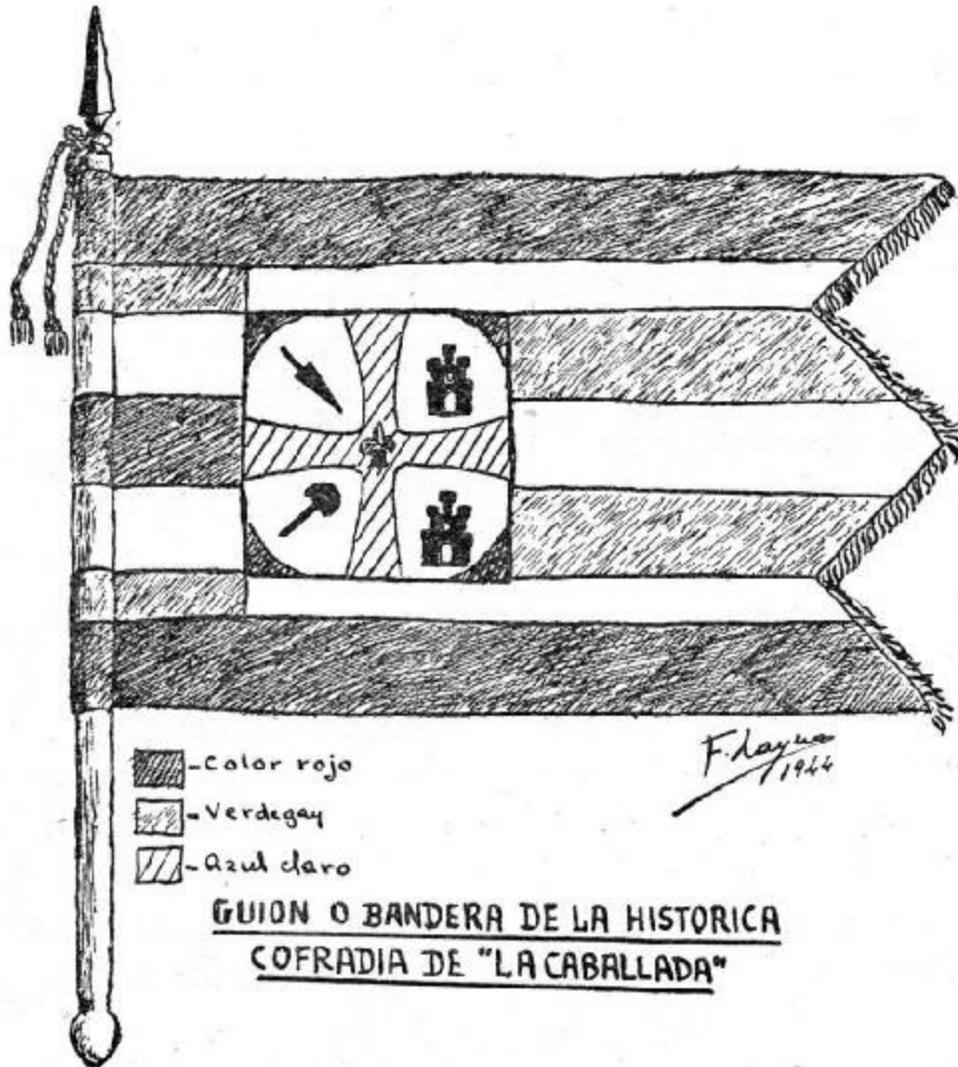
Plano del castillo de Atienza



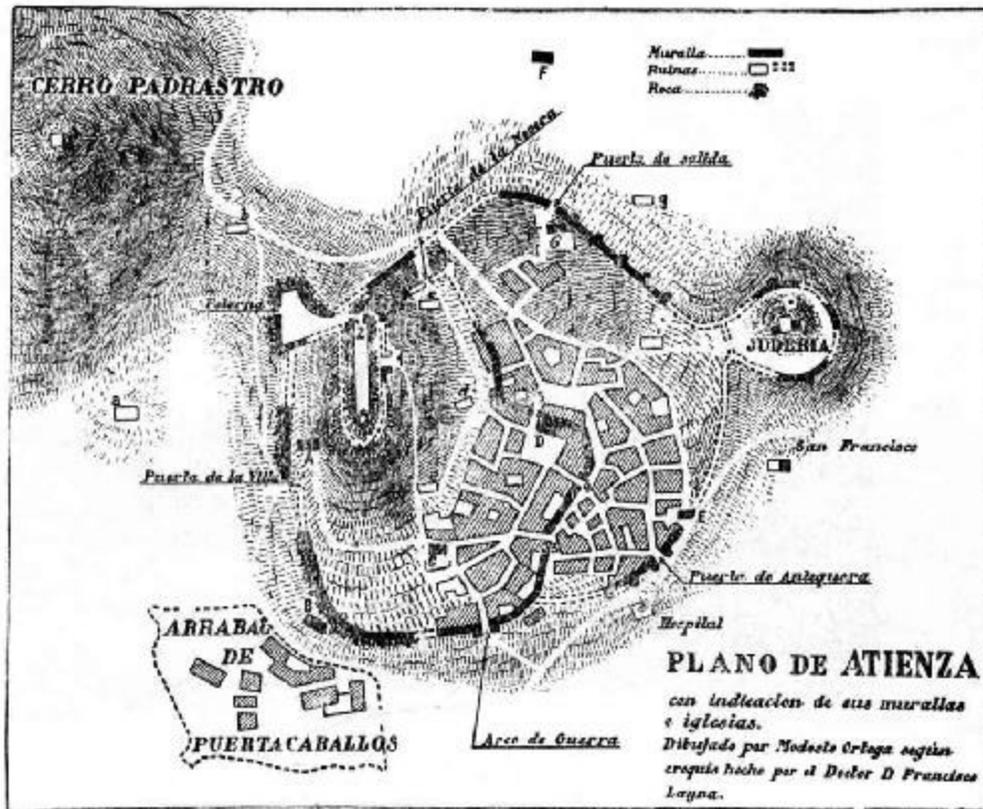
Croquis de las murallas de Guadalajara



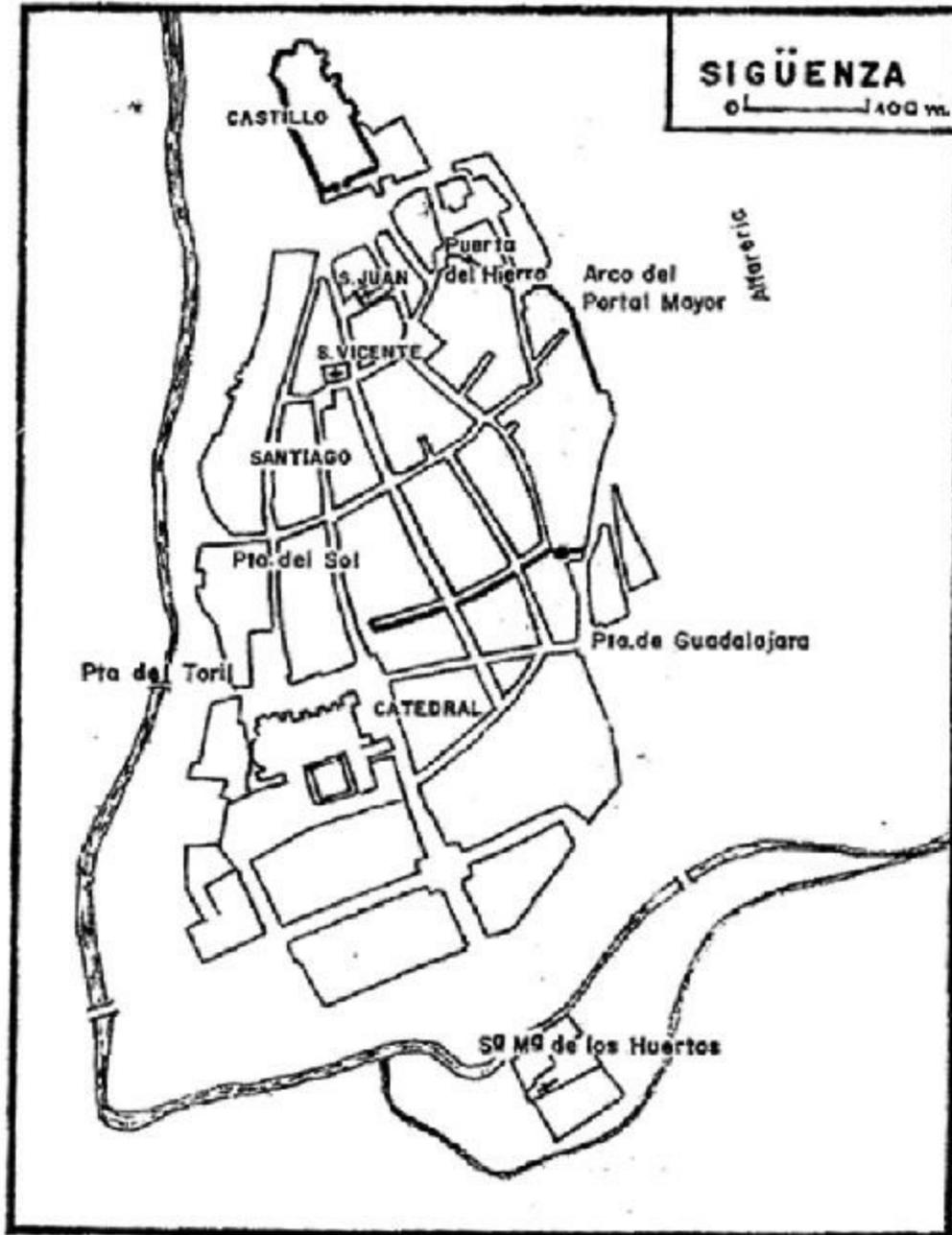
Castillo de Zorita de los Canes



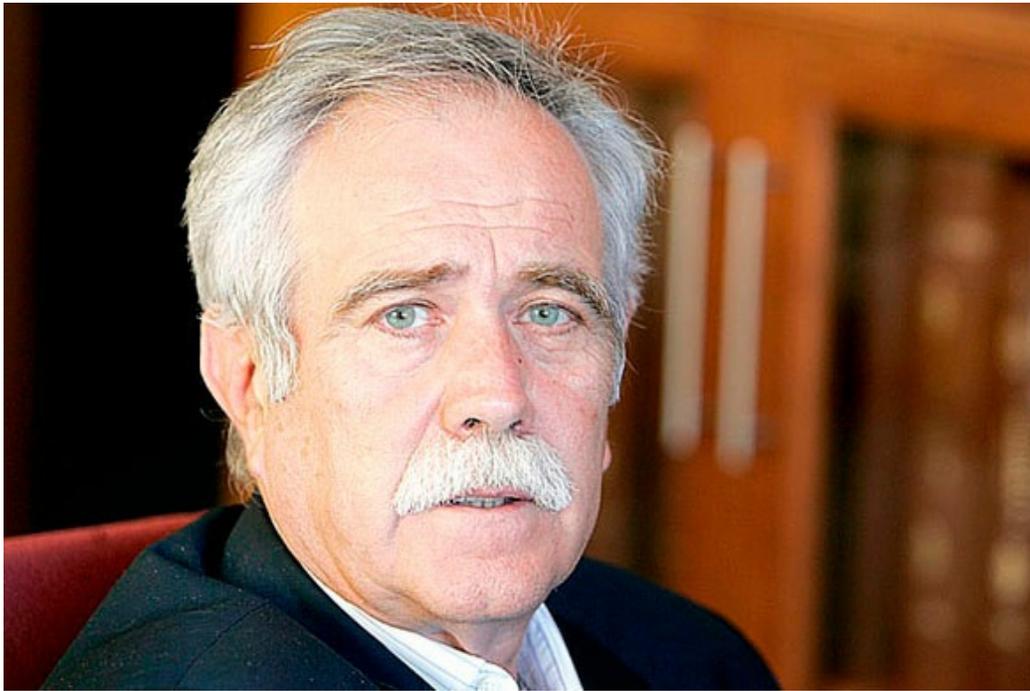
Bandera de la histórica cofradía de La Caballada



Plano de las fortificaciones de Atienza



Plano de Sigüenza



ANTONIO PÉREZ HENARES nació en Bujalaro (Guadalajara) en 1953. Escritor y periodista desde los dieciocho años, es autor de *La tierra de Alvar Fáñez* (2014), novela histórica de ambientación medieval que ha impactado tanto a los lectores como a los especialistas por su visión sobre la Reconquista y sus figuras emblemáticas, su héroe, Álvaro, su primo hermano, el Cid, y el rey Alfonso VI, conquistador de Toledo. Era ya conocido por su trilogía basada en la prehistoria peninsular, compuesta por *Nublares*, *El hijo de la Garza* y *El último cazador*, así como por *La mirada del lobo*, donde recrea el momento en el Paleolítico en que el lobo –origen de todos los perros– y el hombre establecieron un vínculo que perdura hasta hoy. Otras de sus obras de narrativa son *Las bestias*, *El río de la Lamia* y *La cruzada del perro* (Premio Tigre Juan), y de los libros de viajes *Un sombrero para siete viajes* y *El pájaro de la aventura*.

Una de sus últimas obras, *Yo, que sí corrí delante de los grises*, es una memoria emocional de los años finales del franquismo que vivió y sufrió intensamente en su comprometida juventud.

Es autor asimismo de importantes obras sobre la sociedad española, como

Los nuevos señores feudales (el más importante estudio reciente sobre la propiedad de la tierra), *Nobles y plebeyos* y *La conducta sexual de los españoles*, este último en colaboración con Carlos Malo de Molina. También cuenta en su haber con dos libros de poesía, *Animales, vegetales y minerales* y *El vuelo de la Garza*.

Notas

[1] Cruz románica de Albalate de Zorita, enterrada y descubierta de nuevo en el año 1514 por dos labradores y su perro *Cósula*, en el lugar llamado Cabanillas, cercano al Tajo y a la ciudad visigoda de Recópolis, por un pueblo que allí hubo y hoy ha desaparecido. <<

[2] En Castilla se denominaba moabitas a los musulmanes africanos que protagonizaban las invasiones y agarenos a los hispanos musulmanes afincados desde hacía siglos en la Península, o que se habían convertido a la fe de Mahoma hacía mucho tiempo y estaban asimilados a religión y cultura. Los cristianos en tierra mora eran conocidos como mozárabes. <<

[3] La que daría lugar luego a los cátaros, que se convertirían en formidables rivales de la curia romana. <<

[4] «Fita es un castiello fuert y apoderado, in fito et agudo, en fondo bien poblado.» Gonzalo de Berceo. <<

[5] En el año 1149. <<

[6] En el *Cantar de Mio Cid* se narra, de inicio, su paso por Atienza y luego la algarra de Minaya desde Castejón, por Hita, hasta Guadalajara, para, reunidos de nuevo, marchar hacia Molina, donde gobernaba un moro amigo, Abengalbón. <<

[7] Fue nombrado en 1121 y la ocupó en 1124. <<

[8] En el año 1152. <<

[9] Se encontraba situada donde se levanta ahora la iglesia de Nuestra Señora de los Huertos (Las Clarisas) en La Alameda seguntina. <<

[10] 19 de junio de 1169. <<

[11] Transición del románico a los primeros balbucesos del gótico. <<

[12] La Cabrera. En el barranco del Dulce filmó Félix Rodríguez de la Fuente gran parte de *El hombre y la Tierra* y sobre el inicio del desfiladero, por encima de Pelegrina, existe ahora un mirador en su memoria. <<

[13] Ese instinto lobuno de matar muchas presas que no va a comerse, tiene que ver con su ascendencia ártica. En esas latitudes de las que proviene ataca a los rebaños y deja los cadáveres en el hielo, a modo de despensa a la que volver después a alimentarse. <<

[14] Fue hallada en 1514 por dos jóvenes labradores que iban de caza y cuyo perro Cósula la encontró enterrada en una pequeña cueva cerca del Tajo, en Cabanillas. Hoy es la joya más preciada y el símbolo del Albalate de Zorita.

<<

[15] En las tumbas de repoblación medievales en la visigoda Recópolis se hallaron las osamentas de un gigantón, de más de dos metros, muerto a hachazos, y de un guerrero más ligero que llevaba un dirham de Al Mutawakkil de Badajoz como amuleto. <<

[16] En el año 1114. <<

[17] El término del actual Anguix, una gran finca que engloba poblado y castillo, corresponde casi exactamente a los límites marcados por el rey Alfonso VII el Emperador para don Martín Ordóñez. <<

[18] El monasterio de Óvila fue comprado, desmantelado y trasladado por el magnate norteamericano R. Hearst a EE. UU. Pero una vez allí no llegó a reconstruirse, sino que quedó abandonado, embalado en cajas que se han ido perdiendo en el puerto de San Francisco. <<

[19] La moneda del Rey Lobo, la más cotizada en aquella época, y no solo en la Península sino en todo el Mediterráneo. <<

[20] Medina Zahara. <<

[21] En el año 1162. <<

[22] Así se sigue llamando a esa zona del castillo de Zorita en la actualidad.

<<

[23] Las crónicas castellanas distinguían entre los moabitas, los musulmanes africanos y los agarenos, los hispano musulmanes. <<

[24] Quemada la primera máquina, construyeron otra similar y finalmente Lisboa cayó en manos cristianas el año 1147, el mismo año que Fernando VII y Ramón Berenguer VI con los genoveses tomaban Almería. <<

[25] Prima: hembra del halcón peregrino, más grande y pesada que el macho, más ágil, llamado torzuelo. <<

[26] Es un poema de Jaufre Rudel, trovador y poeta aquitano, amigo de Alfonso del Jordán y que convivió con él en Tierra Santa. <<

[27] Llegaron a ser doscientos treinta y uno los poblados bajo su jurisdicción.

<<

[28] El hermoso pueblo, rodeado de cercas de pizarra, existe todavía en las faldas de aquellas serranías cercanas a Atienza y aún conserva su nombre: Gascueña de Bornova. <<

[29] En la actual Argelia. <<

[30] Túnez en la actualidad. <<

[31] Formula de rendición condicionada. Los sitiados pueden abandonar la fortaleza llevándose, bajo salvoconducto, a sus familias, armas y lo que puedan transportar. De uso común tanto por parte de moros como de cristianos. <<

[32] El historiador musulmán Abu Marwan Abd al Malik ben Muhammad ben Sahib al Salá lo plasmó en un relato, conocido como *Al Man Bi Imáma*, traducido por el padre Melchor M. Antuñana y anotado con precisión por el conyuense J. A. Almonacid Clavería. <<

[33] El río Borbotón, que sigue regando las huertas de Huete. El otro es el río Mayor o de Huete, propiamente dicho. <<

[34] El historiador árabe data con precisión la presencia de Averroes (1126-1198) en el séquito y en la privanza del califa. Abu Yaqub lo protegió y cuando sus enemigos lo acosaron lo puso bajo su directa protección en Lucena. Al final de su vida, y muerto hacía años su protector (1184) y en el ocaso su hijo Al Mansur, marchó al lado de este a Marrakech, donde murió a los pocos meses. <<

[35] Maimónides (1135, Vélez Málaga o Córdoba-1204, El Cairo). Médico, rabino y teólogo judío. Los almohades extremaron la persecución contra los hebreos y los mozárabes, pero incluso con mayor saña contra los primeros, y no respetaron que, aún infieles, fueran de las «gentes del Libro». <<

[36] En el año 1157. <<

[37] Cerro de Nuestra Señora del Socorro. <<

[38] Monte Tumbos, en el macizo de la Ascensión. <<

[39] Cien fanegas son unas 33 hectáreas de tierra. Para sembrar cada una de esas fanegas se establecía aproximadamente una medida de simiente. Una media era para la mitad de la fanega y para el celemín un cuarto. Durante siglos han seguido midiéndose así en Castilla y hasta hoy en día la población rural sigue conociéndolas aún. El vino se mide en arrobas. Una arroba son 16 litros. <<

[40] Por ese nombre se conocía en las zonas rurales a los musulmanes que se quedaban en tierra cristiana. El mal trato que se les dispensaba en ocasiones hizo intervenir a Alfonso VIII, que exigió en algunos lugares, por ejemplo en Zorita, que se les tratara mejor. <<

[41] En el año 1118. <<

[42] Santa María. Actual templo mayor de Guadalajara. Estilo mudéjar. <<

[43] Tardaría siglos en conseguirse. No cuadra con la imagen típica tradicional cristiana, la de un mozárabe casado, con algo de santón moro, con hijos, humilde, sin hechos ni gestas espectaculares ni martirio en su haber del que tirar, y además muy proclive al entendimiento de las dos religiones, pues también hizo milagros que favorecían a moros. Pero lo consiguió la insistencia del muy poderoso Felipe II, que, como muchos de la real casa, acudía con frecuencia a las aguas del santo madrileño en busca de curación para sus enfermedades. Finalmente, fue beatificado por Paulo V en 1618 y canonizado por Gregorio XV en 1622. Sus restos se encuentran desde 1983 en la catedral de la Almudena, pero su lugar por excelencia es la ermita del santo en la pradera que lleva su nombre. <<

[44] Santa María de la Cabeza. <<

[45] Ahora barrio de la Latina. <<

[46] Ahora provincia de Guadalajara y sede de una gigantesca urbanización entre Madrid y aquella provincia. <<

[47] La Vieja, no la actual que está un poco a su derecha, pasado el palacio del cardenal Lorenzana. <<

[48] Recaudadores de tributo y en sus cargos más elevados lo más parecido a los ministros de Hacienda. <<

[49] Reloj de agua. <<

[50] Es creencia común que la Edad Media fue un período muy frío. Pero la «cultura» cinematográfica en que se sustenta no coincide en absoluto con la realidad. Fue, al contrario, un período inusitadamente cálido, y prueba fehaciente es que el clima mediterráneo se dejaba sentir hasta en las islas británicas. En los alrededores de Londres se cultivaban viñedos. Y Groenlandia, como su propio nombre indica, el que le pusieron los vikingos, era verde. Fue a finales del siglo XVIII y principio del XIX cuando se produjo un drástico enfriamiento. «La pequeña edad de hielo.» La que hizo polvo a Napoleón en Rusia. <<

[51] El menú medieval es obra del gran cocinero, natural de Atienza, Jesús Velasco, dueño y mantenedor del famoso restaurante Amparito Roca, de Guadalajara, y amigo desde muy joven del autor. Comenzó sus artes en Las Rejas de Atienza, que ahora regenta uno de sus hermanos, Juan. <<

[52] Siguiendo la tradición de su abuelo Alfonso VII, en la corte de Alfonso VIII no faltaron los trovadores, muy apreciados por la reina Leonor, y entre ellos sobresalió Ramón Vidal de Besalú, por ser aquel condado catalán su lugar de origen. <<

[53] La Orden de Calatrava fue autorizada en 1158 por Sancho III, y la de Santiago, cuyo primer maestro fue don Pedro Fernández, en 1171 por Alfonso VIII. La firme idea del rey era encomendarles, mejor que a los nobles y allí donde no llegaban los concejos, la línea destacada y más expuesta de la frontera del Tajo hasta el Guadiana. El rey leonés Fernando II autorizó la Orden de Alcántara en 1177. <<

[54] Conocida más tarde y ahora como Calatrava la Vieja, que no hay que confundir con la que tras Las Navas sería convertida en la sede central de la orden, Calatrava la Nueva, frente al castillo, también trascendental para la historia de la orden, de Salvatierra, y donde sobre la pequeña fortaleza llamada anteriormente de las Nieves edificaron la actual que aún hoy se levanta vigorosa, pero que se halla a unos sesenta kilómetros al sur de donde estaban y siguen estando las ruinas de la antigua Calatrava. <<

[55] El color negro fue cambiado por el rojo más tarde, en el siglo XIV. <<

[56] El 9 de enero de 1174. El 23 de febrero de ese mismo año entregó Uclés a los de Santiago. <<

[57] Arcávica estaba en Cabeza de Griego, término actual de Carrasposa del Campo, a unos 50 kilómetros al oeste de Cuenca. Valeria, más conocida y ciudad romana de cierta envergadura en su momento, se encuentra más cerca, a unos 30 kilómetros al sur. <<

[58] Hasta 1200. Luego se amplió hasta la muerte del rey en 1214. <<

[59] En el año 1184. <<

[60] Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, *Historia de los hechos de España*. <<

[61] Conocida en Albalate de Zorita como la Pared de los Moros. No quedan apenas restos del «acueducto» visigodo porque una insensata repoblación de pinos lo destruyó casi por completo. <<

[62] Queda resto del arranque del viejo puente medieval en la orilla de enfrente de la población actual. Fue arrasado por una avenida ya en el siglo XV y, aunque hubo un intento fallido de reconstruirlo, no se acabó por llevar a término. <<

[63] Aún subsisten las ruinas del molino calatravo y de las acequias, así como alguna piedra de molino a medio extraer de la roca. <<

[64] Sancho II fue asesinado por Bellido Dolfos ante los muros de Zamora, el infante Sancho pereció con tan solo doce años en Uclés y el padre del rey, Sancho III, murió muy joven tras solo tres años de reinado. <<

[65] Su peripecia es parte esencial de la novela *La tierra de Álvar Fáñez*, de este mismo autor. <<

[66] La tumba de Álvar Fáñez se encuentra también, flanqueando el sepulcro de Rodrigo y su esposa Jimena, en el monasterio de Cardena. <<

[67] La iglesia de Santa Coloma, en Albendiego, a muy poca distancia de Atienza, maravilla románica, tiene la huella inconfundible de los templarios. Los otros lugares del Temple en Guadalajara fueron el castillo de Torija y una ermita de la que no quedan restos, en la cima del Alto Rey. <<

[68] En el año 1182. <<

[69] Urraca (1186-1220), casada en 1205 con Alfonso II de Portugal y madre de Sancho II y Alfonso III, que reinaron también en Portugal. <<

[70] Blanca (1188-1252). Embajadores de Inglaterra, Francia y Castilla pactaron el enlace. Su abuela la reina Leonor de Aquitania, esposa del rey de Inglaterra y viuda del rey de Francia, vino a visitar a su hija y conocer a sus nietos a España en 1199. De vuelta llevó a París a la infanta castellana, quien se casó en 1200 con el infante de Francia, luego Luis VIII. Asistió a la ceremonia el entonces rey inglés Juan sin Tierra. Doña Blanca vivió cincuenta y dos años en la corte de París mientras reinaron su suegro Felipe Augusto, su marido Luis VIII y su hijo, que sería canonizado como San Luis, rey de Francia. Murió el mismo año que lo hacía en Sevilla su sobrino Fernando III, también luego convertido en santo. <<

[71] Mafalda (1190-1204) murió a los catorce años. <<

[72] Leonor (1191-1244). Estuvo casada con el rey aragonés Jaime I el Conquistador. El matrimonio fue anulado por consanguinidad cuando ya le había dado un heredero, el infante Alfonso, que murió antes que su padre. <<

[73] Enrique (1204-1217). Muertos sus hermanos varones, fue proclamado rey siendo, como lo fue su padre, tan solo un niño, pero murió antes de llegar a la mayoría de edad en un accidente casero. <<

[74] El fuero de Zorita igualó todos los derechos entre diferentes pobladores hasta entonces concedidos por los diversos reyes, desde Alfonso VII, y la Carta Puebla a los moradores de la Bujeda, amén de señalar muy precisamente el término y cómo se habían fijado los mojones entre Juan y el alcalde de Albalate, daban por derecho hereditario para siempre «las heredades arriba dichas con todos los montes y aguas que pudieseis hallar, para que las poseáis vosotros y vuestros hijos y hagáis con ella cuanto quisieseis, ya dándolas, ya vendiéndolas, ya permutándolas, ya arrendándolas. Y sobre las contribuciones, que hagáis el pecho y la facendera según lo hacen los hombres de Zorita. Y en todas las cosas tengáis los fueros que tienen en Zorita. Y tengáis vuestro juez y vuestros alcaldes». Los nombres del maestre y los comendadores de Zorita, el anterior, así como los de Calatrava, figuran en el documento suscrito en 1190. <<

[75] En el año 1180. <<

[76] Constanza (1201-1243), la más pequeña de las hijas. Profesó en el monasterio de las reales Huelgas de Burgos, donde vivió y murió con fama de santa. <<

[77] Llamada en siglos posteriores «de Antequera» en recuerdo de su conquista, en la que participaron las mesnadas concejiles de Atienza. <<

[78] Hoy despoblado en la vega de San Isidro, término de Illana. Subsisten unas casas de labor recientemente abandonadas y en una de ellas se vislumbra aún lo que fue parte de un ábside románico. <<

[79] En efecto, las dos ordenanzas tienen muchos puntos en común en diversos aspectos, como la ordenación de las comidas de fraternidad y las multas. Son de la misma época y hasta puede que redactadas por la misma mano. <<

[80] En la actualidad se comparten siete tortillas, entonces imposibles pues la patata tardaría siglos en llegar de América, que el prioste y cada uno de los seises debe aportar y que deben ser diferentes cada una. <<

[81] Lo reflejado aquí se celebra, conservando escrupulosamente rito y formulismos, cada domingo de Pentecostés más de ochocientos años después en Atienza, y la fiesta es conocida como La Caballada. No es descabellado pensar que el rey Alfonso fuera algún año enaltecido como hermano mayor, pues frecuentaba mucho la villa. <<

[82] Tras el refrigerio en la ermita no era de extrañar, y así lo señalan las crónicas de los diferentes siglos, que algunos cofrades al llegar a la villa estuvieran más que templados por el vino y entraran con las caballerías al galope, provocando sobresaltos y hasta heridos. Se puso a ello coto y eficaz remedio con sanciones, multas y expulsiones. Quizá para refrenar o encauzar aquellos ímpetus, se comenzaron a hacer las carreras en los campos bajo el arrabal de Portacaballos, que aún hoy se celebran. <<

[83] Alfonso VIII sentó las bases de lo que habría de ser la más poderosa armada, la de Castilla, que dominaría los mares colindantes, el océano Atlántico y el canal de la Mancha, hasta la Armada Invencible cerca de cuatro siglos más tarde. <<

[84] 12 de enero de 1199. <<

[85] El pormenorizado tratado se debe al gran historiador medieval Gonzalo Martín Díez. <<

[86] Enfrente de Salvatierra y sobre un pequeño castillo, llamado de las Nieves, se alzaría, tras Las Navas, el nuevo castillo-monasterio de los caltravos: Calatrava la Nueva. <<

[87] En el año 1211. <<

[88] En ese punto se levantaría más tarde el gran castillo, sede definitiva de la orden, de Calatrava la Nueva. <<

[89] Río de Guazalén, como lo llamaban entonces. <<

[90] Despeñaperros. <<

[91] Entre las 2.30 y las 3.30. <<

[92] El río Guadalujar. <<

[93] Sería más tarde nombrado a su vez arzobispo de Toledo, falleciendo a los tres meses justo de haber sido elegido, pero sin haber llegado a ser consagrado. La leyenda afirma que pasó con la cruz por entre todo el ejército moro sin recibir un solo rasguño. <<

[94] Fatal preludio de la herida mortal que acabaría con la vida de Pedro II en la batalla de Moret defendiendo a sus vasallos cátaros de los cruzados de Simon de Monfort. <<

[95] 1217. Fernando III. Reinó luego también en León desde 1230. Conquistó gran parte de Al Ándalus, aprovechando la superioridad militar conseguida por su abuelo Alfonso en Las Navas, mientras su primo Jaime I de Aragón y Cataluña lo hacía con Levante y Baleares, dejando en poder de los musulmanes y como reino vasallo, el nazarí de Granada. Tras su muerte fue elevado a los altares y canonizado como su primo Luis de Francia. <<